3 1761 06565647 2

VIAJE POR TODO MARRUECOS

J. PERSOL

BIBLIOTECA DE «LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA»

RAMÓN MOLINAS + EDITOR

POR TODO MARRUECOS

DESCRIPCIÓN COMPLETÍSIMA
DEL IMPERIO, CON SUS CIUDADES, PUERTOS, NATURALEZA GEOGRÁFICA
Y PASADO HISTÓRICO; ESTADO SOCIAL, POLÍTICO Y RELIGIOSO;
USOS Y COSTUMBRES,
ESCENAS PÚBLICAS Y PRIVADAS, PAISAJES,
ANÉCDOTAS, ETC., ETC.

OBRA BASADA EN LA DE SIR JOSÉ THOMSON

Y ESCRITA CON PRESENCIA DE LAS RELACIONES DE VIAJE

de AMICIS, CAMPOU, MARCET, LOTI, THOMSON, etc.

POR

JULIÁN A. DE SESTRI

ILUSTRADO CON PROFUSIÓN DE MAGNÍFICOS Y EXACTÍSIMOS GRABADOS

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMÓN MOLINAS

PLAZA DE TETUÁN, NÚM. 50

LIBRARY
MAR 26 1979
UNIVERSITY OF TORONTO

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

LIBRARY
OCT 23 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

DTA

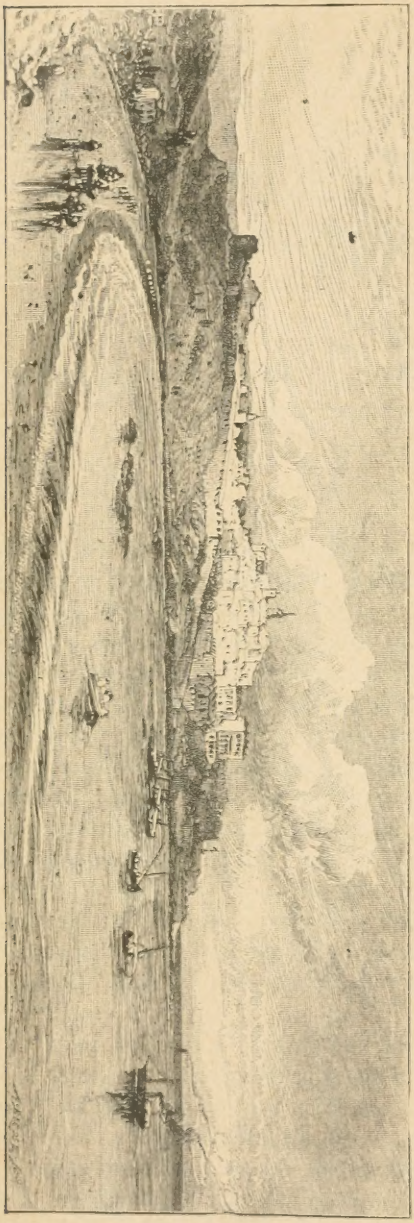
PROLOGO

En la conciencia de todo español está la necesidad de conocer á fondo el misterioso imperio moghrebino, ya que no hay región que esté llamada á experimentar como aquella, en lo futuro, la influencia de nuestro país. Deseosos de contribuir en lo poco que podamos á que el conocimiento del Moghreb llegue á todas partes y sea más popular de lo que generalmente sucede hoy, nos hemos decidido á escribir la presente obra, que, basada en el viaje de exploración de Thomson y con los escogidos materiales de que podemos disponer, podrá quizás, por dichas circunstancias y no por nuestros personales méritos, ser de algún provecho, aparte de constituir una producción amena.

En este libro podrán verse amplios extractos de los relatos personales que nos han dejado los más distinguidos viajeros que se han internado en Marruecos.

Réstanos decir que las ilustraciones de esta obra son reproducciones de fotografías tomadas por los viajeros citados ó procedentes de personas avecindadas en el imperio sheriffiano.

Al llegar el vapor más cerca, bajo la sombra de las montañas, aparece la ciudad repentinamente, como por encanto, edificada en la ladera de la colina que limita por levante la risueña playa, y difícil sería que nadie pudiese sustraerse á la seducción que causa Tánger al primer golpe de vista, por su gracioso conjunto, apareciendo en todo el esplendor de su arquitectura oriental. Las blancas paredes de las casas, levemente sombreadas por el crepúsculo de la tarde, ejercen singularísimo atractivo, mientras se recortan sobre la límpida atmósfera azulada las irregulares líneas de las azoteas, los esbeltos alminares de las mezquitas incrustados de azulejos de mil colores, y las almenadas murallas de la Alcazabá.



Vista de Tánger, desde el oeste

El viajero, absorto en la contemplación de Tánger, sale de pronto de su arrobamiento al sentir cómo el vapor se para. Fíjase entonces en lo que ocurre á su alrededor y ve el barco rodeado de botes tripulados por negros, berberiscos y moros que en un periquete saltan sobre cubierta, armándose un barullo tremebundo y ensordeciendo con su algarabía, entre la cual repítese de continuo el nombre venerando de *Alah*, pronunciado con entonación tan singular que parece como musical. El árabe, con su gutural acento, procura hacerse entender en español, y hasta ¡misericordia! en la lengua de John Bull, al paso que el negro fía sobre todo en

sus gesticulaciones y en su audacia despreocupada las probabilidades de encontrar faena.

Por acostumbrado que esté uno, sin embargo, á tratar con boteros y guadañeros de toda casta, la verdad es que no deja de sorprenderle la *sans façon* con que aquellos dignos barquilleros se apoderan de los equipajes, *hospite insalutato,* haciendo temer algún acto de pacífica piratería. El que conoce los usos, sin embargo, sabe que es preciso revestirse de autoridad y poner cara *feroce,* advirtiendo á los oficiosos servidores que ya se les llamará cuando convenga, y que entretanto se retiren y no toquen ni mundos ni maletas.

Por fin se desembarca en África, pero no en el *África portentosa* de César, negra, bárbara, salvaje, sino en un África que parece una visión de Oriente, tanto que lo mismo el negro que el europeo parecen desentonar en aquel cuadro, como desentonarían en Damasco.

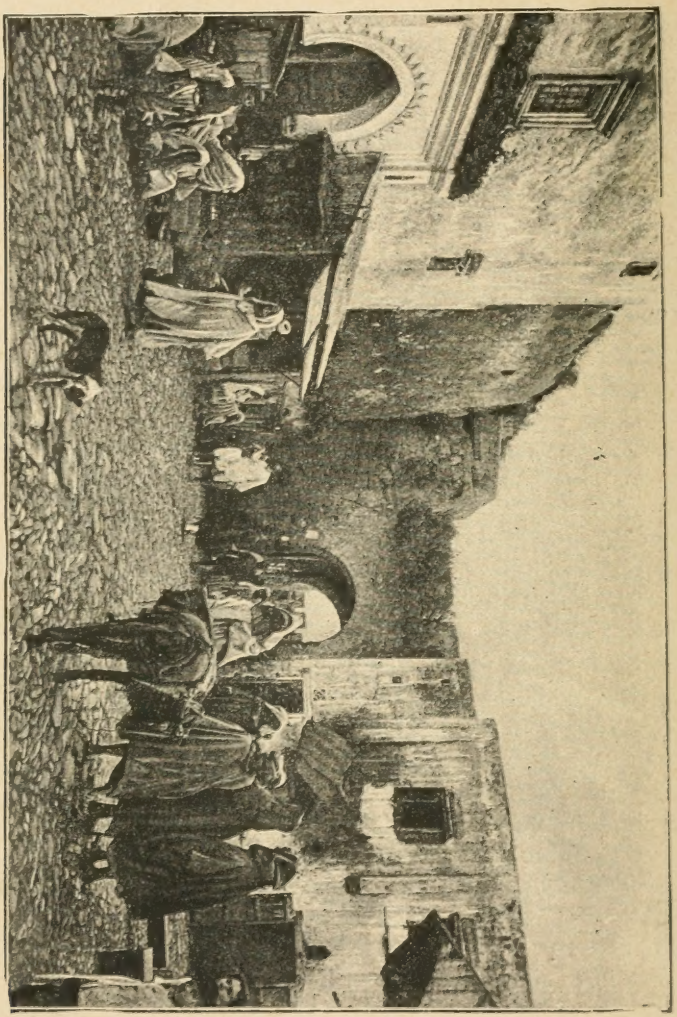
Ya en la *Puerta del Mar*, trábase conocimiento con los muy graves y señoriles moros que llamaríamos aquí administradores y vistas de aduanas, muy recomendables por la prisa con que despachan; y éntrase por fin en la urbe, no cansándose los ojos de contemplar las exóticas figuras de los transeuntes, árabes, judíos, berberiscos, etiopes y tal cual inglés con casco de corcho, mientras que algunos anuncios en español, francés ó inglés, y los bazares de igual nacionalidad, hacen recordar el carácter cosmopolita de la viejísima ciudad moghrebina.

Por lo regular todo viajero de algún viso se hospeda en el *Hôtel Continental*, y, una vez en aquellas excelentes y cómodas habitaciones, parece que se encuentra nuevamente en Europa. ¿Qué hacer mientras se descansa? Nada mejor que instalarse en el fresco zaguán del establecimiento, saborear una buena taza de café, y en el entretanto curiosear observando el movimiento de los que entran y salen de la fonda; pasatiempo de los más entretenidos ciertamente, pues sin la menor fatiga pueden estudiarse numerosos tipos indígenas, exuberantes de color local: el majestuoso moro, grave y escultural; la descarada mozuela judía, vestida á lo tunecino; el negro semidesnudo, hércules de bronce; el soldado marroquí, de arrogante porte; el intrigante corredor levantino; el hebreo sórdido, repulsivo; y con ellos alguna española de negros ojos y abundoso pelo, ó alguna *miss* de nevado cutis y desgarbado andar, enviada allí para curarse de una tisis ó llevada de su afición á los *travells* (viajes).

Con todo, la cosa no es para gustar eternamente, y todo el que abriga en algún rinconcito de su pecho el más ligero amor al arte resuelve, antes de acostarse, profundizar más en la vida tingitana, y aun anhelar alguna singular é inédita aventura moghrebina; cosa tanto más razonable y natural en cuanto en Tánger no hay más alumbrado que el muy caprichoso y periódico de la luna.

Puesto el deseo en conocimiento de quien debe, no se ofrece gran

dificultad en encontrar un guía experto en la geografía callejera de Tánger y provisto de romántica linterna, utensilio *sine qua non* en las ciudades marroquíes, tan notables por el *abstencionismo* de toda policía



Una calle de Tánger

urbana. Allí baches con honores de infernal abismo; allí lodazales tan extensos y profundos que parecen una sucursal de las ciénagas cubanas; allí piedras, cascote, millones de restos innominados, cadáveres gatunos y caninos á docenas, lagunas espontáneas, cordilleras en miniatura; en suma, la más descarada protesta contra la línea horizontal, contra la ley de las rasantes y, sobre todo, contra los preceptos de la divina Hygie.

Por supuesto que eso es precisamente lo que busca el viajero de buen gusto, pues para encontrarse con calles entarugadas, macadamizadas, asfaltadas, empedradas ó embaldosadas, vale más no salir de Europa. En tierra de moros sería muy improcedente hallarse con imitaciones londinenses ó vienesas, y quiera Dios que tarden muchos años los marroquíes en ufanarse con *comisiones de vialidad*.

En Tánger, como en Europa, es preciso esperar las doce de la noche para que el misterio llegue á su apogeo. Está visto que *la hora del crimen* es universal. El que sale del *Hôtel Continental* á eso de las nueve ó de las diez, presenciará un espectáculo bonito ciertamente, pero no de esos que embargan el ánimo por completo: verá por las calles, serpenteando á manera de luciérnagas, gran número de linternas que van de aquí para allá en medio de la sombra tenebrosa de las angostas callejuelas. Pero esa misma profusión de lucecitas fantásticas acaba por quitarle *misterio* al espectáculo, y por lo regular el trasnochador algo artista se aparta del farolístico zarandeo y acaba por refugiarse en un café, esperando á que cada mochuelo esté ya retirado á su olivo.

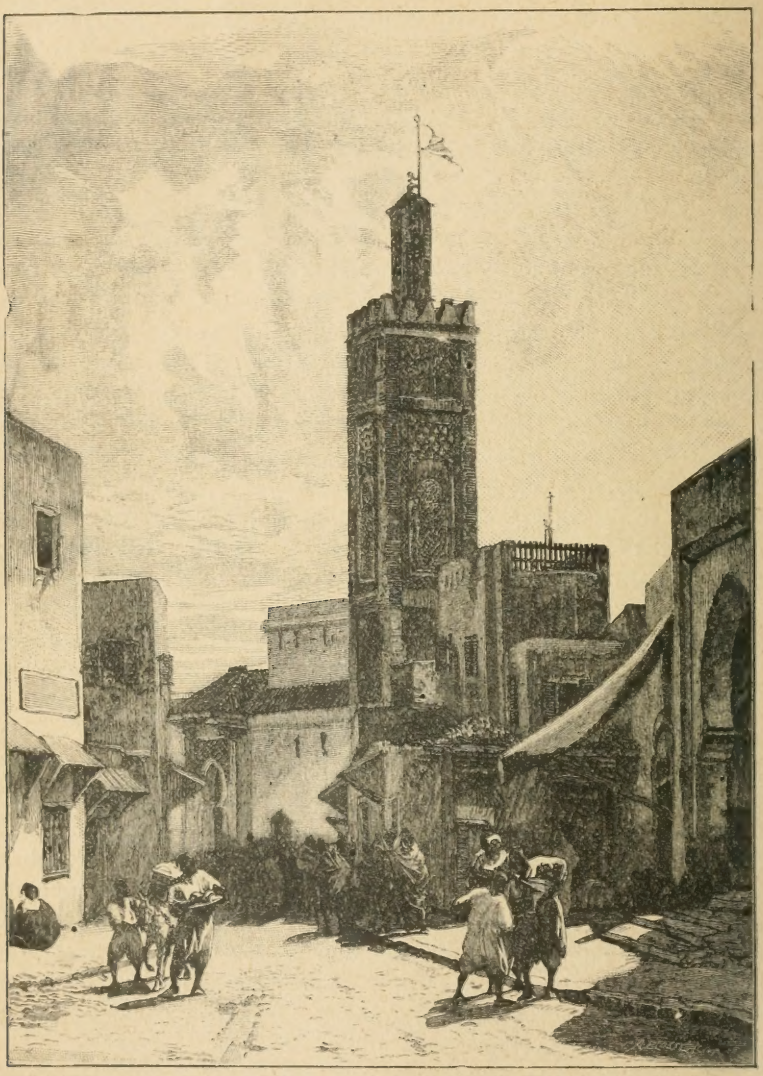
Los cafés de Tánger han perdido mucha parte de su prestigio desde la *grrande Exposición* de París, escandalosa feria donde salieron á relucir todos los trapicheos y misterios del universo mundo. Por lo regular un café de esos es un local muy reducido, cuyas paredes ostentan por único adorno algunos espejos baratos, absolutamente extravenecianos ó belgas, y cuyo techo soportan unas cuantas columnas pintarrojeadas. Toda persona decente se sienta en el santo suelo, musulmanamente; y por lo mismo es de buen tono, si se acerca algún mozo ofreciendo sillas, despedirle destempladamente con las palabras—*¡Baraka! ¡Baraka!*, que es como si dijéramos—*No se moleste V.: gracias.*

Nada cabe decir en punto á la excelencia de la *consommation*. Aquello es café, aquello es buen café, rico, incomparable; pero en cuanto al aliciente musical, ¡oh Dios de Chueca y de Valverde, que abominación! Porque es el caso que aquellos desalmados ejecutantes, armados de atabales, zambombas, chirimías, guzlas, cítaras y flautas, no apelan al repertorio morisco, sino al nuestro, á la música *flamenca*, con letra marroquí y acompañada de las más inconcebibles muecas y desaforadas contorsiones. Y, sin embargo, el público musulmán se entusiasma con la canción de la *Menegilda* y el terceto de los *Ratas*, interpretados por aquellos verdugos de la filarmonía civilizada.

Por fin, el viajero artista, cansado de aquella desagradable orquesta y ávido de emociones *antes de la letra*, abandona el cafetín y se lanza á la calle con su guía.

Ya entonces están poco menos que desiertas las calles. Acá y acullá vese brillar la luz de la linterna de algún vecino rezagado. Á veces el curioso se cruza con alguna figura sepulcral ó que tal parece, no siendo preciso estar adornado de una imaginación oriental para tomar al noc-

turno paseante por un fantasma que va en busca de su tumba: tal es el efecto que produce la blanca vestimenta de aquellos honrados ciudada-



Escena callejera en Tánger

nos. La más rudimentaria educación aconseja saludar al árabe con las sacramentales palabras — *La paz sea con vos;* pero de cada cien veces noventa y nueve puede caber la seguridad de que el árabe no entenderá de aquel oído.

Una dulce música, no pseudoespañola, como la del cafetín, sino perfectamente acordada; el suspiro de una cítara, el quejido de una flauta, la melancólica melopea de tal cual maritornes sudanesa al servicio de algún negociante español, la algazara producida por unas cuantas voces jóvenes y alegres, suspenden de vez en cuando el ánimo y embargan la fantasía; pero ni por un ojo de la cara se ve parecer á ningún esclavo negro invitando misteriosamente al *flâneur* á seguirle... á cualquier parte.

Tratándose de un español puede darse por seguro que, después de mucho andar y de correr grandes peligros... de romperse la crisma, acabará por volverse á la fonda sin que nadie le haya dicho—*Por ahí te pudras,* y sin poder contar el más insignificante lance; pero, tratándose de un francés, de fijo que al día siguiente se creerá obligado ya á escribir un libro sobre sus extraordinarias aventuras. Los ingleses, justo es decirlo, no pecan de ese extremo, y cuando cuentan algo puede tenerse la seguridad de que no se escucha á D. Quijote relatar las estupendas cosas que se le antojó ver en la cueva de Montesinos. Por lo mismo puede creerse á pies juntillas el episodio que refiere en su *Viaje al Atlas y al Sur de Marruecos* Mr. José Thomson.

Soldado marroquí

Después de manifestar el autor que, cansado de pasear por las calles de Tánger á las altas horas de la noche sin que le ocurriera nada de particular, se disponía á recogerse, "oímos de repente,—dice,—un rumor extraño en nada semejante á aquellos con que ya estábamos familiarizados. Acto continuo se celebró consejo de guerra con nuestro guía, quien nos dijo que se estaba celebrando una boda de judíos y que los contrayentes se juzgarían honrados con nuestra visita. Tranquilizados así en la seguridad de que no se nos consideraría como intrusos imprudentes, pronunciamos la palabra—*¡Bismillah!,* y seguimos á nuestro *cicerone.*

"Después de cruzar por un estrecho pasadizo, y avanzando sin vacilaciones, llegamos á un pequeño *patio (sic)* situado en el centro de la casa y alrededor del cual veíase una galería corrida que daba entrada á las diversas habitaciones, en las cuales se aseguraba así á la vez la luz y la ventilación. El patio estaba brillantemente iluminado con lámparas y velas, y á su luz pudimos ver una multitud de judíos jóvenes que fumaban sus eternos cigarrillos de papel, mientras que por una puerta abierta columbrábase un interesante grupo de mujeres de ojos negros.

"Nuestra inanunciada aparición fué saludada con un repentino silencio, pues todas las conversaciones cesaron al punto, y durante un momento ya no se elevaron por el aire las azuladas espirales de humo. Todas las miradas estaban fijas en nosotros, y por un instante la situación fué tan ridícula que comenzamos á creer que nuestro guía nos había jugado una mala pasada, por lo cual nos retirábamos ya dando mil excusas, cuando de pronto una joven señora, que sin duda desempeñaba importante papel en la casa, adelantóse hacia nosotros y con seductora franqueza nos saludó en francés con las palabras—*Bon jour*.

"Contestamos con suma cordialidad, dejándonos conducir á una habitación inmediata, donde mi joven amigo se halló muy pronto en sus delicias en medio de un grupo de agraciadas fisonomías y brillantes ojos. Las damiselas se agolpaban á nuestro alrededor, y ciertamente no podíamos desear mejor compañía. Mi amigo era blanco de todas las miradas, limitándome yo al papel de observador filosófico, lo cual me entretuvo bastante, sobre todo al notar la expresión de disgusto de los judíos jóvenes y los encantos y viveza de las mujeres.

Tocador de cítara

"No pudiendo resistir á la tentación ni á los ofrecimientos que se nos hacían, apuramos varias tazas de te muy endulzado. Nuestra conversación, bastante dificultosa, tenía cierto carácter políglota muy singular, pues usábanse frases francesas, españolas é inglesas, sin tener en cuenta su significado; mas poco importaba esto, pues las sonrisas, la hilaridad y las brillantes miradas nos hacían felices, aunque no á los jóvenes que tomaban el fresco en el patio.

"Al fin en medio del bullicio resonó el rasgueo de una guitarra, y un movimiento general indicó que iba á dar principio el baile.

"Olvidando mi carácter, y también la madurez de mis años, púseme al punto en pie y, haciendo un profundo saludo á una doncella regordeta, invitéla á bailar. Con no poco asombro de mi compañero, y también de los compatriotas de la dama, un momento después, viéronme dando vueltas en un vertiginoso vals. Á esto siguieron alegres polcas, y todo se hizo con el mayor decoro.

"No se redujo á esto todo, pues en uno de los intervalos de la danza mi amigo me propuso ejecutar un baile de nuestro país, solamente para dar á los concurrentes una idea de lo que allí se estila. Al principio me

opuse débilmente; pero como en aquel momento el guitarrista tocase alguna cosa que tenía como cierta leve semejanza con el aire de una danza escocesa, me hallé sin saber cómo delante de C. B. moviendo las piernas en todas direcciónes y procurando dar el carácter más apropiado á la ejecución, como lo hacen en Escocia los muchachos y las jóvenes.

"Inútil me parece decir que nuestros esfuerzos fueron recompensados con nutridos aplausos y exclamaciones de admiración, que no cesaron hasta que hubimos vuelto á nuestros asientos, enorgullecidos por el triunfo que acabábamos de alcanzar. Entonces recobré mi gravedad, reflexionando sobre las fortuitas circunstancias que me habían conducido á bailar en una boda de judíos en África."

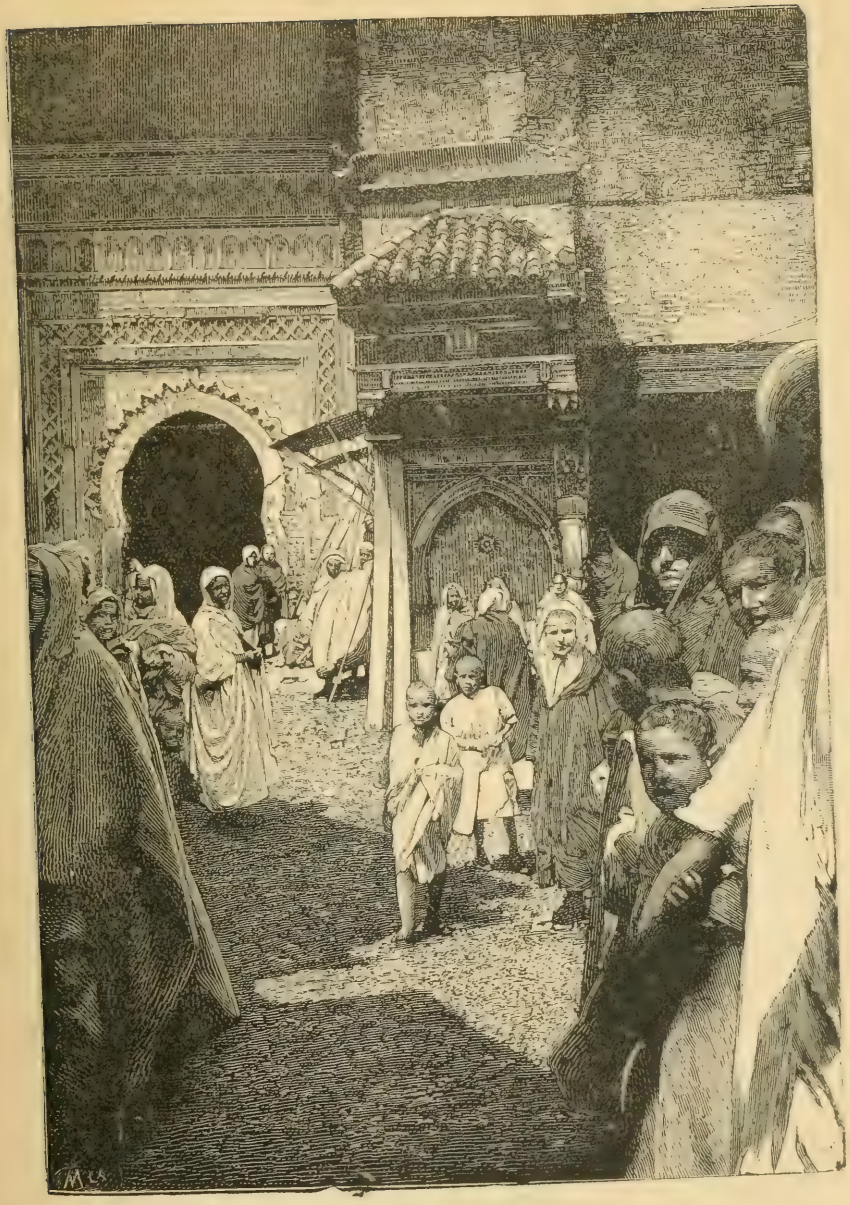
CAPITULO II

PRIMERAS EXCURSIONES POR TÁNGER

Tánger por la mañana.—Una escuela indígena.—Boda musulmana.—Reflexiones sobre la difusión del Islam en el Africa Central.—La puerta de la Mezquita.—El Zocco.—Un entierro.—La Alcazaba.—Un calabozo.—Las habitaciones del sultán.—El Marshan.—Una observación indumentario-política.

Desperézase el viajero, y la blanda brisa que penetra á través de las celosías aviva en un instante sus *potencias*, mientras que unos singulares sonidos, mezcla de guturales gritos y de musicales cadencias, interrumpiendo el matutinal silencio, le recuerdan con expresiva elocuencia la tierra en que se encuentra. Es la voz del *muezzín* que desde lo alto del alminar llama á los fieles á cumplir con sus alcoránicos deberes. — ¡La oración es mejor que el sueño! ¡Venid á rezar! ¡Venid á rezar! — Así dice el *muezzín*, aunque con voz harto destemplada para oídos no acostumbrados al canto religioso musulmán.

Á este propósito entra Thomson en largas y curiosas reflexiones, sugeridas precisamente por el canto del *muezzín*, y dice, recordando los tiempos en que lo oyera en pleno Sudán Central: "Las razas negras me rodeaban por todas partes, y el país me parecía desolado bajo la abrasadora brillantez de un sol tropical. El Islam había penetrado hasta aquellas lejanas regiones, y, hallando combustible conveniente, prendióle fuego y le avivó con todo el vigor de sus primeros tiempos en los desiertos de la Arabia, introduciendo allí nueva vida y energía y sembrando los gérmenes de la civilización. Allí fué también donde experimenté otra vez el deseo de visitar Marruecos. Por todas partes había observado el sello de las ideas muslímicas, de los usos y costumbres de ese pueblo, y del carácter de sus artes é industrias. No ignoraba que du-



Un bazar en Tánger

rante siglos los traficantes de Marruecos habían seguido cruzando el desierto á pesar de las fatigas y terrores incomparables que debían arrostrar en sus penosos viajes, y que su único objeto era llevar á los naturales del Sudán las buenas cosas de este mundo que ellos poseían. Al mismo tiempo aprovechaban la ocasión para prometer á los indígenas otras cosas infinitamente mejores y que les aseguraban la gloria eterna, con la única condición de reconocer al Gran Profeta, sin lo cual estarían amenazados de todos los terrores de las Gehennas.

"Yo había visto con admiración el resultado de aquellas relaciones comerciales y de aquella enseñanza religiosa, y por primera vez llegué á creer en la probabilidad de que la raza africana mejorase. Después fuí á una de las principales fuentes para ver lo que era el arte morisco y cuál el secreto de la maravillosa influencia del Islam.

"Marruecos, además, ofrecíame otros y no menos poderosos atractivos. En el trascurso de varias generaciones había sido, en mayor ó menor extensión, teatro de guerras europeas ó de empresas comerciales. Ya los romanos habían ejercido su dominio en una considerable parte del norte. Algunos siglos después los portugueses sentaron su mano de hierro en el litoral de occidente, y allí dejaron notables monumentos de su primitiva grandeza y de su actividad comercial. Los ingleses sentaron también un pie en el norte, y su bandera nacional ondeó en la misma ciudad en que me hallaba.

"No dejaron los españoles de arrimar también el dedo al pastel; y no con intención de retirarle, como los ingleses y portugueses, sino con el propósito de tenerle allí hasta que llegase la hora propicia en que les fuera posible introducir toda la mano y el brazo á fin de apoderarse de la herencia de los moros, aniquilar su dominio en España, y hasta borrar de la memoria lo que consideraban como un baldón.

"Sin embargo, á pesar de todas aquellas conquistas y colonias, y de las extensas ramificaciones que las empresas comerciales desarrollaron, Marruecos, aunque situado á la misma puerta de Europa, sigue siendo uno de los países más impenetrables, y hasta hoy día hay espacios considerables tan completamente desconocidos como muchos puntos del mismo corazón del Continente negro. El fanatismo religioso ha sido en gran parte la causa de que continuara semejante estado de cosas, pues por él se inspiró horror á cuanto no llevase en sí el sello del Islam; pero no dejó de ser también un factor importante el creciente temor á los pueblos cristianos, á los cuales desprecian, aunque les han enseñado el arte de la guerra, "porque son rebeldes contra Dios." Los moros saben demasiado bien que los nazarenos no esperan sino una oportunidad para caer sobre su presa; mas, entretanto, su política se reduce á la resistencia pasiva y á un aislamiento completo. Luchen entre sí los cristianos, se dirán sin duda, y no despertemos su codicia mostrán-

doles las fértiles tierras, las riquezas minerales y las corrientes vivas de esta herencia de los verdaderos creyentes."

Pero volvamos á lo positivo. Es imposible sustraerse al deseo de echar una ojeada desde la ventana. Abrámosla, pues, y de pronto se precipitará en el cuarto un torrente de deslumbradora luz: ante los ojos se despliega una línea de reverberante blancura, formada por las paredes y las azoteas de las casas y sólo interrumpida aquí y allá por las cúpulas y los alminares policromos que recortan la diafanidad caliginosa del ambiente, mientras que las vetustísimas murallas de la Alcazaba resaltan, con engañosa apariencia de proximidad, sobre el azul purísimo del cielo.

Si desviando los ojos de los lejanos horizontes examinamos lo que pasa á nuestros pies, veremos al otro lado (no puede decirse acera) de la calle alguna escuela musulmana, donde unos cuantos niños, sentados en el santo suelo en torno del venerable *taleb* ó maestro, notable por su desaforado turbante, repiten á grito pelado el texto del *Korán*, inscripto en unas tablillas de madera; y como el *Korán* es no solamente el libro sagrado, sino también un libro escrito en *árabe clásico,* el provecho es doble.

Ni es raro que el curioso vea pasar á aquellas horas algún cortejo nupcial, caracterizado por la música bárbara que lo anuncia y por los terribles espingardazos con que se ameniza el camino. Pronto empiezan á aparecer los graves moros envueltos en sus lujosísimos jaiques y albornoces, y las moras con sus luengos mantos y su velo impertinente que sólo deja asomar sus ojos de gacela, precisando reconstruir con la imaginación el resto de su palmito.

El hallarse en Tánger, el sentirse acariciado el rostro por una suave brisa y el ver ojos de gacela entre las dos vueltas del velo con que se tapan la cara las hijas del Profeta, no quiere decir que el estómago abdique de sus naturales fueros, esto es, que exija imperiosamente el almuerzo, después de lo cual es de rúbrica pasarse por la Legación á ofrecer los respetos al señor ministro.

Suponiendo ahora que el viajero haya ido á Marruecos con el objeto de ver algo más que "la ciudad protegida por el Señor", ya puede esperar sentado la llegada de la carta de S. M. Sheriffiana concediendo permiso para internarse en su poderoso imperio; poderoso visto en el mapa, por supuesto. Por lo tanto, calculando en tres semanas largas el tiempo que ha de trascurrir desde que el Sr. Mohamed Torres (cuando tiene tinta) expida la instancia á Fez hasta que vuelva de allá graciosamente atendida, tiene el viajero sobrado tiempo para estudiar á toda satisfacción cuantas bellezas pueden admirarse en Tánger y todos sus arrabales.

Sigamos, pues, á Sir José Thomson. Él nos mostrará muchas cosas dignas de atención. La excursión es á caballo y debe empezar necesaria-

mente confiándose el osado explorador á la protección de Alah (¡Él solo es grande!).

"La línea que seguimos,—dice, parece conducir á la puerta de las Aduanas, de la cual nos desviamos, tomando una calle comparativamente recta y mal empedrada.

"No tardamos en hacer alto para admirar el magnífico portal ó, mejor dicho, ingreso, en forma de herradura, de la mezquita principal de Tánger. Graciosos arabescos en estuco, formando figuras geométricas, presentan las más finas y elegantes líneas; adorno que realzan notablemente unas bien acabadas molduras. Mientras que alargamos el cuello para ver algo del interior, y con infiel curiosidad deseamos explorar los frescos patios y los sagrados recintos, el *muezzín* que está en lo alto de la torre, con la cara vuelta al sagrado Oriente, comienza á llamar á los musulmanes á la oración; pero ¡ay! al mirar á nuestro alrededor vemos más oyentes entre los judíos y gentiles que entre aquellos que están destinados á disfrutar de los placeres del Paraíso. Fácil es comprender cuán amargos deben ser los pensamientos del piadoso moro que al dirigirse á la mezquita ha de pasar por delante del estanco y del café, de las oficinas de correos y telégrafos, y de otras abominaciones de los infieles que se han desarrollado á la misma sombra del sagrado edificio.

Mujer marroquí

"Nuestros inquietos caballos, sin embargo, no nos permiten moralizar mucho, y por lo tanto seguimos adelante.

"No habiendo nada más de carácter arquitectónico que estudiar aquí, comenzamos á buscar al grave y digno árabe de nuestros sueños, con su rica vestimenta; mas por donde quiera que miramos no vemos sino míseros tipos y pobres figuras como las que encontramos en el otro lado del Estrecho, hombres que al parecer han abandonado sus países para favorecerles con su ausencia.

"También es inútil buscar las beldades moras con sus negros ojos y sus tupidos velos, encantadoras visiones con que tantas veces habíamos soñado; pero en cambio encontramos graciosas españolas y judías á cada paso, muchas de ellas señoritas al parecer, que visten según la última moda parisiense.

"Sin desanimarnos por eso, aunque un algo chasqueados, recorremos toda la calle, siempre en busca del anhelado color local. Al paso examinamos las barracas ó, mejor dicho, los grandes cajones que hacen las veces de tiendas, esperando encontrar al fin plácidos moros con las piernas cruzadas, con sus blancos albornoces y sus negros turbantes, y

que, más codiciosos de los tesoros del cielo que de los de la tierra, repiten, pasando las cuentas de sus rosarios, las sagradas invocaciones á Alah. Pero no: solamente vimos judíos de nariz aguileña y ávido mirar, que parecen esperar alguna presa y que, poniéndose en pie apenas nos ven, invítannos, en mal inglés ó francés, á inspeccionar sus géneros; no consiguiendo, en suma, sino despertar en nosotros la más irrevocable decisión de fijarnos bien en los denuestos especiales que los moros tienen en su rico vocabulario para maldecir á los hijos de Judá, á fin de hacer uso de ellos cuando el caso lo exija.

"Grande alivio experimentamos cuando, al acercarnos al cabo de la calle y á la puerta interior de la ciudad, vimos al fin alguna cosa genuinamente morisca. Algunas mujeres sentadas forman pintoresco grupo, aunque al parecer olvidan deplorablemente las nociones indígenas de la decencia, dejando descubierto el rostro, mientras que esperan la voluntad de Alah y la llegada de compradores de sus canastas de huevos, manteca, gallinas, etc. Las más de ellas, muy entradas en años, feas y sucias, son imagen de la pobreza; pero las miramos con gusto é interés, aunque no sin cierta melancolía, llamándonos la atención algo más que no las jóvenes viajeras europeas que pasan cerca de nosotros montadas en unos borriquitos de descomunales orejas, que mueven continuamente la cola bajo los anchos vestidos de las amazonas.

"El mal efecto que esto nos produce desvanécese al cruzar los chiquitos mercados circuídos de paredes que forman una serie de fortificaciones interiores.

"Al pasar por la puerta exterior penetramos en el *Soco* ó mercado propiamente dicho, donde vemos dirigirse hacia nosotros una turba vestida de blanco, que se agita y parece muy excitada. Todos hablan y gritan á la vez, sin que nadie escuche al parecer.

"Suponemos que se trata de un entierro, y la escena basta para imaginar el espectáculo que ofrecerá un cementerio el día en que se haya de dar sepultura á cualquier infeliz mortal. Montados en nuestros caballos podemos verlo todo bien, admirando el efecto general de aquel singular espectáculo. Moros de la ciudad, mujeres rebozadas en sus mantos, berberiscos de mirada bravía, con la cabeza descubierta, llegados sin duda de las montañas del Riff; árabes de mísero aspecto, con su caftán azul; y judíos que ostentan los trajes más extravagantes: todo eso constituye un conjunto por demás abigarrado y singular. No nos olvidemos de mencionar los insoportables miasmas que despide la basura acumulada, sobre todo en la estación lluviosa, durante la cual se forma aquí un estercolero del que se exhalan mefíticos gases. Habíamos pensado en el tradicional placer de partir la sal con los árabes y vivir en algún aduar ó bajo la tienda; mas, por lo que acabábamos de ver, nos pareció mejor renunciar á la proverbial hospitalidad de aquella gente. Pasar la noche bajo cualquier tienda de lona raída, como las

que veíamos allí cerca, y junto á una de las cuales yacían un burro y un camello muertos, habría tenido más de romántico que de agradable. Sin embargo, á pesar de todo esto, el *Soco* es una mina inagotable de tipos para el artista, y, sin cansarse mucho andando, podrá bosquejar

El *Zoco* ó *Soco*, mercado de Tánger

allí casi todo lo que es más interesante y característico en la vida mora.

"No obstante, donde nos recrearemos más es en la Alcazaba, sin que nos perturben los incongruentes elementos que nos han detenido á cada instante. La Alcazaba (*El-Kasbah*) es un barrio de la ciudad, donde el moro ha podido preservarse hasta aquí de las abominaciones naza-

renas, destinando aquel sitio para residencia de aquellos que conocen al Dios Único y su Profeta.

"Franqueando la puerta de la ciudad que hay cerca de nuestro hotel, penetramos en aquel interesante lugar, y nuestra primera impresión no es nada favorable. Abrigábamos la esperanza de admirar en la arquitectura moruna alguna cosa de mayor atractivo que las míseras viviendas de planta baja vistas hasta entonces; pero, lo mismo en este sitio que en otra parte, sólo encontramos algunos rasgos de genio artístico. En vano es buscar á lo largo de la monótona línea de blancas paredes algún gracioso ajimez como los que estaba acostumbrado á ver en el Oriente y que recuerdan á los viajeros románticos todo lo que significa la palabra *harem*.

Marroquí adormecido

"Recorremos estrechas calles tortuosas donde abundan los musulmanes de brillantes ojos y cabezas afeitadas. Por sus trajes nos recuerdan bien la antigua raza, con la diferencia que usan en general colores más charros. Al pasar junto á varios grupos nos complace oir su animada conversación, y observamos también que aquí los hombres andan con más gracia y dignidad, mientras que la expresión serena de sus fisonomías parece indicar que todos están seguros de alcanzar la gloria eterna. Sus jaiques ó albornoces ocultan completamente las formas, y nos llaman la atención los graciosos pliegues de esas prendas de vestir, más artísticos que los que hemos visto en la ciudad. Hasta los turbantes se distinguen por su elegante forma, y vistos desde lejos parecen verdaderos copos de nieve.

"No tardamos mucho en descubrir que en la Alcazaba hay algo mucho mejor de lo que hemos visto aquí por lo que respecta á mujeres. Las de esta región no tienen el aspecto mísero de las del mercado. Sus largos velos nos ocultan sus encantos, como celosos de nuestras miradas, y sólo podemos ver los negros ojos de animada expresión, semejantes á luceros que brillasen bajo una blanca nube.

"En varias partes debemos desviarnos á un lado para dejar paso al cortejo de alguna boda. La novia, con el semblante cubierto, va á caballo, rodeada de sus amigos, que gritan, cantan, bailan y disparan sus espingardas; mientras que las dulzainas y los atabales producen un estrépito continuo.

"De no menos interés, aunque de carácter más melancólico, es el cortejo fúnebre de alguno que ha pagado su deuda á la naturaleza y que,

envuelto en el sudario, es conducido á la última morada en un ataúd abierto. Sus amigos le rodean también, pero no cantan ni disparan tiros: en vez de esto cantan sin cesar con lúgubre voz y tono cadencioso, repitiendo la máxima fundamental de la fe del Muslim: "No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta."

"Presenciando semejantes escenas, avanzamos poco á poco, y, trasponiendo una cuesta de unos veinte pies, llegamos á la puerta de la Alcazaba propiamente dicha. Esta es la residencia del gobernador, y hállase sólidamente fortificada, no sólo para protegerla de la ciudad, sino también porque puede ser una plaza fuerte en caso de ataque exterior. En este punto nos detenemos para contemplar la ciudad, que hemos dejado á bastante distancia y que desde aquí parece un inmenso copo de nieve en la verde falda de una colina. A mi modo de ver no se podría encontrar mejor punto de vista, y desde ninguna parte ofrecería Tánger tan hermoso y original aspecto, sobre todo cuando se acerca la hora de la puesta del sol. Recomiendo á los viajeros que para esto elijan siempre como observatorio la puerta de la Alcazaba.

"Entrando en la zona militar, y desviandonos de algunos montones de estiércol, nos detenemos para examinar una graciosa columnata con pilares de mármol y capiteles corintios que nos recuerdan las *loggie* italianas. A la derecha, y frente á la entrada principal, hay una gradinata que conduce á otro intercolumnio de marcado carácter árabe, con arcos en forma de herradura y esbeltas columnitas. Este conjunto, visto á la luz de la luna, es más seductor y poético que el que ofrece Tánger.

"Marruecos es el país de los contrastes. Nuestro guía nos distrae de la contemplación de estos graciosos triunfos de la arquitectura para hacernos mirar lo que parece un ventanillo en la puerta. Al acercarnos, un olor infecto ofende nuestro olfato, obligándonos casi á retroceder; pero, armándonos de valor, nos aproximamos al fin y vemos un calabozo con escasa luz, donde hay muchos criminales encadenados y medio muertos de hambre. Nos retiramos con disgusto de aquel sitio sin el menor deseo de contemplar ni un minuto más semejante espectáculo, y, dirigiéndonos por la izquierda, franqueamos una puerta abierta, desde donde podemos ver al gobernador de la ciudad sentado en su diván y administrando justicia como se administra siglos hace.

"Después atravesamos una estrecha callejuela, donde hay otra puerta, que es la de un oscuro y sucio pasadizo como el que pudiera encontrarse en el establo desierto de una antigua granja. Salimos de allí, y de pronto nos encontramos en un patio pavimentado de mosaico, iluminado en aquel momento por la luz del crepúsculo vespertino, que, reflejada en las blancas paredes, nos deslumbra casi. En el centro hay una fuente con pilón de mármol, y alrededor una columnata de pilares de la misma piedra.

"A cada lado de este patio, varias puertas pintadas y adornadas con elegantes esculturas dan entrada á otras tantas habitaciones sin ventanas: son las que se preparan por si acaso llega el sultán.

"Apenas podemos dar crédito á nuestros ojos al ver la rica ornamentación de estuco, azulejos y arabescos pintados que cubren las paredes. Los primeros están dispuestos de modo que forman las más complicadas figuras geométricas en toda la circunferencia de la habitación. Sobre la línea de los azulejos se ven repetidos los textos del *Korán;* de modo que las sagradas palabras se hallan siempre ante los ojos de los creyentes. Mucho más nos seduce una graciosa, por no decir magnífica, hornacina, que forma como una media cúpula, con una imitación de estalactitas en madera, esculpidas y pintadas. Las ricas molduras que las adornan, alternan con los colores rojo y negro, formando el más precioso conjunto. Mayor es nuestra admiración al mirar hacia arriba, pues el techo se compone de una serie de cúpulas poligonales y circulares maravillosamente dispuestas, representando también figuras geométricas, que parecen ser el tipo favorito de los artistas árabes, los cuales buscan piadosamente lo más agradable á la vista, sin atreverse á retratar las obras de Alah bien sean flores, frutos ó animales.

Tipos marroquíes

"El magnífico trabajo de estuco que rodea las hornacinas y adorna las paredes sobre la entrada, nos admira mucho, y es un buen ejemplo del espíritu de la inventiva y del genio artístico, así como de la hábil ejecución, de los artífices de otro tiempo.

"Salimos de este encantador oasis artístico pisando basura, y avanzamos por el lindero de la Alcazaba, hasta llegar á otra gran puerta muy maciza. Franqueámosla, y nos encontramos fuera de la ciudad.

"En toda la longitud de la calle por donde el guía nos conduce, elévanse, á los lados, grandes árboles, sobre todo áloes, á cuyo pie crecen diversas plantas, en particular geranios, lilas y yedra, que forman una espesura.

"Desde este delicioso jardín, si tal pudiera llamarse, pasamos á un verde prado que llaman *el Marshan,* y desde esta altura nos ofrece un magnífico golpe de vista la ciudad de Tánger con sus alrededores.

"No podría darse conjunto más pintoresco. Á nuestros pies se halla la ciudad, que parece un montón de nieve por su blancura, bañada en

una parte por las azules aguas de la graciosa bahía. Las brillantes arenas forman montecillos por la parte del sur, mientras que por el este y el norte las altas yerbas ondulantes y las eminencias cubiertas de bosque constituyen como una inmensa cuna en que la ciudad se mece.

"Á través de la bahía, bastante más lejos, divísanse algunas colinas redondeadas, en cuyas vertientes elévanse las esbeltas palmeras; y más allá vemos la pintoresca y oscura mole de la Columna de Hércules del Sur, designada ahora con el menos histórico nombre de *Colina del Mono*. Desde esta altura la mirada alcanza, en la dirección sur, la cordillera de Anghera, y fíjase después en la magnífica mole de las Montañas del Riff, entre las cuales destácanse las de Beni Hosmar, á cuyo pie está situada la interesante ciudad de Tetuán.

"Volviéndonos poco á poco, vemos, á lo largo de una considerable extensión, líneas de colinas que van á terminar en altas montañas; mientras que por el este llaman nuestra atención las espesuras de esquistos que cubren las alturas de Jebel Kebir, cuyas rocas de arenisca y caliza forman el cabo Espartel. Las pendientes más bajas han llegado á ser dominio de los nazarenos, y entre las arboledas de cedros ó eucaliptos, ó entre floridos y perfumados jardines, elévanse las casas de muchos europeos que, atraídos por aquel ambiente embalsamado, por aquel cielo tan puro y aquel sol tan brillante, han olvidado sus propios países, entregándose allí á un nuevo género de vida. Bien pueden dar á sus casas nombres como el de *Bella Vista*, pues, á decir verdad, el título no es demasiado bueno para la soberbia perspectiva del mar y de las montañas que se puede contemplar desde aquellas alturas, en las cuales se respira el aire más puro.

"Nuestra inspección de Tánger y sus alrededores se completa después de haber visto el tranquilo Estrecho, donde se distinguen, ante todo, las amarillentas dunas de Tarifa. Los moros sentaron por primera vez allí su planta en suelo español. Las oscuras sierras interceptan la vista por detrás. Con mucho interés seguimos el litoral español en la dirección este, hasta que distinguimos en lontananza un peñón de color gris...

"El viajero que va de paso no tiene medio, como ya se comprenderá, de atravesar la coraza de reserva con que el moro se resguarda, y, por lo tanto, le es imposible formarse idea del trabajo interior de su espíritu; pero un atento observador que se detenga algunos días para recorrer la población, notará, sin duda, un hecho muy curioso.

"Aquí tenemos una ciudad casi en contacto con Europa, habitada por un pueblo de no escasa inteligencia y que todos los días trata con europeos en sentido político y comercial, y aun socialmente hasta cierto punto, sin que por esto le afecten en lo más mínimo las influencias que le rodean. Diferenciándose de casi todos los demás pueblos que hay en la faz de la tierra, el viajero no verá nunca en el más abyecto mendigo

Fuera del recinto de Tánger

la prenda de vestir de un europeo, y lo mismo sucede en todas las clases. En ninguna parte se verá la menor prueba de que el traje del moro, sus usos y costumbres, sus ideas, su religión, ó cualquiera otra cosa de su vida, se hayan modificado en lo más mínimo. Podría considerarse al indígena como habitante de otro planeta cuya constitución física y mental le imposibilitara por completo de adaptar su manera de ser á la nuestra. Diríase que lleva consigo una barrera impenetrable, á través de la cual solamente han podido pasar las más depravadas influencias europeas, como el uso del tabaco y la afición á las bebidas, ó el lenguaje de los criminales y de la marinería inglesa. Esto es lo único que el moro ha ganado en sus relaciones con el europeo durante los siglos en que se ha relacionado más ó menos con él."

CAPITULO III

PARÉNTESIS GEOGRÁFICO-HISTÓRICO-POLÍTICO

EL IMPERIO DE MARRUECOS.—POBLACIÓN.—GOBIERNO.—RENTAS.—EJÉRCITO.—EL SULTÁN.—JUSTICIA.—ESTADO SOCIAL.—EXTENSIÓN Y CONFIGURACIÓN DEL PAÍS.—RÍOS.—CLIMA.—VEGETACIÓN.—FAUNA.—ZONAS GEOSTÁTICAS.—PRODUCTOS.—COMERCIO.—OJEADA HISTÓRICA.

HORA es ya de que nos hagamos cargo de *ubinam gentium sumus*, que dijo el orador. Tánger es una población diversísima de lo que se ve en Europa. ¿Qué no será el imperio de que forma parte?

Marruecos, encerrado entre el Mediterráneo, el Atlántico, el Desierto de Sahara y la Argelia, cruzado por la gran cordillera del Atlas, bañado por anchos ríos, aplanado por llanuras inmensas, muestrario de todos los climas, peregrinamente rico en tesoros minerales, vegetales y animales, emplazado de tal manera que aparece como fatalmente destinado á servir de vía comercial entre el Africa Ecuatorial y Europa, cuenta unos ocho millones de almas: berberiscos, moros, árabes, judíos, negros y europeos.

No se crea, sin embargo, que basten estas denominaciones para formarse idea de lo que son dichos habitantes; hay que subdividir algo.

Los árabes se distinguen en *árabes puros*, en *himgaritas* y en *beduinos*.

Los berberiscos en *bereberes*, que viven en las inaccesibles fragosidades del Atlas, desde su extremo oriental hasta más allá de Marruecos; *chillhus*, que ocupan las montañas de las cercanías de Tafilete y de Sus; *kábilas*, acantonados en la provincia de Fez; y *tuarikos* ó *tuareggs*, limítrofes al desierto de Sahara.

Los moros, que forman el núcleo de la población ciudadana, com-

prenden los *moros propiamente dichos*, descendientes de los mauritanos y de los antiguos númidas, mezclados con fenicios, romanos y árabes; y los *andalús*, descendientes de los árabes que arrojamos de nuestro suelo.

Los *judíos* descienden también de los que expulsaron los señores Reyes Católicos, y suelen vivir en las ciudades, lo mismo que los andalús.

Los *bukharios* son negros comprados en Guinea ó esclavizados en el Sudán por los árabes, con tanta indignación del cardenal Lavigerie.

Finalmente, los *agein*, ó bárbaros, son los cristianos, de la propia manera que los *sidinafires* son los gitanos ó flamencos, que hasta en Marruecos explotan la credulidad de las buenas almas.

Los bereberes, que constituyen el fondo de la población indígena, suelen dedicarse al pastoreo y á la agricultura; son semisalvajes, indómitos, brutales, turbulentos, dándoseles una higa de la autoridad del Sultán. Viven en aldeas guarnecidas de castillejos, siempre á la defensiva, y cada tribu tiene un jeque particular.

Ocupan los árabes las llanuras, donde pueden desplegar sus incomparables facultades de ganaderos y pastores y darse á la vida trashumante, no habiendo degenerado mucho la fiereza de su antiguo carácter. Viven en tiendas, como los beduinos del desierto.

Los moros, raza mestiza como hemos dicho ya, monopolizan las riquezas, los empleos y el comercio, y los que no están avecindados en las ciudades habitan en cabañas reunidas en lugarejos ó *aduares*.

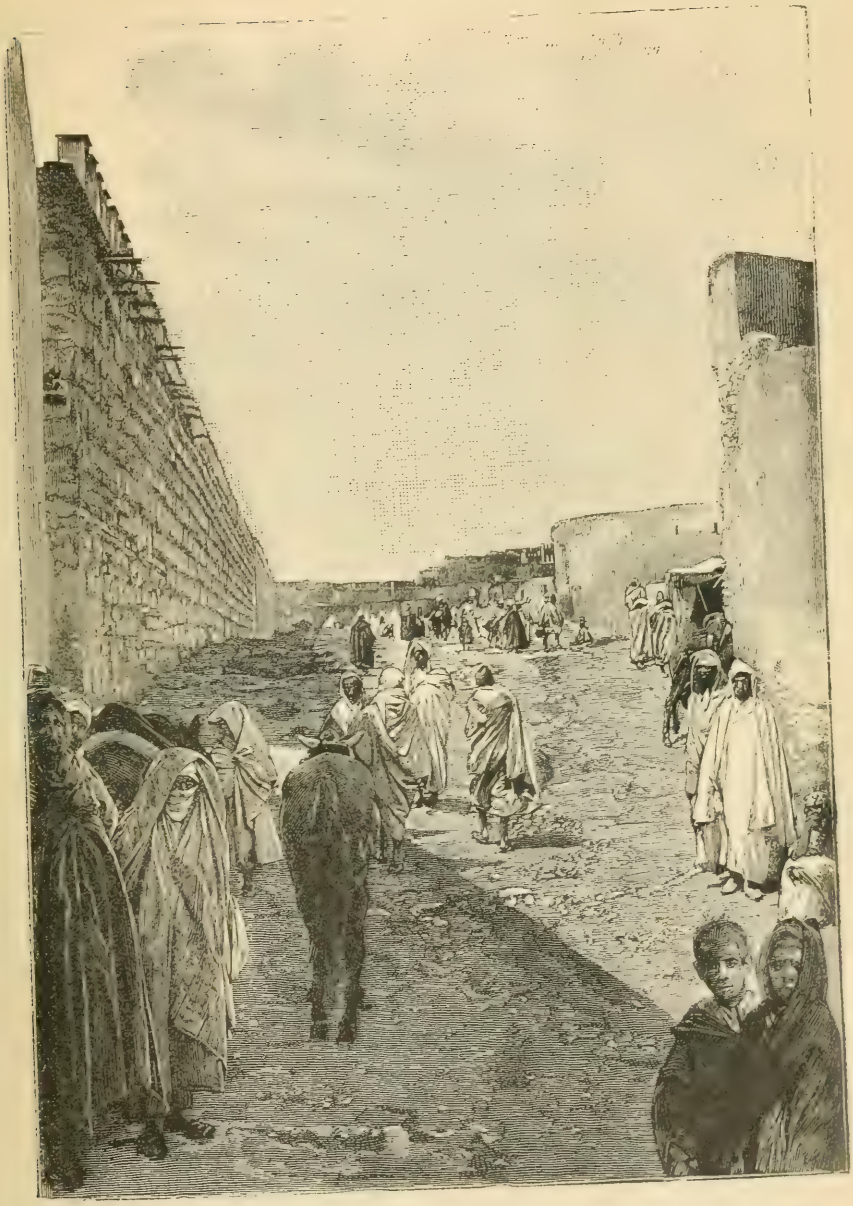
Los negros del Sudán (cosa de medio millón) se dedican á soldados, criados ó labradores.

Las artes y oficios hállanse á cargo de los judíos, que forman otro medio millón, despreciados, odiados, envilecidos, perseguidos como no lo sean en las naciones más enconadamente antisemíticas.

El judío de Marruecos es peor aún, si cabe, que el judío de Rumanía ó de Galitzia. Codicioso, implacable, ejerce la usura con rapacidad espantosa y se consuela del vilipendio en que vive, con el fruto de sus villanas *operaciones*. Ingenioso, incansable, sórdido, es la plaga del pobre y la constante amenaza del acomodado. Suele servir de intérprete, pues no es raro que sea políglota, aunque se les tiene prohibido á los de su raza escribir en árabe por creérseles indignos de leer el Alcorán. Las judías no pueden usar vestidos verdes ni velarse más que medio rostro.

Los europeos, privados de vivir en el interior, están avecindados principalmente en Tánger. Apenas llegarán á dos mil, siendo en su mayoría españoles. Estar en mayoría no supone, sin embargo, ser los más respetados y atendidos. Para mayores informes véanse las conferencias del comandante Cervera y las noticias que de continuo insertan los periódicos de la corte.

Esta población heterogénea, incapaz de fusión, dividida, enemistada,



Extramuros de Tánger

irreconciliable, está, "más que regida, oprimida por un gobierno soldadesco que chupa como un inmenso pólipo todos los humores vitales del Estado," dice Amicis.

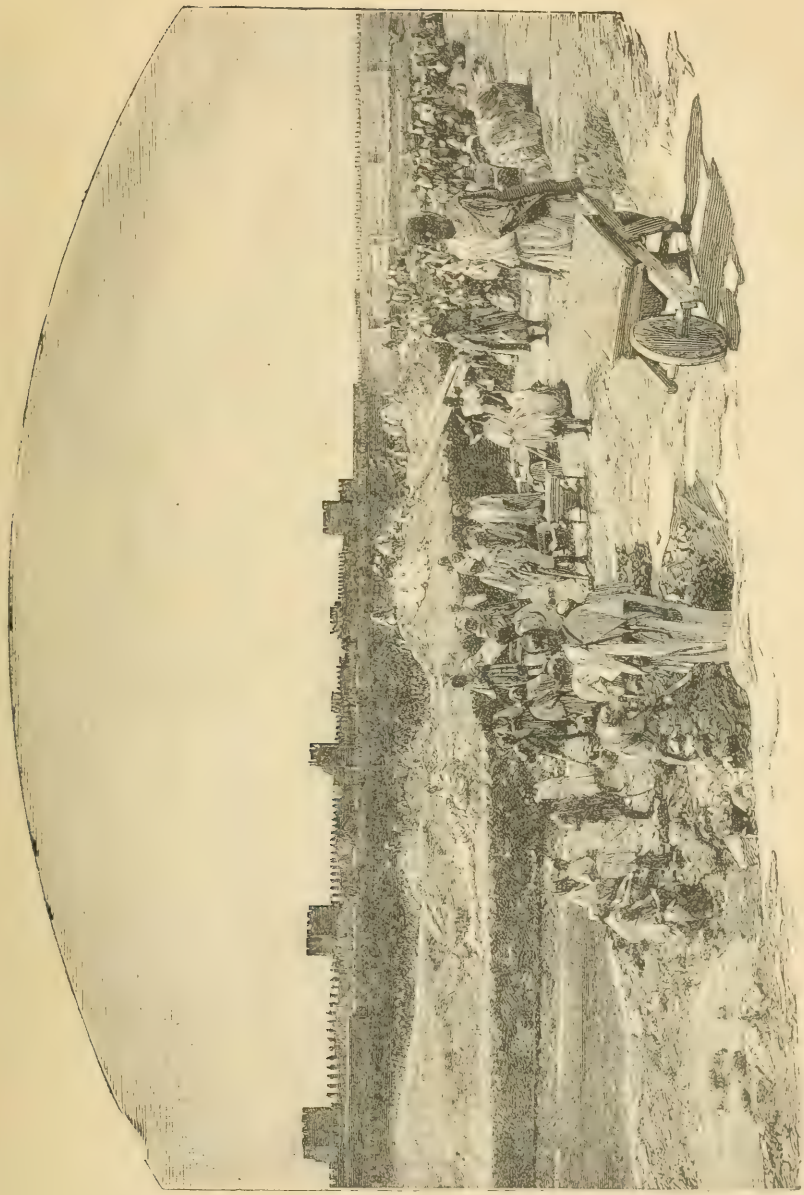
Políticamente, si vale hablar así, está dividido Marruecos en tribus; pero se le puede considerar como compuesto del *reino de Fez,* del *reino de Marruecos* y de las provincias de Sus, de Draha y de Tafilete *(Tafilelt).* Aparte de esta división *interna,* el Moghreb está oficialmente distribuído en veintinueve gobiernos, compuestos ya de una provincia entera, ya de una sola parte, y á veces de una sola ciudad. Los gobernadores generales ó bajás residen en Fez, Marruecos, Mequínez, Tánger, Sale, Tarudant y Mogador, y tienen á sus órdenes á los intendentes, administradores de aduanas, recaudadores, *hhakems* ó prefectos de política, y jeques de cantón ó aduar. En suma: la tribu y el lugarejo obedecen al kaid, las provincias al bajá y el bajá al Sultán. En cuanto á los bereberes y á los chilluhs, reconocen por jefe á un anciano ó *jequekebir,* que ejerce una autoridad absoluta.

Rentas.—Las principales rentas de S. M. Sheriffiana son diez: 1.ª, el *ackura* ó diezmo, cuadragésima parte de los productos del suelo: 2.ª, la *neiba,* ó contribución directa; 3.ª, la *djazia,* ó capitación de los judíos, contribución conocida en España con el nombre de *cédulas personales;* 4.ª, el *ankes,* ó derechos sobre los títulos y privilegios; 5.ª, el *kasib-el-drubb,* ó derecho por acuñación de la moneda; 6.ª, los *anaid-el-gumrug,* ó aranceles de aduanas; 7.ª, el *tahhuit,* ó monopolio de la cochinilla, el azufre, el hierro y otras primeras materias; 8.ª, los *keraz,* ó derechos sobre el alquiler de los camellos, mulos, asnos, casas y jardines; 9.ª, las *deiatas* ó multas, y 10.ª, las *hadeiatas* ó donativos.

El total de estas rentas sube á unos 3 millones de duros, y como los gastos ascienden á menos de la mitad, el Sultán embolsa cada año más de un millón y medio de pesos fuertes, que van á sepultarse en las lobregueces del *beit-el-mell,* ó cuarto del tesoro de Mequínez, donde se supone hay muchísimos millones en oro y plata.

Verdad es que si buenos cuartos se guardan en el *beit-el-mell*, buenos espingardazos y buenos disgustos y buenísimos sustos cuesta el cobrar los tributos, cuestión batallona y de solución más difícil cada vez á medida que pasan años.

Ejército.—Compónese de unos 16,000 hombres, la mitad de caballería negra. La guardia imperial ó moros de rey asciende á unos mil quinientos *bokharis* ó etiopes, otros tantos *ondayas* ó beduinos y 2,000 negros de caballería, acantonados en la ciudad de Marruecos *(Merrakch, Marakucha).* La guarnición de Fez y de las principales ciudades se compone de una especie de milicia urbana. Los ingleses se han encargado de amaestrar á aquella gente y de vestirles de encarnado, convirtiéndoles en las más ridículas figuras de este mundo. En los puertos de Saffi y Mogador hay guarniciones de tropa pagada; pero en los otros puer-



Trabajos de desmonte, fuera de las murallas de Tánger

tos prestan el servicio una como guardia nacional ó *landsturm*, que no sale nunca de la provincia, y un cierto número de artilleros, instruídos por algunos oficiales de la pérfida Albión, no excediendo su número de 3,000 en toda la extensión del imperio.

Las fortalezas marítimas principales son las de Tánger, Mogador, Saffi, Beridja, Azamor, Rabath, Sale, Larache y Martín ó *Marthil*, en la desembocadura del río del mismo nombre que forma el puerto de Tetuán; pero, fuera de Tánger, las demás baterías serían de poquísimo momento como medio de defensa. No es que falten cañones, pero son éstos tan antiguos como Matusalén.

El Sultán.—No hay ningún príncipe en toda la superficie del universo mundo que sea más absoluto que el *Khalifat-Allah-fihhklauh (Vicario de Dios en la tierra*, *Iman* ó pontífice supremo de la religión y *Seidna ona montana* ó *Nuestro amo y señor*. La primera de sus cuatro mujeres lleva el título de *Lena Kebira*, la gran señora, y todos los sheriffes de la familia imperial se hacen llamar *Muley* ó monseñor. Allí no hay, como en Turquía, ningún *ulema* ó *mufti* revestido de un poder religioso independiente del soberano, ni tampoco ningún *divan* ó ministerio: el Sheriff (ó Jerife) elige, entre quien mejor le parece, un ejecutor de sus voluntades, y éste es el que se entiende con los cónsules ó ministros residentes en Tánger. En ocasiones sucede que el Sultán elige á algún tratante en huevos que se retira del negocio y toma el título de *visir* ó *kaleb-el-avamir* (secretario de órdenes), tan diplomáticamente travieso que á veces no puede contestar á las reclamaciones de los *agein* por no tener tinta en el tintero.

Aparte de este visir, que se entiende con el Sultán desde Tánger, el *Seidna ona montana* (hoy, dichosamente, S. M. Hassan) se digna tener á su vera los siguientes altos funcionarios palatinos:

El *Mula-tana*, ó guardasellos.

El *Mula-fai*, ó copero, que sirve al Sultán el te importado por los rubios hijos de la Gran Bretaña.

El *Mula-ecteserad*, ó tesorero.

El *Mula m'chuar* ó *meschuar*, gran maestro de ceremonias, y

El *Bajá*, ó comandante general de la guardia imperial.

El Sultán asume en su persona no sólo el pontificado religioso, sino también el poder judicial, legislativo y ejecutivo, todo á la vez, siendo dueño y señor de cambiar á su antojo desde el sitio de las cabezas hasta el valor de las piastras, impuestos, leyes, pesos, medidas, precio de las cosas, etc., etc. En una palabra, está facultado para todo: vidas, haciendas y honras están á su disposición omnímoda. Sabido es que uno de los últimos sultanes tenía la gracia de descabezar *manu propria* á los pobres esclavos que le sostenían los estribos cada vez que salía á caballo.

"Bajo el peso de este gobierno, y dentro del círculo inflexible de la religión musulmana,—dice Amicis,—inmune á todo influjo europeo y

desnaturalizada por un fanatismo salvaje, todo lo que en los otros países se agita y progresa, permanece aquí inmóvil ó en ruinas. El comercio está herido de muerte por los monopolios, por las prohibiciones de importación y exportación, por la caprichosa mudanza de las leyes. La industria, restringida en su actividad por las trabas puestas al comercio, subsiste como antes de la expulsión de los moros de España, con sus instrumentos primitivos y sus procedimientos infantiles. La agricultura, agobiada de tributos, vinculada en la exportación de productos, sólo en auge cuando se encarecen las primeras necesidades de la vida, ha decaído hasta el punto de no merecer casi el nombre de arte. La ciencia, ahogada por el *Korán,* contaminada por las supersticiones, se reduce, en las escuelas superiores, á algunos pocos elementos, los mismos que se enseñaban ya en la Edad Media. No hay imprentas, ni libros, ni mapas. La lengua misma, corrupción del árabe, representada únicamente por una escritura imperfecta y variable, va corrompiéndose de cada vez más, como se corrompe, en la general decadencia, el carácter nacional. Toda la antigua civilización musulmana perece. Marruecos, este último baluarte occidental del Islam, sede en otros tiempos de una monarquía que dominaba desde el Ebro hasta el Sudán y del Niger á las Baleares, glorioso con sus florecientes universidades, con sus inmensas bibliotecas, con sus sabios famosos, con sus ejércitos y flotas formidables, no es al presente más que un minúsculo estado casi desconocido, lleno de miseria y de ruinas, que resiste con sus últimas fuerzas á la invasión de la civilización europea, apuntalado aún en sus cimientos cuarteados por los recíprocos celos de los estados civiles."

Esto dice Amicis, no habiendo español á quien no conste la verdad de estas palabras. Lo duro para nosotros, lo desesperante, es que tratándose *de Marruecos* tengamos que pasar por lo que todo el mundo sabe; es tener que leer y dar por cierto lo que dicen el comandante Cervera y otros que no son comandantes; es tener que tragar la saliva que nos hacen tragar los señores marroquíes, olvidados ya, á lo que se ve, de que estuvimos en Tetuán, y de que, si no ondea en la alcazaba de Tánger la enseña roja y amarilla, no fué ciertamente por culpa de D. Leopoldo O'Donnell...

Justicia.—¡Dios la dé! No se conoce en Marruecos ninguna ley positiva: rige tan sólo como regla el capricho del jerife. Verdad es que el Sultán administra personalmente justicia dos veces por semana, y aun cuatro, doquiera que se encuentra, en el tribunal que toma el nombre de *Meschuar* y al cual se dirigen todas las solicitudes; pero ¡bueno está aquello! Lo que hay, sí, es que cualquiera puede entrar libremente en aquel sitio, lo mismo si es hijo del Profeta que *rumí,* rico que pobre, hombre que mujer; y que todo el mundo tiene derecho á acercarse sin el menor impedimento al *Seidna ona mulana;* pero esto no quita que se cuenten unas cosas... ¿Quién no ha oído hablar de ciertos infelices

presos encerrados en el calabozo de una casucha cercana á un imperial palacio, de tal suerte que las cadenas que sujetan á aquellos desdichados van á parar á las propias habitaciones del sheriff? Y ¿quién no se ha enterado de las vicisitudes de un pobre dentista español *attaché* al al harem de S. M. moghrebina?

Apresurémonos á decir que, sea como fuere, el fallo pronunciado por el Emperador en el *Meschuar* se ejecuta siempre en el acto, y que las más de las veces suele parecer justo. En esta parte sucederá, pues, lo mismo que sucedía con los fallos de nuestro D. Pedro I de Castilla, que eran por lo general bastante justos también; y aun podríamos citar otros de Fernando VII, nada injustos por cierto.

La justicia civil es administrada por los cadíes, pero sus sentencias son apelables ante el *Meschuar*. La justicia criminal está á cargo de los bajaes, autoridades militares, y, como es conguiente, del Sultán.

"Á excepción de estas audiencias imperiales (los *Meschuar*),—dice un autor,—la administración marroquí es un tejido de desórdenes, de cohechos y de discordias. Los gobernadores reunen en el círculo de sus atribuciones no solamente el poder administrativo, sino también el poder judicial, puesto que, cuando más, remiten á los jueces los expedientes que de suyo resultan complicados. En algunas ciudades, como en Fez, hay *cadíes* ó jueces independientes y revestidos de una autoridad muy lata; pero como todos estos gobernadores y jueces se hallan oprimidos y vejados por el soberano, oprimen y vejan al pueblo, y hasta el último oficial roba legalmente en nombre de su amo. Las riquezas que pueden acopiarse de esta suerte, acaban por caer en manos del Sultán, pues éste, bajo cualquier pretexto, hace destituir, acusar y castigar á los que han acopiado algunos tesoros. El soberano puede usurpar á un vasallo todo lo que no le es absolutamente necesario para no morir de hambre, y toda la cuenta que se da de semejantes usurpaciones se reduce á aparentar que las sumas confiscadas se depositan en el tesoro común de los musulmanes. Desde luego se deja ver cuál debe ser el resultado de semejante sistema de administración: el pueblo, que es sospechoso, cruel y pérfido, no respeta ningún lugar; todos procuran robarse unos á otros; ni se conoce la confianza ni los vínculos sociales, de suerte que apenas se manifiestan por un momento los más tiernos afectos: el padre teme al hijo, y el hijo detesta al padre."

Estado social.—No es más blando el antecitado autor al pintar el carácter de los habitantes del Moghreb. "Los moros,—dice,—han llegado á formarse la más alta idea de sí mismos y de su país. Estos esclavos medio desnudos llaman á todos los europeos *agein*, es decir, *bárbaros;* y, aunque poseen algunas virtudes, no las fundan en ningún principio de moral, porque el despotismo los ha embrutecido; así es que no tienen idea ninguna de la libertad, y aun han llegado á perder el uso de las voces que significan conciencia y honor. Tampoco conocen el patriotis-

mo ni los vínculos de parentesco ó de amistad, ni tienen otro móvil que el interés, como si el más extremado fatalismo aniquilara en ellos las facultades del alma. Un moro no desespera nunca: los mayores sufrimientos y quebrantos son impotentes para arrancarle un suspiro; constantemente se halla resignado á lo que ocurre, como determinado por la voluntad de Dios, y siempre espera en un porvenir más halagüeño. Los moros no admiten entre sí ninguna distinción fundada en el nacimiento: lo único que da una categoría particular consiste en los empleos públicos..."

Como se ve, la pintura contrasta bastante con la que hacen del Moghreb y los moghrebinos los que no quieren oir hablar de influencias españolas en aquel imperio.

Pero sigamos ocupándonos en lo que és Marruecos.

Extensión y configuración del país.—*Al-Moghreb-Al-aksa*, esto es, *el extremo oriental*, abraza una superficie de 24,380 leguas cuadradas, por manera que es mayor que España. Mide 190 leguas de longitud por 150 de latitud, y tiene 300 leguas de costa: 100 en el Mediterráneo, y el resto en el Atlántico.

Corta su territorio de SO. á NE. la doble cordillera del Atlas (Mayor y Menor, ó, como dicen algunos galiparlantes, Grande y Pequeño), dividiéndolo en dos partes: una occidental, que comprende los reinos de Fez al N. y de Marruecos al S. (la antigua *Mauritania Tingitana*), y otra oriental, con los reinos de Tafilete y de Sus, y las provincias de Sedjelmena y de Draha (parte de la antigua *Getulia*).

Algunas de las cimas del Atlas alcanzan una elevación de más de 3,000 metros y se hallan coronadas de nieve la mayor parte del año, la cual, aglomerada en sus laderas, derrítese en el verano y da origen á crecido número de arroyos que serpentean por cañadas, valles y llanuras, salvando de la sequía á los inmensos terrenos que durante el verano, y dado el clima, sufrirían aquella plaga. El más elevado de los montes del Atlas es el *Miltim*, á 3,475 metros sobre el nivel del mar.

Al norte del Atlas y próximo al Mediterráneo hay un grupo aislado de montañas, *el Riff*, cuyas cimas se elevan tan sólo á 1,000 ó 1,200 metros, siendo todavía más bajas las montañas de á orillas del estrecho, como Sierra Bullones, que sólo alcanzan unos 800 metros de altura. Todas estas montañas encierran ricos filones de cobre, estaño, hierro, antimonio, y dicen también que de oro y plata; pero... como si no encerraran nada.

Ríos de Marruecos.—El imperio del que es árbitro y señor actualmente, S. M. el Sultán Muley Hassán, contiene los ríos más caudalosos del Africa septentrional, gracias á la altura de las montañas y á la uniformidad del declive general. Por la vertiente occidental del Atlas discurren el *Lukkos* (40 leguas de curso); el *Sebú* ó *Mahmore*, inmortalizado

por Sellenick, el ilustre músico (20 leguas); el *Morbea* ú *Omm-er-Rb'ia* (idem.), rápido y profundo como él solo; y el *Tensiff*, que corre 80 leguas.

Entre las dos cordilleras atlánticas, ó sea entre el Atlas Mayor y el Atlas Menor, corre en sentido de SO. á NE. el *Muluya*, que tiene más de 100 leguas de curso y que los franceses están empeñados en que sirva de límite entre la Argelia y el Moghreb, sin duda para quitarnos quebraderos de cabeza en Melilla. Como el *Muluya* suele quedar seco á lo mejor, se le conoce también con el apodo de *Bahr-Belama*, ó dígase *río sin agua*. Algo al O. de su desembocadura se ven nuestras semiabandonadas Chafarinas, que deberían ser un fondeadero frecuentadísimo y no lo son.

La Alcazaba de Tánger

De la vertiente oriental del Atlas nacen el *Ziz*, que después de un curso de más de 100 leguas desemboca en un lago en los confines del Sahara; y el *Uuady-Draha*, que desaparece en las arenas del desierto después de haber corrido por igual espacio que el anterior.

Todos los ríos citados son muy abundantes en pesca, y apenas si se aprovechan con otro objeto, cuando por ellos podrían establecerse importantísimas comunicaciones mercantiles ó aprovecharse para mil fines industriales.

Clima.—El clima del Moghreb es uno de los más saludables y deliciosos de la tierra, fuera de los tres meses de verano. Los reinos de Marruecos y de Fez están á cubierto, por el Atlas, del viento abrasador del desierto, que sopla por espacio de dos ó tres semanas antes de la estación de las lluvias y es un terrible destructor de la vegetación. En cambio, la parte correspondiente á la vertiente oriental del Atlas no goza de semejante protección, por lo cual llega allí con todo su tremendo fuego el *simoun*, y aun se recibe á lo mejor la peste levantina. Las estaciones, hablando en general, están determinadas en el Moghreb por las lluvias y la sequía, empezando aquéllas en setiembre, aunque con grandes interrupciones. Ni aun en los días más fríos del invierno se

ve hielo y escarcha, á no ser en las cumbres del Atlas. Con todo, este invierno ha nevado en Sierra Bullones.

Vegetación.—Las provincias del norte ofrecen algunos extensos bosques de cedros, madroños, gomeros, encinas que producen bellotas dulces, y alcornoques; pero la esencia más especial es una especie de enebro llamado *a'rar*, que suministra maderas muy buenas para la construcción y la carpintería, exhalando sus tablones una fragancia análoga á la del cedro. En la parte del norte los bosques se componen principalmente de acacias y thuyas, mientras que en el sur y en Tafilete se admiran magníficos bosques de palmeras que suministran delicadísimos dátiles.

Fauna.—En estos bosques viven no pocas fieras, como panteras, hienas y aun leones, amén de mucha caza, como jabalíes, gamos y gacelas.

Zonas geostáticas.—Puede considerarse el Moghreb distribuído en cuatro zonas: el *Sahel* ó región arenosa, llana y sin agua; el *Tiersch* ó zona pelada, sin árboles ni montañas, constituyendo la parte central y más importante; el *Gibellu* ó porción cultivada de la vertiente occidental del Atlas; y, por fin, el *Tell*, que confina con el Sahara por el oasis donde se levanta Tafilete, la tierra de las palmas y de los guadamaciles, paladión del imperio. Nada más vago que los límites entre el Tell moghrebino y el desierto; pero es sin duda doblemente extenso que el Tell franco-argelino. "El Tell marroquí,—dice un geógrafo,—presenta en todos sus puntos una fecundidad extraordinaria, como que produce hasta tres cosechas anuales. Las montañas y los valles están cubiertos de una espesa capa de *humus* ó tierra vegetal, y hay algunos terrenos cultivados tan impregnados de ocre ferruginoso que el color rojo de éste se comunica á las plantas que se cultivan; circunstancia que no deja de notarse, particularmente en una parte de la provincia de Abda, llamada, precisamente por esta razón, *país rojo*."

Productos.—A pesar del lastimoso atraso de la agricultura, Marruecos exporta una considerable cantidad de cereales: el Moghreb podría abastecer de trigo, de arroz y de cebada no ya á España sino á Europa entera. La avena crece espontáneamente, el olivo adquiere un desarrollo magnífico, las colinas están cubiertas de algodoneros, limoneros y naranjos; en el norte medran muchas variedades de viñas; y en las llanuras arenosas, pero abundantes en riego, se cogen habas, melones, guisantes y cohombros. Cultívanse también el algodón, el azafrán, el tabaco, la caña dulce y muchas especies de goma, aunque el principal artículo alimenticio del labrador es el dura ó sorgho, cereal altamente nutritivo.

La ganadería alcanza mayores adelantos, siendo el ganado muy numeroso, bien criado y de buena casta, particularmente los dromedarios, los caballos árabes y berberiscos, los mulos, las reses vacunas, y

sobre todo los carneros, que son los que dan la lana mejor que se conoce. Y no digamos nada de las gallinas, de tan buena raza y tamaño tan extraordinario que las hay que pesan quince libras.

Comercio.—El de exportación consiste casi exclusivamente en primeras materias: lanas, cera, pieles de buey, marroquí, marfil, plumas de avestruz, volatería, huevos, ganados (vacuno y lanar principalmente), mulos (para las Indias Occidentales), goma arábiga, cobre en rama, almendras, aceite de argana, frutos y trigo (cuando el Sultán quiere).

Las importaciones consisten en te (chino-inglés), géneros ingleses, quincallería francesa y alemana, armas (de España), especias, ladrillos, vinos, medicamentos, cemento, papel, relojes, máquinas de coser y algún hierro de Vizcaya. *¡España figura en último lugar* entre las naciones importadoras!

No hace muchos años que el principal comercio de los marroquíes era el que se hacía con Tombuctu por medio de una caravana que sale de Sekka, en la provincia de Darah. Ni dejan tampoco de salir diversas *cáfilas* ó caravanas en dirección á la Meca y al África ecuatorial, á cuyos puntos llevan sal, paño inglés, quincallería alemana y no pocos artículos franceses, volviendo en cambio con oro en polvo, marfil, goma... y esclavos negros, que son vendidos luego en los mercados de Fez.

Trazado á grandes rasgos este bosquejo geográfico del Moghreb, añadiremos algunas breves noticias históricas, creyendo que de esta manera el lector podrá ir más guiado en las largas excursiones que tenemos que hacer.

Es el actual imperio de Marruecos uno de los restos de las grandes monarquías que fundaron en el Africa los árabes. Remontándonos á los primeros siglos del Islam, veremos establecida en Fez, dominando la Mauritania, la dinastía de los *Edrisitas* (788), al par que la de los *Aglabitas* de Kairuán que dominaba en Túnez, cayendo ambas al cabo de dos siglos bajo el yugo de los *Fatimitas*. Vencidos éstos á su vez por los *Zeiritas* ó Zegríes, sucedió que, al llegarles á los tales el día de la derrota, apareció en el Moghreb un príncipe *lemtuna* (tribu del Gran Desierto, arrojada del Yemen), que escogió por legislador, pontífice y reformador del extremo occidente septentrional africano á *Abdallah-ben-Jasin*, varón de extraordinarias dotes, que vivía de agua, pescado y caza (esto no es extraordinario), pero que se casaba cada mes con un crecido número de mujeres, á las que le faltaba tiempo para repudiar (y esto sí que ya es algo insólito.)

Crea Abdallah la secta de los *almoravides* ó *morabitos*, fanática, belicosa y emprendedora. Toma su jefe el nombre de *Emir-al-mumenim* ó príncipe de los creyentes, y en 1052 cede el mando á Abu Bekr, el cual edifica la ciudad de Marruecos. Ciñe el tahalí de supremo jefe el valiente Jucef-ben-Taxfin (1090); y no sólo invade á España y se apodera de todos los estados musulmanes de nuestro territorio, sino que extiende

su dominación hasta el Gran Desierto, Tombuctu, el Sudán y Argel, formándose entonces aquel vasto imperio del Moghreb que se extendía desde el Ebro al Níger.

No duró mucho la dominación almoravid. En 1146 caen sobre el Moghreb los almohades, ó como decimos hoy madhistas (en suma, los *unitarios*), extendiendo su dominación hasta Trípoli. Aun hoy se recuerda el tremendo saco á que entraron la ciudad de Marruecos. Distinguíanse los almohades por su exquisita cultura y el favor que prestaban al cultivo de las ciencias y las artes, diferenciándose en esto de los almoravides, raza esencialmente militar. No se crea, sin embargo, que dejasen por eso de conquistar gloriosos triunfos las armas almohades.

Derrotados éstos por Alfonso VIII en las Navas de Tolosa (1212) estallaron entre los almohades del Moghreb sangrientas discordias, acabando por ser vencidos por los Beni-Merines; hasta que, en 1537, un *jerife*, ó sea *descendiente de Mahoma*, dió fin á la dinastía merinita, habiéndose perpetuado hasta el día, por manera que el Sultán reune á este título el de *sheriff* ó *jerife*, que indica su sacratísimo carácter religioso. Verdad es que hay también el sheriff de Wassan, que parece cuenta con grandísimo partido, y del cual se dice que no falta cierto estado europeo que vería con gusto su elevación al trono de los Muleyes.

Ya se comprenderá que con tantos cambios, y sobre todo con la forma de sucesión, las revoluciones y trastornos de que ha sido teatro Marruecos no tienen fin ni cuento. Actualmente lo que llama más poderosamente la atención en el Moghreb es su carácter de vetustez que tanto impresionó á Pedro Loti: desde el tiempo de los almohades no se ha adelantado allí absolutamente nada. Es un imperio que, como la Turquía, no ha caído ya en manos de alguna nación ambiciosa por no convenir á las otras que haya quien sea dueño de tan espléndidos dominios. Pero *el enfermo* está de cada vez peor, y no han de pasar muchos años sin que uno ú otro se anexione aquello.

CAPITULO IV

MÁS EXCURSIONES POR TÁNGER

MOROS Y CRISTIANOS.—SUPERIORIDAD DE LA SASTRERÍA MUSULMANA SOBRE LA EUROPEA.—CHIQUILLOS.—SANTONES.—LA CIRCUNCISIÓN.—UN LADRÓN DE GALLINAS.—LAS TIENDAS.—LOS RIFFEÑOS.—MOGHREBINAS, NEGRAS Y JUDÍAS.—SOLEDAD DE LAS CALLES.—LOS OCHAVOS MORUNOS.

La verdad es que todo europeo se siente un tantico humillado cuando compara su ridículo traje con la hermosa vestimenta de los moros, sobre todo cuando van ataviados con sus mejores galas. Comparando nuestra chistera con su turbante, nuestra americana, nuestro chaqué ó nuestro frac con su amplio caftán de color de rosa ó de color de flores de azahar nos haremos el efecto en nuestro foro interno de un escarabajo comparado con una mariposa. Sin contar con que por debajo del caftán asoma á veces un palmo de calzones, no como los *del señorito*, sino de color de sangre, de púrpura, de escarlata, y que indefectiblemente se dejan ver unas babuchas doradas ó que tal parecen, tan vivo es el *amarillo real* de aquel cuero.

Moro vestido de gala

Pero lo que sobre todo enamora á cualquiera que siente arder en su pecho el santo horror á la sastrería europea, gris y negra, es el *jaique*, "aquel largo trozo de lana ó de seda blanquísima, de listas trasparentes, que se arrolla en torno del turbante, cae por la espalda, da vuelta al talle, se replega en los hombros y se descuelga hasta los pies, y, velando vagamente los colores pomposos de los paños, tremola al menor há-

lito del viento, ondea, se hincha, parece como que se enciende á los rayos ardorosos del sol, y prêsta á toda la persona la apariencia vaporosa de una visión. En este bellísimo velo se arreboza y estréchase con la esposa el enamorado musulmán en la noche nupcial."

Y ¡qué diremos de la nobleza majestuosa de sus gestos! Embutidos nosotros en nuestros mezquinísimos jaquets, y peor, si cabe, en *las colas de bacalao,* que dicen los franceses; apretados por nuestras botas, oprimidos dentro las angostas mangas de tanto envoltorio como *nos traemos;* hemos conseguido atrofiar perfectamente la amplitud de los ademanes y movimientos, que, á vestir más racional y *estéticamente*, hubiéramos podido ejecutar. El moro no ha dejado que los botitos, los pantalones *collants* ó pegadizos y las levitas constrictoras acabasen con la soltura de sus movimientos, y allí es de ver con qué garbo, con qué majestad y con qué elegante desembarazo anda, acciona, gesticula, saluda. El ánimo se complace en admirar la verdadera imagen del hombre, tal como Alah desea que se muestre para mayor gloria suya. ¡Qué es ver á un moro con esas fachas de bailarín, de matamoros ó de enamorado cursi con que tropezamos á cada paso por esas calles de Dios! "Todos tienen en su modo de andar,—dice Amicis,—algo de la compostura de un sacerdote, de la majestad de un rey ó de la desenvoltura de un soldado."

Puestos á alabar á los moros por su exterior, no es cosa ya de detenernos. Sabido es la gracia sin igual (modestia aparte) que tenemos los hijos de esta tierra en cuanto dice relación á embozarnos en la pañosa. Pues bien: bastará decir que en punto á embozarse en su albornoz casi nos igualan los moros. Puede que lo hayan aprendido de nosotros, si es que nosotros no lo aprendimos de ellos, en cuyo caso se trataría de un caso más de las muchas cosas buenas que nos dejaron aquí aquellas gentes. Hay que desengañarse: para *se draper* (verbo francés que hace falta en castellano, ya que sería horripilante herejía si tradujéramos *apañarse*), para *se draper* es preciso ser moro ó español. Y eso lo saben tan perfectamente los extranjis que se guardan bien de apelar á capas ni cosa parecida, sino que se resguardan con el paletó, el ruso y demás *artefactos*. Entusiasmado Amicis con el salero de los moros para embozarse en su albornoz, escribe: "La mayor parte no llevan encima más que una sencillísima capa blanca (mejor estaría *albornoz,* pues podría creerse se trata de una capa como las que usan los alabarderos ó los calatravos y demás); pero ¡cuánta variedad en ellas! Quien la lleva abierta, quien cerrada, quien echada á un lado, quien replegada en la espalda, quien terciada, quien suelta; pero siempre llevada con garbo, variada con pintorescos pliegues, descolgada en líneas severas y fáciles, como si la hubiese vestido, ó, mejor, como la quisiera saber vestir un artista. Cada uno parece un senador romano. Esta mañana ha descubierto Ussi (1) un

(1) Ilustre pintor italiano.

maravilloso Marco Bruto en medio de un grupo de beduinos. Pero si uno no está acostumbrado no basta la capa á ennoblecer la figura. Algunos de nosotros hemos comprado una para el viaje y la hemos ensayado: parecíame ver unos vejetes convalecientes envueltos en una sábana de baño."

¡Cosa particular! Es un verdadero fenómeno encontrarse con un árabe jorobado ó raquítico ó estropeado. Desnarigados, sí, se ven algu-

Fiesta de la Circuncisión

nos, callándonos el por qué; ciegos, á trompones; y no pocos con los ojos arrancados. Cosa de política. Otrosí: como el traje oculta todo lo que se quiere, es difícil decidir á simple vista si uno mira á un viejo ó mira á un adolescente. De ahí mil sorpresas.

Acabaremos estas letanías con otra admiración, y es la que engendra en el ánimo de todo amigo del *dolce far niente* la consumada maestría de los moros en el arte de tumbarse. Aquello de que *no hay más bronce que años once,* etc., debiéralo haber aplicado el Rector de Vallfogona, si es que el Rector de Vallfogona dijo nunca semejante cosa, á los moros tingitanos, y en general á los moghrebinos de todo pelambre. Todo es allí costal de paja, desde las piedras del arroyo á los sacos de maíz. A veces las calles de Tánger parecen un campo de batalla, llenos de cadáveres envueltos en blanquísimos sudarios.

Los que, á la verdad, resultan ligeramente ridículos son los chiquillos. Nada más estrafalario que ver á aquellos arrapiezos que no suben cuatro palmos, enfrascados en un albornoz blanco, con la cabeza rapada como una calabaza y una coleta que da ganas de tirar de ella como de

los hilos de un títere. Y ¡qué gentecilla cuando ven á un nazareno! Lo mejor que le dicen, cuando entienden que no se les entiende, es: — Así te asaran, maldito cristiano.

Y ahora, con el debido respeto, hablaremos ya de los santones, que no deja de haberlos en Tánger. Para ser santón precisa absolutamente ser un mertecato. La señal más evidente de la santidad es haberse dejado la mollera en el Paraíso. De ahí que todo santón tenga derecho, á fuer de loco, á hacer lo que le dé la gana, por más que este derecho no se traduzca las más de las veces sino en alguna paliza administrada al primer cristiano con quien se topa. Generalmente los santones no pegan ni escupen sino á los nazarenos, pero suelen calmarse maravillosamente si se les da media peseta. Los hay blancos y los hay negros. Repútase como grandísimo honor recibir un salivazo de aquellos benditos de Alah.

Castigo de un ladrón

Y ya que hablamos de santones vamos á aprovechar la ocasión para decir algo de la ceremonia religiosa que no tiene equivalente en ninguno de nuestros sacramentos. Trátase de la circuncisión, operación quirúrgico-sagrada que algunos higienistas españoles desearían ver introducida en nuestra patria, no sin buenas razones. Hé aquí cómo describe Amicis una de esas fiestas: "He visto, — dice, — dos niños conducidos en triunfo después de la función solemne de la circuncisión. El uno podría tener seis años, cinco el otro. Ambos iban á caballo de una mula blanca, vestidos con trajes encarnados, amarillos y verdes, bordados de oro, y cubiertos de cintas y de flores, en medio de los cuales veíanse apenas sus caritas pálidas, que conservaban aún la expresión del espanto y del estupor. Delante de la mula, gualdrapada y enguirnaldada como un caballo de cabalgata, iban tres músicos, con tambor, pífano y corneta, tocando furiosamente. A los lados y detrás iban los padres y amigos, uno de los cuales tenía á los chicos firmes sobre la silla, otro les daba dulces, otros les acariciaban, y algunos disparaban espingardazos al aire, saltando y gritando. A no saber el significado de la ceremonia hubiese creído que los pobres muchachos eran víctimas conducidas al sacrificio, y, con todo, era un espectáculo no exento de gentileza y de poesía. Pero más poético me hubiera parecido aún si no me hubiesen dicho que la sagrada operación había sido hecha con la navaja de un barbero."

Como se ve, las calles de Tánger son un verdadero kaleidoscopio.

Hemos visto bodas, entierros, santones, comitivas de toda suerte: ¿qué será lo que se nos ofrece ahora á nuestra vista? Un negrazo, desnudo de cintura arriba, montado en un asno, rodeado de árabes armados de varas, y seguido por una lechigada de chiquillos. Los calzones blancos del negro están salpicados de sangre; sangre chorrea por sus espaldas. ¡Es un negro que ha robado una gallina! Podían haberle cortado la mano y se librará con aquella horrible paliza que le administran los soldados.

La cosa no pasa de una vulgarísima gacetilla. Acurrucado, inmóvil, en el fondo de su tienda, mascullando oraciones y pasando las cuentas de su rosario, el mercader moro ve pasar la turba con la indiferencia de una momia en el fondo de su sepulcro.

Tienda morisca

¡Alto el carro! Dejemos pasar á un grupo eminentemente alarmante: cinco ó seis jayanes, con pelo de Judas, vestidos con albornoces negros ó pardos, de rostro patibulario, cabizbajos, de mirada bravía, algunos con la cara tatuada de amarillo, todos armados de espingardas, colgadas de una correa entortillada en torno de la cabeza á guisa de turbante. Su pelambre revela ser de estirpe bereber; sus trazas proclaman á voz en grito que se trata de gente sin rey ni ley. Indudablemente esa gente intratable, salvaje, debe ser horriblemente sanguinaria: seres humanos como esos sólo pueden ser piratas, bandidos. Miran de tal manera que cada atisbo parece una amenaza de muerte. Son riffeños, son aquellos vecinos que nos echamos en Melilla, son los bárbaros montañeses que infestan los montes que se extienden desde Tetuán á la frontera argelina. Su nombre solo produce espanto en los pacíficos habitantes de Tánger, correligionarios suyos. Comparados con ellos, los árabes le parecen á cualquier español unos hermanitos de leche.

Pero dejémonos de riffeños, que Dios confunda, y dediquemos ya algunas líneas al bello sexo moghrebino. Dijo una vez un periódico de la corte que la mujer marroquí era lo más asqueroso del mundo; y semejante aseveración, siempre poco galante, merece un correctivo, ó, si se quiere, una *rectificación*. No: la mujer marroquí no es lo más asqueroso del mundo, y bien puede decirse que es *casi* todo lo contrario, según explicaremos á su tiempo. Verdad es que hay mujeres marroquíes que dan asco, especialmente algunas mendigas; pero eso no tiene nada de particular, y lo mismo puede verse en París y Londres que en Marruecos.

Empeño más que morrocotudo es querer enterarse de cómo tienen la cara las bellas moghrebinas, y apenas si Pedro Loti consiguió tomarles la filiación á un corto número de *ravissantes* damas de Fez. Véase ahora cómo describe Amicis á algunas transeuntes tingitanas: "Siete días hace que estoy en Tánger y no he visto aún la cara de una árabe. Paréceme encontrarme en un grande aquelarre de mujeres disfrazadas de brujas, como se las figuran los niños, envueltas en un paño mortuorio. Andan á largos pasos, lentamente, un poco agachadas, cubriéndose el rostro con el orillo de una especie de capote de tela, bajo el cual no llevan más que una camisa de largas mangas, ceñida á la cintura con un cordón, como el sayal de un fraile. No se ve de su cuerpo sino los ojos, la mano que cubre el rostro, teñida de encarnado con el henné; la extremidad de los dedos, y los pies desnudos, también teñidos, metidos en unas largas babuchas de cuero amarillo. La mayor parte sólo dejan ver la mitad de la frente y un ojo: el ojo, por lo común, oscuro, y la frente de color de cera. Al encontrar á un europeo por alguna calle apartada cúbrense algunas todo el rostro con un movimiento brusco y poco gracioso, y pasan arrimándose á la pared; otras arriesgan una ojeada entre desconfiada y curiosa; alguna, más atrevida, flecha una mirada provocadora y baja la cara sonriendo. Pero la mayor parte tienen un aspecto triste, cansado, envilecido. Las doncellas son graciosas, no obligadas á cubrirse todavía: ojos negros, carillenas, carnación pálida, boquitas redondas, manos y pies pequeños; pero á veinte años son ya jamonas, á treinta viejas y á cincuenta una ruina."

Esclava negra

Más fácil es sorprender los encantos de alguna esclava negra. Si uno es tan dichoso que alcance á penetrar en el misterio del chiribitil ancillar, puede que se encuentre con alguna trasformación inesperada: la esclava tiene sus días de expansión, y para entonces reserva todas sus galas y todo su buen gusto, y vierais á la sazón á la *pobre chica* que fregaba los azulejos convertirse en una Aida que ya quisieran parecérsele más de cuatro *sopranos sfogattos*. La esclava se convierte en una princesa del Congo, si las hay; en una reina de Saba, en una Selika, en lo más distinguido y elegante que imaginarse pueda. Sin duda Fortuny se inspiraría en alguna de esas peregrinas maritornes para pintar sus odaliscas. Y ¡qué gusto artístico en la combinación de los colores! Por desgracia

hieden que es una maldición, y todo lo que gozan los ojos ante la contemplación de la estatua de ébano padecen las narices.

Indudablemente el olfato será uno de los mayores obstáculos para la colonización del África.

Justo será ahora, después de haber hablado de moros y de negros, dedicar un parrafito á los judíos de ambos sexos.

Las judías de Marruecos son casi populares en España, gracias á D. Pedro A. de Alarcón, que nos reveló á *Tamo* cuando la guerra de África, y al Sr. Frean, que cantó á otra hebreíta, cuyo nombre he olvidado por desgracia, con ocasión de la misma guerra. Indudablemente las hijas de Sión, así las ponga en solfa M. Paul Bourget (especialidad en baronesas israelitas) como las saque á la vergüenza, por modo epistolar, cualquier emigrante á Orán ó Tánger, son de lo mejor de la creación, y hay que comprender y disculpar á Alfonso VIII, á D. Pedro *el Cruel* y demás aficionados á aquella ganadería.

Judías

Ellos, los hombronazos, son gente como Rostchild, pero más morenos, con unas grandes melenas negras y altos como unos palos de cónsul. Diferéncianse, sin embargo, de los *israelitas* (hay que distinguir entre *israelitas* y *judíos:* los primeros son millonarios y los segundos son simplemente ricos, y aun pobres, y hasta paupérrimos) en el modo de vestir. Un israelita de la talla de aquellos á quienes ajusta las cuentas M. Alberto Drumont va, por lo común, vestido de frac. Un judío de Tánger viste de bata oscura, ceñida al talle por una faja color de rosa. En vez de *clack* usa un birrete negro, y en vez de botas *du bon cordonnier* calza sandalias amarillas. Me apresuro á decir, sin embargo, que no por eso dejan de rendir tributo al lujo y á la elegancia, *no embargante* la austeridad del atavío. El lujo consiste en la calidad de las telas, en lo bordado de las camisas, en las fajas de seda, en las cadenas y sortijas de oro. Lo que hay es que la chiquillería hebrea está horrible con las dichosas *batitas*.

Y ahora, para no profanar con nuestra pecadora prosa lo augusto de la materia, hable Amicis de las barbianas descendientes de Raquel y Abigail: "Paréceme que no hay exageración,—dice el más conspicuo de los escritores italianos de hoy en día,—en lo que se afirma de la belleza de las hebreas marroquíes, que tiene un carácter propio, desconocido en los demás países. Es una belleza opulenta y espléndida, con grandes ojos negros, nevadas frentes, bocas purpurinas, contornos estatuarios; una

belleza de teatro, que deslumbra de lejos y arranca mejor un aplauso que un suspiro, y place figurársela entre los jarros y vasos enguirnaldados de un banquete antiguo, como en su marco natural. Las hebreas de Tánger no lucen en público su riquísimo traje tradicional, sino que visten poco menos que á la europea, pero con colores charlatanísimamente chillones: azul solferino y rojo de carmín, amarillo de azufre y verde de yerba montañosa, chales y basquiñas que hieren los ojos de una colina á otra; por manera que parecen mujeres envueltas dentro de las banderas de todos los estados del mundo. El sábado, al pasar por las calles donde viven los hebreos, vense por doquier aquellos colores, aquellas caras floridas, aquellos ojazos dulces y risoteros, aquellas trenzas largas y negrísimas; nidadas de rapazuelas alborotadoras y curiosas; un orgullo de juventud y de belleza sensual que contrasta vivamente con la soledad austera de las otras calles."

Judío cambiando monedas

A propósito de esta soledad austera conviene decir que nadie podría figurarse hasta qué punto llega. En primer lugar, Tánger, fuera de la calle y la plaza principales, es un laberinto de pasadizos y callejuelas, de callejones y encrucijadas, de corredores abovedados y de plazuelas irregulares, por las cuales no hay Teseo que deje de extraviarse, y tan solitario todo que se podría asesinar allí á cualquier hora al primero que pasase sin miedo á que la policía pudiese seguir la pista al matador. Verdad es que para evitar eso están las banderas de los cónsules, que son un eficaz *memento* para contener los *embullos* musulmanes. Y, en segundo lugar, hay que tener en cuenta que no hay en Tánger *tránsito rodado*, ni campanas, ni voceadores de mercancías. Todo convida allí al sosiego, á la pereza. Es imposible permanecer en Tánger ocho días y no adquirir al punto irresistibles inclinaciones quietistas.

Y vamos ahora á decir una de las cosas que aburren más en Tánger, y es las dificultades sin cuento que se ofrecen para cambiar las monedas. El gobierno de S. M. Sheriffiana cobra únicamente en oro *ú* plata, pero paga indefectiblemente en *flus*, por otro nombre ochavos morunos. Si uno va á una tienda, digámoslo así, y da un duro y espera la vuelta, ya puede prepararse á recibir la carga, pues habrá de recibir una cantidad enorme de los susodichos ochavos, gloriosa evocación de nuestras hazañas en el Moghreb en 1859-1860. Ya se comprenderá cuánto debe favorecer tan portugués sistema monetario las transacciones mercantiles.

CAPÍTULO V

ÚLTIMAS EXCURSIONES

EL PASEO.—LOS ASAGUAS.—LAS FIESTAS DEL NATALICIO DE MAHOMA.—ESTUDIOS COMPARATIVOS ENTRE EL ORDEN PÚBLICO EN EL SOCO Y EN LA PRADERA DE SAN ISIDRO Ó EN LA PLAZA DE LA CONCORDIA.

TÁNGER tiene su paseo, y este paseo es la playa que se extiende desde la ciudad al cabo Malabat, con lo cual dicho se está que nada tienen que ver con ello los sultanes: el autor del tal paseo es Dios solamente. A la hora del ocaso vense pasear por allí dos ó tres docenas de perros cristianos, que se miran unos á otros á la distancia de una milla, y, semejantes á nuevos Robinsones, parecen atisbar el barco que ha de sacarles de aquella *isla desierta*. Los jinetes árabes que de vez en cuando pasan por allí parecen como los vigilantes custodios de aquellas señoras y caballeros de estirpe arya que se están fastidiando de una manera horrorosísima, dicho sea en puridad.

El aburrimiento es tan espantoso que no hay fiel cristiano que no acoja con las más alborozadas demostraciones la noticia de cualquier espectáculo que venga á romper la uniformidad de aquella vida. De ahí que la *entrada de los Asaguas* constituye un día inolvidable en los fastos del *monde* desterrado en Tánger.

"Son los Asaguas,—dice Edmundo de Amicis,—una de las principales cofradías religiosas de Marruecos, fundada, como otras, por inspiración divina, por un santón llamado Sidi-Mohammed-ben-Aissa, nacido há dos siglos en Mequínez, y cuya vida es una larga y confusa leyenda de milagros y de fabulosas aventuras, diversamente referidas. Los Asaguas se proponen obtener del cielo una protección especial rezando continuamente, ejercitando ciertas prácticas que les son propias, manteniendo

vivo en su corazón, mejor que el sentimiento de la fe, una exaltación, una fiebre religiosa, un furor divino que prorrumpe en manifestaciones extravagantes y feroces. Tienen una gran mezquita en Fez, que es como la casa central de la orden, y de la cual salen cada año en tropel para todas las provincias del imperio, reuniéndoseles, para celebrar sus fiestas, los cofrades desparramados por las ciudades y los campos. Su rito, semejante al de los derviches aulladores y giradores del Oriente, consiste en una especie de danza desenfrenada, acompañada de saltos, contorsiones y gritos, durante la cual, enfureciéndose y volviéndose más feroces cada vez, perdida toda luz, trituran maderas y hierros con los dientes, se abrasan las carnes con carbones encendidos, se hieren con cuchillos, tragan fango y ceniza, desgarran con los dientes y devoran animales vivos, chorreando sangre, y caen en tierra sin fuerza y sin juicio." Pero ¿á qué hablar tanto de los Asaguas? ¿Quién no recuerda el ruido que metieron en la Exposición de París del año 1889?

Entrada de los Asaguas

La entrada de los Asaguas constituye, pues, en Tánger una de las más esperadas fiestas, acudiendo á presenciar el paso de la procesión toda la ciudad en peso, sin distinción de religiones, sexos ni edades. Por desgracia la susodicha *Exposición* les ha quitado á los Asaguas aquel misterioso color local que tenían antes de presentarse en la Explanada de los Inválidos y servir de tema á los articulículos de *La Vie parisienne*.

Más bonita es, sin duda, otra fiesta de las pocas que se celebran en Tánger: me refiero á la feliz conmemoración del natalicio de Mahoma, solemnizada con la celebración de *fantasías* ó juegos de pólvora. Pedro Loti ha descrito una de esas fiestas en términos tan *impresionistas* que no podemos resistir al deseo de trasladar aquí su impresión: "¡Oh, qué extraños jinetes vistos en reposo y de lejos! Sobre sus caballejos flacos, sobre sus altas sillas con respaldo, tomaríanse por viejas envueltas en largos velos blancos, por muñecas viejas con la cara negra, por momias viejas. Llevan en la mano unos larguísimos palos delgados cubiertos de cobre brillante, que son cañones de espingarda. Su cabeza está toda empaquetada en muselinas, y sus albornoces, sobre la grupa de sus bestias, arrastran como chales.

"Acércase uno, y bruscamente, á un signo, á una voz de mando lanzada con voz ronca, todo eso se dispersa, jabardea como un enjambre de abejas, da pernadas con retintín de armas, prorrumpiendo en gritos. Sus caballos, espoleados, se encabritan, cola al viento, crines al viento,

brincando sobre las rocas, sobre las piedras. Y de una vez las viejas muñecas han cobrado vida, se han tornado soberbias, se han convertido en hombres esbeltos y ágiles, de bello rostro bravío, de pie sobre grandes estribos plateados. Y todos los albornoces blancos que los empaquetaban han echado á volar, flotan ahora con una gracia exquisita, descubriendo ropas interiores de paño rojo, de paño naranja, de paño verde, y sillas con tapices de seda rosa, seda amarilla ó seda azul, con bordados de oro. Y los hermosos brazos desnudos de los jinetes, leonados como

Fiestas por el natalicio de Mahoma

el bronce, salen de las mangas anchas remangadas hasta los hombros, blandiendo en el aire, durante la carrera loca, las largas espingardas de cobre, que parece se hayan vuelto ligeras como cañas."

Además de estas fantasías que suelen celebrarse en el Soco, diviértense los moros, en honor al natalicio de Mahoma, jugando á pelota, con toda la gravedad de un marroquí, mientras los negros se entregan á sus particulares danzas, al son de un pífano y un tambor, y en otras partes discurren unos como los que llaman en Cataluña *balls de bastons*. Ni falta tampoco, entre los números del programa, el juglar que cuenta largas historias, á manera de nuestros ciegos de plazuela vendedores de romances, sólo que en vez de guitarra suelen acompañarse de un cornetín y un tambor. La gente escucha con religioso silencio á esos juglares, que revelan á la vez eminentes cualidades de orador y de comediante, si es que ambas cosas no vienen á ser lo mismo.

Y vense en el Soco, durante las fiestas del natalicio de Mahoma, muchas cosas más: ya es un grupo inmóvil, profundamente absorto en

la contemplación de tres músicos encorvados que tocan respectivamente el pífano, el tambor y uno como clarinete, pegados uno al lado de otro y dando vueltas en torno de la arena, no precisamente bailando, sino con un paso de andarín; ya es el encantador de serpientes, generalmente un asagua, que ofrece al espectador el horrible espectáculo de morder á las serpientes y atormentarlas de mil maneras: espectáculo nada á propósito para ser visto por un europeo. No hay que decir que el buen asagua postula que es un gusto, y hace todo aquello para ganarse algunos ochavos morunos.

Niño y mendigo de Tánger

Una cosa hay que hacer notar ahora, verdaderamente pasmosa, y es que, á pesar de la extraordinaria concurrencia que invade el Soco, permaneciendo allí diez ó doce horas bajo el ardiente sol del África, no ocurre el menor escándalo, la más insignificante alteración del orden. Puede explicarse eso por no hacerse uso de otra bebida que el agua, por la circunstancia de que la gente va allí únicamente á ver y oir, por la convicción profundamente religiosa de la santidad del acto. En esta parte las *fiestas populares* de Tánger dejan en muy mal lugar á las que celebramos en el mundo cristiano, caracterizadas por pítimas, puñaladas y otros excesos, ya sea en la Pradera de San Isidro, ya en la plaza de la Concordia.

Con lo dicho queda terminado cuanto de más importante pudiéramos decir de Tánger. Preparémonos ya ahora á recorrer nuevas comarcas, y, á fin de no seguir igual camino que el que han descrito con sus peregrinas péñolas Loti, Amicis y otros, nos uniremos á la modestísima caravana de sir José Thomson. Así, en vez de dirigirnos á Fez y Mequínez, tomaremos por otras veredas mucho menos conocidas y, por lo mismo, más interesantes, sin perjuicio de visitar á su tiempo las ciudades arriba mencionadas y otras muchas.

CAPÍTULO VI

DESDE TÁNGER Á AZAMOR

CASABLANCA.—EL MORO DE REY GUÍA.—UN ALBERGUE HOSPITALARIO.—PAISAJE MARROQUÍ.—FERTILIDAD DE LA COMARCA.—KUBAS.—UN FONDAK.—NOCHE TOLEDANA.

La mayoría de escritores que han publicado sus impresiones de viaje por Marruecos han solido formar parte de las embajadas enviadas á Fez, en concepto de agregados. Tal es, entre otros, como ya hemos dicho, el caso de Amicis y de Pedro Loti. Amigos nosotros de todo lo que sea novedad, echaremos por otro camino, dejando para después la expedición á la corte del sultán, y seguiremos las huellas de sir José Thomson, camino del Atlas, el cual viaje habrá de procurarnos vivísimas emociones.

Recibió, pues, Mr. Thomson la sultanesca carta, de cuyo poco tranquilizador contenido era ya presagio el encabezamiento, que era esta cita del Korán: "No hay auxilio ni fuerza sino en Dios;" lo cual equivalía á decir que los viajeros no recibirían el menor apoyo de las autoridades, como no fuera en los caminos frecuentados y en las ciudades "de los felices dominios del sultán." Prohibíase en la carta que los viajeros recorriesen las montañas y sitios tenidos por peligrosos, que eran precisamente los sitios que se quería ver. Nada bastó á arredrar, sin embargo, el ánimo intrépido de Thomson y del militar que le acompañaba, ni siquiera la perspectiva de ver las montañas del Atlas "en calidad de prisioneros de los montañeses."

—¡Pelillos á la mar!— se dijeron los exploradores. Y hételos ahí embarcados el 5 de abril, llegando el 8 á Casablanca, después de una navegación nada feliz. Sin duda por el deseo de no exponerse de nuevo

á los rudos temporales de que habían *disfrutado* por espacio de tres días, acordaron los viajeros hacer por tierra el viaje á Mogador, verdadero punto de partida para la expedición que proyectaban. Pero decimos mal: Thomson manifiesta que no influyó para nada en su determinación el estado del mar, sino que se les ocurrió hacer el tal viaje por *le plancher des vaches,* que dicen los franceses, con el único objeto de ver las provincias costeras. Valga, pues, solamente esta última versión.

Ya están, pues, en Casablanca los desembarcados pasajeros. Comen espléndidamente en casa de un tal Arturo Pitto, posadero él, y salen luego á dar una vueltecita por la ciudad. Véase la descripción que hace de ella el Sr. Thomson.

"Casablanca,—dice,—está sobre un terreno llano inmediato al mar. Las casas no presentan el menor detalle digno de atención. La calle principal es un largo basurero, y esto se debe por mucho á las últimas lluvias y á los numerosos ganados que pasan por aquí mañana y tarde. Los habitantes son más feos y sucios que en otras partes; se castiga á las bestias de carga cruelmente; los perros, muy numerosos, repugnan por su aspecto; y en ninguna parte hemos encontrado tantos ni tan importunos mendigos como los que hay aquí. El país que hay alrededor de Casablanca, llano y sin árboles, no ofrece el menor interés; pero seguramente es fértil. Durante el verano el tráfico en lanas es considerable, y en el otoño es mayor aún el de los cereales."

Después de dos días de descanso en las delicias... de Casablanca, prosiguen su camino los viajeros, no sin repartir abundantes limosnas á los que les deseaban un muy feliz viaje y satisfecha religiosamente la cuenta, asaz modesta, del Sr. Arturo Pitto. "Un apuesto militar, cubierto con su fez, su blanco albornoz y el voluminoso jaique,—dice Thomson, —por el cual se reconocía su cualidad de *caid* ú oficial, y que montaba un caballo bayo magníficamente enjaezado, nos sirvió á la vez de guía y de escolta. Aquel era el símbolo viviente de que viajábamos bajo la protección especial del sultán.

"Una larga espingarda cruzada sobre la silla del caballo, y que el *caid* apoyaba á veces en su rodilla, indicaba á los transeuntes que sería un peligro mortal molestar á su poseedor ó á los que se hallaban bajo su custodia. Un sable de desaforado largor que nuestro guía llevaba colgado al cinto, nada militarmente por cierto, y que sin duda sería un recurso en faltando la espingarda, y una daga corva, oculta en los anchos pliegues del traje, era un tercer argumento para hacer cumplir la voluntad de Alah y las órdenes de su representante.

"Ya era mucho contar con tal acompañante como Kaid-ben-Mahedi, que prestaba cierto carácter de distinción y pompa á nuestra marcha; pero aun era de importancia más práctica tener por compañero á El-Hadj-Hamad, que seguía detrás montado en una mula cargada con toda la impedimenta. Este hombre era á la vez intérprete, criado, coci-

nero, lacayo y muletero, y hablaba regularmente el francés, el inglés y el español. Habíase puesto de la mejor gana á disposición de unos nazarenos como nosotros por la modesta suma de dos pesetas diarias, no sin pedir perdón á Alah por el delito de acompañar á semejantes renegados. Pusímosle por apodo *el Peregrino*.

"Detrás de éste iba mi amigo C. B., cuya mula no contrastaba poco con las botas de montar, las espuelas, el casco y el aparato belicoso del jinete; mientras que, por su parte, tampoco la humilde cabalgadura estaba muy de acuerdo con la idea novelesca que mi amigo se había formado del tal viaje.

El moro de rey guía

"Yo formaba á retaguardia, montado en un caballejo que había resuelto comprar, y al que puse por nombre *Tobías*. Mientras avanzaba no pude menos de compadecer á mi compañero por los esfuerzos que hacía para ponerse de acuerdo con los irregulares y exasperantes movimientos de su montura.

"Al salir de Casablanca (*El-Dar-el-Baida* de los árabes) tomamos la dirección sur.

"Después de cruzar por una serie de riquísimas huertas nos encontramos en un extenso prado cubierto de verde césped que se prolongaba á lo lejos, sin que ni un solo árbol interrumpiese su monotonía. A izquierda y derecha vimos algunos rebaños que pastaban, y solamente llamaron nuestra atención algunos caminantes montados en asnos, y otros que iban muy despacio detrás de sus camellos.

"Poco á poco la llanura se elevaba, y no tardamos en divisar algunas palmeras cerca de una línea de peñascos, desde donde vimos por última vez á Casablanca. Por la parte del sur no había nada que nos prometiera particular interés: en todo el espacio que podía alcanzar la

vista, el paisaje no era más que una llanura ondulada, sin rocas ni árboles, ni colinas ni valles que interrumpieran su monótono aspecto, como no fuesen las blancas cúpulas que cubrían sendas tumbas de santones, llamadas *kubas*, que en todas partes recordaban al viajero á los buenos musulmanes que habían sucumbido, pero cuya influencia era todavía útil para los que fuesen á orar sobre sus sepulcros. No dejaba de producir esto cierto encanto, cuando podíamos ver al mismo tiempo la línea del litoral, muy accidentada, y los verdes promontorios que parecían penetrar en el azulado océano. Y cuando los alrededores no tenían ningún atractivo para nosotros, complacíanos, por lo menos, oir el sordo rumor de las rompientes y aspirar los efluvios de la marina brisa.

"Muy satisfechos de aquella primera parte de nuestra excursión, rogamos al *Peregrino* que nos enseñara algunas de las frases convencionales que más regocijan al corazón del moro, y también varias de las locuciones más comunes á los muslimes de buena cepa. Cualquiera que conozca bastantes palabras para bendecir y maldecir puede recorrer todo Marruecos sin necesidad de saber el árabe. Así yo como mi compañero procuramos aleccionarnos en la práctica con cuantos caminantes pasaban cerca, saludándoles con las palabras—La paz sea con vosotros,—á lo cual contestaban—La paz sea con los *verdaderos creyentes;*—indicando con esto, sin la menor duda, que no podía haber paz para los que, como nosotros, eran rebeldes contra Alah.

"Nuestro naciente aburrimiento se desvaneció muy pronto al fijarnos en la magnífica flora que se ofrecía á la vista. Todo el paisaje era un magnífico y glorioso jardín natural. En ninguna parte he visto nada tan rico y abundante como la hermosa colección de flores silvestres que se encuentran en estas fértiles llanuras de Shawia. Las amapolas, las margaritas, las caléndulas y otras numerosas especies se combinan aquí para formar el más delicioso kaleidoscopio de colores ricos sobre un fondo verde. La combinación del blanco y el rojo con el azul, prolongándose en tan extenso espacio, produce el más maravilloso efecto que imaginarse puede, habiéndose inspirado sin duda en ello los artistas moriscos para fabricar sus famosas *zerubias* ó tapices.

"En un trayecto de varias millas vemos siempre en este jardín alguna nueva especie ó algún color distinto. Las tiendas árabes que encontramos acá y allá elevándose en medio de los campos, tenían cierto carácter arcádico y sumamente ideal, hallándose algunas rodeadas de niños, de cabras y de perros.

"En otras partes vimos pastores apacentando sus ganados, y esto nos hizo pensar hasta qué punto es independiente y feliz el género de vida de estos árabes nómadas. Después supimos que en sus tiendas hay alguna otra cosa además de los niños, las cabras y los perros, y que en el mundo no existe una raza más mísera y oprimida.

"Al mediodía nos detenemos para descansar un rato y tomar un re-

frigerio. No necesitamos extender mantel alguno, porque no podría darse otro tan magnífico como esta alfombra de flores. Sobre ella nos echamos, quedando casi ocultos entre margaritas y caléndulas, mientras que el aire se embalsama á nuestro alrededor con la fragancia de las flores tronchadas por nuestros cuerpos.

"Después de cabalgar seis horas, devoramos con el mayor apetito nuestro pollo asado y unos huevos duros, rociados con Valdepeñas, sin olvidar entretanto la provisión del posadero Arturo. Después nos creemos los más favorecidos de los mortales al saborear el café humeante que en dos pequeñas tazas nos sirve *el Peregrino*, pronunciando el eterno—*¡Hamdulillah!* (—¡Alabado sea Alah!); y á seguida nos tumbamos sobre la florida alfombra, entregándonos al *dolce far niente*.

"Cuando hubimos descansado lo suficiente emprendimos de nuevo la marcha, galopando con rapidez por un sinuoso sendero que se prolongaba entre espesuras de arbustos, mirtos y floridas plantas.

"A eso de las cuatro de la tarde llegamos á un distrito muy bien cultivado, con campos cubiertos de espigas que ondulan suavemente al soplo de la brisa. Acá y acullá se ven casitas de blancas paredes, algo parecidas á las cabañas irlandesas, aunque más limpias y cómodas al parecer, todas ellas situadas entre los fértiles campos.

"A nuestra izquierda elévanse las imponentes ruinas de la alcazaba de un *caid* de antaño, gobernador de la provincia, hombre que, según se aseguraba, tenía tesoros escondidos, por lo cual se le redujo á prisión hasta que se encontraran sus riquezas, las cuales ingresaron después en las cajas del Sultán, no sin haberse demolido en parte el castillo del pobre hombre para buscar sus bienes.

"No comprendimos entonces la significación de este sucedido; pero después, como en casi cada milla cuadrada del país se observa el mismo fenómeno, con singular semejanza en los principales detalles é igual persistencia, nos convencimos de que la vida del gobernador moro es tan poco apetecible como la del más mísero de aquellos á quien tiraniza durante un breve período.

"Próxima ya la hora de ponerse el sol, nuestro soldado se desvió de la vía principal y condújonos á un grupo de construcciones que, según nos dijo, era el *fondak* ó *caravanserai* del gobierno para ofrecer hospitalidad á los viajeros. La sola idea de pasar la noche en un establecimiento oriental de esta especie, nos regocijó, y picamos espuela á nuestras cabalgaduras para llegar antes; pero al dirigir una mirada al interior desvaneciéronse todas nuestras ilusiones. Un estercolero ordinario hubiera sido un paraíso comparado con el infecto lodazal donde se quería que plantásemos nuestra tienda.

—¡Alah! —exclamé, volviéndome hacia el guía.—¿Somos acaso perros ó cerdos para meternos aquí? ¡Por las barbas de nuestros antepasados! ¡No consentiremos en quedarnos en semejante sitio!

"Y como hiciéramos ademán de retirarnos, el moro de rey nos instó para que no saliésemos fuera, pues de lo contrario, dijo, nos asesinarían y robarían, mientras que él, siendo uno de los elegidos de Dios, terminaría su vida miserablemente en una carcel por culpa de dos infieles como nosotros.—¡No lo permita Alah!—exclamó.

"Por toda contestación soltamos la carcajada al oir lo que decía, é, imitando su manera de expresarse, dijímosle que antes consentiríamos en ver los huesos de su bisabuela en las Gehennas que no permanecer en un lugar tan hediondo.

"Persuadido de que sus instancias y temores serían inútiles, consintió al fin en ir un poco más lejos para que acampásemos cerca de un *aduar* ó pueblo de tiendas, donde á la hora de ponerse el sol sentamos nuestros reales. Después de extender nuestras sábanas impermeables, y antes de que la oscuridad sucediera á la escasa luz del crepúsculo, comíamos con el mayor apetito el resto de las fiambres de Arturo Pitto, sin esperar á que El-Hadj-Hamad nos preparase alguna cosa. Teníamos naranjas para los postres, y luego nos sirvieron el café, cuya dulce influencia nos hizo pensar de nuevo en nuestros amigos de casa, deplorando que no conocieran ellos también los placeres de vivaquear en Marruecos.

"Durante un buen rato permanecimos sentados y hablando; mas al fin observé que mi compañero, á pesar de su estoicismo, manifestaba señales de cansancio. Juzgaba indigno de un viajero, por supuesto, rendirse á la fatiga; pero el caso es que cuando nos hubimos cubierto con nuestras sábanas, mi amigo dejó escapar un suspiro, como de persona que se siente muy aliviada.

"Pensábamos tener derecho á disfrutar de un buen sueño después de recorrer 50 millas; mas por desgracia no fué así. Morfeo nos prometió desde un principio satisfacer nuestra necesidad, á juzgar por el aletargamiento de nuestros sentidos; pero cuando estábamos á punto de cerrar los ojos para dormir profundamente, nos sobresaltaron estrepitosos ladridos. Varios perros del cercano aduar, y otros de las inmediaciones, atraídos por la presencia de extranjeros y por las apetitosas emanaciones de las fiambreras del *Peregrino*, acababan de reunirse en actitud hostil alrededor de nuestras tiendas. Teniendo los mismos intereses que defender, y sin duda resentimientos entre sí, trabaron descomunal pelea, aullando y ladrando furiosamente, hasta que por último dejóse oir la voz de El-Hadj, que, renegando como un carretero, acabó por ahuyentar á pedradas á todos aquellos animales.

"Y no fueron los perros los únicos perturbadores. También nuestros caballos, atados cerca de la tienda, manifestaron instintos belicosos y el más vivo deseo de estar bastante próximos para desgarrarse. Ni las bridas ni las cuerdas bastaron para contener sus impulsos, y más de una vez rompieron sus ligaduras, precipitándose uno contra otro y

relinchando estrepitosamente, todo eso con inminente peligro de nuestra tienda, y hasta de nosotros mismos, por las tremendas coces que largaban. Al fin se oyó una voz árabe: la del hombre que separaba á los furiosos cuadrúpedos; pero entretanto desapareció el pollo frío que aun nos quedaba y que con gran disgusto nuestro vimos en las fauces de un maldito can.

"Todos estos contratiempos persuadiéronme de que no se puede viajar entre moros sin estar expuesto á tan desagradables incidentes como en otras partes, y que la vida en casa propia reune algunas ventajas cuando menos."

CAPITULO VII

DE AZAMOR Á MOGADOR

LAS NORIAS.—AZAMOR.—MAZAGÁN.—LA ALCAZABA DE DUKALLA DEL NORTE.—GEOLOGÍA DEL SUR DE LA PROVINCIA DUKALLA.—LA ALCAZABA DE DUKALLA DEL SUR.—LA MUNA.—SILOS Y ALJIBES.—LA ALCAZABA DE AISSA.—CAMBIO DE DECORACIÓN.—SAFFI.—MOGADOR EN LONTANANZA.—EL ATLAS DE LEJOS.—LA LLANURA DE AKERMUTH.

DESPUÉS de referir Sir J. Thomson, con envidiable *humour*, las peripecias de aquella noche, y de nuevo en marcha hacia el Sur, prosigue la relación de su odisea en los siguientes términos:

"El país que atravesábamos entonces,—dice,—presentaba aún el mismo carácter monótono, sólo que de vez en cuando los campos en cultivo sustituían á las espesuras de matorrales y á la zona florida. En todas partes veíanse también cabañas de piedra ó chozas de paja, en vez de las tiendas construídas con pelo de camello ó de cabra, propia de los árabes trashumantes.

"Lo que principalmente llamó nuestra atención, sin embargo, fueron los pintorescos cuadros que ofrecen las numerosas norias usadas aquí para abastecer de agua á los habitantes y que animan mucho el paisaje."

Traza el Sr. Thomson una larga y minuciosa descripción de lo que es una noria, consignando que en Marruecos son movidas por camellos, y acaba diciendo:

"Pocas cosas hemos visto en Marruecos que nos interesasen tanto como estas toscas norias. El paciente camello da vueltas continuamente alrededor, mientras que hombres y mujeres llenan sus vasijas de agua. Los burros y el ganado esperan también su parte, y á veces se ve á lo lejos un rebaño de cabras ó carneros que se acercan presurosos con el mismo objeto.

"A medida que avanzamos hacia el sur, aspirando el aire fresco de la mañana, vemos que las casas y los pueblos comienzan á ser más comunes, siendo mayor el movimiento del tráfico del camino, y, al fin, á las dos horas de marcha divisamos en lontananza las blancas casas de Azamor.

"Media hora después metemos nuestros caballos y mulas en una gran barcaza que hay allí para cruzar el río Wad ó Guad Um ó Rebia, desde donde se ve, en una cordillera, la ciudad de Azamor, pintorescamente

Noria

situada y seguramente la más notable de la costa, aunque sus edificios no tienen nada digno de llamar la atención.

"Nos detuvimos en la plaza mercado para que herrasen una mula, y entretanto comimos algunas nueces y tomamos café. Como no había aquí nada que valiese la pena de ser visitado, si se exceptúan las antiguas fortificaciones portuguesas, proseguimos nuestra marcha al mediodía, y á las dos horas y media entramos en la curiosa aunque pequeña ciudad de Mazagán, que por su nevada blancura distinguíamos durante todo el trayecto desde Azamor, pareciéndonos siempre verla muy próxima á pesar de hallarse bastante lejos.

"Por la tarde fuimos á recorrer la ciudad y admiramos lo que aun queda de la obra ejecutada por los portugueses en antigua época cuando eran dueños de todo el litoral occidental de Marruecos.

"Entre otros restos de sus obras cuéntase un buen embarcadero, el mejor de la costa; y de paso debo decir que, de todas las ciudades que hemos visto, Mazagán es la que conserva más notables restos de los portugueses.

"Una noche de buen sueño nos repuso completamente de nuestro

cansancio del día anterior, y salimos de Mazagán al rayar la aurora.

"Durante aquella jornada pudimos reconocer muy bien las desventajas de viajar bajo la protección especial del Sultán, pues no éramos dueños de ir donde quisiéramos ó acampar en los sitios que nos parecieran más convenientes. Era preciso pasar de un gobernador á otro como un fardo de mercancías, del que se debía dar un seguro á cada paso. Sin duda nos habríamos rebelado enérgicamente contra semejantes restricciones á no tener en cuenta que en aquel momento importaba

Plaza mercado de Azamor

poco seguir una dirección ú otra con tal de que llegásemos á Mogador cuanto antes.

"Volvemos á ver los mismos terrenos sin árboles, y campos en cultivo que alternan con espacios cubiertos de palmeras ó de arbustos, mirtos y amapolas, sin ver apenas un pueblecillo que interrumpa la monotonía del paisaje. Hubiérase podido creer que todos los naturales habían muerto ó que sin excepción habían sido santos á juzgar por las numerosas *kubas*, blancas como la nieve, que se divisaban en todas las eminencias y cumbres de las colinas. Acá y acullá, no obstante, veíase, en los verdes campos, algún arado primitivo arrastrado por un buey ó un asno ó un escuálido caballo y guiado por un labrador descalzo, en mangas de camisa. También veíamos, á intervalos, rebaños de cabras ó de carneros que desde lejos parecían mirarnos con asombro.

"Pero mientras nuestros ojos recorrían el paisaje buscando lo nuevo y lo interesante, no olvidábamos otras cosas de importancia. Poseído de ardor científico, y comprendiendo que me correspondía ilustrar en lo posible á mi compañero, no familiarizado con los estudios geológicos, de vez en cuando llamaba su atención sobre la superficie de ciertos

terrenos, demostrándole que su aspecto no era resultado de la denudación subaérea, de la acción de la lluvia y del agua corriente. Varias prominencias y depresiones irregulares no podían haberse formado sino en el lecho del mar, y, de consiguiente, estábamos viajando entonces por un terreno terciario cubierto en otro tiempo por las aguas. Tuve cuidado de indicar que las partes que conservaban su primitivo carácter debíanlo á la condición porosa del suelo conchífero, que había permitido la absorción rápida de la lluvia, no pudiendo formarse así corrientes que descalzaran el terreno y alterasen su aspecto. C. B. no se fijó mucho en mi explicación geológica, pues lo que más preocupado le traía eran los caminos y los víveres, y otras cosas referentes á las operaciones militares.

"Ya se había puesto el sol cuando llegamos al sitio donde debíamos pasar la noche protegidos por las murallas de la Alcazaba de Bin-Busheib, gobernador de Dukalla del sur. Apenas habíamos armado nuestra tienda, después de una marcha de 45 millas, cuando se oscureció completamente el cielo y comenzó la lluvia á caer sobre nosotros. No pasó mucho tiempo sin que el *caid* enviara la *mùma* ó ración de víveres concedida á los extranjeros que viajan con carta del Sultán.

"La marcha del día siguiente fué muy enojosa. Los chubascos, acompañados de truenos, se sucedían uno tras otro, y muy pronto estuvimos calados hasta los tuétanos, mientras que el lodo negro del camino nos exponía continuamente á resbalar.

"Nuestra atención se fijó aquel día en el procedimiento de que se sirven los árabes del país para almacenar, no solamente su alimento, sino también el agua. En el suelo practican unos hoyos que tienen la forma de botellas de champaña, y en las paredes interiores aplican un cemento para preservar los cereales de la humedad ó guardar el agua cuando se llenan de ésta. En el primer caso esos hoyos se llaman *mazmorras (silos),* y en el segundo *milfires (aljibes).*

"La condición material del suelo favorece la construcción y estabilidad de esos graneros y depósitos. Enormes extensiones de terreno están cubiertas de una superficie ó, mejor dicho, de una costra que tiene la dureza del diamante, y no permite, por lo tanto, que el agua se filtre. Esta última, no pudiendo permanecer en la superficie, cae naturalmente en los surcos que por lo regular forman aquí los senderos, y llega así á los aljibes con todos los restos é inmundicias que la corriente arrastra. Ya se comprenderá cuál es el estado del agua almacenada así durante dos meses ó más; pero en grandes extensiones no se puede obtener otra durante el verano. La costra dura de que acabo de hablar se forma por la evaporación del agua de la superficie, que contiene cal en solución, la cual se precipita así y forma en la arena una especie de cemento y con el tiempo un depósito escamoso como el que se observa cerca de los manantiales calizos.

"Además de ser unos graneros muy convenientes, parece que estos silos ó mazmorras sirven para ocultar los víveres de la gente pobre, cosa importante en un país donde el Sultán pasa de vez en cuando con su ejército como una plaga de langosta, y las tropas devorarían cuanto encontrasen.

"En algunas partes todo el país está sembrado de tal modo de esos silos que parece un panal; y en los distritos desiertos constituyen no escaso peligro para el viajero que ignora esta particularidad, sobre todo cuando están en parte ocultos con ramaje ó yerbas. Aunque gran parte del suelo del sur de Dukalla está cubierto de la corteza pedregosa de que ya he hablado, también hay vastas extensiones de tierra labrantía con magníficos sembrados de cebada, trigo y habas. La abundancia que revelan contrasta con la mísera población de una manera singular.

"Poco antes de ponerse el sol llegamos á la alcazaba de Aissa, *caid* de la Abda del norte. Esa construcción parecía desde fuera un gigantesco cuadrilátero con blancas paredes como las que forman las cercas de los jardines en Inglaterra.

"Allí se nos ocurrió que podríamos ver qué efecto producía la carta del Sultán y cuál es el carácter de la hospitalidad morisca cuando la ejerce un poderoso gobernador. Una vez dentro del cuadrilátero, vimos que era simplemente una cerca en cuyo centro se elevaban las construcciones del castillo, dispuestas de modo que formaban un patio interior.

"Enviamos la carta del Sultán al *caid*, y al cabo de algún tiempo llegó un mensaje lleno de *marhababikums* (felicitaciones) del *caid* Aissa, y poco después muchos moros y soldados de bravío aspecto se reunieron á la puerta de la construcción interior para recibirnos. En tales circunstancias me creía en el deber de entrar con toda la dignidad posible, y de consiguiente monté de nuevo en la mula en que había cabalgado durante las dos últimas horas para dar algún descanso á los huesos del pobre *Tobías*. Al bajar de la silla con toda la soltura y gracia que me fué posible, no sé cómo fué que una de mis espuelas hirió el costado del cuadrúpedo, y, con espanto mío, antes de que me fuera posible coger las riendas, el animal comenzó á saltar y á revolverse como un conejo. Teniendo un pie fuera del estribo, me fué necesario abrazar la mula con las piernas, y, de consiguiente, á cada nuevo salto de la mula, la espuela se introducía más en su costado, estimulándola á continuar sus evoluciones. Los moros, entretanto, parecían regocijarse de que un nazareno se viera asendereado así por una mula, y no dudo que su satisfacción habría sido completa si me hubiera roto la crisma. Por fortuna pude conservar mi posición, y al fin me hice dueño de mis piernas, de las riendas y del cuadrúpedo. Sonrojado y enojoso por aquella indigna lucha, procuré tomar una expresión tan altiva como las circunstancias

lo permitían, y avancé entre los moros, seguido de C. B., que aun se reía.

"El patio interior presentaba un animado espectáculo que en otra cualquiera ocasión hubiera apreciado mejor. Cincuenta ó sesenta magníficos caballos, agrupados allí, agitáronse inquietos como protestando de nuestra presencia. Sus narices se dilataban, enderezaban las orejas y esforzábanse para romper los ramales que los sujetaban. Más allá veíase toda una hilera de mulas de la mejor casta, y en otro lugar un considerable número de asnos. La agitación de los caballos, los rebuznos de los asnos, el ladrido de los perros, el murmullo de los esclavos y soldados, y la fuga de algunas gallinas saludaron nuestra entrada en el patio interior de la alcazaba del *caid* Aissa.

"Una especie de hujier nos condujo con las debidas ceremonias á una habitación preparada para recibirnos, donde ya estaba dispuesto el te con que se trataba de obsequiarnos.

"Después de lavarnos y cepillarnos dijimos á El-Hadj que viera si había medio de traernos aunque no fuera más que una lata de sardinas á fin de aplacar un poco nuestro voraz apetito; y resueltos á proceder en todo en armonía con cuanto nos rodeaba, mientras estuviéramos en tierra de moros, nos sentamos sobre la alfombra con las piernas cruzadas para esperar la bazofia.

"Al cabo de algún tiempo entró un moro cargado con dos enormes velas, dos pilones de azúcar, media libra de te verde, cuatro libretas de pan y unas doce libras de manteca. No nos agradó mucho esto, pero El-Hadj nos hizo seña para que calláramos. Al fin se oyó llamar á la puerta.

"—En el nombre de Alah, entrad,—dijo nuestro guía, mientras que nosotros mirábamos curiosamente.

"Giró la puerta sobre sus goznes, abriéndose cuanto era posible, y, á no ser porque no éramos demostrativos, habríamos hecho algunos ademanes para expresar nuestro asombro. Pocos segundos después vimos algo como una voluminosa colmena colocada en sentido inverso encima de un barril y conducida por uno de los servidores del *caid*. Detrás seguía otra, y después una tercera. Una habitación escasamente iluminada, dos europeos hambrientos sentados sobre la alfombra á la manera de los sastres, tres colmenas ante nosotros, con otros tantos moros, y en el fondo la figura de El-Hadj que sonreía: hé ahí los principales elementos del cuadro que en aquel momento ofrecía la estancia. Los servidores nos felicitaron por centésima vez, diciéndonos que no teníamos más que hablar para obtener cuanto deseáramos, y nosotros les dimos las gracias, manifestando el deseo de que Alah protegiese largos años la vida de su señor, etc., etc. Cambiados estos cumplidos de pura cortesía, procedióse á destapar las colmenas. De ellas salió una nube de vapor, y en el mismo instante nuestros olfatos percibieron un aroma

muy apetitoso que se exhalaba de tres grandes cazuelas de barro. Difícilmente pudimos conservar nuestra dignidad, mientras que algunas monedas de plata cambiaban de dueño; y, apenas nos dejaron solos, todos á una nos inclinamos sobre las cazuelas, de modo que nuestras cabezas se pusieron en contacto. El-Hadj, tan hambriento como nosotros, apresuróse á decirnos que una de las cazuelas contenía alcuzcuz *(cuscusú)* y la otra *tajen*. Lo primero era gallina con carne, cubierta de puches de trigo; la segunda contenía carnero asado con patatas, cebollas y pasas; y la tercera, vaca con zanahorias.

"Ante aquella abundancia en el desierto, dejamos escapar algunas exclamaciones, y, olvidando nuestra intención de someternos á las costumbres del país, pedimos cucharas, tenedores y cuchillos.—¡Magnífico!—exclamamos después de probar el jigote. Mas poco á poco reconocemos que la manteca es rancia y fruncimos el ceño, lo cual observa con satisfacción El-Hadj, porque presume que le quedará la mayor parte del guisote.

"Poco después nos envolvimos en nuestras sábanas para dormir; mas cuando ya comenzaba á conciliar el sueño, sentí como un picor que me inquietó. Medio dormido, revolvíme á uno y otro lado, hasta que una cosa más marcada obligóme á incorporarme.

"—¿Qué ocurre?—preguntó C. B., tan despierto como yo.

"—*Pulex irritans*,—contesté mal humorado.

"—¿Qué?

"—¡Las *moscas!*—repliqué, por no decir otra cosa peor.—¡Malos diablos se las lleven!

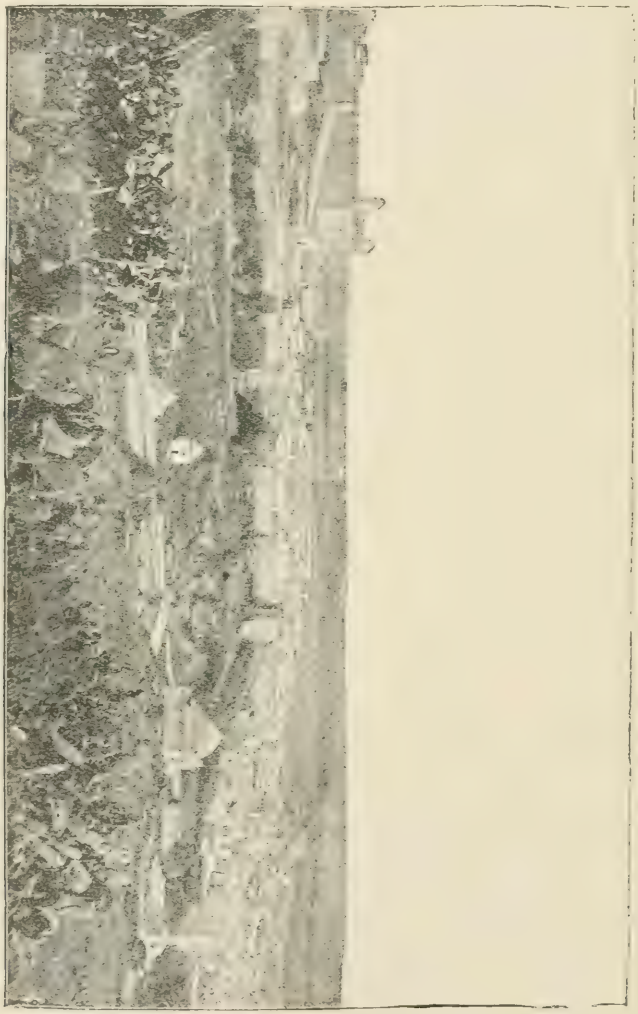
"Y, dando media vuelta, procuré dormir; pero fué inútil, porque había otras cosas para impedirlo: mi caballo, que acababa de soltarse, comenzó á correr por el patio, hasta que conseguimos cogerle; los burros rebuznaban con asombroso vigor, los cerdos retozaban, y los centinelas de la alcazaba se entretenían en lapidar á un perro que aullaba de una manera horrible.

"Las ratas estaban también de fiesta, y sin duda les divertía mucho pasar por encima de nosotros, pues hacíanlo con mucha frecuencia. Tanto me impresionaron todas estas novedades y sensaciones, que tuve muy buen cuidado de no perder ninguna de ellas, manteniéndome despierto; de modo que mucho antes de amanecer estaba en pie, despertando á El-Hadj y á mi compañero. Aun no había salido el sol cuando tomábamos el café, y poco después proseguíamos nuestra marcha en dirección á Saffi.

"Las inmediaciones de esta antigua ciudad de la costa nos parecieron muy pintorescas y magníficas después de recorrer un trayecto de 150 millas, pasando por Shawia, Dukalla y Abda. En todo este tiempo no habíamos visto un solo árbol que mereciese el nombre de tal, ni cruzado una sola corriente ó arroyo, excepto el río Azamor, ni encontrado

una sola colina, ni eminencia alguna para detenernos y admirar el pintoresco paisaje. En resumen, no habíamos visto más que monótonas llanuras, campos cubiertos de espigas ondulantes, ó ricos en variadas flores.

"Mas ahora bajábamos por un estrecho desfiladero, por el cual se des-



Saffi vista desde el norte

lizaba un arroyo cenagoso sombreado por olivos é higueras. Más lejos ensanchábase aquél, serpenteando por una serie de bonitas huertas, en las que abundaban los granados, los naranjos, las higueras y olivos, los datileros y muchas hermosas flores, principalmente geranios y lilas.

"Al fin llegamos á la desembocadura del valle, por la parte del mar, apareciendo Saffi á nuestra vista con su deslumbrante llanura.

"Á nuestra derecha veíanse las numerosas *kubas* de los santos de Saffi, y á la izquierda el inmenso palacio de los sultanes, que más bien parece un gran cuartel ó prisión militar. En los sólidos muros almenados hay una puerta de estilo portugués, y en el interior elévase un compacto grupo de casas.

"El palacio estaba más lejos de lo que á primera vista parecía, y hubimos de recorrer repugnantes callejuelas, flanqueadas por míseras casas, antes de llegar á la residencia de Mr. George Hunot, vicecónsul británico.

"Este funcionario nos recibió muy bien, y pronto reconocimos que habíamos encontrado, no solamente un hombre generoso, sino también un consejero sin rival en todo cuanto se refiere á viajes por esta tierra; y dudo que haya en Marruecos ningún otro europeo que pueda igualarse con Mr. Hunot en punto á conocimientos sobre la gente de este país y las condiciones de las diversas provincias del sur del Imperio.

"Como nuestros caballos y mulas daban señales de fatiga, permanecimos en Saffi todo el día siguiente, lo cual no dejó de ser provechoso para nosotros, á la vez que agradable. Fuimos invitados á cazar la avutarda con halcón, lo cual no deja de ser bastante divertido. Apenas se descubre el sitio donde se halla una de esas aves, el halconero suelta el neblí y corre hacia adelante, dirigiéndola con sus gritos y ademanes. El halcón vuela al principio rasando casi el suelo para buscar su presa, y después elévase cada vez á más altura, trazando graciosos círculos. La avutarda, conocedora del peligro, y sabiendo además que su enemigo no puede herirla mientras vuela, mantiénese inmóvil ó recogida, aunque dominada por el terror. Este es el momento para acercarnos nosotros. Extendiéndonos en línea, damos rienda á nuestros caballos y avanzamos al galope, pasando sobre rocas y entre matorrales, con grave peligro de caernos, pues muchos obstáculos están del todo ocultos. Al oir nuestros gritos, la avutarda se levanta. La excitación de todos redobla y se procura dirigir con esto al valeroso halcón. Síguese un momento de incertidumbre, hasta que el neblí se detiene, y, dejándose caer como una piedra sobre la víctima, las hiere de muerte.

"De buena gana hubiéramos permanecido más tiempo en Saffi; pero ansiábamos llegar cuanto antes al punto de nuestro destino, donde nos esperaban nuestros efectos, y era preciso organizar nuestra pequeña caravana.

"El lunes, 16, continuamos nuestra marcha, siguiendo la costa hasta el río Tensift, que á causa de las abundantes lluvias no era vadeable cerca de su desembocadura, siéndonos forzoso por esto recorrer mayor distancia. Con ayuda de algunos indígenas conseguimos, al fin, pasar á la otra orilla sin novedad. Antes de que se terminase la operación habíase puesto el sol, y fué preciso cabalgar en la oscuridad durante dos horas hasta llegar al santuario de Sidi Aissi, cerca del cual plantamos nuestra tienda, no de muy buen humor, pues no solamente estábamos

hambrientos, sino también molestados porque se nos había conducido por otro camino que no era el propuesto. Ya eran las diez cuando Hadj nos sirvió un sabroso estofado, aplacando con esto, á la vez, el apetito y la cólera que nos dominaba.

"Al cruzar el Tensift habíamos penetrado en una zona muy diferente de la recorrida hasta entonces: atrás quedaban las monótonas llanuras de Abda y Dukalla, y ahora el país, bastante variado, era característico de la provincia de Shiedma.

"La arenisca rojiza y las calizas compactas sustituían á la superficie friable y conchífera del otro terreno, presentando una notable variedad, que hacía más difícil, pero mucho más agradable y distraído, el camino. El país no carecía tampoco de árboles: por doquiera veíamos la notable especie llamada *argan*, que produce una sustancia aceitosa y distinguiéndose por su espeso follaje; y los vallecitos y colinas presentaban variedades muy pintorescas. La prolongada cordillera de Jebel Hadid, ó Montañas de Hierro, cuya base occidental seguíamos, comunicaban al paisaje cierto aspecto de majestad y hasta de grandeza.

"Al mediodía penetramos en la curiosa depresión conocida con el nombre de *Akermut,* y tres horas después subíamos por la cuesta que la circuye por el S. y el O., franqueando un paso muy irregular á través de gomeros, arbustos y pequeñas coníferas, que los indígenas llaman *a'rar,* y los sabios *calitris.*

"Nos detenemos en la cumbre para dar algún descanso á nuestros cuadrúpedos, y también para aspirar la fresca brisa, que nos parece mucho más agradable después del enojoso calor de Akermut. A nuestros pies, y en la base de la cordillera, hállase el santuario de Sidi Buzarktan, de donde parte una faja de arena dorada, la cual se corre en dirección sur formando una línea sinuosa, y parece separar el oceano de la tierra. A mitad de la distancia, casi velada por una niebla de color gris, elévase Mogador, semejante á una gigantesca ave marina que estuviera reposando después de una correría por el mar, con los pies sumergidos en tranquilas aguas, y protegida de las poderosas olas del Atlántico por la inmediata isla.

"Después de Mogador, nuestras miradas se fijan por el E. sobre las dunas de arena, que parecen acumularse en la pendiente de las colinas. De repente dejamos escapar una exclamación de alegría, porque se ofrece á nuestra vista otro inesperado espectáculo: en la dirección E., y en lontananza, divisamos un elevado pico que se proyecta atrevidamente bajo el oscuro azul de un cielo sin nubes. Su brillo es deslumbrador en este instante, porque en él se reflejan los rayos del sol próximo á su ocaso; y desde luego reconocemos que estamos mirando por primera vez una de las mayores alturas de la gran cordillera que nos proponíamos explorar. La vista de aquel picacho, que se nos aparecía como una magnífica visión, avivaba nuestros deseos y entusiasmo por la pro-

yectada empresa, y hubiéramos querido estar ya entre aquellas pedregosas alturas y nevados picos.

"Pero mientras contemplamos lo que por el pronto es nuestro *kubla* ó punto de adoración, nuestras ideas siguen otro rumbo al oir á Hadj gritar:—¡Vapor, vapor!—Al volver la cabeza, nos señala un punto oscuro en el mar, y poco después reconocemos que es efectivamente un barco que se desliza con rapidez, siguiendo la dirección sur hacia Mogador.

"En un momento olvidamos los nevados picos del Atlas, pensando que en aquel vapor va la correspondencia y que tal vez habrá noticias para nosotros.

"Antes de alejarnos del sitio, miramos otra vez, para fijarla en las tablillas de nuestra memoria, la mole de color verde oscuro y gris conocida con el nombre de *Jebel Hadid,* donde en la más alta cima se ve un diminuto punto blanco, semejante á un resto de nieve ó al fragmento de una roca: nuestro guía nos dice que allí vivió y murió Sidi Jakub, el cual formaba ya parte de la gloriosa falange que rodea á Mohammed.

"Bajo la especial protección de Sidi Jakub, y fertilizadas por las fuentes de Jebel Hadid, extiéndense las amarillentas llanuras de Akermut, moteadas, si tal podemos decir, por verdes campos, olivares y *arganes* aislados, entre los cuales elévase á veces alguna mezquita y una tumba, ó bien se ven casas deshabitadas y viviendas ruinosas.

"Seguros de haber visto todo lo más notable que se podía encontrar entre nosotros y los cuatro puntos cardinales, continuamos nuestra marcha en dirección á Mogador con toda la rapidez posible, estimulando de continuo con la voz y la espuela á nuestros cansados rocinantes. A veces cruzamos entre arboledas y espesuras de mirtos y arbustos, evitando peligrosos tropiezos al bajar por pendientes cubiertas de peñascos y guijarros. Al fin conseguimos ganar la playa arenosa que se extiende al S. de Sidi Buzarktan, y entonces nos es dado avanzar más rápidamente.

"Cuando el sol se ponía nos acercábamos á la puerta norte de Mogador, y, después de dar la vuelta á una roca, nos encontramos frente á un europeo que parece esperarnos, y que sin duda nos ha visto con ayuda de un anteojo desde la azotea de su casa.

"Felizmente no se violaron las formas convencionales de la sociedad al estrechar afectuosamente la mano del desconocido, quien nos dijo que nuestro sistema postal había servido ya de mediador para presentarnos, antes de llegar, á nuestro buen amigo Mr. Payton, cónsul en Mogador.

"Antes de que el sol se ocultara completamente, estábamos instalados en una de las posadas donde se da alojamiento y comida á los viajeros europeos.

"Rendidos por tan larga caminata y con la tez tostada por el sol, estábamos, no obstante, muy animados, y comprendimos que nuestra excursión desde Casablanca hasta Mogador nos había endurecido ya lo bastante para sobrellevar en lo sucesivo mayores fatigas."

CAPITULO VIII

EN MOGADOR

UN SUCEDIDO.—VUELVA V. MAÑANA.—MOGADOR.—LAS JUDÍAS
LOS HAMADSHAY

INTERRUMPIENDO la narración de sir J. Thomson, aunque sin salirme del asunto indicado en el epígrafe que lleva este capítulo, permítaseme referir un curioso sucedido, pasillo que pasó allá por los años de 1856 y que llegó á mi noticia por boca del mismo protagonista.

Fué, pues, el caso que el gobierno de O'Donnell, vencedor de la Milicia Nacional, hubo de desterrar á Canarias á algunos dignísimos liberales catalanes, que al poco tiempo de permanecer allí pudieron saber que se trataba de enviarlos... á Filipinas nada menos.

Gemir en Canarias es muy distinto (y lo era más entonces) que desesperarse en Filipinas, y por eso resolvieron nuestros héroes librarse á toda costa de aquella terrible deportación. Para eso fletaron un laúd, metiéronse en él cinco de los desterrados... y ¡á Mogador!

Ya el barco ha atracado en la desierta playa: desembarcan en ella y dirígense á la ciudad. Pero no bien emprenden la caminata cuando de pronto ¡hum! ven á unos cuantos moros armados que les miran con aire poco tranquilizador.

—¡Si intentarán algo esos bárbaros!—murmuran en catalán los tristes fugitivos.

Sin embargo, los moros no se meten con ellos. Andando. Y ya entran por una de las puertas de la ciudad.

¿Qué es aquello? No hay más que callejones oscuros, pasadizos, arcos. No es posible guiarse en aquel laberinto. La gente los mira con una cara de pocos amigos que hace vacilar el ánimo. Por fin desembo-

can en una plaza y ven en un ángulo una especie de tienda ó pabellón debajo del cual un anciano de venerable aspecto está, al parecer, administrando públicamente justicia por patriarcal manera, teniendo cerca de él á un moro que está escribiendo.

Dirígense hacia el personaje nuestros catalanes, deshaciéndose en reverencias, y toma la palabra su caudillo para hacer presente al bajá lo que les lleva á Mogador y sus deseos de que se les conceda hospitalidad.

Comprende el orador que el barbudo moro (llevaba una gran barba blanca) le interroga sobre su nacionalidad, y responde en una especie de castellano-volapük:

—*¡Españoleto!*

El bajá le dice algo al escribiente, desaparece éste y vuelve al poco rato con un judío.

El hebreo se dirije á nuestros paisanos y díceles con puro acento de Castilla:

—¿Son Vds. españoles?

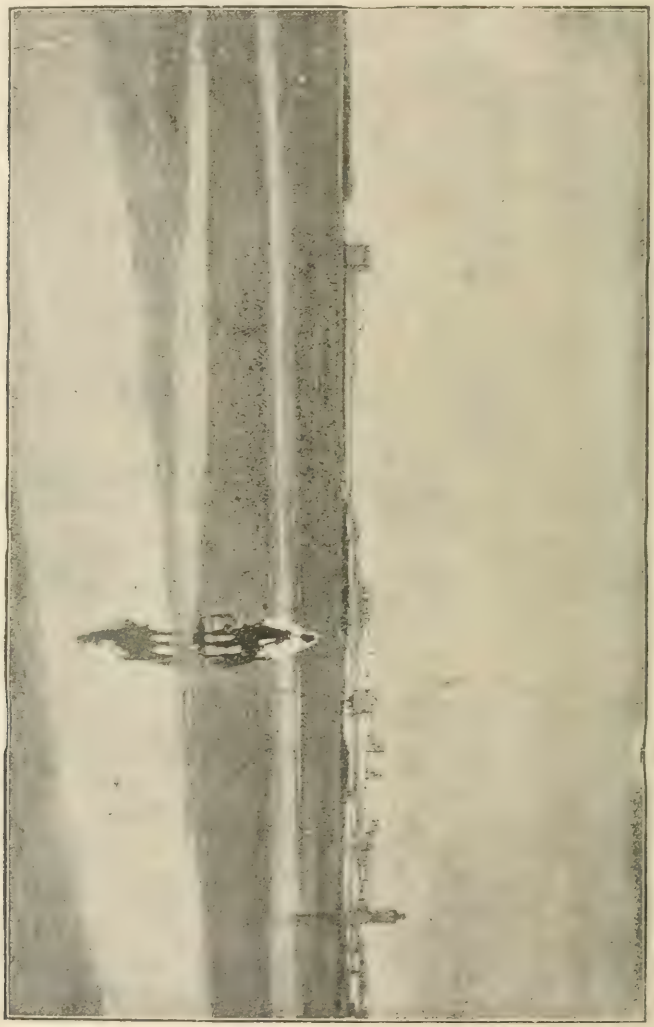
¡Calcúlese qué alegría la de los pobres desterrados al escuchar la lengua de Cervantes en plena plaza de Mogador! Conciértanse con él para que les procure alojamiento, y antes de retirarse adviérteles el judío que han de besar la mano del bajá, como así lo hicieron respetuosamente. En fin, por la módica suma de cuatro pesetillas diarias permanecieron en su casa dos ó tres semanas, tratados á cuerpo de rey y con perdices y avutardas á pasto, hasta que llegó allí un vapor que hacía la carrera de Gibraltar, y allá se fueron para refugiarse después en Francia.

La historia podrá parecer hoy harto sencilla como novela de moda; pero si se atiende á que la cosa pasó hace treinta y cinco años, cuando Marruecos era muchísimo menos conocido que ahora y más temido que después de la guerra de Africa, se comprenderá que los cinco catalanes tuvieron motivos para sobresaltarse algo y avenirse á besar la mano del bajá. Aparte de esto, no se fijaron mucho los pobres fugitivos en lo pintoresco del lugar, pues sólo les pareció que en Mogador se vivía muy barato y que el pueblo era muy feo.

Dicho esto, volvamos á seguir á sir J. Thomson, al cual encontraremos en Mogador impacientísimo por las dilaciones sufridas en los preparativos: tomar criados, comprar mulas y caballos, adquirir informes, todo debía hacerse con desesperadora lentitud. Así es que en lugar de oir el enérgico—*All right* de su país, sólo escuchaba el—*Vuelva V. mañana* inmortalizado por Fígaro, acompañado del amenazador —*¡Insallah!* (—Si Dios quiere). El único consuelo á aquel invencible paro era la repetición sacramental de la frase *¡Kismet!*, que es como si dijéramos: —¿Quién puede evitar los designios de Alah?

En medio de todo, sin embargo, peor lo hubieran podido pasar los

dos viajeros. Mogador es, en efecto, un país donde el verano es perpetuo, fluctuando siempre el termómetro entre los 17° y los 25° C., y señalando el pluvímetro rara vez más de 12 pulgadas al año. Entre esto y

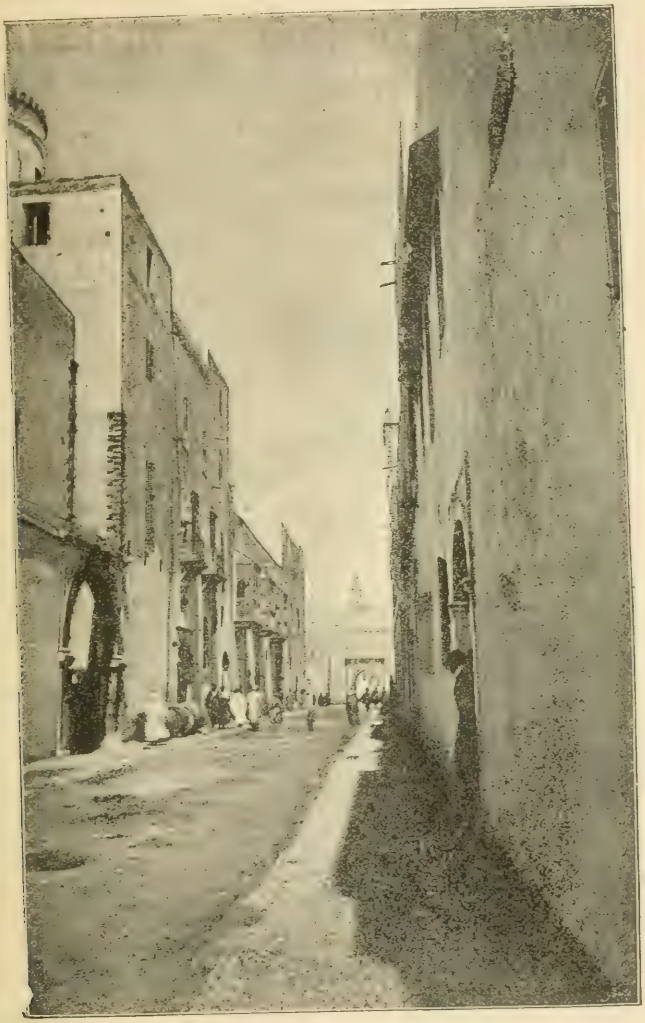


Mogador vista desde el sur

la atmósfera soporífica, saturada por la humedad del océano, concíbese que en Mogador se hagan las cosas muy despacio. No sabiendo, pues, cómo matar el tiempo el Sr. Thomson y su acompañante, dedicáronse á estudiar la ciudad y sus alrededores. Véase ahora la impresión que sacaron de sus *flanêries*.

"Mogador,—dice,—puede vanagloriarse de ser la ciudad mejor edi-

ficada y más limpia de Marruecos, lo cual se debe en gran parte á la circunstancia de ser la más moderna, habiéndola fundado en 1760 Muley Ismael. Su nombre indígena de Surah no parece aplicable en con-



Una calle en la Alcazaba de Mogador

cepto de los hombres prosaicos, que al salir de la población observan los familiares caracteres arquitectónicos del conjunto; pero, en cambio, los que contemplan la ciudad desde las cumbres de las colinas y la ven velada por una ligera niebla, dicen que cuando el sol la ilumina, reflejándose al mismo tiempo en las amarillentas arenas que la circuyen,

parece un inmenso ópalo del más delicado tinte engarzado en un topacio.

"Una de las particularidades de Mogador, y esto es más prosaico, consiste en su sistema parcial de limpieza pública: en vez del antiguo plan morisco, que consistía en dejar las basuras al aire libre, de modo que algunas veces pudieran ser arrastradas por las lluvias ó recogidas por los barrenderos, ahora se acumulan durante un año en los desaguaderos á lo largo de las calles, y se extraen al cabo de aquél.

"En tales ocasiones los europeos huyen al campo ó á la isla que hay fuera del puerto, donde, aspirando sanas brisas, pueden reflexionar sobre la conveniencia ó desventaja del nuevo sistema.

"La ciudadela de Mogador está en un barrio bien construído, con espaciosas casas, plazas bastante limpias y calles rectas. Una de estas últimas, atravesando el barrio de Medinah ó de los Moros, es muy ancha, y en cierto sitio forma una plaza-mercado, llena de interés para el extranjero.

"Una red de muros divide Mogador, según se observa en otras ciudades, en tres porciones: una de ellas es la Alcazaba, destinada á las dependencias del Gobierno; la otra es la Medinah, y la tercera el Mellah, ó barrio de los judíos. En la Alcazaba residen muchos de estos últimos y los europeos.

"Aunque la ciudad presenta pocos puntos notables ó de interés por lo que hace á su arquitectura, se pueden observar costumbres y usos que llaman la atención del viajero, á quien distraerá mucho, sin duda, ver las tiendecillas y en ellas á los artesanos ocupados en sus tareas, sirviéndose de los mismos procedimientos que se usaban hace siglos. Los mercados también presentan un animado panorama y gran variedad de escenas, así durante el día, cuando compradores y vendedores discuten animadamente sobre el precio y calidad de los artículos, como á la caída de la tarde, cuando la luz del sol es más suave y comienzan á circular los músicos, los encantadores de serpientes ó los que leen algún libro sagrado en medio de un atento auditorio.

"Menos agradables son las impresiones cuando se visita el Mellah: impulsado por un sentimiento de curiosidad, ó para cumplir un deber, el viajero europeo franquea la puerta que da entrada á una estrecha calle, la cual conduce evidentemente al corazón del barrio, y que se ramifica formando una red de pasadizos y callejuelas.

"Basta ver un poco del Mellah; mas si el viajero no va acompañado de un guía, muy pronto se pierde en aquel laberinto, sin que le sea fácil salir de él. Como allí no hay costumbre de ver á un europeo extranjero, muy pronto circula entre los habitantes la noticia de su presencia, y se vigilan sus movimientos con ansiosa curiosidad. Mujeres sucias le miran desde todas las azoteas y ventanas; en las puertas y las esquinas de las calles agrúpanse hombres de mísero aspecto, muchos de ellos estropea-

dos ó tullidos, que cuchichean y murmuran, preguntándose quién será aquel extranjero. Por lo regular, una falange de atrevidos muchachos, de ociosos y de perros siguen los pasos del visitante, ó adelántanse á él para observarle mejor; y á veces se da el caso de que alguna vaca, apareciendo en una esquina, se detenga un momento como paralizada y se precipite después por la calle, derribando todo cuanto se opone á su paso.

"De aquel lugar inmundo, donde hay seres humanos que crecen repugnantes y enfermizos, sin conocer nada de todo lo que es brillante, sano y hermoso en la naturaleza, el visitante escapa, al fin, llevando consigo la más desagradable impresión y pareciéndole estar saturado ya de los más infectos olores; y su sensación es doblemente agradable al respirar de nuevo la fresca brisa fuera de la ciudad, mientras que procura olvidar las náuseas que ha experimentado antes.

Judío de Mogador

"Entre los judíos moriscos del Mellah y los judíos europeos de la Alcazaba no hay nada de común, como no sea su religión y su sed de oro. Bajo la protección de sus respectivas naciones, estos últimos disfrutan de todas las inmunidades y ventajas de los europeos, y pueden estimular á sus hermanos israelitas y zanjar antiguas cuentas despojando de su oro á los primeros opresores de su raza. Casi todo el tráfico de Mogador está en manos de los israelitas, y los moros y europeos protestan de continuo contra esto, envidiando, sin duda, la posición que han adquirido por sí mismos.

"Luciendo sus sombreros de seda y otros artículos característicos del europeo, el judío de la Alcazaba recorre las calles mirando con ojos compasivos al mísero moro, porque sabe que en Mogador cambian para él las cosas, que puede vivir en una lujosa casa y disfrutar de cuanto hay bueno en la vida.

"Los ecos de la guitarra ó del piano son comunes por la noche en Mogador, é indican que las hijas de Judá tienen suficiente dinero para permitirse estas distracciones como complemento de la más esmerada

educación. Complácense igualmente en lucir los más ricos trajes cuando en las tardes frescas van á pasear por la Puerta del Mar, donde ostentan sus encantos engalanadas con los artículos que están más en moda en París ó Londres.

"Hallándonos en el Mogador tuvimos la suerte de hacer un interesante descubrimiento, y es que en Marruecos no hay un solo *Ejército de Salvación*, sino muchos, los cuales, en nombre de sus respectivos santos, hacen muchas cosas horribles y extrañas durante sus correrías.

"Las procesiones en honor de jefes espirituales, como Sidi Aissa ó Sidi Hamadsha, son los actos que más perturbación producen en Mogador; y, aunque no dejan de ofrecer graves peligros, procuramos observar cuanto nos fuese posible los notables aspectos de la vida religiosa en Marruecos.

"El 3 de mayo debía efectuarse una procesión en honor de Sidi Hamadsha. La noche de la víspera se consagró á la preparación espiritual necesaria para desarrollar el sentimiento profundo y la religiosa locura requerida en aquellos que quisieran tomar parte en la procesión y ser mediadores aptos para manifestar las obras de la gracia y el maravilloso poder del santo, á fin de que todos los hombres pudieran reconocer que "no había más Dios que Dios."

"Disfrazados con nuestros *jilabs,* salimos á eso de la media noche para confundirnos con la multitud y observar mejor, satisfaciendo así en parte nuestra sed de aventuras.

"La noche era deliciosa y pocas veces me hubiera podido causar tan profunda impresión el sordo rumor de las olas del Atlántico. La luna estaba en su lleno é inundaba las calles y callejuelas con una luz argentada y melancólica que permitía ver hasta los menores objetos, á la vez que comunicaba á las blancas casas un aspecto fantástico, imposible de producirse con la brillante luz del sol.

"En la Alcazaba se veía muy poca gente. De vez en cuando algunos judíos pasaban junto á nosotros en dirección á su casa. Su oscura silueta destacábase en las blancas paredes, y como no se oían los pasos de aquellos hombres, se les hubiera podido tomar verdaderamente por fantasmas. De vez en cuando aparecía algún moro misteriosamente y perdíase de vista muy pronto por alguna callejuela, mientras que en alas de la brisa llegaban hasta nosotros los sonidos estridentes de atabales y tambores, confundiéndose á veces con las notas de un piano, que sin duda tocaba en aquel momento alguna hermosa doncella de ojos negros.

"Al penetrar en la Medinah fué necesario proceder con más prudencia y modificar nuestro rápido paso para adaptarle al más lento de los moros. En todo el barrio notábase una agitación inusitada. En todas las calles, por lo regular desiertas á semejante hora, veíanse hombres y mujeres, que con sus blancos ropajes comunicaban al conjunto el aspec-

to de una ciudad de fantasmas. Jamás había visto yo una población morisca tan animada. En cada esquina encontramos grupos de hombres y muchachos que se ocupaban en adornar las calles, y al frente de ellos una banda de músicos que tocaban los aires del país más plañideros con una especie de flautas, acompañados de tambores y tamboriles. Algunas de estas murgas recorrían las calles lentamente, seguidas de mujeres y de los moros más fanáticos; mientras que varios grupos, compuestos de los verdaderos secuaces de Sidi Hamadsha, corrían de una parte á otra como locos ó borrachos. En algunos sitios deteníanse para ejecutar una danza, golpeando con fuerza el suelo, á la vez que daban vueltas y movían la cabeza de arriba abajo, cual si quisieran reblandecer el cerebro interiormente. Algunos, uniendo las manos en ademán de súplica, miraban al cielo, y entonces podían verse muy bien, á la luz de la luna, sus ojos brillantes, sus bocas entreabiertas y su aspecto extraño, que revelaba la salvaje excitación de que estaban poseídos al hacer sus invocaciones á Alah y Sidi Hamadsha.

Mujer marroquí en traje de calle

"Cuando estuvimos cerca de aquellos fanáticos ocultamos el rostro cuanto fué posible con nuestros *jilabs,* procurando pasar disimulados entre la multitud, porque no se nos ocultaba que pasaríamos muy mal rato si se descubría que dos cristianos tomaban parte en aquella piadosa orgía.

"Al día siguiente fué mayor la excitación y la inquietud en aquella ciudad: apenas había movimiento de tráfico, y en la calle se veía más gente, á causa de haber llegado mucha de los pueblos.

"Al acercarse la noche, los judíos, que para los religiosos fanáticos son la caza favorita, retiráronse al Mellah, donde se agruparon en los terrados de las casas ó encerráronse en sus tiendas, atrancando después las puertas; mientras que los moros, por otra parte, iban llenando

las calles, ya para tomar parte en la procesión, ó bien como curiosos. En los terrados veíanse muchas mujeres que, completamente cubiertas con sus trajes, parecían blancas almohadas; las de la clase más pobre mezclábanse con los hombres en las calles, pero más comunmente apoyábanse en las paredes.

"La carrera que la procesión debía seguir partía de la Medinah, donde aquélla se formó, extendiéndose por la puerta del sur de este barrio á través de las arenas, y dirigiéndose después á la Alcazaba por la puerta de Sus, desde donde, cruzando por la plaza del Gobierno, volvía á la Medinah.

"Para ver bien la procesión subimos á la azotea de la casa de Ratto, que dominaba la puerta de Sus, y desde donde se distinguían muy bien las arenas.

Plato de bronce de Mogador

"Apenas habíamos tomado posesión y dirigido una mirada á la plaza y á las dunas, cuando los discordantes sonidos de atabales y tambores nos anunciaron que la procesión salía de la Medinah, y poco después vimos una blanca multitud que doblaba una esquina de la calle. Al principio no distinguimos más que varias banderas de ricos colores, alrededor de las cuales agrupábanse más de mil personas; pero á medida que la procesión se acercaba, vimos que un descendiente del santo, montado á caballo, formaba el centro del cortejo de fanáticos. Estos últimos, medio desnudos, agitábanse en torno de los estandartes con la furia de un remolino, ó, deteniéndose á veces, ejecutaban una danza al compás de la música, con los más extravagantes movimientos. En ciertas ocasiones, y cual si les animase una especie de fuerza centrífuga, precipitábanse á través de la multitud de admiradores, que formaban la mayor parte de la procesión, arañándose y desgarrándose como hienas que se disputan un cadáver.

"En tales ocasiones, las banderas y jinetes seguían avanzando, hasta que de nuevo los Hamadshas se agrupaban alrededor de su jefe, y repetíase la misma escena, es decir, la danza al compás de la música, la agitación y los golpes.

"Cuando la procesión se acercaba á la puerta pudimos distinguir bien á los verdaderos Hamadshas, no solamente por sus extravagantes movimientos, sino también por sus cabezas y ropas manchadas de sangre, sus facciones descompuestas y su expresión de locura.

"Para ver mejor lo que hacían aquellos singulares sectarios, bajamos

presurosos, y con grave riesgo nos mezclamos entre la multitud. En mi vida he visto nada tan asqueroso y repugnante: el centro de atracción formábanle varios hombres cuyas cabezas eran casi masas informes de sangre coagulada; movíanlas de arriba abajo de la manera más extraordinaria, y sus ojos sanguinolentos miraban fijamente al suelo; con la mano empuñaban agudos puñales, y de vez en cuando los blandían en todas direcciones, con grave peligro de cuantos se hallaban alrededor. Algunas veces estos hediondos sectarios, manifestantes elegidos del espíritu de Alah y de su santo Sidi Hamadsha, poseídos, al parecer, de irresistible excitación, elevaban sus puñales, y con ademanes diabólicos herían sus cráneos afeitados, produciéndose horribles cortaduras, de las cuales dejaban correr la sangre sobre el rostro, el cuello y la ropa, mientras que se agitaban como dominados por frenética locura.

"Las mujeres, muy complacidas sin duda por la escena, proferían agudos gritos; mientras que muchos hombres bailaban, haciendo los más descompasados ademanes que imaginarse pueda, y, entretanto, los músicos inflaban las mejillas para producir todo el ruido posible y los tambores redoblaban con furiosa energía. Tranquilo y sereno en medio de esta agitación y desorden, el jinete que formaba el centro permanecía inmóvil, completamente cubierto con su blanco albornoz; de modo que parecía una estatua.

"Durante algún tiempo seguimos á la fanática multitud, disimulándonos siempre cuanto podíamos; pero al fin nos pareció prudente no exponernos más. Por todas partes veíanse brillar los puñales de los fanáticos religiosos, que no se cuidaban mucho de que podían herir á cualquiera, y cuya vecindad no dejaba de ser peligrosa. Nosotros no habíamos perdido la cabeza, y seguramente no deseábamos que nuestra sangre corriese en honor de Sidi Hamadsha para asegurar la entrada en el Paraíso al que nos sacrificara. En su consecuencia nos retiramos á nuestro alojamiento para digerir como mejor pudiéramos las repugnantes impresiones que habíamos recibido.

"Los europeos que desde las azoteas vieron la procesión quedaron tan disgustados como nosotros; y eso que no había habido caza y muerte de ningún judío, ni perro alguno muerto y destripado para ser devorado en el acto, ni botellas rotas en el cráneo, ni otros curiosos actos salvajes que los adoradores de Sidi Hamadsha ó Sidi Aissa pueden hacer en su nombre para mayor gloria de Alah y confusión de los no creyentes.

CAPÍTULO IX

LA CAZA DEL JABALÍ

Entre las diversiones á que pueden entregarse los ciudadanos de Mogador, es una de las más pacíficas la pesca; pero, sin comparación, el *sport* de más atractivos es la caza al jabalí, por la cual Mogador se ha hecho también famosa. "Las maravillosas hazañas de D. Luis Ratto en sus expediciones contra el *padre de los colmillos*,—dice el señor Thomson,—no han tenido cronista, y, por lo tanto, se me permitirá, aunque yo no sea más que aficionado, describir una caza al jabalí bajo sus auspicios.

"En la tarde del día anterior al de la cacería nos reunimos delante de la casa de nuestro jefe en número de seis europeos y otros tantos servidores, todos montados en mulas y caballos. Llevábamos todo lo indispensable para pasar una noche fuera, y apenas se presentó Ratto emprendimos la marcha por la playa arenosa que se extiende al S. de Mogador. A nuestra izquierda elevábase el santuario de Sidi Mogadul, santo patrón de Mogador, hacia el cual se dirigían varias mujeres veladas con sus hijos; á la derecha veíanse las notables ruinas de una antigua batería portuguesa, y más lejos, por la parte del S., divisábase un palacio de los sultanes, sepultado en parte. Entre las colinas de arena y la orilla del mar veíamos pasar una prolongada línea de camellos, conducidos por árabes de aspecto salvaje; de modo que pudimos hacernos la ilusión de que nos hallábamos en el desierto de Sahara.

"Muy pronto llegamos al pueblo de Diabat, sobre el Guad Kseb, donde los habitantes están siempre en lucha con las avalanchas de arena impelidas hasta allí por el viento. Después de franquear una escabrosa pendiente, nos encontramos á los pocos minutos en una especie de terraplén que conduce á una meseta del interior. Por el S. nos intercep-

taban la vista las sombrías alturas de Haha, mientras que á lo lejos, por el E., destacábanse los picos del Atlas, formando una línea cortada en el horizonte.

Continuamos avanzando entre una espesura de ginesta, que aquí florece en la estéril arena abrasada, y al cabo de una hora dimos vista á una solitaria construcción, conocida con el nombre de *Casa de la Palmera* porque uno de estos árboles crece allí aislado. Según se nos dijo, aquello era la residencia campestre del padre del Sr. Ratto, y allí nos alojamos para pasar la noche, durante la cual no faltó música berberisca y morisca, con su correspondiente baile, organizado por los batidores que debían acompañarnos en la expedición del día siguiente. Un cazador veterano se distinguió por su hábil ejecución al tocar el *shellach*, especie de flauta de caña (también se da este nombre á los berberiscos del sur de Marruecos), y pude convencerme que no es nada fácil tocar ese instrumento; mas aparentemente era necesario retorcer mucho los brazos y hacer las más extraordinarias contorsiones para producir la armonía requerida. Uno de nuestros servidores tocó después, con mucha dulzura, el instrumento morisco llamado *gimbery*, y después los batidores ejecutaron una danza al compás de una música atronadora, producida por atabales, tambores y platillos. Era ya más de media noche cuando se apuró todo el repertorio de canciones inglesas, escocesas, españolas y árabes, siéndonos permitido entonces echarnos en el suelo para obtener el necesario reposo.

"Antes de rayar la aurora estábamos ya todos en pie, hablándonos en voz baja, cual si comprendiésemos que se acercaba el instante en que el silencio, la prudencia, el atento oído y la vista perspicaz serían condiciones importantes de nuestra excitante empresa.

"Después de tomar el te y arreglarnos un poco, salimos al anochecer, y desde luego fué preciso atravesar un espacio cubierto de altas yerbas y arbustos que no fué nada agradable; perdimos de vista la casa y se hizo alto para celebrar consejo de guerra, es decir, para resolver qué dirección tomaríamos y qué táctica se emplearía para perseguir á la fiera.

"Formábamos un grupo imponente, compuesto de seis europeos, veinte batidores indígenas y diez y seis sabuesos, que me parecieron muertos de hambre y más propios para matar una liebre que un jabalí.

"Concertado al fin todo, extendióse nuestra línea y nos pusimos en marcha á través del bosque, pasando á veces por sitios en que trabé involuntariamente conocimiento con las plantas espinosas.

"Avanzábamos con la cautela de hombres que podrían esperar el ataque de un león en el momento menos pensado y que desean conservar su reputación de cazadores expertos. Ningún sonido interrumpía el silencio, como no fuera algún ¡chist! de vez en cuando, ó un ligero silbido; pero nuestros hombres miraban por todas partes con afán, buscar-

do en el suelo huellas de jabalí con tanta ansiedad como si se tratara de encontrar diamantes.

"Así pasó una hora y otra, sin que nada viniese á mitigar nuestra sed de sangre, si bien á veces descubríase acá y allá, en el suelo, señales redondeadas, alrededor de las cuales nos agrupábamos como geólogos que examinan las huellas fósiles de un anfibio.

"Entretanto había comenzado á llover, y el agua seguía cayendo cada vez más pesada, haciendo de nosotros los más míseros mortales, sin contar que el estómago reclamaba ya nuestra atención. Bajo estas adversas circunstancias, el entusiasmo comenzó á decaer: nuestros movimientos eran ya más descuidados, no se vigilaba como antes, y cada cual llevaba su carabina de la manera más cómoda.

"En aquel momento saltó una liebre de un matorral y su vista nos electrizó. Los sacos de huesos que llamaban perros precipitáronse en persecución del animal, y nosotros también, sin hacer aprecio alguno de los espinos que nos rozaban al pasar.

"Un grito particular que resonó en el bosque nos hizo acelerar más la carrera.

"Pocos segundos después, sumamente agitados, con las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes, llegamos al sitio donde estaban los perros; y al dirigir una mirada á nuestro alrededor no vimos liebre alguna.

"¡Era demasiado tarde!

"Los perros se relamían las fauces con evidente satisfacción, como animales que han comido bien.

"Aunque ninguno de nosotros había presenciado la muerte de la liebre, nos sentíamos reanimados, y muchos pensaron sin duda que ya comenzaba la caza. Se dió á los perros el título de *nobles animales*, y comenzó de nuevo la exploración.

"Sin cuidarnos de la lluvia, ni tampoco del hambre que nos aguijoneaba, avanzamos de nuevo con el mayor sigilo en busca de otro jabalí; y cuando ya comenzábamos á desesperar de que se encontrase algo, oyóse un ligero grito que nos detuvo inmóviles y sin aliento.

"Esta vez no se trataba de una liebre, sino de un verdadero cerdo, que sin duda corría bien, pues tan pronto oíamos el sonido cerca como lejos. Todos prorrumpimos en exclamaciones, empuñamos nuestras carabinas con mano firme, elevándolas sobre los matorrales, y emprendimos la carrera como locos frenéticos. Nada hubiera sido capaz de contenernos en aquel instante: espinos, zarzales, piedras, todo era franqueado sin vacilar, tanto más cuanto que los ladridos de los perros, resonando en el fondo del bosque (¡dulce música para el cazador!), nos excitaban más y más—¡El jabalí está acorralado!—gritó alguno. Pero los demás no contestaban, pensando sólo en llegar cuanto antes al lugar de la terrible lucha. A los pocos minutos, comprendiendo que nos acercábamos, cada cual examinó su carabina y preparóse á resistir cual-

quier ataque.—¡Cuidado con los perros!—gritó Ratto. Nadie contestó: con los dientes apretados y los ojos brillantes, avanzamos sin vacilar.

"Un momento después, al salir de una espesura, vimos á los *nobles perros* formando un grupo de tal modo que ocultaban completamente al jabalí. Aquel espectáculo enardeció la sangre en nuestras venas, y cada cual acercó maquinalmente el dedo al gatillo de su carabina; pero en aquel instante no se podía hacer fuego sin peligro de matar un can, si bien esperábamos que en el momento menos pensado veríamos al jabalí romper el compacto grupo de sus enemigos y desprenderse de ellos. Sin embargo, á los pocos segundos, los perros se retiraron, dejando descubierto lo que ocultaban; y, entonces, con la mirada fija en el sitio y la boca abierta, todos debimos parecer durante un momento hombres privados del habla.

"¡Allí no se veía jabalí alguno! La batalla había sido corta, sangrienta y decisiva: solamente algunas gotas de sangre señalaban el sitio en que un lechón acababa de sufrir una muerte horrible.

"No quedaba ya duda: la caza era del género jabalí, pero domesticado.

"Por el pronto todos nos congratulamos de que aquello hubiera concluído así: habíase vertido sangre, y ahora lo más urgente era aplacar el apetito, antes de cansarnos más.

"En su consecuencia nos dirigimos al sitio en que debíamos almorzar, y muy pronto dimos fin con los pollos en fiambre y los huevos que nos ofrecieron.

"En el camino uno de los nuestros mató otro cerdo, y después hubo un momento de gran excitación, á causa de haber dicho un compañero que *veía* brillar en un matorral los ojos de un jabalí; pero esto fué sin duda una ilusión óptica, pues registrado el sitio no se encontró nada.

"Algunos de los cazadores, seguidos de los perros, habían tomado otra dirección; pero muy pronto supimos dónde se hallaban, porque uno de los hombres, subido en una altura, nos hizo señales. Apresuramos el paso para llegar al sitio, y nuestros compañeros nos dijeron que uno de los batidores había herido á una marrana, la cual fué acorralada por los perros y cogida por los cazadores, que nos esperaban para que la viésemos antes de matarla.

"Llegados al sitio, formamos círculo alrededor de la víctima, muy satisfechos de aquel triunfo y orgullosos de nuestras proezas.

"Ratto desenvainó su largo cuchillo de caza, y, mientras examinaba el filo, observamos atentamente á nuestro compañero, sabiendo muy bien que con aquello se daría por terminada la expedición. Los perros estaban echados, rendidos seguramente por tantas luchas, y cerca de ellos los árabes formaban pintoresco grupo apoyados en sus armas, y en otro nos hallábamos nosotros, vigilando atentamente los movimientos de Ratto. Satisfecho éste del estado de su cuchillo, preparóse para des-

cargar el último golpe, y, antes de que fijáramos bien nuestra atención, el arma homicida desapareció en el cuerpo de la marrana: oyóse un estertor, un torrente de sangre salió de la herida, el animal se agitó con un estremecimiento convulsivo, y todo concluyó.

"Muertos tres *jabalíes*, es decir, dos lechones y una marrana, no por nosotros, sino más bien por los perros, podíamos volver ya honrosamente á nuestro alojamiento.

"En cuanto á la marrana, después de retirar los intestinos, fué colocada sobre un burro. Varios hombres la presidían ejecutando una danza, y así entramos en Mogador, aclamados por una multitud de admiradores.

"A decir verdad, debo añadir que la caza del jabalí en Mogador no es siempre tal como la he descrito.

"En otra ocasión tuve oportunidad de ver cuánta destreza y valor se necesitan para dar caza al temible animal, y lo arriesgada que es la lucha cuando al fin se consigue acorralarle. El jabalí á que se daba caza esperó intrépidamente á sus perseguidores, y vile destripar más de cuatro perros, lanzándolos al aire con sus poderosos colmillos como si fuesen ratas, y rompiendo á veces la línea de sus enemigos para esperarlos de nuevo, hasta que una bala ponía al fin término á su vida."

CAPITULO X

DE MOGADOR Á SAFFI POR SHIEDMA

BUEN TERCETO. — LAS DUNAS. — ASPECTO DE LA COMARCA. — RAPACIDAD DE NUESTRA GENTE. — VISITA AL CAID DE SHIEDMA. — CAMPO DE JEBEL HADID. — ASCENSIÓN Á LAS MONTAÑAS DE HIERRO. — EL JEQUE DE TAKAT. — EXPLORACIÓN DE LAS MINAS ABANDONADAS. — CARACTERES GEOLÓGICOS. — ZAWIAS. — PASO DEL TENSIFT.

Ya está, por fin, dispuesto cuanto es necesario para la marcha. Cuatro excelentes mulas, un camello, un borriquito, vienen á aumentar la colección zoológica de nuestros viajeros. Los criados, sin exceptuar uno, dignos de la más elevada estimación y de la confianza más absoluta, inteligentes, virtuosos, lo mejor de Mogador. Sin embargo de tales seguridades, no creyó prudente el digno explorador inglés internarse desde luego, sino dar un pequeño rodeo para trasladarse desde Mogador á Saffi, á fin de estudiar sobre el terreno la psicología de aquellos tan encomiados fámulos, y *dimitirles* en caso necesario. Lo malo era que no iban acompañados nuestros ingleses de ningún intérprete, debiendo fiar únicamente en la buena fe de sus servidores, que, si chapurreaban tal cual la lengua de lord Byron, de Víctor Hugo y de Espronceda, no entendían palabra fuera de lo vulgar y corriente.

Púsose en marcha la caravana el día 7 de mayo, componiéndose de los dos ingleses, tres criados marroquíes, cinco mulas, el camello y el borriquito arriba dichos, y *Tobías*, el caballejo de Thomson. Su compañero (el de Thomson), el militar, debía contentarse con ir en mula. Item más: al frente de la columnita iba el correspondiente moro de rey.

La salida de la expedición por la puerta de Sus constituyó un verdadero acontecimiento en la vida diaria de los mogadorinos, que se

apresuraron á trasladarse á aquel lugar para ver pasar á la brillante comitiva.

Era caluroso el día: una especie de neblina, levantada de los estériles arenales que rodean la población, se cernía sobre la ciudad, cuyas torres y alminares, vistos de lejos, ofrecían fantástico aspecto. Dejan la playa los viajeros y penetran entre las dunas formadas en la costa por la continua acción de los vientos del SO. reinantes durante el invierno. Ora se presentaban las dunas en forma de montículos semejantes á cráteres volcánicos, ora formaban círculo alrededor de un estanque; y así fueron adelantando los excursionistas, hasta que al cabo de una hora llegaron á la cumbre de una montaña, primer escalón, si así puede decirse, de los dos que conducen á la meseta más baja del Sur de Marruecos. Ultima mirada á Mogador: risueñas perspectivas de un viaje paradisíaco, siempre entre naranjos, limoneros y demás atractivos de todo paisaje oriental.

Por de pronto no se realizó esta dulce ilusión: el terreno era arenoso, y como hacía mucho viento, incomodaba mucho pasar por allí; pero, en fin, poco á poco llegaron nuestros viajeros á un terreno más fértil, poblado de arganes, entre los cuales pacían algunas cabras y cabritos. Ya puestos aquí, dejaremos que el autor refiera él mismo sus impresiones.

"A medida que avanzamos en la dirección E., — dice, — el paisaje presenta cada vez mayor variedad, aunque conservando el aspecto general de un inmenso parque lleno de árboles. En algunos campos vemos indígenas ocupados en la recolección de su escasa cosecha de cebada, mientras que otros aseméjanse á una inmensa alfombra formada por margaritas y caléndulas. En todos los paisajes, los pueblos fortificados con torres cuadradas ó redondas que dominan los alrededores, constituyen un carácter distintivo; numerosas ruinas de otros muchos ofrecían melancólica evidencia de una prosperidad que dejó de existir. En todas partes se reconocen vestigios de canales de riego y otras señales de una población considerable é industriosa, de la cual no quedan ya sino míseros restos.

"Al mediodía divisamos unas ruinas muy extensas, en las que aun se ven porciones de un magnífico acueducto, por donde llegaba el agua á la ciudad; y, aunque construído con arcilla y cal, había resistido singularmente á la acción del tiempo.

"A corta distancia damos vista al Wad Kseb ó Diabat, donde nos detenemos para descansar un poco, continuando después nuestra marcha á lo largo de un pequeño tributario del río, que conduce á un pintoresco valle. Por aquí se llega á la cumbre del segundo escalón, y por lo tanto al espacio irregular de la meseta inferior del sur de Marruecos.

"Desde una altura que llega casi á 2,000 pies dominábamos todo el país, que ofrecía un golpe de vista bastante pintoresco, con sus grandes arboledas, sus dunas y la ciudad de Mogador cerca del mar; mientras que por el E. se veían, destacándose sobre la llanura monótona, los elevados picos del Atlas. Por la derecha limitaban la vista las alturas de Muley Hassán, que forman la linde septentrional de la meseta más alta del sur de Marruecos de las provincias de Haha y Mtuga.

"Próxima ya la hora de ponerse el sol, llegamos á un sólido edificio, en parte fortificado, propiedad, nominalmente, de un sujeto del país, pero donde habita uno de nuestros amigos del Mogador, que ha fijado allí su residencia de verano. En esta morada pasamos la noche, agradeciendo la hospitalidad que se nos ofrecía. En nuestro obsequio se mata el carnero más gordo y las mejores gallinas, que con la leche de las vacas constituyen el mejor alimento.

"Al día siguiente comenzaron los primeros enojos y entorpecimientos del viaje. Por de pronto se ve que las mulas iban demasiado cargadas; y en cuanto al camello, del cual estábamos tan orgullosos, resultó que nos habían engañado y que estaba cojo.

"Nuestros hombres habían pasado la noche bebiendo y fumando el embriagador *kief*, y con dificultad se consiguió despertarlos del todo.

"Comenzaron á hacer sus preparativos con mucha lentitud, murmurando contra nosotros porque los despertábamos tan temprano, y hasta me pareció observar en ellos tendencias á la rebelión, pues se insolentaron porque yo vigilaba sus operaciones.

"El-Hadj acabó de irritarme y cansar mi paciencia por haber contestado insolentemente al darle yo una orden. Tanto es así que, cogiéndole por un brazo, dile tal sacudida que palideció al punto, aunque sus ojos brillaban, animados de una expresión maligna.

"Fácil era reconocer que aquellos dos hombres nos tomaban por dos novicios, como los que habrían tratado antes, y era necesario hacerles comprender, sin pérdida de tiempo, que por lo menos uno de nosotros estaba muy curtido en achaque de viajes. Si se hacía necesario apelar á la lucha para dominar, cuanto antes comenzásemos mejor. Los hombres se negaban á caminar á pie, como era nuestro propósito, á fin de aliviar un poco de peso á las mulas y al camello; pero se les obligó apelando á las amenazas.

"El país que entonces atravesábamos no ofrecía el menor interés ni nada digno de llamar la atención. El terreno, cubierto de espinas y zarzas, desafiaba los esfuerzos del labrador, que no podía obtener de aquel suelo ingrato lo más necesario para el sustento. El sol inundaba de luz el terreno por donde pasábamos, y como no soplaba ni la más ligera brisa, el calor era espantoso, tanto que me preguntaba á menudo si sería verdad que el etíope cambiaba de piel.

"Al contemplar aquel árido país resecado, observando al mismo tiem-

po la insolente expresión de nuestros hombres, me arrepentí de haberme aventurado con aquella gente en tan horrible país.

"Al mediodía cesaron algo nuestros enojos, á causa de haber llegado á la Alcazaba del kaid de Shiedma. Al saber éste en qué condiciones viajábamos envióno nos un mensajero que nos invitó á ir al castillo; pero, recordando lo que nos había sucedido con el kaid de Aissa, rehusé cortésmente y dispuse que se armaran las tiendas.

"Una vez instalados en nuestro campamento, y hallándose los hombres mejor dispuestos á causa de la abundancia de los víveres que habíamos recibido, mi amigo y yo comenzamos á examinar nuestra situación más detenidamente, y al fin nos pareció que podía ser peor aún; pero juzgamos necesario vigilar continuamente y no consentir la menor falta. Pronto supimos que los miserables que nos acompañaban, acostumbrados á burlarse de los cristianos y á despreciarlos, habían hecho siempre lo que les daba la gana con los viajeros que á ellos se confiaban, robándolos de todas las maneras posibles y sirviéndose de sus víctimas como de instrumentos para explotar á los gobernadores y á la gente de los pueblos.

"Tenían la costumbre de decir que aquellos á quienes acompañaban eran embajadores ó cónsules, ó personas notables que viajaban con cartas para el Sultán, en cuyo nombre pedían provisiones excesivas para venderlas después y beneficiarse con el dinero.

"La venta de los víveres era conocida siempre de los que los suministraban, y acusábase del hecho á los europeos, suponiéndose que estos últimos se enriquecían mientras viajaban por Marruecos.

"Al saber esto resolvimos corregir este abuso de una vez, y ya se comprenderá que nuestra manera de proceder no fué del gusto de los que nos acompañaban; mas, por empeñada que fuese la lucha, debía quedar sentado cuanto antes quiénes eran los amos. Por la tarde fuimos á visitar al kaid, hombre obeso, pero de buena presencia y de imponente aspecto, con su lujoso atavío y su gran turbante. Estaba sentado sobre una alfombra de Rabat y apoyábase en un almohadón de piel de Marruecos. Una habitación larga y estrecha, y con las paredes sin blanquear, era la destinada á las recepciones. No había ventanas, ni más luz que la que entraba por la puerta. En aquella semioscuridad, y mientras que el intérprete hablaba por nosotros, observamos que una extremidad de la estancia presentaba el aspecto de un almacén, pues entre otros numerosos artículos veíanse pilones de azúcar, cajas de te, botellas de aspecto sospechoso y paquetes de bujías.

"Desde la Alcazaba volvimos á tomar el camino hacia la costa, cruzando por un país mucho más variado é interesante. El kaid, no contento con enviarnos dos soldados para que nos acompañasen, facilitó un caballo á C. B., así como también un camello y una mula para aliviar de peso á nuestros animales. A consecuencia de esto hubo menos cues-

tiones entre los criados y nosotros, y pudimos franquear tranquilamente el país pedregoso y poco cultivado que forma el distrito de Kurumut. Dos horas después penetramos en un paraje más montañoso, lleno de bosque y rico en floridos campos y en sembrados de cebada.

"Al mediodía, después de atravesar un bosque, llegamos al borde de la meseta, y un estrecho desfiladero nos conduce á la terraza inferior, formada por lechos casi horizontales de caliza blanca y donde los grandes arganes se elevan sobre la espesura. En menos de una hora salimos del desfiladero y llegamos á una deliciosa arboleda donde se ha esta-

Campamento en un olivar

blecido el mercado del lunes *(Sok thlata)*. Después prosiguió la marcha por terrenos muy bien cultivados, de agradable aspecto, y al fin acampamos en la falda oriental del Jebel Hadid, en el distrito de Takat.

"Mientras estábamos sentados saboreando el café, no pudimos menos de pensar que nuestro viaje por aquel país no era tan desagradable como nos imaginábamos. A la sombra de frondosos árboles hallábanse nuestras dos tiendas, en cuyo fondo se veían los catres de campaña, los instrumentos, las cajas, los aparatos fotográficos, las carabinas, etc., protegidos por una especie de empalizada. Un poco más allá elevábase otra tienda más grande, que debía servirnos de comedor durante el día y de dormitorio para nuestros hombres por la noche. Cerca de las tiendas hallábanse nuestros caballos, bastante lejos uno de otro para reprimir sus tendencias belicosas. A pocos pasos estaban las mulas, atadas por los pies, y, detrás de ellas, el camello y el burro tomaban tranquilamente un pienso. En cuanto al campamento, era un frondoso olivar, cuyo ramaje sombreaba el césped que servía de lecho á nuestros hombres. A cierta distancia algunos campesinos nos observaban con una especie

de curiosidad pasiva, preguntándose tal vez por qué Alah permitía nuestro paso por la tierra de sus elegidos.

"Todos nuestros servidores parecían estar de buen humor y no debíamos inquietarnos respecto á la alimentación, pues ya nos la habían traído en abundancia, y el jeque del distrito, cuidadoso sin duda de la seguridad de nuestras personas y efectos, había apostado una línea de guardias alrededor del campamento.

"El día siguiente de nuestra llegada á Takat se consagró á emprender una ascensión á las celebradas Montañas de Hierro. Apenas significamos nuestros deseos al jeque del distrito, esta autoridad puso á nuestra disposición varios indígenas como escolta y guías. A fin de que no nos ocurriera ningún percance y también, según creo, para vigilar de cerca nuestros actos, el mismo jeque y dos soldados del kaid nos acompañaron.

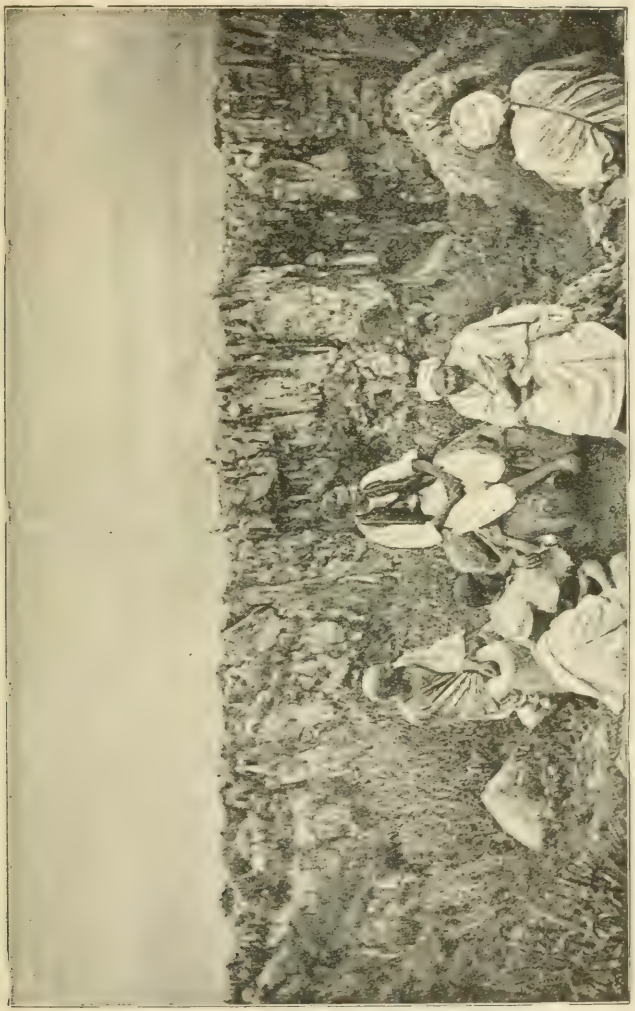
"Saliendo del campamento avanzamos por la base de la montaña hasta llegar á un paso muy escabroso que se prolongaba por su flanco. Al principio íbamos montados, pero muy pronto la pendiente comenzó á ser demasiado pedregosa y empinada y fué preciso ir á pie. Poco después llegamos á una profunda depresión, en la cual veíase una especie de cueva, evidentemente abierta por la mano del hombre en las rocas de caliza, que en aquel sitio eran casi verticales. Cuando bajamos á explorar aquel sitio observé que la excavación practicada á través de los lechos de roca penetraba unos 50 pies en el interior de la montaña; pero lo que más nos extrañó fué no encontrar vestigio alguno de mineral de hierro, aunque seguramente aquella obra se había efectuado para la explotación.

"Poco después de salir de aquel sitio, y avanzando con algún trabajo, llegamos á la cima de la montaña, que se halla á una altura de más de 2,000 pies. Desde la cumbre de la estrecha cordillera podíamos disfrutar de un magnífico golpe de vista, en un espacio que comprendía desde Saffi al remoto sur de Mogador, y desde el ilimitado horizonte del Atlántico hasta los picos del Atlas, velados en aquel momento por la niebla. Bajo nosotros, en la dirección O., veíamos la llanura de Akermut, variado conjunto de espesuras, campos y colinas de arena; y al otro lado de la montaña divisábanse las blancas tiendas de nuestro campamento entre los olivos, y todo el distrito de Takat extendiéndose entre nosotros y el lindero de la meseta, con sus campos de trigo, que iban á perderse entre las espesas arboledas de las alturas, de donde habíamos bajado el día anterior.

"Después de reconocer apresuradamente el curso sinuoso del Wad Tensift por el N. y los caracteres familiares de Mogador en dirección opuesta, seguimos avanzando por la montaña en busca de las minas de hierro.

"Un angosto sendero nos conduce, pisando un terreno peñascoso don-

de abundan los gomeros y el tomillo, á una especie de pozo notable, ó más bien una cavidad semejante á la de una mina, que mide 100 varas de longitud por una anchura de 50 á 70 y 150 de profundidad.



Grupo en la cima del Jebel Hadid

"Nos dijeron que aquello era de origen volcánico, explicación que naturalmente se me había ocurrido ya al ver la forma, las paredes perpendiculares y la posición en la cumbre de la montaña, sin hablar de la naturaleza de la cavidad, que no indicaba ser obra del hombre.

"Con esta idea comencé á buscar alguna señal del origen ígneo, pero sin resultado satisfactorio, como no fuera la circunstancia de que el le-

cho estaba muy triturado; por lo demás no había indicio alguno de metamorfismo, ni tampoco encontré restos de lava.

"Bajamos al pozo por una grieta muy escabrosa llena de maleza y de yerbas, que crecían en los intersticios de la roca. Enormes moles de caliza derrumbadas interceptaban casi el paso acá y allá; pero después de una brega tenaz, que no dejaba de ser peligrosa, llegamos al fondo. Entonces nos confirmamos en el hecho de que, aunque allí hubiesen obrado los agentes volcánicos, la mano del hombre no había dejado de hacer mucho para producir lo que veíamos á nuestro alrededor. En resumen: nos hallábamos en las minas que durante largos siglos habían sido explotadas por los bereberes, y más tarde por los moros, para extraer el hierro. Aun se veían partículas de este metal bajo la forma de óxido ferroso, que llenaban algunas pequeñas cavidades.

"En el fondo del pozo nos enseñaron un agujero que se corría por la roca y penetraba en el corazón de la montaña, terminando en el flanco de ésta. Como no llevábamos luces, nada se podía hacer; pero resolvimos repetir nuestra visita al día siguiente para practicar la exploración.

"Para satisfacer los deseos religiosos de nuestros hombres, fuimos á visitar el sepulcro ó *kuba* de Sidi Yakub, que se halla en el piso más alto del Hadid, semejante á un vigía que estuviese allí para señalar á los que navegan en el oceano de la vida las peligrosas rocas y los temibles remolinos que les rodean, indicándoles la senda por donde los creyentes llegarán á disfrutar la eterna bienaventuranza.

"Mientras nuestros hombres oraban, tocando con la frente el polvo para reconocer la grandeza de Alah, á la vez que elevaban una súplica á Sidi Yakub para que les mostrase el camino del cielo, yo me ocupé en reconocer nuestra posición, tomando medidas; y con ayuda del aneroide y del termómetro determiné el interesante hecho de que nos hallábamos á 2,470 pies sobre el nivel del mar.

"Al bajar de la montaña, por un paso más fácil que aquel por donde subimos, C. B. estuvo en inminente riesgo de llegar al fondo con inesperada y peligrosa rapidez, pues la silla de su montura se deslizó hacia adelante y faltó poco para que el jinete cayera. Nuestros hombres invocaron en alta voz á Alah, pero regocijábanse interiormente, pues veían sin duda en aquel contratiempo una señal de que sus oraciones habían sido escuchadas y de que los infieles debían acabar mal en todos los países.

"Al llegar á nuestro campamento, un indígena nos presentó á un niño que acababa de ser mordido por una serpiente, y manifestó la esperanza de que nosotros pudiéramos curarle. Inútil era intentarlo, porque la pobre criatura se agitaba ya en las convulsiones de la muerte; y cuando los últimos espasmos estremecieron aquel pequeño cuerpo y la mirada quedó fija, nuestros hombres murmuraron la palabra *Inshallah* (¡Hágase

la voluntad de Dios!). Entonces el afligido padre cubrió con su caftán el cuerpo del hijo y alejóse tristemente.

"Por la tarde, cuando se hubo desvanecido un poco la dolorosa impresión de la triste escena que habíamos presenciado, y viendo que el jeque de Takat era un buen hombre, quisimos hacerle pecar. Antes de que sospechara nuestra intención, pusimos á su vista los retratos fotográficos de algunas notables mujeres inglesas para que formase idea de sus encantos, cosa que el Korán prohibe terminantemente. Si le hubiésemos pedido consentimiento antes, seguramente habría contestado: —¡No lo permita Alah!—Mas apenas fijó la vista en los elegantes trajes y encantadores

Mr. Crichton Browne, compañero de viaje de sir J. Thomson

contornos de aquellas imágenes, exclamó entusiasmado: —¡Dios es grande!—Y, olvidando que pecaba, recreóse en contemplar aquellos retratos. Mientras lo hacía así, sus facciones se animaban, y sin duda pensaría que, si el Paraíso estaba poblado de semejantes bellezas, era una lástima que todas fuesen infieles.

"No sin muchas murmuraciones y protestas consintieron al fin algunos de nuestros hombres en acompañarnos á la mañana siguiente hasta la cumbre del Hadid. Ante semejante conducta nos preguntábamos, casi con desesperación, qué sucedería cuando se tratara de escalar las montañas del Atlas.

"Al llegar al paso que conducía al agujero produjose casi un motín, y, antes que aventurarme en lo que podía ser un sitio peligroso con hombres de mala voluntad y cobardes, preferí prescindir de ellos y aceptar los servicios de otros dos indígenas, uno de los cuales indicaba el camino con una luz, seguido de su compañero con otra.

"Aquella exploración resultó ser más desagradable, difícil y peligrosa de lo que yo esperaba. Era preciso arrastrarnos como serpientes, medio sofocados por el polvo que se levantaba, y de vez en cuando encontrábamos otros agujeros por donde apenas se podía pasar, mientras que en algunos sitios los fragmentos de roca no dejaban apenas suficiente espacio libre, sin contar que estábamos expuestos á que se desprendiese alguna mole y nos aplastara. Las vetas del mineral de hierro habían seguido evidentemente el curso más irregular, extendiéndose en las más intrincadas ramificaciones. Nada más se veía digno de notarse, y, alarmados por la naturaleza de aquel oscuro laberinto, con sus profundos hoyos y angostas galerías, resolvimos volver atrás. Sin embargo, más fácil era decirlo que hacerlo, pues todos los pasos se asemejaban, siguiendo distintas direcciones entre los lechos de caliza rota, y al fin no supimos por dónde ir.

"Penetramos en más de un pozo, que pronto resultó no ser el bueno, y yo comenzaba á inquietarme calculando el tiempo que durarían las velas. Dentro de media hora, cuando más, estaríamos en medio de las más profundas tinieblas. El guía confesó que no conocía bien las minas, pero que *Dios nos mostraría el buen camino.*

"La situación comenzaba á ser crítica y llamé á voces á los que habían quedado fuera, escuchando después con la mayor atención; pero solamente nos contestaban los ecos, que parecían resonar por todas partes como burlándose de nosotros. Las velas disminuían de un modo que nos infundían cada vez mayor inquietud. De nuevo gritamos con toda la fuerza de nuestros pulmones, reprimiendo el aliento para ver si nos contestaban, y al fin pareciónos percibir un débil sonido que no era el de un eco. Pero ¿de dónde procedía? ¿de arriba ó de abajo? Hubiera sido imposible determinar la dirección.

"Por último, después de largo rato de incertidumbre, vimos brillar un débil rayo de luz, y pocos minutos después nos iluminaba de lleno la luz del sol. Mi amigo no pudo contener la risa al verme cubierto de polvo y de tierra desde la cabeza á los pies. Mientras yo exploraba la mina, él se había entretenido en cazar unas aves de plumaje azul, y creo que fué más cuerdo que yo. Sin embargo, para demostrarle que yo no había perdido del todo el tiempo, y mientras descansaba de mi tenebrosa excursión, dile cuenta de lo que había podido observar.

"—Estamos ahora,—le dije,—en el mismo centro ó foco de erupción por el cual se levantaron los lechos casi horizontales de caliza que hemos visto alrededor de la montaña y que forman la corta y estrecha cordillera que se corre de N. á S., semejante á la espina dorsal de un pez. El inmenso pozo se produjo probablemente en el centro de la montaña por una explosión de vapores, volviendo á llenarse en parte después por los restos desprendidos. Varios manantiales, tal vez cálidos, cargados de óxidos hidratados de hierro, se elevaron sin duda á través de esa válvu-

la de seguridad natural, depositando su contenido mineral entre los restos en forma de vetas irregulares y en cavidades como las que vemos en la pared de la roca. En el trascurso del tiempo esos manantiales se han secado poco á poco ó han encontrado salida por el flanco de la montaña; pero algo de residuo de calor que produjo el vapor por el cual se elevó esta montaña y se depositó el hierro, se podría observar aún en los manantiales cálidos que hay en el valle del Wad Kseb, cerca de Mogador.

"Satisfecho de haber dado una explicación inteligible á mi compañero, y aunque tenía doloridos los hombros y las rodillas, propuse que volviéramos cuanto antes al campamento, después de lavarnos bien y de tomar un refrigerio. Dimos orden de levantar las tiendas, con no poco disgusto de nuestros hombres, para quienes era inexplicable nuestra energía, sobre todo no faltándonos de comer y beber y agradable sombra para descansar.

"El día no era nada agradable para proseguir el viaje, pues no soplaba la más ligera brisa y en cambio el calor era sofocante. Avanzamos por el N. á lo largo de la base de la montaña, hasta el punto en que el lindero de la meseta superior y la cordillera convergen para formar un angosto desfiladero, que se ensancha después en el espacio de 2 millas: recorridas éstas, penetramos en el pequeño valle del Wad Ifiri, que se vierte en el Tensift.

"Acampamos á corta distancia de la *Zawia,* ó santuario de Sidi-bin-Mahida, donde el criminal que huye de la justicia puede encontrar protección y refugio. Estas *zawias,* tan sagradas como las tumbas de reconocidos santos, están diseminadas en todo el país y constituyen lugares inviolables de refugio, en los que no se puede ejercer la venganza privada ni tampoco interviene la mano de la justicia pública.

"Aquella tarde señalóse por una terrible lucha entre los dos peregrinos Hadj Hamad y Hady M'hamad, que no terminó hasta que me presenté en el lugar del combate con un látigo en la mano.

"A la mañana siguiente proseguimos la marcha, cruzando la cordillera por una profunda depresión que casi la corta en dos partes, siendo conocida mejor la del norte con el nombre de *Sidi-Lal-Kurat,* el santo rival de Sidi Yakub en estas alturas. Al pasar por un pintoresco valle pude confirmar mis observaciones geológicas de la víspera, indicando las señales de la perturbación volcánica, de cuya línea principal nos alejábamos. Numerosos manantiales salados brotaban de las arcillas rojas que aquí abundan. Esta agua se acumula y evapora en alfaques y es suficiente para abastecer de sal á todo el distrito. Antes de llegar á Tensift nuestros hombres y soldados hicieron todo lo posible para que acampáramos; pero insistimos en cruzar al otro lado, á fin de asegurar nuestra entrada en Saffi al día siguiente.

"Volviendo á pasar por el santuario de Sidi Aissa, seguimos el cena-

goso curso del Tensift por un ancho valle y sus fértiles llanuras, donde una reciente inundación había devastado todos los ricos campos de cebada en un espacio considerable.

"A primera hora de la tarde llegamos á un vado que se hallaba á 2 ó 3 millas más allá del que habíamos atravesado antes. Su aspecto no infundía mucha confianza, y durante algún tiempo vacilamos sobre si sería mejor acampar de una vez, á fin de esperar que la corriente disminuyera; mas por último se resolvió probar fortuna.

"Era nuestra primera tentativa para cruzar: montado en el alto caballo de uno de los soldados, que preferí á mi pequeño *Tobías,* penetré en la rápida corriente: un moro guiaba mi montura, mientras que otro nadaba al lado, por si acaso ocurría algún accidente. Al entrar en el río el cuadrúpedo desapareció casi y el agua me llegaba á la cintura: los que iban detrás invocaban de continuo el nombre de Alah, dando instrucciones al nadador.

"Durante un momento la situación parecía muy crítica y el agua me producía como un mareo; mas al cabo de dos ó tres segundos el caballo reapareció, produciendo un fuerte resoplido, y entonces avanzamos con más facilidad. Mi montura tocó fondo, al fin, y adelantó con seguro paso.

"C. B., más atrevido que yo y deseoso de mostrar á los moros cómo se nada, se lanzó al agua; pero su orgullo pudo costarle caro: no había juzgado bien de la fuerza de la corriente y ésta le arrastró con alarmante rapidez. Los soldados, que eran responsables de nuestras personas, comenzaron á desesperarse y, como no tenían cabello en la cabeza, arrancábanse el pelo de la barba. Más de veinte indígenas se arrojaron al agua y otros corrieron á lo largo de la orilla, gesticulando como locos.

"Por fortuna no ocurrió percance alguno, pues el nadador encalló en un banco de arena, desde donde fué trasladado á tierra firme entre un círculo de árabes de tez bronceada.

"No estoy seguro de que el hecho me llamase la atención en aquel momento; pero anoté en mi diario que C. B., con su blanco cutis y su rostro muy afeitado, me pareció una ninfa de las aguas arrebatada por un grupo de faunos ó sátiros.

"El incidente más notable, sin embargo, fué el paso de uno de los soldados: el caballo que montaba fué arrollado por la corriente y el hombre se hubo de agarrar á su cuello con expresión desesperada. Algunas veces veíanse solamente la cabeza y los hombros sobre la superficie líquida, y dióse el caso de no divisarse más que las cuatro piernas del cuadrúpedo. Sin embargo, también llegó al banco de arena sin más novedad que el susto. Una mula se ahogó casi y varios de nuestros objetos quedaron empapados en agua; mas no ocurrió nada peor.

"Nuestro borriquito *Alí* fué el que mejor se condujo en el agua, y,

ayudado por un árabe, nadó muy bien. Una vez en tierra firme enderezó las orejas, movió el rabo y emitió el más destemplado rebuzno triunfal que imaginarse pueda, como satisfecho de haber dado aquella prueba de vigor.

"Habíamos necesitado tres horas para vadear el río, y hasta la puesta de sol no acampamos en la orilla más alta, á cierta distancia del río.

"A la mañana siguiente, mientras almorzábamos antes de marchar en dirección á Saffi, reprendí severamente á uno de nuestros hombres, Abdul Kader, por haber permitido á Selim, conductor del camello, lavar algunos platos en el agua que bebíamos. Contestó con insolencia que no era verdad, y, no pudiendo contenerme, le di un bofetón, castigo que en rigor era necesario para mantener la autoridad. Su rostro tomó un color lívido y su mano buscó el puñal; pero no lo llevaba. Todos sus compañeros, al ver el golpe, saltaron, como si cada cual de ellos lo hubiese recibido.

"Siguióse un instante de silencio, y después Abdul Kader, desahogando su cólera, dejó escapar un torrente de palabras árabes, españolas é inglesas, ininteligibles las más. Yo no había castigado sin razón, y solamente esperaba aquella oportunidad para determinar las condiciones en que debíamos viajar.

"Si no hubiese procedido así daba á entender que temía á mi gente; y no hice caso alguno de las amenazas y maldiciones de Abdul. Ordené á sus compañeros severamente que lo recogieran todo para proseguir la marcha, é hiciéronlo así, comprendiendo, sin duda, que no estábamos dispuestos á tolerar una insubordinación.

"Tal era el estado de cosas cuando entramos en Saffi por segunda vez para solicitar la amistad y el consejo de Mr. Hunot."

CAPÍTULO XI

DESDE SAFFI Á MARRUECOS

REORGANIZACIÓN DE NUESTRA ESCOLTA.—SAFFI.—EL PALACIO.—EL CLIMA.—PARTIDA PARA EL INTERIOR.—PROVINCIA DE ABDA.—PROVINCIA DE BLED HUMMEL.—FERTILIDAD DEL PAÍS.—POBREZA DE LA GENTE.—VISTA PANORÁMICA DEL ATLAS Y DE LA CIUDAD DE MARRUECOS.—LA LLEGADA.

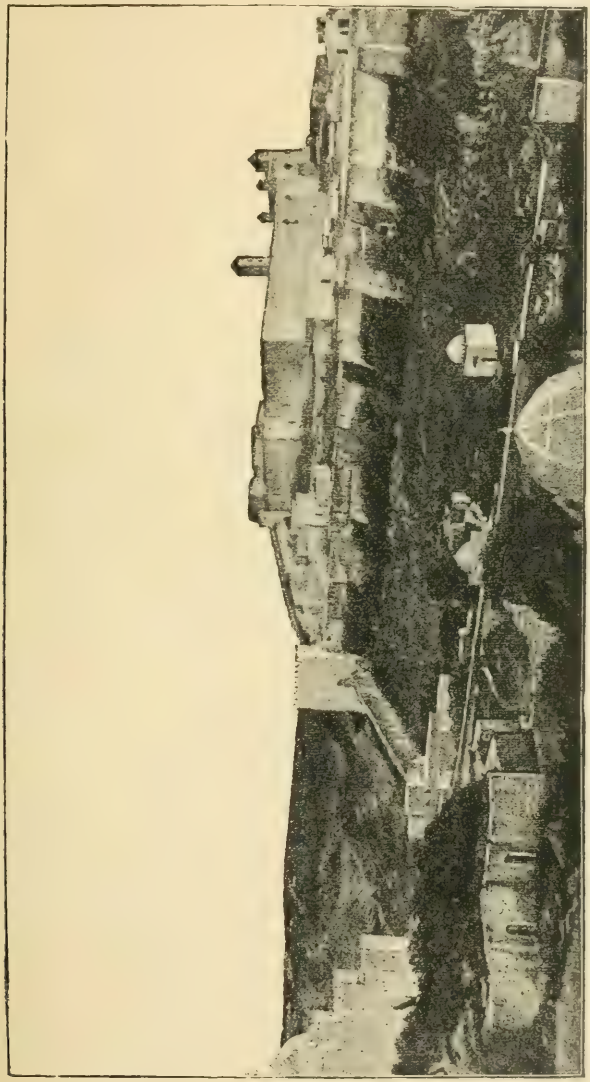
No se hallaban, á la verdad, muy satisfechos nuestros viajeros con el éxito de la expedición. Había que luchar, no ya contra la suspicacia oficial, sino contra los criados, traidores, infieles, constantemente peligrosos, insolentados de cada vez más. Nunca se había topado sir José Thomson, y eso que había viajado mucho, con tal linaje de servidores, que creían contraer un grandísimo mérito vendiendo y saqueando á los que habían confiado á su lealtad. La cosa se arregló despidiendo á los criados tomados en Mogador y sustituyéndoles con otros de Saffi, no sin grave protesta de Selim, el camellero, y de Hamad, el muletero. La energía de los dos ingleses acabó, sin embargo, por imponerse á aquellos miserables.

Reorganizado el personal *racional*, hubo que hacer lo mismo con el de cuatro patas: el camello, el borriquito y uno de los mulos fueron vendidos, con más buena fe, sin duda, que la que emplearon los chalanes moghrebinos que les endilgaron á los dos ingleses aquellos tres deshechos.

Aprovecharon los viajeros aquellos forzados ocios para visitar detenidamente la ciudad, y hé aquí las impresiones del autor:

"Decir que Saffi se distingue, sobre todo, por su construcción sumamente irregular,—escribe;—que sus casas de blancas paredes parecen prisiones, entre las cuales se ve un laberinto de estrechas callejuelas;

que en todas partes se ve basura y una suciedad repugnante, y que los perros y las moscas infestan el interior de la ciudad, es repetir poco más ó menos lo que se observa en las más de las ciudades morunas.



Palacio del Sultán en Saffi

"La única cosa que hay en Saffi digna de verse es el palacio de Muley-bin-Abdullah, sultán que reinó á mediados del siglo último y se hizo memorable por haberse casado con una irlandesa, de la cual tuvo un

hijo llamado Muley Ismael, á quien se tituló el Nerón de Marruecos á causa de su carácter sanguinario.

"El palacio ocupa una eminencia á espaldas de una colina, frente á la ciudad, y por fuerza ofrece el aspecto de una enorme y fea cárcel sin ventanas, constituyendo el edificio un rectángulo sin adorno alguno y de paredes no interrumpidas. Sin embargo, su interior presenta más variedad y tiene algo pintoresco. Se ven largos corredores abovedados con escasa luz, por donde se entra en misteriosas habitaciones. En los patios, cubiertos de césped, hay fuentes rodeadas de lechos de rosas. También se pueden ver las habitaciones del harem, donde las damas del Sultán contemplaban la ciudad sin ser vistas, y aun existe el patio con columnas donde el soberano daba audiencia. También se pueden visitar sus habitaciones particulares, embellecidas por mano del artista con arabescos de estuco, ensambladuras talladas, esculpidas y brillantemente pintadas, delicadas tracerías é intrincadas bordaduras de dibujos de imposible descripción.

"A espaldas del palacio consérvase todavía un fuerte portugués con su bastión, desde donde se ven las macizas y pintorescas ruinas del palacio. A medida que avanzamos por la bahía, abierta al SO. comprendemos muy bien por qué Saffi es el puerto más peligroso de la costa en invierno, cuando los vientos soplan en aquella dirección, así como la ciudad una de las más calurosas durante el verano, siendo por lo regular la temperatura de 4° ó 5° más elevada que en Mogador, á pesar de que sólo median 70 millas de distancia de un punto á otro. El fenómeno se explica por las líneas de alturas que rodean á Saffi y su bahía, impidiendo el paso de las frescas brisas del norte que templan el verano en este país.

"El viajero no podrá menos de sonreir al ver la línea exterior de defensa tras la cual los buenos muslimes de Saffi duermen con envidiable confianza: se compone de los huesos de tres santos favoritos, que se han puesto allí para que la ciudad esté más segura contra los ataques de los infieles por la parte del mar. En el lado norte de la bahía se ve brillar la kuba de Sidi Buzid, y en la parte opuesta la de Sidi Wasel, mientras que la de Sidi-ben-Mohamed Sal parece proteger la ciudad más directamente. De este modo los moros que allí habitan pueden sonreir con toda confianza cuando oyen hablar de alguna demostración naval ó circulan rumores de guerra.

"El 19 de mayo emprendimos al fin la marcha para el interior: muy diferentes eran entonces nuestras impresiones de las que nos dominaban al principio del viaje. Entonces lo esperábamos todo; mas ahora, aunque sin desconfiar completamente, todo lo temíamos. No habíamos visto antes más que la parte brillante del cuadro, pero en aquel momento veíamos también la más oscura. Por más que nos preguntáramos cómo se debería vencer la oposición de nuestros hombres cuando su-

pieran á dónde nos proponíamos ir, no encontrábamos contestación.

"En la primera etapa pasamos entre una serie de eminencias y curiosas depresiones como las que ya habíamos visto por el N. y que son características del Dukalla. Observábamos señales de un levantamiento del lecho del mar, hasta que, hallándonos á la altura de unos 7,000 pies, reconocí que habíamos llegado al primer terraplén que eleva al viajero hasta la meseta del sur de Marruecos.

"Este primer terraplén forma una extensa llanura que se prolonga á la distancia de unas 12 millas, terminando en la base del segundo, el

Patio del palacio de Saffi

cual se eleva bruscamente bajo la forma de una serie de colinas. Esta inmensa llanura era un campo de cebada casi continuo, en el que se veían los diversos grados de crecimiento, desde las espigas completamente verdes hasta las que adquieren ya el color del oro. Varios segadores se ocupaban ya en su tarea.

"Algunas *kubas*, varias míseras cabañas y las construcciones irregulares que formaban la alcazaba del Caid-ben-Tonma del SE. de Abda, fueron las únicas cosas que pudieron llamarnos la atención.

"En la segunda etapa franqueamos un desfiladero que nos conduce á la cima de la meseta, situada á una altura de 1,500 pies: el paisaje presenta la misma monotonía, aunque por el E. una serie de colinas irregulares limitan las ondulaciones del terreno, verdes y amarillas. Al pasar desde el terraplén inferior á la meseta nos trasladábamos desde la provincia de Abda á la de Bled Hummel, alejándonos del lecho del mar levantado para pisar el suelo cretáceo rojo y las areniscas que han dado á este distrito su nombre de *País Rojo* (Bled Hummel). Acampa-

mos cerca de la alcazaba del Caid, no lejos del pequeño lago salado de Zima, que, hallándose en una ligera depresión, extiéndese ó mengua según las estaciones: aliméntanle varios manantiales también salados; y por la evaporación del agua en la estación calurosa se obtienen aquí considerables cantidades de sal. Cerca del lago Zima hay una alcazaba donde se crían y educan los hijos del Sultán.

"En todas partes observamos la maravillosa fertilidad de estas inmensas llanuras, y esto nos induce á calcular la población que podría alimentarse con sus campos si se pudiese contar con la lluvia; pero precisamente aquí está la dificultad. No se debe confiar en el agua, y hé aquí por qué se cuentan tantos tristes episodios sobre los estragos ocasionados por el hambre y la escasez.

"Sin embargo, nada llama tanto la atención del extranjero como las señales de opresión que se observa en los habitantes. Los árabes, casi hambrientos, pobremente vestidos, y que habitan en míseras chozas cónicas de rastrojo, son poco menos que esclavos; mientras que los gobernadores, bien regalados en cuanto á los alimentos, con sus haremes provistos de mujeres, rodeados de esclavos y soldados, con sus cuadras llenas de magníficos caballos y mulas, con sus ricos pastos y numerosos ganados, no son más que sanguijuelas humanas, á las que se permite chupar algún tiempo la sangre que da vida al país, hasta que, demasiado repletos, son sustituídos por otros que necesitan chupar también.

"Sin embargo, no basta un día, ni una semana ni un mes, para formar juicio exacto sobre el terrible sistema de tiranía que sujeta al país entre sus poderosas garras. Son tantas y tan desconocidas las ramificaciones, que el actual estado de cosas no se revela desde luego al investigador; pero cuando le conoce al fin, parécele imposible que pueda existir semejante desgobierno durante un solo día.

"Tres días después de salir de la alcazaba de Bled Hummel volvimos á cabalgar por una llanura sin árboles, menos fértil á medida que avanzamos, y, por lo tanto, menos cultivada. Poco á poco nos acercamos á las montañas de Rahamna, que hacía dos días veíamos á lo lejos; y aquí el país comenzaba ya á merecer su nombre de *rojo*. El suelo era más arenisco y presentaba un ligero tinte que, según reconocimos al punto, debíase á un cambio de la formación geológica, que en vez de ser cretácea correspondía á las rocas metamórficas friables.

"Hacia el mediodía llegamos al pequeño distrito de moderna creación conocido con el nombre de *Ulad Dlim*, tribu de árabes que se hizo venir desde cerca de Wad Nun para que sirviese de intermediaria entre los de Bled Hummel y Rahamna, siempre en guerra, así como también para preservar á los viajeros de los ataques de los bandidos que infestan las montañas vecinas. Las mujeres de Ulad Dlim se distinguían por sus vestidos de algodón de color oscuro.

"Desde Ulad Dlim nos proponíamos desviarnos de la senda que conduce á Marruecos, la cual habíamos seguido hasta entonces, y avanzar en línea recta por Rahamna y Srarna hasta Demnat. Nuestra principal razón para apartarnos de dicha ciudad era el temor de que las autoridades se cuidasen demasiado de nosotros y nos dieran una escolta de soldados para que no nos separásemos de los caminos frecuentados y seguros.

"De común acuerdo, sin embargo, no solamente nuestros hombres, sino los naturales que allí habitaban, declararon que el camino era peligroso entonces, y que se encontraría otro más seguro á cierta distancia. Con no poca repugnancia y algunas dudas consentimos, al fin, en ir por donde ellos indicaban.

"En la madrugada del 22, después de las habituales molestias y cuestiones, conseguí que mi gente se levantara, después de pasar la noche bebiendo y fumando; y luego comenzaron á reñir entre sí sobre el modo de cargar las mulas.

"Ya salía el sol cuando emprendimos la marcha, aspirando con delicia la fresca brisa de la mañana; y muy pronto llegamos al fin de la gran llanura que habíamos recorrido durante dos días. Entonces penetramos entre una serie de colinas muy pedregosas, que se corrían formando picos y pirámides, y una pintoresca variedad de otras formas.

"Después de avanzar por espacio de tres horas por aquellos pasos pedregosos, franqueando desfiladeros desolados é irregulares, donde no se veía un solo ser viviente, penetramos en un país más igual, aunque á derecha é izquierda elevábanse rocas peladas, que, si bien contribuían á evitar en algo la monotonía del paisaje, también acentuaban más el conjunto desolado que se ofrecía ante nuestros ojos. Toda la mañana viajamos por un lugar semejante en dirección al S., y al fin llegué á tener las más graves dudas sobre la existencia de un segundo camino á Demnat, arrepintiéndome sinceramente de no haber ido por donde yo quería.

"Sin embargo, todas las dudas se desvanecieron cuando al revolver de una colina vimos á lo lejos la cordillera del Atlas, la llanura de Marruecos y la ciudad misma.

"Por de pronto no nos fijamos en los detalles de aquella magnífica escena, pues la cólera nos dominaba, reconociendo con desesperación que habíamos sido completamente engañados. ¿Sería nuestra suerte llegar, como otros tantos viajeros que nos habían precedido al pie de la gran cordillera, para que se nos permitiese mirar, despidiéndonos después?

"En fin, por de pronto no había remedio, y era forzoso conformarse; pero al menos conocíamos mejor al enemigo.

"Cuando se desvaneció la primera impresión de disgusto, resignándonos con la mejor gracia que nos fué posible, comenzamos á mirar

á nuestro alrededor, olvidando la decepción al contemplar el paisaje.

"Por primera vez veíamos ante nosotros el Atlas en toda su majestuosa elevación.

"Hasta entonces solamente habíamos divisado al paso y desde muy lejos sus más elevados picos; pero ahora nos era dado ver sus sombrías espesuras de bosque en la base y pasear la mirada desde las partes inferiores hasta las masas de nieve que, haciendo brillar la cima, parecían confundirse con las nubes, contrastando su deslumbradora blancura con el purísimo azul del cielo.

"Visto desde donde estábamos, el Atlas no presentaba tan marcadamente ese contorno uniforme que estábamos acostumbrados á observar. Había muchos picos prominentes que se destacaban en agudos relieves, particularmente sobre Misfiwa y Glauwa, pero también hacia Rezaga y el Wad Nyfis.

"Desde el punto en que nos hallábamos, la cordillera parecía elevarse bruscamente, dominando la llanura con imponente majestad; pero á medida que el viajero se acerca, nota que la elevación es más gradual, y que la cima del centro no está sobre la llanura.

"Podíamos haber permanecido allí aun algunas horas, estudiando los caracteres físicos de aquellas montañas tan soñadas; pero el tiempo era precioso y fijamos la atención en la extensa llanura que se desarrollaba ante nosotros. No había más que una cosa digna de notarse, y era una gran torre que se elevaba sobre una masa sombría de color pardusco y verde, semejante á un faro en una roca del mar. No fué necesario preguntar para saber que aquello era la torre ó alminar del Kutubia, único monumento notable que se conserva en el sur de Marruecos para atestiguar la primitiva grandeza del Imperio y su presente decadencia. Alrededor del Kutubia no nos fué difícil distinguir las paredes y casas, los jardines y datileras que rodean la ciudad de Marruecos. De la llanura misma poco hay que decir: limitada por las montañas, parecía una estrecha faja verde y amarilla, á través de la cual deslizábanse el río Tensift y sus muchos tributarios en dirección al mar, flanqueados de olivos y palmeras datileras. En algunos sitios divisábanse las blancas tumbas que conservan los restos de santos varones, que aun en su sueño eterno pueden interceder en favor de los creyentes. En la dirección S. el paisaje se perdía entre las nieblas, y por el N. cortábanle las alturas del Rahamna.

"Terminada nuestra impresión, pensamos en lo que se debía hacer. ¿Retrocederíamos para tomar el buen camino, ó sería mejor seguir adelante hacia la ciudad y correr el albur de los obstáculos y dificultades que se opusieran á nuestra marcha?

"Aunque haciendo muy tristes pronósticos, preferimos esto último.

"Para hacer otra prueba con nuestros hombres y ver hasta qué punto se podía contar de ellos, nos desviamos repentinamente del camino,

ordenándoles que nos siguieran: ni uno solo se movió. Con la mayor indiferencia permanecieron sentados en sus mulas, observando cómo nos alejábamos, sin que por esto dieran un solo paso. Al fin los perdimos de vista, pero persistimos en prolongar la prueba, pues convenía conocer lo peor. Más de un grupo de segadores nos miró con asombro, por lo extraño que era ver á dos europeos sin acompañamiento de soldados ó de indígenas. Podía habernos costado cara la osadía, pero la misma impunidad de nuestros movimientos era nuestra salvación, y sin duda se nos tomó por caids europeos del Sultán.

"Desde una eminencia vimos otra vez á nuestros rebeldes, observando con satisfacción que se movían, al parecer para ir en nuestro seguimiento; pero esta ilusión se desvaneció pronto. Ciertamente se movían, pero no hacia nosotros, sino en dirección á Marruecos. Habían resuelto seguir su camino, dejándonos ir por donde quisiéramos, para darnos á entender lo que nos esperaba.

"Así burlados y perdida casi la esperanza de penetrar en las montañas, no hubo más remedio que volver al camino, y muy pronto dimos alcance á nuestra gente, que avanzaba poco á poco. Era de todo punto inútil encolerizarse y amenazar, y, por lo tanto, proseguimos la marcha sin decir la menor cosa á los hombres, aquejados por un calor bochornoso. A cada milla que abanzábamos el Kutubia parecía más imponente y las paredes de las casas, antes medio ocultas por los jardines y arboledas, marcábanse ya más claramente.

"Al fin dimos vuelta á la colina aislada que se ve al N. del Tensift, y muy pronto llegamos á las orillas del río. Penetramos en la pintoresca arboleda que circuye la parte N. de la ciudad, y cruzamos el río por un puente (El Kantra, Alcántara) que tiene unos veinte arcos y está bastante deteriorado.

"Avanzamos por un ancho camino, pasando entre magníficos jardines, donde abundan las palmeras de dátiles, los olivos, los naranjos, granados, etc.; pero ya no nos llamaban la atención: íbamos como hombres que han perdido su libertad, ó como prisioneros á quienes se conduce por fuerza. ¿Qué nos importaban la belleza del paisaje, los trinos de las avecillas? Las animadas escenas que observábamos á cada paso y la vida y el movimiento que veíamos nos anunciaban la aproximación á una gran ciudad.

"A eso de las tres de la tarde, después de haber estado á caballo durante diez horas, divisamos por fin la entrada de Marruecos y penetramos en la ciudad. Seguimos pasivamente á nuestros soldados á través de estrechas callejuelas llenas de gente, y poco después nos detenemos ante una casa en parte ruinosa, que, según nos dicen, es la residencia del gobernador.

"Mientras esperábamos á la puerta, un individuo fué á presentar la carta del Sultán, y muy pronto llegó un mensajero para decirnos que su

excelencia se apresuraba á ofrecernos la hospitalidad, poniéndose él y cuanto poseía á nuestra disposición.

"Comprendimos bastantes palabras de las que se habían dicho para poder contestar con la mayor cortesía, y después seguimos maquinalmente á nuestro nuevo guía, que nos condujo por otras callejuelas á la casa con jardín preparada para nosotros. Sin embargo, entonces éramos indiferentes á todo, y tanto nos importaba alojarnos en una parte como en otra. Solamente pensábamos en el Atlas, temiendo que nunca pondríamos allí los pies."

CAPÍTULO XII

MARAKSH, Ó CIUDAD DE MARRUECOS

PASEO POR LA CIUDAD.—PRIMERAS IMPRESIONES.—LLEGADA DE UN GUÍA.—DESERCIÓN.—PARTIDA.—CAMINO Á SIDI REHAL.—CANALES DE RIEGO.—VISTA DEL LLANO DE MARRUECOS Y DE LAS MONTAÑAS DEL ATLAS.

Con la noche y un buen sueño,—continúa diciendo el autor de *Viaje al Sur de Marruecos,*—recobramos el ánimo y nuevas esperanzas. El sol de la mañana y nuestras buenas disposiciones desvanecieron la oscura nube que durante algún tiempo nos rodeaba, y otra vez acariciamos la dulce ilusión de llegar al término de nuestro viaje. Habíamos tropezado ya una vez; pero esto no era una razón para deducir que más tarde caeríamos en un precipicio apenas nos moviéramos. De todos modos estábamos resueltos á luchar contra las dificultades, midiendo nuestras fuerzas contra ellas.

"Con estas buenas disposiciones despertamos en la mañana del 23 de mayo, con un tiempo magnífico. No podíamos quejarnos en cuanto al alojamiento. La habitación era una sala oblonga, de blancas paredes. En la parte exterior teníamos una galería sostenida por pilares y cubierta, para preservarse de los ardientes rayos del sol en verano y de la lluvia en invierno. Allí podíamos sentarnos para tomar el café cómodamente, refrescados por la brisa de la mañana; y á fe que nos parecía delicioso, después de recorrer las llanuras sin árboles de Abda y de Bled Hummel, reposar la vista en las higueras, granados, olivos y albaricoqueros, á cuya sombra crecían rosas y jazmines, delicadas violetas y otras muchas flores que perfumaban el aire.

"En aquel retiro encantador estábamos como completamente separados del resto de la ciudad por una alta pared que rodeaba el jardín, de

tal modo que, á no ser por cuanto veíamos y oíamos, habríamos podido dudar que nos hallábamos en el corazón de una urbe poblada por millares de habitantes.

"Al fijar la atención en lo que nos rodeaba, observamos con no muy buenos ojos cuánto se cuidaba el caid de nuestras personas, á juzgar por los numerosos soldados que vigilaban todas las puertas y rincones, no pudiendo menos de reconocer, sin embargo, que esto no era en modo alguno un desagradable cambio en nuestra vida.

"En tales circunstancias hicimos todo lo posible para ponernos á la altura de la situación y recibir á nuestros visitantes con la cortesía y dignidad propias de aquellos que viajan bajo la protección del sultán. Primeramente dimos audiencia al chambelán del caid, quien nos repitió las felicitaciones de parte de su señor, procurando nosotros mantenernos á su nivel en cumplidos, con la esperanza de que Alah le recompensara según sus méritos. El caid, sin embargo, no se limitaba á las frases de felicitación, y apoyábalas con abundantes provisiones. Varios hombres llegaban conduciendo carneros y gallinas, pilones de azúcar, te, grandes jarros llenos de leche y cestos de naranjas y dátiles. No faltaban tampoco huevos y vegetales, grandes fuentes con alimento para nuestros hombres, y abundante cebada y paja para los caballos y mulas.

"Todo guardaba proporción con la dignidad del caid más bien que con nuestras necesidades, porque allí había suficiente para cincuenta hombres.

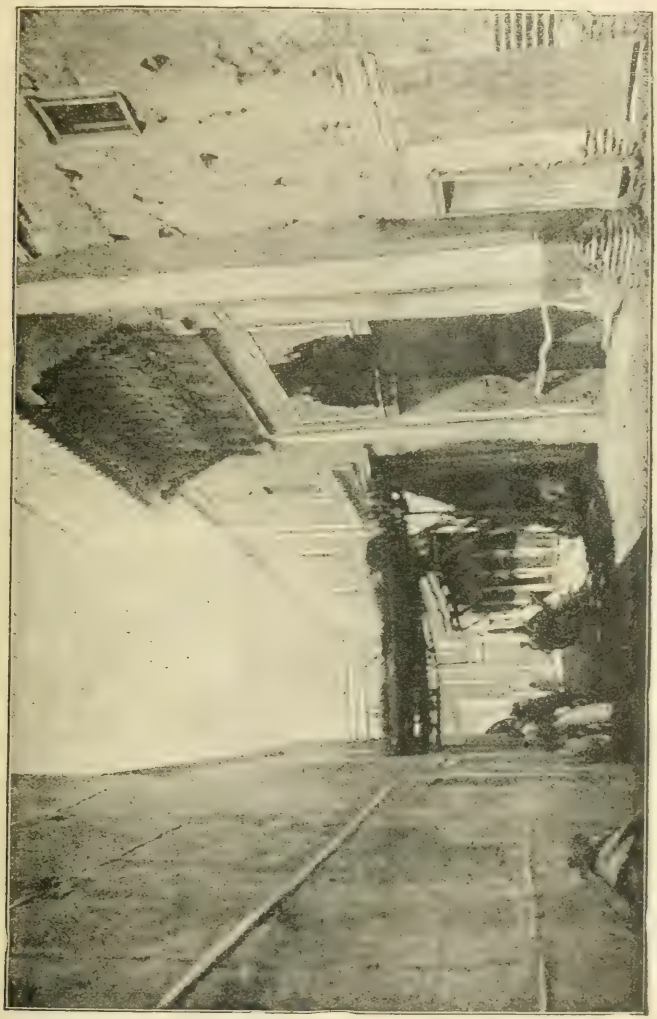
"Después de almorzar, solamente se pensó en ir á recorrer la población, persuadidos que veríamos algo que nos complaciera é instruyese. ¿No era Marruecos una ciudad de historia, una ciudad que se preciaba de haber sido residencia de los sultanes, teatro de las guerras civiles y sangrientos sitios? Su propio nombre de Marruecos la relacionaba con las pasadas glorias del imperio, sus hazañas en la guerra y su progreso en las artes y en las ciencias.

"Hubiéramos querido hacer nuestra exploración con un solo guía; pero nuestros guardias no quisieron ni escucharnos: era necesaria toda la pompa correspondiente á todos los grandes hombres. En su consecuencia montamos á caballo no de muy buena gana, seguidos de dos ó tres criados con sus mulas, mientras que varios soldados iban delante gritando con voz estentórea:—*¡Balak! ¡Balak!* (—¡Cuidado!) Palabras que se acompañaban á veces con algún cintarazo para que se dejara el paso libre á los *anasera* (nazarenos ó cristianos). La orden era obedecida, pero muy á menudo con ademanes de cólera y la maldición en los labios.

"Seguramente más de cuatro nos habrían clavado de buena gana en el corazón un puñal si hubiesen podido hacerlo impunemente.

"Las primeras impresiones que nos produjo la ciudad de Marruecos, la que fué en otro tiempo capital de un glorioso imperio, no fueron nada

favorables. A medida que cruzábamos calles y callejuelas, flanqueadas por altas paredes de arcilla y casas de mísero aspecto, veíamos mucho de las *ruinas*, pero muy poco del *esplendor de Oriente*. A cada paso encontrábamos señales de una ciudad degenerada, de un pueblo que, des-



Una calle de Marruecos

pués de perder todas las esperanzas y aspiraciones terrenales, vivía bajo la más dura y tiránica opresión. A medida que avanzábamos, perdiendo nuestras nociones preconcebidas, el aspecto de derrotamiento de la ciudad nos parecía más marcado. En algunos sitios veíamos á menudo ruinas y todas las señales de una rápida decadencia, disimuladas á veces por un grupo de palmeras ó alguna interesante mezquita.

"En cierto sitio nos llamó la atención una fuente en que el artista parecía haber derramado toda la riqueza de su imaginación oriental, haciendo alarde de su habilidad en trabajar el estuco, en la manera de esculpir y en el buen gusto para los colores. En la puerta de una mezquita, en forma de herradura, vimos también notables adornos.

"Los templos de los moros tienen al parecer en su interior mucho atractivo, á juzgar por lo que vimos al paso, porque no se nos permitía la entrada. Son agradables asilos, llenos de frescura, con adornos de estuco y arabescos. Allí, cerca del Mihrab (ó adoratorio), los piadosos musulmanes elevan oraciones á su dios, prosternados entre las sombrías columnatas, desde donde pueden ver los patios con pavimentos de mármol y las fuentes que refrescan la atmósfera.

"No era el estilo arquitectónico, sin embargo, lo que tenía más encanto para nosotros en Marruecos. Así como en todas las ciudades orientales, la gente y las escenas que presenciábamos á nuestro paso era lo que nos ofrecía más pintorescos efectos. Hasta los mendigos llevaban sus harapos con tal aire y pedían limosna con un tono tan singular, que no solamente nos parecieron dignos de compasión, sino también buen asunto para un artista. Las mujeres, ocultas con una especie de mantas de ridículo aspecto, no permitían ver de sus encantos más que sus hermosos ojos, negros y brillantes, que con sus largas y sedosas pestañas hubieran bastado para cautivar á cualquiera antes de ver el rostro y las formas. No menos atractivo tenían muchos hombres, montados en sus mulas, y los oficiales del Gobierno, con su espesa barba negra; mientras que los berberiscos del Atlas, los árabes del sur y del desierto, con su aspecto arrogante y altiva mirada, y los numerosos judíos, imagen de los usureros, formaban otros tantos elementos para completar el conjunto.

"En las partes de la ciudad donde más activo era el tráfico fué donde principalmente encontramos cosas que nos parecieron dignas de admirarse. Una abigarrada multitud de compradores y vendedores, de paseantes y curiosos, llenaban las estrechas calles encrucijadas, y, con los tenderetes en forma de grandes cajones que hay á cada lado, constituían el más pintoresco conjunto; pero no entraremos aquí en detalles, porque aun hemos de dar otra vuelta por la ciudad para examinar más despacio cuanto hay que ver y que nos parezca digno de atención. Por lo pronto nada puede satisfacernos más que las montañas del Atlas, en las cuales se fija de continuo nuestra mirada, pues dudamos que nos sea permitido penetrar en sus desconocidos valles ó emprender una ascensión á sus alturas cubiertas de nieve. Cuando se hayan desvanecido nuestras dudas sobre este punto y consigamos el principal objeto de nuestro viaje, podremos detenernos en Marruecos para apreciar cuanto tenga de bueno ó de malo.

"Nuestra situación era bastante crítica por el pronto. El peligro que

corríamos por las perversas maquinaciones de nuestros hombres era entonces más aparente que nunca, y, por lo tanto, mayor la necesidad de ocultarles en cuanto fuese posible nuestras intenciones.

"Por fortuna, en los cuatro días que estuvimos en Marruecos ocurrieron varios incidentes que debían favorecernos mucho y bastaron para reanimar nuestras esperanzas. En primer lugar encontramos á un gibraltareño llamado Ronich que con la mayor generosidad nos ofreció sus servicios como intérprete mientras permaneciésemos en la población. Esto nos permitió vernos libres de nuestros hombres un rato y tomar informes muy oportunos acerca de los diversos caminos y pasos, sin lo cual hubiéramos andado entre tinieblas.

Doncella mora

"Además de esto, de Saffi llegó un montañés judío para reunirse con nosotros. Venía muy recomendado de Mr. Hunot, por su valor, por su fidelidad, inteligencia y, sobre todo, por su conocimiento de las montañas y sus habitantes. Esto parecía una adquisición preciosa, y no tardamos en reconocer que Mr. Hunot no había exagerado los elogios, y que aquel hombre, por lo menos, no nos faltaría. No había más que una dificultad, y era que no podíamos hablar con él, lo cual disminuía por mucho su mérito á nuestros ojos.

"Otra circunstancia contribuyó también á reanimarnos. No éramos huéspedes, como al principio lo creíamos, del caid de la ciudad, sino de un poderoso enemigo suyo, el caid de Rahamna, y esto tenía grande importancia para nosotros, porque estábamos seguros de que no nos sería difícil salir de Marruecos sin escolta, la cual temíamos mucho, porque nos habría impedido seguramente llevar á cabo nuestro plan.

"El principal objeto se reducía, por de pronto, á obtener el completo dominio, de una manera ú otra, sobre nuestros hombres, adquiriendo á la vez el mayor conocimiento posible de los caminos de la montaña y de los jefes que en ella pudieran encontrarse, á fin de no despertar sos-

pechas al tomar informes en los puntos elegidos para la exploración. Era preciso penetrar allí deliberadamente, como hombres que saben bien á donde van y que tienen autoridad suficiente para ir donde se les antoje.

"Bien mirado todo, juzgamos oportuno obrar como lo habíamos pensado en un principio, dirigiéndonos á Denmat, donde haríamos nuestro primer ensayo de viaje por la montaña, tanteando el camino.

"La primera noticia que nos alegró en la mañana del 27 de mayo fué que El-Hadj-Hamad, de Casablanca, había desertado, llevándose uno ó dos pilones de azúcar y un poco de te para consolarse mientras escapaba de nuestra venganza.

"Muy poco nos importaba esto, porque el hombre había sido para nosotros continuamente una molestia, así como también para sus compañeros, á quienes buscaba siempre pendencia; pero el hecho tenía un inconveniente, y era que, según presumíamos con fundada razón, uno ó dos de nuestros hombres procurarían imitar el ejemplo, porque ansiaban eximirse de nuestro servicio, y era necesario demostrar que esto no se podía hacer impunemente. En su consecuencia hicimos uso de todos los medios de que se podía disponer para capturar al fugitivo, y juramos que se le encerraría en una prisión hasta que terminara nuestro viaje. En los compañeros de El-Hadj produjo, al parecer, mucho efecto la amenaza y la energía que desplegamos, y pocos días después hicímosles creer que el fugitivo estaba preso y cargado de grillos.

"La verdad es que las rivalidades entre Ben Daoud, gobernador de la ciudad, y Abdul Hamid, caid de Rahamna dejaron el campo libre al desertor. Los hombres de Ben Daoud no le conocían, y los soldados de Abdul Hamid no quisieron reunirse con ellos, ni siquiera hacerles ninguna indicación. Hé aquí una muestra de la administración del gobierno moro.

"Dos horas después de amanecer salimos de Marruecos. Nuestra gente había ignorado hasta el último instante hasta dónde íbamos, pues no dijimos una palabra, temerosos de que se suscitase una nueva dificultad. Shalum, el judío, conocía muy bien el camino hasta Demnat, y de consiguiente no se necesitó guía; mas para demostrar que viajábamos bajo la protección del Sultán trasformamos á un correo de Saffi en soldado del Gobierno, sin más que darle el fez de alto pico que distingue al militar del paisano.

"Mientras atravesábamos las calles más frecuentadas no cesó nuestra inquietud, pues temíamos ser detenidos por mensajeros ó encontrar soldados con orden de vigilar nuestros movimientos; pero llegamos á la puerta sin que ocurriera el menor incidente.

"En la primera parte del camino avanzamos hacia el E. por frondosas huertas, olivos y palmeras, y lo que particularmente nos llamó la atención fué que en todo el país se veían pequeños montones de tierra, los

más de ellos en línea, que se corrían formando variados ángulos. Al examinarlos más de cerca vimos que se debían á la excavación de canales subterráneos para conducir el agua á la ciudad y á numerosas huertas.

"A lo largo de aquellas líneas habíanse practicado á intervalos aberturas para facilitar la excavación de los túneles y despejarlos en el caso de que se obstruyeran.

"A las dos horas llegamos al punto de unión de tres ríos considerables, crecidos aún por el deshielo producido en la montaña: eran el Wad Uirka y el Misfiwa, que se elevaban en el eje central de la cordillera; mientras que el tercero recogía sus aguas de las porciones inferiores que se hallaban entre los dos ríos. Inútil parece decir que estos torrentes de la montaña constituyen los principales tributarios del Tensift.

"Después de cruzar con alguna dificultad, seguimos un trayecto más estéril, aunque aun hay huertas y arboledas, y poco después de mediodía llegamos á la base de las colinas de Misfiwa; pero no podíamos ver nada de las regiones más altas á causa de estar veladas por las nubes. No obstante, de vez en cuando columbrábase algún elevado pico cubierto de nieve de inmaculada blancura.

"Seguimos flanqueando la base de la montaña, siguiendo la dirección O., y en unas escarpaduras casi perpendiculares vemos ya la arenisca roja y la caliza gris de la región inferior.

"Después de atravesar el Wad Masin observo una especie de banco de basalto que perfora las rocas sedimentarias, hecho que no deja de estar relacionado con la repentina mejoría en la fertilidad del suelo que aquí se nota, resultando grande abundancia de cebada.

"Al ponerse el sol llegamos al estruendoso torrente de Wad Gadat, cerca del sitio donde se precipita desde la montaña, y subiendo por el lado opuesto penetramos en la deteriorada ciudad de Sidi Rehal.

"No solicitamos en vano la hospitalidad del caid: á los pocos minutos el alojamiento destinado á los huéspedes se hallaba preparado, y con la mayor prontitud nos dieron te en abundancia; pero nada más. Aquella noche, á pesar de nuestro ayuno de doce horas, apenas probamos el mal alimento que nos envió Hadj M'hamad, y olvidamos las faltas de nuestro cocinero desertor para recordar sólo su habilidad.

"Desde Sidi Rehal el viajero domina el magnífico panorama que presenta la gran llanura de Marruecos. Por una parte se ven inmensos campos de cebada que se prolongan en el espacio de unas 20 millas por el N. hasta la base de la línea de picos muy denticulados que constituyen el Jebelet ó *Montañuela* de Rahamna y Srarna, siendo el Atlas el Jebel por excelencia, aunque á veces se le llama *Jebel Tilj*, ó *Montaña de Nieve*. Por la parte del O. el límite se confunde con la bruma en lontananza; pero desde las inmediatas alturas la vista se fija naturalmente en la torre de Kutubia, que aun á la distancia de 30 millas se destaca

marcadamente en el paisaje y puede servir de guía al viajero para no equivocar su camino.

"En las montañas, sin embargo, fué en lo que naturalmente busqué algo digno de llamar nuestra atención.

"Recordando el aspecto grandioso que ofrecían cuando las veíamos desde Jebelet, esperábamos que al estar más cerca el conjunto nos parecería más maravilloso, y que seguramente quedaríamos admirados al vernos á la sombra de aquella estupenda mole montañosa; mas no fué poca nuestra decepción cuando, llegados á la base, buscamos inútilmente el Atlas que veíamos desde lejos. Allí no había más que una cordillera de pequeñas montañas, nada pintoresca, que, ascendiendo poco á poco, no se elevaba sino á 2 ó 3,000 pies sobre la llanura. Una escarpadura de caliza que se prolongaba en una línea contigua, una cortadura, un sepulcro en la cumbre de una colina, un pueblecillo bereber en su falda, era todo cuanto sustituía á las enormes rocas, á la majestuosa grandeza y á los altos picos cubiertos de nieve que creíamos encontrar cuando mirábamos desde el lejano norte.

"La cumbre había disminuído también: la cordillera inferior era lo único que entonces veíamos, impidiéndonos reconocer que en aquel momento mirábamos las ondulaciones más bajas de una enorme mole que presentaba alturas de 13,000 y 14,000 pies.

"Desde el valle de Gadat y las montañas de Misfiwa podíamos distinguir las mayores elevaciones; mas parecían tan lejanas como cuando las vimos desde Jebelet, y mucho más notables por su efecto. No tenían ya el aspecto de la cima cubierta de nieve de un enorme precipicio dominando las risueñas llanuras, asemejándose más bien á una serie de peldaños de una escalera gigantesca."

CAPÍTULO XIII

DE SIDI REHAL Á DEMNAT

PARTIDA.—TEZERT.—EL WAD TESSANT.—PROVINCIA DE SRARNA.—DEMNAT
ENTREVISTA CON EL CAID.—LOS JARDINES DEL CAID

PROSIGUIENDO la relación de su viajata, y después de dar cuenta de algunos incidentes poco interesantes, continúa diciendo el señor Thomson:

"Reanudamos la marcha aun por el E.: á la izquierda extendíase la gran llanura, ondulando ligeramente en la dirección N. hasta el cauce del Tensift; mientras que por la derecha las primeras alturas del Atlas elevábanse en moles redondeadas, presentando sus pendientes numerosos pueblecillos shellachs.

"Poco había digno de llamar la atención en el extenso paisaje: un humilde caminante, un judío, que se dirigía hacia Marruecos montado en una mula ó un asno, y largas hileras de segadores medio ocultos en los ricos campos de cebada, eran lo único que podía notarse en las tierras bajas; mientras que en las colinas veíanse solamente aldeas bereberes, alguna tumba acá y allá, y, atravesando la caliza, el banco de basalto que habíamos notado ya.

"Al cabo de una hora llegamos á un punto llamado *Tezert,* que, según nos dicen, era residencia de un jeque del caid de Glauwa, cuya provincia se extiende aquí como una estrecha faja por la llanura, cortando la de Zemrán casi en dos partes. Tomamos cuidadosamente nota de que un camino conduce desde la casa del jeque hasta el Dra, á través de las montañas.

"Á las tres horas damos vista al Wad Tessant, uno de los principales

tributarios del río que habíamos vadeado en Azamor: es un impetuoso torrente que se precipita en un estrecho y profundo canal formado por restos del río.

"Cruzamos por un vado que hay á 4 millas de la montaña, y se hace necesario descargar las mulas, siendo trasladados los fardos por varios campesinos que los llevan en la cabeza, ocupación á que se dedican con regularidad durante el invierno y el verano.

"Poco después, alejándonos de este río, penetrábamos en la provincia de Srarna: era el mediodía, y comenzábamos á estar cansados de ver llanuras sin árboles y campos de cebada. El sol era muy ardiente, y hacíase necesario fustigar á las mulas y caballos para ganar tiempo. Hasta los hombres dejaron de hablar, y solamente de vez en cuando interrumpían el silencio con la palabra *¡Arre! ¡Arre!*

"Mucho nos alivió ver algunos olivares y huertas á dos horas del río. Éstos últimos, según vi, reciben el agua por una serie de canales que parten del Wad Tedili.

"La llanura comenzaba á ser aquí más accidentada, y en varios sitios hallábase cubierta de bosque, presentando también las colinas caracteres más variados. Acá y allá, varias casas de jeques, las más semejantes á castillos, coronaban las eminencias, comunicando al país cierto aspecto belicoso que no nos desagradó. Desde el punto de vista geológico llamáronme la atención las curiosas formas que las calizas presentaban por efecto de la intrusión del banco de basalto. Algunas de ellas tenían la figura de una gran V y una W.

"Habíamos dejado atrás la cuenca del Tensift al llegar al Tessant, y ahora podíamos ver por el NO. cierto número de líneas oscuras que ondulaban á través del llano, y que, según supimos, eran otras tantas corrientes, las cuales seguían por el NO. para unirse y formar el Umer-Rebia. La cordillera del Jebelet quedaba reducida allí á varios picos aislados; mientras que por arriba las moles montañosas del Eutifa y del Tedla destacábanse del Atlas, limitando la llanura que habíamos recorrido en los dos últimos días.

"A eso de las tres de la tarde comenzamos á desviarnos de las tierras bajas, siguiendo un camino de herradura bastante escabroso.

"Al fin, doblando la estribación de una colina, vemos con indecible satisfacción el valle de Demnat, que, extendiéndose ante nosotros, se corre hasta las líneas inferiores de las montañas.

"El camino comienza á ser más difícil á medida que avanzamos. El sendero se prolonga entre barrancos de pendientes tan rápidas que nuestros hombres se agarraban á las colas de las mulas para hacer contrapeso en la bajada; pero más difícil fué aún franquear las opuestas, y á duras penas llegaron los cuadrúpedos á la cima á fuerza de latigazos y denuestos.

"Aquí encontramos algunos árboles que nos son familiares y que no

habíamos visto desde que nos alejamos de la costa: el azar y el junípero, con su oscuro follaje, coronaban las alturas, y también crecían en las pendientes, mezclados con robles; y en el fondo de los barrancos veíanse espesuras de adelfas, que comunicaban más color al paisaje.

"Poco á poco salimos de aquella zona tan desagradable, y á las empinadas cuestas siguiéronse pendientes más suaves. Los olivos prestaban agradable sombra á espacios cubiertos de mullido césped, donde algunos chicos vigilaban rebaños de carneros y cabras.

"Más allá veíanse huertas que se escalonaban como terrados, y cerca de ellas chozas construídas con arcilla roja, donde los perros ladraban ruidosamente.

"Muy pronto el camino de herradura quedó como encajonado, formándose sobre él una bóveda de árboles frutales y espesura, mezclada con numerosas flores, tanto que aquello podía compararse con una vegetación verdaderamente tropical. El conjunto tenía cierto carácter de cultivo, pues á izquierda y derecha crecían los granados é higueras, los rosales y otras ricas plantas; de modo que aquello parecía más bien un jardín. Agradable también era al oído el murmullo del agua que corría entre las piedras ó deslizábase por las pendientes, cumpliendo con su misión fertilizadora.

"En aquel momento no recordábamos ya las enojosas horas que habíamos pasado antes, ni nos molestaba el calor del sol, ni tampoco estábamos ansiosos por llegar á nuestro destino, si bien es verdad que ya nos faltaba poco. Algunas vueltas y rodeos más entre floridas pendientes y nuevas huertas y damos vista, al fin, á las imponentes murallas de Demnat.

"Pasamos por una puerta bien fortificada, y desde aquel momento quedan ocultos para nosotros todos los encantos de la Naturaleza. Cruzamos por calles donde las viviendas de los habitantes se reducen á míseros casuchos de fango. Algunos judíos, cuya suciedad es repugnante, nos miran con ojos de sorpresa y corren detrás de nosotros para saber quiénes somos, qué deseamos y á dónde nos dirigimos. Al fin llegamos á la imponente puerta de la Alcazaba, ó barrio del gobernador, y nos detenemos delante de la casa del caid, alrededor de la cual se ve un grupo de judíos, moros y shellach. Los soldados tomaron la carta del Sultán y corrieron para anunciar la llegada de personajes tan importantes como nosotros.

"Mientras que esperábamos la vuelta del mensajero, congratulándonos de hallarnos en aquel distrito sin novedad, experimentamos de pronto la mayor sorpresa al oir pronunciar detrás de nosotros, con el más puro inglés, la frase—*Buenas tardes, caballeros.* Volvimos la cabeza, pero no veíamos al que había hablado, hasta que en medio de un grupo de judíos, y como se repitiese el saludo, nos llamó la atención un individuo de escasa estatura y grueso, cuyas facciones diferían bastante de

las de aquellos que le rodeaban. Llevaba un fez rojo, lo cual indicaba que no era un judío ordinario de Marruecos, pues no se les permite usar más que gorro negro y zapatillas. Le contestamos con la mayor cordialidad, y al pronto supusimos que sería un intérprete.

"Muy pronto averiguamos que aquel hombre era el judío David Assor, que por un concurso de circunstancias fortuitas se hallaba en aquella ciudad, donde se había casado y se dedicaba al comercio hacía muchos años.

"Mientras hablábamos, el mensajero volvió para decir que el caid estaba durmiendo y no se le podía despertar. Esto nos indujo á preguntar quién era el caid de Demnat para hacer esperar á los portadores de la carta del Sultán hasta que él despertase.

"—Hágame V. el favor,—dije al mensajero,—de anunciar de nuevo nuestra presencia, pues de lo contrario saldremos de la ciudad para acampar fuera de aquí.

"Estas palabras produjeron el efecto deseado, y pronto recibimos un mensaje de bienvenida y se nos condujo á un antiguo edificio ruinoso, donde solamente quedaba una habitación bastante cómoda y limpia. Al principio objetamos; pero, no habiendo otra cosa mejor á disposición del caid, tomamos posesión de aquel alojamiento, aunque no sin protestar. Por lo menos teníamos buenas vistas á un valle cubierto de bosque, y á través de las ventanas penetraba en la habitación una fresca brisa que llegaba desde las heladas alturas del Atlas.

"Aquella noche nos consideramos los mortales más felices cuando después de tomar una taza de te pudimos encerrarnos solos para concertar con Assor nuestros planes, á fin de burlar la vigilancia, no solamente de nuestros hombres, sino también de los oficiales.

"En cuanto á nuestro nuevo amigo, procuramos consolar su corazón y su estómago con los manjares más delicados que teníamos, y que hacía mucho tiempo eran extraños para él. Por singular que parezca, de la conversación resultó que Assor había tratado á varias personas conocidas mías, como, por ejemplo, á mis antiguos amigos de Swahili, de quienes había sido intérprete para varios subalternos del sultán de Zanzíbar durante su visita á Inglaterra.

"A la mañana siguiente, muy reanimados, se pensó en ir á visitar al caid, disfrazándonos con el pintoresco traje de los moros.

"Primeramente nos pusimos el *serwal,* es decir, el ancho y fresco calzón, que á los ojos de los mahometanos virtuosos parece muy poco decente; sobre esto se aplicó, pendiente casi hasta los pies, el *chamir*, especie de bata sujeta al cuello por un cordón; y encima del *chamir* la *farajia,* prenda de vestir análoga, pero con bordados. Esta *farajia* está provista de numerosos botones, que para un cristiano que tratara de vestirse de prisa serían causa de su desesperación.

"Necesitamos el auxilio de nuestros hombres para que nos ciñeran

diez varas de faja, dejando caer las puntas graciosamente. El fez, el turbante y las babuchas completaron el traje, aunque después fué necesario adquirir una daga y un saco de cuero, sin lo cual ningún moro está completamente equipado.

"Emprendimos la marcha con toda la gravedad conveniente á nuestra representación, y haciendo lo posible para que no se comprendiese que no estábamos acostumbrados al traje que llevábamos; pero á cada momento parecíanos que se nos caía de los hombros, y el calzón se nos enredaba á veces entre las piernas, sin contar que las babuchas eran continua causa de molestia; las mías llegaron hasta á escaparse de mis pies, precediéndome á una vara de distancia; mientras que C. B., queriendo ser más cuidadoso, se dejó las suyas detrás. Para colmo de desgracias, al fin se nos llenaron de arena, raspándonos los pies desnudos de la manera más lastimosa.

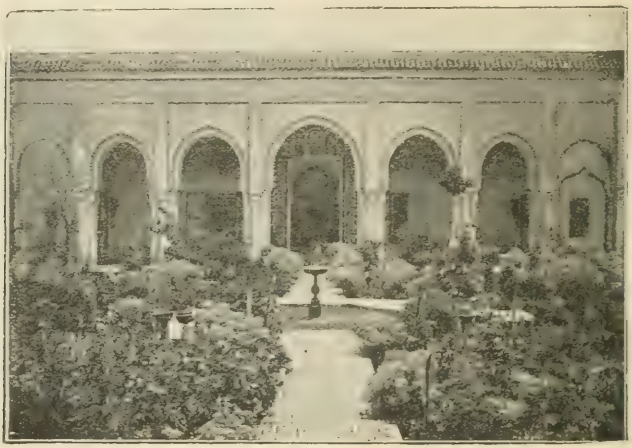
C. B. en traje moruno

"Llegados á la casa, se nos hizo esperar un rato mientras que el caid se preparaba para recibirnos dignamente.

"Al fin llegó el momento deseado de permitirnos la entrada. Del todo negro y de cabeza muy redonda, el caid Jolleli tenía evidentemente tanto de la raza de aquel color como de moro. Nos tocó las manos cortesmente, llevándose después la suya al corazón, y saludónos con la frase—*Marhababikum* (—Bien venidos seáis), á lo cual contestamos —*Baraka-lowfik* (—Muchas gracias). Después nos dirigió varias preguntas corteses, como por ejemplo, si habíamos descansado de las fatigas del viaje, si teníamos todo lo necesario, etc., etc.; y á todo esto respondimos —*Baraka-lowfik*, en vez de pronunciar la más piadosa frase—*¡El Hamdulillah!* (¡Alabado sea Dios!), que era la que convenía á sus preguntas.

"Terminados el salam y los cumplidos, pasamos á las habitaciones interiores, y, habiendo dejado prematuramente mis babuchas, debí volver á buscarlas; pero, en la prisa de reunirme con mis compañeros, más de una vez las hice volar por el aire, con gran contento de algunos muchachos, que me miraban desde los rincones.

"Después de franquear un oscuro corredor, se nos introdujo, por último, en un delicioso jardín, en uno de cuyos lados veíase una galería con columnata; enfrente había otra, donde estaban las habitaciones del harem. En medio de una espesura de rosales, una magnífica fuente de



Jardín en la casa del caid de Demnat

mármol ofrecía agradable golpe de vista, y en su centro un surtidor arrojaba al aire un chorro de agua cristalina que refrescaba la atmósfera.

"Dando la vuelta al patio, pasamos por debajo de la galería para entrar en la sala de recepciones del caid, cuya puerta, muy bien pintada, tenía por adorno ricas esculturas.

"El caid se hallaba sentado en un ruedo que hacía las veces de diván, y se nos invitó á seguir su ejemplo.

"Al tratar de hacerlo á la manera de los moros, nos caímos del modo más indigno é ignominioso, extendiendo las piernas.

"El caid nos dirigió nuevos cumplidos, haciéndonos otras preguntas; mas, como no podíamos contestar, Assor se encargó de sostener la conversación, mientras que nosotros examinábamos la estancia. Hallábase muy bien adornada con pinturas, figuras geométricas y arabescos de estuco en puertas y ventanas. El pavimento era de mosaico negro y blan-

co, en parte oculto con almohadones, alfombras y pieles de leopardo. En cada extremidad de la habitación veíase un catre con dosel.

"Satisfecha la curiosidad del caid, pero ocultándole cuidadosamente nuestros planes, dijímosle que los hombres sabios de Inglaterra nos habían confiado el cargo de coleccionar ciertas plantas para los jardines del Gobierno, que eran muy necesarias y sólo se podían adquirir en aquellas regiones. El caid era demasiado cortés para mostrarse escéptico, y limitóse á decir que Dios era grande, afirmación que en aquel caso implicaba que nosotros éramos cristianos embusteros. Al parecer le interesaron algunos de nuestros instrumentos científicos; pero más aún los retratos fotográficos de varias de nuestras compatriotas, que juzgamos oportuno mostrarle.

"Mientras nos ocupábamos en esto, una niña negra se presentó llevando el servicio del te en una bandeja, y ofreciónos sucesivamente las inevitables tres tazas de te verde espeso, que los moros beben en todas las ocasiones posibles, siendo el café cosa muy rara. Mucho antes de acabar de tomarle, reconocí que se necesitaba práctica para sentarse como los sastres, pues tenía las piernas dormidas, y me vi obligado á estirarlas varias veces, de una manera muy poco digna, á fin de restablecer la circulación.

"Con gran sorpresa nuestra se nos permitió sacar una vista fotográfica del patio y de la galería, y salimos de la casa en la creencia de que ya no tropezaríamos con obstáculos particulares, aunque el caid nos había advertido que de ningún modo debíamos aventurarnos á viajar por las montañas, ni menos internarnos en ellas. Se nos permitiría coger plantas en las inmediaciones de la ciudad, considerando éstas como nuestro límite."

CAPÍTULO XIV

CIUDAD Y VALLE DE DEMNAT

LOS HABITANTES.—LOS BEREBERES Ó SHELLACHS.—TRAJE DE LAS MUJERES.—EL MELLAH.—PREDOMINIO DE LAS ENFERMEDADES OFTÁLMICAS.—VISITA AL IMINIFIRI.—CARACTERES GEOLÓGICOS DEL VALLE DE DEMNAT.—RESTOS ARQUITECTÓNICOS RUMÍS Ó CRISTIANOS.—ASCENSIÓN AL IRGHALNSOR.—ELEVACIÓN DEL ATLAS EN ESTE PUNTO.

Cuando hubimos salido de la casa del caid,—sigue diciendo nuestro autor,—despojéme del ropaje moruno, quedando con mi traje de cristiano, como lo hizo también mi compañero, y fuímos á dar una vuelta por la ciudad, sirviéndonos de guía Assor.

"En cuanto á la arquitectura, muy poco había que ver, aunque la Alcazaba presentaba un conjunto muy pintoresco, con su foso, sus bien conservadas y macizas fortificaciones y sus torres cuadradas, desde donde las mujeres del caid, siempre invisibles, pueden contemplar la ciudad, el valle y las lejanas montañas.

"Excepto la casa del gobernador, no hay ningún edificio de mediana altura, y todos son de toba ó arcilla y un poco de cal, careciendo de adornos y de paredes blancas. Sin embargo, á pesar de su conjunto mísero, Demnat presenta cierto aspecto de prosperidad, porque hay pocas casas ruinosas, y menos mendigos aún. Los habitantes vestían todos decentemente, y no carecían, al parecer, de las cosas más necesarias en la vida, comprendiéndose que así sea, puesto que se hallan en un fértil valle, con toda la abundancia vegetal que la Naturaleza puede producir, siendo dado á las familias comer carne dos veces al día con un par de reales.

"Observé que nos hallábamos entre una gente muy distinta de la que

habíamos conocido hasta entonces durante el viaje. Los naturales de Demnat no tienen la expresión salvaje ni el cutis atezado de los árabes del campo, ni tampoco se asemejan al moro de la ciudad, bien alimentado, que se distingue por su airoso aspecto, su espesa barba, y en general sus agradables facciones. En Demnat estábamos, al fin, entre los bereberes del Atlas, conocidos por lo regular con el nombre de *Shellach* en el O. de Demnat. Ni entonces, ni algunos meses después, pude determinar para mí los caracteres particulares en que se asemejan entre sí como raza, y en qué se distinguen de los otros pueblos. Me parece que por su aspecto general ocupan un lugar entre el moro y el árabe, lo cual puede aplicarse comunmente al shellach de las pendientes inferiores y á los de las entradas de los diversos valles; pero no á los que viven en las alturas, los cuales difieren mucho de sus hermanos de las tierras bajas. Por regla general el shellach de estas tierras se caracteriza por su aventajada estatura, agradables facciones, cabeza estrecha, cara bien formada y buenos ojos, siendo la complexión ligeramente atezada; mientras que en los valles más elevados y en las alturas, donde la lucha por la existencia es muy ruda, y vive bajo las más míseras condiciones, el shellach es un hombre de formas encogidas, que parece no tener más que tendones y huesos, y que se caracteriza por su color oscuro, semejante al del cuero; sus ojos tiernos, como por resultado de alguna enfermedad, ó como podría tenerlos el hombre que pasa su vida en una sombría oscuridad ó en medio del humo, según sucede en algunos distritos durante tres meses del año. Pero no anticipemos y volvamos á Demnat.

"Desde luego se observa, al recorrer las calles de la Medinah, que las mujeres no se velan el rostro. Desatendiendo en este sentido lo que previene el Korán, que las prohibe distraer los pensamientos de los verdaderos creyentes de la contemplación de los sagrados atributos de Alah; ostentando sus encantos y adornos, van por todas partes sin el jaique ó cualquiera otra prenda por el estilo para cubrirse el rostro. Lo que llevan por vestido no tiene nada de agradable ni gracioso, consistiendo en una especie de sábana ó de colcha, que de un modo ú otro rodea el cuerpo, y dos de cuyas puntas se sujetan al cuello con un broche, del cual pende, sobre el pecho, una maciza cadena de plata, y en la cabeza se ponen un pañuelo de color para ocultar el cabello y recogerlo. Lo que más nos agradó al mezclarnos entre hombres y mujeres fué que parecía complacerles nuestra presencia, mostrando una ingenua curiosidad; mientras que el verdadero moro ó el árabe nos habría mirado con desdén y expresión rencorosa, murmurando detrás de nosotros: —¡Ojalá Dios crucifique al enemigo de la fe!

"Bajo estas benéficas influencias experimentábamos un indecible bienestar, saludando á todos con el salam ó invocación, deseándoles la paz y la dicha, fórmula á que habíamos renunciado últimamente en

vista de que siempre se nos contestaba diciéndonos que ojalá estuviéramos á los infiernos.

"Fuera de los grupos de shellachs, poco vimos digno de observarse en la parte ocupada en particular por los secuaces del Islam. El judío no es feliz sino cuando está entre los de su especie, y allí había pocos; mas por el olfato y la vista pudimos comprender que nos acercábamos al centro ocupado por la raza elegida de Israel.

"Necesitamos todo nuestro valor para penetrar en aquella red de es-

El mellah ó judería de Demnat

tercoleros y de indescriptible suciedad; mas era nuestro deber, como exploradores, verlo todo.

"Adelantándonos con el mayor cuidado, y previniéndonos lo mejor posible contra las impresiones desagradables, penetramos con la mirada en varias casas, observando con interés á las hijas de Judá, que se agrupaban alrededor de las puertas, mostrando sus sucios vestidos y repulsivas carnaduras.

"Sensible es decir que un ochenta por ciento de los ojos que nos miraban parecían cataratas, ó eran estrábicos, ó estaban inflamados por la oftalmia; y parecíame casi increíble el hecho en una pequeña ciudad situada en un valle bien bañado, donde soplan sanas y frescas brisas, gracias á las alturas cubiertas de nieve de las montañas inmediatas.

"Y, sin embargo, esto no era tan de extrañar, atendido que ninguna familia, por numerosa que sea, ocupa más de una habitación sin ventanas, dándose con frecuencia el caso de que muchas vivan juntas hacinadas como cerdos en una pocilga. Además de esto, casi todas las habitaciones se construyen alrededor de un pequeño patio de 15 pies cuadrados, y hay un segundo piso ocupado de igual manera, dando las puertas de todos los cuartos á un largo balcón.

"Esos patios sirven de albañal á las familias, de sala de recepción, de gabinete de costura para las mujeres y de lugar de esparcimiento para los chicos, y allí están también las cuadras de las mulas y asnos, cuando los inquilinos tienen estos animales. El aspecto que aquel conjunto presenta, y las emanaciones que de él se desprenden, son por demás repugnantes. Sin embargo, en aquel foco infecto pasan el día varios grupos de mujeres ocupadas en cardar lana, ó hilar, ó coser, etc. Su traje se parece al de sus vecinas las shellachs; pero casi todas llevan collares formados con moneditas de oro. Entre otras cosas, y como para acrecentar nuestro asombro y disgusto, observamos que allí había niñas casadas, de ocho, nueve y diez años, algunas de las cuales eran madres á los doce ó los trece.

"Tuvimos valor para penetrar en una ó dos habitaciones, cuyo patio estaba infestado de moscas; pero, como muy pocos tendrían la temeridad de seguirnos, cubriré con un velo su interior. Haciendo justicia á las demás ciudades de Marruecos, debo añadir que, si bien todas las mellahs ó juderías son abominablemente sucias, la de Demnat puede figurar por tal concepto á la cabeza de todas las que yo he visto.

"Naturalmente se supone que semejante estado de cosas resulta de la opresión bajo que viven y han vivido los habitantes; y, á no dudarlo, esta es la clave de la verdadera explicación; pero la tiranía de los pasados años es la que más ha impreso su sello brutal en esa raza que no se puede reprimir. La opresión de hoy día, tal como la que se ejerce en particular contra los judíos, y que es muy escasa en las ciudades, nada tiene que ver con el estado de suciedad en que viven, á pesar de que tienen mucho más á su disposición los beneficios de este mundo que no los moros, los cuales conservan sus calles limpias y sus casas y patios bien ventilados. En Demnat ni siquiera se les relega al mellah, ni se les imponen restricciones; de modo que la única explicación se reduce á que los judíos no quieren trabajar como no sea para obtener dinero. No deben extrañar, pues, que Dios los castigue, por más que sean su pueblo eligido, con todas las enfermedades oftálmicas posibles; mientras que sus odiados vecinos, condenados á la perdición, según creen los judíos, están libres de semejantes males.

"¡Qué alivio fué para nosotros alejarnos de aquel lugar repugnante y salir fuera de la ciudad para aspirar las brisas de la montaña y entregarnos á la contemplación del pintoresco paisaje que se desarrollaba á nuestra vista.

"Por la tarde fuimos á visitar una notable *gruta*, que Assor nos elogió mucho, aunque sin haberla visto. Como distaba solamente algunas millas, el caid no se opuso á que fuéramos, si bien tuvo buen cuidado de proporcionarnos una pareja de soldados, tanto por proteger nuestras personas como para vigilarlas.

"Montados en mulas, bajamos por la rápida pendiente del valle en

cuyo lado está situada Demnat, y á unos trescientos pasos de distancia nos encontramos junto á una cristalina corriente muy sinuosa, cuyo lecho se prolongaba en cierto punto entre precipicios cubiertos de espesura, con árboles y enredaderas que crecían en las grietas de las rocas. Las pendientes, dispuestas en terrazas, se elevaban sobre un brillante mosaico de matizados verdes, de amarillo de oro, de rojo y de azul, alternando con el verde follaje de las vides, de los árboles frutales, de las espigas de cebada ó de trigo y de los campos de margaritas y adormideras.

"Desde el fondo del valle veíanse numerosos molinos, que el agua hacía funcionar activamente. Poco después cruzamos á la opuesta orilla, oyendo siempre el murmullo del agua en la red de acequias y el rumor plañidero de la corriente principal, que llegaba hasta nosotros en alas del inconstante viento.

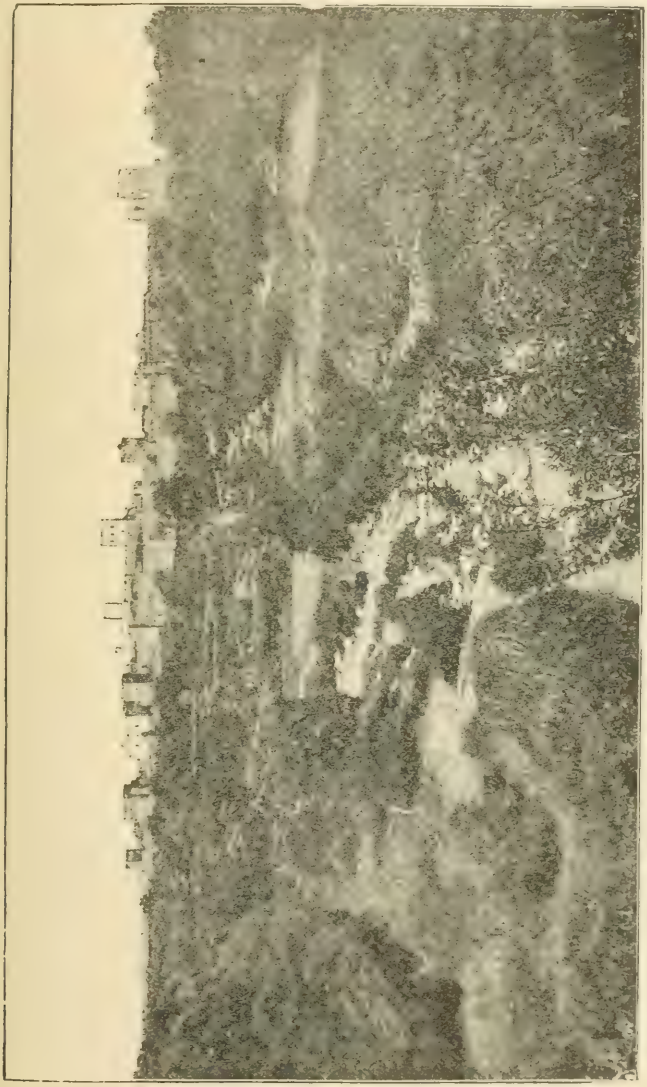
"A medida que nos elevábamos, dando vuelta á las diversas colinas, parecíanos más y más no haber visto nunca nada tan hermoso como aquel fértil valle; y llegados á cierta altura, pudimos disfrutar de una magnífica vista de Demnat. Sus murallas y torres, y los inmediatos edificios de la Alcazaba, parecían macizos y pintorescos en extremo, produciendo muy distinta impresión de la que nos causó cuando estábamos cerca, como sucede con otras muchas cosas morunas; y para contribuir á realzar las bellezas naturales del paisaje, numerosos pueblecillos coronaban varias colinas de rápida pendiente ú ocultábanse en magníficos olivares.

"Pero mientras observábamos todas estas bellezas externas, no éramos indiferentes á las del suelo. Los cortes de las rocas nos daban la clave para algunos de los problemas que nos rodeaban. En aquel momento nos hallábamos sobre el banco basáltico que desde más allá de Sidi Rehal habíamos visto á intervalos atravesando las calizas y mostrándonos la línea en que las colinas parecen hundirse en la llanura. En este banco está el secreto de la fertilidad del valle, pues descompuesto constituye un suelo muy rico y fértil, y cuando se mezcla con ricos ingredientes produce calor y abundancia de agua todo el año, agua que se distribuye por una red de canales en cada pulgada cuadrada de terreno.

"Ese banco explica también por mucho la conformación física del valle; y las panzudas rocas y rugosos picos ofrecen mayor interés cuando se llega á comprender cómo han adquirido sus formas en vez de constituir suaves pendientes ó eminencias en figura de cúpula, como se observa en otras partes.

"A 2 ó 3 millas de distancia encontramos en el mismo valle una represa muy maciza que le cruzaba y que tenía por objeto elevar el agua de la corriente en verano y distribuirla en las series inferiores de los canales de riego. Hay dos series superiores, alimentadas por los puntos

más altos del Wad Demnat, y que llevan el agua á lo largo de las pendientes del valle á una elevación de 900 pies. Aquella represa era la



Demnat

única obra pública moderna que se había hecho para el bien general de la población del Sur de Marruecos.

"Más allá de la represa el valle se estrechaba rápidamente, pasando desde el basalto más fácil de descomponer á la caliza compacta, y, al parecer, terminaba bruscamente en un precipicio. Dejando nuestras

mulas, continuamos la marcha á pie, porque había terminado el camino de herradura, y en el espacio de unas 100 varas no encontramos ninguna gran dificultad; mas al acercarnos á un precipicio fué forzoso avanzar por el lecho de la corriente. Al saltar sobre enormes peñascos, ó de un fragmento de roca á otro, franqueando charcos y hoyas, donde el agua se arremolinaba, amenazadora para aquel que tuviese la desgracia de caer, no pudimos contener la risa al observar los casi desesperados esfuerzos de nuestro amigo Assor para seguirnos por tan mal terreno. Jamás en su vida, ni aun cuando buscaba oro, se le había ocurrido salir de las calles donde se practicaba el tráfico, ni de los caminos fáciles; y ahora, siguiendo á dos cristianos tan locos como nosotros, veíase expuesto á cada instante á perder la vida en alguna hoya ó precipicio, solamente para ir en busca de lo pintoresco. Más que nosotros aún, nuestros hombres parecían complacerse maliciosamente en los apuros de Assor, pues para el moro no hay en el mundo mayor deleite que ver á un judío en una situación crítica. Dábanle los peores consejos y se reían á carcajadas cuando le ocurría algún percance, permitiéndose toda clase de bromas. De buena gana hubiéramos puesto fin á las burlas; pero consideramos que, después de haberse abstenido de lavar su cuerpo durante algunos años, no le perjudicaría bañarse un poco.

"Sin embargo, no ocurrió ningún accidente. Cuando Assor comenzaba á perder la cabeza, sentábase en una roca para reponerse, y era preciso dejarle allí cuanto quisiera, calculando, sin duda, lo que nos cargaría en cuenta por aquellos peligros y las sacudidas de que todo su cuerpo se resentía.

"Entretanto, y al paso que franqueábamos obstáculos y precipicios, oyendo siempre el sordo rumor del agua, nos llamaron la atención numerosos manantiales que borboteaban en el mismo lecho del río ó brotaban de la roca viva. Nos explicamos el hecho por la circunstancia de que su línea natural de desagüe se habría interrumpido por el dique de basalto por donde acabábamos de cruzar y que se corría á través de las rocas de caliza y de arenisca, haciéndolas tomar posiciones verticales.

"Poco nos restaba ya que andar, pues al doblar un recodo vimos interceptado de pronto el camino por un precipicio de 150 á 200 pies de altura, sobre el cual veían aún la sección superior del valle. En un ángulo de la pared veíase caer una fina cascada, cuyas aguas saltaban de una saliente á otra entre plantas trepadoras y espesuras que ocultaban fragmentos de roca.

"De este modo franqueamos lo que se llama el *Wad Demnat*, que ciertamente parecía muy pequeño comparado con el torrente que mugía á nuestro alrededor. Avanzando entonces más apresuradamente, llegamos á un punto más despejado, y vimos un considerable agujero negro frente á nosotros: de él salían las aguas del río ruidosas y precipitadas, cual si se regocijasen de escapar de las lóbregas profundidades de la

tierra para ver el sol brillante, la espesa vegetación y las flores. Aquello era el *Iminifiri* (Cueva Grande) que nosotros buscábamos.

"Con la mayor dificultad llegamos á la abertura de la cueva, resueltos á penetrar todos los misterios que con ella se relacionaban. Al entrar nos causó profunda admiración el magnífico espectáculo que se ofrecía á nuestros ojos.

"Estábamos bajo un arco magnífico que se elevaba á la altura de 100 á 140 pies sobre nuestras cabezas. De la bóveda pendían estalactitas de todos tamaños y formas, y en las paredes rugosas formaban grupos varios pilares de estalagmitas y otros productos naturales.

"Resueltos á ver cuanto fuese posible de aquella gruta, avanzamos por la oscuridad del interior, oyendo de continuo el rumor de las turbulentas aguas; pero muy pronto, al franquear una proyección de roca, nos sorprendió ver un rayo de luz y un espacio del azulado cielo.

"En resumen, allí no existía en rigor gruta alguna, sino una curiosa barrera de roca de caliza atravesada por el río; y esto disminuyó por mucho nuestra admiración. Nuestras esperanzas habían quedado defraudadas, y, no pudiendo seguir adelante, volvimos hacia la salida, donde hice otra observación. Debajo de la bóveda del arco, en una curiosa saliente, vimos cuatro depresiones circulares de unos 3 pies de diámetro por uno y 15 pulgadas de profundidad, cada una de las cuales presentaba en su centro otra más pequeña. Parecían ser una obra artificial, y, según se nos dijo, los santos varones de Sus y de Dra, al otro lado del Atlas, iban allí secretamente por la noche, y, valiéndose de ciertos encantos y palabras escritas, no solamente podían extraer mucho oro y plata, sino determinar también dónde encontrarían más. Indudablemente esta superstición, muy arraigada entre los naturales, recuerda algunos ritos religiosos de los antiguos adoradores de la Naturaleza, que en alguna época pasada de la historia del mundo consideraban el Iminifiri como un lugar sagrado.

"De buena gana hubiéramos continuado nuestra exploración, subiendo hasta la cima del precipicio; pero el día declinaba y no había tiempo. De pie en el borde de la roca donde en otro tiempo se practicaban sagrados ritos, y contemplando el profundo desfiladero á nuestros pies, y el extraño túnel natural que se corría en fantásticas curvas hasta perderse en las entrañas de la tierra, así como los precipicios y montañas pedregosas á nuestro alrededor, comprendimos los sentimientos que en remota época debieron llenar los corazones de aquellos que adoraban las terribles fuerzas irresistibles de la tierra. Pero con las impresiones que pudiera producirnos aquel conjunto imponente y salvaje mezclábanse otras más dulces al contemplar el poético y fértil valle, inundado de suave luz, con sus verdes colinas, sus frescas brisas y sus numerosas arterias de riego. En aquel momento podía comprenderse que para los simples salvajes que dependen de lo que la Naturaleza les da, no fuese ya

el sol un mero origen de luz y calor, sino un verdadero dios, creyendo también que los espíritus dirigían los vientos y las aguas. En aquel instante nosotros éramos también adoradores de la Naturaleza.

"El tiempo volaba y no podíamos entretenernos más en hacer reflexiones, por lo cual emprendimos la marcha hacia la ciudad con toda la rapidez posible.

"A la mañana siguiente salí para completar mi examen de Iminifiri; pero había resuelto también practicar una atrevida exploración en las montañas que hay más allá.

"Sin sospechar mis intenciones, el caid me permitió marchar solamente con un soldado; pero además me acompañaban mi fiel escudero, si tal podía llamarle, Shalum el judío, y Abdarachmán, de Mogador, que sabía un poco el inglés.

"En esta excursión pasamos al lado opuesto del valle á fin de llegar con más facilidad á la cima del arco. Muy pronto estuvimos frente al Iminifiri, y allí saqué algunas fotografías del arco natural, con la ruidosa cascada, que se precipita como una blanca faja en su lado (1). Hecho esto, pensé en otra cosa más ardua, cual era deshacerme del soldado; mas para esto ocurrióme confiarle la custodia del aparato fotográfico, previniéndole que no se moviera de aquel sitio si en algo apreciaba su vida y su libertad. Libre de este modo, emprendí la marcha con el mejor ánimo, lleno de confianza.

"A los pocos minutos llegábamos á la parte superior de la barrera de roca, y con profunda sorpresa observé entonces que no solamente me hallaba en la cima del arco natural de un puente que los habitantes utilizaban, sino también sobre un acueducto, por el cual una fina corriente de agua pasaba desde un lado del valle á otro, formando allí una cascada.

"La explicación del fenómeno, tal vez único, de un río que pasaba naturalmente á través de un desfiladero de 140 pies de profundidad, resultó, al fin, ser muy sencilla.

"El arco no se componía de la roca de caliza de las colinas, sino de toba calcárea. La corriente que cruzaba el valle había caído primitivamente como simple cascada en el lado oriental, y, conteniendo mucha cal en solución, continuaría depositándose durante largos siglos la sustancia calcárea capa sobre capa. En el trascurso del tiempo, la toba depositada así, iría acrecentándose gradualmente, hasta que, alcanzando la parte opuesta del desfiladero, completó el acueducto-puente, y ahora, en vez de caer por la parte oriental, la corriente se precipita en forma de cascada por el O., donde sigue depositando la toba. El Wad Demnat, por supuesto, trabajaba entretanto por debajo impidiendo que se obstruyese su canal natural, al paso que socavaba los lechos de caliza, y evitando

(1) Estas fotografías se inutilizaron después á causa de haber querido corregirlas.

también la formación de la pared maciza que de otro modo habría resultado.

"En las peladas rocas que parecen como suspendidas sobre el Iminifiri, me complació mucho descubrir el gomero llamado *Euphorbia resinifera,* que es muy raro. Este fué el único sitio en todo el Atlas donde hallé esta planta cactoide, aunque después descubrí otras diversas especies en las inmediaciones de Agadir y en las montañas de Haha por la parte que da al mar. La *Euphorbia resinifera* se caracteriza por tener tres ó cuatro ramas angulosas, mientras que en las otras especies se ven nueve ó diez.

"Más allá del puente natural el paisaje se desarrollaba en un valle sembrado de pequeñas colinas, presentando por la parte del S. una línea de montañas muy pendientes. En un pueblecillo de shellachs trabamos conocimiento con un indígena de agradable aspecto, y, al preguntarle si había señales de que hubiese pasado por allí algún cristiano, díjonos que en la cima de una alta montaña cónica, la cual nos señaló con el dedo, había unas ruinas de construcciones que pertenecieron á los *Rumís* (primeros cristianos). Me ocurrió, desde luego, que aquello debía ser la *iglesia cristiana* de que Jackson habló en su noticia sobre el imperio de Marruecos.

"De todos modos ya tenía con esto suficiente motivo para proponerme un objeto especial en mi visita á las montañas. Abdarachmán sonrió como hombre que cree que se le habla en broma cuando le invité á preguntar al indígena si nos guiaría hasta aquel sitio por medio duro. Al principio procuró desentenderse y fué necesario que se lo ordenara con imperio.

"Aparentó hacerlo así, y después díjome que el shellach no quería ir por ningún precio; pero no le creí, y, dirigiéndome á nuestro hombre, me toqué el bolsillo, señalando el pico de Irghalnsor, y mostréle un duro, haciendo ademán de andar. Comprendióme al punto, corriendo con satisfacción, y pronunció la mágica frase—*¡Ja Alah!* (—¡Oh Dios!), que es la señal de marcha para los buenos muslimes.

"Era ya cerca del mediodía y no se debía perder tiempo si queríamos llegar á las ruinas y volver á Demnat antes de anochecer, por lo cual apretamos el paso tanto como nos fué posible.

"Comenzamos por cruzar entre numerosas colinas bajas, que coincidían con anticiclines de caliza, estando caracterizados los huecos ó synclines por arenisca, y por lo pronto observé que el suelo, de color rojizo y arcilloso, era pobre y estaba, de consiguiente, poco cultivado, sin que viéramos tampoco pueblo alguno antes de llegar á la base de la montaña. La empinada pendiente convenía con los lechos de caliza que allí se agrupaban formando un enorme repliegue, y en las zonas más bajas veíanse magníficos olivares. Más arriba, sin embargo, el suelo comienza á ser muy pobre y solamente se encuentran el arar, el

roble, el junípero y algunos matorrales. Tal era mi afán por llegar á la cima de la montaña que pronto me adelanté mucho á mi guía y á Shalum: en cuanto á Abdarachmán, se quedó abajo.

"Al fin, cubierto de polvo, llegué al pico más alto, cuya cima encontré cubierta de ruinas de una antigua construcción muy sólida y extensa, pero del todo informe y que seguía los contornos irregulares de la cumbre de la montaña. Las paredes, muy gruesas, estaban bien construídas; y en el interior reconocíanse en algunos sitios las líneas de las habitaciones entre montones de piedras caídas. En una parte encontré los restos de una especie de cámara subterránea abovedada, que probablemente se emplearía como depósito del agua.

"Bastaba examinar la posición y alrededores de aquellas ruinas para desechar la idea de que aquello hubiese sido nunca una iglesia cristiana, aunque es posible que se emplease para practicar ritos religiosos en una remota fecha de la era precristiana. Esta es, por lo menos, la más razonable teoría para explicar la existencia de semejante edificio en aquella posición casi inaccesible, demasiado lejana de los pueblos y campos para protegerlos si hubiese sido una fortaleza. Por la parte del E. domina un profundo precipicio de cerca de 1,000 pies, donde una corriente se desliza entre las rocas, y que forma un magnífico desfiladero. Por el N. el pico presenta una pendiente tan rápida que muy pocos se atreverían á luchar allí frente á un enemigo; y solamente por el O. el acceso es bastante fácil.

"Después de reconocer todos estos hechos, y confirmando más la idea de que aquel edificio se había utilizado para practicar ritos religiosos, examiné el paisaje que se desarrollaba á mi vista.

"Con indecible placer observé que me hallaba enfrente de la cordillera central del Atlas. Aquí se presentaba tal como aparecía á nuestros ojos desde Jebelet, aunque con menores proporciones y no tanta grandiosidad, sin duda porque nos hallábamos á 6,000 pies de elevación. Formando como un muro casi continuado, surgía bruscamente de las grandes moles de caliza y pizarra agrupadas en la base. Pocos detalles había dignos de notar, como no fuera su aspecto majestuoso, su contorno uniforme y la barrera que presentaba para todos cuantos quisieran cruzar la cordillera. La cima estaba aún cubierta de nieve, y veíase también ésta en algunas grietas.

"Es proverbialmente difícil apreciar la altura de las montañas; pero, combinando lo que vi entonces y después en otras partes de la cordillera, no creo que en aquel punto pueda tener el Atlas más de 10,000 pies de elevación.

"Desde el punto de vista geológico, era evidente que la caliza gris, la arenisca roja y las pizarras que forman las porciones inferiores, constituían allí también la mole del eje central. Más tarde pudimos reconocer hacia el O., por una detenida observación, que mis deducciones eran exactas.

"Como para contribuir á lo grandioso é imponente del espectáculo, desencadenóse una tempestad sobre las montañas. Los relámpagos se sucedían sin cesar, y el fragor del trueno producía un efecto pavoroso.

"Temiendo, no solamente que la borrasca me cogiera allí de lleno, sino también verme rodeado de la oscuridad de la noche, no hice más que mirar por última vez el desfiladero y el valle, donde aparecían como puntos blancos algunas solitarias chozas de shellachs. Después bajamos con toda la rapidez posible por la falda de la montaña. Abdarchmán, que estaba en el valle, se reunió con nosotros, y fuimos en busca del soldado, que, muy inquieto, y sin haberse atrevido á separarse del aparato fotográfico, por temor, sin duda, de morir en una prisión, me dió algunas sentidas quejas.

"Llegamos á Demnat por la noche, y supimos que el caid se había alarmado tanto como el soldado por nuestra desaparición, por lo cual se disponía ya á dar órdenes para que nos buscaran por todo el país."

CAPÍTULO XV

TASIMSET

VISITA Á TASIMSET. — RIÑA ENTRE NUESTROS HOMBRES. — CARACTERES DEL CAMINO DE TASIMSET.—CASCADAS Y CUEVAS.—LOS JUDÍOS.—ALDEAS BEREBERES.—ASCENSIÓN AL TAZAROCH.

Assor nos había hablado mucho de cierto lugar conocido con el nombre de *Tasimset*, que se halla en las montañas á una regular distancia por el SO. de Demnat.

"El mismo Assor tenía interés en ir, porque allí habitaba su suegra en una finca de su propiedad, y le tenía cuenta pasar en Tasimset algunas temporadas, desde el punto de vista económico, y ganar al mismo tiempo algún cuarto, si era posible.

"Aunque no le llamaba la atención lo pintoresco, no había podido menos de notar una magnífica cascada de Tasimset, y recordaba que varios judíos y gentiles hablaban á menudo de ciertas curiosas grutas y de otras maravillas. No se había fijado en estas cosas; pero pensaba que tal vez nos agradaría verlas, y para complacernos hallábase dispuesto á servirnos de guía.

"Como ya se comprenderá, aceptamos la invitación, pues lo que deseábamos sobre todo era conocer varios lugares, á fin de que nuestros hombres nos creyesen prácticos cuando emprendiéramos una excursión más seria. Por lo pronto convenía averiguar qué clase de oposición se nos haría en lo futuro para impedirnos realizar nuestros planes. En su consecuencia, apenas hube descansado un poco de mi apresurada excursión á Irghalnsor, fuimos á visitar al caid para comunicarle nuestras intenciones. Encontramos al caid Jelelé en un patio contiguo á la cuadra probando un caballo, y, después de los cumplidos de costumbre, nos re-

prendió por habernos aventurado tanto en las montañas, con inminente peligro de nuestras vidas y contra las expresas instrucciones de Seedma (Nuestro Señor). Nos hizo reir la idea de que pudiera suceder nada á dos cristianos ingleses como nosotros, y dijimos al caid que en cuanto á las instrucciones del Sultán respecto á no permitirnos penetrar en las "montañas y sitios peligrosos," debía comprender claramente que se referían tan sólo al Bled Siba (ó distritos independientes), y no al Bled Maghzán (ó país del Gobierno).

"Ahora bien: entonces nos hallábamos en el Bled Maghzán, y, por lo tanto, dijimos, nada debíamos temer bajo la poderosa protección del grande y sabio caid Jelelé, á quien deseábamos que Alah concediese toda clase de prosperidades.

"El caid nos contestó que la excursión por las montañas era un hecho consumado; que evidentemente "estaba escrito," y que nadie podía evitar los decretos de Dios.

"Sin embargo, fué muy distinto cuando le anuncié que al día siguiente iría á Tasimset. Debía evitar pedirle permiso ó la protección de sus soldados: era preciso hacerle comprender que nada tenía que ver con mis movimientos, aunque no importaba que sus soldados nos acompañasen.

"Por el pronto hizo las más enfáticas objeciones, diciendo que el sitio era sumamente peligroso y que no podía permitirnos ir. Escuchamos al caid sonriendo, y cuando hubo terminado dijímosle que estábamos preparados á todos los peligros, pero que éstos no alterarían en nada nuestros planes; que teníamos algo que hacer en aquel punto, y que iríamos, confiándonos á la protección de Alah. Nuestro tono y modales le sorprendieron mucho, y díjonos que le parecían propios de hombres de un gran pueblo, de personas de autoridad. ¿No se vería en un compromiso si nos detenía? Sí; pero también podía suceder esto si nos dejaba marchar. En este dilema, el caid tomó consejo de su mayordomo, y acordóse darnos el permiso con tal que volviéramos en el mismo día. Añadió que hasta él mismo nos acompañaría; pero rechazamos terminantemente esta proposición, sin querer admitir más condiciones.

"El caid quiso argüir, y hasta permitióse amenazar; pero nos mantuvimos firmes, y al fin nos levantamos sin querer oir más. Pocos minutos después se nos presentó un mensajero del caid pidiendo una carta en que nos declarábamos responsables de nuestra excursión. Así lo hicimos, á fin de no extremar más la cuestión.

"Entretanto nuestros hombres, tomando viento de nuestros proyectos, consiguieron ver al caid, é hiciéronle tales observaciones que otra vez cambió de modo de pensar y envióno un criado para decirnos que no podíamos ir. Nuestra contestación fué lacónica y atrevida:—Habíamos hablado ya sobre el asunto, y no éramos moros ni judíos para desdecirnos.

"Aquella noche fué señalada por una ruidosa pendencia entre Shalum y los moros: aborrecíanle como judío, y también porque le temían, pues en todo Marruecos no existía un hombre más audaz y vigoroso. Consideraban también como un agravio que no hubiera querido unirse con ellos en sus traidores manejos, y le miraban como un espía, aprovechando todas las oportunidades para hablar mal de Shalum y reñir con él. Estas rencillas dieron al fin por resultado una tremenda lucha: los moros atacaron á Shalum con sus cuchillos, y ninguna jaula de fieras presentó nunca tan salvaje aspecto como el que se ofrecía á nuestros ojos.

"Las armas desaparecieron apenas nos presentamos; mas no cesó el clamoreo. Furiosos los hombres, gritaron que Shalum era un perro judío que envilecía su religión, burlándose de su profeta, y que si no le despedíamos no irían con nosotros. Era ya un mal servir á los cristianos; pero de ningún modo podían soportar llevar por compañero á un judío.

"Era muy probable que Shalum hubiese cometido alguna indiscreción, porque era el hombre más colérico que yo había conocido, y no dudabamos tampoco que sus compañeros estaban justamente indignados. Uno de ellos, Zemraní, á quien el furor no permitía articular una palabra, arrojóse en el suelo y comenzó á revolcarse y gritar como un niño.

"Restablecido el silencio, supimos que el cocinero había roto una botella llena de vino perteneciente á Shalum, que, montando en cólera, maldijo al torpe y á toda su raza, diciéndole que así se le llevaran los diablos.

"Bajo estas circunstancias, después de reprobar que Shalum renegase del Islam y su profeta, advertí á los demás que en lo sucesivo, si intentaban algo contra Shalum, tendrían que habérselas con nosotros; y también declaré que no despediría á este buen servidor aunque me dieran quejas contra él. Añadí, por último, que si alguno desertaba sufriría la misma suerte del Hadj de Casablanca é iría á pudrirse en un calabozo.

"Después de reprenderles así, díjeles que se retirasen, y obedecieron al punto, pero poseídos de cólera contra su enemigo. Comenzábamos á ser demasiado fuertes para que se rebelaran contra nosotros, aunque no podíamos impedir sus maldiciones ocultas y sus secretos manejos.

"A la mañana siguiente (31 mayo) salimos para Tasimset, aunque no sin tener otra cuestión con el caid, que una vez más quiso impedirnos la marcha; mas, al ver que todos sus esfuerzos eran inútiles, limitóse á enviar con nosotros un hombre para que nos vigilara.

"En la primera parte del trayecto nos dirigimos por el S.SO., á lo largo de un pequeño valle formado en el banco de basalto; y por primera vez vimos en Marruecos algunos grupos de árboles dignos de citarse, entre otros el roble, siempre verde, de extraordinarias dimensiones, y algunos hermosos pinos (*Pinus holipensis*), especie que no se encuentra

sino en espacios reducidos y aislados del Atlas, y que rara vez alcanza el tamaño de los que entonces veíamos. También encontramos algunos juníperos muy grandes.

"Al cabo de hora y media llegamos á la extremidad del vallecillo, penetrando entonces en el bien cultivado y fértil distrito de Twaka.

"Después de pasar por un grupo de pueblecillos, nos encaminamos más al O., y subimos á otra eminencia para bajar después á una pequeña depresión de la montaña, en cuyo fondo había un magnífico manantial. Desde aquí pasamos á una segunda cañada más grande, al pie de la cual veíase una línea de rápidas pendientes, mientras que por nuestra derecha divisábanse varios pueblos fortificados.

"A las cuatro llegamos á la entrada de otro vallecillo, donde las cañadas alternaban con las colinas, y que estaba en parte oculto por los pasos de la montaña y las escarpaduras de caliza. Aquí vimos nogales de enormes dimensiones, olivos de un follaje verde-oscuro, que llenaban las pendientes, y en particular arboledas de pinos que coronaban la cumbre de las colinas, presentando el conjunto más pintoresco de la montaña. En ciertos sitios favorables había varios espacios destinados al cultivo de la cebada, y también numerosas cepas; mientras que en el fondo de los precipicios brotaban varios manantiales, cuyo volumen de agua era considerable. Esta agua, conducida por canales, sirve para fertilizar los campos, las arboledas y los jardines.

"No habíamos recorrido por este pequeño edén más de una milla cuando nos encontramos frente á un pueblo de montaña, y comprendimos que aquello era Tasimset.

"Nuestra escolta insistió para que plantáramos nuestras tiendas entre las casas; pero nos bastó mirar la multitud que nos rodeaba y la suciedad de aquel lugar para asegurarnos de que allí había un mellah; y, no queriendo tener nada que ver con la gente de Israel, rehusamos entrar, á pesar de las protestas de nuestros hombres y de la escolta. Insistimos en acampar cerca de unos olivares, donde había suficiente sitio para plantar las tiendas.

"Apenas se hubieron colocado, fuimos á visitar las cascadas, de las que á intervalos habíamos visto ya algo á través de los árboles. Muy pronto llegamos á un precipicio de algunos centenares de pies de altura, de cuyo centro brotaba el agua al parecer, aunque en realidad escapábase de un cañón irregular, demasiado estrecho para que pudiera verse al pronto. La caída de la cascada era de unos 300 pies, y producía el mejor efecto con su límpida blancura, deslizándose á través de las espesas plantas trepadoras y de los matorrales que crecían en los intersticios de la toba calcárea que tapizaba la caliza de que se componía el precipicio. Era fácil ver que aquí, como en Iminifiri, el origen de la cascada se debía á la unión del banco de basalto, desgastado, con la caliza compacta.

"Por la tarde volvimos otra vez á la cascada, pero esta vez para explorar las grietas socavadas en el depósito de toba, muy numerosas en la pared del precipicio. La única entrada consistía en un insignificante agujero practicado en la roca y casi oculto por la maleza, y por aquí fué preciso deslizarnos como culebras en un espacio de varios pies, hasta que hubimos llegado á lo que parecía un nicho natural en la pared del precipicio. Esta especie de pórtico natural daba entrada á cinco ó seis espacios, que variaban de 6 pies por 5 á 13 por 8, todos ellos socavados irregularmente, y que no presentaban caracteres distintivos para hacer ninguna deducción. Un paso muy tortuoso y difícil conducía á una serie más alta, de carácter análogo, en la cual penetraba la luz acá y allá por algunos agujeros. Solamente una gruta se distinguía de las otras, pues asemejábase á una nave sostenida por pilares. Varios agujeros de la roca indicaban dónde se habían colocado barrotes para señalar ó cerrar aquellos compartimientos. No pudimos descubrir absolutamente nada que revelase que aquellas grutas se hubieran utilizado temporal ó permanentemente como viviendas. El carácter general de las excavaciones, la falta de indicios que pudieran revelar que en otro tiempo habitaron allí salvajes, la circunstancia de no estar ennegrecidas las paredes por el humo de las hogueras, y la profunda oscuridad de la mayoría de las grutas, bastaban para desechar la idea que hubiesen podido ser vivienda de trogloditas, por más que, según cierta leyenda, en otro tiempo existieron en el Atlas. Los habitantes atribuyen estas excavaciones á los *Rumi* ó primitivos habitantes cristianos del país. En mi concepto las grutas se usarían para almacenar secretamente los cereales en las antiguas épocas de continuas guerras, ó bien para sepultura, y me inclino más á creer esto último.

"En presencia de los recelosos indígenas no nos atrevimos á buscar la confirmación de nuestras opiniones socavando el profundo depósito de tierra que cubría el suelo; pero vimos numerosos fragmentos de huesos, que podían muy bien ser humanos, y pedazos de barro común, de vasijas que en otro tiempo contendrían también ofrendas á los manes de los difuntos. En resumen, volvimos á ver la luz del día con varias dudas sobre el uso á que se destinaban antes aquellas excavaciones.

"Deseando, no obstante, aclarar el misterio, solicitamos ser conducidos á las otras grutas que existían, según nos dijeron, en la cima de la roca. Algunos míseros judíos se ofrecieron á guiarnos; pero el jefe de nuestra escolta, tratándolos de perros y cerdos, los despidió. Habíamos resuelto, sin embargo, visitar las otras grutas, y comenzamos á trepar por el precipicio, lo cual no habría sido nada fácil para el que no estuviera acostumbrado á semejante ejercicio.

"Nos habíamos alejado ya bastante antes de que los de la escolta adivinaran nuestra intención; mas, apenas lo sospecharon, comenzaron á gritar y gesticular, haciendo repetidas señales para que volviéramos. El

mayordomo del caid, particularmente, estaba frenético, temiendo un desastroso resultado por lo que él calificaba de temeraria audacia. Los judíos eran los únicos que no decían nada; pero muchos indígenas corrieron por los pasos ordinarios para interceptarnos el camino en la cima de la roca.

"Con no poca dificultad llegamos al fin á un desfiladero, por el cual bajaba la corriente antes de caer en el valle; y un poco más allá encontramos en la toba una gruta natural de la más curiosa estructura, pues parecía un enorme hongo. El fondo del desfiladero, cubierto de bosque,

Aldea montañesa

estaba muy bien cultivado, y dominábale la pintoresca construcción fortificada del jeque de Tasimset, especie de casa fuerte que corona una roca aislada, y á la cual no se puede llegar sino por un lado.

"En las paredes de las rocas veíanse numerosas aberturas de otras tantas excavaciones, á muchas de las cuales no se hubiera podido llegar sin cuerdas ni escaleras. Aquellas que pudimos visitar no tenían comunmente más de un compartimiento, que sin duda serviría de granero en la otra época; pues, al contrario de los árabes de las llanuras, los montañeses almacenan en tales sitios la paja y el heno para alimentar sus carneros y cabras cuando deben preservarlos de las nieves de la estación fría.

"Mientras nos ocupábamos en ver todo esto, observé que por todas partes nos vigilaban los indígenas, ocultos detrás de las rocas ó entre los olivos, y también pudimos ver los cañones de sus espingardas proyectándose en dirección á nosotros. Esto podía ser muy poético, pero en aquel instante no nos hacía gracia, y juzgamos oportuno desistir de nuestra exploración. Al principio no nos fué fácil encontrar senda alguna para volver; pero afortunadamente dimos con un canal de riego que

se corría alrededor del precipicio, formando en la roca un acueducto, y pensé que siguiendo este canal llegaríamos á las pendientes cultivadas de Tasimset, desde donde sería fácil la bajada. Así fué, y á la hora de ponerse el sol llegábamos al campamento.

"A la mañana siguiente recorrimos el pueblo, y se nos permitió examinar la casa del judío principal. En una galería exterior estaban las cocinas, y una curiosa construcción en forma de cúpula, en la cual se cuece el pan. En su interior se enciende fuego, dejándolo quemar hasta que se obtiene la temperatura apetecida, calentándose al mismo tiempo algunas piedras pequeñas, que se clavan en el pan después de retirar el fuego, introduciéndose así la masa dentro del horno, que se tapa cuidadosamente hasta que el pan se ha cocido bastante.

"La citada galería utilízase durante los meses de verano para trabajar en ella hombres y mujeres, y da entrada á una habitación que nos pareció al pronto muy oscura.

"Al acercarnos pudimos observar el carácter y contenidos de la habitación.

"No solamente era el principal aposento y alcoba de la familia, sino que servía también de cuadra para la mula y de establo para la vaca, un carnero, una cabra y varias gallinas.

"Allí no había ventanas, ni más conducto para la luz y ventilación que el de la puerta, muy baja, y que, como es natural, se cierra si el invierno es rigoroso. En la parte exterior de la casa había una especie de estacada para impedir que los ladrones pudiesen practicar una entrada á través de las paredes.

"Todo el mobiliario de la habitación consistía en algunos jarros y botes; y renuncio á decir nada sobre el olor infecto y las demás condiciones de aquel sitio. Se nos condujo después á otra habitación interior y más oscura, donde, con ayuda de una luz, vimos un muchacho durmiendo sobre un cajón, aunque se nos dijo que era su cama. Allí tampoco había muebles, ni siquiera una silla, y nos apresuramos á salir para no ver tanta miseria.

"Todas las casas berberiscas de este distrito se construyen del mismo modo, á fin de preservarse del frío del invierno, á expensas de la luz y de la ventilación, y para mantener la feliz comunidad de intereses entre los animales domésticos y sus amos. Los cuadrúpedos contribuyen á que la habitación se conserve bien templada, el horno anuncia á la mujer cuidadosa la hora en que se acerca el día, los perros vigilan cuidadosamente, y de este modo reina la mejor armonía. Inútil es que el ladrón intente una sorpresa. No importa que los vientos soplen furiosos, ni que llueva á mares ó caiga la nieve en abundancia: preservado de todo esto, el jefe de la familia duerme tranquilamente, arrullado por el balido de la oveja ó del carnero, el ladrido de los perros ó la respiración rítmica de las vacas.

"Casi todos los judíos de Tasimset son traficantes al por menor, y recorren los diferentes mercados que se celebran en ciertos días de la semana, así en la montaña como en las llanuras. Casi todos pasan casi la mayor parte de su tiempo sin hacer nada.

Campamento en un olivar

"Durante nuestra correría nos enseñaron los restos de un sólido edificio de cal y canto, del que sólo se conservan parte de una pared y un arco muy grande. La construcción es buena, y, por supuesto, se atribuye á los *Rumi*. A decir verdad, la obra no parece ser de moros ó shellachs, ni tiene tampoco nada de moderno.

"No contentos con lo que habíamos visto en las inmediaciones de Tasimset, resolvimos emprender otra excursión á las montañas.

"Después de las preguntas de rúbrica, á las que ya estábamos acostumbrados, conseguimos marchar de nuevo sin la escolta, ostensiblemente para visitar otra vez las grutas de la cima de la roca, pero en realidad para explorar más allá.

"Siguiendo una pintoresca senda que flanqueaba el borde del precipicio, llegamos muy pronto á la casa del jeque, donde nos pareció oportuno descansar, tomando un poco de leche. Desde allí veíamos las cordilleras inferiores hasta las llanuras de Srarna, y la línea montañosa del Rahamna.

"Pudimos sobornar á nuestro guía para que nos condujera al valle superior de la corriente del Tasimset, y, desviándonos de ésta al cabo de algún tiempo, avanzamos por un valle despoblado, donde había robles y muchas floridas plantas.

"Al fin obtuvimos la recompensa de nuestras fatigas llegando á la cumbre de la línea de montañas, á una altura de 6,000 pies. Desde allí disfrutábamos de la mejor vista del Atlas que habíamos obtenido hasta entonces.

"Estábamos en el borde de una gran escarpadura de caliza que daba al S., formando un precipicio de varios centenares de pies de profundidad, en cuyo fondo veíase un declive muy rápido, sobre el lecho del Wad Tessaout, que estaba á 2 ó 3,000 pies más abajo.

"A corta distancia, por el O., hállase el pueblecito de Tafrint, con sus verdes terrados, sus pequeños olivares y sus espaciosos sembrados de trigo, que solamente sirven para marcar más el aspecto desolado de la escena. El río Tessaout, recogiendo corrientes tributarias del E. y del O., se abre camino por un profundo desfiladero á través de las numerosas colinas escarpadas que se corren con el eje central, elevándose en la dirección S. hasta adquirir gran altura, formando una grandiosa cima culminante.

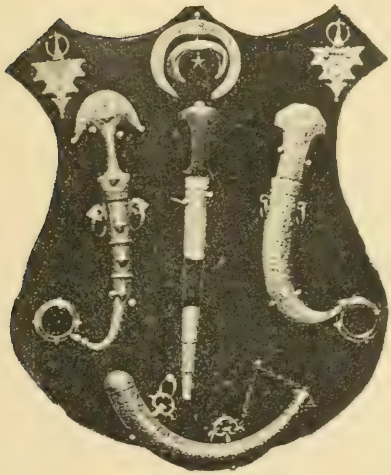
"El aspecto de las escarpaduras de caliza que coronan las líneas inferiores, los brillantes colores de las pizarras y arcillas rojizas que llenan las cavidades, el profundo desfiladero y las radiantes ondas del Tessaout, y las nevadas mesetas que dominan el todo, constituyen un panorama grandioso que produce en el espectador profunda impresión.

"Pasamos la noche agradablemente alrededor de la hoguera de nuestro vivac, y oímos hablar mucho á los judíos y bereberes sobre las montañas y sus habitantes.

"La historia de un anciano shellach que formaba parte de nuestra escolta, quien nos contó con minuciosos detalles cómo había matado á su esposa infiel y á su amante, arrojó triste luz sobre las leyes ejecutivas y bárbaras que habían prevalecido en aquellas regiones; pero nues-

tro soldado de Demnat se apresuró á decirnos que bajo la dominación de Seedna (nuestro señor, es decir, el Sultán) no se permitia semejante castigo para el adulterio, y que en vez del homicidio apelábase al divorcio y al pago de cierta suma, no al ofendido, sino al jeque ó gobernador, que, por lo tanto, miraba con ojos favorables semejantes desviaciones de la virtud.

"Al día siguiente salimos de Tasimset."



Dagas, frascos de pólvora y adornos

CAPÍTULO XVI

EL VALLE DEL WAD GADAT

RECEPCIÓN EN TEZERT.—EUZEL Y EL WAD-EL-MULHA.—ASCENSIÓN AL VALLE DE GADAT.—DIFICULTADES DEL VIAJE.—CAMPO EN ZARKTÁN

De regreso á Demnat después de nuestra excursión á Tasimset y á las alturas de Tazaroch, nada teníamos que hacer más que prepararnos para la marcha. No había camino frecuentado á través de la cordillera que parte de Demnat, ni Alcazaba accesible ó ciudad á donde pudiéramos dirigirnos; y por el E. no era posible avanzar más. Hallándose insurreccionadas contra el Sultán las regiones montañosas de Entifa y Tedla, el *Atlas Medio* de M. de Foucauld, no podían ser visitadas por extranjeros, y no era cosa de exponerse á una muerte segura. La única cosa factible reducíase á cruzar por Glauwa en dirección á la cuenca del Dra, por el lado opuesto de las montañas.

"Habiendo asegurado los servicios de David Assor como intérprete, salimos de Demnat el 5 de junio, ostensiblemente para ir á Sidi Rehal y Marruecos, pero en realidad para dirigirnos á Tezert.

"Durante toda la noche había soplado un viento muy cálido de las montañas cubiertas de nieve, fenómeno que no acertábamos á explicarnos, hasta que al fin se nos ocurrió que procedía del gran desierto, y que habría conservado su calor á pesar de las heladas alturas por donde cruzaba. Este viento continuó por la mañana y todo el día, poniéndonos en un estado febril, que por cierto era el único que convenía con nuestra condición mental.

"No teníamos entonces ojos para las montañas ni para las llanuras, y sólo pensábamos en los peligros de nuestra situación, comprendiendo que de esto dependía el éxito de la primera tentativa formal para cruzar

la cordillera; y era evidente que si no lo conseguíamos el resultado sería desastroso para nosotros por todos conceptos. Por de pronto nuestros hombres tendrían siempre un arma contra nosotros, y los jeques y gobernadores se complacerían en sentar un precedente á nuestras costillas.

"Nuestra gente había sospechado ya, por supuesto, que no íbamos á limitarnos á las llanuras y caminos frecuentados; pero no tenían clara idea sobre nuestros planes, y por fortuna no conocían los caminos de la montaña ni la geografía del Atlas en general. Era evidente que nuestra única esperanza estaba en mantenerles en su ignorancia y en sorprenderlos. Debíamos confiar en el capítulo de los accidentes y en lo que podría llamarse en español "Salga el sol por Antequera."

"Poco después del mediodía nos acercamos á Tezert, residencia del caid de Glauwa, representante del Sultán en las tierras bajas. Alegando por pretexto que estábamos rendidos de fatiga y no podíamos tolerar el excesivo calor, dije que no adelantaríamos más aquel día; y nuestros hombres, siempre ansiosos de acortar el viaje, cayeron sin sospechar nada en el lazo que les tendíamos.

"Se plantaron las tiendas en uno de los patios de la casa, y allí permanecimos tranquilamente hasta que el calor del día se hubo moderado. Nuestra recepción no prometía nada bueno, pues no se presentó el jeque, ni tampoco se recibió la muna. Muy diferente era esa tolerancia pasiva de la generosa hospitalidad de los árabes y moros.

"A la caída de la tarde nos pusimos en movimiento. Acompañados de Assor como intérprete, y después de dar orden á todos los demás para que nadie nos siguiera, fuimos á visitar al jeque, que nos recibió en una especie de cobertizo, con el aspecto de un hombre que no se halla en disposición de entenderse de razones. En su consecuencia, y para salir de dudas cuanto antes, juzgué que lo más oportuno sería irnos derechos al toro, como vulgarmente se dice. Con el talante insolente y lleno de arrogancia que los hombres de autoridad pueden tomar respecto á sus esclavos, preguntamos qué significaba aquella recepción de negros; por qué no se había enviado la muna, atendida nuestra importancia; y que si se había de tratar como judíos á los grandes caids europeos que viajaban con cartas del Sultán. Terminamos preguntándole que si deseaba pasar el resto de sus días en un calabozo ó ver á su señor, el Sultán, puesto en un compromiso.

"El pobre jeque, que nos había recibido con marcado desdén, miró-nos con expresión de asombro cuando Assor comenzó á repetirle con la mayor volubilidad y cierto énfasis nuestras atrevidas palabras. A cada nueva demanda, á cada nuevo terror evocado, su respeto parecía aumentar, y tan atemorizado estuvo al fin que, si no hubiéramos sido cristianos, nos hubiera besado los pies con abyecta sumisión; pero, á falta de esto, nos dió mil excusas con la mayor humildad. Dijo que, hallán-

dose en el campo, no había tenido conocimiento de nuestra llegada; que su gente era la culpable, por no haber cumplido las órdenes recibidas; y que todo quedaría arreglado al punto. Después nos rogó en nombre de Dios compasivo que le perdonáramos.

"Sin cambiar la expresión de nuestra fisonomía ni dulcificar el tono de la voz, contestamos que el perdón dependería de su futura conducta.

"Pulverizado así el pobre jeque, y contando ya con su respeto, le ordenamos que preparase guías para conducirnos al día siguiente á la Alcazaba del caid Madani, en Teluet, para quien llevábamos cartas del Sultán.

"Esto fué el último golpe para el pobre jeque, pues dió por seguro que íbamos encargados de alguna misión especial del Gobierno, y ya no vió ante sí más que ruinas y expoliación. Juró que todo estaría corriente y que él mismo nos acompañaría á la residencia del caid. Esta última oferta fué rehusada, como ya se comprenderá, pues no queríamos ir con ninguna persona autorizada á quien nuestros hombres pudieran hablar contra nosotros. Le dijimos que bastaba que nos acompañasen dos de sus servidores, y encargámosle, sobre todo, que no hablara con nadie de nuestra misión, pues sólo debía tener conocimiento el caid. El jeque lo prometió así por las barbas de su padre, y después nos marchamos, sin dignarnos hacer aprecio de sus humildes saludos.

"¡Pobre hombre! ¡Qué poco pensaba que la carta que nos servía de *¡Abrete, sésamo!* por todas partes era una orden general para los caid previniéndoles que por ningún concepto nos permitieran penetrar en las montañas!

"Entretanto, nuestra gente, sin ver la red que les tendíamos, refocilábase con las abundantes provisiones que nos habían enviado; pero se les vigiló cuidadosamente para impedir que se comunicaran con los indígenas.

"Poco después vimos que un campesino emprendía la marcha presuroso, y sospechamos que era un mensajero enviado al caid para anunciar nuestra llegada. Más tarde llegó un correo de la costa con cartas para nosotros, las cuales nos proporcionaron un buen rato en medio de las incertidumbres de nuestra situación.

"En la mañana del 6 nos levantamos antes de amanecer, temiendo casi que nuestras esperanzas de la víspera no se realizaran; pero nuestros hombres no habían olfateado, sin duda, la menor cosa, y los guías esperaban ya para conducirnos. Muy pronto estuvo todo corriente, y á las cinco y media montábamos á caballo.

"Al salir, los guías se dirigieron hacia la montaña; pero nuestra gente comenzó á gritar, profiriendo invectivas y preguntando por qué se elegía aquel camino. Los guías se volvieron hacia nosotros para pedir instrucciones, y por conducto de Assor se les ordenó que siguieran adelante.

"Entonces los de la escolta quisieron argüir, y Hadj hizo alguna observación, señalando el camino de Sidi Rehal; pero le corté la palabra ordenando á todos que siguieran á los guías.

"Aunque de mala gana, la gente me obedeció, profiriendo, sin duda, imprecaciones contra nosotros, pero no en voz alta; mientras que nosotros, satisfechos del éxito de nuestra estratagema, no hicimos el menor caso de la murmuración. Nos despedimos del jeque y emprendióse la marcha.

"Otra circunstancia feliz vino á favorecernos: el jeque de Zarktán, único lugar importante en nuestro camino, hallábase en aquel momento en Tezert, y llegó después para excusarse de no haber estado en su castillo, añadiendo que había despachado ya un mensajero para anunciar á su gente nuestra llegada. Todo había conspirado así en nuestro favor, y ahora teníamos la seguridad de llegar á Teluet, donde residía el caid de Glauwa.

"En la primera parte del camino cruzamos entre colinas de caliza, á través de las cuales penetraba el banco de basalto hasta una zona de pizarras rojizas cortadas por profundos desfiladeros y cañadas. En las cumbres veíanse algunos reducidos espacios sembrados de cebada, y las pendientes eran suaves; pero todo lo demás presentaba un aspecto desolado, excepto en los puntos donde crecían algunos matorrales, mitigando la monotonía del paisaje. En las orillas de todos los riachuelos y corrientes abundaban las espesuras de adelfas en flor.

"Sin ser el camino peligroso en absoluto, hacíase bastante difícil para obligar á nuestros hombres, que murmuraban porque iban á pata, á fijar continuamente su atención dónde ponían los pies.

"Después de cruzar el valle de Wad Lar, penetramos muy pronto en el de El-Mulha, ó Río Salado, cerca de su confluencia con el Wad Gadat. El Wad-El-Mulha debe su nombre á la sal de que sus aguas están impregnadas. La corriente parecía verdaderamente helada, por efecto de la gran cantidad de cristales de sal que cubrían los lados y las orillas.

"En la confluencia de El-Mulha y el Gadat elévase el pueblo de Enzel, que tiene su importancia por ser un *soco* ó mercado, donde los productos de Dra y de la provincia del Glauwa se cambian por los de las llanuras del N. y de la ciudad de Marruecos.

"Más arriba del valle del Gadat penetramos en el corazón de la montaña y en el paso de Teluet. Al entrar en esta región sombría, nuestros hombres comprendieron que no hacíamos meramente un radio para ir á Sidi Rehal, sino que nos proponíamos visitar algún punto desconocido más allá de las nevadas alturas.

"Seguramente se hubieran rebelado contra nosotros á no ser porque temían hacer nada abiertamente: sus fisonomías expresaban con harta claridad la cólera de que estaban poseídos; y, de castigar á los animales

con ruda violencia, es indudable que pensaban con cuánto más gusto descargarían los golpes sobre nosotros.

"En Enzel las montañas parecían elevarse bruscamente á grande altura; mas no pudimos ver nada de las zonas superiores á causa de las espesas brumas y neblinas que las ocultaban; y á medida que avanzábamos por el valle, los flancos se reducían, sin dejar borde alguno á lo largo del turbulento torrente para que pudiéramos seguir por allí. No hubo más remedio que tomar el estrecho camino de herradura, franqueando empinadas pendientes. Estas últimas llegaron á ser pronto peligrosas, pues convertíanse en precipicios, los cuales era preciso franquear, con las rocas como pendientes arriba y muchos centenares de pies de profundidad por abajo. Acá y allá, algunas corrientes laterales habían abierto desfiladeros en las rocas, y fué necesario cortarlos.

"A cada milla la senda era más tortuosa y ofrecía mayor peligro á medida que el valle se estrechaba; de modo que á cada momento esperábamos algún accidente desastroso. Ni nuestra gente ni las mulas estaban acostumbradas á recorrer semejantes sitios, y todos avanzaban con miedo. No era extraño, pues habría sido suficiente el menor choque contra la roca ó el más ligero resbalón para que una mula se hubiera precipitado á una profundidad de varios centenares de pies.

"Los peligros del camino aumentaron por la mucha gente que se precipitaba por el valle en dirección á Enzel, en cuyo punto debía celebrarse mercado el día siguiente. Los campesinos llevaban, sobre todo, dátiles de Dra en mulas y asnos. Era difícil y arriesgado en todas partes cruzar por entre ellos. Suscitábanse disputas á cada paso, y se nos dirigían toda clase de epítetos, hasta el punto de producirse un clamoreo contra nosotros. Gracias á los guías, y sin duda á nuestro aspecto de resolución, salíamos del apuro, y al fin los montañeses nos dejaban casi siempre pasar, aunque exponiéndose ellos mismos. Mas de una vez nos hallamos en posiciones de las que nos parecía imposible librarnos, porque tan difícil era avanzar como retroceder.

"La sagacidad y el seguro pie de las mulas de la montaña nos pareció asombrosa, contrastando con el terror y la vacilación de nuestros animales.

"En cualquier otro tiempo, ó en situaciones más favorables, habríamos estudiado con el mayor interés muchos tipos; mas en aquellas circunstancias solamente nos preocupaban las dificultades del camino.

"Entre otras cosas nos admiró, sobre todo, la frecuencia con que nos saludaban en francés con las palabras—*Bon jour,*—lo cual nos indujo á suponer que los traficantes que iban á Enzel tenían también por costumbre frecuentar los mercados del S. de Argelia.

"No fué poco alivio para nosotros vernos al fin fuera de las rocas de arcilla con sus senderos de dos pies, y bajamos una vez más al lecho del Gadat, á cierta distancia de los restos de un puente de buena construcción.

"Las nubes se habían despejado, y pudimos contemplar, en toda su extensión, los salvajes caracteres del valle: las montañas se elevaban á cada lado á varios miles de pies, más imponentes por su altura y grandioso aspecto que por la variada irregularidad del contorno. El paisaje era más agreste y pintoresco á cada milla. En ciertos sitios el valle se ensanchaba, formando como una cuenca, al paso que en otros contraíase hasta quedar reducido á un simple cañón, según predominasen la arenisca compacta ó las pizarras. En ninguna parte se veía señal de habitantes.

"Hacia el mediodía, el Gadat desapareció en un profundo desfiladero de arenisca, á donde no podíamos seguirle. Las mulas tuvieron que avanzar penosamente por un tremendo paso pedregoso, sembrado de peñascos, que se corría por el flanco de la montaña, y allí era más amenazador el peligro de romperse las piernas ó rodar hasta una inmensa profundidad. En cierto sitio mi caballo, el cual montaba yo con recelo, bajó muy mal, y poco faltó para que me despeñase. Por fortuna me mantuve inmóvil, y el cuadrúpedo recobró el uso de sus piernas á tiempo para evitar el desastre. Desde entonces yo no me fié más de *Tobías* para cruzar por sitios tan difíciles y peligrosos.

"Al fin llegamos á la cumbre de la mole obstructora de arenisca, desde donde el golpe de vista era magnífico. Por el S. divisábamos las nevadas cimas y las montañas de cumbre aplanada que coronan las cordilleras, las cuales parecen correrse á través del valle, como para cerrar el paso á los que quisieran alcanzar las alturas.

"Desde este punto hacemos una bajada de cerca de 2,000 pies para cruzar un barranco lateral y subir después á la misma elevación por el lado opuesto. Nos hallábamos, al fin, frente á la cadena central de las montañas.

"Ofrecíase á nuestros ojos el panorama más variado, selvático y pintoresco que hasta entonces nos había presentado el Atlas. En el fondo del valle, sembrado de coníferas, veíase el romántico distrito de Zarktán, pueblecillo situado entre precipicios, desfiladeros y estupendas moles montañosas. Las aldeas bereberes, semejantes á nidos de golondrinas, ocupaban las escarpadas pendientes ú ocultábanse, en parte, al pie de las rocas, circuídas de olivares y de verdes terrazas, que, á manera de gradas, se extendían hasta el fondo del valle. Más allá el Gadat se dividía y ensanchaba en irradiados tributarios por el lado N. de la cadena principal, en la que había formado un espacio como el de un anfiteatro que presentaba profundos desfiladeros y colinas que, semejantes á paredes divisorias, elevábanse á gran altura, confundiéndose con las grandes moles cubiertas de nieve que constituyen como la espina dorsal de la cordillera. También veíamos el Adrar-n-Iri, de cumbre aplanada, y el Jebel Glauwi, más cónico, que formaban los dos pilares de los pórticos de la montaña, prolongándose á través del eje hasta Teluet y la cuenca del Dra. Los dos estaban coronados de nieve.

"Estaba muy adelantada la tarde cuando llegamos otra vez al cauce del Gadat, donde en una pequeña eminencia, tras de la cual se ven alturas cubiertas de pinos, mientras que por delante se desliza el río, elévase la residencia fortificada del jeque de Zarktán. Aunque construída con toba (especie de arcilla concreta), parecía maciza y hasta imponente con sus ángulos semejantes á torrecillas y sus muros almenados. Allí se nos ofreció refugio y protección durante la noche, destinándosenos la habitación que hay para los huéspedes, situada fuera del edificio. Nuestra gente y las mulas se acomodaron en los patios y las cuadras.

Zarktán

"Pasamos la noche muy agradablemente en medio de aquel paisaje tan pintoresco, y nos hicimos muy amigos del hijo del jeque, muchacho muy listo que se complacía en hablar con nosotros y contestar á cuanto le preguntábamos. Era evidente que se había descuidado mucho su educación religiosa; pues, al parecer, no sabía aún aborrecer á los cristianos ni maldecirlos con las ricas frases que los chicos moros saben usar tan bien.

"Nos disgustó mucho la imposibilidad de averiguar los nombres de las diversas moles montañosas que veíamos, no porque aquéllos faltaran, pues son numerosos, sino porque no encontramos dos personas que dieran los mismos; de modo que era preciso adoptar uno arbitrariamente ó renunciar á la investigación.

"Nuestros hombres no participaron de la satisfacción de sus amos: oímosles murmurar respecto á la comida que les dieron, y echaban muy de menos el aleuzeuz y los manjares de la llanura. Seguro estoy de que habrían dado un disgusto al mayordomo del jeque sino hubiesen comprendido que esto era peligroso en las montañas del Atlas y entre gente que no habría tolerado de ellos la menor impertinencia.

CAPÍTULO XVII

A TRAVÉS DEL TIZI-N-TELUET

DESOLACIÓN DEL PAISAJE MONTAÑOSO.—EL JEBEL GLAUWI.—ASCENSIÓN Á UN PASO.—SÓLIDA ANDADURA DE LAS MULAS.—LOS MONTAÑESES.—TITULA.—EVIDENCIAS DE LA ACCIÓN GLACIAL.—VISTA DESDE LA CABEZA DEL PASO.—CARACTERES GEOLÓGICOS.—VALLE Y ALCAZABA DE TELUET.—BIENVENIDA MONTAÑESA.—EL CAID DE GLAUWA.—PRESENTACIÓN DE LA CARTA DEL SULTÁN.

A la mañana siguiente no emprendimos la marcha hasta tres horas después de salir el sol, á fin de que yo pudiera tomar una fotografía de la localidad.

"Durante breve distancia seguimos el brazo principal del río, dividido allí hasta llegar á la entrada de un magnífico valle, donde nos separamos de la corriente.

"Después de franquear una montaña muy pendiente, compuesta de pizarra gris, que separaba como una pared, por la derecha, el gran valle de otro más pequeño, á la izquierda, avanzamos lentamente, tan pronto inclinándonos á un lado como á otro. Más allá del profundo desfiladero que teníamos á la izquierda elévase otra montaña, detrás de la cual se corría otro desfiladero conocido con el nombre de *Asif-Adrar-n-Iri*.

"Muy pronto la garganta, que se prolongaba por la izquierda, con sus pizarras rojizas, terminó de improviso, y entonces hubimos de dar la vuelta cruzando un espeso robledal. Teníamos entonces á nuestra derecha la profunda cortadura del Gadat, cuyas aguas se deslizaban como una estrecha faja á 2 ó 3,000 mil pies bajo nosotros, á través del Jebel Glauwi, en dirección al S. A nuestra izquierda estaba el desfiladero de Asif-Adrar-n-Iri, igualmente profundo, pero de aspecto menos lúgubre, á causa de su brillante fondo de púrpura y rosa, moteado de arares y

enebros. En las pendientes más bajas veíanse verdes terrazas, y, en varios puntos propios para la defensa, numerosos pueblecillos de la montaña parecían como encaramados en la escabrosidad.

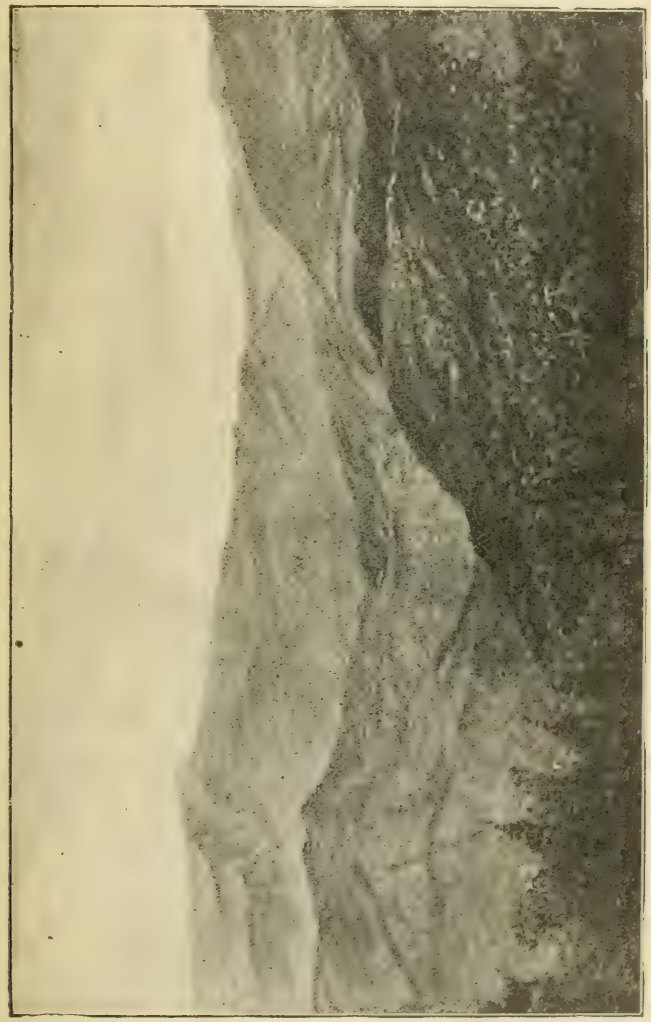
"Detrás de nosotros hallábase el desfiladero central, por donde volvimos á Zarktan. Más allá, y arriba, extendíase la cordillera inferior, verdeoscura, de cumbres aplanadas, á través de la cual pudimos distinguir el curso que seguía el Gadat hasta las llanuras de Zemrán. Desde la altura donde nos hallábamos era difícil creer que lo que estaba bajo nosotros era el difícil y peligroso valle por donde habíamos cruzado tan laboriosamente.

"Por el S. la vista podía seguir la línea irregular de montañas entre los dos valles menores, hasta que terminaba, como una gigantesca estribación, contra los lados de la mole cónica del Jebel Glauwi, que se elevaba como una magnífica pendiente casi perpendicular á la altura de 8,000 pies desde el fondo del Gadat. Aunque el conjunto no carecía de grandiosidad, el aspecto era muy desolado por esta parte: apenas se veía un matorral, y la yerba no ocultaba la desnudez de las grises pendientes pedregosas, así como tampoco crecían ya los árboles entre las rocas y precipicios de los flancos de la montaña.

"Parecía increible que unas montañas que se elevaban á 12,000 ó 13,000 pies, como las que veíamos, tuvieran tan escasa vegetación. Evidentemente el terreno era de los más pobres, y, sin duda, se descalzaba con gran rapidez; pero esto no era suficiente para explicar la gran esterilidad que allí prevalecía. Más tarde supimos que apenas cae una gota de agua en semejantes alturas durante la mayor parte del verano, hecho que explica aquella desolación absoluta. Después de sacar algunas fotografías, proseguimos nuestra marcha á lo largo de la cordillera. La vegetación escaseaba cada vez más y era insignificante: el arar, el enebro y el pino habían dejado de constituir los principales factores como ornamento del paisaje; mientras que la vegetación arborescente no estaba representada más que por el roble. Acá y allá vimos algunos espacios ocupados por el cisto de goma dura; pero, en cuanto á flores, se hubieran podido contar las que había.

"Al acercarnos al punto de unión de la cordillera con la opuesta barrera de montañas, fué preciso bajar al desfiladero del Asif-Adrar-n-Iri, que separa al Jebel Glauwi del Adrar-n-Iri. No fué poco difícil la tarea é imposible para ningún cristiano ni animal civilizado; pero la mula de Mohamed saltaba de roca en roca con tanta agilidad y tan seguro pie como en el terreno más llano. La bajada no se facilitó por la conducta de nuestros hombres, que desahogaban su cólera en los animales, procediendo como si verdaderamente quisieran verlos á todos convertidos en papilla en el fondo del abismo. Seguramente habría ocurrido tal desastre á no ser por nuestra continua vigilancia, menudeando nuestras amenazas.

"Al llegar, sin percance alguno, al cauce del Asif-Adrar n-Iri (corriente de la montaña de Iri), y hallándonos cerca de una pequeña choza rodeada de heno y de prados de cebada, donde crecían algunos nogales,



Adrar-n-Iri y la cañada que conduce al Tizi-n-Teluet

observamos que las pizarras gríses se mezclaban con otras negras, comunicando así un aspecto más triste y sombrío al paisaje, ya de por sí muy melancólico.

"Estas pizarras estaban cubiertas en algunos sitios de espesas capas de cuartzita, de las cuales habíamos visto grandes moles en los flancos de la montaña, y que aquí obstruían en parte el curso de la corriente.

"Avanzando poco á poco por aquel camino de herradura, pedregoso y difícil, penetrábamos más y más en el mismo corazón del Atlas, y cualquiera hubiera podido imaginarse que se introducía en algún gigantesco cráter volcánico por una ancha grieta ó fisura á través de su lava. Por cada lado las montañas se elevaban á 8,000 ó 9,000 pies sobre nosotros, presentando moles imponentes; y en estas alturas de aspecto amenazador, apenas se veía el más pequeño espacio cubierto de yerba ni de vegetación alguna, aunque era de presumir que la hubiese en algunos sitios donde abundaban los manantiales, á juzgar por el hecho de que á veces veíamos carneros ó cabras, que mitigaban, en parte el aspecto desolado de aquel lúgubre desfiladero. Ningún rumor interrumpía el silencio como no fuera el silbido del viento y el murmullo incesante del turbulento torrente que se despeñaba á nuestra vista. Y, sin embargo, la desolación no era completa, pues aun allí algunos endurecidos montañeses, arrostrando todos los terrores del invierno y la espantosa aridez producida por el calor, habíanse establecido en el terreno, y del duro seno de la tierra madre conseguían extraer lo necesario para subsistir. Con inmenso trabajo habían cultivado algunos espacios á lo largo de los niveles inferiores, abriendo canales de riego desde los riachuelos ó desde las partes más altas de la corriente principal; y así obtenían heno para el invierno y cebada para alimentarse. Estas brillantes zonas en cultivo tenían muy poca extensión; pero, juntamente con algunos nogales, alegraban un poco el aspecto á cada lado del torrente, deteniéndose en ellos con placer los ojos.

"Las casuchas bajas de arcilla y de tejado plano de los montañeses, situadas en los sitios más protegidos, armonizaban bien con el paisaje que se veía alrededor; y en las fisonomías de aquellos infelices parecía reflejarse algo del aspecto desolado de las montañas. Embozados en su *kanif*, especie de capote negro de pelo de cabra, con capucha cónica para cubrir la cabeza, parecían seres sin vida cuando estaban sentados en el techo de su vivienda, desde donde parecían vigilar nuestros movimientos con la mayor atención. Sus ojos brillantes contrastan con sus facciones curtidas por la intemperie y sus formas angulosas. Casi todos son de escasa estatura y de poco desarrollo, lo cual indica la fatigosa lucha que sostienen contra las fuerzas de la Naturaleza.

"Al cabo de poco más de una hora desde nuestra entrada en las montañas, el desfiladero comenzó á ensancharse, presentando una expansión en forma de pera, con un panorama que me recordó las lavas y abrasadas montañas de Aden por sus pizarras negras y grises y sus cuarteitas amarillentas. Las montañas formaban círculo alrededor de esta depresión en forma de cráter, presentando una línea de amenazadores precipicios, excepto por la parte del S., donde había una eminencia que era el Tizi ó paso de Teluet, la última barrera que se elevaba entre nosotros y las pendientes meridionales del Atlas.

"En aquella lóbrega soledad hallábase el pueblo de Titula, donde nos detuvimos con el mayor gusto para pasar la noche. El jeque nos recibió con bastante cortesía, aunque sin hacer las demostraciones de los moros. Un montañés hubo de salir de su casa por causa nuestra, y nos acomodamos en una habitación sin ventanas, pues no se consideró seguro que permaneciésemos en nuestras tiendas, aunque nosotros lo hubiéramos preferido para no respirar infectos olores ni vernos acosados por los parásitos que no pocas veces abundan en las viviendas de los verdaderos creyentes.

"Los naturales de Titula no manifestaron el menor deseo de trabar conocimiento con nosotros, y lo poco que hicieron para servirnos debióse más bien al temor que á sus sentimientos hospitalarios. Harto comprendimos que nuestros hombres se habrían unido de buena gana con los montañeses para degollarnos si hubiesen creído poder hacerlo impunemente; pero con la seguridad que nos daba nuestro carácter de kaffirs ingleses, haciéndonos en cierto modo invulnerables, dormimos bastante bien aquella noche.

"En la mañana del 8 madrugamos mucho, y á la hora de salir el sol estábamos con los mejores ánimos para cruzar el paso.

"Ya he hablado de la depresión en forma de pera que hay en Titula, y que parece un cráter volcánico por su aspecto requemado; pero aquella mañana, al acercarnos á la entrada del valle, nos convencimos de que el hielo había influído más que el fuego para producir aquella forma. Por todas partes encontramos enormes bloques angulosos y morainas, arrastrados, sin duda, por los glaciares en las mayores alturas, y trasportados por su acción al punto donde entonces se hallaban. Este fué el primer sitio donde vi señales seguras de la acción glaciar, y, por lo tanto, examiné los restos con el mayor cuidado é interés.

"A mis investigaciones geológicas agregué algunas sobre botánica; pero aquella región era la que menos podía prometerme para herborizar. Pero lo que faltaba en número, variedad y valor científico, compensábase en cierto modo con lo poético é interesante.

"Junto á los manantiales, rodeados de verde césped, vi diversas especies de plantas, predominando las verónicas, las estelarias y los miosotis ó *no me olvides*. También abundaban allí la menta y el más humilde llantén. ¿Cómo no había de conmovernos ver, en medio de aquellas salvajes montañas africanas, las flores familiares de nuestros campos y colinas? Estos tipos, más comunes que extraños en la pobre flora de los valles superiores, nos impresionaron dulcemente, y con el mayor cariño cogimos varias de esas flores, que por el pronto nos recordaban nuestro país, y que más tarde serían para nosotros una memoria del Atlas.

"Mientras pasaba así el tiempo herborizando, avanzábamos hacia el paso por una senda muy rápida; y, al aproximarnos á la cima, todas las

consideraciones fueron secundarias para nosotros, en nuestra ansiedad por ver las nuevas regiones que había más allá.

"Pocos minutos después nos hallamos en el punto á que nuestro pensamiento había llegado mucho antes y al sitio que tanto deseábamos alcanzar hacía ya tres días. Por el N. y el S. no había nada que llamase nuestra atención en el lejano horizonte, velado por las brumas, y el primer golpe de vista fué una decepción. Por la parte del S. el paisaje, aunque notable por su extensión, tenía muy poco de pintoresco. En vano buscábamos el Anti-Atlas: en todo el espacio que alcanzábamos con la vista divisábase solamente una meseta cortada de 7,000 á 8,000 pies de altura, sin ningún carácter notable. En uno ó dos puntos algunas eminencias de aplanada cima elevábanse á manera de montecillos sobre el nivel general, y acá y allá varias líneas sinuosas que se prolongaban hacia el S. indicaban los valles y desfiladeros que drenaban las nieves del invierno del Atlas hasta el río Dra. Nada tan triste y monótono como la uniformidad que caracterizaba aquel lúgubre paisaje. No pudimos distinguir ni un solo espacio verde que suavizara el tinte gris y amarillento que, confundiéndose con el horizonte, comunicaba un aspecto de melancólica esterilidad á la escena. Por lo que veíamos se hubiera podido pensar que estábamos contemplando las arenas de la meseta del Sahara, con un oasis en primer término; pues á nuestros pies, 2,500 pies más abajo, hallábase el valle de Teluet, que nos refrescaba la vista con su verdosidad. Desde donde mirábamos, Teluet, con su círculo de montañas, al parecer no interrumpido, parecía el lecho de un lago desecado donde hubieran crecido las yerbas, y más tarde tuvimos motivo para creer que era así efectivamente.

"Por el N. el paisaje era mucho más variado: la vista podía recorrer el valle del Asif Adrar-n-Iri, las alturas más cubiertas de vegetación que dominan la garganta irregular del Gadat hasta las amarillentas llanuras de Marruecos, y las montañas de Srarna y Rahanma, sólo visibles en parte.

"Aunque estábamos en el punto de división de los dos opuestos sistemas de ríos del Dra y del Tensift, no habíamos llegado, ni con mucho, á la cima del Atlas: solamente acabábamos de franquear una especie de cortadura que se hallaba á unos 8,400 pies sobre el nivel del mar. Á cada lado veíanse amenazadores precipicios pedregosos que nos dominaban á una altura de 3,000 á 4,000 pies, y que, inexpugnables, al parecer, por su escabrosidad, parecían burlarse de nuestras esperanzas de penetrar, al fin, en sus lúgubres soledades, manchando la pureza virginal de sus nieves.

"Cuando hubimos reconocido los caracteres generales externos del conjunto que nos rodeaba, no dejamos de notar por qué el Asif-Adrar-n-Iri no había conseguido abrirse paso á través de la barrera en que nos hallábamos, poniendo en comunicación un desfiladero con el valle de Teluet.

"La cuarteita dura, de que ya hemos hecho mención, sobrepuesta en las pizarras, y que cubría las alturas, se inclina de pronto en el paso y forma como una pared compacta á través del valle, impidiendo la acción erosiva de las lluvias, manantiales y escarchas.

"Después de sacar apresuradamente una ó dos fotografías, y de coger algunas plantas que hallamos protegidas por las rocas, comenzó la bajada del valle.

"La pendiente S. era sumamente pedregosa y rápida: nuestros hombres no se atrevieron nunca á soltar las colas de sus mulas, bien para ayudarlas al doblar un recodo ó una saliente de roca, ó ya para hacer contrapeso á fin de que los pobres animales no se precipitaran.

"En el flanco de la montaña resonaban sin cesar los gritos, y oíanse á cada instante denuestos y maldiciones. Unas veces tratábase á las mulas con el mayor cariño, guiando sus movimientos con mucha atención; mientras que otras el pobre cuadrúpedo, tropezando en la punta de una roca y cayendo con inminente peligro de su cuerpo y de su carga, recibía recios golpes por su torpeza. Entonces pronunciábanse con carácter de blasfemia los nombres de Alah, del Profeta y de todos los santos mahometanos habidos y por haber, y los hombres acudían al punto para sujetar por las patas al infortunado animal é impedir una catástrofe. Todos gritaban, daban órdenes ó maldecían, aplicándose variados epítetos, como perro, cerdo, judío, infiel y otros calificativos denigrantes para aquellos hombres. Cuando ocurrían tales incidentes maravillábame de que los cuadrúpedos conservaran sus colas: tan terribles eran los tirones que sufrían por parte de dos ó tres hombres á la vez.

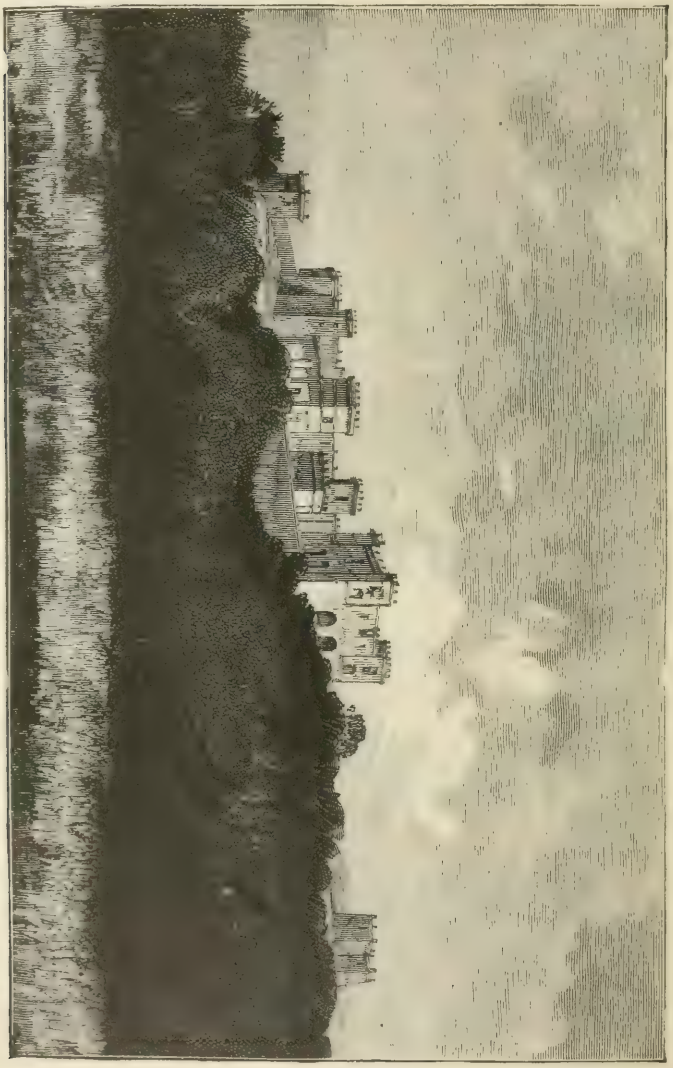
"Al llegar al fondo de la montaña el paso fué más fácil, y al acercarnos al punto deseado olvidáronse los percances y enojos tantas veces repetidos desde nuestra salida de Tezert. No queríamos desechar nuestras esperanzas, mas la tarea ofrecía grandes dificultades, y á menudo creíamos que más bien sería forzoso retroceder que no posible seguir avanzando.

"Después de dar la vuelta á una colina de basalto y de cruzar entre varios montecillos formados, sin duda, con restos de glaciares, cruzamos por un terreno pedregoso, cuya fertilidad era más bien forzosa que natural. De repente, al doblar la extremidad de una cordillera, nos encontramos ante un magnífico é imponente castillo del antiguo estilo feudal.

"Apenas podíamos dar crédito á nuestros ojos al contemplar las torrecillas, las almenas, las puertas fortificadas y obras defensivas que se elevaban ante nosotros con majestuoso aspecto de fuerza militar, que nos recordaba la grandeza de los tiempos feudales, contrastando singularmente con las Alcazabas de arcilla en que se albergan ahora los señores moros.

"Poco tiempo tuvimos, no obstante, para admirar aquel portento:

desde hacía poco habíamos observado señales de excitación general: mensajeros á caballo corrían de pueblo en pueblo, y muchos hombres



La Alcazaba de Tetuan

armados dirigíanse por todas partes al castillo. Las chozas por donde pasábamos parecían del todo desiertas, y, en una palabra, comprendíase que iba á suceder alguna cosa inusitada. ¿Era cuestión de guerra? ¿Seríamos nosotros el enemigo? Tales eran las preguntas que nos hacíamos, no sin cierta inquietud; mas era imposible contestarlas. Habíamos avan-

zado en demasía para retroceder, y no quedaba más remedio que seguir adelante, resignándonos con las consecuencias.

"Al acercarnos á la Alcazaba observamos que las colinas que había más allá estaban ocupadas por mujeres y niños, pero no hombres, y continuamos nuestra marcha con mayores dudas aún.

"Al fin dimos vuelta á una colina que durante algún tiempo nos interceptaba la vista, é imagínese cuál sería nuestra sorpresa al ver ante nosotros unos doscientos montañeses armados que se extendían en doble fila á través del paso, sostenidos por treinta ó cuarenta jinetes.

"Apenas nos presentamos, poseídos de dolorosa incertidumbre, de aquella multitud de shellachs partió un grito amenazador: cada hombre agitó su espingarda en el aire, y un momento después la mitad de los montañeses se arrodillaron. Antes de que pudiéramos explicarnos lo que significaba aquella demostración, salió de las armas de fuego una línea de azulado humo, y casi inmediatamente siguióse un estrépito atronador de fusilería, que el eco repitió en las montañas.

"El caballo de C. B. dió un brinco, y una de las mulas, desviándose á un lado de pronto, dejó apeado á su jinete; pero las maldiciones que oímos después nos indicaron que no había ocurrido ningún percance.

"En rápida sucesión, los demás montañeses hicieron una descarga, y entonces, entre la nube de humo que casi ocultaba á la multitud, aparecieron los de á caballo, que formaron en línea como para dar una carga. Al principio avanzaron lentamente, aunque sus indómitos caballos se esforzaban para precipitarse. Los jinetes conservaban sus armas en sentido vertical, apoyada la culata en el muslo. Acercábanse más y más, y, fascinados por el espectáculo, mirábamos atentamente, sin adivinar lo que trataban de hacer.

"Poco á poco los jinetes pusieron sus caballos á medio galope, y de improviso el que parecía jefe levantó su arma sobre la cabeza. Los otros treinta hombres imitaron su ejemplo, y los caballos, comprendiendo, sin duda, la señal, agitáronse impacientes como para emprender la carrera. Los jinetes soltaron las riendas, y los briosos brutos partieron como un torbellino, levantando nubes de polvo; mientras que los infantes armados y las mujeres que habían quedado atrás proferían ruidosos gritos. Nuestros caballos parecían poseídos de la mayor excitación, y las mulas temblaban de espanto. Una ruidosa descarga resonó después á nuestros oídos, y, casi invisibles entre el humo y el polvo que les rodeaba, los jinetes se dividieron y pasaron á derecha é izquierda de nosotros.

"Entonces supimos que no éramos objeto de un ataque, sino que se nos honraba recibiéndonos como á los príncipes. Tranquilizados ya, tomamos al punto el aspecto de hombres para quienes semejantes demostraciones eran moneda corriente y cuestión de todos los días. El senescal ó conserje del castillo se adelantó, dándonos la bienvenida en nombre de su señor, y nosotros contestamos con la debida dignidad y

cortesía. Conducidos por él, seguimos adelante, rodeados de la infantería y caballería, que manifestaba, con sus salvas y gritos, cuánto se alegraba de ver como huéspedes de su señor dos "rebeldes contra Dios."

"Primeramente se nos condujo por una serie de patios cuyas paredes formaban líneas defensivas exteriores, y, después de cruzar por ellos entre una compacta multitud, llegamos á una especie de barbacana de piedra, y, franqueada ésta, quedando la multitud atrás, penetramos en la ciudadela propiamente dicha, en la que ningún extranjero puede entrar. En todos los patios y pasos vimos muchos soldados de aspecto salvaje y muchos esclavos vestidos de blanco. Todo lo que veíamos nos parecía un sueño más bien que la realidad de un viaje en tierra de moros. Nos hallábamos delante de un castillo feudal, rodeados de todo lo que está en armonía con las costumbres orientales.

"No podíamos menos de observar al paso la gran solidez de las paredes de piedra del edificio, provistas de sus correspondientes troneras y coronadas de torrecillas propias para sostener un sitio, y útiles igualmente en tiempo de paz para las bellezas del harem, que desde allí pueden contemplar lo poco que se ve del mundo exterior.

"Por el pronto experimentamos agradable sensación al saber que las beldades de ojos negros que constituyen el paraíso terrenal del caid se esforzaban para ver al paso las dos primeras muestras de los temidos Anasera cristianos, que hasta entonces habían tenido oportunidad de examinar. En cuanto á nosotros, no podíamos ver rostro alguno, aunque sí oímos voces femeniles. De buena gana habríamos mirado por los agujeros, con el deseo de corregir las opiniones erróneas que se hubiesen formado respecto á nuestro aspecto personal; pero no nos atrevimos á ello, ignorando si semejante proceder iría seguido en aquella región salvaje de la antigua orden morisca:—¡Abajo sus cabezas!—En su consecuencia, nos abstuvimos, siguiendo al guía con dignidad.

"Un momento después entrábamos en un patio interior, donde nos esperaba, para recibirnos, El-Madani (a) *El Glauwi* (a) *Uld Tabibt,* caid de la gran provincia montañosa de Glauwa. Era un joven de treinta años, poco más ó menos, de modales lánguidos y agradable expresión, caracterizándose particularmente el rostro por sus pómulos salientes, barba muy fina, ojos castaños y tez descolorida. Nos apresuramos á desmontar y saludámosle cortesmente.

"Terminados los cumplidos de costumbre, el mismo caid nos condujo á un hermoso jardín, y después, pasando por una galería con columnas, á una habitación algo sombría, aunque muy bien adornada de arabescos y de un lujoso á la par que sencillo mobiliario, ó, mejor dicho, divanes, alfombras y cojines.

"Penetramos en la habitación con alguna repugnancia, sabiendo que, al pisar las alfombras con nuestras grandes botas de montar, faltábamos á las más reverenciadas costumbres de la sociedad mora: esto equivalía

á entrar en una artística sala europea y poner nuestras botas llenas de lodo sobre las más ricas butacas delante de la señora de la casa.

"Por el pronto nuestras ropas no tenían nada agradable comparadas con el pintoresco traje del caid y los de sus servidores; pues, no estando preparados para una recepción particular, no se nos podía ocurrir que sería preciso cambiar tan pronto de traje, ni menos nos ocupamos de nuestras caras, que debían tener muy mal aspecto, curtidas por el sol y sin afeitar.

"Sin embargo, todas estas cosas eran pequeñeces comparadas con el peligro que la situación podía ofrecer para nosotros: pensábamos que era llegada la hora del verdadero apuro, y solamente nos quedaba la esperanza de retardarla un momento.

"Al principio se nos ocurrió que la habitación en que acabábamos de entrar era la sala de recepciones del caid; pero muy pronto supimos que aquella estancia, con los aposentos de los criados, que estaban contiguos, y el jardín, constituían la parte del edificio destinado al alojamiento de los extranjeros favorecidos.

"Con no poca satisfacción recibimos el te de costumbre, acompañado de abundantes pastas y frutas secas, con todo lo cual debíamos hacer boca, como vulgarmente se dice, para explicar el objeto de nuestro viaje.

"La buena política, así como nuestras buenas disposiciones, exigían que no pasáramos mucho tiempo para tomar aquel refrigerio y cuando concluimos siguióse una pausa. El caid esperaba recibir la carta del Sultán para enterarse del objeto de nuestra misión.

"No era posible retardar más el momento y se entregó la carta sin vacilación. Al ver el sello del Sultán el caid lo besó con respeto, tocando con él su frente en señal de sumisión; y después entregó el escrito á un *feki,* ó secretario, hombre de robustas formas y de expresión cruel, del cual temíamos lo peor. El hombre sacó gravemente del bolsillo sus anteojos, y, después de montarlos sobre la nariz, comenzó á leer la misiva. A medida que pronunciaba las palabras observábamos todas las fisonomías con ansiedad; pero ni un solo músculo reveló lo que pensaban ó sentían. Cuando hubo concluído la lectura, el *feki* devolvió la carta al caid, que la recibió con indiferencia. Nada dijo; pero su manera de entregarnos el documento era bastante significativa, pues no lo entregó cortesmente, sino que lo arrojó á nuestros pies, y, sin pronunciar palabra, todos se levantaron y salieron, dejándonos entregados á las más tristes reflexiones.

"Más tarde, sin embargo, tuvimos la satisfacción de recibir una magnífica *muna,* ó sea una abundante cantidad de víveres, acompañada de un atento mensaje, por el cual comprendimos que se nos trataría con hospitalidad."

CAPÍTULO XVIII

LA ALCAZABA DE TELUET

MAQUINACIONES DE NUESTROS HOMBRES.—INMORALIDAD MORISCA.—LOS FAMILIARES DEL CAID.—LA VIDA EN LA ALCAZABA.—ELEVACIÓN Y CLIMA DE TELUET.—EL "ANTI-ATLAS."—CUEVAS DE LOS "RUMÍ."—TABUGUMT.

En Teluet nos hallábamos en el mismo corazón de las regiones no exploradas aún. En la dirección N., hacia las cimas del Atlas, que nadie había escalado todavía, y por la parte del S., hallábase la poco conocida cuenca del Dra, y á derecha é izquierda extendíanse las regiones intactas de Moharram y Tifnut. A todos estos puntos conducían varios caminos desde Teluet, y de ellos pretendía El-Madani ser caid, con más ó menos pujanza, para probar su autoridad.

"Entre tantos atractivos geográficos ninguno llamaba tanto nuestra atención como el distrito que conduce, por el O.SO. y las regiones montañosas de Tifnut, al valle del Sus. Este parecía prometer mejor éxito en la exploración, y ciertamente ofrecía la más rica serie de hechos interesantes, por lo cual se resolvió seguir el camino que le atravesaba.

"Sin embargo, convenía no dar á conocer tales intenciones, pues la revelación de nuestros planes habría suscitado, sin duda, cuestiones, sin la seguridad de quedar victoriosos, y siendo posible que no se nos permitiera explorar ni aun las inmediaciones. Ya podríamos hablar cuando llegase el momento de la marcha.

"Otra razón había para guardar silencio: el Ramadán (mes del ayuno tocaba á su término, y, hasta que concluyera, poco podía hacerse.

"Pero, aunque aparentáramos la satisfacción de hombres que han llegado á la tierra prometida y no desean buscar más aventuras, no era

fácil engañar á nuestros hombres. No tenían la menor idea de nuestros planes, pero no se les ocultaba que nos proponíamos ir más lejos, y resolvieron oponer todos los obstáculos posibles.

"El segundo día después de nuestra llegada, Abdarachmán comenzó á excitar contra nosotros á los montañeses, á quienes tan fácil era ya declararse hostiles respecto á los cristianos. Se rió de ellos por haber hecho semejante recepción á unos infieles como nosotros, y declaró que debíamos ser expulsados del país. Esto era demasiado en opinión de sus compañeros, y Zemrani, uno de nuestros servidores de Saffi, en quien habíamos depositado últimamente alguna confianza, nos informó muy pronto de las perversas maquinaciones de Abdarachmán. Su inesperada fidelidad, no obstante, se debía menos al interés en salvarnos que al temor de las consecuencias que para él podían resultar en el caso de un rompimiento.

"De más siniestra importancia fueron las frecuentes conferencias clandestinas entre Abdul Kader, nuestro criado particular, y el caid, pues pensábamos que no podían tener otro objeto que averiguar todo cuanto fuese posible acerca de nosotros é informarse sobre nuestro objeto y la conveniencia de obligarnos á volver sin ir á ninguna parte.

"Entonces no teníamos medio alguno para saber qué se decía; pero nuestros hombres eran tan traidores entre sí como para nosotros, y, aunque demasiado tarde para que pudiéramos utilizarnos de ello, supimos que Abdul Kader había dicho las más infames mentiras, tales como las que solamente se pueden creer en Marruecos, país no comparable con ningún otro por la falsedad de sus habitantes en general, que son, además, exageradamente crédulos.

"El traidor Abdarachmán dijo, por ejemplo, que, si se nos consentía avanzar más, perderíamos ó pretenderíamos perder intencionalmente una mula, para decir después que estaba cargada de oro y plata y hacer la reclamación al caid.

"Del efecto de estas calumnias no pudimos ver señal ninguna; pues, en cuanto á disimulo, no nos era posible competir con El-Madani. Esperaba, sin duda, que nosotros nos explicásemos; pero, entretanto, condújose como un príncipe.

"Viendo la mano de la Providencia, como buen muslim, en nuestra llegada á Teluet, á pesar de las órdenes del Sultán, aceptó la situación tal como era; y sólo faltaba ver si estaba escrito que siguiéramos adelante ó retrocediéramos.

"Entretanto, procediendo como nosotros, dejó á un lado las preguntas desagradables y fué nuestro más asiduo visitante. No se cansaba de tomar informes sobre Europa y sus costumbres; pero muchas de las cosas que le dijimos no eran de aquellas que un moro puede comprender. Parecíale increible, por ejemplo, que los hombres ricos y poderosos se contentaran con una mujer, á cuyo lado debían estar toda la vida. No

comprendía que unos hombres como nosotros viajaran por el mundo sin protección alguna, y que nos conformásemos á sufrir tantas fatigas y peligros por nuestro propio gusto. Y ¿para qué? Para coger algunas flores ó cualquiera bicoca por el estilo.

"Sin embargo, no le asombraron más nuestros extraordinarios códigos moral y social que á nosotros el estado de cosas en Marruecos.

"Nos era difícil explicarnos el hecho, en que nos habíamos confirmado más y más á medida que conocíamos mejor la vida de los moros, de que la nación más religiosa que podría encontrarse en la faz de la tierra sea también la más groseramente inmoral. En ninguna secta se encuentra menos debilitada la fe por el escepticismo que entre los mahometanos de Marruecos; en ningún pueblo se elevan las oraciones ni se practican los ritos religiosos con más fervor y celo; y, sin embargo, junto á todo esto predominan el robo y el asesinato, la mendicidad y los más repugnantes vicios.

"Y adviértase que estas extrañas anomalías no se limitan á ninguna clase. Desde el sultán hasta el mendigo que se muere de hambre, desde el hombre más ilustrado hasta el más ignorante, desde aquel que goza reputación de santidad hasta el que parece renegar de su religión, todos son moralmente una podredumbre. El exacto cumplimiento de las ceremonias y la aceptación de los dogmas ortodoxos constituyen el todo en la religión de los moros; pero de la conducta moral no se hace el menor aprecio.

"Era interesante, á la vez que odioso, ver á un moro, doblada la cerviz y elevando fervorosamente sus oraciones al Dios único, interrumpirse de pronto para proferir una maldición ó una palabra obscena contra el individuo que hubiese excitado su cólera. Y más repugnante aún levantarse en medio de una vergonzosa orgía para acudir al llamamiento del *muezzín*, y volver á los pocos minutos "como el perro á su vómito, y la marrana que acaba de ser lavada á su pocilga." El moro perdería su carácter y reputación si comiera carne no muerta á la manera ortodoxa, mientras que se le censuraría ligeramente por asesinar á un hombre. La envidia, la malicia, la falta de caridad, con el robo y el adulterio, se considerarían como pecados veniales comparados con el hecho de no reconocer el Profeta y el Corán, ó descuidar la oración.

"Todo esto fué evidente para nosotros cuando conocimos al caid y á sus servidores. No vacilaban en decir que su ideal de la existencia feliz en este mundo consistía en tener un número ilimitado de mujeres á su disposición y abundancia de todo cuanto se necesita para satisfacer los brutales apetitos de su naturaleza, sin tener nada en que ocuparse, ni trabajo, ni responsabilidad, ni pensamiento alguno que pudiera perturbar su espíritu.

"Nada podía revelar más palpablemente tal vez hasta qué punto se observaban estos principios de la vida por los que tenían medios para

ello, que lo que oímos decir acerca del difunto hermano del caid. Asegurábase por los judíos de Teluet que había seducido trescientas doncellas de shellachs. Esto podía ser una exageración; pero, aunque sus víctimas se redujesen á la mitad del número, el caso sería espantoso. Los montañeses no podían obtener satisfacción de la deshonra de sus hijas, porque el mismo caid era tan culpable como su hermano, lo cual significa que, apenas una joven de los alrededores llegaba á la pubertad, rara vez podía librarse de uno ú otro de aquellos dos hombres; y debe advertirse que todo esto sucede en un pueblo en que la virtud es todavía algo más que un nombre, y donde, antes de tener autoridad los moros, la seducción ó el adulterio se habrían castigado con la lapidación.

"Tal es la perniciosa influencia que el desgobierno morisco ejerce en todas partes sobre aquellos bravos é industriosos montañeses. No hay valle donde ese temible vampiro no busque alguna presa, valiéndose de su autoridad y poder para sacar á un pueblo tras otro de un aislamiento independiente, á fin de satisfacer, con su sangre, su voraz apetito. En algunos puntos aun se mantiene la antigua independencia, y allí, aunque medio muerto de hambre, el shellach se bate desesperadamente para conservar sus libertades.

"En otras partes, aunque los indígenas no están sometidos á la extremada opresión y expoliación de los árabes de las tierras bajas, la antigua vida independiente se reprime poco á poco, y los rebaños y ganados disminuyen rápidamente por las exacciones del Sultán. Los pesados impuestos sobre los frutos del trabajo aumentan así en el valle como en la llanura; y hé aquí por qué se descuida más el cultivo, por qué los canales de riego se van secando y no se quiere trabajar la tierra.

"Entre los familiares ordinarios del caid figuraban su confidente y brazo derecho Abdul Kadir y su secretario Si-Mahommed. El primero, como parásito favorecido de un gran hombre, siempre estaba alegre y risueño, dispuesto á servir el te al caid ó á distraerle con algún cuento. En este caso su conversación era el espejo de sus vidas: nada podía ser más franco y libre que el proceder de Abdul Kadir, y nosotros pensamos que en él hallaríamos poca oposición para llevar á cabo nuestros planes.

"Muy diferente era su compañero: Si-Mahommed, que había alcanzado cierta reputación de sabiduría, tenía un carácter austero, que no realzaba la belleza de sus facciones ni cambiaba un instante su grave expresión. Cuando hablaba instruía, aunque nos pareció ignorante en varios puntos sobre los cuales deseábamos informarnos.

"Una cosa nos interesaba mucho, y era saber hasta qué punto la cristiandad había penetrado en aquellas salvajes regiones en los tiempos premahometanos. En este punto las tradiciones eran tan numerosas como vagas. Apenas había valle que no contuviera lo que allí se llama restos de los *Rumí*, y en todos los casos hablábase de ellos como de

un pueblo extraño que hubiese ejercido dominio en el Atlas y no como si fueran antecesores de los actuales berberiscos. Esto podría deberse por mucho á la oposición de los mahometanos al suponer que jamás hayan podido estar en relación con los odiados hijos de la cristiandad.

"Los montañeses consideran, indudablemente, que es mucho menos deshonroso descender de una raza de idólatras que no de los cristianos; y de aquí la dificultad de adquirir informes dignos de confianza y de que no existan probablemente ahora tradiciones que arrojen luz sobre el asunto.

"Nuestra conversación, y el aparato con que presentamos los instrumentos científicos para su examen, debió impresionar á todos aquellos hombres, induciéndoles á suponer que éramos unos sabios, reputación que resultó bastante enojosa cuando, en mi calidad de *hakim* ó médico, me vi acosado por una multitud de hombres y mujeres que deseaban curarse de varias enfermedades. Entre otras personas, la principal mujer del caid se presentó como paciente, y demostrónos su agradecimiento por la medicina que le dimos enviándonos un par de zapatillas bordadas.

"Entre los visitantes ninguno nos agradó tanto como un hermano del caid, muchacho de quince años, que nos llamó la atención por su increible precocidad. No vacilamos en interrogarle para penetrar los secretos de la vida doméstica de su hermano, que tenían algo de novelescos, y supimos que la envidia no era cosa desconocida en el harem mejor disciplinado. Según parece, la vida del caid no era de las más felices, pues en cierta ocasión su principal mujer trató de envenenarle, lo cual no consiguió por una rara casualidad.

"También se nos dieron á conocer otros muchos detalles de la vida íntima del caid; pero mejor será correr un velo sobre ellos.

"Mientras esperábamos tranquilamente la hora de obrar, no estuvimos confinados en nuestra habitación, permitiéndosenos recorrer los patios y dependencias del castillo, que nos ofrecían asuntos del mayor interés. Los caracteres arquitectónicos de la Alcazaba no eran lo único que nos daba clara idea de lo que un castillo feudal debía de haber sido en los antiguos tiempos, pues en todo cuanto nos rodeaba veíamos reflejarse algo de la vida de los antiguos señores feudales. Los soldados se agrupaban en la puerta fortificada; gran número de esclavos y criados circulaban por los corredores, ocupados en el servicio; mensajeros montados salían del castillo para ir á Marruecos, á la corte del Sultán, ó á un distrito lejano; y otros regresaban con algún parte referente á motines de las tribus ó á crímenes que acababan de cometerse.

"Todos los días llegaban jeques y otros jefes para dar cuenta de los asuntos ó concertar alguna correría. Organizábanse también grandes cacerías, y no faltaban jaurías para perseguir á los animales, particularmente al *aondad*, ó carnero silvestre. También se hacía uso del halcón, y

los cazadores salían con mucho aparato del castillo, montando magníficos caballos; pero no iban acompañados de ninguna dama.

"En dos patios había preparados siempre cincuenta hermosos caballos berberiscos para entrar en acción, y cincuenta para recibir á los amigos ó dar una carga al enemigo. Cincuenta cocineros, que se relevaban todos los días en secciones de diez en diez, trabajaban para atender al servicio militar y doméstico. Á ningún viajero errante se le negaba la hospitalidad, y notábase en todo la abundancia. Una vez á la semana celebrábase mercado en las cercanías, y entonces admitíase en los patios exteriores á los que llegaban desde muy lejos, manteniéndose á todos á expensas del caid.

"No solamente veíamos semejanza con las escenas de los tiempos feudales, sino el sistema feudal mismo en todo su vigor. El caid no era más que un señor nombrado por el Sultán para administrar ciertas tierras, á condición de proporcionarle un contingente de hombres y una cantidad fija de dinero, imponiéndosele también la obligación de alistarse bajo sus banderas en tiempo de guerra. El caid era considerado también como jefe por las diversas tribus que se hallaban bajo su jurisdicción, y á él iban á pedir justicia y amparo, hallándose en cambio dispuestos á tomar las armas cuando lo ordenase, facilitándole recursos en especies y dinero. Todo el mecanismo del gobierno era sencillo por demás: el Sultán consideraba al caid solamente como un conducto para obtener hombres y oro, y, si esto se conseguía á satisfacción de las autoridades centrales, no se tomaban informes sobre su administración, pues el caid existía para los usos del Sultán y no para beneficio del pueblo. En cuanto al gobernador, como verdadero musulmán, procedía con arreglo al código legal del Corán, es decir, en cuanto éste no perjudicara sus intereses personales ni reprimiese sus pasiones. El pueblo podía apelar al Sultán nominalmente si consideraba la administración opresora ó tiránica; pero en la práctica era imposible, salvo el caso en que el Sultán necesitara despojar á su vez al funcionario público.

"Para hacer estas interesantes observaciones y estudios no podíamos haber encontrado sitio más agradable que Teluet, donde se pueden pasar muy bien algunos días.

"El clima del vallecillo de la montaña á principios del verano nos pareció muy agradable. Cierto que la temperatura se suele elevar á 20° por la mañana y á 22° á la sombra después de mediodía; mas el calor del sol se templa siempre por el viento fresco que sopla del círculo de montañas, y el aire es sumamente puro. Los picos que se hallan á 20 ó 30 millas de distancia parecen estar muy próximos, y las excursiones á las mayores alturas deben ser muy agradables. Las pendientes del Atlas, cuando las invade la sombra, parecen estar cubiertas de un crespón fúnebre, á causa del color negro que presentan y de no distinguirse entonces sus escabrosas irregularidades.

"Por lo demás, Teluet no tenía el menor atractivo: apenas un árbol ó un matorral mitigaba la monotonía de sus campos pedregosos, en parte estériles. La escasa vegetación no se encontraba sino á lo largo de las corrientes, ó donde los canales de riego llevaban el agua, contribuyendo á que se produjese alguna yerba y trigo. El extenso jardín del caid era lo único que alegraba la vista en aquella monótona región: no faltaban en él árboles frutales y flores, y allí solía pasar el caid las horas de la tarde bebiendo te y hablando.

"El valle está á la elevación de 6,000 pies sobre el nivel del mar, y se corre paralelamente al Atlas: no tiene más de 8 millas de longitud por 3 de anchura. Al N. dominale la cordillera principal, cuya altura varía de 12,000 á 13,000 pies. Por el S. le circuye la escarpadura de la meseta del Dra, ó el Anti-Atlas, según se llama á las alturas que dan frente al eje principal, y que en general se consideran como una cordillera secundaria. Dicha meseta, en el punto en que domina el Teluet, alcanza una elevación de 7,300 pies. Por el E. las montañas que rodean el valle presentan una abertura á través de la cual se ve la notable y comparativamente aislada mole del Jebel Unila, que en mi concepto se eleva á la altura de 12,000 pies á lo menos, ó acaso 13,000. Dícese que en Unila hay un lago profundo en la cumbre, y, á juzgar por su posición aislada y su forma, indicaría que tiene origen volcánico. Por el O. las montañas presentan como una pared bastante empinada que podrá alcanzar de 7 á 8,000 pies de elevación. Numerosos desfiladeros y valles que cortan la meseta conducen las aguas de las lluvias y de la nieve derretida de las montañas más altas hacia el Dra, y más al O. la llevan al Sus. El camino que se prolonga á través del Tifnut en dirección á Gindafy y Rus-el-Wad, parece ser una interminable serie de subidas y bajadas al cruzar las lineas montañosas y los estrechos y profundos valles. La autoridad que el caid de Glauwa ejerce en esta región es poco más que nominal. Un mes antes de que nosotros llegásemos, la tribu llamada de *Ait Umast* hizo una incursión, llegando hasta Teluet pero cerca del castillo fué derrotada, con pérdida de sesenta hombres.

"En el valle mismo hay un número sorprendente de pueblos, en los más de los cuales hay juderías. Opino que no puede haber menos de quinientas familias, ó acaso setecientas, contándose entre todas 3,000 habitantes, de los cuales son judíos de 600 á 800.

"Una de nuestras primeras excursiones después de nuestra llegada á Teluet tuvo por objeto de visitar la meseta por la parte del S. Después de cruzar el Asif Marren, comenzamos al punto la ascensión. A nuestro paso veíamos muy abundante la pizarra gris y blanquizca, y las areniscas de grano brillante que constituyen la meseta, comunicando al conjunto mucho colorido. La vegetación era escasa; pero cerca de la cumbre encontramos algunos árboles aislados de considerables dimensiones.

"Desde la cima se disfruta de un golpe de vista magnífico, y muy imponente por la parte del N.; pero no entraremos en detalles, puesto que ya hemos descrito los caracteres distintivos de los alrededores de Teluet. No dejamos de observar, sin embargo, lo bruscamente que la cordillera central se eleva desde la meseta, y sin estribaciones ni salientes alcanza la altura de 6,000 á 7,000 pies. Por este carácter difiere mucho del lado opuesto de la cordillera, excepto sobre Demnat, donde también se eleva no menos bruscamente.

"Notamos que la aguda cresta se continúa sin la menor interrupción en una gran pared montañosa que se extiende por el O. hasta el punto en que domina á Gendafy y Reraya. El golpe de vista por el S. es el mismo que se presenta desde el Tizi-n-Teluet, ya descrito; pero un detalle nos llamó particularmente la atención al volver hacia el SO.: era una línea de graciosas montañas que daba frente al Atlas, sin correrse paralela con él. En su centro las cumbres se elevaban á notable altura, cubiertas de nieve, y probablemente alcanzaban por lo menos de 10,000 á 11,000 pies. Al pronto creímos que era, al fin, la cordillera del Anti-Atlas; pero mis ulteriores observaciones, juntamente con las de Foucauld, indujéronme á deducir que, si bien aquello era lo que se habrá llamado el *Anti-Atlas,* en aquella parte, por lo menos, no constituía una cordillera, sino el lado S. de un extenso valle cortado en la meseta del Atlas por numerosos ríos que corrían hacia el Dra y el Sus desde esta cordillera principal.

"Una de las cosas más interesantes en el valle de Teluet es la exploración de las grutas, atribuídas á los *Rumi,* como todo aquello que es extraño é inexplicable. Se hallan en la extremidad oriental del valle, cerca del pueblo de Tabugumt. Llegados á este punto, nos condujeron un poco más arriba de Asif Marren, donde una elevada mole de arcilla parece como suspendida sobre el lecho de la corriente. Lo primero que vimos fué una especie de portalón de aspecto muy moderno, rodeado de una pared de piedra, y una escalera natural para subir á la parte superior.

"Después de trepar hasta la entrada, encontramos á la derecha una senda de 50 ó 60 pies de longitud que conducía directamente al corazón de la montaña. Desde aquel pasadizo veíanse como una especie de celdas, en número de diez y seis, ocho á cada lado, todas ellas de la misma forma, y que medían, poco más ó menos, 10 pies de longitud por 6 de anchura y 7 de elevación. Las paredes y el techo están, indudablemente, ennegrecidos por el humo, aunque ignoro si se debería á los fuegos ordinarios ó á una posible conflagración producida en los cereales y el heno depositados allí. En cada celda había un agujero ó trampa por donde se podía penetrar en una especie de cueva.

"Los judíos de Tabugumt utilizan ahora las grutas como graneros, y

tal vez haya sido este su primitivo empleo; peró sobre este punto no pude obtener informes de los indígenas. A decir verdad, no nos fué posible reconocer nada concluyente respecto á las grutas mismas; mas lo que vimos presta algún color á la idea de que se han podido utilizar como viviendas ó graneros más bien que como lugares de sepultura.

"Al volver á Tabugumt observamos que predominaban las partículas de antimonio en todos sentidos, y reunimos una colección de flores é insectos en el prado que flanquea la corriente.

"En el pueblo se nos hizo una lastimosa recepción. Los judíos se agrupaban á mi alrededor solicitando que curase á los ciegos, tullidos y otros enfermos. Cogíanse á mis ropas con nerviosos dedos y trataban de besarme las botas, suplicándome que les diera medicinas. Una mujer, una mora, si mal no recuerdo, se envileció hasta el punto de coger mi bota por la suela y besarla. Habían reducido á prisión á su hijo, y deseaba que intercediéramos por él pidiendo gracia al caid.

"Los judíos de Tabugumt, así como todos los de las montañas en general, parecen más limpios que los de la llanura. También encontramos aquí una sinagoga muy aseada, de blancas paredes, y, sin duda, la mejor que habíamos visto hasta entonces.

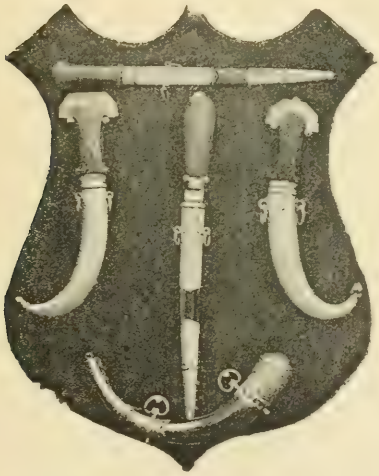
"En la noche de nuestro regreso de las grutas llegó á su colmo el resentimiento que contra Shalum habían manifestado sus compañeros. Por casualidad descubrimos que M'hamad, el cocinero, se había consolado subrepticiamente de las fatigas del Ramadán apropiándose para sus propios usos la leche que nos habían enviado, é, imaginando que Shalum le había descubierto, comenzó á buscarle, encolerizado por la última reprensión que se le dirigió. Habiéndole encontrado, al fin, sentado en un rincón, acercóse El-Hadj á él y dióle un puntapié en la boca, cortándole el labio. Por más que Shalum tuviese mucho de judío, no podía tolerar aquello, y descargó á su contrario un golpe que le hizo rodar por tierra, siguiéndose una espantosa contienda. El-Hadj, que era un cobarde, comenzó á gritar, diciendo que Shalum había renegado de la sagrada religión, y esto fué suficiente para que los otros acudieran en su auxilio. Un momento después todos ellos fueron á buscarme aullando como perros, y no era Shalum quien menos ruido hacía.

"Con dificultad pude enterarme de qué se trataba; mas no pasó mucho tiempo sin que reconociese de quién era la culpa.

"Cinco minutos después Shalum entró solo con la mano ensangrentada y un dedo cortado en parte. El-Hadj le había atacado en la oscuridad, procurando asestarle una cuchillada; mas, por fortuna, solamente le hirió en la mano. Acto continuo envié un mensajero al caid para que se redujera á prisión al culpable; pero El-Hadj se había anticipado á mí para advertir á dicha autoridad que acababa de herir á un perro judío en defensa de la sagrada religión. En tales circunstancias, el caid se resistía á complacerme, alegando que no era justo encarcelar á un ver-

dadero creyente por ningún crimen cometido contra un mísero judío. Al oir este mensaje cogí al Hadj por el cuello y, sin soltarle, á pesar de lo que gritaba, juré al enviado del caid que, si no se reducía á prisión al culpable, le administraría yo mismo el castigo, dando orden de que le apaleasen. Esto hubiera sido una deshonra para cualquier muslim, y el caid, deseando evitar semejante baldón, mandó que encerraran al Hadj en un calabozo.

"Este calabozo debía ser muy horrible, pues el bribón quedó más blando que un guante después de pasar allí una sola noche. Besóme la mano y juró ser bueno en adelante, agradecido, sin duda, á mi condescendencia por haber influído para que el caid le soltara."



Dagas y frascos de pólvora

CAPÍTULO XIX

ASCENSIÓN AL TAURIRT

CARACTERES GEOLÓGICOS DEL CAMINO.—ELEVACIÓN DEL PICO Y DEL ATLAS.—JUDÍOS DEL ATLAS.—PROTECCIÓN.—TRAJE DE LOS MONTAÑESES.—JUDÍOS.—NIÑAS JUDÍAS.—ESPOSAS.

Desde el día de nuestra llegada á Teluet nos había llamado la atención un pico notable llamado *Taurirt*, situado á corta distancia al E. de Tizi-n-Teluet. No parecía, seguramente, el más alto de la cordillera, pero tenía bastante elevación, y, al parecer, era fácilmente accesible. Por estas razones elegímosle como objeto de nuestra primera exploración en la cumbre del Atlas.

"El 13 de junio fué el día elegido para esta empresa. Nos pusimos en marcha antes de salir el sol, y se recorrieron 3 millas en la dirección NE. á través del valle, hasta llegar al pueblo de Ait Humwali, donde el caid tiene un segundo castillo, casi tan bien edificado y tan imponente como el de Glauwa. Allí contratamos un guía, que desempeñó sus funciones quedándose siempre á retaguardia y sin dejarse ver apenas.

"Después de franquear un sendero destinado solamente para el paso de las cabras y rebaños cuando suben ó bajan de la montaña, cruzamos un banco de basalto cuya depresión coincidía con los lechos de arenisca entre los cuales se hallaba. Una especie de tabique divisorio formado por la pizarra cortaba el basalto en dos lechos, y un poco más allá veíase una barranquilla, rodeando el tabique de pizarras. No tardamos en llegar á la cima de las rocas ígneas, donde vimos un segundo barranco que marcaba el punto de unión de las pizarras con las areniscas de que estaba formada la mole de la montaña. Aquí no había yerba ni el más pequeño matorral, y solamente acá y allá encontrábase alguna planta solitaria. El aspecto era desolado por todas partes.

"Los lechos de arenisca formaban como una gradería, sin duda á

causa del desgaste de las capas superiores, lo cual indicaba en cierto modo cómo la montaña había adquirido su figura cónica.

"En poco más de una hora nos hallamos á una altura de 2,000 pies sobre el valle.

"Al doblar el ángulo de un precipicio ofrecióse ante nosotros un hermoso espectáculo: á nuestros pies, y corriéndose en la dirección O. hasta cerca del paso que se prolonga sobre el Tizi, había un profundo desfiladero abierto en las areniscas; por la izquierda, en el lado E., veíase un terrible precipicio frente á Taurirt; y por la derecha elevábase el pico mismo, semejante á una pirámide ciclópea cubierta de nieve, pero en la cual no presentaban más que rocas de color gris ó rojizo, entre las cuales extendíase una brillante mancha de verdura, sembrada de florecillas y regada por numerosos manantiales. Ningún jardín me había parecido nunca tan delicioso como aquel acre de florida verdura, de igual manera que tampoco recordaba nada tan desolado como los alrededores.

"Desde aquel prado comenzamos á trepar por las rocas y peñascos, y pronto estuvimos en medio de las nieves y en la cumbre del Taurirt, á una altura de 11,180 pies.

"Con disgusto observamos que por el N. nos interceptaba la vista el Adrar-n-Iri, que, en forma de mole aplanada en la cima, elevábase á una altura de 500 á 1,000 pies sobre nosotros; pero en cambio podíamos contemplar todo el valle de Titula.

"Desde el punto que habíamos alcanzado era muy fácil calcular aproximadamente la altura del Atlas en nuestra inmediación.

"Por la parte del O., en el lado opuesto del Tizi-n-Teluet, era evidente el hecho de que la cordillera central se elevaba mucho más arriba sobre nosotros, y una prueba de ello era la gran cantidad de nieve que cubría la cima, extendiéndose á gran distancia por los lados. En aquella región, y comprendiendo el Jebel Glauwi, parte del cual veíamos en aquel momento, calculo que el Atlas alcanza la altura de 13,000 pies por lo menos. Más lejos, por el O., la elevación general no excederá de 12,000, y en ciertos puntos menos, hasta que se eleva otra vez sobre Reraya. Por el E. no hay probablemente punto alguno cuya altura exceda de 12,000 pies, debiéndose exceptuar tal vez el Jebel Aiachi, al E. de Demnat. Cerca de la cabeza del Tessaut, la elevación no es más que de 10,000 pies, ó acaso menos.

"Ocioso sería entrar en detalles sobre el extenso panorama que teníamos á la vista, pues era exactamente lo que habíamos visto desde Tizi-n-Teluet, aunque con más extenso horizonte, distinguiéndose, además, la mole aislada de Jebel Unila y las alturas del Anti-Atlas.

"Más interesante y más agradable fué para mí descubrir en aquel momento algunos lindos grupos de verónicas que crecían al abrigo de las rocas, así como algunas frambuesas que crecían entre las grietas.

"Después de completar nuestras observaciones comenzó el descenso,

durante el cual nos ocupamos activamente en coleccionar tantas plantas é insectos como nos fué posible; pero fué una decepción para nosotros no encontrar más de quince especies á la altura de 8,000 pies. Aquí, más marcadamente aún que en el lado N. de la cordillera, la falta de vegetación se debía á la aridez producida por el clima del verano, los vientos abrasadores del desierto y la condición estéril del suelo.

"Continuando al día siguiente nuestras excursiones por los alrededores del castillo, visitamos el mellah ó barrio judío de Glauwa.

Judios del Atlas

"Tal vez en ninguna parte se hará tan asombrosa la persistencia del tipo y la tenacidad de la raza como entre estos judíos de la montaña. Durante largos siglos, y desde épocas desconocidas, han sido siempre una raza extraña, aborrecida y despreciada en el Atlas, sin perder jamás en lo más mínimo sus caracteres físicos distintivos. Sus usos y costumbres se han conservado también inalterables, libres del contacto con los hijos del Islam que les rodean, é inaccesibles al progreso en que sus hermanos toman parte en países más civilizados. La persecución y el odio no han producido otro efecto que el de unir más á esos hombres, haciéndoles aferrarse á las acostumbradas condiciones de su existencia y á su credo, fortaleciéndose, además, su convicción de que son el pueblo elegido de Dios. Lo mismo en Marruecos que en Mogador, así en Tabugumt como en Teluet, apenas el viajero se pone en contacto con los judíos y entra en un mellah, reconoce que se halla entre un pueblo tan diferente del que está fuera, por su aspecto, usos, costumbres y re-

ligión, como el inglés lo es del chino en el otro lado del globo. El mellah puede componerse tan sólo de seis familias, como en una aldea del Atlas, ó de centenares de ellas, como en la ciudad de Marruecos; pero la diferencia es igualmente marcada y absoluta. Creeríase que quieren decir al viajero:—Vuestras costumbres no son las de nosotros, ni tenemos el mismo Dios, ni nada de común. El vuestro puede ser el poder en este mundo, mientras que nosotros estamos sometidos al baldón y la servidumbre; pero en el mundo futuro nuestra porción será el paraíso, y la vuestra el infierno con todos sus terrores. — Tales son las ideas en que los judíos se encierran, ideas que se han adherido á su alrededor como la costra pedregosa petrificada de los manantiales calcáreos se adhiere á los troncos de las plantas que crecen en su orilla. En una palabra, esos judíos son fósiles animados, restos fenomenales que han sobrevivido á una gran nación primitiva y á su religión.

"A pesar de la mala idea que llevábamos del judío morisco después de visitar varias ciudades, y sobre este punto diré algo en otro capítulo, no podíamos menos de admirar y compadecer á sus hermanos de las montañas. En estos últimos no se observa la repugnante suciedad con que nos habíamos familiarizado en Mogador y en Demnat, ni aquí es tampoco el judío el repulsivo parásito que se alimenta de las llagas cancerosas de un país enfermo, como sucede en otras partes. Muy lejos de ello, parece ser en la comunidad un individuo acostumbrado al trabajo, útil y endurecido en la fatiga. En las montañas suele ser un traficante emprendedor que arrostra los peligros y el cansancio, que va de tribu en tribu y de mercado en mercado para obtener por una parte lana, pieles, aceites, nueces y almendras, mientras que por la otra vende estos productos ó los cambia por te ó azúcar, algodón y varios artículos necesarios para satisfacer las sencillas demandas de los montañeses. Algunos de esos judíos acuden á los mercados solamente para ejercer su oficio de herrero, zapatero ó sastre.

"Debe suponerse, sin embargo, que el judío puede viajar por todas partes impunemente con su carácter de tal y por hallarse bajo la protección del shellach. Cada judío del Atlas, excepto allí donde se hallan bajo la inmediata protección del caid, como en Teluet, debe buscar un *sid* (señor ó amo), del cual se hace prácticamente siervo ó esclavo, bajo el pretexto de que más vale ser saqueado por un hombre solo que no por todo el mundo. El *sid* se encarga de que nadie maltrate á su servidor más de lo que se puede permitir á un musulmán; pero esto admite bastante latitud. En cuanto á lo de saquearle, el *sid* se mira más, porque el asunto puede tocar á su bolsillo. Las ganancias del judío son las suyas, y, de consiguiente, cualquiera que le robe á él roba á su amo, lo cual no podría éste permitir.

"Ya se comprenderá que en las exacciones del *sid* no hay límite, como no sea su prudencia y su previsión, y, por lo tanto, economiza á

su judío tanto como el abisinio la res de que toma cada día su ración diaria. Le hace trabajar juiciosamente y ayúdale tanto como le es posible á ganar dinero, sabiendo muy bien que, á la corta ó á la larga, todo ingresará en sus cofres. Y el judío ha de esforzarse necesariamente para adquirir, en primer lugar porque está en su carácter, y no hacerlo así significaría atrofia y muerte; y en segundo porque, si no lo hace, cumpliendo con este deber á sus superiores, el *sid* se apoderará el mejor día de todo cuanto su servidor tiene. De tal estado de cosas no puede escapar el judío. Cierto que le es dado huir, pero debería abandonar á su familia y sus bienes, exponiéndose á sufrir nuevas exacciones. Para evitar la deserción no se permite nunca á ningún judío viajar con su mujer y su familia: cuando emprende alguna excursión éstas quedan en rehenes hasta su vuelta. Hasta el casamiento de la hija del judío ha de reportar alguna cosa al amo, pues el novio debe obtenerla por rescate, dando una suma proporcionada á los bienes que posea.

"Bajo estas circunstancias, la vida del judío del Atlas es una carga para él, ó más bien lo sería si no estuviese acostumbrado á ella y si viese algún reflejo de una vida más libre.

"Tal como es conformase con su mísera condición sin murmurar, viendo sólo en ella el castigo de Dios por los pecados de sus antecesores, y además cree que vendrá el día del castigo para los que le atormentan. Entonces será toda la gloria para el judío, pues desde las alturas verá cómo su opresor se abrasa en los infiernos, pudiendo complacerse en sus padecimientos.

"El traje del judío de montaña es el mismo que el del shellach, con la diferencia de que usa babuchas negras y el grasiento fez del mismo color, casi siempre doblado en la parte superior de la cabeza. Los hombres de esa raza son, en general, delgados, de rostro enjuto, mas, al parecer, tienen mucho nervio. La nariz es marcadamente aguileña por lo regular, y los ojos, negros ó castaños. La persistencia del tipo judío se debe, por supuesto, á la circunstancia de que nunca se casan con mujeres de otra raza. Las excepciones de esta regla son tan raras que el caso de que una de sus mujeres contraiga enlace con un moro de Tikirt ó de Wad Dra es un acontecimiento extraordinario que asombra á toda la comunidad en las montañas. En las ciudades de la costa el ejemplo no es tan raro.

"La nacionalidad de las mujeres judías de las montañas se reconoce mucho menos fácilmente que la de los hombres, pues visten exactamente lo mismo que las de los shellachs. Llevan una especie de túnica de lana ó algodón ceñida á la cintura, con las puntas cruzadas sobre el pecho y sujetas por dos broches de plata de caprichoso dibujo; y debajo se ponen otras prendas, según la estación del año. La túnica está adornada con gruesos cordones de vivos colores que se pasan alrededor de la cintura, y se suelen engalanar el cuello con sartas de azabaches ó

monedas de plata. Para la cabeza usan dos pañuelos de color muy brillante, uno extendido sobre la misma, con el cual ocultan el cabello, y el otro atado alrededor como para formar una venda.

"El cabello suele estar impregnado de *henna*, el cosmético común de los shellachs, y lo usan con tal abundancia que gotea sobre el rostro, el cuello y los hombros, produciendo un efecto más fácil de imaginar que de describir. En los domingos y días festivos se pintan las cejas, la nariz, las mejillas y la barba, formando varios dibujos. Todas las judías se caracterizan por sus magníficas pestañas.

"En el mellah de Teluet vimos varias niñas esposas, algunas de ellas muy jóvenes, cuyo aspecto tenía bastante atractivo y algo de picante; pero no encontramos ninguna judía de más de veinte años que nos dejara el menor deseo de volver á verla segunda vez, pues en general están ya muy gastadas y han perdido todos sus encantos.

"Ni en Teluet ni en ninguna otra parte oímos hablar nunca ni decir la menor cosa sobre una tribu de guerreros judíos de que se ha hecho mención en diversas obras."

CAPÍTULO XX

INCIDENTES DE LA VIDA EN TELUET

FIESTA MORUNA.—DANZA DEL PAÍS.—PREPARATIVOS DE MARCHA.—OBSTÁCULOS Á LA EXPLORACIÓN.—LOS FANÁTICOS NOS ATACAN.—OTRA FIESTA MORUNA.

En la tarde del 11 de junio todos vigilaban, esperando la luna llena que anunciaría el fin del Ramadán, el mes del ayuno. Las paredes y terrados de las casas estaban llenos de espectadores, y en todas partes había grupos de montañeses con la mirada fija hacia el O. para ver el plateado astro surgir de la brillantez del sol de verano.

"La apetecida señal regocijó, al fin, los corazones de los piadosos musulmanes, y por todas partes cundió la alegría. Las mujeres proferían gritos de contento, y los hombres se felicitaban mutuamente, bailando y haciendo salvas con sus espingardas como si estuvieran locos. Después entregábanse á sus devociones, y ya no se vió más que hombres postrados que besaban la tierra, murmurando oraciones.

"El día siguiente fué de gran fiesta y regocijos. Las personas que contaban con recursos estrenaban algún traje, y hombres y mujeres poníanse lo mejor que tenían.

"Desde la primera hora de la mañana todos los pobres de Teluet fueron al castillo, donde se distribuía cebada abundantemente. Los jeques, montados en sus caballos ó mulas, llegaban de cerca y de lejos llevando regalos en dinero ó especie para el caid, que daba audiencia toda la mañana para recibir los presentes, así como las felicitaciones de sus amigos.

"Después de almorzar fuimos á visitarle también, y hallámosle en unas habitaciones situadas sobre la puerta interior, que se habían destinado para las recepciones. Su principal adorno consistía en arabescos pintados.

"El-Madani parecía estar muy contento: nos felicitó con la mayor efusión y condújonos á su sitio, en la extremidad de la sala. Todos sus parientes y jeques estaban situados alrededor, silenciosos y con aspecto digno. Después de los cumplidos de costumbre, nos retiramos.

"Por la tarde fuimos á presenciar un espectáculo dispuesto por el caid, solamente para obsequiarnos. Todos los músicos y las mujeres de las inmediaciones se habían reunido para bailar y cantar delante de nosotros en el castillo; pero entre ellos contábanse ejecutantes y meros espectadores.

"Desde una ventana podíamos ver bien el espectáculo. El escenario era un gran patio de forma irregular, circuído de varias dependencias, cuyos bajos servían de caballerizas y cuadras, y los superiores de graneros.

"En un ángulo veíanse veinte ó treinta grandes perros de caza, indiferentes á la animada escena; y, agrupados en todas direcciones, veíanse muchas mujeres y niños shellachs, con sus vestidos muy blancos, que contrastaban con los pañuelos de seda de vivos colores de las madres y los cordones rojos y dorados que rodeaban sus cinturas. En sus cuellos brillaban los azabaches. Habíanse teñido las manos y los pies, pintando en el rostro varias líneas y puntos.

"También había muchos hombres, los cuales vestían el *kanif* negro, en el que producía curioso efecto la especie de parche amarillo, de forma elíptica, aplicado á la espalda. Otros, sin embargo, llevaban esta prenda de color gris ó blanco, y casi todos cubrían su cabeza con una especie de turbante, pues rara vez se ve el fez en el Atlas.

"Fáciles eran de reconocer los judíos en aquella curiosa agrupación. Por supuesto, sentábanse algo separados de los fieles; pero no á bastante distancia para indicar que su presencia era enojosa.

"Mejor vestidos estaban los esclavos y servidores del caid que la gente del país. Los más de ellos eran negros ó casi tales; pero presentaban un conjunto muy pintoresco con sus jaiques de graciosa forma. Iban de un lado á otro con aire de autoridad, señalando sitio á los que llegaban y resolviendo las diferencias cuando surgía alguna.

"Nuestra presencia fué la señal para que la danza comenzase. Unos cuarenta hombres, la mitad de ellos provistos de grandes tamboriles, único instrumento musical que allí se usa, colocáronse en semicírculo; y otras tantas mujeres tomaron posición en línea recta, formando en cierto modo como la cuerda de un arco.

"A una señal dada, los hombres, lentamente y con expresión solemne, entonaron un cántico con el tono de los adoradores que invocan un poder oculto, y las mujeres contestaron con voz temblorosa. Con sus tamboriles delante, los hombres dieron en aquéllos tres golpes, volviendo á cantar; inclináronse hasta que sus instrumentos estuvieron en contacto con el suelo, dieron otros tres golpes, y entonces las mujeres acom-

pañaron con plañidera cadencia. Después los hombres se irguieron, levantando en alto sus tamboriles.

"Un momento después el canto resonó de nuevo, con mucha lentitud y al compás de los instrumentos, mientras que las mujeres tenían las manos cruzadas sobre el pecho con grave expresión, como si rezaran. Esto continuó algún tiempo, y al fin el jefe de la orquesta, levantando su tamboril, golpeóle vigorosamente tres veces, lo cual indicaba el principio de un compás más vivo. Las cabezas se movían de un lado á otro, marcando el compás. Las manos, aplicadas al pecho, subían y bajaban verticalmente. A cada momento la música se aceleraba más, y esperábamos el instante en que los pies se movieran también; pero no sucedió así: la ceremonia estaba en su punto culminante.

"El jefe levantó otra vez su tamboril, produciendo tres notas discordantes, y todos los demás músicos le imitaron. Las cabezas dejaron de moverse, así como las manos, y el cántico cesó.

"Antes de comenzar de nuevo, dos mujeres dieron la vuelta al semicírculo de hombres y echaron en el pecho de cada uno un poco de polvo, que allí llaman *bhor,* y cuyas virtudes no pudimos saber cuáles eran.

"Entretanto noté que no era yo únicamente observador, y que á mí me observaban.

"Más arriba de mí, y detrás, elevábase una de las altas torres del castillo; y como por casualidad mirase hacia arriba, vi que algunas mujeres, vestidas de blanco y cubiertas de un velo, ocupaban las almenas, fijando en mí su atención. Esto fué causa de que me distrajese de vez en cuando para mirar, tanto más cuanto que la escena de arriba me divertía más que la de abajo. La experiencia había desvanecido de tal modo cuanto se decía acerca de los encantos de las mujeres en Marruecos, que teníamos particular empeño en saber si aun existían bellezas moriscas en el harem, y deseábamos verlas si era posible. Y de aquí la curiosidad con que mirábamos las formas de las mujeres veladas, esperando descubrir alguna seductora beldad cuya imagen pudiéramos llevar en la plancha fotográfica, ya seca, de nuestro corazón, para imprimirla en las tablillas de la memoria como un brillante recuerdo de El-Moghreb. Me habría contentado con ver entonces una sola de las joyas del harem del caid, aunque no ignoraba que, tanto á los ojos del amo como de los esclavos, mi curiosidad habría sido una falta de educación, por no decir una ofensa á las costumbres moras.

"Muy pronto pude notar que C. B. había echado de ver también la proximidad de las mujeres, y que, tan inquieto como yo, mostrábase menos prudente en su curiosidad. En un momento de excitación, sin duda, hablóme de la presencia de aquellas odaliscas, y, disimulando mis propios sentimientos, le censuré, advirtiéndole cuáles podrían ser las consecuencias de una indiscreta curiosidad. Sin embargo, deseaba ver las mujeres tanto como él, y, trasladándome al sitio que C. B. había ido

á ocupar, más cerca de la torre, trabé conversación con él, esperando conseguir así mejor mi objeto.

"Hablé primero sobre la danza, y después hice algunas observaciones acerca del carácter imponente del castillo, señalando sus pintorescos contornos y sus graciosas torres. Al hablar así dirigí una mirada al edificio; pero solamente pude ver por las troneras un ropaje blanco y unos ojos brillantes que miraban atentamente; y, no atreviéndome á observar más, volví á mi sitio.

"Durante varias horas las danzas continuaron con ligeros variantes en la música y los movimientos. En una de ellas las mujeres se arrodillaron, inclinándose hacia atrás y hacia adelante, y en otra dieron vuelta alrededor de los hombres, que estaban sentados en el suelo.

"Todo el acto tuvo un carácter notable y me recordó algunos de los antiguos ritos. Aquello me pareció una invocación religiosa; mas no pude obtener ningún informe satisfactorio sobre el particular y debí contentarme con mis suposiciones. Cansados al fin, enviamos un regalo de cinco duros á los ejecutantes y volvimos á nuestro alojamiento.

"Terminado el Ramadán, era necesario prepararnos para la marcha. Habíamos hecho todo lo posible para asegurarnos la buena voluntad del caid y de su gente: se le envió una carabina de bastante valor, unos gemelos, un cuchillo de caza y, en fin, todo aquello de que podíamos disponer y que pareció agradarle, sin olvidar á Abdul Kader y á Si-Mahommed, los cuales recibieron varios regalos.

"El 14 de junio, aprovechándonos de una visita de Si-Mahommed, dijímosle que dentro de uno ó dos días saldríamos de Teluet para ir á Tifnut y á un lugar llamado Gindafy, que entendíamos se hallaba cerca del Wad-Sus. Si-Mahommed no manifestó sorpresa, pero dijo que el proyecto era imposible, porque aquel camino "conducía á los infiernos," siendo todos los que en él se encontraran agentes del mismo diablo, rebeldes contra el caid.

"Nosotros nos sonreímos al oir estas palabras, como hombres á quienes complace el peligro, creyendo que el caid, después de las amistosas relaciones que entre nosotros mediaban, no opondría obstáculos, ya que no nos ayudase.

"Por la tarde Abdul Kader hizo una visita cuando yo había salido, y supe que había hablado también contra nuestro proyecto. Esto nos desanimó, porque Abdul Kader nos había sonreído siempre, y siempre pensamos que sería nuestro amigo.

"Nuestra inmediata diligencia fué enviar á Assor oficialmente al caid para notificarle nuestra marcha para Gindafy el día 16. Volvió muy pronto con una prohibición terminante. Las cartas que escribimos tomando la responsabilidad sobre nosotros, no sirvieron de nada: el caid dijo que nuestra muerte era segura, que semejante desgracia le arruinaría, y que consideraba un deber impedirnos ir, aunque para ello de-

biera reducirnos á prisión y enviarnos cargados de cadenas á las llanuras de las cuales habíamos venido infringiendo las órdenes del Sultán.

"Nuestras esperanzas quedaban reducidas á cero; pero aun acariciábamos la idea de obtener audiencia del mismo caid y de persuadirle. Sin embargo, esto fué precisamente lo que él evitó, como para desentenderse de la situación que se había creado.

"En nuestra amarga decepción concebimos los más desalentados proyectos. C. B. estaba preparado á todo, y, aunque yo vacilaba, sabía muy bien que sin el auxilio del caid no podríamos salir de Teluet.

"Excepto Shalum, ninguno de nuestros hombres quería moverse, y, como el caid los apoyaba, no podíamos obligarlos. Tampoco podíamos pensar en huir disfrazados. Indudablemente el pueblo de Tifnut era peligroso y se había sublevado, y el caid, como autoridad, procedía con justicia en semejantes circunstancias; pero la píldora era demasiado amarga para tragarla fácilmente, y no podíamos menos de mostrar enojo.

"A la mañana siguiente el estado de cosas empeoró: nuestros hombres, que habían contribuído á crear aquella situación, manifestaron su alegría por nuestra derrota, y con mi propia mano hube de castigar la insolencia de El-Hadj. Los servidores del castillo manifestaban también un cambio en su proceder que se avenía con el de sus superiores. La abundante *muna* no se enviaba ya: se nos confinaba á nuestras habitaciones, y evidentemente hacíase todo lo posible para demostrar que éramos huéspedes incómodos y que no debíamos esperar ningún favor hasta que nos sometiéramos á la voluntad del caid.

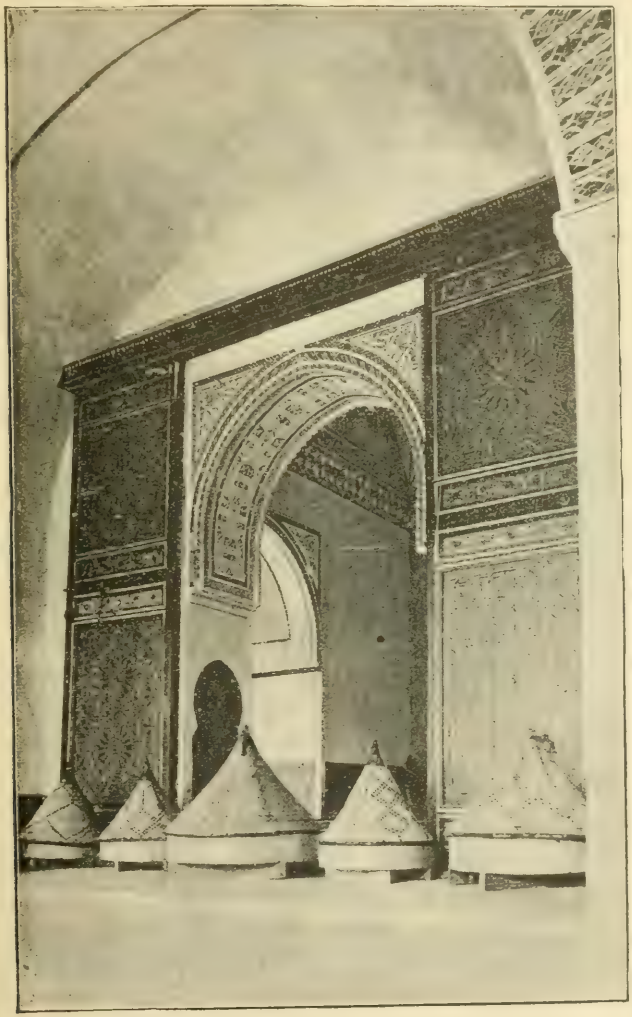
"Aquel día fué muy triste para nosotros, como lo eran nuestras reflexiones. El caid no parecía, ni veíamos esperanza alguna en nuestro oscuro horizonte.

"El día 16 los asuntos no habían mejorado. El caid rehusó terminantemente vernos hasta que hubiéramos renunciado á nuestras intenciones, y también se negaba á recibir á nuestro enviado Assor. No quedaba más remedio que someternos á nuestro destino, y esto con la mejor gracia posible, porque era mejor separarnos amigos que enemigos.

"Por la tarde enviamos un recado anunciando que nos proponíamos volver á las llanuras al día siguiente. A la hora de ponerse el sol el caid llegó, y, deseoso de suavizar la cuestión cuanto fuese posible, por temor de que le hiciésemos daño en la corte, nos trajo como regalo una preciosa carabina con cuerno para la pólvora y una bolsa llena de balas. Uno de sus servidores llevaba también gran cantidad de bizcochos, dátiles, almendras y pasas, como víveres para el camino. Recibimos aquellas pruebas de amistad tan graciosamente como fué posible; mas, á pesar de esto, el caid no parecía estar tranquilo, y antes de despedirse solicitó como especial favor que permaneciéramos un día más, á fin de

que pudiese preparar una fiesta para celebrar las paces con nosotros. Consentimos en ello, aunque con repugnancia.

"Al día siguiente, sabiendo que la fiesta sería de alguna considera-



¡Ya está puesta la mesa!

ción, y deseosos de mostrar que no conservábamos rencor, juzgamos oportuno ayunar toda la mañana, á fin de tener después más apetito, hasta que por la tarde C. B. y yo comenzamos á vestirnos de moros para asistir á la fiesta.

"Cuando el *muezzin* acabó de llamar á los fieles á la oración de la

tarde, oímos rumor de pisadas y de babuchas, y, al incorporarnos en el lecho para averiguar lo que era, vimos una docena de esclavos vestidos de blanco que desfilaban delante de nosotros, llevando cada uno un gran ruedo de madera cargado de manjares. Los esclavos, que sudaban, al parecer, bajo aquel peso, depositáronlos en tierra, pareciendo felicitarnos con la mirada, mientras que con un paño espantaban las moscas. Nuestros hombres se agruparon alrededor como chacales hambrientos, y la boca hacíaseles agua, esperando con ansia su turno para comer.

"No tuvimos que esperar mucho la llegada del caid con sus dos acompañantes. Nos levantamos para recibirle á la puerta con los cumplidos de costumbre, y sin pérdida de tiempo nos dispusimos á comer.

"Ante todo presentóse un esclavo con una jofaina para que nos lavásemos la mano derecha, pues nunca se usa la izquierda para llevar el alimento á la boca cuando es posible evitarlo. Después de practicar todos esta operación, nos sentamos en círculo á manera de sastres.

"Abdul Kader sonreía y bromeaba como siempre, y hasta Si-Mahommed renunció á su expresión severa; mientras que nosotros hicimos lo posible para aparentar contentos, en cuanto no afectase nuestra dignidad.

"El ruedo más próximo se colocó en el centro de nosotros, y levantóse la tapadera en forma de colmena que le cubría. Entonces vimos una gran cazuela de barro, semejante á una jofaina, medio llena de manteca derretida, en la que nadaban algunos pollos asados, contándose por cada uno de ellos un pan á nuestro lado. Entonces se pronunció la frase—*¡Bismillah!* (—En nombre de Dios), con la que todo buen musulmán cree imprimir un sello divino en todo lo que hace. En mi afán de dar una prueba de franqueza, cometí el vulgar error de decentar el pan antes que Abdul Kader lo hiciera por mí. Allí no había, por supuesto, cuchillos ni tenedores, y era forzoso servirnos de los dedos, lo cual fué para nosotros una complicación; pues, obligados á no valernos más que de la mano derecha, era difícil separar la carne sin arrastrar el pollo, llenándolo todo de grasa. En nuestra impaciencia, con dificultad nos abstuvimos de usar ambas manos.

"Abdul Kader, viendo nuestro apuro, apresuróse á separar los mejores pedazos con sus propios dedos, y colocólos á nuestro lado ó, como especial cumplido, nos los introdujo en la boca.

"Algo disminuído el contenido de la cazuela, se pasó á nuestros hombres para que le dieran fin, dejándonos tiempo para limpiarnos los dedos como lo hacen los niños.

"Siguiéronse otra serie de pollos ó gallinas guisados de distinta manera, y después tres *tajen,* ó pedazos de vaca y carnero, que, así como los pollos, nadaban en manteca ó aceite.

"Después de este servicio de tajadas y pollos nos sentimos con fuerza para acometer todo lo que presentaran; y experimentamos profunda

emoción al ver que ponían delante de nosotros medio carnero asado, de cuyos poros brotaba la grasa, exhalando el olor más apetitoso. En mi deseo de manifestar hasta qué punto disfrutaba de aquel festín, y cuán contento estaba, introduje los dedos demasiado apresuradamente en la jugosa carne y me quemé. Como era natural, el dolor me indujo á llevarlos á los labios; pero, corrigiendo la falta, hice creer que mi intención había sido probar el sabor del carnero, y dije que estaba delicioso.

¡A la mesa!

"Una cazuela de arroz y pollos fué una agradable variante después de los sólidos que hasta entonces nos habían presentado; pero honramos muy poco, cuando le sirvieron, el plato nacional, el decantado *alcuzcuz,* compuesto de harina de trigo granulada y tostada sobre una sartén en que se guisa la carne. Con el *alcuzcuz* se hacen unas bolitas que se colocan en el borde del puño, para lanzarlas diestramente á la boca con ayuda del pulgar. Para hacer esto se necesita mucha práctica, y como nosotros no la teníamos, hicimos muy pobre papel en aquel ejercicio.

"Pero Abdul Kader nos prestó su ayuda de nuevo: con sus grasosos dedos hizo bolitas para nosotros, y al pronunciar la palabra—*¡Kul!* como señal, lanzábalas diestramente en nuestras bocas abiertas. Por supuesto, balbuceamos la frase—*¡Baraka-lowfik!,* procurando aparentar que agradecíamos tanto honor; pero las bolas pasaron por nuestro gaznate con dificultad, y había más de una razón para que sucediese así.

"El *alcuzcuz* señaló el término del festín propiamente dicho, y piadosamente dimos gracias al Dispensador de todas las cosas buenas que habíamos comido pronunciando la frase—*Hamdulillah* (—Alabado sea el Señor). Después nos lavamos bien las manos.

"En el último servicio presentaron las pastas y frutas en abundancia, como complemento del banquete, durante el cual habían pasado por nuestras manos una docena de pollos ó gallinas, 15 libras de carnero y vaca, medio carnero asado, 18 libretas de pan, y otras viandas no menos sustanciosas. Además presentaron un ejército de botellas y otros utensilios más ó menos misteriosos, y debí ponerme en manos de Abdul Kader, que me limpió las ropas, vertiendo en ellas agua rosada hasta que llegué á parecer un hombre medio ahogado. Después se me perfumó con humo de aloes odorífero, benjuí y ámbar gris, quemados en un pebetero.

"Abdul Kader me echó primero el humo en la cara, y después debí colocarme sobre el incensario, á fin de que el perfume penetrara por todas partes; de manera que muy pronto despedí humo por el cuello y las mangas como un volcán en erupción.

"Terminada esta ceremonia, el gobernador se levantó para retirarse, y le acompañamos hasta la puerta de nuestra habitación, donde, después de los *salams* y cumplidos, y una vez solos, nos ocupamos en limpiarnos bien, para vestir de nuevo el traje de la vida civilizada."

CAPÍTULO XXI

DESDE TELUET A AMSMIZ

VUELTA Á LA LLANURA.—VESTIGIOS DE LA ACCIÓN GLACIAL.—OTROS CARACTERES GEOLÓGICOS.—DE IMINZET Á AMSMIZ.—SITUACIÓN Y POBLACIÓN DE AMSMIZ.—EXPERIMENTOS CON EL ANEROIDE Y EL PUNTO DE EBULLICIÓN DEL TERMÓMETRO.—LOS JUDÍOS DE AMSMIZ.—CASAMIENTOS DE NIÑAS.

El 18 de junio despidiéronse del caid los viajeros, y, nada contentos, comenzaron á emprender la marcha en dirección á la llanura de Marruecos, hallándose, al cabo de dos horas, de nuevo en el Tizi-n-Teluet, contemplando por última vez el risueño valle. Por mucho que les pesara, no les quedaba otro remedio que seguir hacia el N., esperando tan sólo que algún cambio de fortuna les permitiese llevar adelante su propósito. Por la noche llegaron á Zarktán, donde se les dispensó, como siempre, cordial hospitalidad, pero disgustándoles mucho al siguiente día la noticia de serles preciso retroceder por el valle del Gadat en vez de cortar hacia el O. por las montañas, según se les había hecho esperar.

A las cuatro horas llegaron los dos ingleses al puente que hay sobre el Enzel, separándose en aquel punto del antiguo camino.

"Subiendo á las montañas por un empinado vericueto,—dice el ilustre viajero,—avanzamos en dirección O., viendo de continuo la pizarra rojiza con las intrusiones de basalto. Al llegar á la cima nos hallábamos en la superficie ondulada de la primera terraza de la montaña, con escarpadas colinas por el O., formadas por la acumulación de calizas sobre las pizarras más blandas y las areniscas. Irregulares anticlinos y sinclinos rompían la superficie de esos lechos en diferentes direcciones. Lo

que nos llamó principalmente la atención al penetrar en la cuenca de drenaje del Wad Masin fué una eminencia que se extendía desde la parte posterior de las altas montañas y que dominaba á Zarktán á través de las pendientes más bajas. Aunque no de gran anchura ni espesor, y contando solamente de 5 á 6 millas de longitud, esta era, por mucho, la más importante evidencia de la acción glacial que hasta entonces habíamos visto en el Atlas. Este hecho me hizo dudar mucho sobre el origen glacial que Maw atribuye á una enorme serie de *lechos de roca* que hay algunas millas más lejos al O. del Wad Masin. Parece imposible que los restos glaciales se hayan depositado como ese autor describe, formando un espesor de 1,000 á 2,000 pies en un área circunscrita de varias millas, mientras que en otras partes, desde Demnat al Atlántico, y en el mismo corazón del Atlas, sólo existe una muy insignificante evidencia de la acción glacial. En Misfiwa y Urika, donde se encuentran los llamados *depósitos glaciales,* no hay nada en la altura ó conformación de las montañas que indique más favorables condiciones que en otra parte para la formación de glaciares ó depósito de hielos trasportados.

"Los caracteres geológicos de la terraza de la montaña que entonces cruzábamos eran interesantes por otros conceptos. Evidentemente la intrusión de protuberancias y paredes de basalto habían sido el principal factor en la formación de los repliegues y curvas que distinguían las rocas. En un sitio pasamos á lo largo del eje de un anticlino donde la tensión sobre los lechos fuertemente curvados había resultado excesiva para las areniscas y pizarras, que por esta causa se habían fracturado, formando un valle en figura de V muy aguda. Por la parte del N., más lejos, este valle desembocaba en una gran depresión circular, en cuyo centro elevábase una colinilla de basalto, desde la cual el escarpado círculo de lechos de arenisca se perdía en todas direcciones. Por esta curiosa depresión deslízase el Wad Misfiwa.

"Avanzamos siguiendo por aquella agradable corriente montañosa, desde cuyo pintoresco valle veíamos á veces las alturas cubiertas de nieve que se destacaban más allá. Las atrevidas formas físicas de los escalones interiores no necesitaban los restos acarreados por las aguas para indicarnos que allí la configuración geológica difería de lo que habíamas visto en el Gadat. Sin embargo, los bloques de jaspe, pórfido y diorita que cubrían el lecho del Wad Misfiwa eran un dato bien marcado respecto á la naturaleza del cambio geológico.

"A las tres de la tarde salíamos una vez más de entre las montañas y nos encontramos en los olivares de Iminzet, con la monótona llanura amarillenta de Marruecos extendiéndose hacia el N."

(Abreviaremos la narración de Thomson diciendo que tuvieron la suerte los dos ingleses de que el caid de Misfiwa se hallase ausente en Mequinez, por lo cual pudieron continuar su camino sin tener que dar cuenta á ninguna autoridad de la ruta que pensaban seguir. Sin embar-

go, y para desorientar á los guías y criados, no se dirigieron en seguida al N. del valle del Misfiwa, sino que se encaminaron, por Gurguri, desde Iminzet hacia Amsmiz, á fin de cruzar por allí la montaña si era posible.)

"Seguimos al principio,—continúa diciendo,—por el SO., cruzando por una llanura pedregosa y sin árboles y bordeando la base de un escarpado otero, en la cual se elevaba un dique de basalto. Lo más agradable del paisaje eran los numerosos pueblecillos que se extendían á lo largo de la montaña. La mayor parte de la cosecha, algo escasa allí, habíase recolectado ya, y vimos los haces preparados para el trasporte. A las dos horas llegamos al Wad-El-Mulha, donde termina el dique de basalto, trazando las colinas bajas una curva hacia el S. y formando una gran bahía en cuyo centro está Urika. A medida que avanzábamos la llanura era más fértil y variada, pues había muchos olivos y huertas con árboles frutales, que recibían el agua necesaria por una perfecta red de acequias. A tres horas de Iminzet, en un sitio llamado *Tamaraht,* observé una línea bien marcada de rocas, acarreadas hasta allí por la acción glacial, muchas de ellas de gran volumen, y también vimos una serie de colinillas redondeadas al pie del Atlas, compuestas de las *rocas glaciales* de Maw.

"Hacia el mediodía cruzamos el Wad Reraya, donde encontramos de pronto un arenal en medio de la corriente. Dos horas después penetramos en unos magníficos olivares muy próximos al Wad Reraya en Taghnowt (Tachnowt).

"En este punto dejamos la llanura para cruzar la estribación de la montaña de Muley-Ibrahim y Gurguri. A la altura de 4,000 pies nos encontramos en la cima, viéndose á nuestra izquierda la sagrada *zawia* ó santuario de Muley-Ibrahim. No hay en todo el S. de Marruecos santo más venerado, y nuestros hombres se apearon apresuradamente para rezarle una oración. Hecho esto, tiraron algunas piedras sobre una especie de *montículo* que se elevaba á orillas del camino, y que se había formado por las sucesivas adiciones, durante siglos, de todos los viajeros, quienes, no pudiendo visitar la tumba del santo varón, deseaban agregar alguna cosa al rudo monumento erigido en su memoria.

"Después de pasar por un grupo de rocas metamórficas, penetramos en una serie de curvos repliegues de formación cretácea.

"Acercábase ya la hora de ponerse el sol cuando nos encontramos junto á la ladera oriental de las montañas de Gurguri, que dominan la llanura. Al llegar á la mitad de la rápida pendiente pasamos por delante de aquella Alcazaba, asentada, como un nido de águila, en una proyección de la roca. Como el caid no estaba en casa, fué preciso ir al castillo de su califa, ó teniente, donde llegamos después de ponerse el sol, al cabo de una jornada de catorce horas.

"La recepción que se nos hizo distó mucho de ser hospitalaria, y con

gusto partimos á la mañana siguiente para Amsmiz. Cuatro horas después nos hallábamos allí, con nuestros animales rendidos de cansancio á causa de las marchas forzadas de los tres días anteriores."

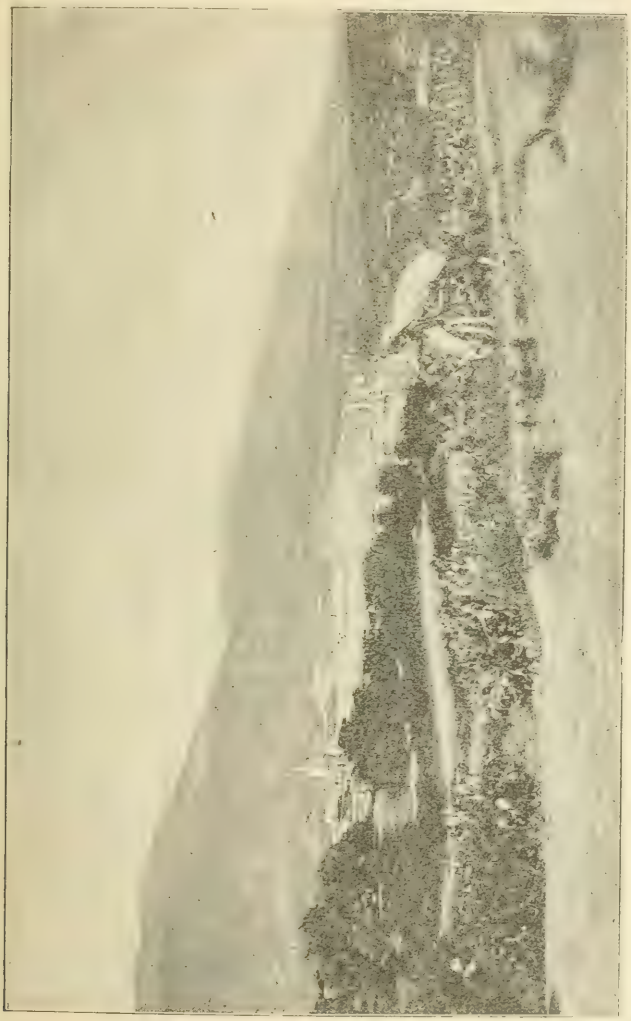
Tampoco estaba allí el caid, haciendo sus veces su califa ó teniente: nueva fortuna para los viajeros, que no tuvieron por que entrar en explicaciones."

"Hállase Amsmiz al pie de la terraza montañosa exterior del Atlas y cerca de la entrada de un estrecho valle, á través del cual podíamos ver algo de la línea de la cordillera, á unas 8 millas de distancia. La ciudad está á una elevación de 3,020 pies sobre el nivel del mar, según el punto de ebullición de nuestro termómetro, aunque el aneroide de Hooker dió la altura de 3,382 pies. Mi experiencia con los dos diferentes instrumentos me induce á creer que mi propia observación es probablemente la más correcta. Partiendo de este supuesto, añadiré que entre las montañas mi aneroide difería del que es oficial en Inglaterra en la extensión de varios centenares de pies, produciendo cada ascensión un nuevo error. Sin embargo, al salir de la costa y al volver, el aneroide convenía con el del observatorio. En su consecuencia, si hubiera confiado completamente en él y no hubiese tenido otro para comparar, habría dejado Marruecos con la idea de que poseía un instrumento admirablemente exacto, mientras que entre las montañas las cifras hubieran discrepado en gran manera. Se ha de entender, por lo tanto, que las elevaciones que aquí doy y el mapa que se acompaña (en el capitulo siguiente) se deducen de la temperatura del punto de ebullición (como es de rigor en todos los casos importantes), ó del aneroide corregido por el observatorio inglés. Este hecho explicará las notables diferencias que los geógrafos no dejaron de notar entre mis alturas y las que han dado observadores tan expertos como Hooker y Ball.

"La población de la ciudad de Amsmiz, según mi cálculo, es de unas 2,000 almas, contándose considerable número de judíos. Aquí, como en otras partes, esos hijos de Israel sufren muchas vejaciones; pero con gran sorpresa nuestra observamos entre ellos cierto aseo, no solamente en sus personas, sino también en sus viviendas y calles, aunque la tal limpieza, por supuesto, era puramente relativa. A esto se debía, sin duda, la mejor salud de aquellos judíos. Las deformidades físicas eran más raras, y puedo decir que los israelitas de Amsmiz son por mucho los hombres mejor desarrollados que hemos visto en Marruecos, incluso las mujeres. Por otros conceptos los miramos favorablemente, como por ejemplo por su aspecto digno y su aire de independencia, bastante raro en aquel país. Parece que están en muy buena inteligencia entre sí y con el gobierno.

"Entre los diversos problemas que los judíos ofrecen en Marruecos ninguno parece tan curioso como el hecho de que en cada ciudad y distrito presentan caracteres físicos diferentes, sin perder el que distingue

á la raza; de modo que el observador podría decir, desde luego, que el uno viene de Amsmiz, el otro de Demnat, éste de Marruecos y aquél de las montañas del Atlas. Esta diferencia, por supuesto, se debe hasta



Amsmiz

cierto punto á los distintos trabajos y condiciones de vida de cada cual, así como á sus diversas esferas. Pero el más importante factor para producir esta diferencia era el antiguo estado de cosas, existente ahora sólo en lejanos puntos del Atlas, que impedía á los judíos abandonar los hogares donde vivieron poco menos que como siervos. Otra razón era la costumbre de las uniones consanguíneas, á fin de conservar el dinero, con tantas fatigas ganado, dentro de la familia.

"En Amsmiz la regla general es casar las hembras sumamente jóvenes, pero no con niños de su edad, sino con hombres de edad madura, con frecuencia viejos, mientras que sus consortes cuentan de siete á diez años. Estas esposas niñas viven con sus maridos, que, como ya se

Niñas esposas judías, Amsmiz

comprenderá, se limitan á protegerlas hasta que alcanzan cierto desarrollo. Sin embargo, no es cosa rara una madre de diez años, y menos las de trece á quince.

"Lo más sorprendente en estos tempranos matrimonios es que no parecen influir en el físico de la población. Por lo que hace á Amsmiz, la costumbre pareció tener por resultado la producción de hombres y mujeres sanas."

CAPÍTULO XXII

EL VALLE DEL WAD AMSMIZ

ASCENSIÓN AL VALLE.—NUESTRO CAMPAMENTO.—MÁS RUINAS DE LOS "RUMÍ."—IMINTELLA.—LOS HECHICEROS DE SERPIENTES.

El día 23 de junio,—sigue diciendo nuestro autor,—bien descansadas ya las mulas, resolvimos comunicar nuestros planes al califa; pues, por lo que sabíamos, ignorábanse de todo punto nuestras intenciones. A pesar de que el secreto estaba bien guardado, llamamos á los más revoltosos de nuestros hombres para atemorizarlos un poco. Dijímosles que nos eran conocidas todas sus perversas maquinaciones en Glauwa, y que si persistían en semejante conducta nos vengaríamos de una manera terrible. Convenía que reflexionasen sobre esto y que dudasen sobre si nuestra venganza sería pedir su muerte ó hacerles morir de hambre en un calabozo, y de todos modos dímosles á entender que el correctivo sería inusitadamente severo.

"Nada ocurrió que desvaneciera nuestras esperanzas durante los dos días que permanecimos quietos; pero esto no significaba mucho, pues en Marruecos, el hombre que se propone un objeto y trabaja para conseguirlo, suele tropezar con dificultades precisamente cuando cree seguro realizar sus fines. Algo de esto nos había sucedido en Teluet y nos preguntábamos si ocurriría lo mismo en Amsmiz."

(Afortunadamente no sucedió nada, y nuestros viajeros pudieron salir de la ciudad á campar por sus respetos.)

"Al cabo de media hora,—continúa diciendo el famoso viajero,—sin creer apenas en nuestra buena suerte, habíamos atravesado las pendien-

tes onduladas, cubiertas de olivos y de viñedos, y llegábamos á la base de la cordillera exterior. Poco después dióse principio á la ascensión de la montaña por un paso pedregoso. En las pendientes más bajas parecían brillar los gomeros y abundaba el tomillo, reanimando el aspecto triste y estéril que caracteriza el Atlas durante el verano.

"En poco más de una hora habíamos llegado á la parte posterior de la estribación por la cual debíamos pasar para ganar el valle de la cor-

dillera principal. Desde el punto donde estábamos podíamos ver toda la extensión de las tierras bajas que habíamos dejado atrás, la ciudad de Amsmiz, circuída de olivares, y las tres sombrías corrientes que bajaban serpenteando del Atlas á través de la abrasada llanura amarillenta de Marruecos. También distinguíamos confusamente aquella ciudad con sus numerosos jardines, sobre los cuales se destacaba orgullosa la gran torre de Kutubia. De más inmediato interés era el valle del Wad Amsmiz, que profundizaba mucho en las estribaciones inferiores, presentando un variado paisaje. Los precipicios de arenisca sólida y amarilla contrastaban con la superficie irregular de las rocas metamórficas friables que ascendían desde el fondo, mientras que hacia la cabeza del escabroso valle elevábase bruscamente el pico de Tezah, cuya cima, cubierta aún de nieve, brillaba á los rayos del sol, interrumpiendo la mo-

notonía del conjunto. La fría brisa que llegaba de aquellas alturas refrescaba mucho el ardiente calor del llano, mientras que las tumultuosas aguas del torrente, que bullía á 1,000 pies más abajo de nosotros, producían un murmullo muy agradable á nuestros oídos.

"Por aquel valle avanzábamos entonces. Un estrecho camino de herradura que se prolongaba por la rápida pendiente pedregosa aparecía y desaparecía sucesivamente en sus muchas irregularidades, asemejándose á un hilo en aquella gran extensión salvaje.

"En una gran parte del trayecto nos mantuvimos á varios centenares de pies sobre el valle, pasando á través de espesuras, en las cuales abundaban el *calitris* resinoso y el enebro, así como el roble, que son las principales esencias en aquellas pendientes sin cultivo. Solamente al llegar al fondo, donde el agua abunda todo el año, nos alegró la vista la presencia de los nogales, álamos, almendros y granados, que aquí eran verdaderos árboles y sombreaban las terrazas en cultivo de los montañeses.

La muna

"Nuestra primera jornada fué corta: á causa de la escasez de víveres fué preciso acampar siendo aún muy de día.

"Nunca habíamos encontrado un sitio tan agradable. En el Atlas, los espacios cubiertos de verde y de árboles son sumamente raros; pero en este lugar, en el valle del Wad Amsmiz, teníamos un paraíso para plantar nuestras tiendas. Los nogales abundaban, un ruidoso torrente mugía á nuestros pies, y de las majestuosas montañas inmediatas, que parecían envolvernos con sus gigantescos brazos, llegaba hasta nosotros la fresca brisa que templaba los calores tropicales. También estábamos cerca de varios pueblecillos bereberes, donde podíamos adquirir suficiente pienso para nuestras mulas y caballos, leche, huevos y gallinas, así como alcuzcuz, tajen y tortas de cebada para nuestros servidores.

"Allí nos dijeron que en las inmediaciones había algunos restos de cristianos, según los llaman; pero, aleccionados por la experiencia, pusimos en duda el origen, lo cual no impidió que fuéramos á visitar las ruinas para formar juicio sobre ellas.

"Al principio avanzamos por un pintoresco barranco abierto en los lechos de caliza blanca y amarilla y de arenisca, cuyas rugosas angulosidades se ocultaban bajo una alfombra de yedra, madreselva y zarzas: entre su brillante follaje brotaban numerosos manantiales, comunicando á los ojos continua frescura. Lo que más nos agradó fué ver entre los peñascos derrumbados, y en algunos sitios de los barrancos, grande abundancia de margaritas, llamándonos la atención el tinte azulado de los pétalos.

"Mientras saltábamos de roca en roca en busca de nuevas plantas, olvidando el principal objeto de nuestra expedición, vimos de improviso, con asombro, que estábamos sobre un bloque de piedra escuadrado que pesaría unas 2 toneladas, y al observar su perfecta forma creímos que sería "algo de los *Rumi*" (cristianos). Un poco más lejos había otra mole semejante, y después encontramos otras muchas de diversa forma y tamaño, pero todas igualmente escuadradas y en disposición de labrarse. ¿A qué se habían destinado? Nadie podía soñar en construir una casa que exigiese piedras de semejantes dimensiones, y en un valle desolado como el del Wad Amsmiz, y, por lo tanto, pensé que se destinaban para construir en las llanuras.

"Sin embargo, esta deducción me conducía á otra dificultad, pues no me explicaba cómo se habían de conducir piedras que pesaban de una á 2 toneladas por el pedregoso desfiladero que con dificultad podían atravesar las mulas con una carga ligera. Como no encontraba la solución del problema, renuncié á buscarla para pensar en otro. ¿Sería posible que los romanos hubieran escuadrado aquellas piedras, con su acostumbrada audacia, ó lo harían los moros en aquellos buenos tiempos en que enarbolaban la bandera de la civilización y eran lumbreras hasta en los pueblos de Europa?

"Nunca se había sabido que los romanos llegaran á establecerse en la base del Atlas tan sólidamente como parecía deducirse de aquellos materiales mientras que no se ignoraba que los moros habían tenido un carácter muy emprendedor para sus construcciones. Esto último nos indujo á deducir que la obra debía ser más bien de los moros; pero aun faltaba saber cómo hubieran trasportado aquellas moles al valle.

"Nuestras dudas tomaron un nuevo giro cuando, en busca de datos que nos ilustrasen, vimos más allá otra cosa más interesante, cual era un magnífico manantial, cuyas cristalinas aguas brotaban de un agujero en el fondo de un precipicio, y en tal cantidad que formaban una finísima corriente.

"Los naturales aseguran que hay una enorme reja de hierro en la boca del manantial, enclavada en la roca sólida, y este aserto fué confirmado por Shalum, cuyos informes habían sido siempre verídicos y exactos, cosa rara en Marruecos. Nos dijo, además, que en cierta ocasión había visto el enrejado, y añadió que los barrotes eran del grueso

de la muñeca de un hombre. Nosotros no pudimos ver aquello á causa del turbulento hervor de las aguas, que por medio de un canal artificial se hacían subir hasta en medio de las terrazas de los montañeses. Como era de suponer, el maravilloso manantial tenía su leyenda, en que se hablaba de tesoros ocultos y de muchas cosas mágicas. También se atribuían maravillosas virtudes á las aguas, y castigábase á los que violasen la santidad protectora de aquel sitio.

"Comenzábamos á preguntarnos si existía alguna relación entre las piedras escuadradas y aquel mágico manantial; pero muy pronto comprendimos que no era posible contestarnos satisfactoriamente, y en su consecuencia nos alejamos de aquel sitio para ver unas ruinas inmediatas al pueblo de Imintella, descritas también como restos de los romanos. La posición y el carácter de estas ruinas era verdaderamente muy notable, y no podía dudarse de su antigüedad; pero una sola mirada al estilo de la arquitectura y á las paredes de cal y barro bastó para reconocer que la obra era de cristianos. Debía pertenecer á los más primitivos, que, según parece, ocuparon gran parte de Marruecos antes de la conquista mahometana, aunque apenas se conoce de ellos más que el nombre.

Comerciante marroquí

"Al volver al campamento á la caída de la tarde, y mientras tomábamos una taza de te, nos llamó la atención un humilde caminante que bajaba por el valle. Conducía un asno, invocando continuamente á Alah para que observase la terquedad del animal, que, sin hacer caso de amenazas ni imprecaciones, avanzaba con la misma lentitud por el paso pedregoso.

"En el traje y el aspecto del caminante, así como en la cesta que su asno llevaba, había alguna cosa que indicaba un Asagua, es decir, un devoto de Sidi Aissa, en cuyo nombre el verdadero creyente puede resistir el veneno de los reptiles, comer vidrio y hacer otras muchas cosas horribles impunemente.

"Deseoso de ver alguna de aquellas habilidades en tan favorables

circunstancias, me adelanté para invitarle á pasar á nuestra tienda.

"—¡Bien venido, oh extranjero!—le dije, deseando practicar lo poco que sabía de árabe; pero el hombre me miró con malos ojos y burlóse de la hospitalidad de un nazareno rebelde contra Dios.

"—La paz sea contigo,—me atreví á decir.

"—La paz sea con el *verdadero creyente,*—contestó con sequedad y marcado énfasis.

"Esta contestación me desconcertó; pero Hadj M'hamad vino en mi auxilio, y los ojos del Asagua brillaron al ver la pipa de *kief* que El-Hadj llevaba en la mano.

"—Escucha,—le dijo éste,—oh feliz creyente en Nuestro Señor Mohamed (la paz sea con él), escucha las palabras del Anasera (cristiano) y hazle ver tus milagros. Te enriquecerá con su plata, y tal vez reconozca, por la gracia de Sidi Aissa, al Dios único y su Profeta.

"Las flaquezas de la carne pudieron más que las repugnancias espirituales, y, atraído por la pipa del Hadj, el encantador de serpientes entró en nuestra tienda, donde, seducido por el humo del tabaco y la vista de un duro, consintió en poner de manifiesto las facultades milagrosas de los que siguen la bandera de Sidi Aissa.

"Después de haber dejado en el suelo su cesta de serpientes, comenzó á dar vueltas alrededor de una manera extraña, invocando á su santo patrono con un cántico singular, y acompañándose de un tamboril, en el que golpeaba vigorosamente con las manos.

"Comenzando al principio con voz baja y plañidera, y con la mirada lánguida y angustiosa, elevóla poco á poco, pareciendo que el hombre se exaltaba en su religiosa excitación. Sus ojos adquirieron más brillo, y su expresión fué más animada á medida que golpeaba el tamboril, cada vez más vigorosamente. Con su ropaje flotante y su largo cabello negro, que pendía sobre los hombros, parecía casi una visión fantástica. De repente detúvose en una de sus rápidas vueltas, introdujo sin temor su mano en la cesta y sacó dos serpientes.

"La música del tamboril cesó, y sólo el murmullo de las aguas del torrente interrumpía el silencio. El Asagua permaneció inmóvil un momento, mientras que los venenosos reptiles se enroscaban en su brazo levantado, observando nosotros la extraña escena con ansiedad. Una vez y otra las serpientes mordieron los brazos desnudos del hombre, que las miraba con la mayor calma. El Asagua cogió después una hoja de cebolla y frotóse con ella la pierna hasta hacerse saltar sangre, hecho lo cual volvió una de las serpientes á su cesta. Por espacio de un instante mantuvo la otra levantada, cogida por el cuello, y el hombre y el reptil se miraron con fijeza, como para ver cuál tendría más obstinación. Mientras que nos preguntábamos cuál sería el siguiente ejercicio, el encantador se acercó la serpiente á la boca, y un segundo después la vimos sin cabeza, agitándose en las convulsiones de la agonía. Con

increible rapidez, el Sidi Aissa mascó y se tragó la cabeza del reptil, á pesar de nuestras protestas; y luego, con la mirada fija, y como entregado á un éxtasis, mordió dos ó tres veces el cuerpo de la serpiente, arrancándole otros tantos pedazos. Sus ojos adquirieron entonces una fijeza espantosa, y hubiérase dicho que el hombre olvidaba cuanto había en su alrededor. El veneno de la serpiente circulaba por sus venas y hallábase poseído del delirio. Otras dos ó tres veces mordió la serpiente muerta, y entonces su locura tomó una nueva forma. Dejóse caer en tierra, y, poniéndose en cuatro pies comenzó á dar saltos salvajes, aullando como una fiera, mordiendo el suelo y arrancando con los dientes la yerba. Difícil sería imaginar una escena tan extraña y repugnante: el encantador de serpientes, entregado al paroxismo de un delirio loco, saltando y retorciéndose como una fiera, y teniendo aún en la mano la serpiente en parte devorada; á su alrededor, el círculo de espectadores, dos europeos fascinados, los judíos temblando de terror, y los moros creyentes invocando á Alah, á su Profeta y á todos los santos del calendario para proteger al fiel creyente: tal era el conjunto del cuadro, al que prestaba un tinte más sombrío el denso follaje de los nogales. La corriente del Wad Amsmiz murmuraba melancólicamente cerca de nosotros, y á lo lejos elevábanse las montañas grises, imponentes por su majestuoso silencio.

Molinete con la espingarda

"Algunas veces el Asagua se ponía en pie, levantaba los brazos al cielo en ademán de súplica, y parecía quedar sumido después en una especie de éxtasis contemplativo.

"En uno de los últimos paroxismos del encantador, Hadj M'hamad se deslizó á su lado, y, aprovechándose de una oportunidad, apoderóse del resto de la serpiente, poniendo en su lugar un pedazo de carnero crudo. Sin notar, al parecer, el cambio, el Asagua mordió el carnero con la misma voracidad, y muy pronto su frenesí pareció desvanecerse, permaneciendo el hombre más tranquilo. El-Hadj, cogiendo el tamboril, comenzó á tocar y bailar alrededor del Asagua, y poco después el encantador, renovando sus vueltas, acompañó al Hadj en su danza. De

repente dejóse caer en tierra como paralizado y estremeciéndose cual si le agitaran las convulsiones de la muerte. Hadj, inclinándose sobre él, le abanicó vigorosamente, y á los pocos minutos desvanecióse la crisis y el encantador volvió á quedar tranquilo. Los moros seguían murmurando sus oraciones con la cabeza inclinada, los judíos no decían la menor cosa, y nosotros guardábamos profundo silencio, impresionados por aquella extraña escena.

"El Asagua miró al fin á su alrededor: sus ojos tenían una expresión más dulce, pero su rostro presentaba un tinte cadavérico. Habíase dominado el efecto del veneno y el delirio no existía ya. Con voz unánime, los moros reconocieron la grandeza de Alah y apresuráronse á prestar sus auxilios al humilde servidor de Sidi Aissa para levantarse y tomar asiento junto á los demás, que le ofrecieron tabaco para mitigar la tensión de sus nervios.

Judío

"Una hora después, cuando estaba apuntando los detalles que acabo de referir, distrájome la llamada de mi compañero, que por el tono parecía muy urgente. Este me hizo dejar la pluma al punto y corrí en medio de la oscuridad. Alrededor de la hoguera del campamento, nuestros hombres se agrupaban junto á mi amigo C. B., cuyo traje europeo y rubio cabello contrastaban pintorescamente con los trajes blancos de los moros. Mis miradas se fijaron después en el Asagua, que acababa de sacar de la hoguera un pedazo de carbón encendido, y, después de tenerlo entre las puntas de los dedos, comenzó á soplarlo é introdújolo en su boca, tragándoselo luego, al parecer, con evidente satisfacción, mientras que los moros gritaban *¡Alah Abkar!* (—Dios es grande).

"Aparentemente el Asagua había devorado su comida primero y quería guisarla después, pues no solamente cogió un carbón, sino varios, repitiendo siempre la misma operación de encenderle bien para introducirle después en su boca, hasta que al fin se debió convencer de que los pedazos de serpiente que tenía en el estómago estaban ya bastante cocidos.

"De todos modos había demostrado á satisfacción de cuantos creyentes había reunidos allí, que sólo existía un Dios, que Mahoma era su Profeta, y Sidi Aissa uno de los mejores santos."

CAPÍTULO XXI

GINDAFY

SEGUNDO CRUCE DEL ATLAS.—CARACTERES GEOLÓGICOS.—EL JEBEL TEZAH.—ASCENSIÓN AL TIZI-NEMIRI.—PANORAMA.—ELEVACIÓN.—MONTAÑAS DE WISHDAN.—ARENISCA ROJA.—DESCENSO.—EL VALLE DEL WAD AGANDICE.—ASCENSIÓN Á LAS MONTAÑAS.—EL VALLE DEL WAD NYFIS.—REGRESO Á AMSMIZ.

Salimos de nuestro campamento de Imintella al rayar la aurora, según costumbre, para cruzar de nuevo la cordillera principal, y seguimos la corriente del Amsmiz, cruzando un lecho pedregoso á cada 100 varas que recorríamos, según lo exigían las condiciones del desfiladero, y aprovechándonos de la sombra de magníficos nogales.

"A medida que penetrábamos más en las montañas observábase la presencia de un nuevo factor en la geología del Atlas. En el lado oriental del valle la formación era metamórfica, consistiendo en pizarras de arcilla y rocas esquistosas atravesadas por vetas de pórfido; mientras que en el O. las rocas eran de arenisca amarilla y rojiza y calizas sobrepuestas en las capas más antiguas.

"Una milla más arriba del campamento las rocas cretáceas (?) terminaban de pronto junto á las pizarras de arcilla, que se elevaban desde abajo á gran altura en la masa central de montañas.

"Al cabo de una hora llegamos á un punto en que el Wad Amsmiz se divide y abraza el sólido pico del Jebel Tezah, que se destaca marcadamente en el eje principal. Hooker le escaló en otro tiempo y dióle, algo equivocadamente, el nombre de *Tezah* ó *Tizi*, término que en el lenguaje de los shellachs significa *paso* ó *montaña que se cruza*; pero se puede conservar el calificativo por conveniencia.

"Siguiendo la rama principal, penetramos muy pronto á bastante profundidad, por el SO., en la mole del centro. La garganta se estrecha-

ba á medida que avanzábamos. Elevábanse las vertientes más de improviso, alcanzando una altura de 9,000 pies en la derecha, y de 10,000 á 11,000 en la izquierda. A no ser por la abundancia de nogales de grandes dimensiones y por la presencia de alguna choza de vez en cuando, hubiéramos podido creer que entrábamos en el valle de una montaña de las que hay en las altas tierras del S. de Escocia: tan análogos eran los caracteres generales del paisaje. Los detalles geológicos eran los mismos. El tomillo silvestre comunicaba más color al conjunto, y en las rocas crecían los helechos, viéndose otras diversas plantas en los sitios más preservados del viento.

El árabe y su caballo

"Cerca de la división de la corriente veíanse numerosas ruinas de chozas que atestiguaban los tristes resultados del desgobierno marroquí. Muy pronto averiguamos, no obstante, que la desolación era debida á otra causa más terrible, y que diez años antes el hambre había ahuyentado, por efecto de la sequía, á todos los que allí habitaban.

"A dos horas del campamento encontrábamos el fin de la corriente, ó más bien el punto en que se bifurca formando numerosos arroyuelos, que se distribuyen por la superficie de la montaña, la cual remata en un desfiladero, así como Tezah da frente al valle principal del Wad Amsmiz: en este punto debimos comenzar de nuevo la ascensión de la cordillera. Como la atmósfera era maravillosamente clara, esto no parecía ninguna empresa notable; pero la verdad es que debíamos trepar hasta una altura de 5,000 pies. Un sendero en zig-zag, al parecer propio tan sólo para cabras, indicábase ligeramente en el flanco de la montaña, señalando el camino. Como la formación de la roca es de pizarra arcillosa en extremo quebradiza, la vertiente presentaba un aspecto desolado de monótona uniformidad.

"Cuanto más trepábamos, más escarpada y peligrosa era la pendiente, sin que en toda ella viésemos señal ninguna de aves ni de otro animal alguno. Allí no se oía más que el triste mugido del viento y el melancólico murmullo de la corriente que se deslizaba 2 ó 3,000 pies más abajo. Nuestros hombres, sin embargo, no dejaron de despertar los ecos del valle con sus gritos y amenazas.

"A fuerza de paciencia y de una lucha perseverante llegamos, por fin, á la cumbre, á una altura de poco menos de 10,000 pies. Al detenernos para tomar aliento, mirando á nuestro alrededor, lo primero que observé fué el hecho desagradable de que Gindafy, punto á que pensaba dirigirme, no estaba, como Teluet, en el lado S. del Atlas, sino en el mismo corazón de éste, descubrimiento por demás enojoso; pues, cuando yo esperaba ver las cordilleras inferiores del S., y hasta el valle del Sus á mis pies, reconocí que en este punto se elevaba una barrera de montañas conocida con el nombre de *Wishdan*, hallándose entre éstas el gran valle del Wad Nyfis corriéndose paralelo al eje principal: la abertura que había en esta cordillera era Gindafy.

En el desierto

"Sin embargo, el paisaje que se ofrecía á nuestros ojos nos hizo olvidar semejante decepción, pues realmente era el más grandioso y variado que hasta entonces habíamos visto en el Atlas. Allí nos rodeaba un confuso conjunto de montañas, picos y valles, y en todas partes veíamos fantásticas formas. Á 5,000 pies bajo nosotros extendíanse los verdes campos y terrazas de Gindafy. Sombríos robledables cubrían las pendientes, y las cumbres de las montañas estaban coronadas de nieve, cuya blancura deslumbraba. Por la parte del E. el valle parecía cerrado por las grandes masas amorfas que hay sobre Riraya, que se elevan á la altura de 14,000 pies. Por la del S. Wishdan era el punto más notable á causa de la brillantez de las calizas cristalinas. Por el O. veíase que el valle se dividía en dos grandes desfiladeros, separados por una estrecha cordillera, y cerca de la cabeza de Nyfis completamente aislado, cubierto de nieve, al que se da el nombre de *Ogdent*.

"El conjunto de la escena difería mucho de todo cuanto habíamos visto hasta entonces por la parte del E. Allí el Atlas presentaba alturas de cumbre plana, cordilleras escarpadas y líneas rectas que corrían como paredes á lo largo de las pendientes, mientras que los colores de la superficie eran de un rojo y púrpura brillantes. Aquí la región, mucho más desnuda, caracterizábase por sus agudos picos, y predominaban los restos pizarrosos de color gris, cuyo aspecto me pareció bas-

tante lúgubre. Esto se explicaba por la formación geológica: nos hallábamos entonces en un espacio metamórfico de pizarras de arcilla muy friable, con moles de sienita, mientras que en el E. encontrábanse calizas blancas y grises, pizarras rojas y púrpura, y areniscas del período cretáceo.

"Si el ascenso del Tizi-Nemiri desde la parte N. fué enojoso, en cambio el descenso por el lado S., desde donde estábamos, parecía de todo punto imposible. En todas mis excursiones no he visto

La Alcazaba de Gindafy

nunca un paso de montaña tan excesivamente escarpado; pero no había más remedio que aventurarse en él, haciendo coro con nuestros hombres, quienes suplicaban á Alah que les permitiera salir de allí con bien.

"Al cabo de una hora habíamos bajado ya 4,000 pies, llegando á un confluente del Nyzis. Desde aquí el camino comenzaba á ser menos peligroso, pero en extremo difícil, pues era preciso pasar por el lecho pedregoso de la corriente. Ninguna mula ó caballo de cristiano hubiera podido bajar por aquel desfiladero; pero nuestros cuadrúpedos, criados en otra atmósfera religiosa, descendieron con la agilidad de una cabra y con pies igualmente seguros.

"Muy pronto el estrecho valle convirtióse en un desfiladero imposible de franquear, y esto nos obligó á cruzar por la estribación de la montaña que nos separaba del valle principal del Nyfis. Este era el pun-

to más arriesgado que habíamos encontrado hasta entonces, y más de una vez miramos con ansiedad nuestras mulas al pasar por sitios donde el más ligero choque de la carga contra la roca habría bastado para precipitar al pobre animal hasta el fondo del abismo. Por otra parte, á los conductores les importaban poco nuestros asuntos, y, como nos acompañaban contra su voluntad, no se cuidaban de los animales y atendían solamente á su seguridad propia. Era necesario dirigirles continuas amenazas, y esto nos impidió disfrutar de la vista de los paisajes, como lo hubiéramos hecho en otro caso.

"Por fin pudimos salir de aquel mal paso, llegando á la parte posterior de la estribación, desde donde vimos á la profundidad de 1,000 pies más abajo el valle de Gindafy. Después de ver la desolación y esterilidad de las alturas superiores, las arboledas y campos que cubrían el fondo de esta grieta de la montaña nos parecieron magníficos, y eran, á la verdad, muy agradables.

Fantasía

"Me sorprendió mucho observar que aquí, en el mismo corazón del Atlas, en lo que apenas era algo más que un profundo agujero longitudinal del eje central, hubiese un sinclino de arenisca roja, semejante á una corteza que cubriese los lados del valle, elevándose sobre ella las rocas metamórficas que constituyen la mole de la cordillera.

"Desde el punto á que habíamos llegado podíamos ver numerosos pueblos; pero lo que principalmente nos llamó la atención fué una especie de sólido edificio encastillado que se elevaba en el mismo centro del valle, más allá del cual deslizábase, trazando caprichosas sinuosidades, el magnífico río Nyfis. No nos costó mucho reconocer que aquello sería la Alcazaba de la provincia.

"Pronto llegamos al fondo del valle, y desde aquí, por un fácil paso, pudimos avanzar con rapidez á lo largo de las orillas de la corriente.

"No nos aproximamos sin cierta inquietud á la Alcazaba. El valle era propiedad del Sultán hacía dos ó tres años, y sabíase que el caid y su pueblo estaban muy enojados aún por la ruina en que quedaron durante el período en que lucharon por su independencia. Habíanla perdido tan sólo en parte, y la supremacía del Sultán era más nominal que verdadera. Bajo estas circunstancias, nosotros llegábamos con el carácter de infieles aborrecidos, y también como *Kafirs* bajo la protección parcial de su aborrecido amo, lo cual no era ninguna buena recomen-

dación. Podrían despojarnos, darnos muerte después, sin que por esto debieran temer las consecuencias. Por lo tanto esperábamos más de los mejores sentimientos y menos virulenta simpatía que los shellachs manifiestan á los cristianos."

Pasaremos por alto los desagradables entorpecimientos opuestos por aquel caid al plan de nuestros viajeros, contentándonos con manifestar que, para colmo de infortunio, C. B. sufrió una picadura de escorpión, contra la cual aplicó Thomson con buen éxito la conocida *Agua de luce*. Por fin, humanizándose el funcionario imperial, permitió que los dos ingleses pudiesen ir á visitar unas notables grutas cerca del Wad Agandi-

Maniobras de jinetes

ce, uno de los principales tributarios del Nyfis; pero, en suma, las tales grutas resultaron una *papa*, pues no eran tal cosa.

"Sin embargo,—dice Thomson,—no hubo mucho motivo para deplorar que por falsas indicaciones hubiésemos ido á parar al Wad Agandice; pues, siguiendo el curso de la corriente hasta donde parecía desaparecer frente á Wishdan, dimos la vuelta á una estribación de la montaña, y vimos el más magnífico desfiladero ó *cañón* que había encontrado hasta entonces, muy semejante á los que hay en América, y rara vez en otra parte. Imaginaos una inmensa grieta que se corría á través de la cordillera, y figuraos que estáis en el fondo: á cada lado, mirando hacia arriba, se ve una altura de al menos de 5,000 pies, formada por precipicios, rocas colgantes, fantásticos picos pedregosos y moles semejantes á torrecillas. Los pinos y otros árboles constituyen como un sombrío dosel sobre los barrancos, contribuyendo á que el conjunto sea doblemente pintoresco. El Atlas se me presentaba aquí por primera vez con algo de la salvaje grandeza y de los asombrosos efectos que puede producir una línea de montañas que alcanzan alturas de 12,000 á 13,000 pies. En otros puntos sufrimos una decepción, pero en aquél no era así, ni tampoco se notaba el espantoso aspecto de la desolación y la muerte, ni

la monotonía en el contorno que tantas veces nos había desagradado en otras partes. El enebro abundaba mucho, el rumor del torrente turbulento era pavoroso, y el considerable número de nogales, almendros y álamos que ocupaban las orillas suavizaban mucho el salvaje aspecto de los flancos de la montaña.

"En aquel desfiladero debimos seguir el cauce del río, donde encontrábamos á cada paso profundas hoyas ó grandes moles de piedra que obstruían el paso, no siendo menos interesante el cañón por sus efectos escénicos que por la estructura geológica que se manifestaba por la magnífica sección de las rocas.

"En la primera milla cruzamos por las calizas cristalinas, muy aplastadas, que constituyen la mitad norte de Wishdan, y después por el eje de la montaña, donde el área metamórfica ha sido reemplazada por lechos más macizos de areniscas amarillas y moles de pizarra azul con otras de caliza. Entre éstas encontramos una capa de diorita, y más allá otra de toba de basalto, sin duda contemporánea de las rocas ígneas.

Castigo común en Marruecos

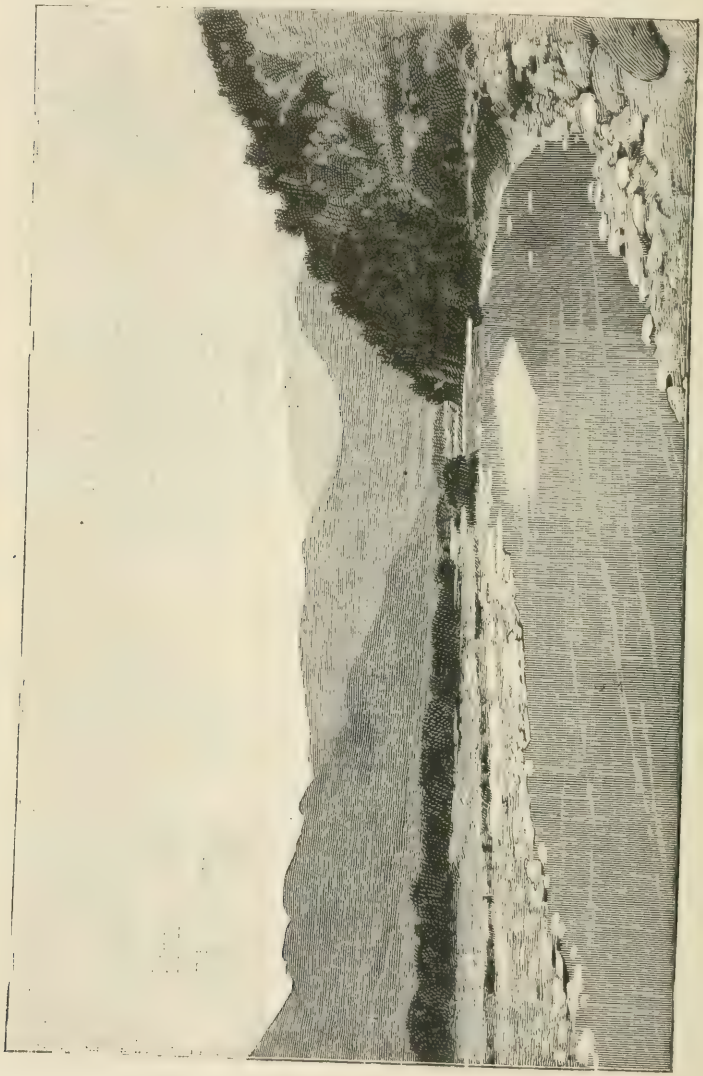
"A unas 4 millas desde la entrada del desfiladero, el río se divide en dos brazos, uno que se dirige al E. hacia las alturas de Tizi-n-Tam jurt, cubiertas de nieve, y otro que parte desde el SO., detrás de Wishdan. Aquí el paisaje es en extremo variado y de grande efecto, y desde una saliente de la montaña podíamos ver los tres grandes desfiladeros, todos notables por la grandiosidad de su aspecto salvaje.

"Al llegar á este punto no pude menos de comparar el paisaje que tenía á la vista con el que se divisaba más allá. Las montañas que se elevaban en aquella dirección parecían más bajas relativamente á la mole principal, que habíamos atravesado por el desfiladero de Agandice; y si yo lograba llegar á la cumbre, tendría á Tifnut á mis pies por la izquierda, y Ras-el-Wad y el valle de Sus por la derecha."

No pudo llegar Thomson hasta la cumbre, á causa de haberse sentido indispuesto; pero, de todas maneras, podía calcularse en 8,000 pies la altura á que había subido, después de lo cual regresó á su campamento. Aquella fué la última expedición por las inmediaciones de Gindafy, pues el caid se negó á toda concesión y los dos ingleses quedaron poco menos que como prisioneros, hasta que por fin decidieron volverse á Amsmiz.

"El 3 de julio,—sigue diciendo,—abandonamos el campamento. A la distancia de una milla el estrecho valle conviértese de pronto en angosto desfiladero, donde la arenisca roja termina, comenzando de nue-

vo las rocas metamórficas. Muchas de las curvas del Nyfis eran muy pintorescas, con sus escarpadas montañas pedregosas, las aguas que



El Wad Nyfis, al E. del campamento, Gindafy

hay al pie, y la estribación que se proyecta, coronada, como siempre, de algún bonito pueblo, alrededor del cual elévanse los olivos y los nogales, viéndose mucha tierra cultivada y canales de riego.

"A una hora del campamento, el Wad Teguna se une con el Wad Nyfis, y su desfiladero presenta un camino que conduce hasta Tifnut. Debe advertirse que el Nyfis mismo es no sólo la entrada del valle de

Gindafy, sino también la vía principal para ir á Ras-el-Wad por Wishdan.

"Hallándonos á la mitad del valle, acampamos en el pueblo de Tinesk, sobre el Wad Ait Hossein, que nace en el lado N. del Jebel Tezah.

"Al día siguiente salimos del valle del Wad Nyfis y cruzamos el Tizi-n-Gerimt por Amsmiz. A medida que avanzábamos, nuestro asombro iba en aumento al cruzar por aquellas espantosas y desoladas alturas, preguntándonos cómo los habitantes de aquellas numerosas aldeas, algunas de las cuales parecían suspendidas en los flancos de la montaña, podían obtener allí la subsistencia. Sin embargo, los indígenas parecían conservarse muy bien, ofreciendo favorable contraste con el mísero aspecto de los árabes de tan fértiles llanuras como las de Bled Hummel.

"Por la noche entrábamos de nuevo en Amsmiz, ocupando nuestros primeros inmundísimos cuarteles."

CAPÍTULO XXII

MAROSSA Y EL ASIF-EL-MEL

DE AMSMIZ AL ASIF-EL-MEL.—DESARROLLO DE ROCAS CRETÁCEAS EN MAROSSA.—EL VALLE DEL WAD ERGT.—UNA MORAINA TERMINAL.—CAMPO EN EL WAD ERDUZ.

DESDE Tizi-Nemiri y el valle de Gindafy había llamado la atención de nuestros viajeros un pico cubierto de nieve en las fuentes del Wad Nifis, que se destacaba marcadamente sobre las inmediatas alturas. Deseosos de visitarlo, pusieron en planta multitud de ardides diplomáticos así para burlar la vigilancia del caid como para despistar á su gente, y por fin consiguieron se les permitiera visitar el distrito de Marossa, bastante seguro.

"El día 6 de julio,—dice,—salimos de Amsmiz, y por espacio de 12 millas avanzamos rápidamente hacia el O., costeando la base de las alturas exteriores, entre las cuales se destacaba el muy escabroso pico de Jebel Tisgin, que se eleva á unos 8,000 pies.

"A nuestra derecha extendíase en la dirección N. la amarillenta llanura de Marruecos. Poco después de emprender la marcha cruzamos el Wad Tinirt, y á algunas millas más allá el Wad Ait Bur, bordeados de olivares y verdes campos, gracias á la abundancia de aguas de riego.

"En poco menos de tres horas llegamos al Asif-el-Mel, corriente montañosa, menguadísima en verano, pero que en invierno se trasforma en torrente infranqueable, como lo indicaba la profundidad del canal.

"En este punto dimos bruscamente vuelta hacia el S., internándonos en las montañas por el valle de Asif-el-Mel. En este trayecto el paraje ofrece poca novedad. El valle describe muchas curvas, con las laderas

comparativamente suaves, aunque algunas se elevaban á 2 ó 3,000 pies sobre nosotros. Las formaciones son pizarras de caliza y rocas cretáceas muy escarpadas, que atenúan la monotonía del conjunto.

"A la mitad del valle encontramos el pueblo de Albedur, y poco después otro llamado Tiginsdel.

Niños judíos

"A la una y media dimos vista á la cabeza del valle de Asif-el-Mel y á la residencia del caid, que con su gente estaba sobre las armas. Los habitantes de los valles situados más allá le habían declarado la guerra, y hacía poco tiempo que le incendiaron la casa, llevándose casi todo cuanto poseía. Naturalmente, no le agradó vernos, porque esto era para él una responsabilidad más, y no quiso de ningún modo que acampáramos fuera, porque esperaba de un momento á otro nuevos ataques. Con alguna dificultad se encontró habitación para mí, y ésta muy sucia y llena de parásitos, según costumbre donde tenía mis cuarteles.

"En Marossa el Atlas se eleva desde la altura de 5,000 pies hasta la de 10 ú 11,000. En el mismo punto el valle de Asif-el-Mel se divide en tres profundos desfiladeros: el de Wad Ait Gair, que se corre al SO.; el de Wad Amsmetirt, que sigue la dirección S., penetrando en el corazón de la cordillera; y el de Wad Erght, menos imponente que los otros. Entre este último y Amsmetirt se halla la empinadísima montaña de Wirzan. Las rocas cretáceas alcanzan un desarrollo de 2 á 3,000 pies en Marossa, donde terminan bruscamente contra el eje principal, formado de estratos metamórficos.

Caravana de camellos

"El 7, que era sábado, es decir el domingo de los judíos, y después de haber pasado una noche sumamente molesta á causa de los insectos, Shalum no quiso viajar, porque esto era contra su religión, aunque no

le importaba faltar á todos los demás mandamientos, y, como no podíamos ir sin él, fué forzoso permanecer en Marossa.

"Atraídos por los informes de un indígena, que nos aseguró que las grutas de los *Rumi* se hallaban al otro lado del valle, fuimos allí; pero, así como en Agandice, sufrimos una decepción. Lo que me pareció interesante fué una ruina de algunos muros de 30 varas de diámetro que había en una colina aislada. Tenían 3 pies de grueso, y la construcción, de piedra y cal, era muy buena. Tal vez hayan sido meras fortificaciones, pero lo dudo.

"Exceptuando un paseo hasta la desembocadura del desfiladero de Wad Amsmetirt, el caid no nos permitió de ningún modo explorar las inmediaciones.

"A la mañana siguiente comenzó nuestro regreso ostensible á Amsmiz por las montañas. Era cosa entendida que debíamos detenernos en un punto llamado *Erduz*, que yo había descubierto en mi camino á Ogdimt. Nuestro guía, sin sospechar mis intenciones, no se opuso á que cambiásemos de línea al efectuar el regreso. Siguiendo la dirección E., franqueamos el valle del Wad Erght. El camino era bastante malo en algunos sitios, y, como la mula de Abdarachmán tropezase contra una saliente de roca, cayó desde la cumbre de una colina baja: por extraño que parezca, el jinete se puso al momento en pie, sin haber sufrido lesión alguna.

"Á medio camino del valle encontramos una moraina terminal formada por un glaciar que bajaba de las alturas de Wirzan. La moraina estaba llena de bloques subangulares muy pulimentados en una ganga de finos materiales. Algunos de estos bloques tenían la forma de gigantescas setas, formando como unos pilares dentro de la ganga.

"Al cabo de dos horas llegamos á la extremidad del valle, donde pudimos ver más allá otro que se cruzaba en ángulo recto con nuestro camino.

"A eso de las diez de la mañana llegamos al valle de Wad Erduz, de maravillosa fertilidad, y acampamos bajo unos nogales, los más magníficos que he visto en el Atlas.

"Destiné el resto del día á herborizar, pero con muy pobres resultados.

"Allí vimos algunas mujeres que regaban tierras, á las cuales no se podía conducir el agua con camellos."

La noche fué tranquila; pero ciertos indicios dieron á conocer á Thomson que sus gentes tramaban algo para que no pudiese llevar á efecto sus atrevidos planes.

CAPÍTULO XXIII

ASCENSIÓN AL JEBEL OGDIMT

COMIENZA LA ASCENSIÓN.—SOBRE LAS NUBES.—EL TIZI NSLIT.—EL PAISAJE —ALDEAS BEREBERES.—CAMPO EN EL WAD NYFIS.—ACTITUD DE LOS MONTAÑESES.—VISTA DEL VALLE DEL SUS Y DE LA CUENCA DEL NYSIS.—BANDOLEROS.—LLEGAMOS Á LA CUMBRE.—VISTA DEL ATLAS Y DEL VALLE DEL SUS.—ELEVACIÓN.—REGRESO Á AMSMIZ.

Al amanecer,—sigue diciendo Thomson,—me disperté inundado el rostro de rocío, pero con buen ánimo y dispuesto á luchar contra todas las dificultades que se me opusieran.

"Después de almorzar un par de huevos y una taza de te, pregunté á Shalum por dónde se iba á Ogdimt. Todos mis hombres parecieron asombrados al oir estas palabras, pero mi fiel servidor indicó instintivamente el camino. La afable expresión de Abdarachmán desapareció al punto, y en sus ojos se pintó á la vez la cólera y el temor, mientras que nuestro guía soldado protestó enérgicamente contra mi intención de avanzar más, recordándome las órdenes del gobernador. Con la mayor calma, pero resueltamente, contesté que nada tenía que ver con dichas órdenes, y que él era dueño de retirarse si lo juzgaba oportuno, pero que yo iría á Ogdimt. No se atrevió á marcharse: sollozó, imploró, maldijo y condújose, en fin, como un hombre loco; mas por única contestación monté en mi mula y emprendí la marcha.

"Sin duda la empresa era peligrosa, á juzgar por la expresión inquieta de Shalum y Zemzani, que seguramente hubieran preferido no seguirme. El guía fué algún tiempo á mi lado, dirigiéndome tan pronto súplicas como amenazas; mas, viendo que todo era inútil, resolvióse, al fin, á montar en su burro, renegando de su suerte é invocando al Profeta.

Abdarachmán, procediendo siempre con malicia y mala fe, le consoló hipócritamente, infundiéndole sin duda la esperanza de que esta vez me matarían y quedarían todos relevados de prestar sus servicios á un infiel.

"Seguramente era peligroso penetrar en Ogdimt, pues, al llegar al pie del eje de la montaña, Shalum y Zemzani rehusaron dar un paso más hasta que se hubiesen cargado todas las carabinas. Hecho esto, co-

Escena de las nubes, Tizi Nslit

menzamos á escalar la escarpadísima cresta de la mole central de la cordillera, que hasta entonces habíamos solamente faldeado.

"No habíamos franqueado aún más de una altura de 1,000 pies, cuando nos vimos rodeados de una densa bruma, y entonces nuestros hombres dejaron de hablar, y hasta el soldado enmudeció, penetrando todos entre aquella niebla, que podía convertirse para ellos en un sudario. Al cabo de hora y media, durante la cual nada veíamos más que nuestras propias personas, notamos que la luz se aclaraba, y treinta minutos después, fuera ya de la zona nebulosa, vimos el más puro azul del cielo, y á nuestros pies uno de los más magníficos espectáculos que sea posible imaginar.

"Aquella niebla gris extendíase en un espacio sin límites, resolviéndose al fin en una especie de vapor blanco como la nieve, y entre él destacábase atrevidamente el eje del Atlas, mole imponente que contrastaba con el mar de nubes, aunque algunas líneas de nieve parecían resistirse aún á los ardores del sol de verano. Desde la cordillera central proyectábanse algunas estribaciones hacia el N., formando promontorios, entre los cuales las nevadas nubes penetraban como otros tantos

brazos de mar. A fin de que nada faltase para completar la ilusión, estas nubes, impelidas por la brisa de la mañana, precipitábanse contra la aparente costa pedregosa y se trasformaban en lo que parecía real-

El Jebel Ogdhant desde Ter Nsdit

mente una menuda lluvia. El conjunto era más impresionable y espectral por el profundo silencio que allí reinaba, y no exagero al decir que no había presenciado nunca espectáculo tan grandioso. Poco á poco la niebla comenzó á levantarse, disipada por la brisa y el calor creciente del sol, y destacábanse dos ó tres de las alturas más prominentes entre

las nubes que las rodeaban, asemejándose á rocas negras ó isletas.

"Poco después llegábamos al Tizi Nslit, el paso que conduce, en la cordillera del Atlas, al distrito de Ogdimt, y el paisaje tenía ya un carácter muy diferente. Por el S. y el SO. las nubes no ocultaban ya las bellezas naturales, y veíase claramente un grandioso conjunto de cordilleras, profundos desfiladeros y valles que se agrupaban alrededor de la gran mole central: allí estaba la montaña de Ogdimt, á la cual me había propuesto llegar.

"Mis hombres intentaron retraerme de nuevo, diciéndome que los bereberes que ocupaban Ogdimt eran muy salvajes, que la justicia del Gobierno no podía penetrar hasta allí, y que los montañeses se complacían mucho en cortar el pescuezo á quien les pareciese, no solamente un infiel, sino un espía.

Esclava

"A todas estas observaciones me mostré sordo y proseguí mi camino. Desde el paso de Nslit, un valle cada vez más profundo conduce á la zona deshabitada y al nacimiento del Wad Nyfis, y de aquí el valle no presenta ninguna particularidad digna de mención, aunque hay sitios en que pasamos un mal rato al costear los precipicios, subiendo y bajando por parajes infranqueables.

"Mis hombres quisieron que me detuviera en el primer pueblo que encontramos; pero esto no convenía á mis propósitos y persistí en seguir adelante, aunque no sin temer que los campesinos me impidieran dar un paso más ó interrumpiesen mi excursión de una manera más desagradable. Sin embargo, no ocurrió nada de particular, si bien era evidente, por la conducta de los indígenas, que sospechaban de nuestras intenciones y no sabían á punto fijo cómo recibir al primer cristiano que osaba aventurarse en sus montañas. Poco después de mediodía llegamos á la ruidosa corriente del Wad Nyfis, y acampamos en sus orillas bajo frondosos nogales, rodeados de enormes precipicios. La perspectiva no me parecía nada halagüeña. Nadie se acercó para hablarnos, y solamente un viejecito llegó á poco á fin de preguntar qué nos proponíamos hacer en aquellos parajes. Entre las rocas y árboles, sin embargo, pude ver hombres armados que nos vigilaban atentamente. Mis hombres juzgaron aquello sumamente peligroso, pues los montañeses suelen considerar á los hombres de la llanura como enemigos. Shalum era quien se mostraba más indiferente, sin duda porque estaba más acostumbrado, como traficante judío, á penetrar impunemente en las peores regiones del Atlas.

"Si hubiéramos tenido algo que comer habríamos apreciado mejor la situación; pero con el estómago vacío falta el ánimo para todo. Por fortuna, llegada la tarde, las cosas mejoraron, pues uno ó dos aldeanos visitaron nuestro campamento y se les sedujo para que nos vendieran huevos, manteca rancia, harina y nueces, con lo cual se pudo matar por el pronto el hambre.

"Por primera vez desde que salimos de Mogador pudimos disfrutar de una magnífica hoguera como las que se encienden en los campamentos, sin vernos obligados á usar simplemente carbón, para el que siempre se necesitan fuelles. Al resplandor de la llama, y solo en mi pequeña tienda, reflexioné sobre los medios de llegar á la cumbre de aquella mole montañosa, cuya proximidad me tentaba y que parecía infranqueable. Sin embargo, no sabía de qué medio valerme, y, por otra parte, hubiera sido muy sensible renunciar. No quería consultar con mis hombres, porque lo juzgaba de todo punto inútil, ni me era dado hablar con Shalum secretamente, por más que fuera el único en quien debía confiar; pero, de todos modos, hacíase forzoso no perder tiempo, porque se iba á necesitar todo el día para la excursión.

Esclava

"En su consecuencia llamé al viejo que nos había visitado el día antes y díjele que deseaba buscar algunas yerbas medicinales que, según me habían asegurado, se encontrarían en las laderas de la montaña. A esto opuso objeciones desde luego, diciéndome que á ningún extranjero se le permitía ir allí, y que los habitantes de los diversos valles no deseaban más que una ocasión para disparar un tiro al primero que se presentara. Algunos duros que le mostré bastaron para que considerara la situación bajo otro punto de vista menos sangriento, y sorprendióme agradablemente cuando se ofreció á conducirme á cierto punto de la montaña que me señaló con la mano. Esto era cuanto yo deseaba. Una vez fuera del pueblo, quedando detrás Abdarachmán y el soldado, estaba seguro de conseguir mi objeto.

"La negociación quedó cerrada desde luego, y, llevando en mi compañía solamente á Shalum y al soldado, me puse en marcha con el viejo bereber, que agregó un amigo suyo, cosa que no fué muy de mi agrado. Después de cruzar la corriente comenzó la trabajosa ascensión de la empinada cordillera, que se dirige al E. desde la mole central y divide el curso superior del Wad Nyfis. Yo avanzaba con toda la rapidez posible, y pronto observé que el soldado se quedaba muy atrás, de lo cual me alegré mucho. Aparentando conmiseración por su debilidad, apoderéme de

la carabina que llevaba y le dije que podía volver al campamento. Sin sospechar nada, comenzó á descender de la altura para obedecerme, con lo cual quedé libre del principal peligro y seguro esta vez de conseguir mi objeto. Los guías iban ya muy adelante, y, señalando á Shalum el alto pico, indiquéle mi intención. El judío contestó con una sonrisa forzada, tomó la carabina del soldado y siguióme sin replicar.

"Desde el punto en que acampamos á la mitad del trayecto veíase el extremo del valle de Wad Nyfis. La corriente se dividía en un semicírculo de torrentes, separados uno de otro por estrechas lomas; y tan perfecto era el semicírculo, y tan regular la radiación de la corriente desde una pequeña colina central, que al punto recordé la rueda ciclópea, de la cual dicha colina representaba el cubo, siendo las corrientes los radios. Abundaban allí los nogales, y vi algunos pueblecillos sumamente pintorescos rodeados de verdura, aspecto que contrastaba marcadamente con la esterilidad de la otra parte de la montaña cretácea, donde apenas crecía vegetación alguna en medio de las rocas metamórficas.

Esclava

"Al cabo de dos horas habíamos franqueado una elevación de cuatro mil pies y alcanzábamos á la altura de unos 9,000. Entonces pude disfrutar de una buena vista de los valles de Sus y del Wad Nyfis, del cual había sido expulsado una semana antes por el caid, ó gobernador del distrito, del que podía reirme á mis anchas en aquel momento. En aquel punto nuestros guías tuvieron por conveniente sentarse, con la expresión de hombres resueltos á no pasar más allá, deseando, sin duda, poner fin á nuestra excursión.

"Por fortuna Shalum era uno de aquellos hombres á quien bastaba una señal para comprender, y con una breve mímica le dije:—Espera aquí algún tiempo con estos dos hombres, mientras que yo avanzo hasta el pico, bajo el pretexto de buscar plantas é insectos.—Shalum me indicó, por medio de sus ademanes, que podía contar con él, y yo me alejé.

"No me habría puesto en marcha tan alegre si hubiera sabido que el paso hasta Sus está infestado de ladrones que esperan con ansia la llegada de algún viajero, sin contar, por otra parte, que en los puertos y los valles hay centinelas. Mientras estuve á la vista de mis guías aparenté herborizar afanosamente; pero pronto llegué á una elevación en que podía deslizarme sin ser visto, y recorrí presuroso la pendiente en

un espacio de media milla. Aun no se veía á nadie; pero pronto divisé á Shalum, que avanzaba á buen paso para darme alcance.

"No pude averiguar cómo había podido separarse de los guías; pero hízome comprender que aun estábamos expuestos á ser detenidos, sin contar que nuestras vidas peligraban. Y tanto me hizo apresurar la marcha, que ésta se convirtió en una especie de carrera.

"Al llegar al puerto que conduce desde Ogdimt á Sus, Shalum, que conocía muy bien los peligros del país, colocóse á mi lado con la carabina preparada, indicándome con la voz y el gesto que estuviese alerta. Yo me reí entonces de sus precauciones, aunque me conmovió su solicitud en favor mío; y, sin embargo, su presencia y la carabina cargada me salvaron probablemente la vida, pues en el mismo instante, y antes de que yo viese nada, un montañés, oculto detrás de una roca, y apuntándome con su arma, esperaba sin duda mi paso. A pesar de la precaución de Shalum, es probable que uno de los dos hubiera sucumbido al ataque de aquel ladrón; mas, por fortuna, nuestros guías, al descubrir la escapatoria, profirieron un ruidoso grito para llamarnos. Entonces retrocedimos, pero solamente para ver dónde estaban, acelerando después nuestros movimientos más que antes, á fin de que no nos detuvieran con ayuda de algún refuerzo. Nuestros temores se confirmaron, pues al volver la cabeza vi con mis perseguidores otros dos hombres que parecían haber brotado de la tierra. Eran dos bandoleros de Ogdimt, que habían estado á punto de dispararnos un tiro cerca de una roca por donde pasamos.

Ladrón á caballo

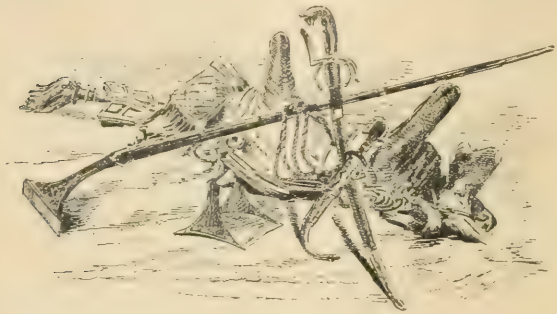
"Durante algún tiempo nos fué comparativamente fácil avanzar hacia el pico, y se recorrió un largo trecho; pero de pronto encontramos una mole de caliza cristalina que se proyectaba como una gigantesca sierra. Hubo un momento que desesperé de poder pasar; pero, al fin, consiguióse franquear el obstáculo, aunque no sin alguna dificultad.

"Entonces me consideré comparativamente seguro, porque nuestros guías y sus amigos estaban muy lejos, lo cual no les impidió gesticular como locos, gritando estrepitosamente. Sin embargo, Shalum, que había quedado atrás, exhortábame á proseguir la ascensión. Hícelo así; pero el esfuerzo fué terrible á la altura de más de 10,000 pies que habíamos alcanzado ya. Después de cruzar la barrera de caliza cristalina, sentí

que mis piernas temblaban á causa del inusitado esfuerzo que hacía, mientras que la rarificación de la atmósfera dificultó mi respiración. Era el paso más difícil, y, una vez franqueado, ya no era de temer ninguna oposición. Muy pronto caí, más bien que me senté, en un espacio cubierto de nieve, de la cual comí una poca para mitigar la sed. Shalum me alcanzó á poco, y después llegaron los guías, inundados de sudor y poseídos de cólera.

"Lo que me infundió más recelo fué la desaparición de los dos hombres que les acompañaban antes, pues temí que hubiesen ido á buscar refuerzos para prepararme una celada.

"Entretanto mi escolta instó para que volviéramos, apelando á las amenazas; pero, viéndome resuelto é inflexible en mi empeño, hubieron de ceder, contribuyendo un par de duros, más que todo, á que cesase la oposición.



Armas y jaeces de los jinetes marroquíes

"Siempre receloso, no perdí tiempo en comenzar de nuevo la ascensión de la parte que faltaba, que era la más difícil, aunque, al parecer, no debía ser cuestión de más de una hora. Apenas recorrida una corta distancia, encontramos una enorme roca, la más difícil de escalar que había visto hasta entonces: era de caliza cristalina, y sus proyecciones, á manera de gigantescos dientes, indicaban que una caída tendría fatales consecuencias. Para evitar este obstáculo era preciso bajar de nuevo á considerable distancia, y en su consecuencia resolví intentar el paso á pesar de la dificultad; mas á poco encontré un abismo infranqueable y no hubo más remedio que renunciar. Debo advertir que la bajada era casi tan difícil como la subida, pues tuve que franquear una pendiente llena de restos de roca, y tan empinada que más de cuatro veces temí rodar por la montaña sin detenerme hasta su base. En aquel momento estaba tan rendido que cada paso era para mí un dolor, y á cada momento debía sentarme á fin de recobrar fuerzas.

"Hallábame solo con Shalum y había perdido de vista á los que iban en mi seguimiento; pero cuando ya creía haber conseguido mi objeto halléme al pie de un nuevo precipicio de 150 pies de profundidad, no solamente inexpugnable al parecer, sino cortado en la dirección que yo me proponía seguir. De nuevo volví á sentarme, desesperado ya de poder llegar al punto apetecido, cuando de pronto me llamó la atención

una especie de estrecha cornisa de la roca, y resolví intentar el paso por aquel punto tan peligroso, confiando en las seguras proyecciones y en la fuerza de mis brazos. Mientras me preparaba para comenzar de nuevo la ascensión, Shalum llegó seguido de los guías y de tres hombres de mal aspecto. Mi fiel servidor tenía cierta expresión muy inquieta y me previno que estuviese alerta. Examiné mi revólver disimuladamente, así como también mi carabina, y al mismo tiempo di al jefe una peseta, pues comprendía que mejor era arreglarlo todo á buenas sin disparar un solo tiro, porque una sola detonación habría sido suficiente para que toda la gente del valle corriese á las armas. Gracias á nuestro aire resuelto, á las armas que llevábamos y á la aparente confianza en nosotros mismos, los bandoleros, pues tales eran, nos dejaron pronto; pero yo les seguí largo rato con la vista.

Objetos de industria marroquí

"Al fin, después de vencer todas las dificultades por un supremo esfuerzo, llegamos á la cumbre del pico al mediodía, y lo primero que hice fué echarme en tierra para descansar un cuarto de hora, después de lo cual comencé á examinar los alrededores.

"Teníamos á la vista el más grandioso paisaje que puede ofrecer la cordillera del Atlas. Alrededor de las rocas metamórficas que parten desde la mole central veíase una larga serie de profundos desfiladeros y valles, dividida por agudas estribaciones de la montaña, y en todas partes observábase la desolación y la esterilidad, reinando el más profundo silencio. Apenas un solo espacio cubierto de yerba interrumpía el monótono aspecto del conjunto: solamente en la zona central veíanse algunas espesuras de *callitris* y varios robles. En los flancos de la montaña había varios pueblecillos agrupados y casi ocultos entre los nogales, los almendros y algunos otros árboles.

"Por la parte del S. podía divisar el casi desconocido valle de Sus, que, visto desde mi posición, presentaba todos sus caracteres físicos en una notable planicie á 10,000 pies bajo el punto que yo ocupaba. Entre las cordilleras serpenteaba el río Sus, ondulando como un hilo de plata á través de la llanura; por todas partes numerosas corrientes afluían para aumentar su caudal, y en algunos puntos perdíase de vista entre las

arboledas ó brillaba como el cristal al cruzar los prados de yerba, agostados ya. Las columnas de humo indicaban el sitio donde se hallaban las ciudades y pueblos, y Shalum, muy engreído de poder dar una prueba de su conocimiento del país, me indicó lugares como Iminebha, Talkjuakt y Ras-el-Wad. Mucho era tener el placer único de contemplar como en un mapa todos aquellos sitios, pero más era aún ver detalladamente la grandiosidad del Anti-Atlas, que se dirige hacia el mar como una inmensa barrera. Apenas una prominencia interrumpía la casi uniforme superficie de su cumbre, y apenas una estribación arrancaba de sus flancos, ó, por lo menos, así lo parecía; pero en aquel momento la niebla rodeaba las zonas inferiores, ocultando tal vez alguno de sus caracteres.

El servicio postal

"Por el E. veíase el valle del Wad Nyfis y el de Gindafy en la montaña, y por el N. divisábanse solamente encumbrados picos y cordilleras, todo rodeado de espesa bruma.

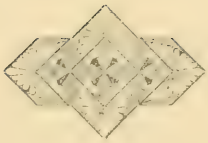
"Después de contemplar largo rato los variados aspectos de este grandioso panorama, fué preciso pensar en mis deberes más prosaicos; y una vez averiguado, con gran satisfacción, que había ascendido en el Atlas á 2,000 pies más de altura que los exploradores que me precedieron (12,734 pies), hice mi triangulación y fué necesario comenzar la bajada sin pérdida de tiempo.

"Costeando la cabeza del valle, pues no me atrevía á volver por donde había venido, descendimos unos 4,000 pies con mucha rapidez, hasta llegar al fondo de un desfiladero, en el que aun se conservaba la nieve á mucha profundidad, formando un magnífico túnel, pero traidor, á través del cual corrían las aguas del nacimiento del Wad Nyfis. En Yrg, el primer pueblo que llegamos, fuimos recibidos con gran asombro; pero felizmente Shalum encontró un traficante conocido, y gracias á sus buenos oficios pudimos obtener un poco de leche y nueces, lo cual nos alivió mucho.

"Al fin, después de ponerse el sol, llegamos sanos y salvos á nuestro campamento, desvaneciendo así los temores de nuestros hombres, pero no la excitación y recelos de los naturales, que estaban ya convencidos de que éramos espías. Los campesinos no querían acercarse á nosotros y negáronse á facilitarnos víveres: de modo que hube de contentarme con algunas nueces.

"A la mañana siguiente salimos de Ogdimt más que de prisa, pues semejante alimento no podía satisfacer á mi gente, ni á mí tampoco. Volvimos á cruzar las montañas, y por el Wad Ait-Tinirt é Imintella llegamos el mismo día sin novedad á Amsmiz.

"El gobernador montó en cólera al saber donde habíamos ido, sin hacer aprecio de sus órdenes, y mandó encerrar al inocente soldado en una prisión, de la cual conseguí que saliera con no poca dificultad. También amenazó á Shalum con toda especie de penalidades; pero el digno judío se protegió figuradamente con el pabellón británico, desafiando á la autoridad á tocar un solo cabello de su cabeza."



CAPÍTULO XXIV

MARRUECOS (MARAKSH)

REGRESO Á LA CIUDAD.—VISTA DE LAS AZOTEAS.—LAS CASAS.—LOS ALMINARES.—LA KUTUBIA.—LAS MURALLAS.—POBLACIÓN.—LA ALCAZABA, LA MEDINAH, EL MELLAH.—EDIFICIOS RUINOSOS.—MEZQUITA DE KUTUBIA.—MEZQUITA DE ABDUL AZIZ.—LAS PUERTAS.—EL PALACIO.—LOS BALUARTES.—EL BARRIO DEL COMERCIO.—LOS BAZARES.—LOS FONDAKS.—LA KASERÍA.—LOS MERCADOS.

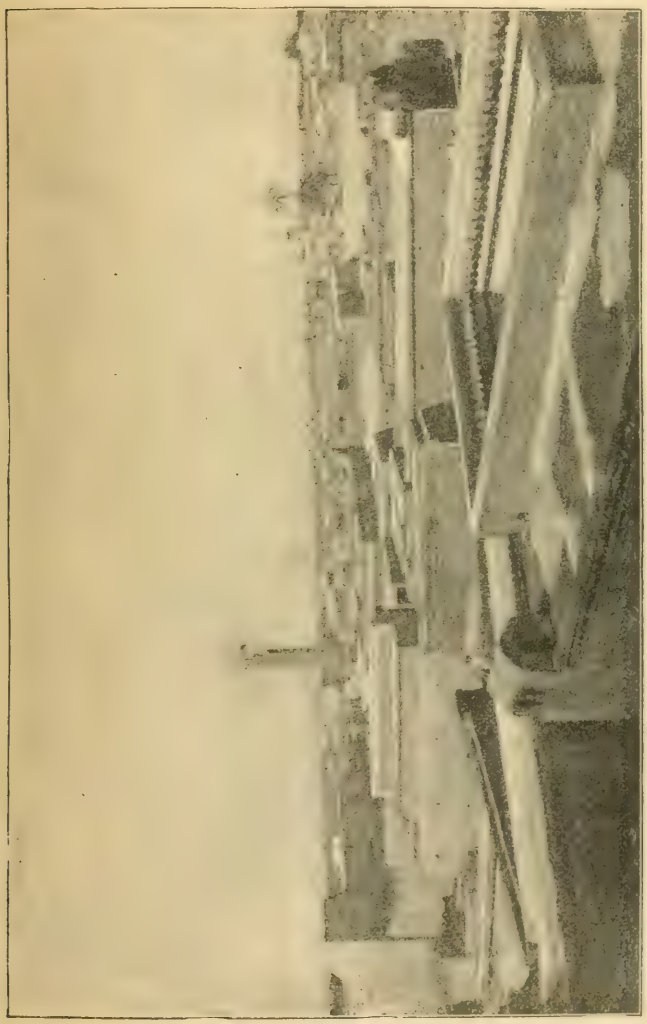
El 13 de julio volvimos á entrar en la ciudad de Marruecos. El gobernador, Ben Daoud, nos hizo una recepción muy poco hospitalaria, aunque conseguimos obtener una cómoda casa en el centro de la Medinah. En cierto modo esto era muy apetecible, porque éramos dueños de ir y venir como nos pareciese oportuno, sin la molesta vigilancia de los soldados.

Barbería

"Había varias razones para quedarnos en la ciudad esta vez. C. B. no se hallaba aún en estado de viajar, el calor era insoportable, y, además, esperábamos la llegada de víveres de Mogador. Calculé que podríamos verlo todo en Marruecos y marchar de nuevo dentro de diez días ó una quincena. Así habría sucedido en cualquier otro país del mundo; pero en Marruecos rara vez se realizan los cálculos del viajero, y, á pesar nuestro, los quince días se prolongaron hasta cinco semanas antes de que pudiéramos proseguir nuestra excursión. De

este modo tuvimos tiempo suficiente para recorrerlo todo y formarnos una idea bastante exacta de la ciudad y de su manera de ser.

"No dimos principio á nuestra exploración de la ciudad con el mismo



Vista de Marruecos desde una azotea

entusiasmo que la primera vez, pues para nosotros se había desvanecido ya la poética idea que nos formábamos de Marruecos y de los moros. Había desaparecido la primitiva fascinación, y en su lugar habíamos tenido ocasión de cerciorarnos de que la mayor parte de las cosas eran desagradables y repulsivas. Los que sean aficionados á presenciar extrañas é inusitadas escenas vayan á Marruecos, donde observarán cuan-

tas quieran; pero les aconsejaríamos que no profundizasen bajo la superficie.

"Pero antes de decir más acerca del moro tratemos de dar mejor idea de la ciudad de Marruecos, y para esto comenzaremos por dar una ojeada sobre la ciudad.

"Desde un ángulo de la galería que rodea el patio interior de nuestra casa, se pasa al terrado sin más que subir algunos escalones. Desde allí dominanse las viviendas inmediatas, y así podemos ver, no solamente toda la ciudad, sino violar también con nuestra mirada el recinto

Las murallas de Marruecos

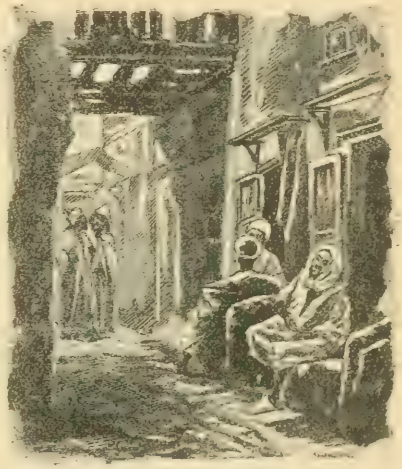
privado de varios patios, de los cuales no hablaremos ahora. El golpe de vista que Marruecos presenta, lo mismo desde la altura que desde las calles, es mísero y mezquino. Por todos lados se extiende una línea de casas con azoteas planas, alterándose solamente en algunas partes la altura, como sucede con la casa en que vivimos. En cuanto al color y al aspecto general, nos parece estar viendo un campo cubierto de arcilla roja. Excepto alguna pared blanca ó el tejado verdoso de una mezquita, no hay absolutamente, en los edificios mismos, nada que varíe el color rojizo de la ciudad.

"Sin embargo, alegra la vista la presencia de grupos de palmeras en algunas partes, que extienden sus graciosas hojas sobre las míseras casas y los jardines diseminados.

"Los alminares cuadrados de unas diez ó doce mezquitas, que se elevan de 60 á 100 pies sobre el nivel general de las demás construcciones, constituyen uno de los principales caracteres que distinguen á la ciudad; los cuales alminares, con sus pequeñas, esculpidas y abiertas ventanas, y sus paredes decoradas con arabescos de diversos colores,

son lo más notable en cuanto se refiere á la arquitectura. Entre esos alminares merece especial mención el de la Kutubia, que se divisa en un espacio de 30 millas á la redonda, siendo el carácter más notable de la llanura de Marruecos. Desde las montañas de Rahamna, así como desde Sidi Real y Amsmiz, había llamado ya nuestra atención por su majestuoso aislamiento. Ahora estábamos junto á él y podíamos formar mejor idea del contraste que ofrece con las insignificantes construcciones que hay alrededor, pues elévase á la altura de 270 pies.

"Esta construcción es el tipo del moro que conquistó á España, aventajando á los cristianos así en la guerra como en las artes de la civilización. Las míseras casas que le rodeaban parecían ser la expresión del moro degenerado de hoy en día, que, incapaz de toda empresa y sin ninguna de las buenas cualidades de sus antecesores, solamente trata de que no se le aniquile, manteniéndose en el más absoluto aislamiento y fuera del contacto con el mundo exterior, hasta que Alah haga desaparecer á todos los infieles, volviendo á colocar á sus elegidos en el pináculo de que cayeron.



Bazar de telas

"La ciudad forma en un conjunto un cuadrilátero algo irregular de unas 8 millas, del que forma como un apéndice el jardín del palacio de Agdel. Está rodeada por todas partes de un alto muro con torres cuadradas, que parecen ya ruinosas. Excepto las puertas, cuyo número asciende á ocho, el material de construcción es la *toba*, especie de concreción compuesta de arcilla y cal, que, cuando se elabora bien, es muy duradera. Contra un asalto bien organizado, ni el muro ni los baluartes servirían de nada: los cañones europeos de menor calibre lo reducirían todo á polvo con la mayor facilidad.

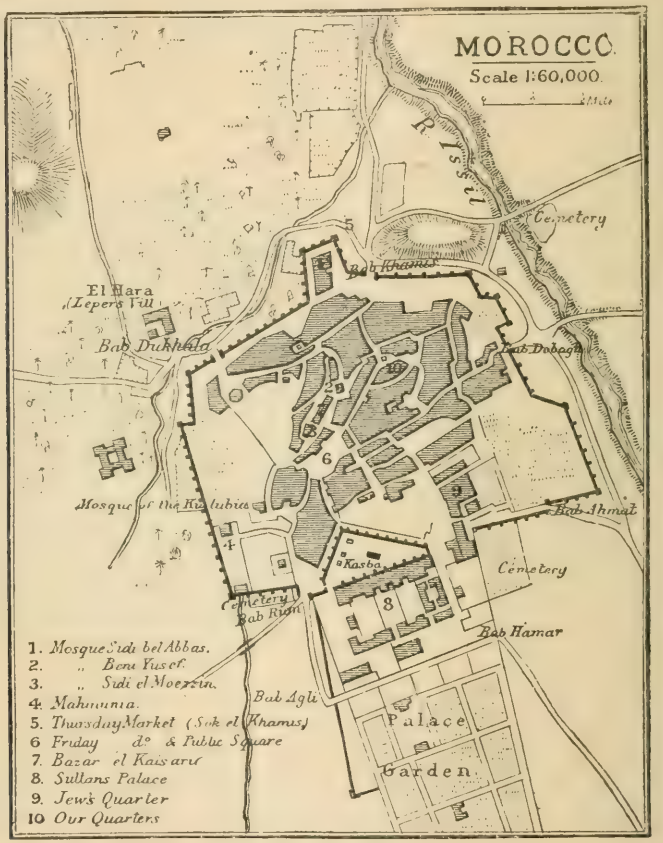
"Difícil sería apreciar la cifra de la población; pero yo calculo que, normalmente, no excederá de 30,000 almas, siendo una tercera parte judíos. Cuando el Sultán fija allí su residencia, el número ascenderá á 60,000 habitantes, comprendido el ejército y todo el acompañamiento de aquél.

"Así como otras ciudades morunas, *Maraksh* se divide en la Alcazaba, que tiene gobernador propio, y donde se halla el palacio del Sultán; la Medinah, ó los barrios moriscos, y el Mellah. La Medinah, además de

tener sus muros propios, está cortada por otros que la dividen en barrios secundarios, que se pueden aislar si conviniese.

"Ya que hemos visto la ciudad desde la altura, bajamos ahora para recorrer los sitios más notables y las escenas que presenta.

"En la parte de más movimiento no hay absolutamente nada que no-



Plano de Marruecos

1. Mezquita de Sidi-bel-Abbas.—2. Íd. de Beni Yusef.—3. Íd. de Sidi-el-Muezzín.—4. Mahmunia.—5. El Soco del jueves.—6. El Soco del viernes, mercado público.—7. El bazar de la Kaisería.—8. Palacio del Sultán.—9. Cuartel judío.—10. Nuestro alojamiento.

tar sino la gente que circula. Hay angostas callejuelas sin orden ni plano, con paredes de toba muy deterioradas, que esperan, sin duda, ser sustituídas por otras. Algunas casas se hallan en tan deplorable estado que no parece sino que se van á derrumbar de un momento á otro; pero los habitantes, fuertes con su fe, pasan por debajo con la misma indiferencia que los inquilinos que las ocupan. Sin embargo, pocos días hay

en que no ocurra alguna catástrofe, y cada racha de viento que sopla á través de la ciudad deja tras sí ruinas de casas y gente sepultada debajo de ellas. Al comenzar el invierno, con sus lluvias y tempestades, es cuando más ocurren tales accidentes, y apenas pasa día sin algún desastre. Pocas ciudades de ningún país estarán afligidas por tal mortandad á consecuencia del derrumbamiento de casas.

"Fuera del barrio comercial, apenas hay nada que llame la atención

Mezquita de la Kutubia

del viajero. Cuéntanse unas pocas mezquitas; pero las más de ellas se hallan tan sepultadas que apenas se ven más que una pequeña parte del alminar y la puerta. El aspecto, no obstante, no deja de tener atractivo, é inspira deseos de penetrar en el interior, aunque no sea más que para disfrutar de la frescura del sagrado recinto, examinando al mismo tiempo los detalles artísticos.

"Una ó dos de esas mezquitas son de remota antigüedad, y sin duda conservan muestras del primitivo genio de los moros.

"La de Kutubia no presenta nada que merezca descripción: la torre, toda ella de piedra, es única en su género en la ciudad por tal concepto. De figura cuadrada, tiene varias graciosas esculturas y adornos geométricos, formados con azulejos verdes y negros. La torre está superada por una pequeña linterna con tres globos dorados.

"Desde donde quiera que se observe la Kutubia reconócese que domina la ciudad de la manera más marcada, y no se puede menos de verla. Está rodeada de plazas abiertas y bonitos jardines que realzan más sus condiciones arquitectónicas.

"La rival moderna de la Kutubia es la gigantesca mezquita Brummagem de Abdul Aziz, santo patrón de la ciudad. Es el orgullo y gloria de Marruecos; pero tanto dista de valer lo que la Kutubia por su estilo arquitectónico como el moro degenerado de su ilustrado antecesor de há cinco siglos.

Tornero árabe

"No nos aventuramos á examinar de cerca esa mezquita, y lo que de ella vimos á corta distancia no llamaba la atención.

"Abdul Aziz, además de ser el santo patrón de Marruecos, lo es igualmente de los ciegos, tullidos y de toda clase de descalabrados. Dícese que en cierta ocasión, como encontrase un rival santo llamado Si-Hamud-u-Musa y estuviese de muy mal humor, maldíjole y juró que todos sus descendientes serían mendigos; mas, para vengarse, Si-Hamud-u-Musa juró á su vez que todos los hijos de Abdul Aziz serían deformes. Hé aquí por qué todos los pordioseros proclaman al uno por patrón, y por qué los tullidos y enfermos invocan al otro.

"Nadie va á la mezquita de Abdul Aziz con las manos vacías: ha de llevar alguna cosa en dinero ó en especies para depositar en el tesoro; y el mismo Sultán da el ejemplo, cuando está en Marruecos, contribuyendo con varios centenares de duros al aumento de ese fondo caritativo. Por este medio se socorre á muchos enfermos é inválidos.

"Hay otras varias importantes mezquitas en Marruecos, tales como la de Sidi Yusuf, Sidi Wasan, etc.; pero su exterior no presenta nada que merezca describirse.

"Fuera de los barrios puramente manufactureros y comerciales, las únicas construcciones que pueden llamar la atención se reducen á uno ó dos portales, los *fondaks*, ó lugar del tráfico de los mercaderes ricos, y varias fuentes.

"De los portales, el más digno de atención es el que conduce á la Alcazaba, no lejos de la Kutubia. Es verdaderamente una hermosa construcción de piedra muy maciza, adornada con magníficos arabescos. Lo mismo que la Kutubia y todos los trabajos artísticos que nos admi-

raron en Marruecos, este portalón de la Alcazaba pertenece al antiguo orden de cosas. La fecha de su construcción, según creo, es desconocida; pero probablemente no se remonta á menos de cuatrocientos años.

"Entre las últimas construcciones del mismo carácter, las más notables son las que hay en el interior del recinto del palacio. Una de ellas, que pone en comunicación dos patios, es tal vez del mejor estilo del arte morisco moderno. Sus principales caracteres son el hermoso arco superado de molduras salientes, el tejado verde y el pequeño pináculo

Entrada al patio del palacio

que hay á cada lado. El color es blanco, con bordes rojos que figuran hileras de ladrillos. Hasta este portalón del palacio está construído con toba.

"En el cuerpo principal del edificio no se ven más que las murallas almenadas, y, aunque hay algunos patios donde se permite á los europeos penetrar, todo cuanto puede existir de bueno en el interior queda oculto.

"En un ángulo vimos un portalón decorado con azulejos que me llamó la atención, y mis tentativas para fotografiarle, así éste como otros, dió lugar á varios incidentes divertidos. Inútil era pedir permiso, porque nos lo hubieran rehusado, y de consiguiente no nos quedaba más remedio que elegir de antemano los asuntos y después sacar las vistas fotográficas por sorpresa. Como los patios estaban abiertos al público y servían de pasadizo á los transeuntes, íbamos al sitio, desmontábase el aparato, y con toda la rapidez posible se sacaba la negativa. Por lo regular pasaba algún tiempo antes de que los guardas y la servidumbre compren-

dieran bien lo que tratábamos de hacer. Apenas lo sospechaban, precipitábanse para detenernos, gritando y moviendo los brazos como si trataran de espantar animales. Nosotros no hacíamos caso de tales demostraciones, y por lo regular terminábamos nuestro trabajo cuando la gente llegaba, y podíamos despedirnos con una sonrisa, recogido ya el aparato.

"No sucedía lo mismo en las calles y plazas, donde nos era muy difícil sacar una fotografía. Por desierto que se hallase el sitio en que nos

Surtido de un alfarero

situábamos á nuestra llegada, á los dos minutos nos rodeaba una inmensa multitud, molestándonos más ó menos, y en más de una ocasión llegó á ser tan amenazadora que nos fué preciso huir precipitadamente para que no nos apedreasen, ó cuando menos rompiesen nuestros aparatos. Cuando esto sucedía echábamos de menos los servicios de los soldados del caid, pues sin ellos no nos atrevíamos á rechazar aquella muchedumbre, que se habría alegrado de tener una oportunidad para dar cuenta de nosotros.

"La ciudad de Marruecos es muy rica en agua, que por profundos canales subterráneos se conduce desde los Wads Urika y Reraya á todos los puntos de la ciudad. También hay muchos canales abiertos para el riego de los jardines exteriores é interiores.

"Las fuentes de vecindad están generalmente limpias y bien adornadas con esculturas de madera, arabescos de estuco y azulejos de los más intrincados modelos. Las mejores, por supuesto, son las más anti-

guas: las modernas son sumamente sencillas. Las primeras se encuentran á menudo entre muros ruinosos, tristes reliquias de mejores tiempos y mejores hechos, y bien merecen su título de *Serb-u-Shuz* (bebe y mira) aplicada á una de ellas. Generalmente se tropieza con alguna por casualidad en los sitios donde menos se espera encontrarla. Varias de ellas forman cuerpo con las mezquitas, como la de Sidi Wasan. Inútil sería que intentase dar una idea del carácter del decorado de esas encantadoras construcciones: la cámara fotográfica hablará por mí.

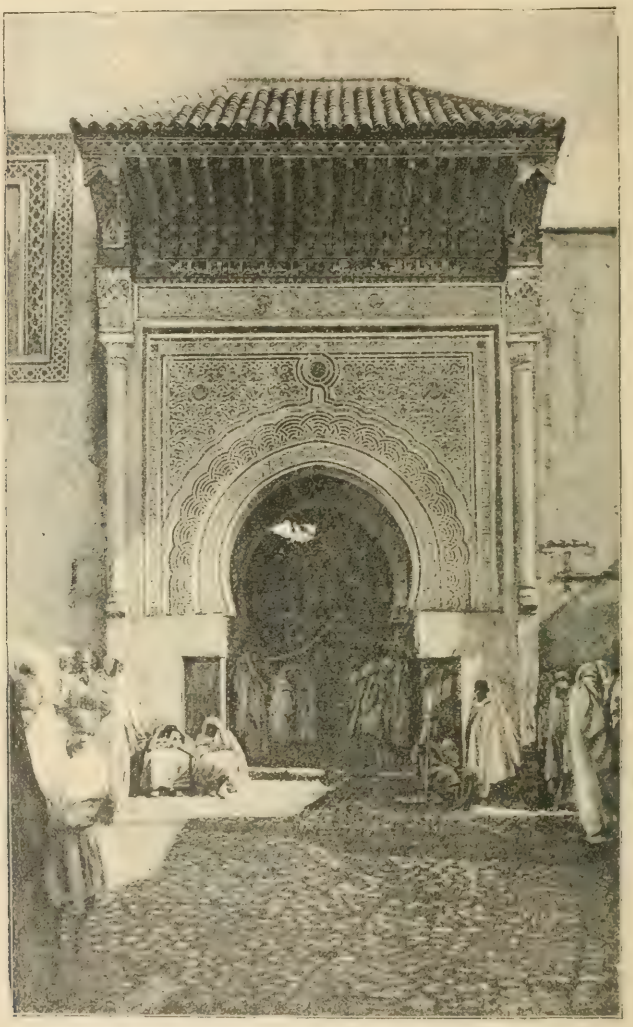
"Ahora podemos aventurarnos á penetrar en la parte más activa de la ciudad: aquí no han de buscarse ejemplares de arquitectura. Las calles son más sucias que en ningún otro punto. Las casas, más deterioradas que cuantas he visto, son casi todas de planta baja y no tienen el menor relieve por adorno. Mas el viajero no se suele fijar en esto hasta después, pues llámale la atención, sobre todo, el inusitado movimiento que hay á su alrededor, así como las escenas que se suceden de continuo. Por las callejuelas pasan sin cesar corrientes de seres humanos, en los mercados se aglomera la gente, y de todos los barrios llegan los representantes de cien industrias. Las más de las calles, en los centros destinados al tráfico, están preservadas de un modo ú otro de los ardientes rayos del sol de verano. En la una hay parras, en la otra esteras ó ramaje, y de todos modos se procura obtener sombra, lo cual contribuye mucho á realzar el conjunto pintoresco de las calles.

Almoneda

"En las principales encrucijadas hállanse los carniceros, las verduleras y las tiendecillas donde se despachan los artículos para el consumo diario. Las clases particulares de obreros tienen cada una su barrio especial: en el uno se encuentran los plateros, en el otro los carpinteros, y en los demás las diversas industrias.

"Otro barrio está destinado solamente á la fabricación de cueros de Marruecos, que conservan siempre su antigua reputación, aunque las naciones europeas compiten ahora con los moros en este ramo de la industria. Aquí se puede ver á los obreros ocupados en bordar esas bolsas de cuero que parecen indispensables para el moro aunque no tenga un cuarto, mientras otros confeccionan las babuchas para el uso de los hombres, y también para las mujeres; pero lo más curioso es observar

con qué primor adornan el cuero para las almohadas, los tapetes, etc., siendo de notar, sobre todo, la rapidez con que ejecutan este artístico trabajo. Sin más que algunas líneas para guiarse y varios círculos dibu-



Entrada á uno de los barrios mercantiles de Marruecos

jados, el obrero comienza su tarea con un buril, como si fuera un grabador, y con hábil mano recorta sus arabescos. Son dignos de visitarse los barrios de los sastres, de los curtidores, de los zapateros, de los guarnicioneros y de los tintoreros, así como el de los albéitares, donde se llevan todos los caballos y mulas que se han de herrar.

"De todos los sitios que vimos en la parte comercial de la ciudad, ninguno me pareció tan interesante como la Kasería, especie de arcada donde se venden ciertos géneros de hilo, algodón y otros tejidos. Sin embargo, lo que más llamó nuestra atención fué las almonedas de artículos nuevos y de lance, entre los cuales figuran prendas de vestir, joyas, etcétera, y que se celebran todas las tardes. Nosotros asistíamos siempre, y así nos fué fácil conocer todas las prendas de vestir que usan hombres y mujeres. Los *delals* ó agentes encargados de la venta corrían entre la multitud enseñando los artículos que se iban á subastar, y de este modo obtuvimos varias cosas á precios muy módicos, aunque los agentes hicieron todo lo posible para engañarnos. Como éramos portadores de las cartas del Sultán, no se nos obligó á pagar el impuesto del 5 por 100 exigido por el Gobierno sobre todo artículo comprado. Los jaiques para hombre y los *kaftanes* para mujeres, los grandes pendientes de oro y de coral, y las pulseras de plata, eran los objetos que más se vendían.

"La Kasería es un sitio muy visitado por el *demi-monde* de Marruecos. Siempre veíamos muchas de ellas sentadas, dirigiendo miradas asesinas á los que pasaban por allí; pero algunas iban solamente para vigilar la venta de sus vestidos y joyas, dura necesidad á que les conducían las incesantes vicisitudes de la fortuna y las exacciones del caid. Es error común suponer que esta clase de mujeres es comparativamente desconocida en los países mahometanos: así sucedería si se cumpliesen las leyes; pero ni aun en Marruecos, que es el más religioso de todos, sucede así. No hay ciudad del imperio donde no existan en considerable número, y por este concepto Marruecos es notable. Cierto que hay leyes contra ellas, pero se aplican solamente en favor del caid y á su antojo, y no para desterrar el vicio. O bien se las obliga á pagar un impuesto regular, ó se las retiene judicialmente hasta que adquieren algún dinero ó buena ropa y joyas, y después se las despoja del todo, reduciéndolas á prisión hasta que encuentran amigos ó protectores que pagan el importe de las multas, después de lo cual permíteselas continuar su antigua vida. Muchas de esas mujeres son muy piadosas y cumplen estrictamente con sus deberes religiosos. Yo mismo he visto varias de ellas en peregrinación al santuario de Muley Ibrahim, en las montañas de Gurguri.

"Además de los diversos barrios en que se confeccionan artículos para la venta, las ferias diarias ó mercados esparcidos por la ciudad ofrecen el mayor interés. No lejos de la Kasería está el mercado de cereales. La multitud que aquí se reune, compuesta en su mayor parte de mujeres, parece en cierto modo una legión de fantasmas, pues así compradores como vendedores visten jaiques blancos ó de color de crema. No hay tanto movimiento y ruido como en las calles, porque la muchedumbre es demasiado compacta para moverse á su antojo; pero

prodúcese un murmullo continuado que tiende á disipar el efecto producido por aquella multitud de aspecto fantástico. Cerca del mercado de cereales hállase el de esclavos, terreno prohibido para los nazarenos; pero esto no impidió que nos esforzáramos en penetrar allí, lo cual nos permitió ver una plazuela, ó más bien un gran patio rodeado de galerías con pilares y habitaciones en la parte baja. Allí había grupos de moros bastante bien vestidos que parecían emitir juicio sobre varias mujeres que observaban y que lucían vistosos adornos. Entre ellas no vi más que dos jóvenes esclavas del Sudán, casi desnudas y sin tener nada para cubrir sus feas fisonomías. Antes de que tuviéramos

Un corro alrededor del encantador de serpientes

tiempo de ver más, descubrióse nuestra intrusión, y debimos huir ante una tempestad de maldiciones y amenazas.

"En otro lugar vimos el mercado de aceite, que por muchos conceptos era el más interesante de todos, porque aquí pudimos comparar fácilmente el tipo del montañés con el del corpulento árabe de Sus-Ras-el-Wad, el del árabe degenerado del país próximo y el del judío de la ciudad.

"Además de los mercados diarios para los cereales y el aceite, hay otros dos que se celebran dos veces á la semana, y donde se llevan todos los jueves los caballos, mulas, camellos, burros y otro ganado para la venta. Verifícase fuera de Bab-el-Khamis, y, así como en la Kasería, los chalanes montan sus cuadrúpedos para que se aprecien bien sus condiciones. No lejos de Bab-el-Khamis hay otro mercado de menos importancia, donde se expenden artículos de lance de toda especie, objetos de alfarería, medicamentos, etc. Allí acuden muchos juglares y los famosos encantadores de serpientes, que aprovechan la ocasión para lucir sus habilidades. El espectáculo que ofrece este mercado es en extremo notable, pues por un lado se ven montones de basura, entre los cuales se ve circular á la multitud, mientras que por el otro las palmeras forman como un cercado y hay numerosos jardines.

"El mercado del viernes se celebra en una gran plaza en el mismo corazón de la ciudad.

"De todas las escenas públicas que pueden presenciarse en Marruecos, las que se presencian por la tarde en dicho mercado son las que más atraen la atención del viajero, pues allí se hacen, además, varias exhibiciones. Cuando disminuye el ardiente calor del día y principian á soplar las frescas brisas es muy agradable recorrer aquel sitio, dejando por algún tiempo los patios recalentados y las habitaciones sofocantes.

Bandeja de cuero

El moro va, naturalmente, á ese mercado, porque es donde más distracciones encuentra.

"En un lado veo un grupo de hombres venerables con turbantes enormes, y observo cómo fijan la atención en otro que lee un capítulo del Corán. Poco más allá un ciego entona un cántico sagrado en alabanza á Mahoma: todos cuantos le rodean escúchanle con religioso silencio, y percíbense claramente las notas guturales que emite á cada momento. Otro grupo rodea á un músico ambulante que toca en una caña á manera de flauta, haciéndola producir desagradables notas, acompañadas de redoble de tamboriles. Algunos pasos más allá, un juglar revela por sus habilidades que ha trabajado en circos europeos: por su traje y sus ademanes reconócese que ha viajado mucho, y varias frases que nos dirige en francés é inglés confirman nuestra idea. Por último, más lejos, otro relata historias tomadas de las *Mil y una noches,* y también cuenta con un numeroso auditorio, que parece divertirse mucho con la narración.

"En una palabra, aquí se encuentran pasatiempos de toda especie: música, danza, titiriteros, y hasta tiro al blanco; pero lo que más divierte al moro es el encantador de serpientes, y diríase que se deleita contemplándole. La verdad es que, como diversión nacional y característica de Marruecos, no tiene rival. También á nosotros nos llamaba la atención más que ninguna otra cosa, y no nos cansábamos de admirar su airoso aspecto, el brillo de sus ojos, semejante á los de un hombre poseído de frenética locura, sus ademanes y contorsiones, y los éxtasis en que permanece. Las serpientes suelen ser de la especie *cobra* ó bien de la especie *lefa*, más repulsivas aún, y el encantador da principio invariablemente á los encantamientos con invocaciones á Alah y á Sidi Aissa.

"Después de ver todas las curiosidades de aquel mercado y de recorrerle en todas direcciones, volvimos tranquilamente á nuestro alojamiento."

CAPÍTULO XXV

LA VIDA EN MARRUECOS

EXCESIVO CALOR.—COSTE DE LA MANUTENCIÓN.—CASA MORISCA.—EL HAREM.—MOBILIARIO Y DECORACIÓN DE UNA CASA.—DEGENERACIÓN DEL ARTE MORISCO Y SUS CAUSAS.—CONDICIÓN SOCIAL DE LAS MUJERES.—MÚSICOS AMBULANTES.—INTERIOR MORISCO.—LAS MUJERES EN SU CASA.—SU TRAJE Y ASPECTO.—EL HAMMUN.—LAS BAILARINAS MORISCAS.

DURANTE nuestra permanencia en esta ciudad procuramos vivir como los moros hasta cierto punto, cosa poco difícil por varios conceptos, pues el espantoso calor nos obligaba á la inacción durante la mayor parte del día.

"Al llegar nosotros, el termómetro, puesto á la sombra de la casa, señalaba una temperatura de 18° C. por la mañana y 29° por la tarde; pero después se elevó diariamente hasta llegar á 35°, y en 29 del mes subió á 37°. Estas son las cifras que se obtuvieron en el corredor que conducía desde una habitación principal á una galería cubierta de sombra, donde el termómetro señalaba 2° más de calor. La temperatura mínima era más variable y fluctuaba entre 17° á 26°. El día 28 sopló por la parte del S. un viento que parecía salir de un horno encendido: nubes de polvo amarillento oscurecían el cielo, impidiéndonos ver cosa alguna á cierta distancia.

"En la semana siguiente la temperatura bajó á 31°; mas el 1.° de agosto comenzó á subir de nuevo hasta llegar á 38°. Esta última temperatura se debió á las ráfagas que llegaban del desierto por la parte del S., llevando consigo nubes sofocantes del más menudo polvo. La noche del 6 fué tan ardiente que se hizo imposible dormir. En la mañana del 7 el termómetro señaló 32°, y á las dos y media de la tarde el viento so-

focante volvió á soplar de nuevo con mayor violencia que la víspera, acompañado de truenos y relámpagos y con las arenas de fino polvo. Bajo su influencia, la temperatura de nuestra galería se elevó á 45°; pero en la habitación interior, teniendo la puerta cerrada, no pasó de 35°.

"El calor de los días siguientes siguió siendo excesivo. La temperatura máxima respectiva en la galería y en la habitación interior con las puertas cerradas fué como sigue: el 7, 42° y 36°; el 8, 42° y 36°; el 9, 40° y 39°; el 10, 39° y 36°. En estas fechas soplaron vientos cálidos del SO. que arrastraban nubes de polvo. Después la temperatura fluctuó entre 34° y 39°; pero varias señales indicaban que había pasado lo peor y que iba á refrescar el tiempo.

"Inútil parece decir que con un calor de 36° á 44° C. poco se podía hacer. Nosotros acostumbrábamos á salir de la habitación interior á primera hora de la mañana, dejando la puerta abierta hasta las ocho, y entonces se cerraba, á fin de evitar que penetrase el calor, cada vez más intenso, del día, conservando el aire fresco de la noche.

"El gasto diario de la casa no era excesivo: nuestra manutención y la de Assor, siete criados, dos caballos y ocho mulas, no ascendía á más de unas 12 pesetas. El carnero y la vaca, leche, huevos y gallinas, melones, pepinos, tomates, cebollas, patatas, uvas, higos, etc., obtenianse en abundancia á precios irrisorios por lo bajos, así como la paja y la cebada para los animales. Una libra de las uvas más deliciosas solamente costaba 12 céntimos, ó menos.

"Hacia el mediodía, cuando el calor comenzaba á ser más intenso que nunca, no nos quedaba más remedio que retirarnos á la habitación interior, cerrar la puerta y permanecer quietos en una semioscuridad, tan aligerados de ropa como era posible. Por supuesto, no había ni un soplo de aire, siendo nuestro principal objeto impedir toda circulación del mismo cuando la temperatura exterior era varios grados más alta que la de nuestro aposento. Nuestra experiencia de la vida en Marruecos, bajo estas circunstancias, nos hizo comprender por qué las habitaciones de los moros no tienen ventanas, lo cual se hace para mantener la temperatura más baja durante el día y más alta por la noche.

"No estará de más describir nuestro alojamiento, como típico de las casas de los habitantes acomodados. La puerta de entrada conducía á un estrecho pasadizo que se abría en un patio pequeño situado más allá, y el cual podía servir de cuadra para mulas y caballos. A la mitad del pasillo había una puerta que daba á otro corredor, el cual se prolongaba en ángulo recto, desembocando en un magnífico patio de 15 pies en cuadro á lo menos. A un lado de éste veíase una arcada para formar una galería que daba paso á una habitación sin ventanas.

"A la derecha del pasillo teníamos otra estancia de la misma especie, y frente á la galería baja una de semejantes dimensiones y estilo, pero

Nuestro alojamiento en Marruecos

mejor adornada. Todos estos aposentos eran largos y estrechos, con el techo muy alto.

"En un ángulo del patio, una curiosa escalera conducía al piso superior, rodeado por una ancha galería que se prolongaba alrededor de los tres lados de la casa. Por aquél se podía entrar en una espaciosa habitación de 30 pies de longitud por 10 de anchura. En un ángulo había un pequeño aposento con ventana, y en el opuesto otro más pequeño que servía de sala de baños. El patio y las habitaciones descritas son las especiales del dueño de la casa, que puede recibir allí las visitas de los

hombres sin que éstos vean á las mujeres del harem, á quienes siempre se anuncia la llegada de los visitantes á fin de que se mantengan retiradas. En nuestra casa el harem se dividía en dos partes, hallándose la principal en el pasadizo de entrada. Componíase de tres habitaciones pequeñas, de las cuales la principal recibía la luz por el techo, trasmitiéndose ésta á las otras dos. Todas se distinguían por sus ricos adornos, particularmente la del centro, con su cúpula poligonal. Allí eran brillantes los colores y muy bonitos los arabescos de estuco, mientras que las puertas llamaban la atención por sus plafones tallados y pintados.

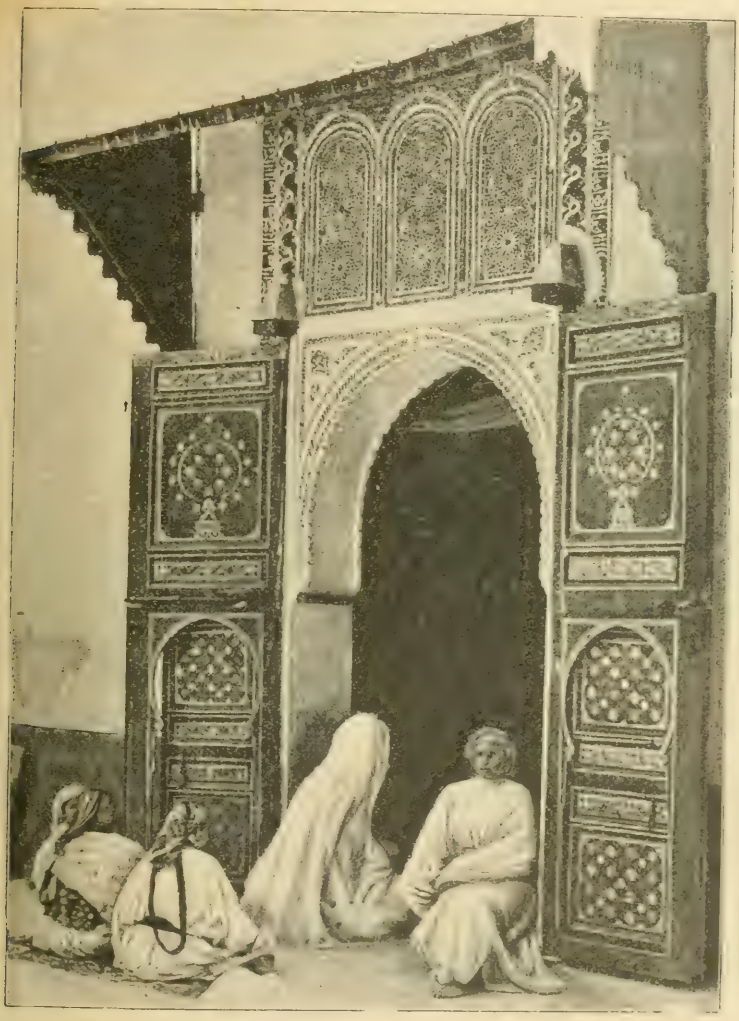
"Estas habitaciones se destinaban probablemente para el uso de la esposa principal ó de alguna esclava favorita. La otra división del harem, ó aposentos privados, hallábase en el lado opuesto del patio, donde por una puerta se iba á otro más pequeño, redondo. Aquí se encontraba la cocina, una estancia cuadrangular, y en el piso superior una serie de otros varios aposentos.

"Inútil parece decir que el mobiliario de una casa morisca es de los más sencillos. Los objetos de arte no se conocen aquí. Todo cuanto es agradable á la vista está fijo, como el pavimento adornado de dibujos, los relieves de las puertas pintadas, los arabescos de estuco y los techos de brillantes colores. Cuando se desea más ventilación que la obtenida por la puerta, practícase sobre esta última un calado en forma de pequeños arcos.

"Nuestra casa no tenía inquilinos permanentes. A no ser por esto, no habría faltado un jardín en la parte céntrica, con un surtidor.

"Una alfombra de ricos colores, uno ó dos colchones y varios almohadones es lo que principalmente se encuentra en una casa morisca. Tal vez haya un cajón para varios artículos y cartas, y uno ó dos candeleros ó candelabros colocados en el suelo, así como también un reloj europeo, más bien por adorno que para saber la hora; pero á esto se reduce todo lo que el moro necesita. En todo Marruecos lo que más desagrada al viajero es esa falta de artículos preciosos, tanto para el adorno de la casa como de la persona. Naturalmente, se espera encontrar allí objetos artísticos y curiosos, casas pintorescas, lujo y ostentación; pero nada de esto se ve ya. Reconócese que tales cosas existieron en otra época, porque de vez en cuando se hallan señales de ellas en toda la ciudad, y sobre todo en las almonedas; de modo que, todo cuanto sea artístico y notable por el trabajo, se puede considerar que pertenece á lo antiguo. En todas las cosas vemos que hay una evidente decadencia, así en el trabajo genuino como en el gusto artístico. Para el pintor los colores duraderos de otra época parecen tan desconocidos como lo es la habilidad de sus antecesores para confundirlos y escogerlos, y el arabesco de estuco comienza á ser una cosa del pasado simplemente porque nadie los pide, y los artistas van muriendo sin dejar otros que ocupen su lugar. En las alfombras refléjase la misma decadencia. Los tintes de

anilina brillantes han reemplazado casi del todo á los verdaderos colores vegetales antes usados, y también desaparece la armoniosa disposición que tanto efecto producía á la vista. Las hermosas tejas vidriadas



Las mujeres en las habitaciones del harem

no se hacen ya como no sea en Tetuán, y esto en reducido número. Fez conserva aún cierta reputación por su alfarería y sus magníficas fajas para mujeres, Rabat la tiene por sus alfombras y bordados, Mogador por las bandejas de cobre y los adornos de plata, y Marruecos por varias especies de cueros labrados. En cada uno de estos puntos el via-

jero encontrará algunos objetos dignos de comprarse; pero también puede ver que las mejores cosas son antiguas, bien se trate de alfombras, de dagas ó armas de fuego.

"No es difícil reconocer que la causa de esta decadencia consiste en el notable desgobierno, fuente de todos los males que pesan sobre el Imperio. ¿Cómo podrá nadie desear tener para sí una bien construída y elegante casa, cuando lo probable es que no se le permita morir en ella, y que más pronto ó más tarde pasará á manos del Sultán ó de los extranjeros? Por lo mismo no quiere acumular á su alrededor magnificencias, por mucho que le agraden, sabiendo que se halla en un país donde no se conoce la justicia y la propiedad no está segura. Bastaría que el Gobierno tuviera conocimiento de su lujo para imponerle la más ruinosa contribución ó encerrarle en una cárcel hasta que las autoridades comprendieran que el infeliz estaba despojado del todo.

Vendedores de telas

"Contra la conservación de lo que es hermoso ó artístico milita también el hecho de no haber gobernadores hereditarios ó jeques, ni poderosas familias que puedan trasmitir sus tesoros de generación á generación. La riqueza de cualquier especie no se conservará durante dos generaciones en la misma familia sin que el Sultán lo haya absorbido todo con su voraz apetito. Pocos moros de los que no se ponen bajo la protección del gobierno europeo llegan á morir ricos. Para evitar la expoliación, la primera idea de cualquier individuo, excepto los judíos, que han guardado algún dinero, es enterrarlo. La riqueza de los tesoros sepultados en Marruecos cuyo secreto se ha perdido debe ser enorme.

"Otra influencia peor aún que este sistema de saqueo gubernamental tiende á la rápida decadencia del arte morisco y á la desaparición de los hábiles artífices. Estos últimos comienzan á ser tan raros que, apenas se descubre uno de mayor capacidad que sus compañeros, inmediatamente se le reclama para el servicio del Sultán ó del gobernador, no para ser halagado y objeto de consideraciones de toda especie, sino para obligarle á trabajar, pagándole apenas lo suficiente con que mantenerse. Ya he dado á conocer dos ejemplos de esto al hablar del caid de Gindafy, y se podrían citar centenares de casos análogos. Para el artífice es una ruina alcanzar reputación por su genio ó habilidad en cualquier ramo: para evitarla le es forzoso hacer un trabajo chapucero y someterse á re-

cibir algunos palos si persiste en su deliberado error. Hé aquí cómo los descendientes del pueblo que edificó la Alhambra, haciendo glorioso su reinado en España por sus edificios, que eran otras tantas maravillas, tratan hoy el arte moderno.

"Después de esta digresión, hablaremos otra vez de nuestra vida en Marruecos.

"Uno de los grandes obstáculos para practicar aquí el género de vida de los moros consistía en la triste circunstancia de ser solteros. Estos naturales no pueden comprender la vida en la tierra sin la presencia consoladora de las mujeres (únicas compañeras y amigas en la casa, muñecas ó juguetes que les sirven de pasatiempo), criadas, y, en fin, todo cuanto pueda ser útil para ellos. Sin mujeres no pueden emprender viaje alguno, y las quieren como las niñas de sus ojos; pero entiéndase que no las aprecian en el mismo sentido que nosotros. Muy por el contrario, es posible que lleguen á odiar á varias de ellas; pero les es intolerable la idea de que otros puedan ver su tesoro viviente, aunque ya no sea de su gusto.

Músico ambulante

"Careciendo nosotros de este elemento esencial de la existencia de los hombres del país, éranos preciso distraer el ánimo en los pasatiempos públicos, y entre éstos nada nos divertía tanto como los músicos ambulantes, medio negros, medio árabes, de Sus y del desierto. Generalmente van de dos en dos, y visten de la manera más fantástica, con trapos, pieles, cinto de cuero, campanillas en las piernas y en los tobillos. El uno toca el tambor y el otro una curiosa especie de doble címbalo de hierro. Su aspecto es á veces irresistiblemente cómico, y la ejecución en sus instrumentos me interesaba, recordándome haber visto algo semejante en el Sudán, donde primeramente se me ocurrió la idea de visitar á Marruecos. A veces encontrábamos toda una compañía de cantantes y bailarines judíos, que tenían fama de ser los mejores del país. Tal vez fuera cierto; pero lo que vimos decía muy poco en favor de semejante opinión. Las mujeres gritaban, con sus voces chillonas, al entonar canciones árabes y judías, acompañadas del chirrido de un violín que destrozaba el tímpano.

"Cierto día obtuvimos invitación para visitar la casa de un moro. Apenas si es necesario decir que era hombre de dudosa moralidad, aunque de firmes principios religiosos. Quiero decir con esto que nuestro hombre hubiera dado la llave de la casa donde estaban su mujer y su hija, pero lo habría pensado dos veces antes de comer carne prohibida. Nosotros deseábamos ver el interior de la casa habitada por un moro, y, si era posible, sacar el retrato fotográfico de alguna mujer, cosa de las más difíciles en este país.

"Fué preciso, por supuesto, disfrazarnos, pues la idea de permitir á un cristiano penetrar en la casa de un mulsumán habría producido gran escándalo, pudiendo tener graves consecuencias para ambas partes.

"Conducidos por nuestro amigo gibraltareño Bonich, emprendimos la marcha poco después de mediodía, cuando el excesivo calor obligaba á todos á permanecer dentro de sus casas. Hicimos todo lo posible para andar como los moros de importancia, y al parecer con buen éxito, pues nadie se fijó en nosotros. Sin embargo, pronto tuve en que ocuparme, sin pensar ya en lo que la gente opinaría de nosotros, pues mis babuchas se llenaron de fina arena, que me molestaba mucho para andar. Si me hubiera restregado los pies continuamente con papel esmerilado, seguro es que no habría padecido más. En estas circunstancias no se podía andar con dignidad, al paso que era sumamente difícil que los dedos de los pies sujetaran las babuchas, que más de una vez se me escaparon á pesar mío. A no mediar la circunstancia de que apenas pasaba un alma por la calle, pronto nos hubieran descubierto y tal vez seguido. Al fin llegamos á un callejón, en cuyo fondo había una puerta, á la cual llamó Bonich. Abrióse al punto y nos deslizamos presurosos en el interior, volviendo la cabeza para ver si nos observaban.

"Por lo pronto entramos en un pasadizo oscuro, y me chocó que nos siguiera una mujer no velada, pues en toda casa bien ordenada ninguna habría abierto la puerta, y solamente el anuncio de la visita de un hombre hubiera sido suficiente para que todas huyeran á esconderse. Después se nos condujo á un pequeño jardín cercado de altas paredes, donde prestaban sombra una parra y una enorme higuera. En este delicioso y fresco retiro encontramos cojines y almohadones preparados para que estuviésemos con más comodidad, y con el mayor placer me despojé de lo que más me entorpecía en mi traje moruno, y sobre todo de las babuchas. La mujer que nos seguía, al ver el lastimoso estado de mis pies, fué á buscar agua para que me los lavase. No tardó en llegar el amo de la casa, hombre de mal aspecto, con trazas de rufián, que se daba el nombre de Alah. Y mientras cambiábamos con él los cumplidos de costumbre, sus dos mujeres, una de treinta años poco más ó menos, y la otra de treinta y cinco al parecer, se dispusieron á servirnos. Presentáronnos primeramente diversas frutas y melones, después pan y miel, y luego *tojen*, ó sea vaca guisada con manteca rancia.

"Terminada la comida, el dueño fué á rezar sus oraciones, volviendo después con su hija, que lucía su más vistoso traje. Llevaba un caftán de rico brocado amarillo, velado en parte por arriba por una guarnición de fina muselina. Su traje estaba ceñido al talle por un cinturón bordado. Su cabello negro, cubierto con un pañuelo de color carmesí muy brillante, estaba dispuesto en dos trenzas que pendían sobre la espalda. Llevaba pulseras de plata maciza y sartas de abalorios en el cuello. El adorno de su persona estaba completado con pintura de henné en las manos y pies, pestañas y cejas teñidas de negro, y un tatuaje de cuadrados en la barbilla y los brazos. Tenía los pómulos muy prominentes y la boca algo grande; pero, en cambio, su dentadura era magnífica. Lo que más admiré fueron sus ojos negros y brillantes y sus espesas cejas; pero en el conjunto no podía decirse que fuese una mujer bonita ó hermosa.

La oración de la mañana

"Añadiré aquí de paso que, por lo que nosotros hemos visto, no podemos decir que las mujeres marroquíes se distingan por su belleza, pues podría inducir á error sacar la consecuencia por sus ojos, frecuentemente fascinadores, si bien debo añadir que la mayor parte de las que nos fué dado observar no eran jóvenes, perteneciendo las más á la clase pobre. Las bellezas se ocultan, naturalmente, en los haremes de los ricos, de donde no salen nunca sino por la noche; de modo que no pudimos formar opinión exacta. Sin embargo, mis observaciones me inducen á creer que las mujeres jóvenes, de catorce á veinticinco años, son muy bien proporcionadas, y á veces en extremo hermosas. Después de esta edad la belleza y las buenas proporciones desaparecen rápidamente.

"En cuanto al traje, es casi idéntico al de los hombres por la hechura, incluso el pantalón; pero usan materiales mucho más costosos, como brocados, sedas, etc., por lo regular cubiertos de gasa. El jaique usado en general cuando salen á la calle, no es, en rigor, más que una especie de manta muy ancha. En Safi y en Mogador no se tapan la cara con ningún pañuelo especial, pero solamente se les puede ver un ojo. En Marruecos se ponen un velo muy ligero y cubren la barba con el embozo del jaique, sosteniéndolo con la mano. En Amsmiz se sujeta el jaique con ambas manos, de modo que forman una estrecha abertura de un pie de longitud. El calzado de las mujeres se distingue de los hombres por su color rojo, y á menudo por sus bordados.

"La costumbre de pensar siempre en ocultarse el rostro ha despertado en el bello sexo la idea de que es más indecente dejar ver á un extranjero esa parte que cualquiera otra del cuerpo. En tiempo de calor no era cosa rara ver en las calles mujeres con el rostro cuidadosamente velado, mientras que llevaban el seno más ó menos descubierto.

"Aunque las damas que entonces veíamos ante nosotros nos manifestaban cortedad y podían ostentar sus encantos con toda la coquetería de una francesa, pronto me cansé de su conversación y apresuréme á sacar sus fotografías, cosa nada fácil, pues pensaban que era un gran pecado permitir que las retratáramos.

El disfraz

"Hecho esto, nos habríamos retirado de buena gana; mas era preciso esperar á que llegase un criado para recoger el aparato y... (vergüenza me da decirlo) para traerme un par de calcetines, sin lo cual no me aventuraría jamás á introducir los pies en babuchas moriscas. Mientras esperábamos se nos permitió entrar en dos habitaciones de la casa, donde por todo mobiliario no había más que algunos almohadones, aunque todo estaba muy limpio.

"Inútil es decir que mis calcetines llamaron la atención de los transeuntes; pero ya no nos importaba, porque nos retirábamos á nuestro alojamiento.

"A fin de hacer todo lo que se hace en Marruecos, resolvimos bañarnos y limpiarnos al estilo de los naturales, y para esto era preciso ir al Hamman, que, así en Marruecos como en todos los países mahometanos, es una institución: en cada barrio de la ciudad hay uno ó más.

"Sin embargo, oponíase una dificultad para satisfacer nuestros deseos, y es que el Hamman era sagrado para los fieles y ningún cristiano podía traspasar su recinto. Esta fué una razón para que nos empeñásemos más en ir, pues viajábamos para ver y hacer cosas distintas de las que los otros habían visto y hecho ya. Esperábamos conseguirlo,

porque después del *Acha,* ú oraciones de las 9 de la noche, los baños se reservan para las familias.

"En su consecuencia enviamos á nuestro criado con instrucciones para que, valiéndose de su ingenio, nos asegurase la entrada en el Hamman, ocultando, por supuesto, nuestra identidad. Con gran satisfacción nuestra pudo arreglar el asunto; pero debíamos ir disfrazados como cuando hicimos la visita al amigo moro.

"Después de haber resonado en toda la ciudad el canto de la oración, nos pusimos en marcha con los más de nuestros hombres, á quienes repugnaba acompañarnos, sobre todo Assor, que, además de temer que se nos descubriera, horrorizábase ante la idea de lavarse el cuerpo, cosa que no había practicado en toda su vida.

"Apenas hubimos salido de nuestro barrio faltó poco para que todo se echara á perder, pues más de una vez mi compañero y yo hablamos nuestro idioma en alta voz, y fué preciso que nuestros hombres nos lo advirtieran. Estos últimos hicieron, además, lo posible para rodearnos, á fin de evitar toda inspección; pero la estrechez de las calles y la mucha gente que aun circulaba lo hicieron casi imposible. En cierto sitio oímos hablar de cristianos; pero no hicimos aprecio y apresuramos el paso, sin mirar si nos seguían ó no. Llegamos á la puerta del Hamman sin que ocurriera ningún percance. Aquí, sin embargo, faltó muy poco también para que nos sorprendieran; pues, creyendo que los baños estaban desiertos, íbamos á cerrar, cuando nos vimos cara á cara con varios bañistas que llevaban linternas. Instintivamente nos volvimos de espaldas, y nuestros hombres nos rodearon, ocultándonos en parte hasta que el enemigo pasó. Sin duda se había sospechado algo, pues aun quedaba gente en el establecimiento, y para evitar que nos viesen se nos introdujo en un sótano completamente oscuro, donde permanecimos un rato, hasta que no quedó un solo bañista.

"Entonces se nos introdujo en una nada limpia estancia abovedada, con pilares cuadrados, donde solamente teníamos dos candeleros. En vano tratamos de realizar nuestra idea de los baños orientales, con sus almohadones y lujosos adornos; pero pocas cuevas europeas hubieran podido ser tan negras y repulsivas como aquella sala de baños. Una húmeda estera, llena de moscas, era lo único que representaba los blancos cojines y cómodos divanes que esperábamos encontrar. Un olor repugnante ofendió nuestro olfato en vez de un dulce perfume; de modo que allí todo estaba en armonía. Mas, á pesar de nuestra decepción, no nos desconcertamos, y pronto nos distrajeron de tristes reflexiones las figuras desnudas de nuestros hombres, que entreveíamos á través de la oscuridad.

"Al compararnos con aquella gente parecíonos por un instante que éramos cautivos blancos encerrados en una mazmorra morisca, y á quienes se trataba de dar tortura. Assor parecía asustado, y sin duda era para él muy horrible la idea de lavarse el cuerpo por la primera

vez de su vida, lo cual fué causa de que sus compañeros se rieran mucho á su costa. Desde la negra sala donde nos habíamos desnudado pasamos á otra más cálida y llena de vapor, pero también más semejante á un calabozo que la otra. Aquí Assor comenzó á lamentarse más aún, y, reanimándole cuanto pudimos, penetramos en la tercera sala. Era una pieza abovedada, de forma oblonga. Á un lado veíase un caño para sacar el agua caliente necesaria de las calderas, y no vi mesa alguna ni cosa equivalente; de modo que era necesario echarse en el suelo. La temperatura, según pude juzgar, sería de unos 70°. Nuestro cocinero, que había sido dependiente de una casa de baños, era muy hábil en tales casos, y, arrodillándose al punto, nos lavó y friccionó, zarandeándonos de un lado á otro, como hombre muy experto en la materia.

"Al volver á la sala de vestir, el olor que habíamos percibido á la entrada nos ofendió mucho más que antes, y al buscar la causa vimos abierta una especie de horrible cloaca. Para huir de aquel sitio cuanto antes nos pusimos la ropa más precisa y salimos de allí apresuradamente.

"La noche acabó para nosotros asistiendo á una danza de moros. Como los ejecutantes eran mujeres, disfrazáronse con *jellabias* de hombres, pues de lo contrario habrían sido observadas y presas por los soldados del caid.

"Las mujeres fueron introducidas con aparente sigilo y misterio, y manifestáronse muy confusas al despojarse de sus jaiques, dejando ver sus maduros encantos á los ojos de dos infieles; mas al persuadirse de que no éramos ogros y que hacíamos frecuentes libaciones de te, parecieron estar más á su gusto. Poco después un individuo de mirada torva que les acompañaba comenzó á pulsar un guitarrín, uno de nuestros hombres acompañó golpeando al compás en una bandeja de cobre, y los demás palmotearon también cadenciosamente. Una de las mujeres, después de extendida la alfombra que llevaban, dió dos ó tres vueltas, marcando el compás con el talón, cada vez con mayor fuerza. Después se detuvo de repente, y los dos pies se pusieron en movimiento con singular rapidez, mientras que el cuerpo se revolvía en todos sentidos con bastante gracia. La bailarina parecía verdaderamente frenética; mas al fin terminó su vertiginoso ejercicio, doblando una rodilla para recibir la recompensa de su trabajo.

"Las demás mujeres lucieron también sus habilidades con más animación, por haberse acostumbrado ya á nuestra presencia, y el de la guitarra entonó una canción de amor, haciendo coro nuestros hombres. Lo más notable de la función fué un ejercicio que consistía en colocarse una de las bailarinas sobre la cabeza una bandeja con todos los accesorios del te, incluso las copas llenas, y bailar sin verter una gota del líquido.

"La ejecución no fué, en su conjunto, interesante, ni por demás agradable. Las bailarinas no tenían nada de hermosas, y nos alegramos mucho de poder salir de allí, después de haberlas gratificado.

CAPÍTULO XXVI

EL AID-EL-KEBIR

LLEGADA DE CAIDS PARA RENDIR HOMENAJE AL SULTÁN.—MARRUECOS DE FIESTA.—ESCENA EXTRAMURÒS.—LA FIESTA DE LA PÓLVORA.—EL VIRREY. CEREMONIA RELIGIOSA.—LOS SACRIFICIOS.—FUNCIÓN OFICIAL.—RECEPCIÓN DE LOS CAIDS.—FIESTAS ECUESTRES.—FANATISMO.—EJEMPLO DE JUSTICIA MORISCA.

ANTES de marcharnos tuvimos la suerte de ver la celebración del Aid-el-Kebir, ó fiesta mayor, que señala el término de las ceremonias relacionadas con la peregrinación á la Meca. Siguiendo la práctica de todo el mundo mahometano, así como la de los actuales peregrinos al valle de Mina, todos los moros que pueden sacrificar un carnero, una cabra ó una vaca, visten su mejor traje y hacen fiesta.

"En Marruecos la celebración de este día da lugar á funciones oficiales, reuniéndose todos los caids del S. de Marruecos para rendir pleito homenaje á su señor el Sultán, llenando sus tesoros y las cajas de sus ministros con lo que llaman "regalos de sangre y plata humedecida en lágrimas." Como el Sultán se hallaba en Mequinez, el virrey Muley Othmán hizo sus veces.

"La principal ceremonia oficial debía celebrarse fuera de la ciudad, y resolvimos asistir á ella, aunque sabíamos que no había poco peligro de un motín de fanáticos por nuestra intrusión en las ceremonias religiosas.

"Observamos que en las calles había inusitada animación. Las tiendas estaban cerradas, y solamente hacían negocio los vendedores ambulantes de dulces y tortas, oyéndose también la campanilla de los aguadores, que iban cargados con sus odres. La mayoría de la multitud montaba en

burros, mulas ó caballos; pero los jinetes de estos últimos eran soldados que corrían á reunirse bajo la bandera de sus respectivos caids.

"Entre otros nos llamó la atención el que nos había impedido terminar la ascensión de la cordillera S. del valle de Gindafy. El también nos reconoció, y, clavando las enormes espuelas en los ijares de su caballo, precipitóse contra nosotros á galope. En medio de su carrera á través de la multitud gritó algo sobre Alah, arrojó su espingarda al aire, cogióla al caer, y dando, media vuelta en la silla, hizo fuego á un enemigo imaginario, después de lo cual pasó junto á nosotros en medio de una nube de polvo.

Aguadores

"Para ir al punto de la reunión debíamos cruzar por la plaza del palacio, y con razón pudimos esperar que nos divertiríamos al ver cómo pasaban, un escuadrón tras otro, jinetes de salvaje y pintoresco aspecto que galopaban hacia la morada del virrey para saludarle antes de ocupar su puesto.

"Pronto estuvimos fuera de los muros de la ciudad. Dos millas más allá, cerca del jardín de Agdel, veíase una inmensa multitud de jinetes y gente de á pie. Los primeros estaban formados en línea, pero también vimos varios grupos de otros que galopaban furiosamente, disparando sus armas de fuego.

"A los pocos minutos llegamos junto á la puerta del jardín, por donde debía salir el virrey. Desde este punto, extendiéndose hasta la llanura, había dos filas de jinetes, separados por una distancia de 100 varas, y en la extremidad elevábase una especie de pabellón, alrededor del cual agrupábase la multitud de pueblo, compuesta de algunos miles de personas. Mientras llegaba el virrey, muchos jinetes lucieron su habili-

dad en la equitación y en el *lab-el-barud*, ó sea en *correr la pólvora*.

"Durante algún tiempo observamos con admiración aquel pintoresco espectáculo; pero muy pronto abrióse la puerta del jardín y salió un piquete de caballería. Detrás iban dos magníficos corceles lujosamente enjaezados, conducido cada cual por un palafrenero, y después apareció un moro venerable, con hermosa barba blanca y gran turbante, cuyo albornoz de color de crema realzaba el conjunto de su traje, llegando sus mangas hasta los pies. Era el virrey, que iba á caballo, rodeado de sus servidores á pie, y de varios hombres que sólo se cuidaban de espantar las moscas, á fin de alejarlas del regio personaje.

"Era necesario trasladarnos á la otra extremidad de la línea para ver bien la ceremonia, y con la calculada impudencia que hace maravillas en un país como Marruecos, avanzamos delante del virrey, siguiendo el camino despejado por donde él debía pasar. No se levantó rumor alguno; mas no por eso dejamos de observar que por ambos lados, por delante y detrás, nos lanzaban denuestos y maldiciones. A pesar de esto, ningún hombre intentó detenernos ni oponerse á nuestro paso, y así pudimos llegar sin molestias al fin de las líneas, donde nos mezclamos entre el pueblo.

"El pabellón que habíamos visto desde lejos, y que ahora teníamos bastante cerca, ofrecía cierta semejanza con una de esas galerías que hay en los locales para ejercitarse en tirar al blanco; pero en aquella ocasión estaba destinada á servir de mezquita, y allí veíamos la imitación pintada del Mihrab, ó nicho de las oraciones, indicando el "Punto de la Adoración," orientado hacia la sagrada ciudad de la Meca. También había allí un púlpito para el lector del Corán. Frente al pabellón veíase un considerable espacio alfombrado de esteras, para mayor comodidad y limpieza de los que debían practicar los ejercicios religiosos. En medio de una solemne procesión, el virrey avanzaba hacia la improvisada mezquita. Llegado al borde de la estera, echó pie á tierra, dejó allí las babuchas y penetró en el Mihrab. Los fieles que no eran soldados corrieron presurosos á buscar sitio, y apenas el virrey estuvo junto al adoratorio oyóse el canto del *muezzin* que llamaba á la oración, y cuyas guturales sílabas se percibían clara, musical y hermosamente en aquella atmósfera serena. Por un momento el galope de los caballos y las salvas de armas de fuego cesaron al punto. En aquella multitud reinó el más profundo silencio, sin que lo perturbara ya rumor alguno, y todos los creyentes comenzaron su rezo.

"Jamás había presenciado semejante espectáculo: por el S. y el E., en un espacio de unas 30 millas, extendíase la monótona llanura de Marruecos, con algo de la grandeza del inmenso mar; más allá destacábase la oscura mole del Atlas, medio velada por la bruma, que también cubría las demás alturas; más acá veíanse las sólidas murallas de Marruecos, que cercaban las arboledas y jardines, las torres y las mezquitas; y

alrededor de nosotros apiñábanse los miles de habitantes de la ciudad, árabes, moros, shellachs y negros. Casi todos llevaban albornoz blanco y turbante, y solamente los niños y muchachos lucían algún color en sus caftanes, carmesíes ó amarillos. Completábase el cuadro con las prolongadas filas de jinetes inmóviles como estatuas, con la gumía apoyada en la silla del caballo é inclinada hacia delante en ángulo recto, y una multitud de cortesanos y otra gente oficial que habían ido á sentarse en la estera. Apenas habíamos presenciado todos esos detalles del espectáculo, cuando el canto de la oración terminó con una modulación larga y cadenciosa.

"Entonces el virrey se levantó, y, semejantes á máquinas movidas por un solo impulso, los fieles que le rodeaban siguieron su ejemplo. El virrey era quien dirigía la oración. Las rodillas se doblaban á la vez, las frentes tocaban al suelo en un mismo tiempo, y todos parecían absorbidos en religiosa meditación. Sin embargo, oíanse aún á intervalos algunas salvas de soldados que llegaban, y al volver la cabeza vimos nubes de polvo y columnas de azulado humo, en medio de las cuales divisábanse caballos que galopaban y blancos albornoces flotando á impulso del viento.

"Lo que más nos sorprendió mientras contemplábamos á la multitud entregada á sus devociones fué la tranquilidad con que se toleró nuestra presencia. Habíamos ido con la seguridad de que nos expulsarían apenas nos vieran; pero, fuera de las acostumbradas maldiciones con que nos habíamos familiarizado, nadie nos molestó.

"Terminadas las oraciones, todos volvieron á sentarse, y entonces un tolb, ú hombre instruído, subió al púlpito para leer pasajes del Corán.

"Entretanto los caids y su séquito rompieron filas, formando un pequeño ejército de caballería. Poco después terminó la lectura del Corán, y todos los que ocupaban la estera corrieron en busca de sus babuchas para montar de nuevo á caballo.

"Nosotros avanzamos algo más para ver el sacrificio, que consistía en degollar varios carneros bajo la inspección del virrey. Para la clase baja de la ciudad este es el gran acontecimiento del día y da lugar á una notable competencia, pues se ofrece una recompensa en dinero al hombre que, una vez degollado el animal, coge éste en sus brazos, monta á caballo y llega primero á la puerta del palacio con el carnero vivo aún. Para esto es preciso, como ya se comprenderá, sujetar la víctima de tal modo que cese la hemorragia, sin que por eso corte la respiración del animal. No pudimos presenciar la operación de cortar el cuello, pero sí vimos salir de entre la multitud unos veinte hombres montados en mulas, que se alejaban cual una exhalación, gritando como energúmenos. Solamente dos ó tres de aquellos hombres llevaban su carnero: los demás eran amigos que estimulaban á los que se habían propuesto disputar el premio. En un momento nos quedamos casi solos. El virrey

había vuelto á montar, dirigióse hacia donde estaban los caids, y luego se detuvo. Un momento después la primera fila de jinetes avanzó á su encuentro, viéndose á la cabeza á los caids, con su portaestandarte en el centro. A unas 5 varas de distancia del sitio en que se hallaba el virrey, un maestro de ceremonias preguntó en alta voz cuál era la tribu y el nombre del caid, y cuando se hubo contestado fué á decírselo al virrey, que en todo lo que siguió no dijo una palabra, limitándose á permanecer sentado en actitud de orar. El maestro de ceremonias, hablando en nombre de su señor, dijo entonces: —El Señor os ayude.— A lo cual contestaron el caid y los suyos como un solo hombre, inclinándose y con la mano derecha sobre el pecho: — Que Alah conserve la vida á nuestro señor. —Bienvenidos seáis á la ciudad,—dijo el chambelán. —Que Alah conserve la vida de nuestro señor,— contestaron los otros. Siguiéronse otras felicitaciones, á las cuales se dió siempre la misma respuesta, repitiéndose exactamente igual ceremonia para el caid de cada provincia y su séquito. Este último era más ó menos numeroso, según la importancia y posición del jefe, desde el caid de Gindafy, á quien solamente acompañaba un soldado, hasta el de Rahamna, con sus 200 jinetes perfectamente enjaezados. Con el último representante de provincia, que era un soldado de las divisiones de Haha, montado en una mula, dióse por terminada la ceremonia oficial. El virrey se retiró, y todas las tribus, con su caid al frente, se dirigieron hacia la ciudad.

"Nosotros seguimos el ejemplo, y entonces ocurrió un enojoso incidente, pues una parte de la multitud quiso maltratarnos, por más que en breve se frustró el motín gracias á la intervención de los jinetes de nuestro amigo el caid de Rahamna.

"Terminada esa ceremonia religiosa y el acto oficial, faltaba aún dar principio á las fiestas correspondientes al Aid-el-Kebir. La tarde debía consagrarse á una gran *fiesta de la pólvora*, y como no habíamos visto esta diversión nacional, acordamos ser espectadores aunque hubiese algún riesgo. A decir verdad, creíamos que no ofrecería ningún peligro mezclarnos con una multitud reunida para la celebración de un espectáculo profano, puesto que se nos había permitido asistir á una función religiosa, en la cual no faltaba excusa para inquietarnos. A fin de estar más seguros, no obstante, enviamos un mensaje al caid para que nos facilitara una escolta; y no nos sorprendió, atendidas nuestras limitadas relaciones, que nos contestase que no era necesario que saliéramos. Esto no se avenía con nuestras ideas respecto á los privilegios que teníamos como *Bretones* portadores de una carta del Sultán, y, con escolta ó sin ella, resolvimos ir.

"Cuando la tarde comenzó á refrescar emprendimos la marcha, con algunos de nuestros hombres, en dirección al Mercado del Viernes, donde vimos reunida una multitud de muchos miles de personas que esperaban para ver la función.

"No habían comenzado aún á correr la pólvora, y para pasar el tiempo entramos en un café, donde pedimos una taza del mejor moka; pero al salir fuera vimos la multitud agrupada de una manera muy desagradable alrededor de la puerta, habiendo allí muchos campesinos que no habían visto nunca un europeo. Nosotros permanecíamos inmóviles, observando á los jinetes que se reunían y la extraña escena alrededor de nosotros; pero muy pronto nos inquietó aquello y pareciónos que nuestra presencia era desagradable para todos. Ya estábamos acostumbrados á ver malas caras; pero en esta ocasión hubiérase dicho que se de-

Caras del motín

seaba hacer una que fuese sonada. No podíamos formarnos clara idea de la importancia de las maldiciones lanzadas contra nosotros, y contestábamos con sonrisas y bromas. No sucedió lo mismo con un joven, sobrino de nuestro amigo Bonich, que nos acompañaba como intérprete, porque Assor no había osado salir, y que, conociendo el árabe mejor que su propio idioma, no pudo oir las insolencias contra nosotros sin que se enardeciera su altiva sangre española. Un corpulento negro era el que se mostraba más agresivo en su lenguaje, y nuestro intérprete se empeñó en darle su merecido. Yo había vuelto la cabeza para observar la llegada de algunos jinetes, cuando de pronto resonó detrás de mí un clamoreo salvaje. Volvíme al punto para ver lo que ocurría, y con no poca inquietud observé que el imprudente Bonich, olvidando su situación, acababa de golpear en la cara al negro, quien á su vez descargó sobre su adversario un golpe con la pesada maza que llevaba, dejándole casi privado de conocimiento. En el mismo instante resonaron furiosos

gritos, y varios hombres quisieron arrastrar á Bonich al centro de la multitud, de donde seguramente no hubiera salido vivo. Por mucho que fuera el riesgo, yo no podía mantenerme impasible contemplando como asesinaban á mi compañero, sin hacer nada para salvarle. No había tiempo para reflexionar: era preciso obrar al punto, é involuntariamente me precipité en auxilio de Bonich. Los que estaban delante de nosotros retrocedieron, y, en el mismo instante en que el negro iba á descargar otro golpe sobre el infeliz intérprete, le asesté un puñetazo en medio de la cara. Después derribéle en tierra, cogiéndole por el cuello, y, olvidando entonces, como Bonich, lo crítico de la situación, le amenacé con mi cuchillo. Para aquella multitud de fanáticos era demasiado ver á uno de los suyos maltratado por un infiel, y, profiriendo feroces gritos, la multitud se precipitó contra mí. De pronto vi una maza á punto de caer sobre mi cabeza, é, inclinándome á un lado, recibí el golpe en el hombro izquierdo, lo cual me paralizó el brazo; pero salvé mi vida. Entonces dejé al negro para ponerme en pie, y, empuñando el grueso látigo de cuero que llevaba en el cinto, hice un molinete, que contuvo á los más próximos á mí, los cuales retrocedieron por temor de recibir un latigazo; pero tal era la fuerza con que le agitaba que se rompió por el mango.

"El peligro fué entonces mayor que nunca, y al punto oí siniestras amenazas.—¡Apedrear al cristiano!—gritaban unos.—¡Matadle!—vociferaban otros.

"Y por todas partes vi piedras que cruzaban el aire, y recibí un golpe tras otro; pero ni sentía el dolor ni temía ya nada: tal era mi excitación y el peligro del momento. A cada instante esperaba recibir un golpe en la cabeza, lo cual parecía inevitable; pero escapé por milagro, aunque lleno de contusiones. Mi situación en aquellos pocos segundos fué terrible: los hombres que me acompañaban habían huído vergonzosamente, y, ocupado en mi propia salvación, ignoraba cuál era la suerte de C. B. y del joven Bonich. Pronto supe que hacían esfuerzos para favorecerme, y me retiré hacia donde se hallaban, haciendo siempre frente á mis adversarios, y, por fortuna, sin pensar en el revólver. Pocos segundos después reuníme con mis amigos cerca del café. Felizmente la puerta no se había cerrado; pues, á no ser así, nuestra situación podía considerarse como desesperada A pesar de los furiosos gritos de la multitud burlada, nos encerramos en el interior y se atrancó la puerta.

"A pesar de esta corta tregua, no estábamos fuera de peligro: los gritos de muerte resonaban más furiosos que nunca, y centenares de piedras chocaron contra la puerta, tanto que estábamos seguros que al fin se forzaría la entrada para matarnos allí como conejos. Sin embargo, no tuvimos mucho tiempo para reflexionar, y pareciónos notar un cambio en los gritos de la multitud. Las pedradas comenzaron á ser menos continuas, y, mirándonos unos á otros, empuñábamos los revólvers para esperar el último momento crítico.

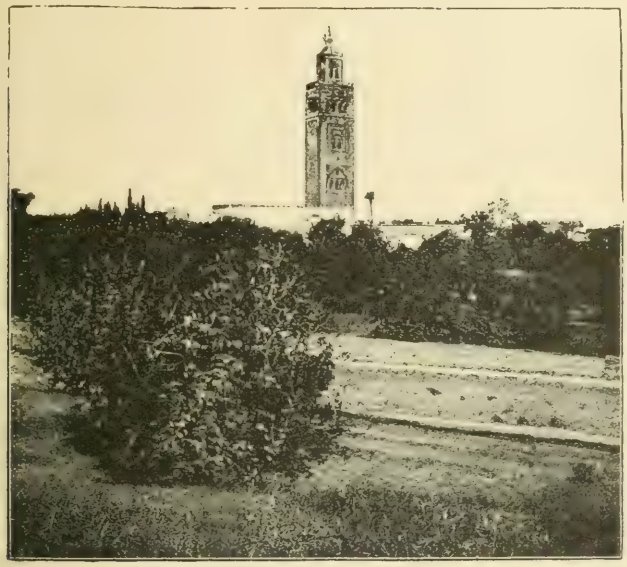
"Pero de repente los gritos resonaron más lejanos. Percibiéronse otros rumores, que se acercaban cada vez más al café, y un instante después, cuando esperábamos ver entrar á la enfurecida multitud después de haber derribado la puerta, pudimos comprender que nos habíamos salvado: una fuerza de caballería acababa de dar una carga contra la muchedumbre. Cerciorados del hecho, abrimos la puerta y nos presentamos de nuevo. Roncos gritos y maldiciones saludaron nuestra aparición,

La fiesta de la pólvora

y otra vez silbaron por el aire las piedras, poniendo en peligro nuestras personas. Esto duró muy poco tiempo, hasta que algunos soldados se apostaron alrededor de nosotros, y entonces los fanáticos se contentaron con gritar. Aunque magullados y llenos de contusiones, y por más que no estuviéramos seguros, nuestro orgullo no nos permitió retirarnos de aquel sitio hasta después de ver correr la pólvora.

"En la extremidad de la plaza, y á la vista de la Kutubia, habíanse reunido todas las diversas tribus, cada una de ellas alineada en fila. Sus trajes no tenían nada de militar; mas para el artista habrían sido del mejor efecto. Frente á las tribus extendíase un espacio libre, á los lados veíase á la multitud, y los terrados de las casas estaban llenos de espectadores. Dada la señal, la primera fila comenzó á moverse, avanzando los

caballos al trote corto, barriendo el suelo con sus largas colas, mientras que los jinetes ostentaban sus trajes más ó menos vistosos y sus brillantes armas. En el centro iba el caid ó jefe, que se reconocía por la finura de su jaique, y más aún por los ricos arreos de su magnífico caballo. Con dificultad pueden los jinetes contener el paso de sus monturas. Los que están en el centro de la plaza, casi frente á nosotros, ponen sus caballos al galope. En este momento el caid levanta su carabina



La Kutubia

en el aire, y, como por un común impulso, todos sus hombres efectúan igual movimiento. Después el caid coloca su arma en sentido horizontal, sus jinetes le imitan, y, soltando las riendas de sus caballos, precipítanse con la violencia del huracán.

"Cuando contemplamos el espectáculo con mayor interés, resuena una imponente descarga. Los jinetes, que han llegado al frente de una alta pared, apresúranse entonces á recoger las bridas, y entre nubes de polvo, aun amarillento, vuelven al punto de partida.

"Todos los caids quieren hacer gala de la buena disciplina de sus hombres y de su destreza en la equitación, y la multitud aplaude más ó menos, según el mérito de las maniobras.

"Más interesantes eran, sin embargo, los ejercicios de los jinetes que iban solos ó de dos en dos, pues distinguíanse por su singular destreza y habilidad, contribuyendo no poco al realismo y dramático interés de la escena. Algunos sobresalían por tal concepto: disparaban sus armas en las más inusitadas posiciones, ó arrojábanlas al aire, volvían á coger-

las y hacían fuego contra un enemigo imaginario. Los honores del día fueron para un individuo llamado Sidi Behal: corriendo en línea recta á galope tendido, púsose de pie en la silla, arrojó su turbante al aire, volviendo á recogerle; después se colocó de cabeza, avanzando siempre el caballo con la misma velocidad; recobró su posición natural, blandió su carabina, y, rápido como el relámpago, revolvióse en la silla é hizo fuego contra un enemigo fingido.

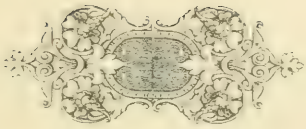
"Todos estos ejercicios duraron hasta la hora de ponerse el sol, y entonces se trató de la manera de salir de allí. Al principio pensamos en permanecer en el café hasta que cerrase la noche; pero después consideramos que esto sería aumentar los peligros de una posible acometida en la oscuridad y se resolvió emprender la marcha desde luego. Con dificultad conseguimos que nuestros hombres nos trajeran los caballos, pues nuestra gente estaba dominada aún por el pánico. Al principio avanzamos lentamente entre gritos y maldiciones, y vimos volar por el aire varias piedras, que por fortuna no nos tocaron. La situación llegó á ser bastante crítica, á pesar de la presencia de varios soldados del caid, tanto que nos fué preciso poner nuestros caballos al galope y precipitarnos á través de la multitud. Pronto salimos de entre ella, y, sin más percance, llegamos á nuestro alojamiento, donde nuestra primera diligencia fué examinar las contusiones recibidas, que eran numerosas, desde la cabeza hasta los pies.

"Al día siguiente resolvimos volver á la plaza, aunque sólo fuera para demostrar nuestro derecho á hacerlo, y salimos por la mañana con el doble objeto de dar nuestras quejas al caid y explorar después las disposiciones del enemigo. Con dificultad consintieron nuestros hombres en acompañarnos. Todos nos miraban, y era evidente que el rebullicio de la noche anterior había influído en los ánimos y que se extrañaba nuestra temeridad al aventurarnos así después de lo ocurrido. Sin embargo, nadie nos molestó, y pudimos ver al caid, quien nos dió mil excusas, alegando que los campesinos tenían la culpa de todo. Nos preguntó qué se hubiera hecho de Inglaterra si se hubiese acometido á un moro como á nosotros, á lo cual contestamos que la persona ó personas culpables habrían sido reducidas á prisión.—¡Alah!—exclamó con aire triunfante.—¿De qué podéis quejaros, entonces, puesto que tengo encerrados á más de treinta hombres?—No dijo que las capturas se hicieron menos con la idea de castigar el delito que de llenarse la bolsa con las multas que él impondría.

"Habríamos sido más compasivos para las víctimas si no hubiésemos sabido que, bien hubiesen ó no tomado parte en el ataque, eran moralmente culpables, y, de consiguiente, nos alegramos. No obstante, tuvimos la debilidad de pedir que se dejara libres á los detenidos, y, como ya se les había obligado á pagar la multa, accedióse á nuestra demanda.

"Por la tarde cruzamos otra vez entre la multitud para ir al café.

Nuestra presencia fué saludada con una silba y nos arrojaron dos ó tres piedras; mas, por fortuna, teníase conocimiento de la prisión de los treinta hombres y no se nos molestó más. En el café encontramos varios soldados que esperaban nuestra llegada. Nada de particular ocurrió allí, y nos retiramos, como antes, bajo la impresión de que éramos vencedores en el conflicto."



CAPÍTULO XXVII

LOS JUDÍOS

SUPUESTA MISERIA DE LA CONDICIÓN DE LOS JUDÍOS.—SUS EXENCIONES.—SU USURA.—SU ESPÍRITU MERCANTIL.—SU RAPACIDAD.—HOSPITALIDAD JUDAICA.—RELIGIÓN.—PERSECUCIONES.

ENTRE los muchos estudios que en Marruecos ofrecen atractivo para el hombre investigador, ninguno tiene tanto interés como el que se refiere á los judíos y á su posición.

"Salimos de Inglaterra en busca de lo nuevo y lo maravilloso, con ideas corrientes respecto á la vergonzosa opresión en que se supone á los judíos víctimas en los "felices dominios del Sultán," donde se dice que arrastran la más mísera existencia. Nosotros pensábamos que se hallaban casi sometidos á la servidumbre, obligados á vivir en míseras zahurdas llamadas *Mellahs,* sujetos á las más degradantes restricciones, siempre en peligro de morir asesinados ó en el tormento, y con sus mujeres é hijas expuestas á ser legítima presa de sus tiranos. Creíamos, en fin, que la vida de esos infelices era la del perro, de un paria, que solamente espera puntapiés y golpes, y pudiera darse por contento cuando se limitan á maldecirle.

"Durante algún tiempo tales eran nuestras impresiones sobre el asunto, y la primera mirada superficial sobre el aspecto exterior de las cosas pareció corroborar la historia de horrores y degradación que nos habían referido en Inglaterra. Con nuestros propios ojos vimos los Mellahs atestados de judíos, observando los males físicos y morales resultantes de su aglomeración; y, en cuanto á suciedad y miseria, nos pareció que aun se decía poco comparativamente con lo que es. El sello de la degradación y los estragos de la enfermedad se revelaban en las

facciones de cada habitante. Aborrecidos como un veneno y despreciados por los moros, nuestro primer sentimiento al ver aquellos afligidos hijos de Israel fué sinceramente compasivo, y nos indignamos de que se permitiera existir en pleno siglo XIX semejante estado de cosas. Lo que más nos extrañaba era ver que entre los europeos de las ciudades de la costa había una marcada deferencia á los moros á causa de su actitud, y que cualquiera prefería tratar con uno de éstos que no con un judío. Nosotros, con nuestras ideas sobre la igualdad de razas y de religión, y siéndonos simpáticos todos los oprimidos, hubiéramos querido conceder desde luego á la víctima de la tiranía los derechos de compañerismo y hacer en su favor cuanto fuese posible.

"Si nos hubiéramos limitado á mirar las cosas superficialmente, como lo hacen los más de los viajeros, sin estudiar nada en el fondo, hubiéramos vuelto á nuestro país con ideas erróneas, y aun habríamos pintado los males y abusos de que son víctimas los judíos, predicando una nueva cruzada para libertar á ese desgraciado pueblo, cuya posición es peor que la cautividad de Babilonia.

"El verdadero estado de los judíos, así como el desgobierno del país, no nos fué conocido hasta después de estudiar á fondo el asunto por nuestras observaciones.

"Al penetrar bajo la superficie del asunto nos fué fácil reconocer que los judíos se aglomeraban en sus Mellahs tanto por instinto interno como por obligación externa, y que si no se les obligara á reunirse en un solo centro formarían varios, que serían otros tantos estercoleros, en contraposición al suave incienso y á los perfumes del moro. Y adviértase que esos centros infestan el aire y envenenan la sangre, pues donde hay judíos se encuentran seguramente la suciedad, los parásitos y las enfermedades.

"Por este concepto no hay en la tierra ninguna raza tan repulsiva como el judío berberisco, que guarda la inmundicia lo mismo que su oro.

"Poco á poco descubrimos que el judío no está sujeto á las levas, que no paga impuesto para sostén de los caids y del Sultán, y que, relativamente al moro, su vida y su propiedad están seguras. Por más que sean despreciados, solamente á ellos se les hace justicia. Los más son gobernados por sus propias leyes, que sus mismos jeques administran, y tienen su código especial para los castigos. El moro, en cambio, se halla expuesto á ser encerrado en el más horrible calabozo por la menor trivialidad, y hasta sin cometer falta alguna; y, por monstruosa que sea la injusticia, sus más próximos parientes no se atreverán á levantar la voz ni á protestar. Al judío se le encierra en cárceles comparativamente cómodas y limpias, y no conoce las cadenas como el moro. Durante su prisión por cualquier delito permítesele la compañía de su mujer ó de sus amigos, y hasta se le deja ir á negociar cualquier asunto. La más ligera injusticia contra cualquier judío basta para producir

agitación en todo Marruecos y para que los ministros europeos atiendan á las quejas de la comunidad judía, que por la menor cosa pone el grito en el cielo. El moro, en cambio, puede ser azotado hasta morir, ó perecer en el tormento, sin que una sola persona aventure la menor observación.

"Nunca hemos conocido el caso de que una doncella judía perdiera su buen nombre y su honradez por haber caído en manos de un caid

Assor Shalum
y judíos de Marruecos

ó de cualquier otro personaje, mientras que ninguna mujer joven de la raza dominante está jamás segura. Examínese la cuestión como se quiera, siempre encontramos la ventaja por parte de los judíos. Tienen mejores leyes y tratamiento, mayor seguridad para la vida y los bienes, y no están expuestos á la expoliación, al asesinato y la rapiña, cosas reservadas para el verdadero creyente. Cierto que sobre el judío pesan varias restricciones: ha de usar fez negro y zapatillas, y al Medinah se le obliga á ir descalzo y á no montar caballo ni mula. Pero ¿qué le importan estas cosas mientras se le permita ganar dinero sin molestarle? La privación en este punto sería lo único que sentiría verdaderamente. Tampoco se consiente que tenga tierras, como sucede con los europeos; pero prácticamente puede poseer tantas como se le antoje, buscando un moro como socio y propietario nominal.

"A medida que progresamos en nuestro estudio reconocimos también que los moros están entre el gobierno y los judíos como entre el diablo y el mar profundo: en las respectivas manos de esas dos potencias gravita toda la riqueza del país.

"Como prestamistas, los judíos son verdaderos gusanos y parásitos que agravan las enfermedades del país y se alimentan de ellas. A decir verdad, no sé quién ejerce más tiranía y opresión, si el Sultán ó el judío. El uno simboliza el desgobierno: el otro es una sanguijuela que sólo piensa en chupar la sangre de los que caen entre sus manos. Por sus escandalosas exacciones, el Sultán obliga al moro á someterse á las duras condiciones del judío, que le proporciona alivio temporal prestándole el dinero necesario con intereses exorbitantes. Una vez entre las garras del prestamista, rara vez escapa el moro hasta que se le ha exprimido completamente, y entonces queda arruinado ó bien se le encierra en un calabozo, donde padece hambre ó sucumbe al fin de una muerte lenta y horrible.

"Difícil fuera encontrar un paralelo á la situación de los judíos en Marruecos. Aquí tenemos un pueblo extraño, despreciado y aborrecido, pero que vive en el país bajo condiciones inmensamente más ventajosas que las de la raza dominante, permitiéndosele que chupe la sangre de los naturales. El objeto del judío es adquirir á toda costa y explotar de la manera más natural á sus víctimas. Citaré uno ó dos casos en apoyo de mis observaciones.

"Nuestro intérprete, David Assor, nos refirió un incidente en el que él mismo fué el prestamista. Facilitó veinticinco duros á un vecino de Demnat al interés de medio duro por día, y recibió en fianza tres burros, dos vacas, dos carabinas y un sable, con facultad de que hiciera uso de los animales. Cuando dejó nuestro servicio los intereses habían corrido durante doce semanas, y por lo tanto debía recibir cuarenta y dos duros, ó cerca del doble de la cantidad recibida. El resultado fué, al fin, que se embolsó cuarenta ó cincuenta en dinero y quedó en posesión de los animales y las armas.

"Refiero este caso, no para demostrar lo listo que era nuestro intérprete, sino para que se vea cuánta era su moderación; pues, según se nos dijo, hubiera podido exigir un duro diario en vez de medio, á causa del apuro del demandante: un moro que fué embargado por el caid y debía pagar veinticinco duros ó perder cuanto tenía y ser arrojado en una prisión. El dinero prestado por Assor le permitió aplazar por dos ó tres meses su completa ruina.

"Véase ahora otro caso de que tuve conocimiento. Un judío prestó á un natural de Dukalla trescientos duros, á fin de que pudiera sacar de la prisión á un hermano suyo, y la cantidad se debía reintegrar al cabo de tres meses con doscientos duros de interés. Al fin de este tiempo se pagaron estos últimos y el capital quedó como estaba, pero devengándo-

se los mismos intereses por otro período igual. Terminado el plazo, satisfacieron cuatrocientos duros, quedando todavía una deuda de ciento, por los cuales el judío debía recibir el interés proporcional. En la debida fecha abonáronse los cien duros, restando aún setenta y cinco; de modo que al cabo de nueve meses el moro había pagado setecientos por trescientos, y, naturalmente, pensó quedar libre de esta última cantidad; pero el judío no quiso entenderlo así. Alegó que estaba resuelto á cobrar hasta el último ochavo de lo que se le debía, y que de lo contrario presentaría su queja para que le redujeran á prisión. A fin de evitar tal percance, el deudor vendió su mula por cuarenta y cinco duros, los cuales entregó al judío, diciéndole que iría á Dukalla para buscar el resto entre sus amigos. Sin embargo, temeroso de que se le escapase su presa, el acreedor exigió que se le pagara en el acto. Con gran dificultad la víctima consiguió reunir veinticinco duros más, dejando sólo un resto de cinco; mas ni aun entonces se le permitió marchar. El caid era uña y carne del prestamista, y el moro hubiera sido encerrado seguramente en una prisión á no ser porque tuvo la suerte de reunir los cinco duros, con lo cual se le dejó libre. El judío había cobrado así cuatrocientos setenta y cinco duros, en un año, por trescientos.

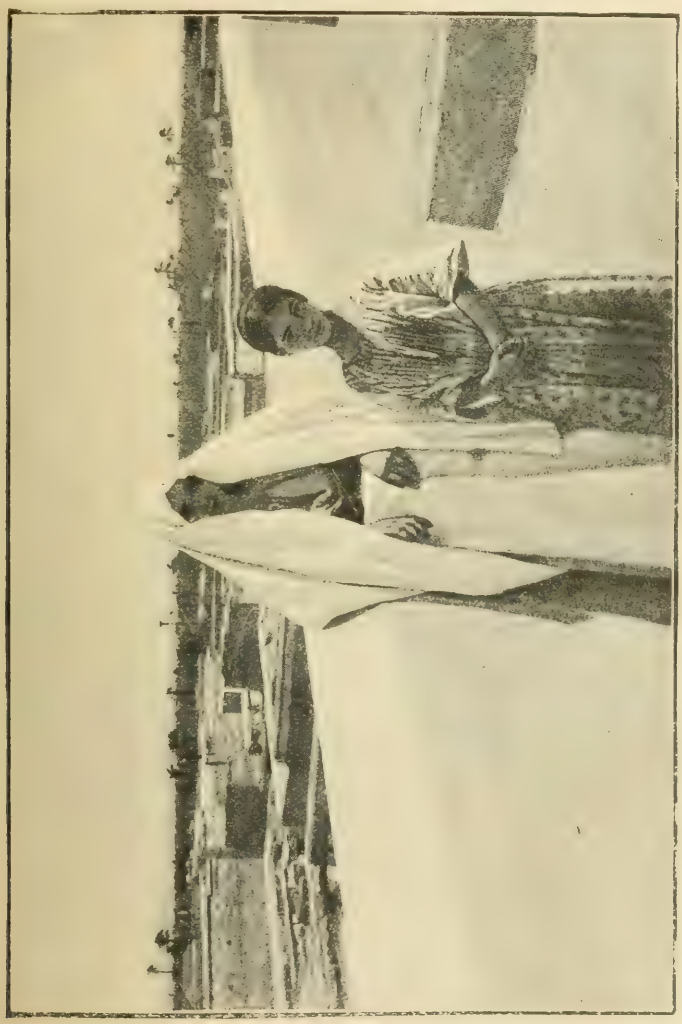
"En las ciudades, y con las mejores garantías, el tipo de interés más bajo es el 30 por 100; pero más comunmente se eleva á 120 ó más. Para las personas que deben reunir dinero á fin de satisfacer los onerosos impuestos de un caid, lo más común es prestar cien duros al interés de cincuenta cada tres meses. Por lo regular, á fin de este tiempo rara vez se paga. El judío agrega alegremente cincuenta duros á los ciento, y deja que el total acumulado devengue los mismos intereses.

"Debe admitirse, no obstante, por mucho que nos repugnen semejantes hechos, que los judíos no son siempre un mal para el país adoptivo, ó, más exacto, que no dejan de tener su valor para los mercaderes de otros países. Por su espíritu mercantil son un medio esencial para las relaciones comerciales, y á ellos se debe en gran parte que el país esté abierto hasta cierto punto para el tráfico con Europa.

"Antes de hablar más acerca de la posición general del judío no estará de más visitarle en sus propios barrios; mas no aconsejaría á ninguno de mis lectores seguir mis pasos si no quiere ver escenas repugnantes y percibir emanaciones ofensivas.

"Para ir al Mellah debemos cruzar por una gran parte de la Medinah, donde se halla nuestro alojamiento; pero sería ocioso describir las escenas que presenciamos en el camino. Solamente nos llama la atención la limpieza de los moros y la calma y dignidad con que andan, como hombres para quienes los asuntos de esta vida son cosas triviales y se pueden atender en todo tiempo. Las mujeres pasan cubiertas con sus blancos jaiques, cautivándonos con sus hermosos ojos y el contorno de su correcta nariz, amoldada contra la muselina del pañizuelo de la cara.

Las calles, aunque ruinosas y pobres, están limpias y presentan un conjunto muy pintoresco. Acá y allá respírase un perfume que nos recuerda el Oriente y que armoniza con cuanto vemos y oímos á nuestro alrededor. Después de cruzar la plaza del Mercado del Viernes, pasando por



Judías de Marruecos

delante de la casa de Ben Daud, el gobernador, llegamos á la puerta del Mellah.

Desde luego nos llamó la atención el cambio: estamos en una nueva ciudad, habitada por un pueblo completamente distinto, que no parece tener nada común con el que acabamos de ver. Hay más animación, más movimiento, más trabajo activo, y pocas señales de confiar solamente

en Alah para vivir al día siguiente. En los ojos de todos revélase un pensamiento dominante, que absorbe, sin duda, el alma, y que induce al judío á estar siempre alerta. Inútil nos parece decir que esa preocupación no tiene más móvil que el oro.

"Con el cambio del tipo obsérvase también el del traje: un feo pañuelo azul moteado de blanco, ó un gorro negro, raído y grasoso, sustituye á los anchos repliegues del turbante ó al fez de color rojo que hemos visto en la Medinah. Los individuos más acomodados usan caftanes negros en vez de jaiques. Aquí son los colores más pronunciados, y también más sucios el rostro y las manos. No hay bellezas que llamen la atención: en su lugar se ven facciones de color cobrizo, cuerpos demasiado gruesos, y suciedad repulsiva, por regla general, en todas las mujeres. Ningún velo oculta sus ojos deformes ni los vestigios de sus enfermedades: solamente llevan una especie de sábana que cubre en parte la cabeza y se sujeta en la cintura. Los adornos que usan solamente sirven para realzar más sus formas defectuosas, y el pañuelo con que cubren su cabeza comunícalas un aspecto más sucio.

"La puerta del Mellah conduce en línea recta á la calle principal del tráfico, sombreada en algunos sitios por las tablas y esteras que se colocan á manera de toldos. A medida que avanzamos la calle se estrecha y disminuye el número de tiendas. El aire, impregnado antes del olor de los ingredientes de las tiendas, es aquí ya más ofensivo por las infectas emanaciones que se exhalan, debiéndose esto á que las calles están convertidas en sumideros públicos y depósitos de inmundicias. En cada callejuela se ven estercoleros, cuya acumulación ha elevado en varios pies el primitivo nivel de aquéllas; de modo que para entrar en las casas es ahora necesario bajar. Nubes de moscas producen aquí un rumor insoportable, y en ellas vemos la causa principal de las afecciones oftálmicas que aquejan á ese "pueblo elegido de Dios." En todas partes hay cuestiones y pendencias, y no es extraño ver dos viejos tirándose de las barbas y dirigiéndose imprecaciones. En su rabia lloran como chiquillos y se muerden cual perros hambrientos. Por donde quiera que vayamos no se encuentra nada que halague la vista. Con frecuencia habíamos deseado antes ver moras veladas; mas ahora nos alegraríamos de que todas las judías que se agrupan para vernos pasar estuvieran bien cubiertas. Solamente la idea de que nos miran prodúcenos como una pesadilla. Con sus grandes bocas sensuales, sus labios anchamente abiertos, que dejan ver feas dentaduras, y sus trajes nada limpios, nos causan repugnancia. La suciedad de los niños es deplorable también, y en muchos vemos las señales de la afección oftálmica ó vestigios del sarampión: su aspecto es verdaderamente repulsivo.

"En el interior de las casas no mejora el estado de cosas: pasamos por delante del estercolero de la familia, convenientemente colocado á la entrada, y al penetrar en el interior de la vivienda vemos que se ase-

meja á la de los moros, por lo menos en cuanto al patio familiar, rodeado de dos series de habitaciones; pero, en vez de vivir allí una sola familia, hay de ocho á diez y seis, según la pobreza de los inquilinos. Por el suelo, impregnado de una humedad infecta, circulan patos y gallinas, y ya no se ve el limpio pavimento del moro, ni su jardín perfumado por las flores. Mujeres desgreñadas se llaman unas á otras con gritos estridentes, é involuntariamente las comparamos con sus hermanas mahometanas, cuya voz es tan dulce. Rara vez tiene una familia más de una habitación, y con frecuencia acomódanse en ésta dos. Por lo regular los aposentos son largos y estrechos; pero, al contrario de los de los moros, siempre están sucios y desarreglados, y carecen de todo adorno, como no sea el tosco bosquejo que representa un escorpión, dibujado en papel. Se supone que esto es para el poseedor un preservativo contra las pestes que infestan la ciudad. Al principio creímos que las numerosas manchas rojas que salpicaban las paredes, blancas en otro tiempo, eran señales de que se había intentado algún adorno, sobre todo al notar que eran más numerosas en unos sitios que en otros; pero no tardó en desvanecerse aquella ilusión: las manchas rojas indicaban el sitio en que las chinches habían sufrido una muerte sangrienta bajo la mano de los vengativos judíos. Inútil parece decir que otros numerosos parásitos viven tranquilamente en los colchones y en las esterillas que cubren el suelo, indicando su presencia por sus alegres saltos y sus repetidas incursiones por nuestras piernas.

"Pocas personas son más hospitalarias que los judíos: el ama de la casa deja su niño, que acaba de sufrir el sarampión, y siéntale en el suelo, para lavar las tazas en que ha de servirnos un poco de te, y la buena política exige que aceptemos, para pagar nuestra curiosidad. A fin de hacer pasar la repugnante mezcla pedimos un poco de agua. Para servirnos nos dan un bote de hojadelata, después de humedecerle en un barreño cuyo contenido se debe haber usado durante todo el día para lavar diversos objetos.

"Pero alejémonos ya de estas escenas de la vida de los judíos, que solamente la pluma de un Zola podría pintar propiamente en sus diversos aspectos repulsivos.

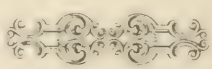
"Así como el moro, el judío se aferra á las doctrinas y observancias ceremoniales de su religión con la más constante pertinacia.

"En otras partes han influído en él las cosas que le rodeaban, y, cambiando mucho, han llegado á ponerse hasta cierto punto en armonía con aquéllas; pero no ha sucedido así con el judío de Marruecos. Los efectos de la persecución han sido los de costumbre: por ella se le ha privado de las influencias exteriores, obligándole á servirse de su religión como una fuerza para preservar su raza del aniquilamiento y enseñarle á la vez el camino del cielo. El credo del judío ha llegado á ser la fórmula de una unión nacional, por la que asegura la protección de toda la comuni-

dad; pero mientras que el judaísmo en Marruecos se ha petrificado, convirtiéndose en una corteza inalterable, ha perdido, en cambio, así como el mahometismo, toda su fuerza moral. El judío faltará á cualquiera de los diez mandamientos sin excepción más bien que violar una observancia. Si omitiese sus oraciones de la mañana, esto pesaría en su conciencia más que un robo. Tocar fuego de ninguna especie el sábado, comer carne del animal que no haya muerto á manos del mismo rabino, montar una mula ó burro dicho día, sería más grave pecado, y digno de mayor reprobación, que las prácticas viciosas, la mentira y hasta el asesinato. Tiene fiestas, ayunos y ferias ochenta días del año, durante los cuales se prohibe toda especie de trabajo, y tal es la tiranía de los sacerdotes judíos que nadie se atreve á infringir la costumbre. Puede tener más de una mujer y el divorcio es fácil; pero rara vez se apela á esta medida sino en el caso de las más graves ofensas, debiéndose entonces devolver el dote de la esposa. Esto es lo más eficaz para evitar la separación; pues, antes que abandonar lo que adquirió una vez, el judío consentiría en estar ligado con un demonio.

"Para ser justos con esta raza singular debe reconocerse que el espantoso estado de cosas que entre ellos existe es resultado de la persecución pasada. Su posición en este país no podía ser peor. El hecho de verse tratados como parias, y objetos de befa, escupidos, degradados y separados de la otra raza, no podía menos de conducirles á la situación en que se hallan. Deberán sucederse muchas generaciones de mejor gobierno para que los judíos renuncien á sus deplorables costumbres, sacudiendo la suciedad y la miseria que ahora les sofocan.

"Entre las montañas, y al S. del Atlas, los judíos son más dignos de conmiseración que en ninguna otra parte; pero en las ciudades y en el mismo Marruecos es diferente. El Señor entregó á los filisteos á su pueblo elegido, y así como sus antecesores vivían sometidos á los egipcios, logrando al fin despojar á sus opresores, del mismo modo ahora, más lentamente, pero con mayor eficacia, se vengan de las pasadas ofensas. Para los primeros tiranos son hoy día los latigazos y los calabozos, y les ha llegado el turno de ser robados y martirizados. Tal vez sea esto justicia; mas, para los misericordiosos, la simpatía y la compasión serán siempre para el que sufre. ¿Quién es en Marruecos el paciente? ¿El judío ó el moro? No sería difícil resolverlo."



CAPITULO XXVIII

LOS TERRADOS

VISTA DEL ATLAS.—LA NOCHE EN MARRUECOS.—DISCORDIAS DOMÉSTICAS.—EL LLAMAMIENTO Á LOS CREYENTES.—EL MAHOMETISMO EN MARRUECOS.—SISTEMA DE GOBIERNO MARROQUÍ.—LOS EUROPEOS EN MARRUECOS.—PORVENIR DEL IMPERIO.

En los terrados fué donde pasamos las horas más agradables mientras estuvimos en Marruecos. Después de cenar, cuando se había templado el ardiente calor del día, dejábamos la sofocante atmósfera de nuestras habitaciones para aspirar la fresca brisa; pero nuestra aparición en los terrados bastaba para producir el mayor trastorno en las mujeres que nos habían precedido. Las más de ellas escapaban al punto como á conejos sorprendidos en su madriguera; pero con bastante frecuencia recobraban valor para volver y examinar á través de las rendijas de la puerta, con verdadera curiosidad femenil, á los que osaban penetrar en su retiro. Algunas se escondían en los rincones y desde allí nos observaban. Varias de ellas arrostraron nuestra presencia; pero no hubiéramos sentido tenerlas más lejos. Las que nosotros deseábamos ver, las jóvenes y hermosas, estaban demasiado bien encerradas para que les fuesé permitido acompañar á sus hermanas más maduras.

"Era una temeridad por nuestra parte aventurarnos así, pues los terrados de las casas se destinan exclusivamente para el uso de las mujeres, y todo hombre que se atreva á penetrar en la región vedada puede ser condenado á una multa con prisión. Sin embargo, como infieles británicos, nos considerábamos fuera de las leyes moriscas, é hicimos excepción para nosotros mismos, bajo el pretexto de que ningún buen musulmán debía temer que turbásemos su paz doméstica ni buscáramos las miradas de sus mujeres. No obstante, nunca faltan personas irreflexi-

vas, y tuvimos razones para creer que dos veces nos dispararon un tiro con intención criminal, pues una de las balas silbó desagradablemente junto á nosotros. Para no mostrarnos demasiado provocativos, rara vez íbamos á tomar el fresco hasta que reinaba la oscuridad, cuando apenas se ve mujer alguna, puesto que casi todas se retiran á sus habitaciones al oscurecer.

"Agradable era por demás contemplar en aquellas frescas tardes los cambios de luz y sombra en las montañas del Atlas. ¡Cuán diferentes me parecían entonces, despojadas de su manto de nieve y sin más que alguna línea de ésta en las mayores alturas! Aquella región montañosa no era ya para nosotros *terra incognita,* y podíamos identificar sus picos y valles. Por el E. era fácil reconocer el curso del Gadat á través de las cordilleras inferiores hasta la mole cónica del Jebel Glauwi, que nos recordaba nuestros apuros y las dificultades con que luchamos en la tentativa para cruzar las montañas. Desde Jebel Glauwi á Jebel Tezah la cordillera presentaba una cumbre comparativamente igual y continua, que se elevaba gradualmente por el O. hasta dominar á Reraya, donde se veían aún pendientes cubiertas de nieve. También divisábamos los desfiladeros del Wad Urika y del Wad Reraya. En la cabeza del primero un alto pico interrumpía el nivel general de la cresta: era el Jebel del Asif Sig, y ningún otro era tan visible como el Mlitsin de Washington, sobre el que tanto han discutido los geógrafos. Fijábamos particularmente nuestra atención en este pico porque nos proponíamos explorarle.

"Al O. de Reraya una brusca depresión marcaba el punto en que el Wad Nyfis penetraba directamente en el corazón de la cordillera, formando el valle de Gindafy. Desde dicho río, por el O., el nivel comparativamente igual de la cordillera del Atlas está cortado por varios picos, entre los cuales predominan los de Jebel Tezah y Jebel Erduz.

"Cuando la oscuridad cerró del todo, hubiéramos podido dudar que nos rodeaba una ciudad populosa. Las calles estaban sumidas en las tinieblas, y no había luz ni siquiera en una ventana que disipase aquella lobreguez, indicándonos la existencia del hogar doméstico y el círculo de la familia. Todo parecía muerto; pero percibíanse en la ciudad, sin embargo, algunos sonidos característicos. Las salvas de espingardas, el toque de los atabales y el redoble de tambores, acompañamiento obligado de las procesiones de boda, se oían á cada instante. Sin embargo, más comunes eran los lamentos y los gritos de dolor que indicaban alguna muerte. Durante nuestra permanencia en la ciudad había una epidemia de sarampión que hacía numerosas víctimas entre los niños. Algunas veces oímos los lamentos de tres ó cuatro familias en la casa contigua á la nuestra.

"Desde los terrados podíamos ver también algunas cosas de la vida doméstica de los moros, y con no poca frecuencia fuimos testigos invo-

luntarios de disputas matrimoniales, ó por lo menos oíamos lo que se decía. Cierta noche observamos que, por inferior que sea el lugar de las mujeres en la escala social de los moros, aun conservan algún derecho para dar á sus señores y dueños "una prueba de genio." La mujer de un vecino, quien era nada menos que sherif, ó descendiente del Profeta, había descubierto que su esposo se entretenía con mujeres extrañas, y en su consecuencia le increpó. En toda mi vida había presenciado semejante escándalo. No se redujo todo á lágrimas y gritos de cólera, seguidos después de profundo silencio, sino que las voces descompasadas se repitieron durante hora y media, sin haber cesado aún al amanecer. El marido no contestó nunca; pero no podría decir si era porque se reconocía culpable ó porque no encontraba palabras. A la noche siguiente la escena cambió: oímos la voz de la mujer, mas ya no dirigía invectivas, sino que indicaba el terror y la angustia. Sin duda le tocaba el turno al esposo; mas no gastó tiempo en palabras ociosas, sino que sacudió de firme á su cara mitad para enseñarle á conducirse mejor.

"En aquellas noches de verano tuvimos ocasión de oir algunas veces serenatas. Cerca de nuestro alojamiento algunas mujeres reunidas cantaban á veces alabanzas al amor y á las niñas de ojos negros que se veían á la luz de la luna. La música no era nada agradable, y contrastaba á nuestros oídos con las notas melancólicas y expresivas que anunciaban la oración del *Asha,* es decir, la hora de cenar. A las ocho y media veíamos luces que se elevaban hacia la torre de la mezquita, y que, llegadas á la cúspide, brillaban como estrellas en la oscuridad. De repente resonaba en una de las torres el toque de la oración, acompañado de una voz magnífica, que se trasmitía rápidamente, hasta que en toda la ciudad oíase pronunciar la frase "¡Alah Akhbar! ¡Alah Akhbar!" que llamaba á los fieles á sus devociones vespertinas. En el silencio de la noche aquellos sonidos guturales producían en nosotros mucho efecto, y con seguridad no habría á nuestro alrededor una docena de creyentes que escucharan con tanta atención ni estuvieran tan impresionados por aquella solemnidad del *muezzín* como nosotros, aborrecidos cristianos, que escuchábamos lo que no era para nuestros oídos.

"También tuvimos oportunidad de ver desde nuestro observatorio que no todos los mahometanos dejan de interesarse en la práctica de sus deberes religiosos, aunque no sean las rigurosas ceremonias de su credo. Varios fieles de los más rígidos se reunían en una casa inmediata para entregarse á sus oraciones y leer el Corán, dirigiendo el acto un hombre muy venerable sentado junto á una linterna.

"Escenas como estas no podían menos de hacernos reflexionar sobre el mahometismo y su influencia como religión para el bien y el mal, y el resultado de nuestras investigaciones había distado mucho de ser favorable. ¡Cuán diferentes eran sus efectos en aquel país, comparados con los que yo había visto en el Sudán! Aquí pude observar el ardimiento

de las tempranas épocas en Arabia, cuando trasformaba á las tribus nómadas en propagandistas religiosos y en conquistadores de una mitad del mundo en parte civilizado. De una manera semejante había comenzado una nueva era de esperanza y progreso para el negro en el Sudán Central y en el Occidental, bajo la bandera del Islam: una raza de siervos pastores llamados *Filani* habían adoptado el mahometismo como su religión, proclamándose gobernantes de un país que se extendía desde el lago Chad al Atlántico. Pero no eran solamente una fuerza conquistadora que conducía á los hombres á la lucha y al triunfo: fué en sí un gran agente civilizador que elevó al negro en la escala social, infiltrando los gérmenes de moralidad en su oscuro pensamiento, sustituyendo sus antiguos ídolos y fetiches por Alah, el Dios compasivo y misericordioso, y desterrando la superstición y horribles prácticas que señalaban el estado de barbarie.

"Donde quiera que el Islam penetraba en aquellas bárbaras regiones, producíase un gran progreso en la civilización, moralizábanse las costumbres, y hacíanse adelantos en las artes y en las industrias. Comparados con aquellos misioneros, ningunos otros realizaban tan grandiosa obra y producían tan notables resultados.

"Pero si en el Sudán observamos que el mahometismo infiltraba nueva vida y vigor en las razas bárbaras, poniéndolas en camino para los adelantos espirituales, morales y materiales, en Marruecos pudimos convencernos que producía todo lo contrario. Aquí impedía todo progreso, reprimiendo todos los impulsos más elevados y nobles, separando al creyente de todas las influencias geniales exteriores, y ejerciendo opresión en toda su naturaleza. Al igual que el judaísmo en el caso de los hebreos, el mahometismo había llegado á ser para sus adeptos una especie de costra petrificada, tan incapaz de dilatarse por dentro como de ser penetrada por fuera. Superficialmente presentaba un aspecto favorable, indicando que la fe era viva y absoluta la sumisión á la voluntad de Alah; pero debajo todo era podredumbre.

"El mahometismo había dejado demostrado que tenía bastante de bueno para elevar á un pueblo degradado á considerable altura en la civilización, comunicando el suficiente ímpetu para ser conquistador, y no podía hacer más. Extinguido el primer entusiasmo de los misioneros, la religión y la moralidad se desunieron, siguiéndose la petrificación de la una y la rápida decadencia de la otra. Los resultados de estos dos procedimientos obsérvanse en Marruecos en el período más avanzado, pues aquí se produce el asombroso hecho de que el pueblo más religioso que hay sobre la faz de la tierra es al mismo tiempo casi el más inmoral, mientras que la fuerza que le dió el imperio del mundo ha llegado á ser el agente que le aniquilará.

"El gobierno de Marruecos fué para nosotros otro asunto de discusión y reflexiones. El actual estado de cosas parecía casi increíble á los ojos

de los europeos. Yo no había visto nada comparable, ni aun entre las razas más bárbaras del África Central. Los principios de gobierno de los moros se pueden resumir en dos palabras: pobreza y desunión. Manténgase al pueblo humillado y foméntense las animosidades de tribu, y nadie se levantará contra la autoridad constituída. En la pobreza de sus súbditos y en la desunión de las tribus reside la fuerza del Sultán. Si el pueblo llegase á ser rico y las tribus se unieran, los peligros serían evidentes para el Estado, y en su consecuencia se les estruja, á fin de que no tengan dinero, por medio de impuestos regulares, y sobre todo irregulares. Sobre la exportación y la importación de importantes artículos pesan las más absolutas restricciones. Un puerto como Agadir, salida natural del comercio de Sus, se mantiene cerrado al tráfico sólo con el citado objeto. El año último hubo en el S. escasez de cereales, mientras que en el N. eran abundantes; pero el Sultán no permitió que se traficase con los cereales, pues por una parte aquellos que padecían hambre los adquirirían á muy bajo precio, y por la otra los que vendieran ganarían mucho dinero, siéndoles así posible producir turbulencias. Más bien que consentir semejante cosa, prefiérese que el pueblo perezca de hambre y que los cereales se pudran.

"Sin embargo, la necesidad puede engendrar el descontento contra el Sultán, y, de consiguiente, á fin de evitar la cooperación entre las tribus, se hace todo lo posible para mantener su enemistad. Nunca son amigos dos gobernadores que se hallan próximos, y si lo fuesen darían que sospechar. Si estalla una pequeña guerra entre tales jefes, el Sultán no se opondrá mientras contribuya á la ruina de los respectivos distritos; y algunas veces se estimula, hasta que aquél, viendo una oportunidad, muéstrase, al parecer, indignado y encierra en una prisión al gobernador que más se ha enriquecido con los despojos; riqueza mal adquirida, que por esto mismo pasa al tesoro del Sultán. Todo es, para el gobernante, tierra y pueblo, y todo su sistema tiene por objeto imponer exacciones que empobrecen. Los jeques estrujan al pueblo, los caids á los jeques, y el Sultán á todos, siendo el resultado tan seguro como la operación de hacer llegar las aguas al océano por medio de un río y sus tributarios. El pueblo no tiene derechos, si se exceptúan los que el Sultán le concede, más ó menos temporalmente. La justicia ó la injusticia se dispensan al mejor postor, y ciérranse los ojos ante el crimen bajo la influencia del oro. La única seguridad del hombre en Marruecos consiste en ser pobre: tener dinero, ó reputación de poseerle, es vivir amenazado continuamente de las cadenas y el calabozo, de los tormentos y del hambre. El cargo oficial de caid ó de jeque depende de la cantidad de dinero que pueda hacer ingresar en las arcas del Sultán ó de sus ministros. Pocos son los que no conocen el interior de un calabozo, y menos aún aquellos á quienes se permite terminar sus días en paz. En otro tiempo los caids tenían cierto poder, y á veces érales dado desafiar al mismo Sultán; mas ahora

no tienen tal autoridad, y, á fin de disminuirla más y exprimir mejor la riqueza del país, todas las provincias más considerables, como Abda y Haha, tienen ahora varios gobernadores además de los *Amins,* ó recaudadores de contribuciones.

"El resultado de estas medidas obsérvase en todos los puntos del país: la ruina y la desolación se indican en cada milla cuadrada. Las viviendas desiertas y las ricas campiñas sin cultivo revelan harto claramente la expoliación y la rapiña.

"Cuando al pasar de una provincia á otra, y de ciudad en ciudad, vemos la pobreza y la degradación de los habitantes, parece difícil creer que sean descendientes del pueblo que conquistó á España; de aquel pueblo que, cuando las naciones de Europa eran aún casi semibárbaras, fomentó las artes y las ciencias, construyendo soberbios palacios, mezquitas y edificios públicos asombro de las generaciones siguientes; que se distinguió también por su amor á la música, á la poesía y á la literatura, y que dió el ejemplo en la libertad de pensar, en la cortesía y en el genio para gobernar, que ninguna nación aventajó en los últimos tiempos. Los moros de hoy día son, como raza, idénticos á los que invadieron la España; pero ¡cuán degenerados! Todo aquello que era en sus antecesores la admiración del mundo ha desaparecido completamente, sustituyéndose con todo lo que es contrario, y esto se debe al sistema de gobierno. Desde la expulsión de los moros de España, todo ha empeorado cada vez más, hasta que ahora el arte y la instrucción han resultado desconocidos: ya no se piensa en la prosperidad material ni en la felicidad del pueblo, y la religión ha llegado á ser una fórmula estéril. El odio y las sospechas contra los extranjeros han sustituído á la generosa hospitalidad de otros tiempos, y, después de haber sido corriente de vida, Marruecos se ha trasformado en laguna llena de gérmenes nocivos y semillas corruptas, que no tardará en secarse en su propio cieno. No hay esperanza alguna de que mejore por la presión exterior y el contacto con influencias más sanas.

"Marruecos sabe que su misma existencia depende ahora de su aislamiento y de su firme resolución de no admitir las reformas europeas. Todas las innovaciones considéranse como otra puerta abierta á la invasión de los aborrecidos infieles y al establecimiento de su poder. Podría creerse que el pueblo sometido á tan tiránica autoridad aceptaría naturalmente con gusto la intervención europea en su beneficio; pero sería un error. En primer lugar rara vez se queja de su triste condición: todas las cosas se hacen en virtud de los decretos de Alah, que quiere afligirle así, y rebelarse contra su ministro en la tierra sería lo más inicuo. En su consecuencia soporta su suerte con la más admirable resignación, y ningún moro creerá ni un momento que su estado pueda mejorar bajo un gobierno europeo. Parécele que sólo cambiaría de opresión; pero que, en vez de ser ésta la de un hombre de su religión,

sería la de un cristiano, desgracia y deshonra que no está dispuesto á tolerar. No le falta razón, sin embargo, para creerlo así, pues en Marruecos el honor de más de una nación europea es arrastrado por el fango por sus mismos representantes, que en muchos casos *compran* sus empleos, no para velar por los intereses de su país, sino para traficar en la venta de *protecciones,* por las cuales el moro ó el judío se eximen de la débil ley mora, pudiendo entonces saquear legalmente, con lo cual agrega otra calamidad á las muchas que afligen al país.

"Francia no hace poco daño por tal concepto; pero América es la que más peca en este sentido: sin comercio, sin objetos genuinos, sin tener

Entre los jardines de Marruecos

que mirar por ningún interés real ó imaginario, no solamente quiere mantener un ministro plenipotenciario en Tánger, sino también vicecónsules, los más de ellos judíos, en las principales ciudades de la costa, debiendo advertirse que algunos no honran á su país. Además de esto, América no vacila en hacer una demostración naval para apremiar el pago de cuentas vencidas, procediendo á la manera de los judíos, es decir, que algunos centenares de duros conviértense, en uno ó dos años, en miles de miles.

"De una cosa podemos congratularnos los ingleses, y es de tener las manos limpias: con un representante como sir Kirby Green nos haremos respetar en las causas justas, pero no aceptamos la menor participación en nada que deshonre. Mientras tengamos cónsules cual míster White en Tánger y Mr. Payton en Mogador, y vicecónsules como míster Hunot en Saffi y Mr. Hunter en Casablanca, nada hemos de temer por el honor nacional.

"No me aventuraría á pronosticar lo que Marruecos llegará á ser al fin. Sin duda hace mucho tiempo que habría dejado de existir como imperio si las envidias nacionales no hubieran impedido su fusión con

Argel ó su repartimiento entre Francia y España. Ambas potencias vigilan, esperando el momento en que llegue á ser botín de una de ellas, ó de las dos. No hay otra nación que reclame parte de los despojos; pero tampoco ninguna permite que Francia ó España se apoderen de ellos. Esta última potencia no podría conquistar Marruecos por sí sola, ó, si lo hiciese, no le sería dado mantener la posesión; y hasta Francia lo pensaría dos veces antes de aventurarse en una guerra de conquista. Se necesitaría en primer lugar un ejército considerable, y, habiendo una población turbulenta en Argel y una nube amenazadora en Europa, no se podría pensar en tal empresa. La derrota de Alemania, en caso de estallar la guerra, determinaría la caída de Marruecos. Entonces no cabe duda que Francia se apoderaría de la región que tan largo tiempo consideró como suya por derecho natural, por más que España sostenga lo contrario.

"No sería nada agradable este desenlace para los ingleses; pero, bien consideradas todas las cosas, debe admitirse que no habría mejor solución para la cuestión de Marruecos. Por más que los franceses no sean colonos, se han demostrado capaces de hacer generosos sacrificios para abrir las regiones de Africa de que han tomado posesión. Se preguntará por qué razón retenemos nosotros Gibraltar y nuestro poder en el Mediterráneo: sobre este punto no pretendo hablar como autoridad; pero seguramente sabríamos adoptar las medidas necesarias para resguardar nuestros propios intereses. De todos modos, el estado de los asuntos en Marruecos es una desgracia para el país, y no se justificaría que le patrocinásemos, porque se prevé para el futuro algún peligro verdadero ó imaginario para nuestra posición de Gibraltar si se sustituyera con un buen gobierno europeo al que ahora tienen los moros. Desgastados deben estar los cimientos de nuestra posición en estas regiones, y su existencia depende de la del imperio marroquí tal como subsiste ahora" (1).

(1) Hemos respetado el texto de Thomson por revelarse en él de qué manera piensan los ingleses respecto al futuro desenlace de la cuestión de Marruecos. Como se ve, sus reflexiones no son poco edificantes

CAPÍTULO XXIX

URIKA

—

OTRO "ENFERMO IMAGINARIO".—DEFINITIVA PARTIDA DE MARRUECOS.—LLEGADA Á ACHLIZ.—ASCENSIÓN AL VALLE DE URIKA.—REUNIÓN CON EL CAID. "¡Á LAS ARMAS!"—BARRERA EFICAZ.—RETIRADA.—REGRESO Á ACHLIZ. —EL VALLE DEL WAD RERAYA.

HACIA fines de agosto comenzamos á pensar en los preparativos para salir de Marruecos. El calor había disminuído mucho, los artículos que esperábamos de la costa acabaron de llegar con excesivo retraso, y, por fortuna, algunas úlceras que tenía en los pies se curaban rápidamente.

"Una de las cosas que más nos enojaban al dejar la ciudad era la circunstancia de vernos obligados á ponernos de nuevo á merced de nuestros hombres. David Assor estaba resuelto á volver á Demnat, dejando á nuestro servicio á Abdul Kader como intérprete. Esta disposición nos hubiera perturbado más á no ser porque Abdul Kader debía recibir aún el importe de tres meses de servicios; y, por otra parte, aunque debíamos volver á visitar las montañas, nos hallábamos hasta cierto punto en camino de Mogador.

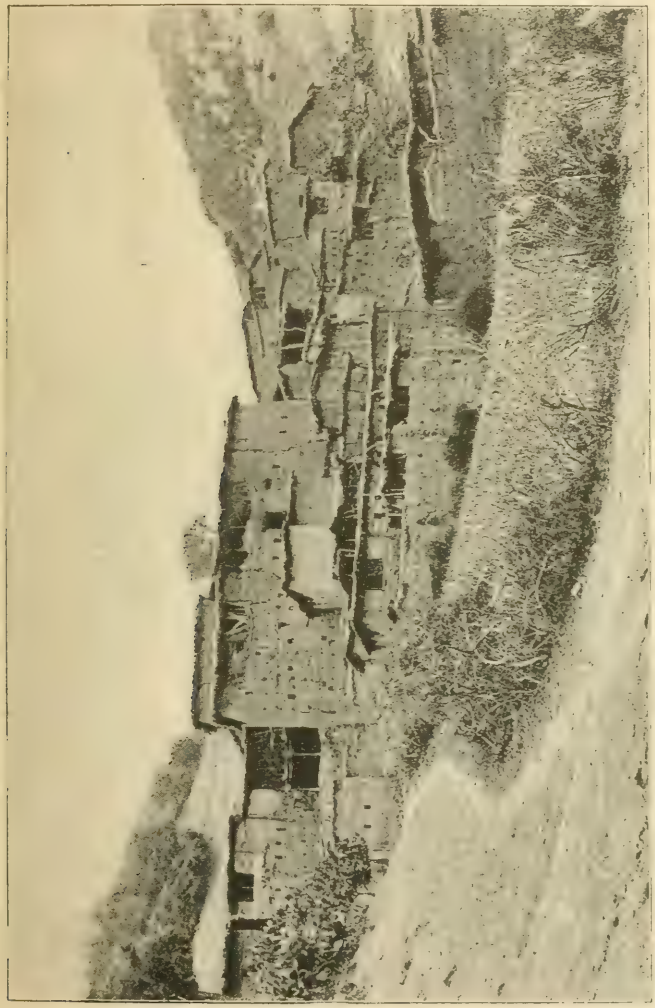
"Llegado el día de la marcha, pareció que íbamos á quedar privados también de los servicios de Abdul Kader, á causa de haber enfermado. Durante algunos días no dejó de quejarse un momento, é hizo llorar á Assor al pintarle sus angustias, después de suplicar á su compañero que nos diera cuenta de su estado, manifestándonos que si emprendía el viaje moriría en el camino. Parecía que sería preciso dejarle; pero ¿qué haríamos sin Assor y Abdul Kader? Nuestra situación era de las más críticas. Por fortuna un día fuí á ver al enfermo por sorpresa, y con gran asombro le encontré solazándose con una mujer de ojos negros. Al verme, sus sonrisas se desvanecieron y sus facciones expre-

saron el terror, y esto me hizo dudar aún, por lo cual me retiré para reflexionar sobre el asunto. Entonces recordé que en una expedición anterior había reprimido una rebelión y curado diez ó doce hombres

El valle de Urika

con una sola botella de aceite de ricino. Mi línea de conducta estaba trazada: armado de una docena de píldoras, volví en busca del paciente. La mujer había desaparecido. Abdul Kader se revolcaba por el suelo. Invitéle á sentarse, le administré las píldoras, y dile á conocer mi *ulti-*

matum con voz resuelta: era preciso que estuviese curado al día siguiente, ó de lo contrario se le despediría sin darle un cuarto ni certificado alguno. Bajo estas condiciones le concedí un día y una noche para ponerse bueno, y al otro día se me presentó con la sonrisa en los labios.



Aldea del valle de Urika

"Era el 28 de agosto cuando emprendimos de nuevo la marcha, y, como la vez anterior, no juzgamos necesario dar aviso á las autoridades, con lo cual evitábamos que nos acompañaran molestos soldados.

"El primer punto en que debíamos tocar era Urika: nos proponíamos penetrar en el valle de este nombre y emprender la ascensión del

Jebel Asif S'z, una de las más elevadas entre las pocas alturas que interrumpían el contorno uniforme de la cordillera principal.

"Al cabo de seis horas, cabalgando rápidamente, cruzamos las abrasadas llanuras, en las cuales se había hecho ya la recolección, y llegamos al pie de las montañas una vez más. ¡Cuánto nos alegrábamos de vernos ya lejos de la polvorienta ciudad, junto á un ruidoso torrente, bajo sombríos árboles, y con las montañas elevándose sobre nosotros! Acampamos en Achliz, cerca de la entrada del valle. Para mayor seguridad se nos invitó á pasar la noche en la Alcazaba; mas preferimos nuestras tiendas y un poco de peligro á la gran casa del caid, con sus inevitables moscas y su carácter de prisión. El caid se hallaba en su residencia de la montaña, y el califa hizo sus veces. Como el día de nuestra llegada había mercado en Achliz, vimos un pintoresco conjunto de montañeses y gente del pueblo, y su presencia simplificó la adquisición de víveres, que siempre se nos daban con mucha escasez. No obstante, apenas nos presentamos, el califa reunió al punto á los jeques de los pueblos y dióles las órdenes necesarias, que éstos trasmitieron á sus subordinados, y pronto llegaron varios mensajeros con víveres y diversos artículos necesarios. De un pueblo se envió un burro cargado de carbón, de otro once gallinas, de un tercero una res; y así sucesivamente obtuvimos tres docenas de huevos, doce libras de manteca y un mulo cargado de cebada. El califa nos envió, en nombre del caid, un pilón de azúcar, un paquete de bujías, un cuarto de libra de te verde, media docena de libretas de pan, frutas y varios platos de manjares ya preparados.

"Con gran asombro nuestro, todo lo recogido se nos entregó religiosamente; hecho inusitado, pues nuestra presencia solía ser ocasión para que se cometieran los más escandalosos abusos en cuanto se refería á los víveres, nominalmente en contra nuestra, pero en realidad con perjuicio del caid y de su califa, sin contar que los jeques procuraban aprovecharse también en cuanto era posible. En tales ocasiones era inútil protestar alegando que preferíamos comprar las provisiones, pues los abusos se cometían de igual manera. También era inútil que ofreciéramos pagar á la pobre gente cuanto nos proporcionaban, pues el dinero no hubiera salido de la casa del caid.

"En nuestra entrevista con el califa lamentamos mucho la falta de Assor, y siempre tuvimos una desagradable sospecha respecto á la integridad de Abdul Kader.

"Al día siguiente, aunque el califa deseaba mucho que permaneciéramos hasta que el caid volviera de las montañas, insistimos en ir á buscarle, y emprendí la marcha solamente con la mitad de nuestros hombres, dejando los caballos detrás, porque más bien nos hubieran servido de molestia.

"Por lo pronto fué necesario franquear el fondo del valle, pasando

unas veces por el lado del río, y otras por las orillas, sembradas de árboles. Cerca de la entrada vimos una serie de capas verticales de caliza y pizarras rojas que formaban colinas irregulares. En las pendientes y cumbres vimos varios pueblecillos muy pintorescos, con sus paredes de arcilla, sus curiosas galerías y su piso superior.

"A una hora de Achliz nos inquietó un poco la vista de varios albornoces blancos de una partida de jinetes; pero pronto pensamos que no podía menos de ser el caid y sus acompañantes. A un cuarto de milla de aquella gente di la orden de alto y desmontamos. Pocos momentos después estábamos ante el caid, que era, al parecer, un hombre sencillo y bonachón, de quien se podía obtener cuanto se quisiera, ó por lo menos así lo pensamos nosotros. Al principio nos instó para que volviésemos con él á Achliz; pero como le asegurásemos que no nos era posible pensar en tal cosa, quiso ir con nosotros. A corta distancia se nos enseñó una magnífica explanada rodeada de una arboleda, cerca de la cual vi restos de glaciares, como parecían indicarlo las enormes moles y la falta de estratificación.

"Allí se nos ofrecieron en absurda abundancia todos los víveres que Urika y las despensas del caid podían proporcionar; pero no nos agradó tanto la solicitud de éste, que acampó cerca de nosotros como para vigilarnos mejor, observando todos nuestros movimientos.

"La conversación que con él tuvimos fué de las más halagüeñas para nosotros. Nos dijo que todo cuanto él poseía estaba á nuestra disposición, y que en su provincia podríamos ir á donde quisiéramos. Prosiguiendo la conversación, nos manifestó que la parte superior del valle era una porción de la provincia de Misfiwa, con cuyo caid, según nos indicó, no estaba en buenas relaciones. Después dijo que el resto del valle, con las montañas que le circuían, estaba habitado por indígenas que le hacían la guerra, tanto que él mismo no se atrevía á ir una milla más allá. Todo esto nos hizo sospechar que éramos engañados por el caid, á pesar de su aparente sencillez, y por Abdul Kader. ¿Qué podíamos hacer? ¿Cómo asegurarnos de la verdad? Llegada la tarde, tratamos de dar un paseo; pero nos lo impidieron diez ó doce soldados, bajo el pretexto de que no podíamos ir más allá sin peligro de que nos mataran, y por la noche nos rodeó una triple línea de guardias, al parecer para protegernos, pero en realidad para asegurarse de que no saliéramos del campamento.

"Al otro día, á pesar de las protestas del caid, insistimos en que se nos permitiera recorrer el valle, aunque desconfiando de que se nos dejara ir muy lejos. Se accedió al fin, pero dándonos por escolta media docena de soldados.

"Nuestras sospechas de que se nos engañaba parecían confirmarse al ver que se nos conducía por el lecho del río, sin duda para ganar tiempo, no sé con qué fines. Por desgracia Shalum no conocía el distrito, y dependíamos completamente de los soldados.

"A media milla escasa del campamento, y al llegar á un punto en que el valle se estrecha de pronto, elevándose las montañas bruscamente á la altura de 7,000 á 8,000 pies, notamos señales de agitación en los numerosos pueblos que por allí había. Muchos hombres iban corriendo, al parecer, con intención de llegar á un punto situado más arriba de donde estábamos, y al principio creímos que el caid, considerando que aquellos sitios eran peligrosos, había dado orden á los montañeses para que nos acompañasen. Nuestra escolta parecía interesarse tanto como nosotros, y observaba cómo se reunían los naturales.

Cuerno de pólvora y bolsas de balas

"Pronto fué evidente que los shellachs no tenían intención de protegernos en manera alguna, pues vimos que se situaban en los olivares, detrás de las rocas y otros sitios propios para ocultarse. Todos iban armados, y las mujeres se reunían frente á los pueblos, ocupando algunas los terrados. Nuestra inquietud aumentó al notar que una respetable fuerza, saliendo por detrás de una roca, fué á tomar posición en el centro del valle, formando después como un cordón militar, con la evidente intención de cortarnos el paso. Al mismo tiempo los hombres de nuestra escolta despojáronse de sus capotes con aire resuelto, cargaron sus armas, diseminároнse y avanzaron hacia el enemigo, utilizando los árboles y las rocas para cubrir sus movimientos. Estábamos muy perplejos, dudando que aquello fuese un subterfugio del caid para impedirnos pasar más adelante. De todos modos era evidente que no se nos permitiría avanzar; pero quisimos conocer el fondo de aquella posición. En su consecuencia nos adelantamos hacia nuestra escolta diseminada. El enemigo manifestó entonces mucha excitación: todos blandieron sus armas y gritaron que retrocediésemos, pues de lo contrario harían fuego. Nuestros soldados, que habían avanzado solos con aparente intrepidez para oponerse á una fuerza diez veces mayor, parecieron inquietos al ver que íbamos en su auxilio y que preparábamos las carabinas. A cada paso los montañeses parecían más furiosos: muchas armas nos apuntaban, y sabíamos que todos aquellos hombres eran buenos tiradores.

"Las dificultades eran mayores porque nuestro intérprete Abdul Kader se había quedado en el campamento para guardarle, y al fin, viendo que era inútil, y hasta peligroso, tratar de abrirnos paso á través del cordón, y deseoso de evitar la efusión de sangre, intencional ó casual, mandé hacer alto. C. B., como buen militar, deseaba que atacásemos; pero no quise escucharle y di orden de volver al campamento.

"Una vez en nuestras tiendas, increpamos con enojo al caid, censurando su oposición; pero juró por Alah que no había hecho nada, que él mismo estaba siempre amenazado por las tribus montañesas, y que debía retirarse desde luego para evitar nuevos ataques. Sin embargo, pocos días antes de nuestra llegada, declaró que había capturado traidoramente treinta de los rebeldes para encerrarlos, y que por esta causa la fermentación era mayor que nunca.

"Como quiera que sea, no teníamos medio para probar la verdad, pues no podíamos creer una sola palabra de lo que el caid nos decía. Por lo que hace al intérprete, pudimos tranquilizarnos, pues por la noche llegó un mensajero de parte de Bonich ofreciéndonos sus servicios en calidad de tal hasta Mogador. Ya se comprenderá que aceptamos la proposición desde luego.

"Si el caid nos hizo una traición, por lo menos no nos dió motivo de queja respecto á los víveres que nos facilitó. Hé aquí la lista de lo que consumimos en un día con nuestros hombres, en número de diez:

"6-30.—Una enorme cazuela de sopa, con huevos, leche, y carbón para preparar el alimento.

"8.—Otra enorme cantidad de sopa y un melón.

"8-30.—Te verde del que usaba el mismo caid, cuatro libretas de pan y algunas libras de manteca fresca.

"9.—Cuatro grandes fuentes de guisado.

"12.—Una canasta llena de uvas.

"12-30.—Un cántaro de agua de rosas.

"3-30.—Dos platos de cuzcuz y medio carnero asado.

"5.—Otros dos platos de guisado con 4 libras de pan.

"8.—Un carnero vivo, un pilón de azúcar y un cuarterón de te.

"9-30.—Diez gallinas vivas y más alimento preparado.

"Al ver que no era posible vencer la oposición del caid, renunciamos á toda esperanza de llegar al Jebel Asif Sig, y en su consecuencia resolvimos volver á Achliz, bien á pesar nuestro y muy mal humorados.

"Durante nuestra ausencia un hombre había sido asesinado en el campamento, huyendo el culpable á la vecina provincia para evitar el castigo.

"El Sr. Bonich llegó al campamento en la misma tarde, sin haber visto á Abdarachmán, á quien había enviado á buscarle con una mula. Al día siguiente se presentó, y, después de haber descansado los caballos, marchamos en dirección al Wad Reraya.

"Poco después de mediodía llegábamos á este río en el punto donde se desvía de las alturas inferiores.

"En Tachnowt, ó Taghnowt, el valle es comparativamente ancho; pero una milla más allá del río estréchase de pronto, trasformándose en desfiladero, donde las pizarras metamórficas y las calizas cristalinas

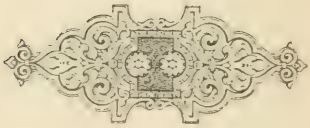
se prolongan en ángulos rectos con la corriente, y han sido más ó menos denudadas por los agentes exteriores.

"Al pasar por el desfiladero fué preciso seguir el lecho del río hasta encontrar de nuevo las rocas cretáceas. Nos llamaron la atención allí las ruinas de una casa construída en la cima de un pico desolado, y que, según costumbre, nos dijeron que era obra de los *Rumí*.

"A cada milla que avanzábamos veíase que el cultivo era más cuidadoso, lo cual se debía, sin duda, á una especie de banco de basalto muy descomponible, tal vez continuación del que habíamos visto en Urika, y probablemente más ó menos relacionado con los que encontramos en Sidi Rehal y otros puntos hasta Demnat.

"Hacia la caída de la tarde llegamos á Asni, donde el valle se inclina una vez más al S., penetrando en el corazón del Atlas. Allí acampamos en un magnífico olivar, cerca de la casa del jeque.

"Ya se comprenderá cuánto nos alegramos saber que aquel jeque había sido encerrado en una prisión porque no podía satisfacer la rapacidad del gobernador, pues su ausencia nos permitiría realizar nuestros planes."



CAPÍTULO XXX

ASCENSIÓN AL TIZI LIKUMPT

EL VALLE DEL WAD IMINNEN.—SU DESOLACIÓN.—SUS HABITANTES.—TASHDIRT.—ASCENSIÓN Á LA MONTAÑA.—LLEGAMOS AL PUNTO MÁS ELEVADO DEL ATLAS.—EL TIZI-N-TANJURT.—SUPERSTICIONES.—"BOYCOTTADO".—REGRESO Á ASNI.—DE ASNI Á IMINTANUT.—CARAVANA DE ESCLAVAS.

En 1872, Mr. Hooker y Mr. Ball habían visitado Asni, y, siguiendo una ramificación del Wad Reraya llamada el *Ait Mesan*, consiguieron llegar á la cordillera central del Atlas. A la izquierda de dicho punto había una segunda corriente llamada el *Wad Iminnen*, que conduce á un paso hacia las montañas conocidas con el nombre de *Tizi Likumpt*, y, como era natural, nos propusimos emprender la ascensión á éstas.

"El 3 de setiembre, á pesar de todos los peligros que nos pintaron en perspectiva, salíamos de Asni con los mejores ánimos, aunque seguidos de hombres de mala voluntad, que habían hecho todo lo posible para impedir nuestra marcha. Nuestro guía era el mismo hombre que diez y seis años antes condujo á Hooker al valle de Ait Mesan.

"A pesar de las nubes y las lluvias del día anterior, que anunciaban la proximidad del invierno, hacía un tiempo hermoso. A una hora del campamento encontramos la entrada del grupo principal de montañas. En este punto es donde el Wad Reraya se divide, formando los valles de Ait Mesan y del Wad Iminnen. A la cabeza del último podíamos ver la escotadura que en la cima de la montaña señala el Tizi-n-Tagharat, flanqueado por el proeminente pico del Tizi Naowot.

"La primera parte del curso del Wad Iminnen es un estrecho desfiladero cortado á través de una serie de diversas areniscas, pizarras y calizas, que forman precipicios y empinadas pendientes, más ó menos cubiertas de verdor y de árboles, algunos de los cuales crecen á 3,000 pies de altura. No lejos de este desfiladero vimos los restos de una re-

presa muy sólida, usada en otra época para el riego, y atribuída, por supuesto, á los *Rumí*.

"Sobre esta represa el valle se ensancha, dejando algún espacio para el cultivo, y aquí hay varias casitas, arboledas y verdes campos. A cada cien pasos el paisaje es más grandioso y pintoresco. Las montañas se elevan á unos 5,000 pies, presentando un conjunto verdaderamente salvaje, pero imagen de todo lo que es desolado y terrible. Aquí no es posible el cultivo, pues no se ve la más pequeña superficie plana, y aunque la hubiese faltarían medios para conducir el agua.

Aldea en el valle del Wad Iminnen

"En el fondo no hay ni siquiera lugar suficiente para el paso de una mula, y el lecho del río es demasiado peligroso para utilizarlo en este sentido. El único paso asciende por el flanco de la montaña, dando la vuelta á un enorme precipicio de 500 pies de profundidad.

"En menos de una hora conseguimos franquear esta parte peligrosa, y encontramos otra pendiente menos difícil, aunque del mismo aspecto desolado. Los almendros y los olivos han desaparecido ya, sustituyéndoles los más robustos nogales, que forman una oscura franja en la corriente de agua más abajo de nosotros. A mayor altura los naturales han formado terrazas junto á la empinada pendiente, conduciendo allí el agua con gran trabajo. Los caseríos que vimos, donde los montañeses habitan, parecen, desde abajo, pequeños montecillos planos de arcilla aplicados á la pendiente: nadie diría que allí vive el hombre. A unos 200 pies más arriba de la parte cultivada, la montaña es casi perpendicular y está llena de restos pedregosos en considerable número, sin que allí se vea el más pequeño espacio verde que mitigue el aspecto desolado del conjunto. Creíamos haber visto el más triste paisaje del Atlas en el valle de Titula; pero aquí es más lúgubre y se distingue más que aquél por su desolación.

"A medida que avanzamos veo que las rocas metamórficas están más aplastadas y penetradas de moles de rocas ígneas, particularmente dioritas y porfiritas. El nogal escasea cada vez más, y el roble, siempre verde, desaparece.

"Después de muchas vueltas y revueltas y de franquear escabrosas pendientes para evitar un obstáculo y encontrarnos después con otro, observamos que el valle se inclina más al E., prolongándose en línea paralela con la cordillera principal, que está enfrente de nosotros.

"En este paraje vimos una serie de terrazas en las zonas inferiores, aunque más arriba no había más que tremendos precipicios y rocas angulosas. Parecía increible que pudiera vivir gente en tan estéril y lúgubre región, incomunicada con el mundo exterior varios meses durante el invierno, y hallándose los habitantes como prisioneros en sus viviendas la mayor parte de este tiempo, sin más que sus animales para conservar el calor necesario. Harto decía el aspecto de los individuos cuál era su triste género de vida: en ninguna parte había visto caras tan arrugadas, ojos tan apagados y tan extrañas figuras; y, sin embargo, el gobierno del Sultán es, aun aquí, el peor enemigo de todos: nadie puede escapar de sus inicuas exacciones. El pueblo habla de una época en que hasta en el Wad Iminnen vivían contentos y en estado próspero: ahora solamente tienen pobres restos de los magníficos rebaños de carneros y cabras que antes poseían, y por único traje los harapos que les cubren.

"Aquella pobre gente, al saber que éramos portadores de cartas del Sultán, creyeron, como era natural, que nosotros íbamos á saquearles más, y por eso temíamos que nos obligaran á retroceder, como sucede á menudo con los recaudadores de contribuciones.

"Sin embargo, no les dimos tiempo para pensar mucho y nos dirigimos á toda prisa á la cabeza del valle. A unas cinco horas de Asni encontramos un pueblecillo llamado *Iashdirt,* que se halla á 7,560 pies sobre el nivel del mar, y aquí nos detuvimos para consultarnos. Después de la deliberación pareció lo más conveniente no esperar hasta el otro día para escalar el Tizi, y marchar, desde luego, antes de que los naturales resolviesen sobre la manera de tratarnos.

"Seguidos solamente de dos hombres y de nuestro guía Asni, que resultó ser un buen servidor, avanzamos á buen paso, y, después de cruzar la corriente, dióse principio á la ascensión. Muy pronto fué preciso apearse de las mulas, y durante algún tiempo nos cogimos á sus colas; mas esto era demasiado para los pobres animales y fué preciso confiar solamente en nuestros propios esfuerzos. No tardamos en pasar de la zona inferior, donde alguna yerba interrumpe la monotonía de las rocas, sirviendo para alimentar varios rebaños de cabras y carneros, cuyos balidos melancólicos eran lo único que indicaban allí la vida. Temerosos de ser sorprendidos en aquel sitio, avanzamos con toda la rapi-

dez posible hacia la altura, aunque la pendiente era muy empinada, y, no sin que fuese forzoso detenernos á veces para tomar aliento, llegamos al fin á la cima del Tizi Likumpt, que se halla á una elevación de 13,150 pies. A pesar de la estación, vimos allí montones de nieve, y

Tashdirt y Wad Imimen

el espectáculo que se ofreció á nuestra vista nos recompensó con creces nuestras fatigas, sin contar que por segunda vez batíamos á los anteriores viajeros á estas regiones por lo que hace á la altura.

"Con gran sorpresa observamos que la parte superior del Wad Urika corría por un profundo valle frente á nosotros, paralelamente á la cordillera, lo mismo que las aguas superiores del Nyfis. El lado

opuesto del valle del Urika formábase por una segunda cordillera inferior de las montañas, que nos ocultaba la vista de la región salvaje de Tifnut, que creíamos hallar á nuestros pies.

"En la dirección O. nos llamó principalmente la atención un soberbio pico que se elevaba sobre las inmediatas alturas más de 2,000 pies sobre nuestro punto de vista. Nos dijeron que era el Tizi-n-Tanjurt; y, teniendo en cuenta la altitud que habíamos alcanzado y la que había sobre nosotros, no vacilamos en deducir que el citado pico era la mayor elevación del Atlas, pues seguramente contaba 15,000 pies, ó acaso más.

"Al contemplar aquellas imponentes alturas cubiertas de nieve, escarpadas cordilleras, profundos valles y desfiladeros, y al ver, sobre todo, la formación geológica, no nos quedó la menor duda de que nos hallábamos en la parte más antigua del Atlas. El hecho de predominar las rocas metamórficas é ígneas, con su gradual sustitución por las formas sedimentarias al E. y al O., indicábanos claramente que allí había estado el núcleo de todo, y, en cierto sentido, el foco de elevación. Cuando todo lo demás estuvo sumergido bajo el agua, la parte más alta, es decir, unos 5,000 pies, permaneció fuera, como una isla en un mar cretáceo. Alrededor se depositaron las calizas, las pizarras y las areniscas que ahora la flanquean por todas partes, y en un período posterior produjéronse los grandes movimientos de la tierra que elevaron al Tizi á su altura actual, comunicando á las rocas cretáceas horizontales la posición que ahora tienen á los lados.

"Poco tiempo nos quedaba, sin embargo, para reflexionar y no suficiente para darnos cuenta de todo, fijando en nuestra imaginación los diversos aspectos del paisaje. Por el N. de Tizi-n-Tanjurt podíamos seguir el curso del valle de Wad Tisgi, y se nos dijo que cerca del Tizi Naowot un lago de la montaña, llamado *Ifri*, contenía grandes peces. Asegurábase que si se tiraban piedras á este lago producíanse al punto violentos huracanes; pero ya sabemos que predomina una superstición semejante en todas las grandes alturas. Después de completar nuestras observaciones sobre la altitud, emprendimos la marcha de regreso apresuradamente, para llegar al campamento antes de que oscureciera.

"Razón tuvimos de congratularnos, al llegar á nuestras tiendas, de no haber perdido el tiempo para escalar el Tizi Likumpt, pues los montañeses, sabedores de nuestros extraños movimientos, habíanse reunido para molestarnos. Si hubiéramos estado en Tashdirt en vez de hallarnos en la cumbre de la montaña, se habrían opuesto á nuestra excursión. De todos modos, los montañeses se vengaron prohibiendo que ninguno de ellos nos vendiera víveres, como para darnos á entender que era preciso marchar al día siguiente.

"Llegada la noche, y después de acomodarnos lo mejor posible, se discutió sobre lo que debíamos hacer. Por lo pronto era forzoso salir de

Tashdirt; pero ¿seguiríamos los pasos de Hooker hasta el valle de Ait Mesan y el Tizi-n-Tagharat? Más allá estaba la región de más atractivo en el Atlas para los exploradores: allí se encontraría el punto más alto

Judíos de Asni

y el curioso lago de la montaña de Ifri. Bien considerado todo, parecióónos lo mejor volver á Asni, pues ya comenzábamos á cansarnos de viajar por el Atlas, sobre todo á causa de las eternas discusiones con nuestros hombres. Habíanos sido forzoso conducirnos como negreros, mientras que su pereza, su cobardía y sus traiciones nos hacían perder la paciencia. Y, en cuanto á los indígenas, aun fué más desagradable

tratar con ellos. Siempre estábamos en lucha contra el engaño, la mentira, la traición y la bajeza. Si hubiéramos contado con media docena de hombres como Shalum, habríamos podido ir casi á todos los puntos del Atlas; pero en las condiciones en que nos hallábamos no podíamos soportar la situación más tiempo, á menos de volver á Mogador para buscar más fieles servidores.

"En su consecuencia salimos de Tashdirt á la mañana siguiente, después de tomar una ó dos fotografías. A eso de las doce estábamos á la vista de Asni, sin haber ocurrido ningún accidente particular, como

Limpiando trigo

no fuera el haberse salvado dos mulas que estuvieron á punto de rodar por los precipicios.

"Al día siguiente, 5 de setiembre, salimos de Asni en medio de una densa niebla, cosa que sentimos mucho, pues nos proponíamos tomar buenas vistas de las montañas desde la estribación de Gurguri. La niebla no se disipó hasta que hubimos bajado de las alturas, penetrando de nuevo en el llano, y poco después de mediodía entrábamos otra vez en Amsmiz.

"Continuamos nuestro camino costeando la base de las montañas, á través de las planicies de Mzuda, Duerani y Seksawa. La llanura era sumamente monótona y en parte estéril, casi inhabitable, por lo cual vimos con gusto una arboleda, propia para acampar.

"Cuando estábamos descansando pasó una triste procesión que no dejaba de ofrecer interés: era una caravana de cuarenta jóvenes esclavas que venían del Sudán. Algunas iban en camellos, pero las más á pie, y su aspecto indicaba las fatigas que habían sufrido al cruzar el desierto. Fueron las únicas esclavas nuevas que habíamos encontrado

en el país, y, á pesar de sus fatigas y tribulaciones, observamos que no se las trataba con crueldad.

"En el Wad Kehira, donde acampamos en nuestra segunda jornada desde Amsmiz, nuestros hombres se inquietaron mucho por haberse confirmado un rumor de que oímos hablar antes en Mzuda: reducíase á que la provincia de Mtuga, por la cual debíamos pasar en nuestra marcha hacia Mogador, estaba dividida en dos facciones, á causa de haberse nombrado un nuevo caid. Según se dijo, habíase quemado y asesinado, y allí reinaba el caos. De consiguiente no nos extrañó saber, por conducto de Shalum, que, apenas se presentase una fuerza armada, nuestros hombres de Mogador pensaban tomar el portante y no arriesgar sus preciosas vidas en nuestra compañía; pero nosotros les preparábamos una pequeña sorpresa.

"En la mañana del 8, hallándonos á dos horas del Wad Kehira, dimos vista á Imintanut y acampamos en un olivar."

CAPITULO XXXI

Á LA COSTA POR SUS

ANARQUÍA EN LA PROVINCIA DE MTUGA.—EL WAD ISSERATO.—EL VALLE DE MSIRA.—EL EXTREMO DE LA CORDILLERA DEL ATLAS.—EL "BURJ ANSERRANI".—MONTAÑAS DE IDA UZIKI Y DE IDA MHAMUD.—LA PROVINCIA DEL SUS.—EL HOWARA EN REBELIÓN.—AGADIR.—DE AGADIR Á CASABLANCA.

En Imintanut está el camino principal que conduce á Tarudant, capital del Sus. Desde el momento en que desembarcamos en Tánger habíamos oído referir siempre lo mismo acerca de los peligros y terrores de esa región salvaje, y cada cual, indígena ó extranjero, aseguraba siempre que era de todo punto imposible ni siquiera entrar en aquel territorio. No habíamos intentado nunca empeñarnos en vencer este *imposible;* mas no por eso renunciábamos á la esperanza de acometer la empresa. Esto no nos fué posible en Glauwa ni en Gindafy, en gran parte por culpa de nuestros hombres; mas para alcanzar el objeto era preciso intentarlo en Imintanut.

"En su consecuencia resolvimos lanzarnos en la aventura, aunque las circunstancias eran por demás desfavorables. Debíamos recorrer el camino que cruzaba por los distritos más agitados de Mtuga. En el intervalo entre la muerte de un caid y la toma de posesión por el que se nombra en su lugar, las leyes y el orden no rigen ya, y es regla general establecida que durante ese período no se puede ejercer acción ni justicia, suceda lo que quiera. En Mtuga un jefe rebelde habíase aprovechado de la anarquía dominante atacando á pueblos más tranquilos, donde entró á sangre y fuego; y, si por casualidad caíamos en las manos de uno ú otro partido, pocas probabilidades había de escapar.

"Comprendimos pronto que nuestros hombres sospechaban lo que proyectábamos, pues Abdul Kader se fingió otra vez gravemente enfermo, aparentando que apenas le era posible sostenerse en la mula.

Llegados al campamento, presentóse para decirme que iba á morir, y, tratándole al principio con bondad, preguntéle si le aquejaba la misma afección que en Marruecos. Contestóme que sí, pero un poco más fuerte, y al oir esto salté con aire de enojo para coger un látigo. Los dolores se desvanecieron como por encanto: quiso ocultarse detrás de sus compañeros, y entonces, juzgando el castigo inútil, llaméle y le dije que tuvieran mucho cuidado, él y sus amigos de Mogador, en cuanto á lo que dijesen ó hicieran. Advertí á todos que conocía sus intenciones y sus actos en otras partes, y les juré que, si de obra ó de palabra trataban de hacerme traición, otra vez los haría encerrar á todos en una prisión, sin pagarles sus cuatro meses de salario. Como era de esperar, manifestáronse muy indignados é hicieron enérgicas protestas, murmurando maldiciones y haciendo furiosos ademanes cual si estuvieran locos. Renegaron del día en que se pusieron á nuestro servicio, amenazándonos con marcharse todos, y hasta dijéronme que, si estuvieran con ellos los tres hombres de Mogador que yo despedí en Saffi, nos darían una lección.

"Después de esta escena marchamos para celebrar una entrevista con el jeque, pensando no tomar ninguna actitud determinada hasta que viéramos qué clase de hombre era. Esta misma autoridad nos facilitó el camino, pues imaginó que éramos oficiales europeos del ejército del Sultán encargados de alguna comisión. Ya se comprenderá que nosotros no tratamos de hacerle creer lo contrario, y, muy lejos de ello, hicimos todo lo posible para estar en carácter. Por lo pronto le pedimos guías para que nos acompañaran á la mañana siguiente hacia Sus y Agadir. Acató la orden con marcada humildad y limitóse á prevenirnos respecto al peligroso estado del país.

"Para mantener nuestro carácter sonreímos desdeñosamente cuando nos envió la *muna*, ó sean los víveres, como para hacerle comprender que aquello no era bueno sino para los perros, pero que le dispensábamos por la pobreza de aquella autoridad.

"Al separarnos del jeque, lo que más temíamos era que nuestros hombres sospechasen nuestra intriga y desengañaran al hombre; mas, por fortuna, no lo conocieron, y sólo pensaban sobre qué dirección tomaríamos al día siguiente.

"A causa de la agitación del país fué preciso estar alerta toda la noche, aunque el jeque apostó numerosos soldados á nuestro alrededor.

"En la mañana del 9 nos levantamos antes de amanecer. Los merodeadores no habían pensado en atacarnos, y nada ocurrió que desvaneciera nuestras esperanzas.

"Salimos, pues, hacia las montañas con cierta satisfacción, sobre todo al observar las malas caras de nuestros hombres de Mogador. El piadoso Hadj preguntaba fervorosamente á Alah qué crimen había

cometido para que debiera expiarlo de aquel modo. Abdul Kader renegaba de su suerte, y Abdarachmán, montado en su mula, el último de todos, maldecía del cuadrúpedo y su dueño, como para distraerse en el camino.

"El Wad Imintanut escapa de las montañas por un desfiladero muy angosto, ó grieta, donde su lecho de caliza compacta no ha cedido tan pronto á la acción erosiva del río y de la lluvia; y en el interior de esta estrechez el valle se abre muy pronto, ramificándose en tres brazos, que se dirigen respectivamente al E., al S. y al O. Esta última dirección fué la que seguimos, y un camino bastante ancho nos condujo hasta el fondo del pequeño valle.

"Observé que el de Wad Isserato había sido socavado á lo largo de la línea de unión de las series metafóricas con las rocas sedimentarias exteriores. A la izquierda teníamos las moles montañosas irregulares de las primeras, y á la derecha una cordillera inferior formada por las segundas. Durante diez horas cruzamos por arboledas de almendros, donde algunos naturales recogían el fruto. Acá y allá, un pueblecillo y algunos rebaños de carneros y cabras comunicaban más animación al paisaje.

"A 3 millas del campamento nos encontramos contra la corriente superior del Wad Isserato, y después nos dirigimos por el S., siguiendo un camino que nos condujo al valle irregular del Wad Msira, cuyas areniscas de color rojizo brillaban entre los árboles y matorrales. La agitación del país se reconocía bien por el hecho de que todos los hombres iban armados de cuchillos y armas de fuego, formando grupos más ó menos numerosos, según los pueblos, y dispuestos para el combate ó la fuga. Nuestra posición era demasiado crítica para que nos atreviéramos á detenernos, pues un grito malicioso ó la maldición de un fanático habrían sido suficientes para promover un ataque. Evidentemente no sabían qué hacer respecto á nosotros; pero nuestra misma audacia y la presencia de Zemrani con su fez del Gobierno aconsejaron, sin duda, la prudencia. Además de esto, las dos facciones que habían convertido en un caos el Mtuga eran allí numerosas y se vigilaban atentamente. Como quiera que sea, apenas nos hubimos alejado, cuando se empeñó una lucha algo sangrienta. Como nosotros éramos los que más debíamos temer, apresuramos la marcha de nuestras mulas, con no poca satisfacción de nuestros hombres de Mogador.

"Media hora nos bastó para cruzar el valle, y llegamos al lado opuesto. Ante nosotros extendíase otro valle que conducía á un tercero, más ancho, cuyas aguas se vertían, indudablemente, en el río Sus. A la izquierda las montañas alcanzaban aproximadamente una altura de 6,000 á 7,000 pies, mientras que á la derecha no pasaría de 5,000. Por el O. divisamos una simple meseta cuya elevación sería de 4,000 á 5,000, y que formaba las provincias de Mtuga y Haha. Al observar estos hechos me

convencí de que aquello era prácticamente el término del Atlas como cordillera.

"Avanzando siempre por el S., pronto distinguimos entre la bruma frente á nosotros, las líneas de una cordillera de montañas bastante altas y escabrosas; de modo que deduje que aquello era la verdadera continuación del Atlas. Después pudimos identificar el lúgubre é imponente pico llamado *Jebel*, ó *Montaña de Ida Mhamud* (*Ida*, así como *Ait*, *Beni* y *Ulad*, significa tribu, ó hijos de), mientras que más al O., y separado por una profunda depresión, hállase la mole menos importante de Ida Uziki, que, vista por el O., desembocaba, al parecer, en la meseta de Mtuga.

"Continuando nuestra marcha por un terreno muy accidentado del valle, solamente vimos algunos almendros y muchos curiosos montecillos de cima aplanada, restos de primitivas orillas de ríos, ó tal vez de lagos, que se conservaron bajo una capa de grava y que constituían un curioso carácter del paisaje. En una de esas colinillas aisladas descubrimos algunas ruinas notables, que tuvimos tiempo de examinar, aunque nos urgía apresurar la marcha; pero no presentaban nada de notable.

"Hacia la caída de la tarde llegamos al pie de las montañas de Ida Uziki, que, según mi cálculo, elevábanse á una altura de más de 6,000 pies, mientras que las de Ida Mhamud alcanzan seguramente de 8,000 á 9,000.

"Desde que nos acercábamos á la costa, nuestros hombres no se quejaron una sola vez de falta de alimento, sin duda porque les pareció oportuno hallarse aligerados de peso en el caso de ocurrir algún incidente. Ninguno se atrevió tampoco á separarse del grupo y vigilaban sin cesar, por temor de ser sorprendidos. Por fortuna, la noche pasó sin novedad, y, cansados al fin por una jornada de 55 millas bajo un sol abrasador, nos entregamos al sueño.

"Al amanecer emprendíamos de nuevo la marcha, mostrándose muy alegres nuestros acompañantes porque pronto saldríamos del distrito peligroso.

"No lejos del campamento, el camino principal en dirección á Sus se bifurca en dos brazos: uno de ellos cruza las montañas de Ida Uziki y el paso de Bibawan á Tarudant, y el otro pasa á Sus por un camino más fácil. Ignorantes de este hecho, y no habiéndonos dicho nada Shalum, nos encontramos á dos horas más allá del primer camino sin saberlo; pero, juzgando que esto no importaba nada, seguimos adelante.

"A unas tres horas del campamento, el Wad Ait Musa, formado por las corrientes unidas del valle, desaparecía de repente por el S. en un desfiladero; y, como no había allí ningún otro paso practicable, proseguimos nuestra marcha á lo largo de las montañas. En aquellos parajes, sin embargo, no estábamos nada seguros, porque los Ait Musa eran los jefes principales de la rebelión de Mtuga. Varios campesinos á quie-

nes se preguntó quién era su caid, contestaron que no tenían ninguno, y, considerando que esto era peligroso, avanzamos con más celeridad aún que antes.

"A mediodía acampamos, creyéndonos más seguros, en Zawia, ó santuario de El-Batmi, bajo la protección de un descendiente del santo.

"Por la mañana nuestros hombres parecían estar muy nerviosos, y no dejábamos de experimentar nosotros también alguna inquietud, porque íbamos á penetrar en la temida región del Sus. Por espacio de una hora estuvimos cruzando el accidentado valle de Asif Sig, y desde una elevación divisamos en lontananza la célebre ciudad de Tarudant. En el N. de África no hay región más salvaje que esta provincia de Sus. Durante varios siglos sus fanáticas tribus árabes conservaron con más ó menos éxito su independencia, en ningún tiempo sometida del todo, así como tampoco completamente libre de las exacciones del Sultán, Los continuos motines, las guerras, las invasiones y la traición, constituyen su historia. Solamente hace ocho años que el Sultán actual consiguió por la fuerza de las armas, pero, sobre todo, valiéndose de subterfugios, establecer su autoridad en la mayor parte de la provincia, aunque desde entonces las matanzas y los asesinatos se han repetido con frecuencia y ningún viajero ha salido de allí sin presenciar alguna escena sangrienta.

"En ninguna otra región se ha manifestado tampoco el mahometismo tan agresivo y exclusivista. Dícese que el grito acostumbrado es *¡Muerte al infiel!*, y asegurábase que sería imposible para el cristiano aventurarse en aquel país sin disfraz alguno. Lo mismo se había dicho de la mayor parte del Atlas, y, sin embargo, nosotros la recorrimos sin graves consecuencias con nuestro traje europeo.

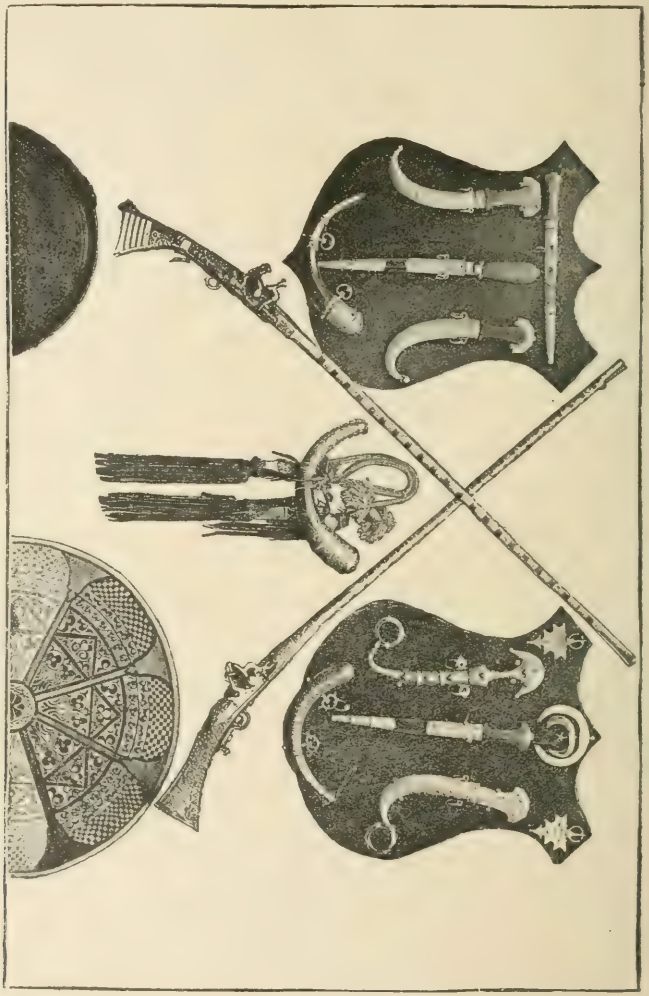
"Resolvimos no despojarnos de él tampoco ahora y hacer frente á las eventualidades. En países como los que recorríamos, la audacia hasta la temeridad es, con frecuencia, la mejor salvaguardia.

"A medida que avanzábamos por el Asif Sig, muy alerta y dispuestos á la acción, fácil fué reconocer que entrábamos en un país perturbado. Los que nos veían desde lejos deteníanse de pronto, y, mientras nos reconocían, preparaban sus armas como hombres acostumbrados á continuas luchas. Algunos tomaban posiciones detrás de las rocas ó árboles, y otros desaparecían del todo.

"Estos últimos eran los que menos nos agradaban, porque no sabíamos si trataban de esconderse para dispararnos algún tiro; mas, por regla general, seguíamos adelante, manifestando así que nuestras intenciones eran pacíficas.

"Nada desagradable ocurrió hasta llegar cerca de la llanura, donde interrogamos á un viajero, quien nos dijo que la poderosa tribu árabe de los Howara acababa de rebelarse abiertamente. Aquella misma ma-

ñana, según se nos dijo, había atacado una caravana acampada en el pueblo de Mskorod, á media milla de donde estábamos, robándole después muchos camellos. Si hacían esto con verdaderos creyentes, ¿qué harían con los kafirs como nosotros? Por un momento pensamos en



Espingardas, dagas y frascos de pólvora

avanzar desde luego hasta Agadir; pero el aspecto de nuestras mulas y el hecho de hallarnos aún á cerca de 40 millas de este punto nos convenció de que esto era imposible. En su consecuencia decidimos buscar protección en la Alcazaba del caid de los Msgina, tribu de shellachs. Esto era saltar de la sartén para caer en el fuego, pues la rebelión de los Howara se dirigía principalmente contra el caid de Msgina; pero no nos quedaba otro remedio.

"En su consecuencia se continuó la marcha, durante la cual vimos partidas de hombres armados que corrían hacia diversos puntos, y que nos tenían continuamente inquietos por temor á un ataque.

"Al fin dimos vista á una Alcazaba de muy pocas pretensiones, y, como no veíamos por allí un alma, comenzamos á creer que todo cuanto se decía del proyectado ataque de los Howara era un cuento; pero, apenas estuvimos cerca de la entrada principal, de repente nos rodearon unos cincuenta hombres armados, de aspecto salvaje, que parecían haber brotado del suelo: tan imprevista é inesperada fué su aparición.

"Sin duda se había preparado aquello para cogernos, y nos consideramos perdidos. Bonich perdió por un momento el habla y sentóse silencioso, hasta que le grité que preguntara por el caid y nos anunciase como portadores de cartas del Sultán.

"Hízolo con tal timidez que despertó mi cólera; pero á los pocos minutos se presentó aquella autoridad con una numerosa escolta, lo cual me indujo á creer que la Alcazaba estaba llena de soldados. Nos pareció de muy mal agüero que el caid fijase en nosotros una mirada furtiva y recelosa, sin dignarse siquiera mirar la carta del Sultán; pero al fin ordenó con brusco tono que nos condujeran al interior, y entramos como hombres que van á un calabozo ó al patíbulo. C. B. y yo pasamos á un patio medio lleno de soldados, y nuestros hombres á otro. Nadie se ofreció á cuidar de nuestros caballos, y no podíamos dejarlos. El calor era sofocante, y la situación no convenía á nuestra dignidad é importancia. Por lo pronto podíamos considerarnos como prisioneros; pero poco después conseguimos salir fuera. Con no poca indignación vi que Bonich y nuestros hombres enseñaban al caid nuestras carabinas. Entonces nos pareció que nuestros temores eran infundados; pues, aunque se nos hubiese recibido bruscamente, se nos daba hospitalidad.

"El padre del caid había sido muerto á tiros seis meses antes por los Howara, y este último recibió también un balazo; mas, no contenta aquella tribu, habíase propuesto exterminarle á la primera ocasión, y entonces reunía fuerzas para atacarle en la Alcazaba. Si se nos admitió fué porque el infeliz caid nos creía oficiales europeos del Sultán y deseaba un mensajero que diese á conocer á su señor los apuros en que se hallaba.

"En vista de estas circunstancias, juzgamos que sería una locura aventurarnos hasta Tarudant, y nos pareció mejor salir cuanto antes de aquella región peligrosa, tanto más cuanto que estábamos muy inquietos en aquel castillo. Durante toda la noche la guarnición estuvo sobre las armas; pero los Howara no atacaron, y como tampoco se les vió á la mañana siguiente, emprendimos la marcha en dirección á Agadir, escoltados por el hijo del caid y algunos individuos.

"Nuestros hombres recobraban su valor á medida que nos acercábamos más al punto deseado, y á eso de mediodía le divisamos al fin á lo

lejos, semejante á una mole de nieve sobre una colina aislada. Al cabo de hora y media estábamos en las amarillentas arenas, muy satisfechos de oir otra vez el rumor de las olas del Atlántico y de aspirar sus frescas brisas. Nuestra escolta no quiso seguir adelante, pues, según nos dijo, el caid no estaba en buena inteligencia con el gobernante de aquella región del imperio marroquí.

"Agadir fué, hasta fines del siglo último, un puerto muy próspero, frecuentado por numerosos buques y mercaderes de todas las naciones: hoy no es más que una especie de fortaleza construída por los portugueses en los tiempos de su dominación. No hay ahora prosperidad ni riqueza en Agadir, que sólo sirve de instrumento para la política del Sultán, como centro para dominar desde allí á todas las tribus salvajes. Todos los que ahora salen del Sus, ó entran, han de recorrer más de 120 millas de un camino pedregoso que se prolonga á lo largo de la costa desde Agadir hasta Mogador.

"Por estos medios el Sultán espera impedir la importación de armas y pólvora, así como el aumento de riqueza; y en esto tenemos uno de los notables ejemplos de la estupidez moruna y de la incapacidad para gobernar. La apertura del puerto haría más para calmar las pasiones de las tribus del Sus que la efusión de sangre y la ruina ocasionada por la media docena de ejércitos que el Sultán puede enviar contra ellos.

"Después de un día de reposo, la marcha prosigue en dirección á Mogador, donde llegamos el 13. Tres jornadas por un país que no es necesario describir nos bastaron para llegar á la casa de la Palma, donde pasamos la noche, y á la mañana siguiente, 17 de setiembre, entramos de nuevo en aquella ciudad.

"Lo primero que hicimos fué despedir á nuestros servidores de Mogador. De buena gana les habríamos mandado encerrar en la cárcel; pero como confesaron sus faltas y queríamos evitar cuestiones, se les pagó su salario, dejándoles libres.

"El 6 de octubre salimos de Mogador en dirección á Fez por Casablanca y Rabat, siendo nuestro propósito establecer en la capital del norte el centro de exploración para las regiones inmediatas; pero, apenas me hube instalado en casa de Arturo Sitto, entregáronme un parte que alteró todos mis planes. La expedición en auxilio de Emín Bajá tenía, para mí, más importancia que la exploración de Marruecos, y no vacilé un instante en mi resolución.

"A la mañana siguiente saldría para Tánger un vapor con cargamento de cereales, y tomé pasaje para este punto antes de embarcarme para Inglaterra. C. B., ó sea Mr. Crichton Browne, aguerrido ya como viajero, continuó por tierra su excursión hacia Mequínez y Fez, y así terminaron nuestros viajes por el Atlas y el sur de Marruecos."

CAPÍTULO XXXII

DE HAD-EL-GARBÍ Á ALCAZARQUIVIR

Hemos visto con Thomson la parte sur de Marruecos, tan poco conocida. Trasladémonos de nuevo á Tánger, y, siguiendo á los muchos europeos que han hecho aquel viaje, dispongámonos á llegarnos hasta Fez y Mequínez, siempre interesantes á pesar de no reinar sobre ellas el profundo misterio que sobre las ciudades del sur.

Preparativos de una caravana

Por lo general las expediciones de Tánger á Fez suelen ser diplomáticas, disputándose las naciones el honor, ó, si se quiere, el provecho, de influir cada una más que ninguna otra en el ánimo de S. M. Jeriffiana. Franceses, italianos, alemanes, norteamericanos, se esmeran en enviar embajadas á Fez, sin que esto sea decir que no las enviemos también nosotros, aunque, á la verdad, más se conoce aquí la llegada de embajadores marroquíes á San Sebastián que no la llegada de embajadores españoles á la corte de los Muleyes.

El viaje suele hacerse á caballo, ó bien en mulas, y, tratándose de

una caravana algo importante, no falta una escolta más ó menos respetable, entre lo cual, el gran número de criados que hay que llevar, la impedimenta, etc., etc., acaba por resultar una larga procesión, muy pintoresca siempre, con sus hileras de camellos, sus grupos de jinetes, el abanderado que precede á la comitiva con la bandera verde del Profeta, etc., etc.

El camino que ha de seguirse es el indicado en la carta que se recibe del Sultán contestando al memorial que ha tenido que *elevársele* para que dé su permiso. Sin embargo, S. M. Jeriffiana no se limita á marcar la ruta, sino que cuida también de proporcionarles tiendas á los señores embajadores ó ministros. El comandante de la escolta responde siempre con su cabeza de la seguridad de los diplomáticos y su gente.

Dicho esto, podemos ya salir por la puerta del Soco de Barra, camino de Fez.

En un principio puede decirse que, bueno ó malo, hay un camino de herradura, que se desarrolla sobre una verde, solitaria y ondulada campiña. Al decirse *camino* entiéndase una porción de senderos llenos de piedras, paralelos entre sí, ó bien entrecruzados, pero tan hundidos que, por poco que llueva, se convierten en cauces de arroyo. La monotonía del paisaje interrúmpese tan sólo con el relieve que forman sobre el suelo, ya alguna palmera melancólicamente requerida á través del espacio por algún *pino del Norte*, ya alguna colosal higuera chumba que, por lo que se sepa, no tiene hasta ahora ningún galán septentrional. Pero, interrumpiendo esta descripción, y dicho sea entre paréntesis, conviene desde un principio acostumbrarse á oir sin alarma las descargas cuyo estruendo rompe de vez en cuando los aires. No se trata de ninguna partida: son marroquíes que saludan á la caravana.

Si se sale de Tánger por la tarde, como suele suceder, hácese alto al cabo de tres horas, pudiendo tenerse la seguridad de que se encontrará formado ya el campamento; espectáculo sorprendente, lleno de rarísimo color local para el que por primera vez tiene que pernoctar bajo una tienda. Claro está que no hay que esperarse encontrar allí mucho lujo; pero, en honor á la verdad, parece imposible que los marroquíes sepan rodear de tantas comodidades, y siempre dentro del más estricto carácter militar, la existencia bajo la tienda.

El campamento suele ser doble: en el uno, dispuesto circularmente, se alojan los embajadores, jefes y empleados superiores y subalternos; en el otro, los criados. Las tiendas de categoría son de forma cilindrocónica, capaces algunas de contener veinte personas. De ordinario son altísimas, de tela gruesa listada de azul, y rematan en una bola de metal. La tienda se prolonga, á veces, formando un largo rectángulo, cuyos dos lados menores están constituídos entonces por un semicilindro-cono.

En cada tienda grande hay cuatro camas de campaña, esteras, alfombras, candeleros, linternas, mesitas, taburetes plegadizos, lavabos,

un grande abanico indiano, y aun puede que haya más. En suma, que se ve al momento la larga práctica que tienen los moros en vivir de aquella manera.

Y, naturalmente, después de haber dormido bajo la tienda, despiértase uno, y no puede menos de sentirse profundamente sorprendido al encontrarse en medio de un paisaje tan distinto de los que suelen serle familiares al civilizado europeo, siquiera sea italiano, francés ó español. Nada más bello que la descripción que hace Amicis de la impresión que le produjo la contemplación del lugar en que habían pernoctado la primera noche de viaje, á las tres consabidas leguas de Tánger. "Las tiendas,—dice, —estaban plantadas en la ladera de una colina toda cubierta de yerba, de higueras chumbas, de aloes y de arbustos floridos. Vecina á la tienda del embajador alzábase una palmera altísima, graciosamente inclinada hacia oriente. Delante de la colina extendíase una gran llanura ondulada y florida, cerrada á lo lejos por una cordillera de montes de color verde oscuro, detrás de los cuales aparecían otros montes azulados, casi esfumados en la languidez del cielo. No se veía en todo aquel espacio ni una casa, ni una tienda, ni un ganado, ni una nube de humo. Era como un inmenso jardín cerrado á toda criatura viviente. Un aire fresco y oloroso hacía susurrar ligeramente las hojas de la palmera, único rumor que llegase hasta mis oídos. De pronto, al volverme, vi diez ojos muy abiertos fijos en los míos. Eran cinco árabes, sentados sobre una peña, á pocos pasos de mí; labradores llegados, durante la noche, quién sabe de dónde, para ver el campamento. Parecían esculpidos en la misma roca en que reposaban. Me miraban sin parpadear, sin dar señal alguna de curiosidad, ni de simpatía, ni de malevolencia, ni de embarazo. Los cinco permanecían inmóviles é impasibles, con los rostros medio ocultos en los capuchones, tal que parecían la personificación de la soledad y del silencio del campo. Metí una mano en el bolsillo: aquellos diez ojos acompañaron el movimiento de la mano. Saqué un cigarro: los diez ojos se fijaron en el cigarro. Me adelanté un poco, retrocedí, me incliné para coger una piedra, y los diez ojos siempre encima. Y no eran los únicos. Poco á poco descubriéronse muchos otros, más lejos, sentados sobre la yerba, de dos en dos, de tres en tres, también encapucha-

Escolta marroquí

dos, inmóviles, con los ojos fijos en mí. Parecían gente que hubiese surgido de repente de bajo tierra, muertos con los ojos abiertos, apariciones, mejor que personas reales, que debiesen desvanecerse á los primeros rayos del sol. Un largo y trémulo grito que venía del campamento de la escolta me distrajo de aquel espectáculo. Un soldado musulmán anunciaba á sus compañeros la hora de oración, la primera de las cinco oraciones canónicas que cada musulmán debe de rezar diariamente. Algunos soldados salieron de las tiendas, extendieron sus albornoces en tierra, se arrodillaron encima vueltos de cara á Oriente, restregáronse tres veces las manos, los brazos, la cabeza y los pies con un puñado de tierra, y en seguida comenzaron á recitar en voz baja sus oraciones, arrodillándose, poniéndose en pie, postrándose con la cara sobre la yerba, alzando las manos abiertas hasta la altura de los oídos, y acurrucándose sobre los talones. Poco después salió de su tienda el comandante de la escolta; después los criados; después los cocineros. En pocos minutos la mayor parte de la población del campo estuvo en pie. El sol, apenas apuntando en el horizonte, quemaba."

Jefe de escolta

Dispónese á emprender de nuevo la marcha la caravana, y, ante el espectáculo que ofrece tanta gente afanándose en la carga de los equipajes y demás, hace Amicis una observación que no puede dejarse pasar inadvertida, sino que, por el contrario, conviene recoger y meditar. "Durante aquella larga operación, en la que trabajaban poco menos de cien personas,—dice,—observé un rasgo singular del carácter de los árabes, y es la pasión furiosa del mando. No había necesidad de ninguna indicación para reconocer en seguida, en medio de aquella turba confusa, al cabo muletero, al cabo de los faquines, al cabo de los criados de las tiendas, al cabo de los soldados de la legación. Cada uno estaba investido de una autoridad, y la hacía sentir y ver, á propósito y á despropósito, con la voz, con la mano, con los ojos, con todas las fuerzas del ánimo y del cuerpo. Y quien no tenía autoridad aprovechaba el menor pretexto para dar una orden á un igual, para hacerse la ilusión de ser algo más que los otros. El más andrajoso de los criados parecía feliz con poder asumir por un momento un gesto imperioso. La más

sencilla operación, como atar una cuerda ó levantar una caja, provocaba un cambio de gritos atronadores, de miradas fulminantes, de gestos de sultán airado. Un morito de Tánger, criado del vicecónsul, sultaneaba contra dos árabes del campo que se permitían mirar de lejos los baúles de su amo."

La observación de Amicis no sólo es exactísima, sino que se presta á hondas reflexiones y puede dar la clave de muchos hechos. Pero no filosofemos y adelante.

Una vez, y á eso de las diez, se deja el campamento de *Ain Dalia* (que así se llama el que hemos descrito, y significa *Fuente de vino*, por haber habido allí antaño algunas viñas), prosíguese la marcha por un terreno ligeramente ondulado, sembrado de cebada y mijo, á través de tortuosos senderos que con su entrecruzamiento determinan cantidad de isletas de espigas matizadas de flores. No se ve ahora alma viviente, como no sea de vez en cuando alguna larga fila de camellos, que murmuran al pasar el acostumbrado *Salamua likum* (La paz sea con vosotros).

Avanzada de la caravana

Siempre camino de Had-el-Garbí, llégase al cabo de una hora al pie de una montañuela de color rojizo y uno de los pasos más difíciles de la ruta, por las muchas probabilidades que hay de caerse de la mula al verificar la ascensión de la abrupta y resbaladiza colina. Una vez arriba, disfrútase de una hermosa vista, contemplándose el Atlántico en lontananza. Bájase ahora á un valle cubierto como con una alfombra de flores, gamones, margaritas, lirios cárdenos, lavandas y palmitos; pero siempre sin señal de casas, ni de tiendas, ni de ser humano. Alto y descansen. Otra hora de camino, y vese ya blanquear á lo lejos el campamento, cerca del pueblo de Had-el-Garbí.

Ya bajo las tiendas la caravana, recíbese indefectiblemente la consabida *muna*, tributo en víveres que aquellos infelices están obligados á prestar á las comitivas oficiales, sean de la clase que fueren, así civiles como militares. Lástima da ver á aquellos infelices moros, cubiertos de andrajos, presentarse á ofrecer los pobres recursos que á costa de

sudores y penalidades habrán podido arrancar á la tierra para su sustento, viendo cómo se arrojan sobre ellos como hienas famélicas los soldados y criados de la caravana, disputándose los víveres, jurando y gesticulando como energúmenos. Signo particular: casi toda aquella gente, soldados y servidores, habla castellano, y habla en castellano á todos los extranjeros.

Como se llega al campamento bastante tiempo antes de ponerse el sol, puede dedicarse, el que á ello sea aficionado, á cazar perdices, y aun, si tiene afición á la zoología, no le costará trabajo dar con tortugas y con enormes sapos, habituales huéspedes de aquel terreno.

Criado de Tánger

CAPÍTULO XXXIII

ALCAZARQUIVIR

Dejando al amanecer el campamento de Had-el-Garbí, síguese durante una hora por unas como dunas, apenas tapizadas con algunos helechos, mezclados con gamones, lavandas y una especie de grandes englantinas. Después, y por espacio de dos horas, crúzase por una región más triste todavía, peñascosa, abarrancada, cubierta de juncos, de palmitos, de lentiscos, de retama, de hinojos y de espinos albares, sucediéndose hasta lo infinito una serie de lindos vallecillos, en cuyas alturas despliegan su ramaje los olivos y su follaje los aloes. Por fin, y al cabo de tres horas, vense algunos árboles cultivados, algunos senderos y algunos ganados que indican la proximidad de algún lugar habitado. Atraviésase un desfiladero encorvado en ángulo recto y se sale á un valle, en el que esperará, sin duda, una escolta igual á la que ha acompañado á la expedición desde Tánger. En efecto: en aquel punto acaba esta provincia y comienza la de Larache *(El-Araich)*.

Labrador

El relevo se solemniza indefectible con una de aquellas funciones de pólvora *(lab-el-barode)* tantas veces citadas en el curso de este libro.

Después de un *alto* más ó menos largo á la sombra de los olivares, llégase á la *cuba* de Sidi-Limiani, venerable morabito que fué modelo de virtudes. Esta cuba, como todas, y las hay por doquier, aun en los lugares más desiertos, es un edículo cuadrado rematado en una media naranja. Por lo general suelen erigirse en las eminencias, cerca de algún arroyo y á la sombra de una palmera, siendo visibles de lejos por su enjabelgamiento y por la bandera blanca que ondea en lo alto. En cada cuba hay un morabito descendiente del santo, y es costumbre que los caminantes no pasen por allí sin orar y dejar algunos ochavos.

Fiesta de la pólvora

Prosiguiendo de nuevo su marcha la caravana, ofrécese un espectáculo siempre igual. "Vastas llanuras onduladas, cubiertas aquí de trigo, allí de cebada; otras de rastrojo amarillento, otras de yerbas y de flores; alguna tienda negruzca, y alguna tumba de santo; de vez en cuando una palmera; de milla en milla, tres ó cuatro jinetes que se reunen á la escolta; una soledad inmensa, un cielo sereno purísimo, un sol deslumbrador" (Amicis).

A su vez Pedro Loti expresa esta impresión, experimentada en el mismo sitio: "En este país sin árboles,—dice,—vese siempre á extremadas distancias. Por otra parte, casi nunca casas ni pueblos, nada que venga á romper esta inmensa monotonía verde ó parda. Entonces los ojos se acostumbran á escrutar las grandes líneas de los

La cuba de Sidi-Limiani

horizontes, á descubrir en ellos, al primer golpe de vista, como en las llanuras del mar, todo lo que ocurre en ellas de anormal, todo lo que es una indicación de movimiento ó de vida, aun á tales grados de alejamiento que en nuestros países no podrían distinguirse. En la ladera de alguna colina desierta, azulada á fuerza de distancia, cuando aparecen unos puntos blancos, dícese uno, si permanecen inmóviles, son piedras: carneros si se mueven. Una reunión de puntos rojos indica un rebaño de bueyes. Y, por fin, un largo rastro parduzco, que adelanta con una lentitud ondulante, con un movimiento incesante y tranquilo de gusano, nos representa en seguida una caravana, cuyos numerosos camellos en fila, balanceando su largo cuello con un cabeceo de sueño, dibujaríamos en seguida."

Al cabo de tres horas de marcha por dicho territorio de Larache, llégase á la llanura llamada *Tlata-Rassana*, donde cada mes se celebra mercado de ganados y de esclavos. Es una planicie de mediana extensión, por la cual serpentea un arroyo, rodeada de montañas enteramente tapizadas de helechos y sembrada de fragantes flores.

Hemos visto que la primera etapa del viaje de Tánger á Fez es de Tánger á Ain Dalia; la segunda, de Ain Dalia á Had-el-Garbí; la tercera, de Had-el-Garbí á Tlata-Rassana; la cuarta etapa es la de este punto á la ciudad de Alcazarquivir.

Al principio camínase un buen trecho entre olivares y céspedes altísimos, después de lo cual se sale á una vasta llanura blanqueada de gamones, por entre los cuales resaltan las rojas corolas de las espadañas ó los cálices de los lirios cárdenos, y así hasta perderse de vista.

Al cabo de dos horas llégase á orillas del Guad-Mkhazem, de abruptas márgenes, y sobre ese río vense las ruinas de un puente, del cual sólo subsisten algunos arcos en la orilla opuesta. El viajero se detiene allí y se siente poseído de una emoción profunda. Trescientos trece años hace que "el día 4 de agosto,—dice Amicis,—sobre aquellos floridos campos tronaban 50 cañones y atorbellinábanse 40,000 caballos bajo el mando de uno de los mayores capitanes del Africa y uno de los más jóvenes, aventureros y desventurados monarcas de Europa. Por las orillas de aquel río huían á la desbandada, revolcábanse en su sangre, pedían merced, precipitábanse en el agua para huir de las implacables cimitarras de los árabes, de los bereberes y de los turcos, la flor de la nobleza portuguesa, cortesanos, obispos, soldados españoles, soldados de Guillermo de Orange, aventureros italianos, alemanes y franceses; y la caballería musulmana pisoteaba 6,000 cadáveres de cristianos. Estábamos en el campo de aquella memorable batalla de Alcazarquivir que consternó á Europa é hizo resonar un grito de alegría de Fez á Constantinopla.

"Aquel río era el Mkhazem. Por aquel punto pasaba, en tiempo de la batalla, el camino de Alcázar. Cerca del puente estaba el campamento

de Muley Moluk, sultán de Marruecos. Muley Moluk venía de Alcázar: el rey de Portugal venía de Arcilla. La batalla se dió á orillas del río, en la llanura que se extendía alrededor. ¡Cuántos recuerdos acudían en tropel! Pero, fuera las ruinas del puente, no había piedra ni señal que recordase tal cosa. ¿Por qué parte había dado sus primeras cargas victoriosas la caballería del duque de Ribeiro? ¿Dónde había combatido Muley Hamed, el hermano del Sultán, el futuro conquistador del Sudán, capitán sospechado de cobardía por la mañana, rey victorioso por la noche? ¿En qué punto del río se había ahogado Mohamed *el Negro*, fratricida destronado, provocador de la guerra? ¿En qué ángulo del campo habia recibido el rey D. Sebastián el arcabucazo y los dos tajos de cimitarra que mataban con él la independencia de Portugal y las últimas esperanzas de Camoens? ¿Dónde estaba la litera del sultán Moluk cuando espiró en medio de sus oficiales, llevándose el dedo á los labios? Mientras nos hallábamos en estos pensamientos, veíase de lejos la escolta, inmóvil en medio de aquella llanura famosa, como un manípulo de caballeros de Muley Hamed resucitados de tierra al rumor de nuestro paso. Y, sin embargo, ni uno solo de aquellos soldados sabía que aquel era el campo de batalla de los tres reyes, gloria de sus padres, y cuando nos pusimos en camino con ellos miraban aún con ojos curiosos, como si buscasen en la yerba ó en aquellas flores algo extraño que explicase nuestra detención."

Santón maldiciendo á los cristianos

No sin grandísimos trabajos crúzase el Mkhazem, aquel de quien dijo el poeta:

> Y el santo de Israel abrió su mano
> y los dejó, y cayó al despeñadero
> el carro y el caballo y caballero.

Nada más fácil, en efecto, que caerse en aquel río que discurre encajonado entre altas y peñascosas márgenes. Gran suerte es poderlo cruzar en almadías; pero no siempre hay un alma generosa que se haya tomado la molestia de procurarlas. Después de tan ardua travesía, crúzase el Uarrur, que, como el anterior, es un afluente del Kus ó *Lukkus* (el *Leucus* de los romanos), que desemboca en el Atlántico cerca de

Larache. Al cabo de cuatro horas de marcha por una serie de áridas colinas, sin haber visto más que algún rebaño de carneros, guardado por un pastor envuelto en un albornoz de lana gris y cubierto con puntiagudo capuchón, llégase á un terreno fertilísimo, todo él sembrado de trigo ó de cebada, y allá en una altura aparece la ciudad, erizada de almenares, torres y palmeras, rojiza, rodeada de derrotadísimas murallas y circuída por el más hermoso verjel de naranjales que puede imaginar la fantasía.

Puede tenerse por seguro que al anuncio de que se acerca una caravana oficial todo el pueblo sale fuera de las puertas para presenciar tan peregrino espectáculo, y no sin que entre la turba se mezcle más de un fanático que no para de echar maldiciones contra los perros infieles que se atreven á hollar la tierra del Islam. El campamento suele emplazarse en una ladera de la colina, á 200 metros de la ciudad, pudiendo distinguirse perfectamente las lindísimas ojivas de las puertas, orladas de arabescos.

Una carga

Nadie se priva del placer de llegarse hasta Alcazarquirir para saludar al caid y ver la población; pero bien entendido que nadie *va solo,* sino con los demás, y acompañados de la escolta, pues es peligroso apartarse siquiera sea doscientos pasos del campamento, como así lo tiene expresamente recomendado, por otra parte, el Sultán.

Véase la descripción que hace Amicis de Alcazarquivir:

"Apenas hubo cedido un tanto el calor, nos dirigimos todos juntos hacia la ciudad, á pie, precedidos, flanqueados y seguidos de gente armada.

"Vimos de lejos, al pasar, un singular edificio, situado entre el campamento y la ciudad, todo arcos y cupulitas, dentro del cual hay un patio cerrado con aspecto de cementerio. Dicen que es una de aquellas *zawias*, al presente decaídas, que, cuando florecía la civilización morisca, contenían una biblioteca, una escuela de letras y ciencias, un hospital para los pobres, un albergue para los viajeros, además de la mezquita y la capilla sepulcral, perteneciendo, como pertenecen aún, en su mayor parte, á las órdenes religiosas. Nos acercamos á la puerta de la ciudad. Alcazarquivir está rodeada de viejas murallas almenadas. Cerca de la puer-

ta por donde entramos levántanse algunas tumbas de santos, superadas por cúpulas verdes. Al entrar oímos un estrépito en lo alto, y miramos arriba: son unas grandes cigüeñas, derechas sobre el techo de las casas, que baten el pico ruidosamente, como para advertir á los habitantes de nuestra llegada. Enfilamos una calle: algunas mujeres se refugian en su casa, los muchachos huyen. Las casas son pequeñas, sin revocar, sin ventanas, separadas por callejuelas oscuras é inmundas. Las calles parecen torrenteras. En algunos rincones hay esqueletos enteros de perros y de asnos. Caminamos sobre el fango, en medio de guijarros y de profundos baches, saltando y tropezando. Los habitantes comienzan á reunirse en tropel á nuestro paso, mirándonos con grande estupor. Los soldados se abren paso á puñetazos y culatadas con un celo que el embajador tiene que suavizar. Precédenos y síguenos multitud de gente. Cuando uno de nosotros se vuelve atrás bruscamente, todos se detienen, alguno escapa, otros se esconden. De vez en nacudo una mujer nos da con la puerta en las narices y un niño lanza un grito de espanto. Las mujeres parecen líos de ropa sucia. Los más de los chiquillos van desnudos. Los muchachos de diez á doce años no llevan más que una camisa, ceñida con una cuerda alrededor del talle. Poco á poco la gente que nos acompaña se va atreviendo. Miran con particular curiosidad las botas de montar y los calzones. Algunos muchachos se arriesgan á tocarnos los faldones del traje. Pero la expresión general no es benévola. Una mujer, al huir, lanza algunas palabras al embajador. El intérprete traduce: —¡Dios confunda á tu raza! —Un jovencillo grita: —¡Concédanos Dios una buena victoria sobre esos! —Llegamos á una plazuela empinada y peñascosa, por donde apenas se puede andar. Pasamos por delante de una caterva de horribles viejas casi completamente desnudas, sentadas en tierra, con algunos haces de leña y algún pan delante, que esperan compradores. Nos internamos por otra calle. Cada cien pasos hay una gran puerta arqueada que se cierra por

Caid marroquí

la noche. Las casas son por doquier desnudas, agrietadas, lúgubres. Entramos en un bazar cubierto con un techo de caña y ramas de árbol que se caen por todas partes. Las tiendas parecen nichos; los tenderos, figuras de cera; la parada, ropucha de chicos puesta de muestra por burla. En cada rincón se ve gente acurrucada, soñolienta, atónita, triste; chiquillos tiñosos, viejas que ya no tienen forma humana. Parece que se halle uno en los corredores de un hospital. El aire está impregnado de olores aromáticos. No se oye una voz. La multitud nos acompaña silenciosamente como una turba de espectros. Salimos del bazar. Encontramos moros á caballo, camellos cargados, una arpía que amenaza con el puño al embajador, un viejo santón que se está riendo. Al llegar á cierto punto comienzan á rodearnos ciertos hombres vestidos de negro, cabelludos, con la cabeza cubierta con un pañuelo azul, los cuales nos saludan humildemente y nos miran sonriendo. Uno de ellos, anciano ceremonioso, se presenta al embajador y le invita á visitar el Mellah, el barrio de los hebreos, llamado por los árabes con aquel nombre ultrajante, que significa tierra salada ó maldecida. El embajador acepta la invitación. Pasamos por debajo un arco, nos internamos por un laberinto de callejones más miserables, más ruinosos, más fétidos que los de la ciudad árabe, en medio de casas que parecen madrigueras, á través de plazuelas que parecen estercoleros, desde donde se ven patios que parecen albañales; y por todas partes de esta inmundicia asómanse mujeres y niñas bellísimas que sonríen y murmuran: —*¡Buenos días! ¡Buenos días!* (sic). En algunos puntos nos vemos obligados á taparnos las narices y á andar de puntillas. El embajador está indignado.—¿Cómo podéis vivir en semejante suciedad?—le dice al viejo hebreo.—Es la costumbre del país,—responde aquél.—¡La costumbre del país! ¡Qué vergüenza! ¿Y demandáis la protección de las legaciones, habláis de civilización, llamáis salvajes á los moros! Vivís peor que ellos ¿y tenéis el descaro de alabaros de tal cosa?—El hebreo baja la cabeza sonriendo, como si dijese:—¡Qué ideas tan extrañas!—Salimos del Mellah. La muchedumbre vuelve á rodearnos. El vicecónsul acaricia á un chiquillo. Muchos dan señales de asombro. Álzase un murmullo favorable. Los soldados se ven obligados á dispersar la chiquillería que acude de todas partes. Tomamos á paso más que regular por una calle desierta. La gente se va quedando atrás poco á poco. Salimos fuera de las murallas á un

Despejo de un bazar en Alcazarquivir

camino bordeado de higueras chumbas enormes y de palmeras altísimas, y respiramos á todas nuestras anchas. ¡Estamos solos!"

Alcazarquivir *(Alcazar-el-Kevir)* significa *palacio grande*. Fué fundada el siglo XII por aquel insigne Abu-Yussuf-Yacub-el-Mansur que venció en Alarcos á nuestro Alfonso VIII y construyó la famosísima Giralda. Hoy contará, á lo más, unos 5,000 habitantes, sosteniéndose por ser punto de parada para las caravanas que van del N. al S. del Imperio; pero en otro tiempo fué importantísima plaza de guerra, como lo demuestran aún los muchos restos de fortificaciones sepultadas bajo los sembrados, los cañaverales y los cactus de los alrededores. Por muchos siglos fué Alcazarquivir el centro de donde partían las expediciones almohades y merinitas contra nuestro país. Después de la toma de Granada la ciudad fué conquistada y perdida muchas veces, cayendo por fin en poder de los portugueses, que la conservaron y engrandecieron, hasta que después de la *batalla de los tres reyes* quedó definitivamente en poder del emperador de Marruecos. Igual que las demás ciudades moghrebinas, se va cayendo y desmoronando, sin que á nadie se le ocurra detener tanta ruina.

La doble dominación portuguesa y moghrebina se echa de ver perfectamente. Alcazarquivir, como ya dijimos, no es blanca ó rojiza como las demás ciudades de Marruecos, sino agrisada, pardusca. La mayor parte de las casas, en vez de azoteas, están cubiertas de tejados en declive, como construídas por los portugueses; pero abundan también las mezquitas y otros edificios árabes, y sobre todo las puertas del recinto, de inimitable delicadeza. En cuanto al primitivo *palacio grande* de Yacub, no queda de él ningún vestigio.

CAPÍTULO XXXIV

Á ORILLAS DEL SEBÚ

Sálese al amanecer del campamento de la *zawia*, atraviésase de nuevo por Alcazarquivir y sálese por la puerta del S., debiendo cruzarse á corta distancia el Guad-el-Kus en una barca. La vista de aquel paisaje determinó en Pedro Loti una de sus más hermosas é intraducibles visiones impresionistas. "¡Oh qué maravillosos jardines!—exclama.—Bosques de naranjos que embalsaman, palmeras y grandes cactus arborescentes de follaje azul, y geranios rojos, y granados, higueras, olivos; todo de un verde admirablemente primaveral, de un verde todo nuevo, de abril. Y, en el lujo exuberante de esta vegetación, las plantas de Europa se mezclan con las de África: entre los aloes hay altas borrajas azules floridas con profusión; crecen en inextricable espesura acantos de follaje jaspeado de blanco, que se elevan á 8 ó 10 pies; cicutas é hinojos rebasan la cabeza de nuestros caballos, y las viejas paredes, las empalizadas, están tapizadas de alboholes y vincaperincas.

Criado moro

"Por encima de los árboles distínguense aún, al volverse, las altas torres grises de las mezquitas que se alejan. En aquella especie de flo-

resta encantada, su cabeza, que se yergue como para mirarnos, basta á hacer cerner la impresión siempre sombría del Islam. Y los senderos que seguimos son cloacas inmundas, de las cuales nada puede dar idea en nuestro país. Hasta por encima de la rodilla los caballos se hunden en una especie de papilla grasa. Á veces tropiezan en un cráneo de buey, en un esqueleto de perro, en una tibia, y á cada paso, *floc*, *floc*, rebotan las salpicaduras negras.

"Oropéndolas, pinzones, cantan á voz en cuello en las ramas; las cigüeñas vienen á posarse sobre una pata en la cima de los árboles para vernos pasar; y de trecho en trecho, dando acceso á los cercados umbrosos, ábrense viejas puertecillas ojivales rodeadas de ornamentaciones en festones, en estalactitas, exquisitas aún en su caducidad postrera bajo su sábana de cal blanca, con sus coronas de rosales trepadores ó de geranios rojos. Y los naranjos, dominándolo todo con sus enormes copos floridos, impregnan absolutamente el aire con su suave olor."

Labrador

Llégase á orillas de El-Kus, y crúzanlo en barca los europeos racionales y á nado los africanos de todo orden: hombres, caballos, camellos, mulos. Como no hay camino, tómase á través de los sembrados. El perjuicio no resulta nunca muy considerable. El paisaje por donde atraviesa la caravana da ocasión á otra *impresión* de Pedro Loti, no menos brillante é... intraducible que la anterior: "Á mediodía,—dice,—de nuevo en las regiones solitarias y salvajes, plantamos la tienda del desayuno en un lugar exquisito, absolutamente embalsamado. Hállase en lo bajo de un fresco valle sin nombre, donde por todas partes brotan manantiales entre las piedras musgosas, donde corren claros arroyuelos entre los miosotis, los berros y las anémonas de agua. El cielo, ahora todo azul, es de una limpidez infinita: tiénese la impresión de los mediodías espléndidos del mes de junio en la época de los henos altos. Siempre sin árboles: nada más que alfombras de flores. Por lejos que se extienda la vista, incomparables abigarramientos en la llanura. Pero se ha abusado de tal manera de la expresión "alfombras de flores" para praderas ordinarias, que ha perdido la fuerza que sería menester para expresar esto: zonas absolutamente rosadas de grandes malvas anchas; jaspeados blancos como la nieve, que son montones de margaritas; rayas magníficamente amarillas, que son regueros de

botones de oro. Nunca, en ningún parterre, en ninguna cestilla artificial de jardín inglés, he visto tal lujo de flores, tal agrupamiento apretado de las mismas especies, dando un conjunto de colores tan vivos. Los árabes han debido inspirarse en sus praderas desiertas para componer esas alfombras de alta lana, diapreadas de matices frescos y chocantes, que se fabrican en R'bat y en Mogador. Y en las colinas, en que la tierra es más seca, es otro género de tocado. Allí hay la región de las lavandas; de las lavandas, tan apretadas, tan uniformemente floridas, con exclusión de toda otra planta, que el suelo es absolutamente violeta, de un violeta ceniciento, de un violeta gris. Diríase que esas colinas están recubiertas con esas peluches nuevas de tintas dulcemente atenuadas, y es eso un contraste singular con el brillo tan franco de las praderas. Cuando se pisan estas lavandas despréndese un olor sano y fuerte de los tallos magullados, que impregna los vestidos, impregna el aire. Y millares de mariposas, de escarabajos, de moscas, de pequeños seres alados cualesquiera, circulan, zumban, se embriagan de fragancia y de luz. En nuestros países más pálidos ó en los países tropicales constantemente enervados por el calor, nada puede igualarse al resplandecimiento de primavera tal."

El caid Ben Auda

Reanudada la marcha por la tarde, vuélvese á caminar por un terreno convertido en una blanca alfombra de gamones, y á las dos sálese del territorio de Larache para entrar en el de los Seffian. Amicis y Pedro Loti encontraron al mismo gobernador, Ben Auda, que significa *hijo de la yegua*. Esta provincia de los Seffian se llama también de Ben Auda. Cambio de escolta. Los soldados de ahora son más negros, los trajes más abigarrados, los caballos de mejor estampa, las *fantasías* más bárbaras. La cosa va tomando un color marroquí castizo. Todos los viajeros están contestes en alabar la soberbia elegancia de los jinetes de Ben Auda. En cuanto al paisaje, corre parejas con aquellos hermosos centauros. Todo es flores silvestres, tupida yerba, un desierto inmenso.

A puesta de sol se llega al campamento, cerca del *blockhaus* blanco,

rodeado de naranjos, donde recibe el gobernador, cuyo padre, entre paréntesis, murió en la batalla de Wad-Ras. Instalada la caravana en el campamento, llega la consiguiente *muna*, espléndida siempre y siempre igual. Thomson describió ya la cosa y sería inútil insistir. Trátase de aquellas grandes fuentes de alcuzcuz y demás, cubiertas por colosales cucuruchos de espartería; de carneros, pollos, panes de azúcar y otros *comestibles* de que ya tiene el lector noticia cumplidísima.

Un plato de alcuzcuz

La noche se pasa, al parecer, con poca tranquilidad en aquel campamento de Ben Auda, pues cuando no es un camello que cocea y se encabrita es un santón que anda por allí alborotando con maldiciones á los cristianos.

Sigue la marcha al amanecer del día siguiente, y al cabo de dos horas se llega á un riachuelo que sirve de línea divisoria entre la provincia de los Seffian y la de los Beni-Malek. La alfombra, durante esta etapa, ha

Un *lab-el-barode* (juego de pólvora)

sido de enredaderas entretejidas con anémonas rojas, á cuyo espléndido suelo sigue luego una llanura arenosa de aspecto sahariano.

Cambio de escolta, *lab-el-barode*, saludos al gobernador, etc. Los jinetes, superiores á los de Ben Auda. El país, al parecer, muy pacífico y

próspero, pues en lugar de los desiertos de antes vense muchos aduares y numerosos caminantes. "Atravesamos, —dice Amicis,— un pueblo formado por dos filas de tiendas de pelo de camello, rodeadas de cañas y faginas. Cada tienda está flanqueada por un huertecillo ceñido por un vallado de higueras chumbas. Más allá de las tiendas pacían vacas y caballos. Delante, en nuestro camino, había algunos grupos de niños semidesnudos que habían acudido para vernos. Las mujeres y los hombres, cubiertos de andrajos, miraban desde detrás de la cerca. Ninguno nos enseñó los puños ni nos maldijo. Apenas estuvimos fuera del pueblo salieron todos de sus chozas, y vimos entonces una turba de algunos centenares de mendigos negros, sucios, atónitos, que daban la imagen de la población resucitada de un cementerio."

Aduar en el camino de Karia-el-Abbasi

Una curiosa

La configuración del país es una sucesión de profundos valles paralelos, formados por grandes ondulaciones del terreno y floridos como jardines. Llégase á Karia-el-Abbasi, pueblo de casuchas de toba, en medio de las cuales se levanta la casa del gobernador, de mampostería, rodeada de unas verdaderas murallas de ladrillo, archiviejas. Hospedado en esta casa, tuvo Amicis la fortuna de poder atisbar por un momento á la propia hija de Bu-Bekr-ben-el-Abbasi, gobernador de la provincia.

El eminente escritor italiano hace una risueña pintura del campamento de Karia-el-Abbasi. "Por una parte,—dice,—una larga fila de árabes sentados en tierra asisten

á las cargas de los jinetes de la escolta. Por la parte opuesta otros árabes juegan á pelota. Algo más lejos, un grupo de mujeres embozadas en sus jaiques burdos nos observan con estupor, gesticulando entre sí, y bandadas de chiquillos corretean por doquier. El pueblo de los Ben-el-Abbasi parecía verdaderamente menos salvaje que sus vecinos del Garb." El grande inconveniente fué que no se podía parar allí, por la esplendidísima riqueza entomológica del lugar. Por la noche fué aquello una segunda edición de las plagas de Egipto. "Ya en las horas calurosas del día,—dice Amicis,—había pronosticado yo mal del zumbido extraordinario que se advertía entre la yerba. Las hormigas formaban larguísimas estrías negras, los escarabajos eran á montones, las langostas como si fuesen moscas, y con estos gran número de otros insectos jamás vistos en otro campamento, que me inspiraban poquísima confianza. Era, entre otro, la *Cicindela campestris*, losa viviente que cierra con su gruesa cabeza la abertura de su madriguera, y sepulta, bajándose, los insectos incautos que se posan encima; el *Pheropsophus africanus*, que lanza por el ano, contra el enemigo que le persigue, un vaho de vapores corrosivos; la *Meroe majalis*, que arrastra con trabajo, como una hidrópica, el enorme abdomen lleno de yerba y de huevos; el *Carabus rugosus*, la *Pimelia scabrosa*, la *Cetonia opaca*, el *Cossiphus Hoffmanseghi*, puñal animado del cual Víctor Hugo hubiese hecho una descripción fantástica capaz de dar escalofríos. Con eso, gran número de lagartos, de arañas, de ciempiés largos de un palmo, de grillos gordos como el pulgar, de chinches verdes anchas como un sueldo, que iban y venían como si se pusiesen de acuerdo para alguna empresa guerrera.

Ciempiés

"Como si esto no bastase, apenas sentado á la mesa, al punto que extendía la mano para ponerme de beber, había visto hacer abrevadero de mi vaso á una desvergonzada langosta, que, en vez de volar aprisa á un gesto mío amenazador, se puso á mirarme con un aire de impertinencia inaudita.

"Y, en fin, para colmo de espanto, mientras se alzaban los manteles, había comparecido el criado Hamed, con la cara de quien ha corrido un gran peligro, y me había puesto ante los ojos, enfilada en un mondadientes, nada menos que una tarántula, una *lycosa tarentola*, la araña

terrible que *cuando pica á un hombre* (1), decía él, ¡Alah nos guarde! el desgraciado comienza á reir, á llorar, á cantar y á bailar, y no hay más que una buena música, pero buena, la música de la banda del Sultán, que lo puede curar." La noche fué verdaderamente espantosa para la caravana, dándose una batalla en regla contra los insectos. Al rayar el alba el suelo de las tiendas era la imagen viviente de la desolación: tan sembrado estaba de patas, alas, cabezas, élitros, coseletes, etc. etc.

Déjase el campamento de Karia-el-Abbasi, y apenas se baja de la cumbre en que estuviera emplazado despliégase ante los ojos el horizonte sin términos de la llanura del Sebú. "Este río,—dice Amicis,—uno de los mayores del Moghreb, baja de la ladera occidental de la cadena de montañas que corre desde el Alto Atlas hacia el estrecho de Gibraltar y, después de un curso de 240 kilómetros, engrosado con muchos afluentes, va á desembocar, describiendo un grande arco, en el Océano Atlántico, cerca de Mehedia, donde el amontonamiento de las arenas, común en las desembocaduras de casi todos los ríos marroquíes de aquella vertiente, impide la entrada á los buques y produce grandes inundaciones en tiempo de las crecidas. La cuenca de este río, que abraza en su abertura todo el espacio comprendido entre las dos ciudades de Larache y de Salé y toca por su extremo superior con la alta cuenca del Muluya (el gran río que forma el confín oriental de Marruecos), abre á los europeos, por el litoral y por Teza, el camino de la ciudad de Fez. Comprende, además de Fez, la gran ciudad de Mequínez, tercera capital. Encierra en sí, si puede decirse, toda la vida política del imperio y es el asiento principal de la riqueza y de la fuerza de los jerifes. El Sebú, particularidad digna de notarse, forma, por la parte del norte, el confín que los sultanes no pasan nunca, excepto en caso de guerra, puesto que quedan á mediodía del río las tres ciudades de Fez, Marruecos y Mequínez, en las cuales moran alternativamente, y la doble ciudad de Salé-Rabat, por donde pasan para trasladarse de Fez á Marruecos. Y dan este rodeo para no tener que salvar la cadena de montes que cierra á mediodía la cuenca del Sebú, cuya vertiente está habitada por la tribu de los Zair, de raza bereber mixta, que tienen fama de ser, con los Beni Mitir,

Tarántula

(1) Lo subrayado está en español en el original italiano. Hamed hablaba en castellano.

los más turbulentos y más indómitos habitantes de aquellos montes."

El Sebú, según Amicis, se parece al Tíber en la campiña romana: tiene en aquel punto unos 100 metros de anchura, color de cieno, grande, rápido, encajado entre dos altísimas márgenes casi verticales, áridas, á cuyos pies se extienden dos zonas de terreno fangoso. Según Pedro Loti, cuyas descripciones coinciden siempre con las del escritor italiano, lo cual demuestra cuán sinceramente han descrito ambos sus impresiones, el Sebú "es un río ancho como el Sena en Ruán, que rueda

Paso del Sebú

sus aguas fangosas en un cauce muy profundo, entre márgenes de tierra gris," serpenteando en aquella llanura infinita como el mar. Crúzase el Sebú en unas barcas viejas, derrotadísimas. "Al punto que se ha franqueado el río,—dice Pedro Loti,— siéntese la impresión de haberse separado más del mundo contemporáneo, de haberse hundido más adentro en el sombrío Moghreb."

El paso del Sebú, siempre peligroso y fastidiosísimo, dura, por lo regular, un par de horas, pues no hay más que dos barcas para trasladarse de una orilla á otra. Una vez en la orilla meridional, es invencible la aprensión que se experimenta al pensar que hay que pasar por en medio de la tribu de los Beni-Hassen, como si dijéramos por en medio de Sierra Morena, cuando había en Sierra Morena más bandidos que al presente.

CAPITULO XXXV

LOS BENI-HASSEN

Dejaremos la palabra á Amicis. Estamos á la otra parte del Sebú.

"Por más de una hora,—dice,—caminamos por en medio de campos de cebada altísimos, por entre los cuales sobresalía aquí y allá una tienda negra, una cabeza de camello, una nubecilla de humo. Por los senderos por donde pasábamos corrían escorpiones, culebras y lagartos. El sol, en aquel poco tiempo, había calentado las sillas de tal modo que casi no se podía poner la mano encima. La luz nos ofendía los ojos, el polvo nos sofocaba, todos callaban. La llanura que se extendía delante como un océano me daba no sé qué sobresalto, como si la caravana debiese caminar eternamente. Pero la curiosidad de ver de cerca á aquellos fieros Beni-Hassen, de quien había oído hablar tanto, me reanimaba.—¿Qué gente son?—pregunté á un intérprete.—Ladrones y asesinos,—me respondió.—Caras del otro mundo, la peor gente de Marruecos.—Y yo escudriñaba ansiosamente el horizonte.

"Las caras del otro mundo no se hicieron esperar mucho tiempo.

"Vimos lejos, delante de nosotros, una gran nube de polvo, y pocos momentos después nos vimos rodeados por una turba de trescientos salvajes á caballo, verdes, amarillos, escarlatas, blancos, violetas, cenicientos, desgreñados, jadeantes, que parecían llegasen de una refriega. En medio de la espesa polvareda que se levantaba vimos á su gobernador, un gigante con luengos cabellos y una gran barba negra, seguido de dos vicegobernadores canos, armados los tres de fusiles, acercarse al embajador, estrecharle la mano y desaparecer. Poco después comenzaron las fantasías, los aullidos y las salvas. Parecían frenéticos. Disparaban entre las patas de nuestras mulas, sobre nuestras cabezas, rasando nuestras espaldas. Vistos de lejos debían parecer una banda de asesinos que nos asaltasen. Había allí dos viejos formidables

con largas barbas blancas, nada más que los huesos y el pellejo, pero que parecían hechos para resistir á los siglos. Había dos jóvenes con larguísimas melenas de cabellos negros que ondeaban al viento como crines. Muchos iban con el pecho, las piernas y los brazos desnudos; turbantes hechos jirones y unos andrajos rojos arrollados en torno de la cabeza; jaiques desguiñapados, sillas deshechas, bridas de cuerda, alfanjes y puñales de forma extraña. ¡Y qué caras!—Es absurdo,—decía el comandante parodiando á D. Abundio,—es absurdo suponer que esa gente pueda hacer el sacrificio de no matarnos.—Cada una de aquellas caras contaba una historia de sangre. Nos miraban pasar con el rabo del ojo, como para ocultar la expresión de su mirada. Nos iban ciento á la zaga, ciento á la derecha, ciento á la izquierda, esparcidos por los campos á gran distancia. Aquella guardia que nos daban era nueva para nosotros; pero no tardó en quedar justificada. Cuanto más adelantábamos más espesas se iban haciendo las tiendas en el campo, hasta que pasamos por en medio de un verdadero pueblo circuído de higueras chumbas y de aloes. De todas aquellas tiendas salían árabes, vestidos con una simple camisa, en grupos, á pie, á caballo, á la grupa, en asnos; dos, á veces tres, sobre una sola cabalgadura; las mujeres con los niños á la espalda, los viejos sostenidos por los muchachos; todos afanosos, ávidos por vernos, y quizás no solamente por vernos. Poco á poco nos rodeó todo el pueblo. Entonces los soldados de la escolta comenzaron á despejar. Lanzáronse al galope aquí y allá contra los grupos más numerosos, aullando, corriendo, derribando cabalgaduras y jinetes, ganándose por doquier improperios y maldiciones. Pero los grupos dispersos volvían á reunirse y continuaban acompañándonos corriendo. A través del humo y la polvareda, interrumpido por los fogonazos de las salvas, veíamos por aquellos vastísimos campos, en lontananza, tiendas, caballos, camellos, sembrados, grupos de aloes, columnas de humo, muchedumbres de gente vuelta hacia nosotros, inmóviles, en actitud de estupor. ¡Habíamos

Tipo de Beni-Hassen

llegado finalmente á una tierra habitada! ¡Existía, pues, no era una fábula, aquella bendita población de Marruecos! Al cabo de una hora de paso acelerado nos encontramos de nuevo en un campo solitario, no acompañados sino de la escolta."

A una milla más allá alzábase ya el campamento, á orillas del Sebú, que describe un grande arco desde el punto por donde lo cruzan las caravanas hasta aquel en que suelen hacer alto. El campamento estaba rodeado por una cadena de centinelas. El país es siempre peligroso. "Los Beni-Hassen, — dice Amicis, — son el pueblo más turbulento, más audaz, más largo de manos, de todo el valle del Sebú. Su última prueba fué una revuelta sangrienta que estalló en 1873, cuando subió al trono el sultán reinante, la cual comenzó con el saqueo de la casa del gobernador, á quien robaron hasta las mujeres. El latrocinio es su oficio principal. Se reunen en cuadrillas, á caballo, armados, y hacen correrías allende el Sebú y otras tierras vecinas, robando cuanto pueden llevarse ó arrastrar, y matando, por precaución, á cuantos encuentran. Son disciplinados, tienen cabecillas, estatutos, derechos reconocidos, hasta cierto punto, por el Gobierno, que se sirve de ellos á veces para recobrar lo que le ha sido robado. Roban por vía de contribuciones forzosas.

Otro tipo de Beni Hassen

"La gente robada, en vez de perder tiempo en investigaciones y recursos, recobra su haber pagando una suma convenida al capitán de los ladrones. Especialmente, tratándose de niños, es cosa convenida que deben robarlo todo. Si pillan un confite en la espalda ó sacan un chirlo en la cabeza de una pedrada, peor para ellos: ya se sabe que nadie quiere dejarse robar, y, luego, que no hay rosa sin espinas. Los padres lo dicen ingenuamente: un chico de ocho años produce poco; uno de doce, algo más; uno de diez y seis, mucho. Todo ladrón tiene su género propio: hay el ladrón de trigo, el ladrón de ganado vacuno, el la-

drón de caballos, el ladrón de mercados, el ladrón de aduar, el ladrón de caminos. Hay también ladrones que cobran un impuesto fijo de todas las mujeres que hacen comercio de su persona, nada raras entre aquellas tribus vagabundas. Por los caminos asaltan en particular á los hebreos, á los cuales está prohibido el porte de armas. Pero el latrocinio más común es el que se perpetra con daño del aduar. En esto son artistas insuperables, no sólo entre los Beni-Hassen, sino en todo Marruecos. Van á robar á caballo, y el grande arte consiste más en la rapidez que en la destreza, más en no dejarse alcanzar que en no dejarse ver. Pasan, agarran y desaparecen, sin dar tiempo á la gente á que pueda

Un aduar de los Beni-Hassen

reconocerles. Son hurtos al vuelo, fulmíneos, juegos de prestidigitación ecuestre. Roban también á pie, y en esto son maestros. Introdúcense en el aduar desnudos, porque los perros no ladran á los hombres desnudos; enjabonados de pies á cabeza, para deslizarse de las manos que les agarren; con un haz de ramas entre los brazos, para que los caballos, tomándoles por árboles, no se asusten. Los caballos son la presa más codiciada. Se cogen por el cuello, extiéndense las piernas bajo el vientre y parten como saetas. Su audacia es increible. No hay campamento de caravana, aunque sea de un bajá ó de un embajador, donde no penetren, á pesar de la más exquisita vigilancia. Arrástranse, deslízanse, agáchanse contra el suelo, cubiertos de yerba, de paja, de hojas, vestidos con pieles de carnero, con apariencias de gañán, de enfermo, de loco, de santo, de soldado. Arriesgan la vida por un pollo, hacen 10 millas por un escudo. Han conseguido á veces robar talegas de dinero debajo de la almohada á embajadores que dormían. Y precisamente aquella noche, á pesar de la cadena de centinelas, robaron un carnero atado á la

cabecera de la cama del cocinero, el cual, habiéndolo advertido por la mañana, estúvose como media hora delante de la tienda, con los brazos cruzados y la mirada fija en el horizonte, exclamando de vez en cuando: —*¡Ah, madona santa! ¡Che pais! ¡Che pais! ¡Che pais!*

"He nombrado el *aduar*. No se puede hablar de Marruecos sin describirlo, y puedo hacerlo ampliamente con lo que vi y con lo que supe por el Sr. Morteo, que vive aquí hace veinte años.

"El aduar esta formado ordinariamente por diez, quince ó veinte familias, que por lo común están ligadas entre sí por vínculo de parentesco. Las tiendas están dispuestas en dos órdenes paralelos, distantes unos treinta pasos una de otra, de manera que forman en medio una especie de plazuela rectangular abierta por sus dos extremos. Estas tiendas son casi todas iguales. Consisten en un gran trozo de tela negra ó color de chocolate, tejida con fibras de palmitos ó con pelo de cabra y de camello, sostenida por dos palos ó dos gordas cañas unidas entre sí por una traviesa de madera que sostiene el techo. Su forma es aun la misma de las habitaciones de los númidas de Ingusta que Salustio comparaba con una nave tumbada con la carena en alto. En invierno y en otoño la tela está estirada hasta tierra y fijada por medio de cuerdas, por manera que no entre ni viento ni agua. En verano dejan alrededor una ancha abertura para la circulación del aire, protegida por un pequeño vallado de juncos, de cañas ó de espinos secos. Por este medio las tiendas son más frescas y están mejor cerradas en la estación lluviosa que las mismas casas moriscas de la ciudad, que no tienen puertas ni cristales. La altura máxima de una tienda es de 2 ½ metros. La mayor longitud, de 10. Las que pasan de esta medida pertenecen á algún jeque opulento y son raras. Un tabique de cañas divide la casita en dos partes: hacia aquí duermen el padre y la madre, y más allá los hijos y el resto de la familia. Una ó dos esteras de mimbres y un cofre de madera pintarrojeado y lleno de arabescos, en el cual se guarda la ropa; un espejito redondo de Trieste ó de Venecia; un alto trípode de caña, que cubren con un jaique para lavarse debajo; dos piedras para moler el grano, el telar de la forma de aquellos del tiempo de Abraham,

Una escuela

un tosco candil de hojadelata, algunos cacharros, algunas pieles de cabra, algún plato, una rueca, una silla, una espingarda, un puñal, son todos los trastos de una de estas casas. En un ángulo hay una clueca y una nidada de polluelos; á un lado de la tienda, un huertecillo; más allá, algunos silos, revestidos de piedra ó de cimento, donde conservan el grano. En casi todos los grandes aduares hay una tienda apartada donde está el maestro, al cual el aduar da un duro al mes, además de muchas provisiones de víveres. Todos los chicos van allí á repetir cien mil veces los mismos versículos del Corán, y escribirlos, cuando los saben de memoria, sobre una tabla de madera. La mayor parte, obligados á dejar la escuela antes de saber leer para ir á trabajar con sus padres, olvidan en breve tiempo lo poco que han aprendido. Los poquísimos que tienen ganas y manera de estudiar continúan hasta los veinte años, para ir después á completar sus estudios en una ciudad y llegar á ser *taleb,* que significa escribano ó notario y equivale á presbítero, puesto que para los mahometanos son una misma cosa la ley religiosa y la civil.

Maestro y discípulo

"La vida que se hace en estos aduares es sencillísima. Levántanse todos con el alba, dicen sus oraciones, ordeñan las vacas, hacen la manteca y beben la leche agria que queda. Para beber se sirven de conchas de mariscos que compran en las poblaciones de la costa. Después los hombres se van á trabajar al campo y no vuelven á casa hasta la noche. Las mujeres van á buscar agua y á buscar leña, muelen el grano, tejen las groseras telas de que se visten ellas y sus hombres, hacen las cuerdas de la tienda con fibras de palmito, envían la comida al marido y preparan el alcuzcuz para la noche. El alcuzcuz se mezcla con habas, calabaza, cebollas y otros vegetales. Algunas veces azucarado, amasado con miel y condimentado con jugo de carne. En los días de fiesta cómese con carne. De regreso los hombres, cenan, y en su mayoría acuéstanse á puesta de sol. A veces, después de cenar, un viejo cuenta alguna historia en medio de un corro de parientes. Durante la noche el aduar queda sumido en el silencio y las tinieblas. Sólo alguna familia tiene encendida delante de la tienda alguna lucecita que sirve de guía á los viajeros extraviados.

"El traje de los hombres y de las mujeres no es más que una camisa de algodón, una capa y un jaique grosero. Las capas y los jaiques

no se lavan más que tres ó cuatro veces al año, con ocasión de las fiestas solemnes, por lo cual son siempre del color de su piel, ó más negros aún. El aseo personal se tiene más en cuenta, puesto que, de no hacer las abluciones prescritas por el Corán, no podrían rezar. Las mujeres, además, se lavan cada mañana todo el cuerpo, ocultándose debajo del trípode cubierto con el jaique. Pero, trabajando como lo hacen y durmiendo como duermen, siempre aparecen sucias, por más que hacen uso ¡milagro! del jabón.

Un escorpión

"En los ratos de vagar muchos juegan á cartas, y cuando no juegan diviértense los hombres tendiéndose en el suelo y metiendo bulla con sus niños; pero á medida que van creciendo éstos los padres se desvían de ellos, y lo mismo hacen los hijos respecto á sus padres. Muchos de estos muchachos de aduar llegan á los diez ó catorce años sin haber visto nunca una casa, y es curioso oir contar á los moros ó á los europeos de ciudad que los toman á su servicio el aturdimiento que experimentan al entrar por primera vez en una vivienda, cómo palpan las paredes, cómo pisan el suelo, con qué viva emoción se asoman á la ventana y bajan por la escalera.

"Los principales acontecimientos en estos pueblos errantes son los matrimonios. Los padres y amigos de la esposa, con grande estrépito de escopetería y gritos, la conducen, sentada en la grupa de un camello, al aduar del marido, envuelta en una capa blanca ó azul turquí toda perfumada, con las uñas teñidas de henné y las cejas negras de hollín quemado, y por lo general untada, para aquella ocasión, con una yerba particular llamada *ebba*, de la que hacen mucho uso las muchachas. El aduar del esposo, por su parte, invita á la fiesta á los aduares vecinos, de los cuales acuden ciento ó doscientos hombres á caballo, armados de espingardas. La esposa baja del camello delante de la tienda de su futuro marido, se sienta en una silla enramada y adornada de flores y asiste á la fiesta. Mientras los hombres *corren la pólvora*, las mujeres y las niñas, formando corro delante de ella, bailotean al son de un tambor y de un pífano, alrededor de un jaique extendido en tierra, en el cual cada convidado, al pasar, echa una moneda para los esposos, y un pregonero anuncia en alta voz la ofrenda, haciéndole un buen agüero al donador. Por la tarde cesa el baile, cállanse las espingardas, siéntanse todos en el suelo y se traen enormes platos de alcuzcuz, pollos asados, carneros á trompón, te, dulces, frutas, y la cena se prolonga hasta media noche. Al día siguiente la esposa, vestida de blanco, con

un velo de color de rosa puesto alrededor del rostro, que le tapa la boca, y el capuchón sobre la cabeza, va, acompañada de los parientes y amigos, por los aduares vecinos á recoger otra vez dinero, después de lo cual el esposo se vuelve al campo, la esposa va al molino, y el amor vuela pronto.

"Cuando uno muere repítense las danzas. El pariente más cercano recuerda sus virtudes. Los otros, agrupados en torno suyo, bailan con gestos y actitudes dolorosas, llénanse de lodo, se arañan el rostro, se tiran de los pelos. Después lavan el cadáver, lo envuelven en una sábana nueva, lo llevan sobre un bayarte al cementerio y lo sepultan apoyado en el lado derecho, con la cara hacia Oriente.

Encantador de serpientes

"Estos son sus usos y costumbres, por decirlo así, patentes; pero ¿quién conoce los usos y costumbres íntimos? ¿Quién podrá seguir el hilo con que se urde la trama de la vida de un aduar? ¿Quién puede saber cómo habla el primer amor, cómo se forma el chisme, en qué extraña forma y con qué extraños accidentes se producen y luchan el adulterio, los celos, la envidia; qué virtudes brillan, qué sacrificios se llevan á cabo, qué abominables pasiones se enfurecen entre aquellas paredes de tela? ¿Quién puede rastrear el origen de sus fabulosas preocupaciones? ¿Quién puede aclarar aquella extraña mezcla de confusas tradiciones paganas y cristianas, las cruces señaladas sobre la piel, la vaga creencia en los sátiros, cuya huella horquilluda descubren en el suelo; la muñeca llevada en triunfo al primer apuntar del grano, el nombre de María invocado en socorro de las parturientas, las danzas circulares que recuerdan los ritos de los adoradores del sol?

"Una cosa les consta de manera cierta y positiva: la miseria. Viven de los escasos productos de la tierra mal cultivada, esquilmados aún por impuestos gravosísimos y mudables, maltratados por el jeque ó jefe del aduar, elegido por ellos y subordinado al gobernador de la provincia. Envían al Gobierno, en dinero ó en especies, la décima parte de la cosecha y una peseta y media por cada cabeza de ganado. Pagan 100 pesetas al año por cada pieza de tierra correspondiente á la labor de dos bueyes. Hacen al Sultán, en las principales fiestas del año, un re-

galo obligatorio que equivale, á corta diferencia, á un impuesto de 5 pesetas por tienda. Desembolsan dinero ó facilitan víveres, al arbitrio de los gobernadores, cuando pasa el Sultán, un bajá, una embajada, un cuerpo de tropas. Además de esto, todo el que tiene dinero está expuesto á las extorsiones de los gobernadores, no disimuladas, no excusadas por ningún pretexto, sino satisfechas violentamente. Tener fama de hombre acomodado es una desgracia. Quien posee un corto peculio lo entierra, gasta á escondidas, finge padecer miseria y hambre. Nadie acepta en pago un escudo ennegrecido, aunque vea que es bueno, porque puede parecer que se haya sacado de bajo tierra y dar á sospechar que se guarda dinero. Cuando muere un hombre acomodado, los parientes, para evitar la rapiña, ofrecen un regalo al gobernador. Ofrecen regalos para obtener justicia, para evitar las persecuciones, para no verse reducidos á perecer de hambre. Y cuando, finalmente, el hambre les aflige y la desesperación les ciega, desarman la tienda, empuñan la espingarda y lanzan el grito de rebelión. ¿Qué sucede entonces? El Sultán lanza tres mil furias á caballo á sembrar la muerte en el país rebelde. Cortan cabezas, devastan los sembrados, roban mujeres, incendian las mieses, reducen la tierra á un desierto cubierto de ceniza y de sangre, y vuelven á palacio á anunciar que la rebelión está domada. Si después la rebelión se alarga y, resultando estériles las artes con que el Gobierno intenta desmembrar sus fuerzas, derrota los ejércitos y queda dueño del campo, ¿qué ventajas consigue, fuera de aquellos breves días de libertad guerrera que le cuestan millares de vidas? Eligen otro Sultán y provocan una guerra dinástica entre provincias y provincias, á la cual sigue un despotismo peor. Esto viene sucediendo hace diez siglos."

Baile de negros

Tal es el cuadro que con su privilegiada pluma traza Edmundo de Amicis de la vida del aduar.

Reanudando ya nuestra relación, y antes de abandonar el campamento de la orilla izquierda del Sebú, convendrá decir algunas palabras del caid Abdallah, jefe de los Beni-Hassen, que mereció llamar en gran

manera la atención así de Amicis como de Pedro Loti, el cual se entusiasmó verdaderamente con él. "Notable tipo de viejo bandido es ese jefe de los Beni-Hassen,—escribe el autor de *Au Maroc*.—Su barba, sus cabellos, sus cejas, de un blanco de nieve, resaltan en tono muy claro sobre el amarillo de momia del resto de su rostro. Su perfil de águila es de una distinción suprema. Monta un caballo blanco cubierto con una manta de seda melocotón, con brida y arnés de seda rosa, angarillas de terciopelo rosa y grandes espuelas nieladas de oro. Va todo vestido de blanco, como un santo, en oleadas de trasparente muselina. Cuando extiende el brazo para dar apretones de mano, su gesto descubre una doble manga pagoda adorable, primero la de su camisa de gasa de seda blanca, después la de su ropa interior, igualmente de seda y de un viejo verde garzo de todo punto exquisito. A la verdad, creeríase ver salir de los albornoces de ese viejo salteador los dedos afilados y los vuelillos usados de alguna marquesa abuela."

Prosiguiendo ya la marcha, camínase por un terreno llano, con grandes sembrados de cebada, trigo y maíz, separados por vastos espacios cubiertos de hinojo, de menta, de azufaifas espinosas. Aquí y allá vense esparcidos grupos de árboles y de chozas cubiertas de bálago, comenzando ya á aparecer la choza redonda y cónica sudanesa. Con más frecuencia que en las anteriores etapas, crúzase la caravana con trajineros y caminantes. Allá, en lontananza, divísase una cordillera de color de ceniza, tenue, delicadísimo, y á mitad de la distancia relumbra la blancura de dos cubas, límite entre la provincia de los Beni-Hassen y la de los Cherarbas, muy tranquila y muy especial.

Forma, efectivamente, la provincia de los Cherarbas, como una especie de colonia militar, estando habitada por familias de soldados, en las cuales el servicio de las armas es obligatorio para todos los hijos varones, de lo cual resulta que desde niño se es allí soldado, con paga. Estas familias no satisfacen contribución y su propiedad es inenajenable mientras existe progenie masculina. El Sultán tiene, pues, en los Cherarbas, una milicia disciplinada, fiel y regular, que le sirve á maravilla para reprimir cualquier veleidad insurreccional y, sobre todo, para cobrar los impuestos. En Marruecos los impuestos se cobran siempre *manu militari*. Cobrar los dineros para el Sultán y mantener el orden son las dos principales funciones de los ejércitos del Moghreb. Allí se administra con la espada y se cobra con la espingarda.

La diferencia profunda que existe entre los Beni Hassen y los Cherarbas se advierte desde luego así que se releva la escolta. Todo lo que es irregularidad y desorden en el traje y porte de los primeros, es uniformidad y disciplina en los segundos. En lugar de aquellas caras patibularias se ven rostros que expresan el hábito de la obediencia y la marcialidad.

El traje consiste en albornoz azul turquí, caftán blanco, faja verde,

polainas amarillas bordadas de rojo, el sable con empuñadura de cuerno de rinoceronte.

En la cuba de Sidi Gueddar, una de las dos de que hemos hablado arriba, bifúrcase el camino, dirigiéndose respectivamente á Fez y á Mequínez.

CAPÍTULO XXXVI

DE ZEGUT AL TAGAT

La jornada siguiente, hacia las montañas, es peligrosa por la vecindad de los terribles Zemurs, que se tienen á una hora de distancia á la derecha. Son esos Zemurs los mayores y más feroces facinerosos del Imperio, tanto que el Sultán, aun cuando viaja escoltado por 30,000 hombres, evita pasar por su país. En cambio, desgraciado del zemur que cae en las garras del jerife, porque no se escapa del *suplicio de la sal*. Hé ahí cómo lo describe Loti. "El barbero del Sultán,—dice, —es el encargado. En un lugar público, y con preferencia en la plaza del Mercado, llévanle al culpable, sólidamente agarrotado. Con una navaja le corta en el interior de cada mano, en el sentido de la longitud, cuatro hendiduras hasta el hueso. Extendiendo la palma, hace boquear en seguida tanto como puede los labios de esas incisiones sangrientas y las llena de sal. Después cierra la mano así sajada, introduce la punta de cada dedo replegado en cada una de las hendiduras, y, para que este metimiento atroz dure hasta la muerte, cose por encima del todo una especie de guante bien apretado, bien apretado, de cuero de buey, mojado, que se estrechará todavía más al secarse. Acabada la costura, llevan al supliciado al calabozo, donde, por excepción, se le da de comer, para que la cosa dure. Desde el primer momento, además del sufrimiento sin nombre, hay la angustia de decirse que aquel guante horrible no será retirado nunca, que los dedos abotargados en la herida viva no saldrán nunca, que nadie en el mundo tendrá piedad de él, que ni día ni noche habrá tregua á sus crispaciones ni á sus aullidos de dolor. Pero lo más espantoso, á lo que parece, no sobreviene hasta algunos días después, cuando las uñas, creciendo á través de la mano, penetran siempre más adelante en aquella carne rajada. Entonces está próximo el fin. Los unos mueren de tétanos, los otros consiguen estrellarse la cabeza contra las paredes."

Tal es el castigo ordinario de los Zemurs, que forma por sí solo el proceso de lo que es el imperio de Marruecos.

La etapa desde la cuba de Sidi Gueddar á la cumbre de las montañas, detrás de las cuales se extiende la llanura de Fez (10 leguas), debe contarse entre las más pintorescas. En un principio el camino pasa por entre sembrados y campos de alfalfa excesivamente floridos, que prestan al país el aspecto de una verde Normandía. Llégase, por fin, al pie de las montañas, y comienza la ascensión por entre continuos desfiladeros que sólo pueden franquearse colocándose un caminante detrás de otro: tan estrechos son. Así van salvándose valles y colinas, siempre entre sembrados de trigo y cebada, entre prados de esmeralda, entre bosques de aloes, de higueras chumbas, de olivos silvestres, de robles enanos, de mirtos, de madroños y en medio de la más profunda soledad. Bájase luego, después de haber contemplado desde la cumbre el magnífico panorama de la llanura de Fez, por una abruptísima pendiente, y acámpase en Zegut, pueblo colgado á mitad de la ladera sur, formado por un centenar de chozas de bálago agrupadas en torno de una viejísima alcazaba.

Descanso

Al proseguir el viaje al día siguiente, la bajada es incomparablemente más peligrosa que la última, desde la cumbre á Zegut. Ya en la llanura, síguese por entre campos de cebada, notándose mucho movimiento en el camino, y empréndese luego una nueva subida, hasta que se sale á un valle espacioso todo tapizado de flores amarillas y de color de rosa, y flanqueado por abruptas alturas en que crecen aloes y olivos, formando como dos inmensas colgaduras verdes. En sus crestas de basalto vense palmeras, árboles frutales, y con mucha frecuencia *cubas*. Éntrase, finalmente, en un estrecho y angosto desfiladero, y á la salida encuéntrase el viajero á orillas del Wad-M'Kez, por corrupción el *Miches*, afluente del Sebú, y sobre el cual hay construído un lindo puente de arcos adornados de azulejos verdes, en cuyo pilar central se ve esculpido el sello de Salomón, tan popularizado por los ochavos morunos. El puente ha tomado con el tiempo un tinte casi rosado que armoniza deliciosamente con los azulejos, mientras que, por otra parte, el sitio es de lo más poético que puede concebirse, de una poesía melancólica, como la de todos los lugares en que se ven las señales de un antiguo esplendor reemplazado por el abandono.

Pásase el puente y levántanse las tiendas en un campo cuajado de rojas anémonas, que embalsaman el ambiente.

Al amanecer del siguiente día (onceno desde la salida de Tánger) la caravana prosigue su viaje entre montañas de carácter eminentemente africano, extrañas, recortadas, amarillentas, rojizas, doradas, pardas, bajo un sol de justicia, hasta que, por fin, se sale á la llanura de Fez, semejante á un mar de espigas y cruzada por el río de la *Fuente Azul*, que desemboca en el M'Kez, y por el río *de las Perlas*, tributario del Sebú. Acámpase á orillas del río de la Fuente Azul, y, tratándose de una embajada, puede contarse con que lloverán las visitas oficiales y oficiosas, precursoras de la entrada en Fez. Ningún viajero algo artista deja de sentirse impresionado por la luminosidad que tienen allí las noches.

Moro del Tagat

Al rayar el alba del duodécimo día la caravana franquea otras colinas, baja de nuevo á la llanura, enfila un camino encajonado entre dos muros de rocas, y de pronto óyese una voz que grita *¡Fez!*, apareciendo á lo lejos un bosque de alminares, de torres y de palmeras anegado en la neblina. Por última vez se plantan las tiendas, al pie del monte Tagat, á orillas del río de las Perlas, á una hora de la capital.

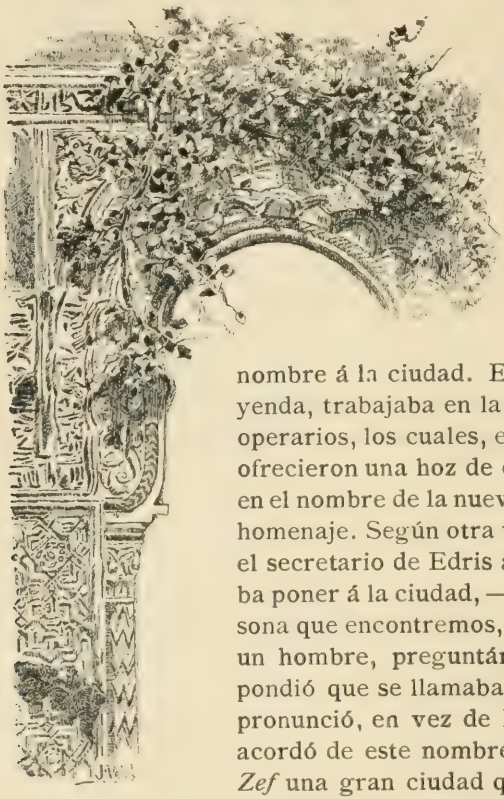
Mientras llega la hora de ponerse en camino para la ciudad, deleitémonos en la contemplación de su llanura, jardín inmenso en que revolotean bandadas de palomas, de tórtolas, de perdices; en que la luz parece filtrada á través de un prisma de diamante, en que las sazonadas espigas de cebada y los hinojos en flor forman como un encantado lago amarillo y verde, ceñido por las cimas nevadas del majestuoso Atlas.

CAPÍTULO XXXVII

FEZ

Permítasenos, á guisa de preludio, comenzar por una ligera reseña histórica de la ciudad, según la traza la siempre amena pluma de Amicis:“ ¡Oh Fez! — dice un historiador arábigo.— Todas las belda-“des de la tierra están reunidas en ti.“ Y añade que Fez ha sido siempre la sede de la sabiduría, de la ciencia, de la paz, de la religión; la madre y la reina de todas las ciudades del Moghreb; que sus habitantes tienen el ingenio más fino y más profundo que los otros habitantes de Marruecos; que todo lo que hay en ella y en torno de ella es bendecido por Dios. Así, el agua del río *de las Perlas* cura de mal de piedra, suaviza el cutis, perfuma las ropas, destruye los insectos, hace más apacibles (si se bebe en ayunas) los placeres de los sentidos y contiene piedras preciosas de inestimable valor. Y no menos poéticamente es referida por los escritores árabes la historia de su fundación. Cuando los Abasidas, á últimos del siglo VIII, se dividieron en dos bandos, un príncipe de la facción vencida, Edris-ebu Abd-Allah, refugióse en el Moghreb, poco lejos del lugar donde surgió después la ciudad de Fez. Allí vivió en la soledad, orando y meditando, hasta que por su origen ilustre y por su santa vida, habiendo conquistado gran fama entre los bereberes de la comarca, lo eligieron éstos por su jefe. Poco á poco, y con la elevada autoridad de descendiente de Alí y de Fátima, extendió su soberanía sobre una gran parte del país, convirtiendo por la fuerza al islamismo á idólatras, cristianos y judíos; y llegó á tal grado de poderío que el califa de Oriente Arum-el-Raschid, celoso de su grandeza, le hizo envenenar por un fingido médico, á fin de destruir con él su naciente imperio. Pero los bereberes dieron solemne sepultura á Edris y reconocieron por califa á su hijo póstumo Edris-ebn-Edris, el cual ciñó el tahalí á los doce años, consolidó y acrecentó la obra de su padre y puede decirse que fué el verdadero fundador del imperio de Marruecos,

el cual se conservó hasta últimos del siglo x en manos de su dinastía. Este mismo Edris fué el que echó los primeros cimientos de Fez en 3 de febrero de 808, "en un valle puesto entre dos elevadas montañas cubiertas de ricos bosques y regadas por mil arroyuelos, á la diestra orilla del río de las Perlas." La tradición explica en varia manera el origen de su nombre. Cavando para construir los cimientos habíase encontrado en la tierra una grande hoz (que en árabe se llama *fez)* de 60 libras de peso, y ésta había dado su nombre á la ciudad. El mismo Edris, dice otra leyenda, trabajaba en la cimentación en medio de sus operarios, los cuales, en señal de agradecimiento, le ofrecieron una hoz de oro y plata, y quiso perpetuar en el nombre de la nueva ciudad el recuerdo de aquel homenaje. Según otra versión, habiendo preguntado el secretario de Edris á su señor qué nombre pensaba poner á la ciudad, —El nombre de la primera persona que encontremos,—respondió el príncipe. Pasó un hombre, preguntáronle cómo se llamaba, y respondió que se llamaba Farez; pero, siendo ceceoso. pronunció, en vez de Farez, *Fez*, y el príncipe se acordó de este nombre. Otros dicen que se llamaba *Zef* una gran ciudad que había á orillas del río de las Perlas, la cual existió por espacio de mil ochocientos años y fué destruída antes de que resplandeciese el Islam sobre la tierra, y Edris impuso á su metrópoli el nombre al revés de la ciudad destruída. Sea como fuere, la ciudad se acrecentó rápidamente, y ya á comienzos del siglo x rivalizaba en esplendor con Bagdad y encerraba dentro de sus muros la mezquita de Karuin y la de Edris (la más vasta y la más venerada del África respectivamente), siendo llamada la *Meca de Occidente*. Á mediados del siglo xi estableció en ella un episcopado el papa Gregorio IX. Bajo la dinastía de los Almohades tenía 30 arrabales, 800 mezquitas, 90,000 casas, 10,000 tiendas, 80 puertas, vastos hospitales, baños magníficos, una gran biblioteca enriquecida con preciosísimos manuscritos griegos y latinos, escuelas de filosofía, de física, de astronomía y de gramática, á las que concurrían los doctores y letrados de todas partes de Europa y de Oriente. Llamábanla la *Atenas del África,* y era á un



Fragmento de una puerta de Fez

tiempo sede de una feria perpetua, donde afluían los productos de los tres continentes. El comercio europeo tenía allí su bazar y sus hospedajes, y prosperaban en Fez, entre moros, árabes, bereberes, judíos, negros, turcos, cristianos y renegados, 500,000 habitantes. Pero ¡cuán cambiada ahora! Casi todos los jardines están destruídos, la mayor parte de las mezquitas arruinadas, de la gran biblioteca no quedan sino algunos volúmenes descabalados, las escuelas están muertas, el comercio languidece, los edificios se desploman, y la población ha quedado reducida á menos de la quinta parte de la antigua. Fez no es ya sino un enorme esqueleto de metrópoli abandonado en medio del inmenso cementerio de Marruecos."

El gobernador de Fez

Volvamos ya á nuestra relación.

Hemos dicho ya que la caravana pernocta en el campamento á orillas del río de las Perlas, al pie del monte Tagat. Por regla general la entrada de las embajadas en Fez se efectúa á las ocho ó las diez de la mañana siguiente, siendo siempre un espectáculo imponente, sobre todo cuando la embajada es de muchas campanillas, según suele ser el caso tratándose de ministros de Francia ó Italia. Nosotros vamos menos por allá, y nos reciben, como en Mequínez, con menos ceremonia. Pedro Loti ha hablado en términos arrebatadores de su entrada en Fez, es decir, de la entrada en Fez de la embajada á que iba agregado; pero se nos antoja que la impresión experimentada por el admirable escritor francés debió de resultarle quizás excesivamente solemne. Habla, en efecto, "de elevadísimas murallas negras que suben más que todas las viejas torres de sus mezquitas;" de murallas que suben de cada vez más en el cielo y "toman un aspecto formidable que recuerda Damieta ó Stambul;" de "gigantescas murallas que parecen clavar sus hileras de puntiagudas almenas en las nubes sombrías del cielo." La sensación experimentada por Loti es soberbia, su expresión escrita más soberbia aún; pero cabe suponer que el autor vió más de lo que vería un simple mortal, envidiable privilegio reservado únicamente á los artistas que, como Pedro Loti, sienten con intensidad envidiable lo que la mayoría es incapaz de sentir.

Amicis se muestra más realista, y aun podríamos decir que algo naturalista. Meridional como nosotros, no siente la profundísima emoción

de Loti, hombre del Norte á todas luces, aunque no por eso deja de entusiasmarse ante el espectáculo que se ofrece al paso de la embajada italiana.

Después de reseñar la llegada á las afueras de Fez, cuajadas de curiosos, y la incorporación á la comitiva de los funcionarios encargados de darles la bienvenida y de guiarles, describe Amicis el efecto que producían las tropas del Sultán destinadas á tributarles los honores. Nada más grotesco, hasta cierto punto, que aquella mezcolanza de vestimentas multicolores, de estaturas, edades, pelambres y cataduras de toda suerte. Hay soldados que sólo tienen nueve años, probablemente Cherarbas, y otros que se caen de viejos. El armamento, deplorable. Van en su mayoría vestidos con chaqueta roja, calzones azules ó blancos y desnudas las piernas. "Los oficiales van vestidos, á capricho, de zuavos, de turcos, de spahis, á la griega, á la albanesa, á la turca, con divisas galoneadas y arabescadas de oro y plata, con cimitarra, espada, puñales encorvados, pistolas, dagas, botas á la escudera y botinas amarillas sin tacón. Algunos van de color de púrpura de pies á cabeza, otros todos blancos, otros todos verdes que parece van disfrazados de diablos. Las murallas de la ciudad parece que se alejan de nosotros á medida que vamos adelante, y las dos filas de soldados se alargan delante como dos planteles destruídos de rosales rojos." Ultimamente, sin embargo, la infantería del Sultán ha sufrido una trasformación profundísima: aquellas tropas visten el uniforme de los cipayos indios, invención debida á un ex coronel inglés al servicio de Muley-Hassan.

Moros de rey

Pensamos, sin embargo, que, como si nuestros lectores van alguna vez á Fez no irán en calidad de embajadores ni de agregados, sería inútil insistir más sobre el ceremonial. Vengamos, pues, á lo vulgar y corriente, como sucedía cuando el intrépido Thomson y su amigo C. B. se metían por todas partes, á pesar de ser unos simples particulares.

Acerquémonos, pues, á los muros de Fez como debieron acercarse á los de Mogador los fugitivos del 56 de que hablamos en otro capítulo. El camino está flanqueado por dos elevados taludes, que los embajado-

res ven coronados de gente cuando hacen su entrada. Delante de nosotros aparece una grandiosa puerta monumental adornada con arabescos verdes y color de rosa y coronada de almenas. Debe quizás parecerse á la de Montblanch, con la diferencia de que ésta es gótica y la de Fez es árabe. La puerta es larga. Así que se ha atravesado vese una cuba de cúpula verde, sombreada por dos palmeras. Otra puerta, y luego una calle *erizada* de baches *abisales*. Este adjetivo viene de *abismo*, y dispensen mis lectores este alarde de erudición.)

Más calles. Estamos en Fez *la Nueva* (!), ocupada casi por entero por el Serrallo. Las paredes son altísimas; el arroyo está lleno de caballos y

Fez

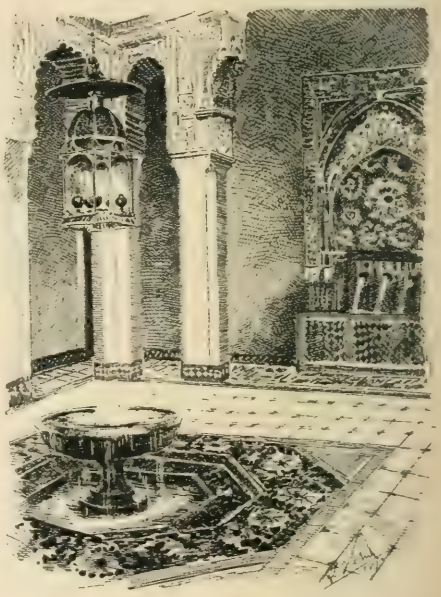
camellos y otros animales en putrefacción. El paso es tan estrecho que sólo permite ir *uno de frente*. Sálese á una especie de desierto ocupado por cementerios y cubas, pedregoso, salvaje, cubierto de losas, de cactus y de aloes, agujereado por las bocas de centenares de silos descubiertos, y se tropieza con otra muralla. "Una triple puerta ojival, contorneada, espesa, profunda, semejante en un todo, como deliberadamente á la de la fortaleza de la Alhambra," da entrada á *Fez la Vieja*, barrio en que suelen hospedarse las embajadas, y en general los extranjeros. Nuevos laberintos de callejuelas y callejones en que brilla por su ausencia la policía urbana; algo de que puede dar idea la calle de *Petons* de la ciudad condal: barro hasta las rodillas ó polvo hasta la espinilla; todo viejo, *viejo*, VIEJO, ARCHIVIEJO y archirreviejo, desmoronado, ruinoso, decrépito, moribundo; un *nido de buhos*, como dice Loti.

Ya estamos en casa: una casa particular. ¿Qué serán las *casas particulares* de Fez? Loti y Amicis han habitado en ellas. Habla el italiano, que lo ve todo con ojos menos sensibles al misterio, aunque no por eso con menor sentido poético.

"Fué una sensación deliciosa,—dice Amicis.

"Era una casa *principesca* de puro estilo morisco, con un jardinillo sombreado por hileras paralelas de naranjos y limoneros. Desde el jardín se entraba en el patio por una puerta bajísima, siendo el corredor

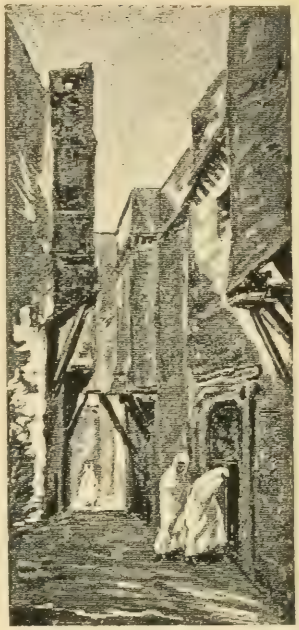
suficientemente ancho apenas para poder pasar una persona. Alrededor del patio alzábanse doce pilastras blancas, conjuntas á otros tantos arcos de herradura que sostenían á la altura del primer piso una galería arqueada y provista de una balaustrada de madera. El pavimento del patio, de la galería y de los cuartos, era todo él un espléndido mosaico de tejuelos esmaltados de vivos colores; los arcos, arabescados y pintados, y la balaustrada calada con una delicadeza finísima; todo el edificio trazado con una armonía y una gracia digna de los arquitectos de la Alhambra. En medio del patio había una fuente, y otra de tres chorros dentro de un vano de la pared, revestido de mosaicos de estrellas y rosas. Del centro de cada arco colgaba una gran linterna morisca. Un ala del edificio se extendía á lo largo de uno de los lados del jardín y tenía una graciosísima fachada de tres arcos, pintados y arabescados, delante de los cuales susurraba una tercera fuente. Había otros patiecillos, y corredores, y salitas, y los innumerables chiribitiles de todas las casas orientales. Alguna cama de hierro con cobertores y sin sábanas, algunos relojes de péndola, un espejo en el patio, dos sillas y una mesita para el embajador, y media docena de cacharros y de fuentes, constituían todo el ajuar de la casa. En el aposento principal había tapices recamados de oro colgados de las paredes y blancos colchones extendidos sobre el pavimento. Ni una silla, ni una mesa, ni una cómoda. Hubo que mandar por el mobiliario del campamento. En cambio, fresco por doquier, por doquier el murmullo del agua, sombra, fragancia, un no sé qué de muelle y de voluptuoso en las líneas, en los colores, en la luz, en el aire, que hacía sonreir y pensar. Todo el edificio estaba rodeado por una altísima pared, y en torno de ella extendíase un laberinto de desiertas callejuelas."



Un patio de Fez

Vengamos ya á la *primera salida* por la ciudad. Sigue hablando Amicis, que se expresa en estos términos: "Aquí debiera decir propiamente:—*¡Chi me dará la voce e la parola!*—¿Cómo expresar el estupor, la maravilla, la piedad, la tristeza, que experimenté ante aquel grandioso y lúgubre espectáculo? La primera impresión es la de una inmensa ciu-

dad decrépita que se va desmoronando lentamente. Casas elevadísimas, que parecen formadas por casas superpuestas, que se deshacen; calcinadas, agrietadas de arriba abajo, apuntaladas por todas partes, sin otras aberturas que algún agujero en forma de saetera ó de cruz; largos trechos de calle flanqueados por dos paredes altas y desnudas, como los muros de una fortaleza; cuestas y pendientes obstruídas por escombros, piedras y ruinas de edificios, con revueltas á cada treinta pasos; á cada momento un largo pasadizo cubierto, oscuro como una cueva subterránea, por donde es preciso andar á tientas; callejones, rincones, antros, meandros húmedos y siniestros, sembrados de osamentas, de animales muertos y de estiércol podrido; todo eso iluminado por una luz crepuscular que da melancolía. En algunos puntos el suelo es tan quebrado, la polvareda tan densa, la fetidez tan aguda, los mosquitos tan numerosos, que es preciso detenerse para cobrar aliento. En media hora de camino habíamos dado tantas vueltas que, dibujadas, formarían uno de los más intrincados arabescos de la Alhambra. De vez en cuando oímos el rumor de una rueda de molino, un murmullo de agua, el estruendo de un telar, una cantilena de voces nasales que vienen de alguna escuela de niños; pero no se ve á nadie. Nos acercamos al centro de la ciudad: la gente menudea; los hombres se detienen para dejarnos pasar, mirándonos con semblante atónito; las mujeres retroceden y se esconden; los chiquillos gritan y echan á correr; los grandullones aullan y nos enseñan los puños desde lejos, sin perder de



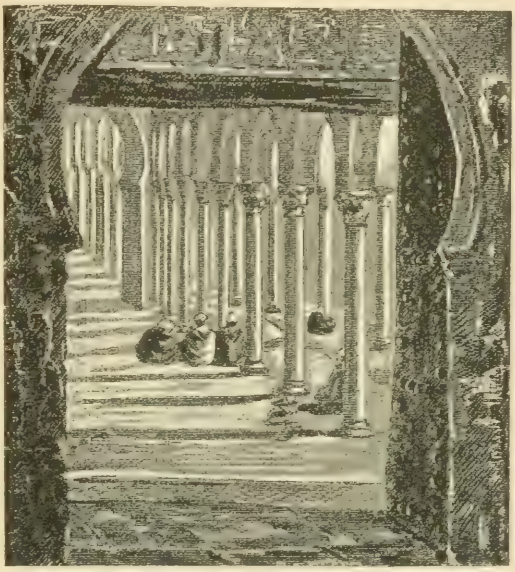
Una calle típica

Trasporte de un cadáver

vista las varas de los soldados. Vemos fuentes adornadas con ricos mosaicos, puertas con profusión de arabescos, algunos patios con arcadas, algún resto de peregrina arquitectura árabe ennegrecida por el tiempo. A cada momento, por causa de los pasadizos cubiertos, nos encontramos á oscuras; después entrevemos un poco de luz; después, de nuevo la oscuridad. Entramos en una de las principales calles, de 2 metros de ancho, llena de gente. Todos se vuelven y nos rodean. Los soldados gritan, pegan, pinchan, para despejar, y en definitiva han de contentarse con formar un baluarte con sus pechos, cogiéndose de la mano unos á otros para no verse separados por la muchedumbre. Tenemos mil ojos encima, sentimos que nos falta la respiración, nadamos en sudor, adelantamos lentísimamente, deteniéndonos á cada paso para dejar pasar á algún moro á caballo, algún asno cargado de cabezas de carnero sanguinolentas, un camello que lleva una mujer tapada. A derecha é izquierda hay bazares llenos de concurrencia, patios de *fondaks* henchidos de mercancías, puertas de mezquitas, por las cuales se ven larguísimas filas de arcos blancos y gente postrada que reza. Por toda la calle, hasta donde alcanza la mirada, no se ven más que capuchones, y todo blanco, y se diría que todo el mundo anda de puntillas. El aire está impregnado de un olor agudo de aloes, de especias, de incienso, de café: parece que se anda por una inmensa droguería. Pasan bandadas de chiquillos de cabeza tiñosa y llena de cicatrices; viejos deformes, sin un pelo, con el seno al aire, que se abren paso á la fuerza, lanzando furiosas imprecaciones contra nosotros; locos casi en pelota, coronados de flores y plumeros, con una rama de árbol en la mano, que ríen y cantan, ó repiten continuamente la misma palabra, bailoteando delante de los soldados, que les apartan á empellones. Saliendo á otra calle, nos encontramos con un santón, un viejo desaforadamente pringoso, desnudo de pies á cabeza, que se arrastra con fatiga llevando una mano donde los pintores ponen la hoja de higuera, y apoyándose con la otra en una lanza forrada de paño rojo. Al pasar cerca de nosotros nos mira de reojo y murmura no

El bazar de las babuchas

sé qué. Algo más lejos vemos á cuatro soldados que arrastran á un desgraciado todo herido y ensangrentado: un ladrón pillado *infraganti*, y detrás un enjambre de muchachos que gritan: —¡La mano! ¡La mano! ¡Cortadle la mano!—En otra calle encontramos una camilla cubierta, sobre la cual hay extendido un cadáver, seco como una momia, envuelto en un saco de tela blanco atado alrededor del cuello, del talle y de las rodillas. Me pregunto dónde estamos, y si la ciudad de Fez y la ciudad de París se encuentran verdaderamente en el mismo astro. Entramos en los bazares: mucha gente en todas partes. Las tiendas, como en Tánger, son covachas abiertas en la pared. Los chalanes están sentados en el suelo, con un montón de monedas delante. Atravesamos, pisados por la muchedumbre, el bazar de las telas, el de las babuchas, el de la loza, el de los adornos de metal, que forman todos juntos un laberinto de callejuelas cubiertas por un techo entretejido de cañas y de ramas de árbol. Pasamos por mercados de verdura llenos de mujeres que levantan los brazos para maldecirnos, y salimos á la parte central de la ciudad. Por doquier cuestas, bajadas, vueltas, revueltas, callejas tétricas, pasadizos tenebrosos, mezquitas, fuentes, arcos, rumor de molinos, coros de voces nasales, mujeres que se esconden, una suciedad que hace poner enfermo y una polvareda que da náuseas. Salimos finalmente por una puerta extramuros y damos la vuelta alrededor de la ciudad. La ciudad se extiende en forma de un ocho inmenso entre dos colinas, sobre cuyas cimas imperan las ruinas de dos antiguas fortalezas cuadradas. Más allá de las colinas vese una cordillera. El río de las Perlas divide la ciudad en dos: Fez la Nueva, á la orilla izquierda, y Fez la Vieja, á la derecha, y un cinturón de viejas murallas almenadas y de grandes torres de oscuro color de escombros, roto en muchos puntos, ciñe todo alrededor la parte antigua y la nueva. Desde las alturas domínase con los ojos toda la ciudad: una miriada de casas blancas coronadas de azoteas, por encima de las cuales se yerguen



Ingreso de una mezquita

hermosos alminares labrados á mosaico, palmeras gigantescas, montones de verdura, torrecillas almenadas, cupulitas verdes. Al primer golpe de vista se adivina la grandeza de la metrópoli antigua, de la cual no es la ciudad de hoy más que el esqueleto. En las cercanías de los puentes y sobre las alturas, por grande trecho, la campiña está sembrada de monumentos y ruinas: cubas, casas de santones, zavias, arcadas de acueducto, sepulcros, piedras enormes, vestigios de cimientos que parecen los restos de una ciudad aplanada por el cañón y devorada por las llamas. Detrás de la ciudad y de la más elevada de las dos colinas que la flanquean, extiéndese un vasto jardín, un bosque espeso é intrincadísimo de morales, de olivos, de palmeras, de árboles frutales y de chopos desmesurados, vestidos de yedra y de pámpanos, donde por todas partes corren arroyuelos, susurran fuentes y se entrecruzan acequias, entre espalderas altísimas de verdura y de flores. La altura opuesta está coronada de millares de aloes dos veces más altos que un hombre. A lo largo de la muralla hay grandes desmontes, fosos profundos colmados de vegetación, fragmentos inmensos de baluartes y de torres desmoronadas, un desorden grandioso y severo de ruinas y de verde que recuerda los rasgos más pintorescos de las murallas de Constantinopla. Pasamos por delante de la puerta del Guiz, de la puerta de Hierro, de la puerta de los Zurradores, de la puerta Nueva, de la puerta Quemada, de la puerta de Entrada, de la puerta del León, de la puerta de Sidi Buxida, de la puerta del Padre de la Utilidad, y entramos por la puerta del Nicho del Burro en Fez la Nueva. Aquí hay grandes huertas, vastos espacios abiertos, anchas plazas circundadas de muros almenados, más allá de los cuales se ven otras plazas y otros muros, y puertas con arcadas, y torres y puentes, y bellísimas perspectivas lejanas de colinas y de montes. Otras puertas son altísimas y tienen las hojas revestidas de planchas de hierro claveteadas con enormes roblones. Acercándonos al río de las Perlas encontramos un caballo putrefacto extendido en medio de la calle. A lo largo del muro hay un centenar de lavanderos árabes que saltan sobre la ropa amontonada en la orilla. Encontramos patrullas de solda-

Tienda de babuchas

dos, personajes de la corte á caballo, pequeñas caravanas de camellos, grupos de campesinas con los chiquillos colgados á la espalda, que se cubren el rostro al pasar cerca de nosotros, y, finalmente, vemos rostros que sonríen. Entramos en el Mellah, el barrio de los judíos. Es una verdadera entrada triunfal. Asómanse á las azoteas y á las puertas, bajan á la calle, se llaman unos á otros, acuden de todos los callejones. Los hombres, cabelludos y envueltos en un largo vestido, con la cabeza cubierta con un pañuelo anudado bajo la barbilla como las mujeres, se inclinan con sonrisa ceremoniosa. Las mujeres, blanquísimas, regordetas, vestidas de telas verdes y rosa galoneadas y recamadas de oro, nos auguran *buenos días (sic)* y nos dicen mil cosas amables con sus incitantes ojos negros. Algunos chiquillos nos vienen á besar la mano. Para sustraernos á aquella ovación y á la suciedad de las calles tomamos por una calle de través y salimos á un campo todo cubierto de grandes sepulcros de cantería, en forma de paralelipípedos, blancos como la nieve, que debe ser el cementerio israelita. De aquí volvemos á la ciudad, y, después de otra milla de camino por calles tortuosas é inmundas quemadas del sol, asaetados por mil miradas, maldecidos por mil bocas, entramos finalmente, con la cabeza en tumulto y quebrantados los huesos, en el palacio del embajador."

Una calle de Fez

Entre las mayores curiosidades de Fez, que no se olvidan de ver, si bien absolutamente *por fuera*, los viajeros, figuran las dos grandes mezquitas de Karuin y de Muley Edris, ó Driss, santuarics sacratísimos del Moghreb, aunque muy decaídos hoy de su antiguo incomparable esplendor. La más veneranda de las dos es la de Edris (menos vasta que la otra), hasta el punto de que las calles vecinas á ella están barreadas con tablas de madera á la altura de medio cuerpo. Ningún cristiano ni judío, bajo pena de la vida, puede franquear aquella valla. La mezquita de Muley Edris es como la Kaaba de Occidente.

En cuanto á la mezquita de Karuin, es también inabordable; pero á

lo menos puede verse por el exterior. Fué fundada en 859 á expensas de una piadosa musulmana del Koruán. En un principio consistía en una mezquita de cuatro naves; pero con el tiempo tuvieron á punto de honra embellecerla y magnificarla emires, sultanes y potentados. "En la cima del alminar, erigido por el Imán Ahmed-ben-Alí-Bekr,—dice Amicis,—brillaba una bola de oro adornada de perlas y piedras preciosas, en la cual estaba depositada la espada de Edris-ebn-Edris, fundador de Fez. En las paredes interiores había colgados ciertos talismanes que preservaban la mezquita de anidar en ella topos, escorpiones y serpientes. El Mirab (el adoratorio, orientado hacia la Meca) era tan espléndido que el Imán debió mandarlo enjalbegar para que no distrajese la atención de los fieles durante el rezo. Había un púlpito de ébano adornado de marfil y perlas; había doscientas setenta columnas que formaban diez y seis naves de veintiún arcos cada una, quince grandes puertas de entrada para los hombres y dos muy chicas para las mujeres, con 1,700 lámparas. En tiempo del historiador arábigo Abder-Rhaman-ebn-Kaldun la mezquita podía contener 22,700 personas."

Impresiones

Pedro Loti pudo atisbar algo de la mezquita de Karuin, describiendo su impresión en estos términos: "Los aspectos de Karuin son muy variados, según las diferentes entradas por que se mira. No me sorprende que á primera vista no hayamos podido poner nada en claro del conjunto: es una especie de montón de mezquitas de épocas y de estilos diferentes, es una ciudad de columnas y de arcos de todas las formas árabes. Ora se suceden en perspectivas sin fin pesadas bóvedas, aplastadas, sobre pilares rechonchos, con innumerables lámparas suspendidas en la oscuridad de los techos; ora patios inundados de sol, con el cielo azul por bóveda, rodeados de elevadas columnas endebles y de arcadas infinitamente festoneadas, de dibujo siempre raro y exquisito. Y nunca Karuin ha sido tan hermoso como hoy, bajo aquella deslumbrante luz matinal que irradia y penetra por doquier, clara y blanca, haciendo brillar los mármoles, los mosaicos sin fin, los canastillos de agua de las fuentes.

"Una de las puertas en cuya sombra me detengo con preferencia da sobre el mayor y más maravilloso de esos patios, solado de azulejos y

de mármol. Hay á los lados unos pequeños kioskos que se adelantan, ó, mejor, unos templetes, que recuerdan, más hermosos, los del célebre *Patio de los Leones* de la Alhambra. Son los mismos agrupamientos de columnas ligeras sosteniendo indescriptibles arcos calados que parecen hechos de una superposición paciente de arambeles de escarcha (el todo realzado con un poco de oro, muriente bajo el polvo de los siglos, y de un poco de azul, de algo de rosa y de no sé qué otros colores empalidecidos). Y sobre los montantes rectos, planos y de una rigidez calculada, que separan esos pórticos festoneados, despliéganse y se enroscan capas de esculturas de una finura y de un dibujo inimitables, cinceladas á profundidades diferentes: diríase viejos encajes de hadas que se hubiesen colgado allí en dobleces unos encima de otros.

Vendedores de pan

"Ligero, ligero parece eso de los kioskos; ligero como castilluelos creados por silfos en las nubes, con facetas cristalizadas de pedrisco y nieve. Y al mismo tiempo la rigidez recta de las grandes líneas, el empleo único de las combinaciones de la geometría, la ausencia de toda forma inspirada en la Naturaleza, en los animales y en los hombres, dan al conjunto algo de austeramento puro, de inmaterial, de *religioso*.

"El sol cae á oleadas en este patio. Todos los mosaicos, todas las losas, brillan con reflejos nacarados. El canastillo de agua rumorosa que brota del surtidor del medio tiene tintas cambiantes de ópalo ó de iris y resalta sobre el fondo deliciosamente complicado de una gran puerta interior, hecha, como los kioskos de los lados, de encajes de la Alhambra. Y, como es viernes, todo un pueblo de albornoces blancos yace prosternado sobre las baldosas, en inmóvil rezo."

En ese *inmenso Karuin* es donde tienen sus cátedras los *tholbas* ó estudiantes, alternando las lecciones con las plegarias, sentados en el suelo, *more moruno*, en el aula, prosternados cuando elevan sus oraciones á Alah. Parece ser que la organización de la *Universidad de Fez* se ha conservado tal cual era en los tiempos de Córdoba ó Bagdad. Los *tholbas* proceden de todos los países en que impera el Islam. Los que no cuentan con relaciones y son pobres se hospedan en unos claustros muy tristes y sencillos, si bien casi sagrados, llamados *mederzas;* pero

los que tienen conocidos se hospedan en sus casas, lo cual es un honor insigne para el que tiene la dicha de hospedar á un *tholba*.

Los estudios duran siete ú ocho años, al cabo de los cuales, si el estudiante ha aprovechado las sabias enseñanzas de sus maestros, *toma la rosa*, ó, lo que es igual, alcanza el diploma de letrado ó *morabito*, título grandemente prestigioso. Por lo común, al morabito que regresa á su país, en el Sudán ó parecidas regiones, se le hace tarde predicar la

Cacharrería

guerra santa. Cuando hay alguna alteración en el Africa puede sospecharse con fundamento que la orden ha partido de la mezquita de Karuin.

Entre las *asignaturas*, digámoslo así, que forman el *plan de estudios* de la Universidad de Fez, figuran la astrología, la alquimia, la ciencia adivinatoria, los números talismánicos, la influencia de los *djinns*, ó ángeles, y de los astros, la filosofía de Aristóteles y, sobre todo, mucho Corán. Ciencia mohosa y decrépita como el imperio de Marruecos. Lo que sí da lástima es la inmensa cantidad de libros que hay en Karuin, procedentes de la famosa biblioteca de Alejandría ó arrebatados de nuestros monasterios con ocasión de las *razzias* del tiempo de la reconquista. Dios sabe los tesoros que habrá allí ignorados, con peligro de desaparecer, pues se sabe que no se tiene el menor cuidado con aquellos preciosos manuscritos.

CAPITULO XXXVIII

EL SULTÁN.—SOBRE UN CATALÁN QUE NO QUISO SERLO

Comenzaremos por hacer un poquito de historia. Habla Amicis, en vísperas de ser recibida por S. M. Jeriffiana la embajada de que formaba parte. "Deseábase,—dice,—ver una cara de aquella terrible familia de jerifes Fileli, á la que los historiadores dan la primacía del fanatismo, de la ferocidad y de los delitos, sobre todas las dinastías que reinaron en Marruecos. A principios del siglo XVII algunos habitantes de Tafilete, provincia del Imperio que confina con el desierto, y de la cual los jerifes de la actual dinastía toman el nombre de Fileli, se llevaron desde la Meca á su país á un jerife llamado Alí, natural de Iambo y descendiente de Mahoma por Hassán, hijo segundo de Alí y de Fátima. El clima de la provincia de Tafilete, poco después de su llegada, recobró una regularidad que había perdido hacía ya algún tiempo. Dieron abundancia de dátiles las palmeras, y atribuyóse este mérito á Alí. Alí fué elegido rey, con el nombre de Muley Jerife. Sus descendientes ensancharon poco á poco con las armas los dominios del abuelo: se apoderaron de Marruecos y de Fez, lanzaron á la dinastía de los jerifes Saadinos y reinan todavía en nuestros días, sobre todo en el país comprendido entre el Muluya, el desierto y el mar. Sidi Mohamet, hijo del jerife Muley, se portó con sabia clemencia; pero después de él el trono de los jerifes se hundió en la sangre. El-Raschid gobernó con el terror, robó su oficio al verdugo, desgarró con sus propias manos los senos á las mujeres para que revelasen el escondrijo de los tesoros de sus maridos; Muley Ismael, el príncipe lujurioso, el amante de ocho mil mujeres y padre de mil doscientos hijos, el fundador del cuerpo famoso de la *guardia negra*, el galante sultán que pidió por esposa á Luis XIV la hija de la duquesa de la Vallière, hace colgar diez mil cabezas de las almenas de Marruecos y de Fez; Muley Ahmed-el-Dehebi, avaro y crapuloso, roba las joyas á las mujeres de su padre, se embrutece con el vino, hace

arrancar los dientes á sus bellas y cortar la cabeza á un esclavo que ha apretado demasiado el tabaco en su pipa; Muley Abd-Alah, vencido por los bereberes, hace degollar, para desahogar su rabia, á los habitantes de Mequínez, ayuda al verdugo á decapitar á los oficiales de su valeroso ejército derrotado é inventa el horrible suplicio de coser al hombre vivo dentro de un toro destripado para que se pudran ambos. Mejor se muestra, de la propia raza, Sidi Mohamed, su hijo, el cual se rodea de renegados cristianos, busca la paz y aproxima Marruecos á Europa. Siguen luego Muley Jezid, violento, cruel y fanático, que, para pagar á sus soldados, los lanza al saqueo de los barrios judíos de todas las ciudades del Imperio; Muley Hescham, que después de un reinado de pocos días va á morir á un santuario; Muley Solimán, que destruye la piratería y alardea de amistad con Europa, pero con arte astuto segrega á Marruecos de todos los Estados civilizados y se hace llevar á los pies del trono la cabeza de todos los judíos renegados á quienes se escapara una sola frase de remordimiento por su fe abjurada á la fuerza; Abd-er-Rhamán, el vencido de Isly, que manda emparedar vivos á los conjurados en las murallas de Fez; y, por fin, Sidi Mohamed, el vencido de Tetuán, que, para inculcar en sus pueblos el respeto y la devoción, hace llevar por los aduares y las ciudades las cabezas de sus enemigos ensartadas en las espingardas de sus soldados. Ni son estas las mayores calamidades que afligen al Imperio bajo la dinastía de los Fileli: hay guerras con España, con Portugal, con Holanda, con Inglaterra, con Francia, con los turcos de Argelía; insurrecciones feroces de los bereberes, expediciones desastrosas al Sudán, revueltas de tribus fanáticas, motines de la guardia negra, persecuciones de cristianos, guerras encarnizadas de sucesión entre padre é hijo, entre tíos y sobrinos, entre hermanos y hermanos; ora el Imperio se desmiembra, ora queda recompuesto; hay sultanes cinco veces destronados y cinco veces restaurados en el trono; venganzas desnaturalizadas entre príncipes consanguíneos, celos femeninos y delitos horrendos, y miseria inmensa, y decadencia precipitada hacia la barbarie antigua, y siempre y en todas ocasiones triunfante este principio: que no pudiendo asentarse la civilización europea más que en las ruinas de todo el edificio político y religioso del Profeta, la ignorancia es la mejor salvaguardia del Imperio y la barbarie un elemento necesario de vida. Con esta aureola histórica se nos presentaba á la fantasía el joven sultán...“

Prescindamos del ceremonial de la recepción, que suele verificarse en medio de un inmenso patio del palacio. Las embajadas tienen que esperar al aire libre, y á la hora fijada de antemano sale el Sultán á caballo, pareciendo como que se encuentra allí por casualidad con los perros cristianos. Tal es la etiqueta: el Sultán no puede rebajarse hasta el extremo de recibir á los embajadores en su palacio. Por eso obraron muy cuerdamente los ingleses, cuando, hace algunos años, llegó á Londres

una embajada marroquí, haciendo acampar al raso por algunos días á los embajadores, y siendo recibidos éstos, al fin, por la reina Victoria, desde su *landó*, que *por casualidad* pasó por el patio donde se hospedaban, bajo tiendas, los enviados marroquíes. Nosotros los españoles, sin

El emperador Muley Hassán

embargo, somos de otra pasta, y cuando el Sultán nos envía una embajada no sabemos cómo obsequiar á aquellos buenos musulmanes, pagándoles, por supuesto, todo el gasto.

Así Amicis como Loti, de igual manera que los pocos españoles que han escrito á propósito del asunto, están contestes en encontrar muy guapo á Muley Hassán. "Aquel sultán,—dice Amicis,—que la imaginación nos había representado bajo el aspecto de un déspota salvaje y cruel, era el más bello y simpático joven que pueda brillar en la fantasía de una odalisca. Es de elevada estatura, ágil; tiene los ojos grandes y

suaves, una hermosa nariz aguileña, el rostro trigueño de un óvalo perfecto, contorneado por una corta barba negra; una fisonomía nobilísima y llena de dulce tristeza. Un manto blanco como la nieve le bajaba de la cabeza á los pies; el turbante iba cubierto con un alto capuchón; los pies, desnudos y enfilados en dos babuchas amarillas; el caballo, grande y blanquísimo, con los jaeces verdes y los estribos de oro. Toda aquella blancura y aquel amplio y largo manto le daban un aspecto sacerdotal, una gracia de reina, una majestad sencilla y amable que correspondía admirablemente á la expresión gentilísima de su rostro. El quitasol, insignia del mando, que un cortesano llevaba inclinado detrás de él (un gran quitasol redondo, casi de 3 metros de altura, revestido por encima de seda color de amaranto y por debajo de seda azul recamada de oro, con una bola de oro en la punta), añadía gentileza y dignidad á su rostro. El gesto gracioso, la mirada entre pensativa y risueña, su voz queda y monótona como el murmullo de un arroyo, toda su persona y todas sus maneras, en suma, tenían un no sé qué de ingenuo y de femenino, y al mismo tiempo de solemne, que inspiraba una simpatía irresistible y un respeto profundo. No mostraba tener más de treinta y dos ó treinta y tres años."

Como se ve, el hombre corresponde por completo á su doble supremacía política y religiosa: se presenta con la majestad de un emperador y al mismo tiempo se nota en él un "aspecto sacerdolal." Téngase en cuenta, en efecto, que el Sultán de Marruecos es el jefe y como la personificación del viejo Islam, pues el Sultán de Turquía es, para los buenos musulmanes, un usurpador punto menos que sacrílego. El verdadero sucesor de Mahoma es el Sultán del Moghreb, el hombre por cuyas venas corre la sangre de Fátima y de Alí. Aparte de esto, sábese de un modo positivo que Muley Hassán no es cruel, ni mucho menos: á veces tiene que portarse con dureza obligado por las circunstancias; pero con más frecuencia se porta con benignidad. Es, ante todo, *el jefe de los creyentes,* y en tal concepto se asegura que ha hecho de su vida una verdadera *Imitación de Mahoma*. Es casto, devotísimo y, ciertamente, algo, y aun algos, fanático. A fuer de rey absoluto manda á veces cosas verdaderamente espantables, por ejemplo la prohibición de fumar. En el decreto en que aparece esta prohibición dice el Sultán que la depravación del gusto del fumador es comparable á la del hombre que comiese *caballo muerto*. Prohibido está también el café, sustituyéndose por el *te* y por los perfumes de ciertas plantas de las Indias.

Al hablar de la corte del Sultán de Marruecos y evocar la historia de la dinastía Fileli no puede menos de acudir á la memoria el recuerdo de aquel ilustre catalán llamado Domingo Badía y Leblich, que con el nombre de *Alí-Bey* gozó de incontrastable influencia en la corte marroquí. Singular personaje, harto olvidado fuera de Cataluña y que mereciera

ser conocidísimo de todos los que á todas horas hablan de la misión histórica de España en el imperio del Moghreb.

Tuvo Badía su cuna en Barcelona, donde nació en 1767. Poseído de vehemente amor al estudio, aunque de carácter demasiado indómito para sujetarse á académicas disciplinas, dióse á leer y á aprender por sí solo, encerrándose en su cuarto horas y horas. Ello es que, adolescente aún, era peritísimo en matemáticas, geografía, astronomía y física; delineaba y dibujaba con primor, era buen músico, y, cosa más rara que ninguna otra, dominaba de tal manera las lenguas orientales, y en especial el árabe, que parecía ser éste su propio y genuino idioma.

Fiesta militar

Catorce años contaba cuando, asombrado Carlos III ante la precocidad del niño, le nombró administrador de utensilios de la costa de Granada. A los diez y nueve años tenía honores de comisario de guerra, y á los veintiséis desempeñaba la jefatura de la administración de tabacos de Córdoba. Esos cargos, sin embargo, aveníanse poquísimo con sus aspiraciones. El joven pensaba en cosas muy distintas que en habérselas con los estanqueros.

Propuso, pues, al Gobierno, en 1801, lo que era su sueño dorado: un proyecto de viaje científico al Africa. El príncipe de la Paz acogió con entusiasmo la idea. Asocióse Badía con un íntimo amigo, el sabio agricultor Rojas Clemente, arabista de sumo mérito también, y trasladáronse ambos á París y Londres (1802) para la adquisición de instrumentos.

Badía había propuesto á Godoy un viaje científico; pero el valido, hombre de imaginación, decidió que, en vez de ser solamente científico, fuese también político; por manera que al trasladarse Badía á Marruecos lo hiciese no como sabio español, sino á fuer de árabe peregrinante, dándose á conocer como un ilustre príncipe descendiente del Profeta que, después de haberse dado un paseo por Europa, regresaba á sus patrios lares á través del Norte de Africa, para visitar después la Meca.

El programa científico del viaje, á tenor de las instrucciones de Godoy, debía consistir en inquirir los medios para extender nuestro comercio por levante, desde Tánger á Alejandría; en inquirir lo mismo respecto al Asia, siempre con independencia de toda otra nación; contraer alianzas con la China, tratando de organizar allí el tráfico de pesos fuertes españoles *directamente;* hacerse con todas las producciones que pudiesen aclimatarse en nuestro país, y otros *objetivos* de parecida índole, muy de alabar desde el momento en que se trataba de que en todo ello debiese intervenir exclusivamente España.

El programa político era un tanto oscuro: Badía debía ganarse la confianza de Muley Solimán, zorro astuto como pocos, y proponer á S. M. Jeriffiana que pidiese auxilio á España contra el rebelde príncipe Ahmet. En tal caso, *el príncipe*, que por nada menos que eso debía hacerse pasar Badía, iría en persona á Madrid á negociar el tratado. Caso de no conseguir su intento, debía pretextar un viaje por Marruecos, tomar nota de todo y entenderse con Ahmet para derribar á Solimán, á cambio de ceder á España parte del Moghreb. Como se ve, el príncipe de la Paz tenía á veces sus puntas y ribetes de Maquiavelo. "Badía,—dice hablando de este asunto en sus *Memorias*,—era el hombre para el caso. Valiente y arrojado como pocos, disimulado, astuto, de carácter emprendedor, amigo de aventuras, hombre de fantasía, y verdadero original de donde la poesía pudiera haber sacado muchos rasgos para sus héroes fabulosos; y hasta sus mismas faltas, la violencia de sus pasiones y la general intemperancia de su espíritu, le hacían apto para aquel designio."

Encantóle á Badía la proposición, y, á fin de llevar á cabo concienzudamente el delicado encargo, comenzó (hombre previsor) por hacerse circuncidar; y por cierto que la operación, hecha en Londres por un cirujano inglés, le costó una grave enfermedad.

Ya tenemos circunciso al buen barcelonés. Veamos ahora cómo arregla sus *papiros:* Badía se llamará *Alí, hijo de Othmán-Bey*, príncipe Abbassida, descendiente del Profeta. *Alí-Bey-el-Abbassida* ensaya en Londres el efecto oriental que ha de producir su persona, y ve que todo el mundo le toma por un verdadero y genuino príncipe musulmán, instruidísimo en la literatura árabe. Satisfecho de la prueba, regresa á Madrid, y, en vísperas de profesar las doctrinas poligámicas, hace que Godoy asegure con una pensión de cincuenta duros al mes á su esposa é hija.

Juzgóse prudente que Badía hiciese solo el viaje, y por lo mismo no le acompañó Rojas Clemente. El audaz viajero abandonó á Madrid y se embarcó con el mayor secreto, no sabiendo nadie que fuese quien era. Las mismas cartas de recomendación que llevaba para los cónsules de España en las ciudades del Moghreb le presentaban como un príncipe árabe que había permanecido y estudiado en Europa por espacio de largo tiempo.

"Comenzó desde entonces para nuestro catalán viajero,—dice el señor Balaguer,—una cadena de singulares aventuras que hacen de él un verdadero personaje de novela. Su elegante y simpática figura, su porte majestuoso, el lujo que ostentaba, sus títulos escritos en árabe antiguo y admirablemente confeccionados respecto á sellos y signaturas, la minuciosidad de sus prácticas religiosas, su completo conocimiento del idioma árabe, y, más que todo aún, sus inmensos conocimientos en astronomía, química, historia natural, geografía, dibujo y medicina, llamaron desde luego hacia tan eminente personaje el respeto y la admiración de aquellos pueblos incivilizados, sin que ni por asomo se suscitara la más pequeña duda acerca de su origen y descendencia."

Santón coronado de yedra

Desembarcaba Alí-Bey-el-Abbassida en Tánger el 29 de junio de 1803, ocurriéndole mil sabrosas aventuras y haciendo allí mismo la conquista del buen Muley Solimán, que se encontraba incidentalmente en aquella plaza. Tan prendado hubo de quedar S. M. Jeriffiana del guapo y sapientísimo príncipe Abbassida, que le invitó á acompañarle á Fez y á Mequínez; oferta que aceptó Alí-Bey, aunque protestando siempre de lo que se iba á retardar su viaje á la Meca, objeto de sus más fervientes anhelos de musulmán devotísimo.

No sabía Solimán cómo obsequiar y regalar á aquel prodigioso retoño de los Abbassidas. Alí-Bey era un astrónomo sin par. Nadie como él desentrañaba el sentido esotérico de los textos del Corán, y al par de esto era maestro en todas las elegancias y refinamientos orientales. Solimán, de cada vez más engatusado por Badía, hízole donación de una magnífica finca de los alrededores de Marruecos; regia posesión llamada *la Semelalia*, paraíso de olivas, palmeras, huertas y jardines; y, no sabiendo qué más darle, le dió dos odaliscas de su propio harem.

"Alí-Bey,—dice el mismo benemérito autor citado,—había llegado á lo sumo de la privanza, y llegó á ser tal el ascendiente que tomó sobre el emperador, que no sólo le trataba éste como amigo y como hermano; no sólo le consultaba en los negocios más arduos y en todas las ocasiones; no sólo le permitia usar el quitasol, signo de dignidad soberana en Marruecos; no sólo, por fin, le colmaba de regalos verdaderamente regios, sino que descansaba absolutamente en él todo el peso de la corona."

No par ó aquí la cosa. Muley Solimán era, cosa que no tiene nada de particular, aborrecido de los marroquíes; pero lo bueno fué que á compás de este aborrecimiento fueron creciendo las simpatías y la popularidad de nuestro príncipe Abbassida, hasta el punto de rayar *en idolatría*. De ahí la formación de un partido *alíista*, empeñado en tener un *Domingo I* de hecho, ó séase un *Alí-el-Abbassida* en apariencia. De nuestro héroe dependió que la dinastía actual sea *Filali* (ó de *Tafilete)* en vez de ser de Barcelona.

Era harto leal el Sr. Badía y Leblich para dejarse desvanecer ni aun ante la irresistible atracción de ser emperador de Marruecos, con todas sus consecuencias domésticas y públicas. No olvidaba el trato concluído con Godoy, no olvidaba que era español, y por eso rechazó la tentadora oferta de sus entusiásticos partidarios. Todos sus esfuerzos se dirigieron á alcanzar la realización del proyecto concebido por el príncipe de la Paz, esto es, que Solimán impetrase la alianza y el concurso de España; pero todas las tentativas de Alí-Bey se estrellaron contra el fanatismo de aquel bárbaro, que, habiendo mandado hacerse musulmanes por fuerza á los judíos, mataba á los que alguna vez dejaban adivinar sus remordimientos.

La ojeriza de Solimán contra los *Nazarenos* tomaba caracteres de hidrofobia cuando se trataba de los españoles, ó *Rumí*. Un día que el Sultán se espontaneaba, como de costumbre, con el gallardo príncipe barcelonés, hubo de decirle: "—Lejos de buscar amigos y socorros en España, nada llenaría tanto de satisfacción mi alma como ver cumplida en mi reinado la promesa de Alah (¡Él solo es grande!) de que á este imperio del Moghreb le está reservada la gloria de reconquistar á España." ¡Y el imprudente Solimán, en el colmo de la confianza, hubo de brindarle á Badía con el mando en jefe de un ejército destinado á recobrar los reinos de Sevilla, Córdoba y Granada!

No había cuajado, pues, la primera idea de Godoy, por lo cual se presentaba el caso de entenderse con el rival *de turno,* pues á falta de Ahmet había un tal *Hescham*, ganoso de ponerse en lugar de Solimán. El príncipe Abassida se entendió, pues, con Hescham, y le propuso una alianza con España. España le haría dueño del codiciado tahalí imperial, y Hescham en cambio nos cedería toda la provincia de Fez, que comprendía nada menos que Tetuán, Tánger, Larache, Salé, y no digamos nada del fertilísimo territorio del interior.

Ya está ultimado todo: las tropas dispuestas para embarcarse, los navíos listos, los generales nombrados. El capitán general de Andalucía había hecho milagros de actividad, y Badía esperaba de un momento á otro la llegada de la expedición española, cuando hubo de aguársele deplorablemente su esperanza. Según dice Godoy, habíanle entrado á última hora ciertos escrúpulos de conciencia al señor D. Carlos IV.

Arruinado así por los escrúpulos del señor D. Carlos IV todo el plan

tan hábilmente dispuesto por Alí-Bey, quedó éste, y valga la frase, en las astas del toro, comprometido con Hescham y no menos comprometido con Muley Solimán. Sin embargo, tan admirables eran las condiciones de aquel héroe singularísimo, tanta su serenidad, tanto su ingenio, tan

Corriendo la pólvora

fina su diplomacia, que, con promesas y esperanzas al uno y con astutas demostraciones de devoción al otro, consiguió poder salir de la ratonera de Marask (Marruecos) lleno de honores y siempre en posesión de la confianza del jerife. Hescham, enternecido con la suma religiosidad de aquel creyente que iba derechito á la Meca, se calló, y Solimán no traslució nada.

Hasta aquí lo pertinente á Marruecos; pero se nos perdonará que complatemos esta digresión siguiendo á Alí-Bey en sus arriesgadas empresas. Badía, pues, salió de Marruecos, dirigiéndose á Larache á través de los desiertos, que atravesó con su comitiva, y donde hubiera perecido sin el providencial socorro de una caravana que pudo salvarle la vida, lo mismo que á los de su séquito. Ya en Larache, se embarcó para Trípoli, donde el bey le colmó de distinciones; pasó luego á Chipre, de Chipre á Alejandría y el Cairo; y, por fin, recibido en este punto con

grandísimas demostraciones de afecto y consideración por Mahomet Alí, salió para la Meca, poniéndose al frente de una caravana de 5,000 caballos y 300 camellos y embarcándose en Suez.

Después de una travesía tempestuosa, desembarcó, por fin, en Djedda, y entró en la Santa Meca el 23 de enero de 1807, es decir, entró allí donde había dicho el Profeta: *Jamás el pie de un infiel profanará el territorio prohibido.* Badía, un catalán, penetró por primera vez desde la instauración del Islam, y gracias á Badía se tiene hoy exactísima noticia de lo que es la Meca y se tienen los planos completos de la *Kaaba* famosísima. Y no sólo esto, sino que con tanta verdad dramática y religiosa representó Badía su papel que fué proclamado *Hadjem-beit-Allah-el-Haram,* que es como si dijéramos *Servidor* ó *Ministro de la casa de Dios la prohibida;* título que valía grandísima consideración entre los musulmanes.

De regreso al Cairo, y no sin haber estado expuesto durante la vuelta á terribilísimos peligros, fué recibido *Alí-Bey-el-Abbassida* con extraordinarias muestras de entusiasmo. Desde el Cairo trasladóse Badía á Jerusalem, siempre á guisa de príncipe musulmán. No dejaba de ser una situación singularmente crítica la suya: era cristiano, católico, y no podía revelarlo. Cuando visitó el Santo Sepulcro no pudo postrarse en aquel venerando templo; pero se desquitó, en cambio, orando en los Santos Lugares, consagrados á la memoria de Jesucristo y de María, donde hacen oración también los musulmanes. El motivo por el cual los musulmanes no oran en el Santo Sepulcro dimana de esta disparatadísima locura: creen ellos, según el Corán, que Jesucristo no murió, sino que subió á los cielos, dejando empero la imagen de su rostro á Judas, por lo cual el Iscariote fué condenado á muerte en su lugar; y, por lo tanto, hubiera podido ser que, habiendo sido crucificado el traidor apóstol, fuese enterrado allí. Tales sandeces contiene el libro de Mahoma.

Volviendo ya á nuestro Alí-Bey, una vez cumplida su peregrinación á Jerusalem, embarcóse en Jaffa para San Juan de Acre, visitó el Monte Carmelo, Nazareth, Damasco, Alepo (es decir, *su patria,* según rezaban sus papiros), y paró en Constantinopla, alojándose en el palacio de la embajada española.

Aquel hombre, que jamás había despertado la menor sospecha; aquel intrépido impostor, que había podido disponer del tahalí de Marruecos y cuyas luces habían solicitado el bey de Trípoli y el bajá de Egipto; aquel hombre, que había ejercido el mando de una caravana á la Meca, hubo de ser delatado por un criado español de nuestro embajador. El Diván, con todo, despreció la delación; pero Badía juzgó prudente no continuar en Constantinopla y se encaminó á Bayona, donde residía á la sazón Carlos IV (9 de mayo de 1808). Aquel rey que se había opuesto á última hora á que se llevase á efecto la expedición que tenía por objeto dar á España la provincia de Fez, había cedido la corona de Leovigildo, de Al-

fonso XI y de Carlos V al improvisado emperador Bonaparte, y mandó á Alí-Bey que sirviese á Napoleón. Badía, poco al tanto de lo que ocurría por aquí, acabó por obedecer, y tuvo con ello la desgracia de figurar en el partido afrancesado, desempeñando las intendencias de Segovia y de Valencia, donde por sus especiales maneras le llamaban el *intendente moro*.

Comprometido Badía con el rey José, hubo de seguirle en su retirada el año 14. Envió después un memorial á Fernando VII ofreciéndole sus servicios y tributándole homenaje; pero *el Deseado* no era hombre que hiciera gran caso de geógrafos, matemáticos y otros danzantes (hubiese sido algún catedrático de Cervera de aquellos que decían: *¡Lejos de nosotros, Señor, la fatal manía de pensar!)*, y, así, no se dignó contestar siquiera á Alí-Bey. Por supuesto que todo esto ganó el intrépido profanador de la Meca, pues, si llega á venir, á buen seguro que le ahorcan. En fin, triste es tener que registrar esta defección, pero Badía no tuvo más remedio que pedir la nacionalidad francesa.

Aguador

Estableciose, pues, en París, y allí publicó el mismo año 1814 la relación de su interesantísimo viaje, traduciéndolo del árabe al francés. El editor fué Fermín Didot, y la obra iba dedicada á Luis XVIII. Badía firmó solamente con una *B*, dándose por musulmán.

La obra, acompañada de un magnífico *Atlas*, produjo una impresión inmensa en el mundo sabio, pues daba noticias de que jamás habían podido hacerse dueños los más atrevidos exploradores del Oriente; pero el asombro subió de punto cuando se descubrió la verdadera personalidad del autor, en quien, si vastísimo era el saber, mayor era aún la intrepidez. "No se encontraban frases ni palabras suficientes, —dice el Sr. Balaguer,—á loar á aquel hombre que, nacido en Cataluña, lleno de la grandeza de un proyecto que había de cambiar la faz del mundo mercantil é introducir la civilización en bárbaras regiones, adquirió, con una perfección de que no hay ejemplo, los conocimientos que debían influir para el éxito de su empresa; se sujetó á cruel circuncisión, se forjó una genealogía seductora, se encargó de llevar á cabo un plan político que podía promover una revolución en el equilibrio de las naciones, partió con sublime descaro á extender su impostura, explicó el Corán en el sentido más útil á sus miras, privó en la corte de Marruecos, llegando á ser el amigo y

consejero íntimo del Sultán; estuvo á punto, si hubiese querido, de ser proclamado emperador marroquí; apareció misteriosamente en los puertos de África, atravesó el desierto, recibió en Egipto adoraciones que sólo se tributan á un profeta, navegó por el Mar Rojo, visitó la Meca, donde no se había impreso jamás la planta de un cristiano; recorrió la Siria y fué honrado y festejado en Constantinopla."

Viudo Badía de su primera mujer, casó en 1815 con la hija de M. Delisle de Salles, del Instituto, mereciendo especial consideración de Luis XVIII, que le concedió una espléndida pensión; pero no era hom-

Banquete marroquí

bre *Monsieur Dominique Badía* para estarse mano sobre mano: sentía la nostalgia del Oriente, y no paró hasta que consiguió una comisión para allá, para donde partió llevando el nombre de Alí-Othmán, príncipe Abbassida, con el sueldo, grado y honores de general de división.

No se sabe á punto fijo cuál era la comisión encargada á Alí-Ohtmán: créese fuese para la India, y créese también que, enterado de ello el gobierno inglés, hizo que el bajá de Damasco le diera á Alí-Othmán *une tasse de mauvais cafè,* ó sea jicarazo. Otros aseguran, sin embargo, que nuestro paisano falleció en Mazarib (cerca de Damasco) de disentería (1822). Perdiéronse todos sus papeles y efectos, de que se apoderaría seguramente el bajá damasceno.

Creemos que el lector nos perdonará esta digresión en gracia á tratarse de un hombre que pudo ser, y no quiso, sultán del Moghreb, y que hubiera podido darnos, y no quiso Carlos IV, la mejor parte de Marruecos. Hoy nuestros compatriotas no abrigan las encumbradas aspiraciones de Alí-Bey. Los que adoptan el traje musulmán no se visten de príncipes, sino de vendedores de dátiles ó zapatillas, y el único árabe que

conocen es: —*¡Trieu y remeneu! ¡Trieu y remeneu!*, salvo si algún catalán, como sucedió en la Exposición Universal de Viena, se extraña de aquellas voces, en cuyo caso exclaman: —*¡Trieu y no chuteu! ¡Trieu y no chuteu!*

Tales son los *Alí-Beyes fin de siècle.*

CAPÍTULO XXXIX

ATISBOS, VISLUMBRES, INDISCRECIONES Y TAL CUAL INFUNDIO SOBRE LAS BELLAS DEL MOGHREB

La frase de *ser más celoso que un turco* peca de incompleta, debiendo decirse *ser más celoso que un musulmán*. Verdad es que la retórica autoriza á tomar la parte por el todo. Ya se entenderá, pues, cuán delicada es la materia de que vamos á tratar, y siendo verdaderamente portentosa la facilidad que, al parecer, tienen muchísimos pintores en penetrar en lo más recóndito de las casas, según demuestran tantos y tantos *Interiores de un harem* como figuran en exposiciones y periódicos ilustrados.

Ya vimos, sin embargo, cómo hubieron de quedarse poco menos que *in albis* los Sres. Thomson y C. B., á pesar de ser tan entrometidos. Alí-Bey, sí, pudo ver todo lo que le pareció bien, y hasta era dueño y señor de un harem *lui même;* pero no fío yo mucho en lo que dicen otros. Ya veremos ahora cuán poco pudieron *distinguir* Amicis y Loti, á pesar de sus deseos, debiendo citarse también, entre los privilegiados que alcanzaron á ver una miajita, á nuestro malogrado Alarcón.

La única manera de poder ver á una mora es subirse á la azotea cuando se pone el sol; pero eso le está prohibido al sexo feo musulmán, y es una imprudencia tan grande que el curioso perro cristiano que se atreve á ello se expone á que le hagan arder el pelo de un balazo disparado por algún celoso guardador de las buenas tradiciones. Pero, si la curiosidad no se sobrepusiese á todos los peligros, ¿hubiera sido Adán expulsado del Paraíso y hubiera escalado nadie el Monte Blanco?

Así, pues, la curiosidad, como la *labor, omnia vincit,* y el curioso español, francés ó italiano que se encuentra en Tetuán, en Fez ó en Mogador, acaba por decidirse á asomar las narices al terrado, y, naturalmente, procura en seguida tomarles la filiación á las vecinas.

El espectáculo desde una azotea, aun prescindiendo de toda curiosi-

dad galante, es ya en sí altamente atractivo, pues el panorama que se extiende ante la vista es originalísimo: una inmensa superficie de azoteas encaladas, cuya blancura sólo se ve interrumpida por el verdor de los jardines, el oleaje de las palmeras mecidas por la brisa, y la graciosa ornamentación policroma de los alminares; allá, lejos, las montañas; encima, el cielo divinamente azul.

Muchas azoteas, y entre ellas la de la casa en que vivía Amicis, están rodeadas por una pared más alta que la estatura de un hombre, pero

Damas moghrebinas en las azoteas de Fez

con la ventaja de estar rasgada por algunas aspilleras, desde donde se puede curiosear. Veamos, pues, lo que vió el eminente escritor italiano: "En las azoteas vecinas y lejanas,—dice,—había muchas mujeres, la mayoría, á juzgar por el vestido, de respetable edad; señoras, si puede darse este título á las mujeres moriscas. Algunas estaban sentadas en los pretiles, otras paseaban, algunas saltaban con agilidad de ardillas de azotea en azotea, se escondían, volvían á aparecer, y se rociaban el rostro, riendo como locas. Más de una estaba sentada en tal postura que hubiera corregido, sin duda, á sospechar que la estaba observando el ojo de un hombre. Había viejas, jóvenes, muchachas de ocho á diez años, todas con vestidos de formas extrañas y de colores vivísimos. Las más llevaban las trenzas sueltas por los hombros; un pañolito de seda rosa ó verde atado en torno á la cabeza á manera de venda; una especie de caftán de varios colores, con anchas mangas, ceñido al talle con un cinturón azul ó encarnado; un corpiño de terciopelo abierto sobre el pecho; calzas, babuchas amarillas, y gordos anillos de plata sobre los tobillos. Las

criadas y las niñas no llevaban más que la camisa. Sólo una de aquellas *señoras* se encontraba bastante cerca para poder distinguir su rostro.

"Era una mujer de unos treinta años, vestida con lujo, asomada á una azotea distante un salto de gato de la nuestra. Miraba á un jardín, con la cabeza apoyada en la mano. Observámosla con los gemelos. ¡Dios del cielo, qué pintorreo! Negro de antimonio debajo de los ojos, carmín en las mejillas, albayalde en el cuello, henné sobre las uñas: era toda una paleta; pero guapa, á pesar de sus treinta años. Un palmito lleno; dos ojos de almendra, velados por largas cejas y languidísimos; una naricilla algo arremangada; una boquita redonda, según la expresión de los poetas morunos, como un anillo; y un cuerpecito de sílfide, cuyas curvas muelles y gentiles ponía en evidencia el sutil vestido. Parecía triste, y quizás era origen de su tristeza una cuarta esposa de catorce años que había entrado en el harem poco antes, y cuyo triunfo había comprendido ya por la frialdad del abrazo del marido. De vez en cuando se miraba una mano, un brazo, las trenzas que le caían sobre el seno, y suspiraba. Una voz que se le escapó á uno de nosotros la asustó. Miró en torno suyo, y, notando que la observábamos, descabalgó del pretil de la azotea con la destreza de una acróbata, saltó en un terrado vecino y desapareció. Para ver mejor mandamos á buscar una silla, y se jugó á pares ó á nones á quién tocaría subir primero. Tocóme á mí, arrimé la silla á la pared, subíme en ella y saqué el busto por encima de la pared. Aquello fué como la aparición de un nuevo astro en el cielo de Fez, y páseseme la comparación inmodesta. Me vieron en seguida desde las primeras casas, y huyeron, se desparramaron, anunciaron el suceso á las mujeres de los terrados vecinos. En pocos minutos, de azotea en azotea, difundióse la noticia por toda la ciudad, afluyeron curiosas de todas partes y me encontré puesto en berlina. Pero la belleza del espectáculo me retuvo firme en mi puesto. Había centenares de mujeres y de chiquillas, derechas sobre los pretiles, sobre los miradores, sobre las escaleras exteriores, todas vueltas hacia mí, todas vestidas de colores flamantes, desde las más cercanas, cuyos rostros atónitos distinguía, hasta las más lejanas de los otros barrios de la ciudad, que se veían apenas como puntos blancos, verdes y encarnados. Algunas azoteas atestadas de mujeres parecían jardines de flores. Por todas partes un murmullo, un vaivén, una gesticulación, que no parecía sino que toda aquella muchedumbre asistía á algún fenómeno celeste. Para no volver de arriba abajo toda la ciudad me eclipsé, quiero decir que me bajé de la silla, y por algunos minutos no apareció nadie. Subió otro, y luego, aprovechando una distracción de los moros, subieron algunos más; pero sobre una azotea vecina cinco ó seis arrapiezas de esclavas, de trece ó catorce años, se pusieron á mirarnos y á guiñarnos tan insolentemente, que nos vimos obligados, por decoro de la cristiandad, á privar al bello sexo metropolitano de nuestra maravillosa presencia."

Pedro Loti tuvo también ocasión de ver algo desde su azotea. "Esas mujeres se pasean por grupos,—dice,—ó bien se sientan, para hablar en los rebordes de las paredes, con las piernas colgando sobre los patios ó las calles; ó bien se tienden, indolentemente echadas atrás, con los brazos cruzados bajo la nuca. Visítanse de una casa á otra por escalo, con auxilio de escaleras de mano, ó bien de tablas, con las que improvisan un puente. Las negras, esculturales, llevan en las orejas grandes anillos de plata. Sus trajes son blancos ó rosa. Un pañuelo rodea el negro de su rostro. Sus voces risoteras suenan como carracas, con alegrías pícaras de monas. Las árabes blancas, sus dueñas, llevan túnicas de seda brochadas de oro, atenuadas bajo tules bordados. Sus mangas largas y anchas dejan libres los hermosos brazos desnudos, rodeados de brazaletes. Unos altos cuellos de seda de lama de oro, tiesos como tiras de cartón, sostienen sus gargantas. Sobre todas las frentes hay cerquillos, hechos de una doble hilada de cequíes de oro, ó de perlas ó de pedrería, y por encima está puesta la *hantuza,* la alta mitra, siempre arrollada en velos de gasa de oro, cuyos cabos cuelgan y flotan por detrás, mezclados con la masa de los cabellos sueltos. Andan con la cabeza echada atrás, con los labios abiertos sobre los dientes blancos. Tienen un meneo de caderas algo exagerado y de voluptuosa lentitud. Sus ojos, ya muy grandes y muy negros, están reunidos y prolongados hasta las sienes con antimonio. Muchas van pintadas, no de carmín, sino de bermellón puro, como por salvaje rebusco de la inverosimilitud. Sus mejillas parecen embadurnadas con minio espeso, y sobre sus frentes, sobre sus brazos, aparecen taraceas azules."

Tal es la vida elegante de la capital moghrebina á la hora del crepúsculo vespertino. "Señoras ó esclavas,—dice Loti,—sin distinción de castas, pasean confundidas, ríen juntas, y á menudo entrelazadas, con apariencia de igualdad completa."

Ya el sol se ha puesto. Un vago vapor violeta anega en sombras la ciudad. Es la hora solemne en que el *muezzín,* desde lo alto del alminar de Driss, llama á la oración de la noche, lanzando con plañidero tono la frase, que se repite de un alminar á otro: —*¡Allah Akbar! ¡Allah Akbar! ¡Allah Akbar!*

Ya nada se distingue. "Allá solamente, en una azotea que me domina, una mujer permanece colgada en silueta de sombra en el ángulo agudo del techo, altivamente plantada sobre sus piernas, con las manos á la espalda, contemplando yo no sé qué, abajo, en el vacío..."

Son harto preciosos los descubrimientos de Pedro Loti para que los dejemos escapar, y, por lo mismo, ahí van unas cuantas acuarelas más. El autor acabó por no infundir ya miedo á sus vecinas, que se complacían en enseñarle sus joyas y sus trajes, para ver qué tal le parecían á aquel nazareno *con manos de dos pieles,* es decir, con guantes, y pudo á su sabor tomarles la filiación á algunas damas del país. "Una de ellas,—

dice,—que pertenece á uno de mis próximos vecinos, tiene los portes de un animal cautivo. Pasa horas enteras sola, sentada en equilibrio en el agudo vértice de una pared, perfilada sobre el cielo, inmóvil é indiferente á todo, aun á la curiosidad de verme. No es bonita en absoluto, sobre todo á primera vista, pero sí esbelta y admirablemente modelada, joven y extraña, con ojos de sombra, que se adivina cercados por alguna turbadora fatiga. Está en su puesto, esta mañana, con los brazos desnudos, y las piernas cruzadas y desnudas también hasta las rodillas. Sobre sus tobillos, muy finos, pesan pesados anillos gruesos, y unas viejas babuchas cualesquiera se sostienen malamente en sus pies menudos y exquisitos. Sus ojos están más hundidos que de costumbre, más enfermos: diríase que ha llorado. Seguro estoy de que ha recibido la paliza de esta noche. A través de mi pared he cído golpes, y, durante una hora después, lloros y gritos de rabia.

"Después me encuentro con una cara nueva, una muchachona morena, descubierta la cabeza, con largas trenzas de cabellos admirables. ¿De dónde viene esa recluta? ¿Quién es el rico vecino que ha comprado su juventud ardiente y sus riñones soberbios? Un perfil recto y duro; ojos muy alargados, apenas abiertos, oscuros y sensuales; un porte altanero, salvaje. Su brazo, que está desnudo, sería por sí solo una maravillosa cosa que esculpir ó que pintar. Después de un minuto de azoramiento, toma también el partido de mirarme á la cara, pareciendo decirme: —¿Qué estás haciendo tú ahí? ¿Por qué vienes á molestar á las mujeres en sus dominios de los techos?

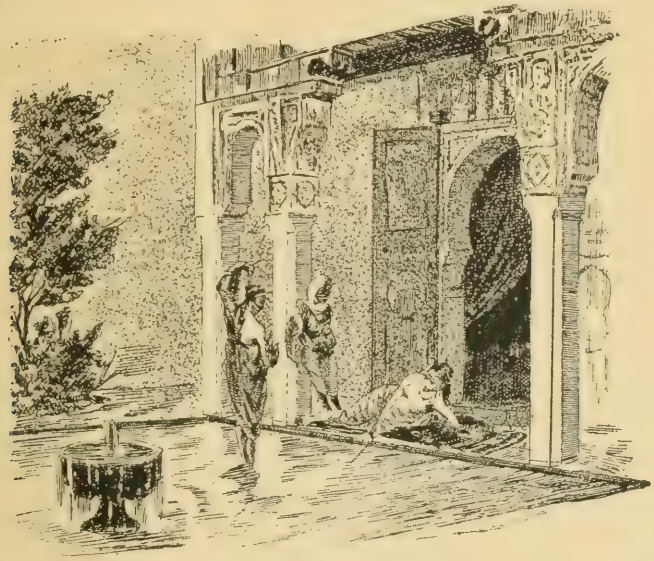
"Entonces me vuelvo para mirar á la otra, á la solitaria, que se hace siempre la remolona y la rebelde en un rincón de pared.

"Decididamente tiene ese género de irregularidad y de fealdad á primera vista que acaba á veces, á la larga, por convertirse para nosotros en el hechizo supremo. Tiene esos labios de contornos finos y firmes, de comisuras muy profundas, que son á menudo toda la belleza atractiva y mortal de un rostro de mujer. Héte aquí que la idea de que le han pegado, y volverán á pegarle, se me hace extremadamente penosa esta mañana. Me entra una especie de despecho al sentir tan tremendas barreras entre nosotros, cuando tan cerca nos hallamos, viéndonos cada día, y quisiera poder impedir que llorase y que sufriese: procurarle solamente un goce de bienestar físico y seguro.

"Es ese, por lo demás, un género de piedad por el que no quiero atribuirme ningún mérito, porque me hago perfectamente cargo de que me inquietaría menos por ella y por su pesar si no tuviese esa boca deliciosa."

Tuvo también la suerte Pedro Loti de trabar amistad con un joven *tholba* verdaderamente *fin de siècle*, que le dió preciosísimas noticias sobre la vida galante de la capital. Porque esas tenemos: Fez, con ser la capital religiosa del Imperio, es también una Babilonia, un París, hasta cierto punto.

Parece, pues, que hay en Fez gran número de esposas divorciadas y abandonadas, las cuales, no teniendo mejor cosa que hacer, se dedican á dejarse galantear. ¿Y cómo se las compone el pérfido seductor con turbante para captarse las buenas gracias de aquellas desconsoladas Ariadnas? Pues no se crea que con oro de Ofir ni diamantes de Golconda ó del Brasil. El perfecto Tenorio marroquí ha de comenzar siempre sus criminales tentativas enviando ó presentando á la bella, pero, en resumidas cuentas, regalándoselo, un gran pan de azúcar. Cuando se ve á



Interior destinado á las mujeres

un moro con un pan de azúcar no cabe equivocación: no lleva buenas intenciones: va de conquista. El pan de azúcar es la manzana de las Evas de Marruecos.

El *horizontalismo* se recluta entre esas divorciadas, y lo mismo las infortunadas que en nuestros países caen bajo la jurisdicción maternal de la higiene. En cuanto al motivo de que haya tantas divorciadas en Fez, es muy sencillo. Allí acuden los que se han enriquecido en un dos por tres en el Sudán, cásanse con tantas mujeres como pueden, viene la ruina á no tardar, escapa el marido, y allí las deja plantificadas á sus señoras, sin un ochavo moruno siquiera, limitándose á decir:—*Ahí queda eso.*

A veces es posible ver algo del interior de un harem, lo cual sucede cuando algún viajero es invitado á comer por ese ó el otro bajá, visir ó cosa así. Esos banquetes, verdaderamente babilónicos, suelen constar de unos veinticinco ó treinta platos, con los que el desgraciado nazareno

tiene que apechugar, so pena de faltar á las más rudimentarias reglas de la cortesía marroquí. ¡ Y todo eso sin vino, sin una copa de champaña siquiera, ni aun trayéndoselo uno mismo!

En parecida ocasión atisbó Amicis un poco del harem de cierto gran visir. "En todas las ventanillas de las cuatro paredes, iluminadas por dentro *(trátase de las ventanas de un patio al oscurecer)*, veíase asomar las cabezas de mujeres y niñas, de quienes no se distinguían sino los contornos negros. Por una puerta entornada, al nivel del suelo, veíase una sala iluminada espléndidamente, donde estaban sentadas y

El harem del Gran Visir

tendidas en círculo, en voluptuosas actitudes, las mujeres y las concubinas del Gran Visir, diademadas como reinas, pero veladas ligeramente por el humo de los pebeteros que ardían á sus pies." La cita es corta, pero la impresión no fué menos fugitiva.

Las judías, en cambio, *están visibles* á todas horas, y no sólo eso, sino que procuran dejarse ver. Por lo general no pierden ripio, cuando llega á Fez algún embajador cristiano, para presentarse á él pidiendo algo. Eso sucedió en la ocasión á que se refiere Amicis en su libro. Hé aquí lo que dice:

"Llegó una comitiva de mujeres hebreas á presentar no sé qué instancia al embajador.

"Nadie pudo sustraer las manos á la lluvia de sus besos.

"Eran esposas, hijas y parientes de dos acomodados comerciantes; bellísimas mujeres, de fúlgidos ojos negros, de carnación blanca, de labios purpurinos, de manos menudísimas. Las dos madres, ya viejas, no tenían una sola cana y brillaba aún en sus pupilas todo el fuego de

la juventud. Llevaban un vestido pintoresco y espléndido: un pañuelo de seda de colores vivísimos atado en torno de la frente; una chaquetilla de paño rojo, adornada con anchos y gruesos galones de oro; un delantal todo dorado; una basquiña corta y estrecha de paño verde, rayada de galones resplandecientes; una faja de seda rosa ó azul ceñida al talle. Parecían de verdad princesas asiáticas, y esta pompa contrastaba extrañamente con sus maneras servilmente obsequiosas.

"Todas hablaban en español.

"Hasta al cabo de algunos minutos no advertimos que iban descalzas, con las babuchas amarillas bajo el brazo.

"—¿Por qué no os calzáis?—pregunté á una de las viejas.

"—¡Cómo!—me preguntó á su vez, maravillándose.—¿Pero no sabe V. que los israelitas no pueden llevar zapatos sino en el Mellah, y que entrando en la ciudad mora deben ir descalzos?

"Así es efectivamente. No están obligados absolutamente á ir siempre descalzos; pero siéndoles necesario quitarse las babuchas cuando pasan por ciertas calles, por delante de ciertas mezquitas ó junto á ciertas cubas, acaba por ser lo mismo.

. . . . . .

"Aquellas pobres mujeres nos enseñaron unos gruesos brazaletes de plata cincelada, sortijas con perlas y pendientes de oro, que llevaban ocultos en el seno. Preguntamos por qué los escondían.

"—*Nos espantamos de los moros* (1),—respondieron en voz baja, mirando en torno suyo con desconfianza. Desconfiaban hasta de los soldados de la legación."

Tampoco es difícil ver á las esclavas de casa grande. Suelen ser muchachas de quince á veinte años, negras ó mulatas, nada ariscas, con grandes ojos, nariz dilatada, senos prominentes, vestidas con una túnica blanca ceñida al talle con una faja bordada, desnudos los brazos y los pies, adornadas con brazaletes las muñecas, con aros en las orejas y con anillas en los tobillos. Es preciso, sin embargo, hacer en todo lo que llevamos dicho una excepción respecto á los médicos. Esos privilegiados mortales, es decir, los que van agregados á las embajadas, se ven constantemente solicitados para prestar los auxilios de la ciencia á las damas del harem, penetrando en aquella clausura de la propia manera que en nuestros climas penetran en la clausura de las vírgenes del Señor; y á fe que sus impresiones (las de los haremes) no pueden ser más naturalistas, viniendo á dar la razón á un suelto que publicó no recuerdo qué católico periódico de la corte afirmando que la mujer marroquí era de lo más *asqueroso*. Los Sres. Adolfo Belot y Alfonso Daudet encontrarían por allí tipos conocidos. Y se comprende. ¿Qué diablos puede hacer de veinte ó treinta mujeres un viejo decrépito, caduco, atáxico, cacóqui-

(1) La frase está en castellano en el original.

mo, como suele ser. por lo general, el esposo de aquellas pobres aburridas?

Y, sin embargo, si á mirar vamos, no es mucho más envidiable la suerte de muchas mujeres europeas, ya sea aquellas que se encierran voluntariamente, y no en ningún harem, ya aquellas otras que se ven encerradas por la dura ley de la vida. Lo que hay es que todo tiene su compensación. La inteligencia poco refinada de las odaliscas negras ó blancas les impide, sin duda, reflexionar en su situación, y en último resultado no deben ser ni más felices ni más desgraciadas que las esposas europeas.

CAPÍTULO XL

LOS RENEGADOS.—INDUSTRIA Y COMERCIO.—LA NOSTALGIA.—UNA RAZA DEGENERADA

HABRÁ en todo Marruecos unos trescientos renegados españoles, procedentes, en su mayoría, de las universidades de Ceuta y de Melilla, y el resto desertores franceses de Argelia ó bien aventureros cosmopolitas.

La condición de renegado es hoy poco apetitosa, por más que antes fuese, relativamente, una prebenda (prescindiendo de todo honor, vergüenza y conciencia). Cuando aquellos miserables abrazan el islamismo hácenlo sin ceremonias y no se les ve nunca en las mezquitas; pero el Sultán tiene buen cuidado en *naturalizarlos*, obligándoles á que carguen en seguida con una ó más esposas, moras ó árabes, y cuando no se encuentran proporciona S. M. alguna negra de su harem. Todo renegado debe alistarse en el ejército, pero pudiendo, al mismo tiempo, ejercer su oficio, si lo tiene. En su mayoría son músicos ó artilleros. El músico mayor del ejército moghrebino era, hace pocos años, y no sabemos si lo continúa siendo, un español. Los soldados ganan cinco sueldos al día; los oficiales, veinticinco ó treinta, y hasta pueden ganarse dos pesetas. El traidor Carranque, que desertó después de la batalla de Tetuán, en 1860, ganaría, sin duda, sus ocho realejos.

Todos esos renegados, sin embargo, viven atormentados por hondo desasosiego é insoportable melancolía. Muchos presidiarios se presentarían de nuevo en el correccional si supiesen que terminada su condena podrían ir á acabar sus días en España. "Esta vida que llevamos aquí no es vida,—decía uno de aquellos desdichados á un antiguo ministro español que se encontraba en Fez;—nos vemos aquí como en medio de un desierto. Es una cosa que espanta. Todos nos desprecian. Nuestra misma familia no es nuestra, porque los hijos no nos quieren y todos les incitan á que nos odien. Y, luego, no se olvida nunca la religión en que se ha nacido, la iglesia donde nuestra madre nos llevó á rezar, sus con-

sejos, el tiempo más feliz de nuestra vida, y estos recuerdos... Somos renegados, somos presidiarios, es verdad; pero, en fin, somos hombres, y estos recuerdos nos traspasan el alma.“ Y, diciendo esto, lloraba.

Pero dejemos tan desagradable asunto, siempre penoso, y digamos algo acerca de *intereses materiales.*

Por increible que parezca, hay marroquíes que se dedican al comercio y hacen viajes por el extranjero. El comercio con España es escaso; pero, con todo, desde que los vapores de la Trasatlántica tocan en Rabat y otros puertos de Marruecos, las transacciones aumentan con los productos procedentes del África Central. La exportación á España consistía antes en lana, sanguijuelas, goma arábiga, dátiles, babuchas, cueros, huevos, aceite malo, trigo, etc. Aunque de contrabando les enviamos á nuestra vez millares de fusiles, á cuyo tráfico se dedican algunos honrados mercaderes y patronos de la costa andaluza, amén de lo cual reciben azúcar, metales, tejidos de lana y de algodón, quincallería, y algo más, no mucho, siendo así que nuestro comercio con el Moghreb debiera ser importantísimo.

Barbero

Con Italia se hace bastante negocio. Los moros se dirigen principalmente á Lombardía y Venecia, donde compran seda cruda, damascos, terciopelos, géneros de hilo, porcelana, perlas, naipes, muselina, etcétera, importando, en cambio, únicamente lana y cera. Inglaterra les llena de productos á los marroquíes más que otra nación alguna, Alemania no cesa de trabajar en igual sentido, y, por fin, Francia no deja también de enviarles algo, sobre todo juguetes, quincallería, porcelana, perfumería, tejidos, etc., existiendo en Tánger una sucursal, creo, de *Le Printemps.*

La fabricación consiste en armas, estofas, cueros y loza. Las estofas se tejen principalmente en Marruecos y Fez, consistiendo en jaiques para las mujeres, turbantes, bandas, pañuelos, finísimos tejidos de seda entremezclados de oro y plata, á rayas, pero muy mal hechos y de poco aguante. En cambio los casquetes llamados *fez*, del nombre de la ciudad donde se fabrican, son tan finos como resistentes, y las alfombras de Rabat, Casablanca, Marruecos, Mogador y Siedma no dejan nada que desear en punto á solidez y brillantísimos colores. En Tetuán fabrican

preciosas espingardas damasquinadas, con incrustaciones de marfil ó plata, y aun de piedras preciosas; y en Mequínez y Fez se conserva perfectamente la tradición de los magníficos puñales. Todavía hoy son objeto de altísima estimación los guadamaciles que se labran en el imperio del Moghreb: los cueros escarlata de Fez, los amarillos de Marruecos, los verdes tafiletes. En Fez se cultiva con éxito la cerámica, siendo muy apreciables sus platos esmaltados, si ya no con la maravillosa pureza de formas de otros tiempos, cuando menos con vívidos colores y cierta forma original que cautiva los ojos. También hay buenos plateros en Fez, y las joyas que labran son tan sencillas como de buen gusto; y más harían si el fanatismo de los malekitas no se opusiera al lujo.

Vaciador

De belleza peregrina son los muebles que se construyen en Tetuán, bien conocidos de nuestros héroes del 60. Mesitas polígonales para tomar café, exornadas con arabescos y pintadas de mil colores; taburetes, alacenas, bandejas de cobre, cinceladas y esmaltadas; mosaicos admirables, etc. "No tiene duda,—dice Amicis,—que este pueblo está dotado de admirables aptitudes, y que la industria adquiriría grande incremento, como lo adquiriría la agricultura, que fué en otro tiempo florecientísima, si se diese vida al comercio; pero el comercio se encuentra endogalado con las prohibiciones, las restricciones, los monopolios, las tarifas excesivas, las modificaciones continuas, la inobservancia de los tratados; y aunque los Estados europeos hayan alcanzado mucho en estos últimos años, no es sino pequeñísima cosa en comparación de lo que llegaría á ser Marruecos, gracias á la riqueza natural y á la posición geográfica del país, bajo un gobierno civilizado."

Marruecos sostiene bastante comercio con Argelia; pero le excede en importancia y regularidad el que hace desde larguísimos siglos con el África Central, para donde parten cada año grandes caravanas, "llevando,—dice Amicis,—estofas de Fez, paños ingleses, cristalería veneciana, coral de Italia, pólvora, armas, tabaco, azúcar, espejillos de Alemania, plumajes de Holanda, cajitas del Tirol, quincallería de Inglaterra y de Francia, y sal, que se detienen por el camino en los oasis del Sahara. El viaje es como una feria ambulante, en la que cambian sus mercancías

con esclavos negros, polvos de oro, plumas de avestruz, goma blanca del Senegal, joyeles de oro de la Nigricia, que van después á Europa y al Oriente; telas negras, con que se adornan la cabeza las mujeres moriscas; benjuí, que preserva á los árabes de los venenos y de las enfermedades; y muchas drogas que, abandonadas por la Europa, conservan su antiguo valor en África. En esto estriba para Europa la importancia mayor de Marruecos: en ser la puerta principal de la Nigricia, abierta la cual se encontrarían el comercio europeo y el comercio del África Central. Entretanto, la civilización y la barbarie contienden en sus umbrales."

La magnífica descripción de Amicis da ganas de echarnos á cumplir *el testamento de Isabel la Católica;* pero nos parece...

Y, en efecto, hay muchas cosas que favorecen á los marroquíes. Querer conseguir algo por la fuerza es sumamente expuesto, y resultaría tan caro que difícilmente podría nación alguna sostener una guerra llevada aunque no fuese más allá del Sebú; pero otra cosa hay, y es que la permanencia en Fez da tal nostalgia que no hay embajador capaz de resistir más de quince días la permanencia allí. De lo cual se valen los astutos diplomáticos moghrebinos para reirse de cuantas embajadas se les mandan. No se sabe si es el aire, ó son las aguas, ó es el aceite, ó es la manteca; pero el fenómeno es *ineluctable.* Todo el mundo se pone malo, se siente débil, tiene unas ganas terribles de largarse, está de mal humor, se fastidia, se aburre, se muere de tedio, se encuentra harto de caras negras, de turbantes blancos, de perfumes, de velos, y se daría cualquier cosa por ver una mujer con sombrero, por leer un periódico ó por oir tocar un piano. En tal estado se encontraria seguramente Amicis al escribir el párrafo siguiente:

"Cuanto más estudio á estos moros, más me inclino á creer que no se hallan muy lejos de la verdad, como me parecía al principio, los juicios de los viajeros, que están contestes en llamarles una raza de víboras y de zorros, falsos, pusilánimes, humildes con los fuertes, insolentes con los débiles, corroídos por la avaricia, devorados por el egoísmo, abiertos á las pasiones más abyectas que pueden albergarse en el corazón humano. Y ¿cómo podría ser de otra manera? La naturaleza del gobierno y el estado de la sociedad no les consienten ninguna viril ambición. Trafican é intrigan, pero no conocen el trabajo que fatiga y serena. Están privados de todo placer que deriva del ejercicio de la inteligencia, no cuidan de la educación de los propios hijos, no tienen ningún notable apego á la vida, se entregan con alma y vida á amontonar dinero, y comparten el tiempo que les queda libre entre un ocio soñoliento que les enerva y una *venere (no es menester traducir eso)* ciega, inmoderada y grosera que les embrutece. En esta vida afeminada se vuelven, naturalmente, chinchorreros, vanidosos, mezquinos, malignos; desgárranse la reputación, unos á otros, con rabia desapiadada; mienten por costumbre,

con una impudencia increible; afectan un ánimo caritativo y religioso y sacrifican al amigo por un escudo; desprecian el saber y acogen las más pueriles supersticiones del vulgo; toman un baño todos los días y tienen la suciedad á montones en los rincones de su casa; y añaden á todo esto un orgullo satánico, disimulado, cuando llega el caso, con maneras humildes y decorosas á un tiempo, que parecen indicio de un ánimo gentil. Y así me engañaron los primeros días; pero ahora estoy persuadido de que el último de todos ellos cree, en el fondo de su corazón, valer infinitamente más que todos nosotros juntos (1). Los árabes nómadas conservan, cuando menos, el espíritu belicoso, el valor, el amor á la independencia. Los otros juntan en sí la barbarie, la depravación y la soberbia, y son la parte más poderosa de la población del Imperio la de los negociantes, los ulemas *(morabitos),* los tholbas, el caid, el bajá, que poseen los ricos palacios, los grandes haremes, las hermosas mujeres, los tesoros ocultos; reconocibles por su obesidad, por su carnación clara, sus ojos astutos, sus enormes turbantes, su andar majestuoso, su languidez, sus perfumes y su prosopopeya."

Tienda de babuchas

Perfectamente; pero si nos encontramos ese párrafo suelto, sin saber que se refiere á los marroquíes de hoy, hubiéramos creído que se refería... ya adivinarán Vds. á quién. En suma, no se ve que sean los moros muy diferentes de los cristianos.

(1) Uno de los principales motivos del desprecio que sienten los moros hacia nosotros los *agein,* ó bárbaros, es nuestro traje. Á Amicis le dijo un negociante que íbamos *muy mal vestidos*, y á Loti le aconsejaron que al llegar á París adoptase el traje árabe, en la seguridad de que todo el mundo se apresuraría á hacer lo mismo apenas viesen como lo lucía por las calles. Y en eso no hay duda que tienen razón los marroquíes.

CAPITULO XLI

EJECUCIONES.—POLÍTICA.—LA ESCLAVITUD.—ESCENAS TIPOS Y FIGURAS

No es un secreto para nadie que en Marruecos *se dan* muchas ejecuciones, y, según dicen los periódicos, no han sido flojas las que hubo en agosto último, como que no bajaron de 800. Sin embargo, los autores no dicen nada sobre el particular, y habrá que conceder la palabra al antiguo y bien conocido cónsul inglés en Tánger sir J. Drummond Hay, que vió una vez eso.

Tratábase de dos desdichados que habían de ser ajusticiados en Tánger: el uno era un riffeño. el otro un joven árabe, condenados á muerte por hacer el contrabando con nosotros. La ejecución se verificaba, bajo prohibición de que asistiese nadie, en la carnicería del barrio judío. Drummond Hay pudo verlo por haber sobornado á un centinela.

Había en la carnicería, esperando, uno al parecer carnicero, el verdugo. Era un hombre de cara patibularia, repulsiva, forastero en la ciudad. Los carniceros de Tánger, á cuya profesión va aneja la de verdugo, se habían refugiado en una mezquita para librarse de aquella *tarea*.

El horrible verdugo iba armado de una navajita cuya hoja tendría 6 pulgadas de largo cuando más.

La cosa comenzó con unas acaloradas disputas entre el verdugo y el oficial que mandaba el pelotón. En presencia de los condenados, helados de terror, el verdugo gritaba que no se le cumplía lo ofrecido: el pacto era cuatro duros por cada cabeza, y sólo le daban cuatro duros por los dos. Por fin el oficial accedió á las reclamaciones del otro: le darían ocho duros.

Ya tranquilo sobre el particular, el verdugo agarró al riffeño, le echó al suelo, boca arriba, se le subió encima, y empezó á rascar. La víctima forcejeaba. El verdugo gritó: —¡Dadme otra navaja, que la mía no

corta!—El riffeño yacía en tierra, patas arriba, con la garganta entreabierta, el pecho anheloso, convulsos los miembros.

Le dieron otra navaja al fulano, y la cabeza quedó separada del tronco, y entonces gritaron los soldados, con voz ahogada: —¡Alah dilate la vida de nuestro señor y dueño!

Llególe su vez al joven y simpático compañero del riffeño.

Vuelta á las disputas. El oficial decía que no daría más que cuatro duros por las dos degollaciones. El verdugo tuvo que conformarse.

El joven rogó á un soldado le desatase la cuerda que le sujetaba las manos, y, habiendo accedido, le regaló el albornoz. Dió luego su turbante á otro soldado que le había mirado, al parecer, con lástima, y dióle la faja al verdugo, diciéndole:

—Por amor de Dios cortadme la cabeza más pronto que lo habéis hecho á mi hermano.—Después de lo cual gritó con voz fuerte y clara: —¡No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta!

Echóse luego en tierra, boca arriba, sobre la sangre del otro, que yacía allí, y el verdugo le puso una rodilla sobre el pecho.

—¡El indulto! ¡Alto!—gritó Drummond Hay.

Veíase, en efecto, dirigirse allí á todo escape á un jinete.

—Es el hijo del caid, que viene á ver la ejecución,—dijo un soldado. —Esperémosle.

Esperóse.

Poco después los soldados se pasaban de mano en mano dos cabezas ensangrentadas.

Abriéronse entonces las puertas de la ciudad y salió por ellas una turba de chiquillos, que la emprendió á pedradas con el verdugo, acompañándole hasta 3 millas de la ciudad, donde cayó desmayado, cubierto de heridas. Súpose después que había muerto allí mismo, de un espingardazo que le disparó un pariente de una de las víctimas. Nadie le molestó para nada al agresor, que regresó á Tánger sin que la justicia se metiese con él.

Las cabezas estuvieron expuestas tres días en las puertas de Tánger, al cabo de cuyo tiempo fueron enviadas á S. M.

Al llevar á Fez las cabezas, los soldados encontraron á un propio, portador del indulto, que no había podido llegar á tiempo por una crecida del Sebú, que no pudo vadear.

Esta verdadera historia, unida á lo que sabemos sobre *el suplicio de la sal* y á lo que trajeron los periódicos, en octubre, relativamente á las 800 ejecuciones de rebeldes, dan idea de lo que es la justicia moghrebina.

Después de haber hablado de *Gracia y Justicia*, digamos algo de *Estado.*

Pues, la verdad sea dicha, y tengan ó no razón en ello, el caso es que los marroquíes aborrecen cordialmente á todos los *agein*, pero más en

particular á nosotros los españoles. Y no se crea que nos odien así como así, antes todo lo contrario: nos odian por gravísimas y potísimas razones. Sépase, en efecto, que hay en Marruecos centenares de moros que conservan religiosamente sus escrituras de propiedad de sendas casas en Sevilla, Granada, Vélez Málaga, Loja, Chelva, etc. etc. Ahí es nada el rencor de un propietario expoliado por Isabel *la Católica* ó D. Felipe II ó D. Felipe III. Aparte de este motivo, odian, en general, los moghrebinos, á los bárbaros cristianos, porque así se les enseña en las escuelas; predicación que es para el Sultán un *instrumentum regni*. Conviene persuadir á aquellos infelices de que una invasión cristiana sería la señal del total exterminio de su raza, pues llegaríamos hasta comernos á los niños crudos.

En el desgraciado caso de una guerra, es difícil poder vaticinar lo que sucedería. Como organización, como táctica, nada vale Marruecos, por más que al proclamar el Sultán la *Djeddah,* ó *guerra santa,* puede disponer de 200,000 hombres. Poco importaría que fuesen ni 400,000, pues se baten todavía como en tiempo de Almanzor. Son, sin duda, valerosos, con el valor del fanatismo; pero ya sabe ahora el último patán que en las guerras modernas todo es cuestión de cálculo, de artillería, de administración. Ellos harían una guerra de guerrillas; pero lo que les favorecería sobre todo es la despoblación, la falta de recursos, la desolación de aquellos campos, en que al menor contratiempo se correría el riesgo de perecer de hambre. Bien lo sabemos nosotros por aquella memorable jornada en que el ejército español debió alimentarse con almejas, y gracias.

A fuer de imperio semibárbaro, prospera en Marruecos como una mala yerba la esclavitud de los negros, pasando de tres mil los que llegan cada año del Sudán. Hay mercados en Fez, en Mogador, en Marruecos, verificándose las ventas de carne humana, cosa extraña, al anochecer. La mayor parte de esos negros son criaturas de ocho á diez años, siendo vendidos por seis duros los niños, por doce las niñas. Una muchacha de diez y ocho abriles, guapilla, virgen y discreta, cuesta bien sus cuatrocientos pesos. En cambio apenas se dan mil reales por un viejo. Los compradores de niñas son, por lo general, ancianos ricos, que las examinan cuidadosamente, como si se tratara de un caballo. El Sultán cobra el *quinto* y tiene derecho á escoger antes que nadie. Antes de ser puestos los negritos á la venta se les *ceba*, se les enseña algo de árabe y se les convierte al islamismo, por más que nunca se desprenden de sus salvajes tradiciones del Kraal, como sucedía también en Cuba. Quiérese decir, sin embargo, que son tratados con dulzura, que son fieles y que están contentos con su suerte. Dado el despotismo de aquellas instituciones, pueden llegar á ser visires, de igual manera que los libertos de los emperadores romanos solían ser sus ministros. Es rarísimo que un negro se case con una árabe ó bereber, pero es frecuentísimo que un bereber

ó un árabe se case con una negra, ó por lo menos la tenga por concubina. De ahí el gran número de mulatos y cuarterones que se ven en el Moghreb.

En suma, por diez mil motivos y medio, el europeo se cansa pronto de vivir en Fez, siendo el otro medio motivo la necesidad imprescindible de mantenerse muy á raya tocante al bello sexo, pues la menor extralimitación en este sentido podría dar margen á algún espantable conflicto internacional.

Encantador de serpientes

La verdad es que el cristiano se encuentra allí en situación aburridísima. Puede, en primer lugar, abrigar la íntima convicción de que es antipático á todo el mundo; de que parece ridículo, feo, grotesco; de que se le tiene por un enemigo. Puede tener por seguro de que llueven de continuo sobre él las más tremendas maldiciones y denuestos, y de que no ha escapado de ser víctima de algún apodo nada lisonjero. Las mujeres le echan á uno tales miradas que le parten: tan torvas y furibundas se muestran. Los chiquillos, ya que no le apedreen, le hacen burlas y muecas. Como *noticias locales* se registra algún casi imprescindible asesinato de una mora; la aparición de algún cadáver en la presa del río de las Perlas, procedente de los palacios encantados del barrio galante de Fez; la celebración de alguna fiesta en honor de un santón; el encarcelamiento de un caid, llamado á la capital para hacerle aflojar la mosca; la partida ó la llegada de alguna caravana, y nada más. Y, así que anochece, á casa, por que va la vida.

Por poco que uno sea dado á callejear, no tarda, sin embargo, en reconocer algunos *tipos* en medio de aquella uniformidad de transeuntes sin distinción exterior de sexo, ó poco menos. Llamarále la atención el *santón,* idiota con sus puntas y ribetes de bellaco; el moro de siniestra facha, policíaco; el esclavo *mignon;* el feroz soldado de la guardia negra, magnífico ejemplar que realiza el ideal del *Coco;* el soldado bereber, con cara de Judas, con mirada de asesino; la loca, que no cesa de echar maldiciones en cuanto ve á un perro nazareno; la mora iracunda, que da con la puerta en las narices al *agein* que tiene la desvergüenza

de seguirla con los ojos al meterse en casa; el mercader viejo, decrépito, huraño, que mira con rencorosos ojos al cristiano que se acerca á su tenderete; el sayón horrible, que sale quizás de la cárcel de cortarle una mano á algún desdichado preso; el loco, víctima del delirio de persecuciones, que va huyendo siempre, despavorido y aullando; tipos todos ellos muy originales, pero poseídos todos también de inextinguible odio al cristiano. ¡Ni una sonrisa, ni una mirada, ni una palabra simpática!

Sea como quiera, ello es que el estado de barbarie á que ha llegado aquel pueblo, un tiempo tan progresivo y caballeresco, resulta evidenciado en todo. Su industria y sus artes están en la agonía, como ya indicó Thomson en sus frías y positivas observaciones, y lo más precioso no es lo que se hace ahora, sino lo poco que queda de otros siglos. Mucho debe haber en Marruecos procedente de las civilizaciones antiguas, romana, edrisita, almohade, merinita; pero cuando se encuentra algo hay que entregarlo al Gobierno, que se apresura á esconderlo ó destruirlo. Sin duda que un pintor podrá comprar aún algunas cosas muy bonitas, como son alfombras, telas, armas, babuchas, tal ó cual mueble tetuaní, fajas, sillas de montar, bandejas y platos, anillos y brazaletes; pero la cosa se acaba, y es difícil que la generación siguiente pueda dedicarse ya á fabricar más. Aquello se desmorona por el mal gobierno y caerá en la barbarie.

Ellos, sin embargo, toman su atraso con mucha filosofía. Conceden que nuestras grandes ciudades (que han visto, pues cada año hacen un viaje á Europa más de cuatrocientos mercaderes marroquíes) son más bonitas que las suyas; que sabemos más que ellos; pero eso les trae sin cuidado, y sostienen que, en punto á honradez, nos ganan á nosotros (en la esfera mercantil). ¡Las veces que han comprado ellos galón de oro en Marsella y les han dado galón de cobre! ¡Las veces que les han sisado enviándoles piezas de paño azul turquí que no tenían la tira concertada!

¿Y en punto á religión? ¡Arre allá esos descreídos cristianos! ¿Y en punto á muertes violentas? Pues no nos ganan ellos. ¿Y en punto á honestidad? Verdad que no tenemos la poligamia, pero tenemos nuestra mujer, y las mujeres de los otros, y las que son de todos y de nadie. ¡Y cuántas comodidades incómodas! Un quitasol para el sol; un paraguas ó un impermeable para la lluvia; unos guantes para el polvo; un bastón para andar; unos lentes para mirar; un coche para ir á paseo; un sofá para sentarse; cuchara, tenedor, cuchillo, para comer; un médico para los constipados; un panteón para los muertos. ¡Y qué casas! Trescientas personas en aquellas jaulas sin luz, sin aire y sin jardín, y unas escaleras que no acaban nunca. Y, en fin, unos *mal vestidos*.

Que pasamos el tiempo ocupadísimos; que nos dedicamos al estudio, á la meditación, alternando con honestas y nobles diversiones. ¡Vaya

una gracia! ¿Tan mala es para nosotros la vida que no podemos resistir el ocio y nos vemos en la necesidad de distraernos siempre? ¿Tanto miedo nos damos? ¿Tanta necesidad tenemos de matar el tiempo?

¡Dicen que París! ¡Oh París! ¡Pues ya nos regalan ellos ese París, que es como la Meca de los europeos! ¡Qué trajín! ¡Qué mareo! ¡Con aquellas mujeres tan desvergonzadas! ¡Y hasta con niñas de igual calaña! ¡Y todo el mundo fumando! ¡Y todos comiendo, bebiendo, afeitándose, echando requiebros! ¡Y qué manera de andar, como maricas! ¡Y qué modo de saludar! ¡Y qué bodoquería! ¡Y qué impertinencia! ¡Y qué vanidad hacerse retratar á cada dos por tres!

¡La industria, los ferrocarriles, el telégrafo, las obras públicas! ¿Para qué sirven, si al fin todos hemos de morirnos? Ea, que les dejemos en paz. En último resultado no vivimos más tiempo que viven ellos, ni somos más guapos, ni gozamos de mejor salud. ni somos más honrados, ni más religiosos, ni nos sentimos más contentos. Estése cada uno en su casa, y no les vayamos con andróminas. Por algo puso Alah mucha agua entre el Africa y la Europa, y, suceda lo que quiera, escrito está, y no habrá más remedio que pasar por el aro; pero siempre con la seguridad de que jamás Alah abandonará á sus fieles.

¡Y váyanles Vds. con argumentos á esos apreciables moritos, en quienes París, Londres, Madrid, Milán ó Venecia, no han despertado jamás la menor idea de superioridad sobre sus aduares y sus *vetustas!*

CAPÍTULO XLII

EL EJÉRCITO.—LA JUSTICIA.—INTERIORES.—LAS CALLES LA JUDERÍA.—ADIÓS Á FEZ

En la inmensa plaza, dentro del recinto del palacio, donde el Sultán hace ver que se encuentra de sopetón con los embajadores que allí esperan, pasa revista S. M., tres veces por semana, á la guarnición de Fez, y tan vasta es la plaza, rodeada de altas murallas almenadas, que parece está vacía.

Nada más heteróclito que aquellas tropas. La infantería, equipada á manera de los cipayos de la India por un ex coronel inglés al servicio del Califa, produce el más extraño efecto; pues, siendo en su mayoría nigricianos, el ébano de sus rostros y de sus piernas desnudas resulta vigorosamente en contraste con el blanco turbante y las chaquetas y calzones rojos. La caballería, en cambio, como elemento decorativo, es soberbia, admirando la inteligente manera como saben armonizar los colores aquellos marroquíes, que hubieran dejado satisfechísimo á M. Chevreul si los hubiese visto. Los arneses verdes suponen que el jinete va vestido de color de rosa; los arneses amarillos, que el jinete va vestido de morado; los arneses anaranjados, que el jinete va vestido de azul; pero no así, sino apagada toda chillonería con los flotantes velos de muselina de lana en que se envuelven, de tal manera que á primera vista parecerían blancos, si no fuese por los rompimientos de los pliegues, que dejan admirar la brillantez de los colores de los caftanes. ¡Y qué manera de mantenerse á caballo, gumía en mano! ¡Qué elegancia natural!

Roja va también la artillería, cuyo personal es viejo en su mayor parte, y cuyo material nos deben á nosotros, que después de la guerra le regalamos doce cañones al sultán

"Sidi-Mohamed, Gran Señor,
del marroquí emperador,"

como decía la aleluya. Los cañones son arrastrados por mulas; pero no cabe figurarse mayor torpeza. Se ve que aquella gente, admiradora del valor, se paga poco de la artillería, á pesar de que el Sultán se coloca siempre entre los cañones y parece que dirige el tiro al blanco.

Cabezas de ajusticiados

En cuanto al ejercicio de la infantería, ¡Dios lo de!

Aquellos hombres hacen lo que quieren: juegan á cortarse la cabeza, á saltar como en *á la una le daba la mula*, á esgrima; pero los más están tumbados. Cuando llega la hora de pasarles revista forman en pelotones de treinta ó cuarenta y desfilan sin armas por delante del Sultán, guardando veinte pasos de distancia uno de otro, comprobándose si están todos los que constan en la lista. La ceremonia dura tres horitas, durante cuyo tiempo el Sultán permanece firme á la sombra de una tienda. Y esto tres veces por semana.

Esclavo del Sultán

Pero no se reducen solamente á eso las obligaciones militares del Sultán. Aparte de sus terribles y habituales expediciones guerreras contra las tribus indómitas de su imperio, S. M. Jeriffiana vive seis meses del año bajo la tienda, como buen hijo de los reyes nómadas. El campamento

se halla en las afueras de Fez, teniendo 6 kilómetros de circuito y siendo capaz para contener 30,000 hombres, que se cobijan en elegantes tiendas, en medio de las cuales se levanta la tienda imperial, elevadísima y rodeada por una barrera de lona. Dícese que aquello es un pueblo, pues el Sultán se lleva á su harem al campamento.

Cuando el Sultán va á la guerra el harem suele trasladarse á Mequínez, por ser el lugar donde S. M. suele descansar de sus proezas.

Postulantes esperando audiencia

La gente que tiene que pedir justicia ó clemencia aprovecha la presencia del Sultán en el patio de Embajadores para hacer uso del derecho de pedirle justicia que asiste á todos sus vasallos, y nunca faltan algunas docenas de litigantes que, temblorosos y esperanzados, acuden ante el formidable Califa, lo mismo pobres que ricos, hombres que mujeres, procedentes de los más lejanos puntos, y confundidos en aquella ocasión. Por lo general se trata de que el Sultán le ponga las peras á cuarto á algún brutal caid ó indulte á algún desgraciado sepultado en alguna mazmorra. Antiguamente había la costumbre de que ninguno de esos suplicantes, concediésele ó no lo que pedía, no se fuese sin algún regalo, siquiera una docena de huevos; pero, al parecer, se ha abolido modernamente tan laudable proceder.

Aparte de esas audiencias públicas, ó *M'chuar*, hay la justicia ordinaria y curialesca, administrada por los visires, vestidos de blanco, venerables, imponentes, en los patios del palacio, al aire libre, con poquísimos papeles y escasísimos escribanos. Allí se falla sin apelación, y todo el mundo, lo mismo los acusados que los testigos, es conducido ante el tribunal por dos guardias gigantescos que les cogen del pescuezo. Ignoramos si los fallos suelen estar, por lo general, arreglados á justicia; pero es de creer que dejarán algo que desear en esta parte.

Bueno será ahora, para enterarnos de todo, oliscar lo que se hace por las casas, penetrar en la vida íntima, hasta donde pueda ser esto

posible, en virtud de los descubrimientos de los más indiscretos viajeros.

Rasgo general: todas las casas son viejas, viejísimas, casi ruinosas, si bien las que habita la gente principal se distinguen por su admirable sello artístico, con aquellos patios pavimentados de mosaico, rodeados de arcadas festoneadas y de paredes cuajadas de arabescos polícromos y dorados, sin contar con aquellos jardines que con el tiempo se han convertido en un bosque de naranjos, con aquellos surtidores y kioskos de mármol, con aquellas puertas de cedro talladas primorosamente, con aquellas prolijas labores que aparecen en los detalles más insignificantes, con aquellas ensambladuras y aquellos artesonados.

Tiendas

En tales casas, y en días de alguna señalada fiesta, es de ver la profusión de linternas y de arañas que iluminan el patio, las colgaduras de terciopelo con que se visten las paredes, los cortinajes de muselina que cubren las puertas, las alfombras que se extienden sobre el mosaico, los almohadones y divanes esparcidos por los gabinetes, los pebeteros en que arden olorosos perfumes. Allí, entre aquellas magnificencias, vegeta una ancianidad decrépita y se aburre una juventud más decrépita todavía, que no tiene nada que envidiar en ruindad y viciamiento á nuestros apreciables sietemesinos europeos.

Las casas de la gente de menos rumbo conservan siempre la misma disposición: el patio rodeado de arcadas, al cual tienen salida las habitaciones. Estas suelen estar muy encaladas. Las puertas, muy bajas, son con frecuencia bellísimas, por la clavazón. Hácese allí una vida patriarcal, no conociéndose aún la corrupción que caracteriza á las clases elevadas. Todo induce á creer que los niños son muy queridos, regalándoseles con muñecas y dulces. Parece también que reina gran familiaridad entre señoras y esclavas, sin duda porque todas son siervas. Ni faltan tampoco escenas conyugales espantables, en que el vergajo marital desempeña gran papel.

Llama la atención en Fez aquel hondo silencio que reina en el exte-

rior, jamás interrumpido por el ruido de una máquina ó el rodar de un coche. Sólo las pisadas de un caballo, y en ciertos barrios el martilleo de los caldereros ó el tric-trac de los telares, rompe el mutismo de la vía pública.

La gente de medio peló se divierte tocando la guitarra, la flauta ó la pandereta, ó cantando melancólicas endechas; pero en la *alta sociedad* no son raros los conciertos en que toman parte veinte ó más instrumentos de cuerda (guitarras y violines), que acompañan á los *cantaores*, sin que por eso falten castañuelas y sistros. En suma, aunque de carácter muy diferente que las de Europa, no dejan nuestros vecinos de allende el Estrecho de tener sus diversiones. Y se comprende que deban ser la música y la danza sus preferidos pasatiempos, pues no se conocen allí el teatro, ni la pintura de caballete, ni los juegos de prendas, ni los saraos, ni las veladas literarias, ni los *five o'clok tea*. Pero es preciso decir, sobre eso de las danzas, que ningún árabe que se respeta rinde tributo á la pizpireta Terpsícore: el árabe gusta de ver bailar á sus esclavas, pero él es *abstencionista*.

Conducción de una esposa á casa del marido

Dicho esto, y es difícil poder dar más pormenores, salgamos á la calle, pero cuidando mucho de hacerlo en mula ó á caballo, pues ir á pie sería como meterse en un lodazal inmundo, y tendría, además, sus peligros, pues nada más fácil que ser atropellado por los dromedarios, ó por una recua de burros, ó por los briosos corceles de los ricos.

Las calles, pues, son estrechísimas. Ya hemos hablado de los bazares, por lo cual no insistiremos en el elemento *estático* de la vía pública, atendiendo ahora á su dinámica. Sucede en Fez, aunque con carácter más africano, lo mismo que vimos ya en Tánger. Vense por allí brujos que exorcizan; pelotones armados que corren al son de tristes chirimías y ruidosos tamboriles, haciendo salvas con sus interminables espingardas; cortejos de novias, conducidas en preciosas literas, en medio de la más infernal algarabía; negrazos cargados de fardos; asnos

cargados de verduras ó de sacos, sobre un fondo de polvo, de estiércol y de desperdicios de animales.

Las callejuelas son todas oscurísimas A falta de arcos, se improvisan resguardos contra el sol con parras, duelas, esteras, trapos viejos, cañas ó cualquiera otra cosa. Por todo encuentro, hombres y mujeres envueltos en inmensos albornoces grises, encapuchados ellos como frailes, con la cara tapada ellas, como las *mariquitas* de Toledo. Mezclados con los moros discurren por aquellos pasadizos gentes del pelaje más variado: derkuas de turbante verde que escupen en tierra así que ven á un cristiano, volviéndole la cara de la manera más insultante que puede imaginarse; bereberes que apenas se llaman Pedro en materia de islamismo, y cuyas mujeres se contentan con ocultar la boca, pero no el resto de la cara; negrazos del Africa Ecuatorial; riffeños rubios. De vez en cuando, pero contadísimas veces, la calleja se ensancha y forma una plazuela, donde llegan algunos rayos de sol, apareciendo como una claridad gloriosa en medio de un tenebroso antro; y donde menos se espera, una puerta monumental portentosamente bella, una filigrana, un prodigio de mosaicos, de arabescos y de esculturas; pero arqueológico, vetusto, decadentísimo. Y ¿á dónde se irá por esa puerta? Pues... á ninguna parte. A algún patiúcho, á algún muladar.

Asaguas

Pero no todo son *bazares:* también, separados de ellos, hay barrios petrificados, quietos, oscuros, tristes, como catacumbas. Nada de tenderetes ni de tráfico; nada de parras ni de cañizos: duelas por techumbre, y, sobre todo, arcos de mampostería, que hacen creer que se está andando por lo más profundo de un pozo. La ilusión sería completa si á lo mejor no oyese gritar uno: —*¡Bal ak! ¡Bal ak!* (¡Cuidado!), encontrando de manos á boca con alguna manada de bueyes que se precipitan por el estrechísimo pasadizo.

A las primeras horas de la mañana es cosa de ir al mercado á ver la animación que allí reina; pero siempre en el supuesto de que el curioso viajero ha tomado la precaución de vestirse á usanza moruna, pues si sale de americana y hongo se le esperarán mil desagradables incidentes. "En esta gran plaza,—escribe Loti,—que es una especie de llanura cuadrada, agítanse los albornoces y los velos, toda la muchedumbre encaperuzada y enmascarada, blanquecina ó gris, á la cual los pastores

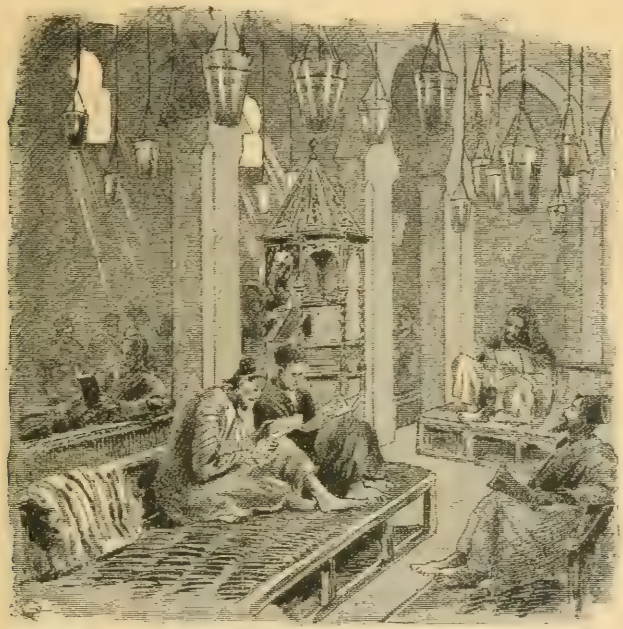
con sayo de pelo de camello mezclan aquí y allí tonos pardos, y los asnos tonos rojos. Centenares de mujeres, sentadas en tierra, vendedoras de pan, vendedoras de manteca, vendedoras de legumbres, de rostro invisible, envuelto en muselina. Y detrás de esta gran plaza y de esta muchedumbre hay las murallas de Fez, que se yerguen sombrías y gigantescas, aplastándolo todo, con las puntas de sus almenas recortadas

La plaza de Fez

en el cielo. Naturalmente, se oyen tamboriles y dulzainas. Aquí y allí los capuchones puntiagudos se aprietan unos contra otros, forman círculo compacto en torno de cautivadores espectáculos: hay los hechizadores de serpientes, hay las gentes que se clavan agujas en la lengua; toda la bohemia y toda la hampa."

No puede faltar tampoco una visita concienzuda á la judería, ó *mellah*, donde van á parar todas las antigüedades de mérito que se descubren en Fez. Ya sabemos algo de su personal y de sus mal olientes callejuelas. Allí están los preciosos tapices, las joyas antiguas, los tesoros dejados allí *en peñaranda* por los visires en apuros ó los negociantes *in extremis*. La vida de aquellos ricos miserables no tiene, sin embargo, nada que envidiar: su existencia es una continua zozobra. Vívese allí

como si se estuviera rodeado de ladrones. Las puertas del barrio están custodiadas fuertemente por la noche. Parece imposible cómo pueden resistir á las prescripciones antihigiénicas á que están condenados: prohibición de quitar de allí las inmundicias que se van acumulando. Cuando algún caid árabe cree llegado el caso, cuando la basura amenaza rebasar las puertas, entonces hace aprontar á los hebreos una fuerte



Una sinagoga en Fez

suma, y va, digámoslo así, la brigada municipal á llevarse aquello. Y, sin embargo, ya hemos visto que aquellos hijos de Abraham viven como en su elemento en medio de aquella pestilencial suciedad. En último análisis, es preciso abrigar una pasión volcánica por los cachivaches para aventurarse en aquella sentina asquerosa.

Y, ahora, basta ya de Fez, por más que no haya viajero que no haya escrito sobre aquello sin demostrar cierta pena al irse, por deseos que tuviera de largarse desde el siguiente día de haber llegado. Y es que hay en Fez ciertas cosas que son manantial de purísima poesía. Aquel sol radiantísimo que bruñe todo lo que toca; aquella inmovilidad; aquel silencio; aquellos cantos del *muezzín,* sobre todo á la hora del *Moghreb,* ó del ocaso; aquellas cigüeñas que hacen su nido en las ruinas; aquellas calles lóbregas, estrechas, pero tan llenas de color; aquellas tardes en

las azoteas; aquel penetrante sello pintoresco, artístico, que tiene todo lo de allí; la nobleza de los trajes, de los gestos, de las ceremonias; la tristeza que causa todo lo que está próximo á desaparecer; la consideración de que hay allí un pueblo que no ha querido transigir con la civilización moderna y sabe conservar varonilmente la tradición de una época grande, caballeresca; aquel misterio en que se envuelve el *eterno femenino;* aquel pueblo orgulloso en su decadencia, fuerte en su obstinación; aquella originalidad de una ciudad de la edad media cristalizada por completo, no pueden menos de influir en el ánimo de quien se sienta conmovido por la belleza inefable de las cosas, balbuceando ante el espectáculo de aquellas grandes y hermosas reminiscencias del pasado: *Sunt lacrymæ rerum...*

Y, ahora, á Mequínez.

Esclavo de Fez

CAPITULO ÚLTIMO

DE FEZ A MEQUÍNEZ Y DE MEQUÍNEZ Á ARCILLA

Dos, y á veces tres, días se emplean para llegar de Fez á Mequínez, á pesar de no distar sino unos 50 kilómetros; pero puede hacerse el viaje en una sola jornada si se va en buenas mulas. El trayecto consta de trece etapas, señaladas por otros tantos pozos de agua potable. El paisaje no se diferencia mucho de los que hemos visto hasta ahora: vastos sembrados de trigo y de cebada que alternan con llanuras de hinojos tan desaforadamente lozanos que llegan á alcanzar 2 ó 3 metros de altura; á lo lejos, hacia el sur, las montañas del Atlas; de vez en cuando, pero siempre muy de tarde en tarde, alguna blanca *cuba,* al lado de una palmera; cielo azul, calor, tristeza, hondo silencio.

Por el camino crúzase con frecuencia con caravanas de negociantes ó de particulares que van á Fez, todas escoltadas por numerosa gente armada, pues es peligrosísimo el viaje á causa de las partidas de bandoleros zemurs que infestan las cercanías de Mequínez, hasta el punto de haber tenido que cerrar á veces las puertas y acudir los vecinos á la muralla para rechazar á los bandidos, ávidos de entrar á saco la ciudad. Al mismo tiempo que con las caravanas tópase el viajero con cuadrillas de labradores, con rebaños de carneros, con ese ó el otro correo, con algún santón que se dedica voluntariamente á predicar en *el* desierto; pero por de contado que los viajeros de todo pelaje han de mirarle de reojo al nazareno, con desdeñosa indiferencia, con displicente rostro, y gracias á que la presencia de los soldados le libre de algún feroz insulto. Entretanto los guías entretienen al buen cristiano refiriéndole mil historias: el rapto de una odalisca por algún audaz mancebo, hijo de poderoso caid; el asesinato de unos pasajeros por una gavilla de ladrones; las hazañas de los suyos en alguna guerra; y, cuando han apurado la materia ó no se les escucha, distraen el ocio entonando plañideros

cantos, dulces, monótonos, como nuestros cantos populares andaluces.

Al cabo de cuatro horas de marcha llégase al margen de un profundo barranco por cuyo lecho se despeña un torrente. Remóntase la corriente y se llega á un punto en que las aguas se precipitan por una cascada de más de 30 metros de elevación. Dase la vuelta á este azud y se vadea, no sin riesgo, el *Mduma,* que así se llama el río.

Descánsase á la otra parte, cerca de un aduar, y el curioso que no

El camellero y su camello

está cansado puede presenciar entonces un singular espectáculo, y es que cuando las mujeres pasan el vado no tienen inconveniente en levantarse la ropa hasta la cintura, sin la menor aprensión, pero siguiendo siempre con el rostro púdicamente velado. Los aficionados que lo han visto dicen que se admiran unas piernas magníficas, aunque muy morenas y con frecuencia tatuadas. Más arriba del aduar álzase un viejo puente de sillería de un solo arco, bastante bien conservado, y cerca del mismo vense las ruinas de otro, apoyado en la margen peñascosa y abrupta de la orilla izquierda; pero lo particular es que á cincuenta pasos más allá aparecen nuevas ruinas, de todo punto interesantes, á saber: una gran muralla toda derrocada, señales de cimientos, tal cual machón de forma piramidal, algunos sillares, y eso en plena soledad, en pleno desierto. Dicen los naturales que aquellos son los restos de una antigua

ciudad árabe llamada como el río, erigida en el emplazamiento que ocupaba antes otra ciudad edificada por los *Rumís*.

Prosiguiendo ya la marcha, pásase por una comarca que engaña traidoramente la esperanza de llegar en un periquete á Mequínez, que al parecer está casi á tocar, y es que la llanura está surcada á cada momento por cañadas, siendo, por lo mismo, un continuo bajar y subir, con no poca pérdida de tiempo, hasta que, por fin, el más indiferente lanza un grito de admiración al encontrarse de súbito ante la maravillosa ciudad, sin par hermosa, surgiendo como una visión fantástica.

Un rapto

Está emplazada Mequínez sobre una larga colina. Rodéala un triple recinto de almenados muros, y circúndanla frondosas huertas y jardines. La nítida blancura del caserío, las elegantísimas torres y los esbeltos alminares que se yerguen sobre el quebrado plano de las azoteas, el verdor del lecho en que descansa la ciudad, y el hondo silencio en que yace; todo, en fin, produce un efecto como si se tuviera delante una ciudad ideal, forjada por la imaginación: tanta es la belleza de la perspectiva.

Y es ciertamente Mequínez la perla de las ciudades del Moghreb. Dicen aquella gente que hay en Mequínez las mujeres más hermosas del Imperio, los jardines más bellos de toda el África y el mejor palacio imperial del mundo, y, si es difícil poder juzgar ó no de lo primero, no cabe duda en cuanto á lo demás. Sin embargo, algo dice el hecho de ser sinónimos *mequinesina* de *bella* y *mequinesí* de *celoso*.

El palacio imperial, donde, según dicen, se custodiaba un tesoro de

más de 50 millones de duros, ocupa casi la tercera parte del área de la ciudad, habiendo sido construído en 1703 por el sultán Muley Ismael, venerable patriarca, padre de 867 hijos y esposo de 4,000 mujeres. Para construir dicho palacio echó mano aquel digno señor de gran número de columnas y capiteles procedentes de una antigua ciudad que había cerca de Mequínez, acudiendo para el resto á los marmolistas de Liorna y de Marsella. Por entonces era *Meknes* ó *Meknasah* la ciudad más ilustrada, rica y fuerte del Imperio, y la más bonita, como sigue siendo afortunadamente.

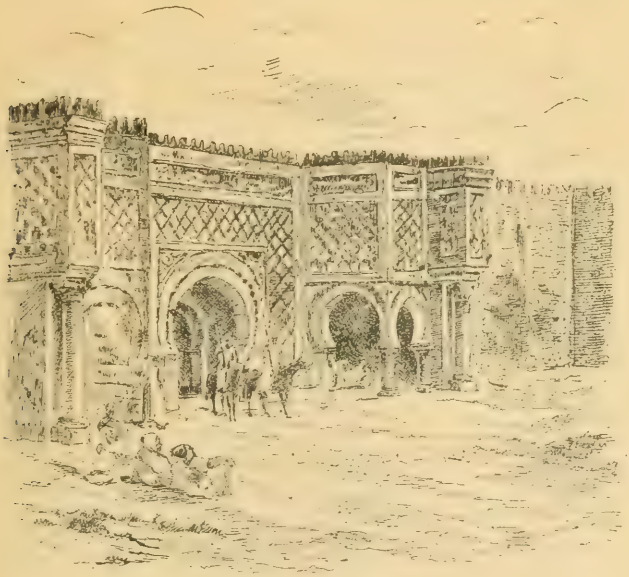
Mequínez

Y, en efecto, Mequínez ofrece un aspecto totalmente distinto de Fez. Si no fuese por la soledad y el silencio que reinan por doquier, diríase que todo es allí alegre, risueño. Las calles son más anchas que en la capital del norte, más bajas las casas, de muy poca altura las tapias de los jardines. Hay aire y luz, perspectivas, rompimientos, que no hay en Fez. Á cada paso, una fuente, una puerta adornada de arabescos, una palmera, un alminar, una torrecilla almenada, todo viejo, viejísimo, pero deliciosamente pintoresco y decorativo.

Nada tan maravilloso, por ejemplo, como la gran fachada monumental del palacio del gobernador, con aquellas magníficas puertas en arco de herradura resplandecientes de riquísimos mosaicos de cien colores, que al reflejar los últimos rayos del sol parecen convertirse en una bordadura de perlas y diamantes. Ver aquello á tal hora y no sentirse trasportado de admiración y quedar inmóvil es imposible. Y, sin embargo, aun hay cosa mejor, y es la gran puerta ojival por donde entran en

palacio los sultanes, revestida de mosaicos polícromos desde el zócalo hasta las almenas, última palabra de la decoración mosaísta, de la incrustación de zafiros, esmeraldas y rubíes sobre un fondo de marfil.

La ciudad, habitada por unas 20,000 almas, cuenta siete mezquitas inmensas, pero de imposible acceso al cristiano, que ha de contentarse con ver algo á través de la puerta. El *bazar,* ó barrio mercantil, es menos vasto que el de Fez; pero, en cambio, el que quiera hacerse con las



Palacio del gobernador de Mequínez

más peregrinas preciosidades que se llegue allí, á pesar de la mala cara que le pondrán los vendedores. Las calles, tortuosas siempre y no muy pulcras, están, de ordinario, poco menos que desiertas, incluso las del mismo bazar, excepto el trozo donde están establecidos los joyeros, menos sepulcral que el resto. "¡Oh! ¡Qué extraños dijes viejos los que se venden en Mequínez!—dice Loti.—¿En qué época habrán podido ser nuevos? Ni uno solo que no aparezca de antigüedad extrema. Viejos aros de muñeca ó de tobillo, pulimentados por seculares frotes con la piel humana; anchos broches para sujetar los velos; viejos pomitos de plata con colgantes de coral para contener negro de pintarse los ojos, con corchetes para sujetarlos á la faja; cajas para Coranes, grabadas con arabescos y llevando el sello de Salomón; viejos collares de zequíes, usados en cuellos de mujeres difuntas; y gran cantidad de esos anchos tréboles, de plata repujada, en que está engarzada una piedra verde, que se sujeta al pecho para conjurar el aojamiento." En los otros baza-

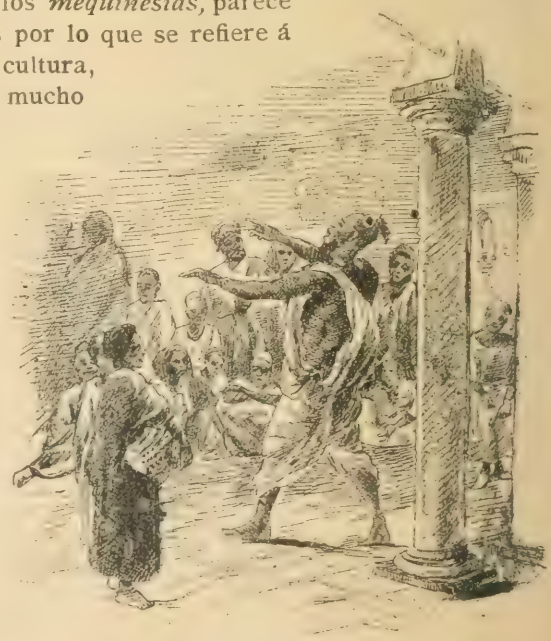
En la mezquita

res véndense alquiceles, trajes, cueros labrados, espuelas nieladas de oro ó plata, cobertores con bárbaros dibujos, tejidos por las mujeres del sur; alfombras de Rabat, de vivísimos colores y delicioso dibujo; espingardas, sables y gumías, damasquinados ó nielados. En otro sitio, junto á una de las puertas de Mequínez, hay un baratillo donde van á parar mil preciosidades, que se adquieren á precio vil, sobre todo armas viejas, amuletos, frascos de pólvora, guitarras, chirimías, muebles, arneses, mantas.

En cuanto á la famosa hospitalidad y cortesía de los *mequinesias,* parece ser pura fábula, á lo menos por lo que se refiere á los *agein;* y en cuanto á cultura, sólo se nota que abundan mucho allí los sacacuentos, á quienes escuchan pasmados los curiosos.

Deberíamos ahora seguir hacia el sur, con lo cual llegaríamos á Marruecos; pero como ya sabemos de esta ciudad por lo que dijo Thomson, regresaremos á Tánger directamente, dejando á Fez á la derecha.

Contestes se muestran todos los viajeros al decir que no hay paisaje que pueda compararse en belleza con el que se despliega ante la vista durante las dos primeras horas de camino yendo de Mequínez hacia el NO.: verdes colinas



Un sacacuentos en el Soco de Mequínez

sembradas de rosas, de mirtos, de adelfas, de floridos aloes; un aire embalsamado; mil arroyuelos que reflejan el espléndido azul del cielo; hasta que, por fin, desaparece detrás de las ondulaciones del terreno la ciudad hermosa. Comienza ahora una serie de desfiladeros que alternan con vallecillos alfombrados de alboholes color de rosa, creciendo entre azulados aloes, y así durante leguas. La vegetación cambia después de color, siendo entonces unas inmensas sábanas de alboholes azules, como una laguna en que se reflejase el cielo.

Un enfermo

Este país por donde se va ahora, formado por los últimos contrafuertes del Atlas, es un verdadero desierto, y se deja sentir en él un calor abrasador. Aquí es donde Alí-Bey-el-Abbassi estuvo á punto de morir asfixiado al abandonar á Mequínez una vez frustrados sus audaces planes. Hablando de esta jornada, dice Loti: "En todo el día no encontramos ni una aldea, ni una casa, ni una labranza. Solamente de tarde en tarde algunos aduares de nómadas, instalados, por lo general, á gran distancia del camino. Sus tiendas, amarillentas, parduscas, están siempre dispuestas en círculo, á la manera que brotan los hongos de los bosques, á los cuales se asemejan. Sus rebaños pacen en medio, y al lado de cada aduar hay en la pradera dos ó tres grandes ruedas desnudas, peladas, sucias, que son antiguos emplazamientos abandonados después de consumidos los pastos."

Raro es que se tenga por allí ningún encuentro; pero cúpole á Loti

la suerte de toparse con una tribu bereber al pasar un vado. "Según el uso bereber,—dice,—las mujeres van apenas veladas, y las hay entre las jóvenes que son muy lindas." Por fin desembócase, por el desfiladero de Beb-el-Tinca, en la llanura del Sebú, y, después de haber hecho cerca de 60 kilómetros de camino desde el amanecer, acámpase á la vera de aquella cuba de Sidi Hassen que encontramos pasado el Sebú, camino de Fez.

Al día siguiente cambia por completo el paisaje. En lugar de aquella sucesión interminable de valles y desfiladeros, una llanura que parece

Repasando el Sebú

infinita, en la que alternan los sembrados con las praderas de flores. Pero no se crea que todo sea esto último. El calor es allí infernal apenas llega el verano, y es raro que no caiga alguien enfermo de insolación ó de fatiga.

Hablando Amicis de su paso por allí, escribe: "Por la noche estuvimos desvelados por un calidísimo viento de levante que nos hizo salir fuera de las tiendas con la boca abierta, en busca de un hilo de aire respirable, y al alba nos pusimos en camino con un tiempo oscuro, que anunciaba una jornada más calurosa aún que la anterior. El cielo estaba cubierto de nubes, encendidas por una parte por el sol naciente y rotas en varios puntos por rayos vivísimos, y por la parte opuesta negras y surcadas por estrías oblicuas de lluvia. De este cielo inquieto descendía una luz extraña, que parecía tamizada á través de un cristal amarillento y daba á la vastísima llanura, toda cubierta de rastrojo, un rabioso

color sulfúreo que casi ofendía la vista. A lo lejos levantaba y arremolinaba el viento con una rapidez furiosa inmensas nubes de polvo. El campo estaba solitario, el aire era pesado, el horizonte aparecía oculto bajo un velo de vapores de color de plomo. Sin haber visto el Sahara, me imaginé que debía presentar algunas veces aquel mismo aspecto; y ya estaba para expresar mi pensamiento, cuando Ussi, que estuvo en Egipto, deteniéndose de improviso, exclamó con acento maravillado: —¡Hé ahí el desierto!"

En la playa de Arcilla

Por fin, después de cuatro horas de camino, llégase á orillas del caudaloso río. Al acampar allí Amicis, á mediados de junio, el termómetro señalaba, dentro de la tienda, á las diez de la mañana, 42° C.; dato deplorable que viene á desvirtuar la buena impresión que produce en el ánimo de todo *dilettante* la linda zambra de Sellenick titulada *Á orillas del Sebú.*

Por la tarde el termómetro señalaba 47°, y, cosa rara, sintióse frío por la noche.

Emprendiendo de nuevo la marcha al amanecer siguiente, repásase el Sebú y se va camino de Karia-el-Abbassi, que conocemos ya de cuando la ida, siendo este el punto desde donde se parte resueltamente en dirección á la costa, ó, por mejor decir, á Larache (El-Araich), á 10 kilómetros al NO. de Alcazarquivir.

No gozan de gran vida comercial los numerosos puertos que tiene Marruecos en la costa del Atlántico; pero indudablemente se trasformarán con el tiempo en ricos centros de transacciones mercantiles. Hoy por hoy Mogador y Rabat son los únicos que se hallan un tanto flore-

cientes, siguiéndoles Larache. Esta ciudad, que ha tenido épocas de verdadero esplendor y de activísimo comercio, debió su origen, en el siglo XV, á una colonia bereber, y á fines del mismo fué fortificada por Muley-ben-Nassar. En 1610 fué entregado á los nuestros el castillo de *Alarache*, y cuatro años después presentóse allí la armada española al mando de D. Luis Fajardo, que destruyó el nido de piratas que se guarecían en la cala de la Mamora que hay allí cercana, á la derecha del río, y construímos otro castillo. En 1689, bajo aquel infausto reinado de Carlos II en que tantas provincias y territorios perdimos, se nos fué también de las manos Larache, conquistada por Muley Ismael, empezando desde entonces para la ciudad una era de esplendidez que duró hasta principios de este siglo; pero ahora apenas contiene 4,000 habitantes. Está emplazada sobre un collado á la izquierda de la desembocadura del Kus, el antiguo *Lukkos* ó *Lixus*. El puerto es vasto y seguro; pero, por desgracia, está obstruído por un banco de arena que imposibilita la entrada de los barcos de algún calado, y cegado por los aluviones del Kus. Tal fué la razón porque, cuando durante la guerra de Africa envió O'Donnell á nuestra escuadra á bombardear á Larache, apenas sufriese el menor daño la plaza. Esta, vista desde el mar, ofrece un aspecto bellísimo y encantador, con sus murallas almenadas, la blancura de las casas y las graciosas proyecciones de los alminares reflejándose en las tranquilas aguas del río. Interiormente se distingue por sus catorce mezquitas, por sus calles empedradas y por sus casas con tejados, además de lo cual es digno de atención el Soco, rodeado de graciosas arcadas sostenidas por esbeltas columnitas. La hermosura de sus alrededores le han valido á El-Araich el nombre que tiene, y significa *jardín de recreo.*

Siguiendo por el litoral hacia el norte, por una serie de áridos acantilados, llégase, al cabo de cuatro horas de fatigosa marcha, al puerto de Arcilla, que habrán visto muchísimos desde á bordo de los trasatlánticos. Es una ciudad en completa decadencia y poco menos que ruinosa, que contará unos 1,000 habitantes. Su historia, sin embargo, es muy interesante: fué fundada por los cartagineses, que la llamaron *Zilia;* cambió de nombre durante la dominación romana, que la titularon *Julia Traducta;* conquistáronla los godos; saqueáronla y derrocáronla los piratas normandos; reedificóla el buen Abderramán-ben-Alí, califa de Córdoba; tomáronla los portugueses, y la reconquistaron los marroquíes. De todo su pasado esplendor no quedan sino sus murallas almenadas y una elevada torre.

El viaje de Arcilla á Tánger suele hacerse en tres jornadas, descansándose la primera de ellas en Had-el-Garbi, y la segunda en Ain Dalia.

Al verse de nuevo en Tánger parécele á cualquiera encontrarse en una ciudad que es el colmo de la civilización: tan hondamente contrasta su carácter ligeramente europeo con el sello africano de las poblaciones que ha visto en su viaje por el interior.

Y no puede menos el viajero de hacerse ciertas reflexiones. Que haya en el corazón del Moghreb aquellas vastas necrópolis llamadas Fez, Mequínez, Marruecos, Sidi Rehal, Demnat, Teluet, Amsmiz, Achliz, Moessa, Tarudant, Tafilete, no es cosa que dé motivo á grandes lamentaciones; pero, en cambio, produce verdadera lástima el abandono en que yacen los magníficos y numerosos puertos del oeste: Arcilla, Larache, Mehedia, Sale, Azamor, Mazagán, Valadia, Saffi, Santa Cruz de Agadir, verdaderos puertos, no sólo del imperio del Moghreb, sino del de-

Arcilla

sierto de Sahara, que, entre paréntesis, no es un desierto en absoluto, sino una inmensa salpicadura de oasis sobre un fondo de arena.

Esos puertos que decimos fueron un tiempo visitados de los cartagineses, y conocieron nuevo florecimiento cuando los heroicos navegantes portugueses, en busca de un camino para las Indias, comenzaron á reconocer la costa occidental del Africa, hasta que cupo á Vasco de Gama la gloria de doblar el *Cabo Tormentario*. El día en que el Africa y la América entren en estrechas relaciones, como sucederá indefectiblemente, esos puertos marroquíes serán de inmensa importancia, y la nación que los tenga será quizás dueña del principal comercio entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

No habrá de tardar un siglo en cruzar la vía férrea el llamado desierto de Sahara. La Eritrea estará unida con el Senegal, el ferrocarril

transahariano unirá Argel con Tombuctú, y el depósito natural para el comercio con la América del Norte será Marruecos. Entonces, si no está hecha, se impondrá la conquista del Moghreb, y ¡quién sabe si, en vez de ser atacado el imperio del Ocaso por el norte ó por el oeste, no va á serlo por el sur, por el Anti-Atlas! Y se impondrá la conquista, no precisamente por la posesión de su territorio, sino por la posesión de sus puertos.

Un caid

Terminaremos este libro diciendo algunas palabras sobre Tetuán, la ciudad testigo de los inmarcesibles triunfos alcanzados en Africa por aquellas gloriosas tropas acaudilladas por O'Donnell, Prim, Zavala, Ros de Olano y demás ilustres generales cuyo recuerdo no se borrará jamás de la memoria de los buenos españoles.

Hállase Tetuán á 10 leguas al SE. de Ceuta, en medio de un delicioso valle circuído por una cordillera del Atlas Menor, y á 6 kilómetros de la costa. Cuenta unos 16,000 habitantes, moros ó judíos en su mayor parte, gozando envidiable fama de lindas sus mujeres y de celosísimos los hombres, que, por lo mismo, ven con malos ojos que se establezcan allí europeos. Los alrededores son deliciosos, estando cubierto de fron-

dosas huertas, en que abundan los árboles frutales, y especialmente naranjos.

La ciudad está rodeada por una muralla de ladrillo, las calles son por estilo de las de Fez, y existen gran número de talleres de zapatería, ebanistería y espingardas. La mayor parte de los moradores hablan

Tipo marroquí

aljamiado, y, según dicen, se distinguen por su ardor religioso, lo cual no impide que hagan bastante comercio con nosotros é Inglaterra. Tetuán tiene un puerto en la desembocadura del río Marthil, ó Martín, donde hay algunas fortificaciones de poca monta.

Tal es el imperio del Ocaso, cuya agonía están acechando con ojo vigilante tantas naciones, siendo así que ninguna tiene los derechos que tenemos nosotros á intervenir allí. Es inútil, sin embargo, pensar en hacernos dueños del carcomido Moghreb por medio de las armas. En cambio caería en nuestras manos por medio de un activísimo é incesante comercio. Marruecos será de la nación que cuente allí con mayor tráfico.

FIN

LIBRARY
OF TORONTO
UNIVERSITY

ÍNDICE

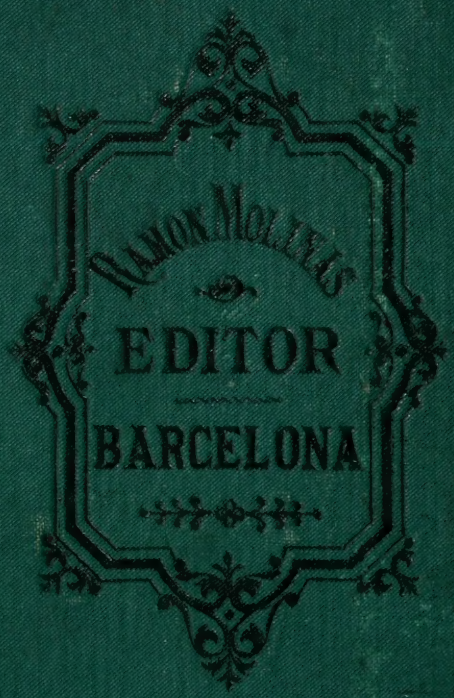
DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA

apítulos		Páginas
	Prólogo	5
I.	—La llegada á Tánger	7
II.	—Primeras excursiones por Tánger	16
III.	—Paréntesis geográfico-histórico-político	29
IV.	—Más excursiones por Tánger	42
V.	—Ultimas excursiones	50
VI.	—Desde Tánger á Azamor	54
VII.	—De Azamor á Mogador	61
VIII.	—En Mogador	72
IX.	—La caza del jabalí	82
X.	—De Mogador á Saffi por Shiedma	87
XI	—Desde Saffi á Marruecos	100
XII.	—Maraksh, ó ciudad de Marruecos	109
XIII.	—De Sidi Rehal á Demnat	117
XIV.	—Ciudad y valle de Demnat	124
XV	—Tasimset	136
XVI	—El valle del Wad Gadat	146
XVII.	—A través del Tizi-n-Teluet	153
XVIII.	—La Alcazaba de Teluet	164
XIX.	—Ascensión al Taurirt	174
XX.	—Incidentes de la vida en Teluet	180
XXI.	—Desde Teluet á Amsmiz	189
XXII.	—El valle del Wad Amsmiz	195
XXI.	—Gindafy	203
XXII.	—Marossa y el Asif-el-Mel	212
XXIII.	—Ascensión al Jebel Ogdimt	215
XXIV.	—Marruecos (Maraksh)	226
XXV.	—La vida en Marruecos	241
XXVI.	—El Aid-el-Kebir	253
XVII.	—Los judíos	264
XVIII.	—Los terrados	273
XXIX.	—Urika	281
XXX.	—Ascensión al Tizi Likumpt	289
XXXI.	—A la costa por Sus	297
XXII.	—De Had-el-Garbi á Alcazarquivir	305
XXIII.	—Alcazarquivir	311
XXIV.	—A orillas del Sebú	319
XXV.	—Los Beni-Hassen	327
XXVI.	—De Zegut al Tagat	338
XVII.	—Fez	341
XVIII.	—El sultán. Sobre un catalán que no quiso serlo	355
XXIX.	—Atisbos, vislumbres, indiscreciones y tal cual infundio sobre las bellas del Moghreb	368
XL.	—Los renegados. Industria y comercio. La nostalgia. Una raza degenerada	377
XLI.	—Ejecuciones. Política. La esclavitud. Escenas, tipos y figuras	382
XLII.	—El ejército. La justicia. Interiores. Las calles. La judería. Adiós á Fez	388
XLIII.	—De Fez á Mequínez y de Mequínez á Arcilla	397

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BRIEF.
DTA
0000148



UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 04 13 02 020 3